Medianoche

Richard Zimler

אלוהים

Novela Histórica

Cuando las tropas napoléonicas llegan a Lisboa, la vida de John Zarco Steward, perteneciente a la misma familia judía de su novela anterior *El cabalista de Lisboa*, corre un serio peligro, y será el africano liberto Medianoche quien, convertido en su mejor amigo, le indique el camino para vislumbrar el futuro en el horizonte, escapando a Estados Unidos, donde la esclavitud tendrá un papel importante.

Zimler ha escrito una novela que apunta directamente al corazón para sobrecogerlo y zarandearlo en lo más profundo, al tiempo que lo introduce en una apasionante historia llena de misterios y enigmas.

Comparado a menudo con Umberto Eco por la combinación de elementos de «bestseller» con trasfondo histórico y pensamiento de entidad y profundidad, las obras de Zimler son siempre, además de historias apasionantes, un estímulo para la reflexión y el debate que gozan de un enorme éxito en muy diversos países.

Richard Zimler

Medianoche

ePub r1.0
Titivillus 30.07.2023

Título original: *Hunting Midnight*
Richard Zimler, 2007
Traducción: Carme Camps

Editor digital: Titivillus
Cotejado y revisado por: lvs008
Retoque de cubierta: lvs008

ePub base r2.1

A todos los que lucharon para acabar con la abominación de la esclavitud en Estados Unidos y África meridional.
Y a Medianoche y su gente.

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a mi editora, Samantha Bruce-Benjamín, por su extraordinaria pasión, inteligencia, generosidad y duro trabajo.

Gracias también a Cynthia Cannell por su lealtad y entusiasmo, y a Kate Miciak por su fe y apoyo.

A veces resulta tarea difícil leer un primer borrador de una novela, y agradezco a Douglas Herring, Ruth G. Zimler, Michael Rakusin y Alexandre Quintanilha sus valiosísimos comentarios.

Estaré siempre en deuda con Laurens van der Post, cuyos libros me empujaron a ir en busca de Medianoche, y a autores demasiado numerosos para nombrarlos por su magnífica investigación histórica.

Muy especialmente le doy las gracias a Alex, quien —como este libro— une tres continentes.

PREFACIO

Un fuerte viento empujaba la lluvia desde el mar mientras me dirigía a casa por las resbaladizas calles empedradas de mi amada ciudad de Oporto.

Era mayo de 1798, un mes después de haber cumplido siete años. Llevaba cuidadosamente metidos en mi cesta de caña dos rollos de muselina de color añil que había accedido a ir a buscar para mi madre; pero sólo a cambio de un favor, tengo que confesarlo. Si aquella lluvia salpicaba un solo centímetro de su tela se pasaría toda la noche refunfuñando y se negaría a prepararme mi dulce favorito. Por eso busqué refugio, no tanto por la continua protección de la mercancía en sí misma como por mi afición al dulce.

Cierta desconfianza heredada hacia todo lo religioso me impulsó a elegir la vieja librería del señor David, en lugar de la capilla encalada que había al lado, como lugar donde esperar a que escampara. Cuando entré por la baja puerta, David me animó a dejar mi cesta detrás de su escritorio y a quitarme las empapadas botas, las cuales colgó sobre el guardafuegos de hierro de su chimenea.

—Senhor David —pregunté—, ¿puedo ir a las islas Británicas?

—¡Adelante, muchacho! —exclamó él sonriendo.

Me dirigí apresurado, haciendo crujir el suelo de madera, hacia la mohosa trastienda donde el hombre guardaba su tesoro de libros ingleses, al que padre y yo nos referíamos como las islas Británicas desde que yo tenía memoria.

Debería explicar que, aunque nací en Oporto, una ciudad de provincias de sesenta y cinco mil almas, situada en el norte de Portugal, padre y yo teníamos el honor —como él decía con frecuencia— de haber nacido escoceses. Yo aún no era consciente

de ello, pero cuando hablaba inglés tenía un marcado acento escocés.

Estas islas Británicas estaban generosamente bendecidas con apretadas estanterías, moho y arañas de finas patas, pero, ay, carecían de una ventana decente, salvo por el pequeño tragaluz octogonal que había en el bajo y combado techo. La lluvia golpeaba en su amarillento cristal, produciendo un ruido que más parecía el corretear de ratas.

Era tanta la oscuridad que apenas veía mis propias manos, y estaba pensando en pedir una vela cuando de pronto asomó el sol por entre las nubes, iluminando una estantería con libros adosada a la pared. Al acercarme vi que uno de los títulos estaba grabado con relucientes letras doradas: *Las fábulas de la zorra*. Como en la encuadernación no estaba impreso el nombre de ningún autor, y como yo era dado a dejar volar la fantasía, imaginé que una hábil zorra las había escrito.

Ahuyenté a Hércules, el gato que el senhor David conservaba para que cazara ratas, me dejé caer en el polvoriento suelo y abrí el libro. En su interior, sus gruesas y amarillentas páginas mostraban ilustraciones de vivos colores de perros, gatos, monos, elefantes y otros muchos animales: una especie de Arca de Noé. Estaba tan entusiasmado con mi hallazgo que solo podía leer las primeras frases de cada historia. Deseaba preguntar el precio al senhor David, pero temía al mismo tiempo la idea de que la suma se hallara fuera de mi alcance, así que me levanté para pensar en las opciones que tenía. Entonces fue cuando de entre las páginas del libro cayó una hoja de papel de color azul, delicada como el ala de una mariposa, que fue descendiendo hasta posarse por fin sobre mi pie derecho.

La recogí y miré alrededor disimuladamente. El senhor David estaba sentado a su escritorio, fumando en pipa, pasándose distraído la mano por la calva mientras examinaba un gran mapa. Hércules se había enroscado en su regazo.

Me dirigí con sigilo al rincón más oscuro de la habitación y vi que lo que tenía en las manos era una carta escrita con elegante letra, dirigida a una mujer llamada Lúcia. Empezaba: «Amada mía, ¿me considerarías demasiado atrevido si te dijera que cada noche caigo en brazos del sueño imaginando que tu mano está sobre mi

corazón?».

A continuación, leí acerca de labios húmedos, luz de la luna, síncopes y capullos de naranja. Reconocí la palabra *seios*: senos. ¡Qué gloriosa perversidad presagiaba aquello! Sin embargo, otras muchas palabras me eran desconocidas. Necesitaría un diccionario para saber lo muy atrevida y descarada que podía ser aquella carta. La firmaba con una complicada rúbrica un hombre llamado Joaquim. Incluso el punto de la «i» era un pequeño corazón.

Me pregunté si *Las fábulas de la zorra* habían sido un regalo de Joaquim a Lúcia. Quizás a ella le había desagradado y se lo había vendido al senhor David, olvidando que había escondido dentro la carta de su pretendiente. Como no llevaba fecha, los dos amantes podían muy bien ser ya abuelos. Aunque era posible que aún no se hubieran casado y en aquel mismo momento estuvieran planeando su próxima cita prohibida en lo alto de la Torre de los Clérigos, sesenta metros por encima de las calles de la ciudad.

Me metí la carta en el bolsillo de los pantalones, aspiré una bocanada de aire mohoso para reunir valor y me dirigí hacia el senhor David. Al entregarle el libro, con tanta inocencia como mi corazón que latía a toda velocidad me permitía, dejé caer en su gran mano todas las monedas de cobre que poseía entonces: exactamente cuatro piezas de cinco *reis*. A juzgar por su nariz fruncida, esta magnífica suma de veinte *reís* no era suficiente. Le rogué que me dejara pagarle un poco cada semana por el libro, mirándole con aire de indefensión, como solía hacer cuando suplicaba a un adulto.

—No puedo, John —dijo, meneando la cabeza—. Si fiara a mis clientes, pronto sería un indigente.

—Por favor, por favor, se lo ruego… le habré pagado el resto en un mes. —Gemí, sin saber cómo podría cumplir esta promesa, pero sin querer dejar escapar de mi poder las fábulas bellamente ilustradas.

Habría podido marcharme sólo con la carta, claro, pero no podía imaginarme poseerla sin el libro. Eso habría sido robar.

Como sabía que estaba a punto de negarse otra vez, recurrí a mis dotes teatrales y adopté el aire de huérfano sumido en la más absoluta miseria. El senhor David se echó a reír, pues lo había visto venir. Como recompensa por mis esfuerzos accedió a mi oferta

dándome una palmada en la cabeza, aunque a modo de advertencia dijo:

—Si no cumples nuestro acuerdo, me quedaré contigo como pago, así que ¡no cometas ningún error o haré que mi esposa prepare un estofado contigo para cenar!

—Como no soy más que huesos y pico, sabría a gaviota —fue mi respuesta, lo cual satisfizo tanto a David por alguna razón que volvió a reírse y acercó un taburete para mí, dándome instrucciones para examinar mi nueva compra mientras esperaba a que pasara la tormenta.

Y así empecé a leer las primeras fábulas, de las que recuerdo muy bien «La rata, la rana y el águila», cuya moraleja es: «El que persigue el mal lo persigue hasta su propia muerte».

Cuando media hora más tarde el sol volvió a aparecer para quedarse, di las gracias al senhor David, me puse las botas y me marché corriendo a casa. Tras recibir grandes alabanzas de madre por tener tanto cuidado con su tela, subí las escaleras de dos en dos hasta mi habitación, donde podría estar a solas con mi carta.

Pagué mis tesoros un mes más tarde, como había prometido, con monedas ganadas ayudando a papá a limpiar su estudio y nuestro almacén.

Dormí con el libro y la carta debajo del colchón durante meses. Los dos objetos se hicieron tan inseparables en mi mente como los propios Joaquim y Lúcia.

Es más que probable que mis padres descubrieran la carta al ordenar mi habitación, pero nunca lo mencionaron. Años más tarde, se la entregué a mi novia —junto con *Las fábulas de la zorra*— como regalo de boda.

A su muerte, me aferré a ellos como si pudieran salvarme de un naufragio. Aún los conservo.

Desde que compré *Las fábulas de la zorra*, he puesto en peligro mi vista con los miles de veladas pasadas leyendo junto al fuego o en la cama a la luz de una vela. El largo conocimiento que tengo del arte

de narrar historias me ha hecho consciente de que un relato como el que estoy a punto de contar precisaría un hombre o una mujer con una compasión universal o una valentía especial en su corazón. Y sin embargo siento que yo carezco por completo de esas cualidades. Además, no estoy seguro de mi talento para ofrecer una narración pormenorizada y exacta de los acontecimientos que me llevaron de Portugal a América.

Por lo tanto, tengo la sensación de que la manera adecuada y más honrada de empezar es con un muchachito de doce años llamado Daniel, al que tuve la buena fortuna de conocer por casualidad hace unos veinticuatro años. Él fue quien puso en movimiento las olas que posteriormente me llevarían a cruzar el océano Atlántico hasta América. Si merezco el lugar central que ocuparé en esta historia más adelante se debe en parte al valiente ejemplo que él me dio.

Mientras me preparo para escribir sobre Daniel y otras muchas cosas, me doy cuenta de que estoy especulando sobre qué secretos mensajes pueden salir volando de las páginas de esta historia mía y aterrizar a sus pies. Sólo puedo esperar que sea lo que sea aquello que llegue a sus manos encuentre un corazón receptivo y un alma imparcial.

I

1

Aunque era un niño de ropa andrajosa y malos modales, Daniel siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón. Si nuestra vida juntos hubiera sido una novela de aventuras, él habría seguido aprendiendo a base de muchas horas de estudio a la luz de la vela para llegar a ser un gran escultor, famoso a lo largo y lo ancho del mundo, en la última página. Pero la vida, como solía decir padre, es como mucho una partida de cartas que se juega en una mesa inclinada y en la que el que reparte esconde los mejores naipes en su manga fruncida. Y así mi amigo vio truncada la realización de semejantes maravillas.

Si la fortuna le hubiera sonreído, o, más importante aún, si yo, John Zarco Stewart, tuviera más fuerza en los brazos, mi propia vida también habría ganado por proximidad. Al fin y al cabo, a veces hasta años más tarde no nos damos cuenta de los efectos de lo que hemos hecho a nuestros seres queridos.

Conocí a Daniel en junio de 1800, cuando yo tenía nueve años. Habían transcurrido más de dos años desde que había descubierto *Las fábulas de la zorra* en las «islas Británicas». Salí pronto de casa, fortalecido tan sólo por una taza de té y una corteza de pan de maíz que había untado con miel y engullido —con gran desagrado por parte de mi madre— en un instante.

Mi destino era un pequeño lago situado mucho más allá de las

murallas de nuestra ciudad, en el boscoso interior del país junto a la carretera que iba a Vila do Conde. Era un lugar maravilloso para observar toda clase de pájaros, en especial al amanecer. En aquella época era, y lo sigo siendo, un gran amante de esas bellas criaturas de pluma, aire y luz, así como entusiasta conocedor e imitador del canto de los pájaros. En aquella época, si hubiera podido pedirle a Dios un pico y unas alas, sin duda habría considerado la idea de convertirme en ave.

Ya me estaba acercando a la escalera de granito que había al final de nuestra calle que conducía al barrio ribereño cuando me llegaron unos roncos gritos procedentes de un callejón cercano. Acudí a todo correr y descubrí a la senhora Beatriz, una lavandera viuda a la que dábamos nuestras sábanas sucias cada miércoles, tendida en el suelo fuera de su casa. Gemía como un perro golpeado, con sus huesudas rodillas apretadas a su vientre en gesto protector. Junto a ella, cerniéndose amenazadoramente, se encontraba un bruto con peluca vistiendo la librea de un cochero, el semblante deformado por la ira.

—¡Zorra descuidada! —gritó, casi escupiendo las palabras—. Ladronzuela, mentirosa *marrana*.

Marrana era una palabra nueva para mí. Más adelante mi tutor me informó de que significaba cerda y también judía convertida, epíteto que me había confundido, ya que nunca había oído a la senhora Beatriz descrita más que como una buena alma cristiana. En realidad, sólo tenía una remota idea de lo que podía ser un judío, pues aunque mi abuela me había hablado de ellos en dos o tres ocasiones, no había aprendido más que algunas leyendas en las que brujas judías al parecer siempre desbarataban la obra de reyes viles con sus plegarias mágicas.

El malvado cochero terminó su diatriba gruñendo:

—Voy a venderte para que hagan cola contigo, zorra perezosa.

Después, tras darle varias patadas a la senhora Beatriz, la agarró por el escaso pelo, preparándose para golpear su cabeza contra el empedrado.

El corazón me latía con violencia y empecé a sentirme mareado. Me preguntaba si debía soltar un grito y si sería capaz de saltar por los tejados que separaban a mi padre y a mí y despertarle. En aquella época estaba plenamente convencido de que —con su casi

metro ochenta de altura— mi padre poseía un poder inigualable para restaurar el orden en el mundo entero.

Sin duda habría dado voz a este escalofriante grito si una piedra lanzada desde la nada no hubiera dado al bruto de lleno en la mejilla. La habían lanzado con tanta perfección y con tanta fuerza que nuestro malvado se tambaleó hacia atrás, aturdido. Cayó sobre una rodilla y parecía desconcertado por lo que había ocurrido, hasta que localizó la piedra culpable que yacía inocente a sus pies. Miró alrededor en busca del malintencionado David que se había atrevido a atacarle y pronto se fijó en mí con una mirada encolerizada. Con mi camisa blanca con volantes, pantalones a rayas negras y rojas y zapatos con hebillas, era un enemigo muy poco probable. En aquella época incluso tenía un angelical flequillo y lo que mi padre llamaba ojos
azul-gris
«como de cierva». No obstante, retrocedí unos pasos y me entró hipo, reacción provocada por los nervios crispados que ya había sufrido en muchas ocasiones anteriormente.

Tenía intención de echar a correr si me amenazaba, pero lo que hizo fue dirigir la mirada a un pilluelo que había al otro lado de la calle. El muchacho parecía tener al menos tres años más que yo y llevaba una camisa harapienta y unos sucios pantalones. Sus pies descalzos tenían tanta mugre que parecían raíces que brotaran del suelo. Llevaba la cabeza afeitada.

Esto sucedía a principios del verano de 1800, y a pesar de que comenzaba un nuevo siglo, aún era una época en que los niños nunca hablaban a los adultos si no se les había invitado a hacerlo. Una piedra lanzada por un niño miserablemente vestido a un cochero con librea al servicio de un hombre rico era equivalente a una herejía.

El hombre herido se puso en pie con dificultad, dándose golpecitos en la mejilla con las yemas de los dedos. Miró con incredulidad la sangre dejada en la mano y se inclinó hacia delante.

—¡Pequeño hijo de perra! —gritó. Reuniendo sus vacilantes fuerzas lanzó la piedra con un gruñido.

El arma salió volando, pasó de largo de su joven objetivo y rebotó en la fachada de granito de la casa que pertenecía al señor Aurelio, el zapatero. Ése fue el último acto que nuestro malvado

intentaría aquel día. Puso los ojos en blanco y se desplomó, y su cabeza golpeó el suelo produciendo un ruido seco que no auguraba nada halagüeño.

Yo temblaba de miedo y expectación. Jamás me había sentido tan vivo. Imagine… ¡una piedra arrojada por un sucio pilluelo a un feo bruto a menos de doscientos pasos de mi casa!

La senhora Beatriz ahora se había sentado, rodeándose el vientre con los brazos como si protegiera a un niño no nacido. Meneaba la cabeza, confusa, tratando claramente de comprender lo que había ocurrido. Le salía sangre del labio inferior y le resbalaba por la barbilla; tenía un ojo hinchado, cerrado, que más tarde se le infectaría. Se convirtió en una lechosa canica con un centro gris como una nube el resto de su vida.

Daniel corrió hacia ella, pero la mujer le hizo señas con una mano temblorosa de que no se acercara.

—Vete a casa —dijo, secándose la boca—. Hablaremos después. Déjame antes de que haya más problemas. Por favor.

El muchacho negó con la cabeza.

—No lo haré. Al menos, no hasta que esa mierda sea barrida y llevada a un montón de estiércol —dijo señalando al malvado.

El acento de Daniel le delataba como residente de uno de los muy deteriorados barrios ribereños. Yo estaba celoso del modo en que parecía estar hecho para Oporto, una ciudad que tenía su parte de clubes de caballeros y jardines formales, pero en el centro había un laberinto de oscuros callejones ocupados por buhoneros, niños abandonados y ladronzuelos.

—Daniel, presta atención a lo que voy a decirte —replicó la senhora Beatriz, respirando con determinación—. Debes abandonar la ciudad. Dentro de dos días nos reuniremos en tu casa. Te lo ruego, antes de que haya problemas…

La señora habría suplicado más, pero los vecinos empezaban a congregarse. Poco después, un grupo de hombres —aún en camisón, algunos de ellos con el pecho desnudo— habían formado un círculo alrededor del conductor desplomado.

—¿Está muerto? —preguntó el senhor Tomás a su cuñado Tiago, el techador, que tenía el dorso de la mano junto a la nariz del hombre para ver si notaba que respiraba.

Después, varias vecinas acudieron apresuradas en ayuda de la

senhora Beatriz, la pusieron en pie y le hicieron preguntas respecto al hombre y qué era lo que le había encolerizado tanto.

Me acerqué al grupo de hombres.

—No, aún vive —dijo Tiago, decepcionado; un perfecto inicio de un nuevo día de chismes que habría precisado un asesinato, por supuesto.

La senhora María Mendes, que tenía la complexión de un toro, se abrió paso a través de los hombres y escupió a la cara del insensible malvado.

—¡Cerdo! —exclamó.

—¡Y tú, hijo! —gritó Tiago el techador dirigiéndose a Daniel—. En el nombre de Dios, ¿quién te crees que eres para ir arrojando piedras a la gente?

—Un momento —dijo el senhor Paulo, el hojalatero, en defensa del muchacho—, sólo quería ayudar a la senhora Beatriz.

—¿Pero con una piedra del tamaño de una naranja? —preguntó un hombre al que no alcancé a ver.

—¡Podía haberle arrancado un ojo! —declaró otro.

Los hombres proclamaron su valentía diciendo lo que habrían hecho al malvado bruto si hubieran llegado a tiempo. Las mujeres se burlaron de lo inútiles que eran todos ellos cuando se les necesitaba de verdad. Mas, ay, nada de esto servía de ninguna ayuda a la senhora Beatriz o a Daniel, que se miraban como si fueran las dos únicas personas en la calle. La acompañaron cojeando a casa, visiblemente más preocupada por el muchacho que por ella. Eso me causó una gran impresión y me pregunté de qué se conocían.

Los hombres empezaron entonces a pedir que Daniel se marchara de su barrio.

—¡Vas a acabar con una paliza si no te vas de aquí antes de que cuente hasta cinco! No eres de aquí, hijo —gritó Tiago el techador.

Esto me pareció injusto. Con nueve años no sabía que Daniel podía correr verdadero peligro. En aquellos días incluso un chiquillo podía ser empalado por la cabeza en una estaca de roble si el malvado cochero moría y si la declaración de la senhora Beatriz no justificaba su valentía. También desconocía que un conde cuyos pantalones adamascados de color azul real no hubieran sido lavados con jabón, frotados con cepillo, planchados y perfumados de

manera oportuna y cuyo jubón aún colgara como un murciélago empapado por la lluvia en el jardín trasero de la senhora Beatriz tenía derecho a que su cochero pegara a la insultante lavandera hasta dejarla casi sin sentido. Todo aquel que estuviera insatisfecho con esta clase de justicia podía enviar su escrito de protesta al obispo, a nuestra loca reina María o incluso al papa Pío VII, que, aunque se mostrara comprensivo, habría estado demasiado ocupado impidiendo ser capturado por Napoleón para abrir cualquier comunicado de ultramar. En resumen, uno podía enviar una carta de indignación a quien quisiera porque obtendría el mismo resultado.

No, yo no conocía estas cosas, y por eso al ver a Tiago el techador enfrentándose a Daniel me indigné.

El muchacho tenía la mirada baja, confuso. Había esperado alabanzas, como yo.

—Por Dios, sólo quería ayudar —dijo por fin—. Tenía que hacerlo. De lo contrario habría acabado más muerta que un tambor.

Daniel se tapó los ojos con la mano, pues no quería llorar delante de los hombres; luego se frotó las sienes con el pulgar y el índice, como para borrar pensamientos indeseados, un gesto de angustia que con los años yo conocería demasiado bien. Con una madurez que me pareció extraordinaria, dijo entonces:

—Creo que ahora me iré. Buenos días a todos.

Antes de irse, fue a recoger su piedra.

—Hijo, déjalo correr —le aconsejó Tiago, señalando con un dedo en gesto de advertencia—. Ya has hecho suficiente daño por un día.

Daniel recogió no obstante su piedra, provocando reproches de Tiago y los demás. Lo que hizo más profunda mi solidaridad con él en aquel momento fue su cabeza rapada, un claro intento de deshacerse de los piojos. Este estilo era lamentable, pues le hacía parecer enfermo y pobre y podría haber empujado a aquellos hombres a actuar con más aspereza de lo que era adecuado. Si hubiera tenido rizos rubios derramándose sobre el cuello escarlata de un costoso abrigo de seda esta confrontación habría terminado con unas palmaditas en la espalda.

Corrí hacia ellos.

—Senhor Tiago —exclamé—. Senhor Tiago, estaban pegando a la senhora Beatriz. ¡Ese miserable le estaba dando patadas!

—John, vete a casa inmediatamente —dijo él, frunciendo la frente con desagrado.

—Le estaban haciendo daño —grité—, y tenía el ojo casi cerrado. Lo tenía hinchado. ¿No lo ha visto? Está mal haberle hecho eso. Ese hombre… era un *bloody poltroon*. —Dije estas últimas palabras en inglés; era un término que utilizaba mi padre para referirse a un ser perverso y vil, y no se me ocurrió nada equivalente en portugués.

Al percibir en la mirada de Tiago que no me había entendido, busqué frenético una traducción adecuada. Él tenía otros planes y me agarró del brazo.

—Vamos, hijo, te llevaré con tu madre —dijo, con los ojos relucientes de rectitud moral.

—Si no me suelta… —grité.

—¿Qué harás? —se rió.

Pensé en darle una patada en el punto donde el tejido de sus andrajosos pantalones colgaba hacia delante de forma sugerente, pero percibí que esto sólo me causaría más problemas.

—Búrlese de mí si quiere —declaré, temblando, tratando de imitar la voz de mi padre—, pero si no deja en paz a este muchacho…

Dada mi juventud, no se me ocurría ninguna manera atrevida de concluir este emocionante comienzo de una frase. Y aún no me había librado de las garras de Tiago.

Sin embargo, Daniel puso fin a mi amenazadora frase y la hizo innecesaria. Dando un paso atrás, lanzó su piedra directamente a la cara de tirano de Tiago, pero a media velocidad, por así decirlo, para dar al hombre oportunidad de agacharse.

El techador se echó al suelo, soltándome.

—¡Vete! —me gritó Daniel, agitando la mano con furia.

—¡Cierra tu maldito pico y corre, enano! ¡Tú eres libre!

2

A veces pienso que la esperanza no es completamente individual por naturaleza, que existe como un éter que nos inunda en el momento de nacer. Últimamente incluso he llegado a la improbable conclusión de que la naturaleza nos concede manos y pies, ojos y oídos para que podamos trabajar como leales sirvientes de su infinita neblina de esperanza. Realizando cuando podamos la delicada alquimia de convertirla en realidad tangible, de darle forma e influencia, por así decirlo. De modo que cuando me vi libre de las garras de Tiago, utilicé la esperanza de la mejor manera que mi joven corazón conocía y eché a correr calle arriba, lleno de alegría, sin prestar atención a las órdenes que daban a gritos detrás de mí, deseando sólo ser amigo del atrevido muchacho que me había ayudado.

Alcancé a Daniel fuera de las puertas de la ciudad.

—¿Por qué me sigues, *caralho*? —espetó.

Caralho era una referencia grosera al miembro viril. Muchos residentes de Oporto solían terminar sus fiases con palabrotas de este tipo.

Como no sabía qué decir, caminé pesadamente detrás de él con aire triste. Por fin, solté de sopetón que deseaba darle las gracias por librarme de Tiago el techador.

—Eres un extraño enano —dijo.

—No, no lo soy —repliqué, herido, porque aún no era consciente de que tenía razón.

Con voz cantarina dijo entonces.

—Esquisto e pequenito, corajoso e jaladoso…

Era un verso que me describía a mí, estaba seguro, y significaba

«extraño y pequeño, valiente y *parlador*». Esta última palabra, *jaladoso* en portugués, era claramente invento suyo.

Empecé a creer en aquel momento que tal vez fuera listo. Me obsequió con una sonrisa astuta, sacando la lengua. Le faltaba uno de los colmillos y eso le hacía parecer un poco bobo. Yo no sabía nada de Shakespeare en aquella época, pero me resulta fácil imaginar que Puck fue escrito pensando en un actor del temperamento de Daniel.

Entonces me habló de su padre pescador, que se hallaba en Terranova. El muchacho iba a reunirse con él en el mar al cabo de dos años, cuando hubiese cumplido los catorce. Dijo que su madre era costurera en una tienda de confección situada en la Rúa dos Ingleses, una de las calles más elegantes.

—Hace cosas para todas las esposas de los comerciantes más ricos —alardeó. Percibiendo mis sospechas de que esto estaba bastante lejos de la verdad dado el estado de su ropa, añadió con seguridad:

—Mamá una vez cosió un vestido para la reina María. Largo y de color púrpura, con encajes por todas partes. Jamás has visto tanto tejido. Mierda, se habría podido vestir a dos o tres vacas con él.

Me habría gustado saber más sobre las similitudes entre vestir a la reina María y a un pequeño rebaño de vacas, pero él se adelantó a mis preguntas señalando su casa justo al frente: una casucha cubierta de musgo en una estrecha y oscura calle junto al río. Una madreselva ascendía por la fachada y sobrepasaba el tejado, zumbando las abejas alrededor de las perfumadas flores.

Daniel se sacó una llave del bolsillo. Entramos en una pequeñísima habitación cuadrada, de no más de cinco pasos de hombre de un lado a otro. El techo estaba combado en el centro y cubierto de un moho negro que desprendía un olor agrio. Temí ser enterrado vivo, pero él me empujó para que acabara de entrar.

En el suelo de losas desportilladas había una descolorida alfombra con un estampado floral que llegaba hasta la chimenea, situada en la pared del fondo. En una jofaina de madera con agua colocada delante flotaban unas hojas de col rizada. Sobre la chimenea me llamó la atención un crucifijo de granito. El rostro del Salvador estaba pintado en una espantosa variedad de colores.

Jamás pregunté a Daniel quién lo había hecho, pero ahora se me ocurre que probablemente el culpable era él. En nuestra casa no teníamos ni cruz ni rosario, pues mi padre consideraba signos de superstición todos los objetos del cristianismo.

Alzando las cejas con aire travieso, Daniel me condujo a una habitación un poco más grande, donde una ventana resquebrajada en la pared del fondo dejaba que se filtrara una luz lúgubre. En los rincones exteriores estaban colocados dos toscos colchones.

Daniel sorteó el desorden que reinaba en el suelo con ágiles saltitos y logró llegar hasta un cofre hecho de viejas planchas de madera. Lo abrió y sacó una máscara de madera toscamente tallada con un hocico bulboso y agujeros para los ojos. Tenía dos palos en forma de V insertados en unos agujeros hechos en su prominente frente, creando unas antenas puntiagudas. La boca era una sombría rendija.

Se la puso sobre la cara y se transformó en una criatura del bosque. Me sumí en el desaliento. Dije:

—Deberías ir con cuidado. Transformarse en animales puede ser peligroso.

—Sólo es una máscara, tonto. —Me la ofreció.

La cogí y miré a través de los agujeros de los ojos. Me contó que la había hecho él mismo. Cuando le pregunté cómo, sacó del cofre un cincel de hierro, dos cuchillos cortos y mazos de diversos tamaños.

—¿De dónde has sacado todo eso?

—Algunas cosas las compré con lo que me saco recogiendo ropa para que la senhora Beatriz lave. Le pedí las otras a un tonelero que conozco. Me da lo que no necesita.

—¿Trabajas para la senhora Beatriz?

—Sí.

Me erguí para llegar hasta el borde del cofre. Dentro había una serie de máscaras guardadas entre la ropa vieja. Algunas tenían antenas, otras cuernos. Unas pocas tenían la boca serrada, como los dientes de un lobo, y una tenía el hocico puntiagudo de un mosquito.

Decidimos llevarnos las máscaras de una rana y un ciervo a mi pequeño lago de la montaña en las afueras de Oporto. Daniel también sacó de debajo de su almohada de paja una bolsita de lona

que se cerraba con un cordón. Se la colgó al cuello.

—Dentro hay un hechizo —me explicó—. Un monje lo escribió para que mamá me lo diera. Me dijo que tenía que llevarlo para protegerme cuando salgo de la ciudad, porque hay muchas brujas escondidas en el campo. Dice que tienen cabelleras como crines de caballo y huelen como puerros.

Daniel abrió la bolsa y saco un trozo de viejo papel marrón, doblado en cuatro.

—No se leer… léemelo —dijo, desplegándolo.

El hechizo estaba escrito con letra tosca y decía:

> Divino Hijo de la Virgen María, que nació en Belén, nazareno y que fue crucificado para que nosotros pudiéramos vivir, Te suplico, oh Señor, que no capturen mi cuerpo, que no muera a manos del destino. Si algún malvado deseara seguirme u observarme, con el fin de cogerme o robarme, haz que sus ojos no me vean, que sus manos no me capturen, que sus pies no me alcancen. Haz que pueda armarme con la espada de san Jorge, cubrirme con la capa de Abraham y zarpar en el arca de Noé.

Me quedé sumamente impresionado y lo releí mientras él se ponía sus mohosos zapatos de cuero y cogía una harapienta colcha por si hacía frío en el bosque, ya que pensaba pasar la noche allí.

Nuestro camino para salir de la ciudad nos hizo pasar por el mercado de aves salvajes junto al convento de São Bento. Tan conmovedor era el piar angustioso procedente de las alondras y zorzales enjaulados en aquella destartalada hilera de puestos de madera que apreté los puños.

—¡Me gustaría destruir todo esto! —declaré.

Daniel, que se había adelantado, me llamó con una palabrota y pensé, erróneamente, que había reparado en mi ira. Junto a los rediles con ganado vi a un hombre larguirucho y con el pelo largo envuelto en una raída capa con el cuello de piel, una prenda de lo menos práctica en el calor de junio. El hombre volcó un cesto de mimbre y se subió encima. La piel de sus manos y cara era blanca como la nieve. Se agazapó como si fuera a pelear con un dragón y se puso a chillar que el cuerpo de Cristo era el único camino hacia la redención. Nos paramos a escuchar y le oímos anunciar que todos los judíos, protestantes y paganos serían expulsados de Oporto. Los que quedáramos viviríamos en una Ciudad de Dios bebiendo la

sangre del Salvador.

—¡Porquería, veneno, excremento del diablo! —gritó—. ¡Debemos hundir a todos los *marranos* en los montones de estiércol y acabar con ellos de una vez por todas!

Otra vez aquella palabra: *marranos*. Me fastidiaba no conocer su significado. Y en un día la había oído dos veces.

Daniel meneó la cabeza cuando le pregunté qué podía significar, y me apartó de allí. En aquel momento, el predicador cesó su arenga. Picado por la curiosidad que me producía aquel silencio, me volví y le vi mirándome directamente. Sonriendo, me hizo señas de que me acercara a él… o eso me pareció entonces. El corazón me latía con fuerza a modo de advertencia.

Un hombre rechoncho que llevaba una pluma en la gorra condujo entonces una cabra atada a una cuerda, con un nudo corredizo en el cuello, hasta el predicador.

—¡El diablo viene disfrazado de cabra! —clamó el predicador a la multitud—. ¡Y disfrazado de diablo viene el judío!

Sacó un cuchillo ennegrecido de su chaqueta y de un salto bajó del cesto. Cuando se lanzó sobre el costado de la pobre criatura, ésta chilló y se estremeció, y luego cayó de rodillas. La sangre le brotaba a chorro de su herida como agua de una espita. El predicador puso las manos sobre su fuente viva y se manchó con sangre la cara y el pelo, levantó los brazos y pidió al Señor que presenciara aquel sacrificio. Gritos de terror surcaron el aire mientras los espectadores se dispersaban en todas direcciones.

Dándose cuenta de mi miedo, Daniel dijo:

—John, cualquier viejo hijo de puta con un cuchillo oxidado puede matar una cabra. Venga, vámonos.

—Pero él me conoce. Me ha mirado.

Daniel suspiró con exageración, replicando que debía de estar confundido. Varios años después vería la relación entre este odioso personaje y la paliza dada a la senhora Beatriz.

En mi juventud creía que no podía haber mayor don que poder

hablar con los animales. En cuanto llegamos a nuestro lago, me quedé de pie e imité la llamada de un martín pescador que había localizado en lo alto de un roble. Cuando cesaron mis llamadas, mi amigo pájaro contempló el agua que quedaba nueve metros más abajo. Luego, sin avisar, se lanzó hacia abajo como una flecha con alas, penetrando en el agua y desapareciendo.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Daniel extrañado.

—Ya lo verás.

Unos segundos más tarde el pájaro emergió, no peor por su zambullida, y voló de nuevo a su árbol, con un pececillo plateado retorciéndose en su pico. Cuando me volví para compartir mi alegría con Daniel, esperaba verle con una sonrisa, pero estaba sollozando.

Le observé sin decir una palabra, pues como se tapaba los ojos con las manos estaba seguro de que no quería que hiciera ningún comentario a su demostración de emoción. Cuando por fin me atreví a preguntarle, me miró con malicia. Decidí realizar una breve expedición por el bosque para observar los pájaros. Cuando regresé, me hizo jurar que guardaría un secreto; entonces me dijo que la senhora Beatriz era su abuela.

—Su hija me abandonó cuando era pequeño. Me dejó en el torno. Las monjas me dieron unos padres adoptivos.

Dejar en el torno era una expresión portuguesa que significaba dejar un niño no deseado en una pieza giratoria colocada en el interior de la ventana de una institución benéfica destinada precisamente a este fin. La pieza giratoria estaba dividida por una tabla de madera para mantener secreta la identidad de la madre. Los recién nacidos dejados allí eran cuidados por las monjas y, si era posible, entregados a unos padres nuevos.

—¿Por qué te abandonó? —pregunté.

Daniel se secó la nariz con la mano, cogió una rama del suelo y empezó a hacerle cortes, con fuerza, utilizando un cuchillo de hoja corta.

—No lo sé. Ahora está muerta… las fiebres se la llevaron un año después de entregarme a las monjas. Sólo tenía diecinueve años. Debía de ser demasiado pobre para cuidar de mí. —Dirigió la mirada hacia lo lejos—. Supe de ella porque un día la senhora Beatriz estaba entregando la colada a una vecina nuestra y me vio

en la calle. Se llevó un gran susto y se quedó pálida. Parecía haber visto un fantasma. *Bobo de merda, sem cabeçeira, vá-t-embora, và agora*.

Ésta era otra de las rimas que con el tiempo asociaría a Daniel. Significaba: «idiota, niño de mierda, márchate hoy y vete lejos».

—Verás, era igual que su hija muerta… pero eso no lo descubrí hasta más tarde.

Hizo dos agujeritos en su madera con la punta del cuchillo y luego unas líneas curvas.

—Seguí en secreto a la senhora Beatriz hasta su casa y empecé a ir allí cada día a la misma hora. Ella siempre parecía triste y después cerraba las contraventanas.

Volví la cabeza para ver mejor su trabajo, pero él lo mantenía apartado de mí y dijo que me daría un tortazo si volvía a fisgar.

—John, puedes estar seguro de que tengo la cabeza llena de mierda, porque lo que hice a continuación fue hablarle a mi madre de la senhora Beatriz. Ahora ella nunca está en casa… mamá, quiero decir. Hace un año que no la veo. La última vez que la vi esa vieja burra me agarró con fuerza —los ojos le brillaban de rabia— y me dio dos bofetadas. Me dijo que pidiera perdón por haber nacido. Toda su vida se había torcido cuando me acogió. Entonces fue cuando descubrí que era adoptado.

Sosteniendo el cuchillo como si fuera una pluma, efectuó una larga incisión circular en su diseño.

—Entonces, un día, la senhora Beatriz fue a nuestra casa… quizá hace dos años. La invité a pasar, pero ella no quiso entrar. Se echó a llorar en el umbral de la puerta. Me acerqué a ella, pero me dijo que me apartara. Dijo que necesitaba a un muchacho que fuera a recoger la ropa sucia. Me pagaría.

—¿Qué dijiste?

—¿Qué crees que dije? Sin su dinero nunca habría podido comprarme mis herramientas para tallar. Así es como he conseguido todas mis cosas, John. Así que hace unos seis meses, estaba en su casa y me hizo sentar y me dio unas galletas. Me enseñó un pequeño retrato de la cara de una mujer. En total no era más grande que la palma de mi mano. Y el rostro de la mujer se parecía al mío. Dijo que por eso se había asustado la primera vez que me vio, porque me parecía tanto a ella.

—¿La mujer del retrato era tu madre?

Daniel asintió.

—Se llamaba Teresa. La senhora Beatriz me dijo que había abandonado a un hijo que había tenido con un hombre que se había largado. No estaban casados. La senhora Beatriz se enfadó muchísimo con él, claro está, por abandonarla. Dijo que era un comerciante de ropa de Lisboa y que había arruinado a su hija con su seda y sus promesas. No dijo que el niño que habían tenido era yo, claro. Ella cree que no me lo imaginé. No se lo he contado a nadie más que a ti, así que tienes que callártelo.

—¿Por qué no le dices a la senhora Beatriz que lo sabes? Es tu abuela.

—Si quisiera que lo supiera —replicó con enojo— me lo diría. Tiene que decírmelo. Si no, yo no diré nada. ¡Y tú tampoco!, ¿me oyes?

—No le diré nada a nadie —accedí, pero no comprendía su razonamiento. Ahora sé que mostraba por los sentimientos de ella una sensibilidad que no correspondía a su edad y una ejemplar capacidad de abnegación.

Daniel alzó su obra acabada. Era una cara con ojos interrogadores, boca con expresión de asombro y el pelo revuelto. Parecía un gato asustado.

—¿Qué se supone que es? —pregunté.

—Es su escocesa señoría en persona… eres tú.

—¡Yo! —Alargué la mano para cogerlo, pero él se puso en pie, retrocedió y lo arrojó al lago.

Me levanté de un salto.

—¿Por qué has hecho eso? Quería quedármelo.

Me echó una mirada desafiante.

—*Porque soy malo*. ¡Idiota, niño de mierda, vete hoy y márchate lejos!

—Al menos deberías habérmelo dejado mirar bien. ¡No es justo!

Daniel contrajo el rostro como si le hubiera dado una bofetada. Cuando le tendí la mano, él se apartó y dijo:

—No me toques, estoy sucio.

Cuando dejó de llorar, nadé en el frío lago mientras Daniel esperaba en la orilla. Me hizo preguntas sobre el mercado de aves que habíamos visto antes, que se hacía cada martes y sábado en la Plaza Nueva.

—Oye —dijo—, iremos el martes. A media tarde. Quiero seguir al vendedor que tenga más pájaros cuando se marche a casa. También quiero que consigas algunas pinturas… y pinceles.

—Daniel, ¿qué estás planeando? Mis padres me han advertido…

—Por el amor de Dios, John, todavía no lo he pensado todo. Ten un poco de paciencia.

Lo que no quería que yo dijera era que mis padres me habían prohibido visitar el mercado de aves. Esto era porque una vez, cuando tenía cuatro años, me había desmayado al ver un jilguero en una cárcel de alambre no más grande que el puño de un hombre. Ahora que era mayor, seguramente temían que me vengara y cometiera alguna imprudencia por la que me enjaularan a mí.

No iban desencaminados, en realidad. Aunque supongo que aun hoy podría echarle la culpa de todo a Daniel.

3

El domingo después de la paliza que habían dado a la senhora Beatriz, padre me contó un cuento escocés que aconsejaba cautela. En esta historia, una bruja transformaba a papá en un sapo lleno de granos y lo encadenaba a un estandarte en su torre de granito. Para mi placer, Porritch —el perro que él había tenido de niño— le salvaba siguiendo a la bruja, pillándola dormida y clavándole las fauces en el cuello. Digo «placer» porque siempre había deseado tener un perro, aunque mi madre me había obligado a esperar a que fuera un poquito mayor y más «responsable», como lo expresó ella.

—Cuando se mata a una bruja —me explicó papá en esta ocasión—, todos los hechizos malignos que nunca ha pronunciado se deshacen en un instante.

Recuerdo que me causó una honda impresión que me contara que la cadena de oro de su reloj de bolsillo era la misma que la bruja había utilizado para atarle a su estandarte.

—Ahora está arreglado, hijo, pero el cierre estaba roto cuando lo encontré. Verás, cuando la malvada bruja murió, en un instante me transformé de sapo en muchacho. Al crecer rompí el cierre.

Me dejó sostener el reloj y añadió:

—Te lo daré el día que celebremos tu veinticinco cumpleaños. ¿Sabes por qué te cuento esta historia en particular, hijo? —Al ver que contenía el aliento prosiguió—: Está relacionado con lo que le ocurrió a la senhora Beatriz y otros ciertos peligros afines que existen en esta ciudad en estos momentos. Hijo, tú aún eres pequeño y, aunque eres valiente y de pies rápidos, un amenazador *kelpie* ya, no puedes hacerlo todo tú solo. —*Kelpie* significaba monstruo de los lagos en escocés, pero papá lo utilizaba como

palabra cariñosa—. Todos necesitamos ser rescatados de vez en cuando, de toda clase de trampas. Así que quiero que acudas a mí enseguida si alguna vez vuelve a ocurrir algo así… que hacen daño a una mujer, un hombre o un niño. ¿Lo entiendes, muchacho?

—Lo entiendo.

En aquella época, la preocupación de papá y su vaga referencia a «otros ciertos peligros afines», no parecía tener nada que ver con el predicador que había oído en la Plaza Nueva. Pero al escribir estas memorias ahora es evidente que mis padres debían de haber oído numerosos relatos aterradores de sus terribles actividades en aquella época.

Para conseguir las pinturas y los pinceles que Daniel me había pedido, un lunes a primera hora de la mañana fui a visitar a Luna y Graça Oliveira, bondadosas vecinas a las que nos referíamos como las hermanas Olivo. Tenían entonces unos sesenta y cinco años. Sin embargo, si me hubieran preguntado, hubiera jurado que tenían más de setenta, ya que su cabello gris y rostro arrugado indicaban a mis jóvenes ojos una ajada decrepitud.

Luna y Graça eran famosas en toda la ciudad por la belleza realista de la fruta de cera que moldeaban. Tenía un aspecto tan exacto que se rumoreaba que nuestra reina María, que estaba como una cabra, cuando fue de visita a Oporto antes de que yo naciera, había dado un imprudente mordisco a uno de sus melocotones del color de una puesta de sol. Como sé de buena fuente que los oscuros dientes de la reina se hallaban en un estado tan precario en su boca como los botones de concha en el chaleco de un trapero, supongo que se le rompieron varios.

De pie ante la casa de las hermanas Olivo, llamé con la aldaba en forma de cabeza de león. No había pensado que era una hora intempestiva: no hacía más de media hora que había amanecido. Y aún peor, había desobedecido a mis padres saliendo de casa a hurtadillas, pues me habían prohibido salir de casa mientras ellos dormían. Pero yo era tan optimista que creía que podría cumplir mi

misión sin que lo descubrieran, lo que indica lo lejos que la amistad con Daniel ya me había llevado.

Luna atisbó desde una ventana del piso de arriba, coronada su cabeza por un gorro de dormir de color escarlata con una borla de lana. Considerándome una ilusión óptica debida a la bruma del amanecer, sus ojos grises parpadearon.

—¿John? —preguntó—. ¿Eres tú, chiquillo?

Le confirmé que lo era y ella gritó:

—¡Por todos los diablos! ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Qué ocurre?

Empecé a explicárselo, pero mi nerviosismo me trabó la lengua.

—Ya bajo, John. ¡No te muevas o te las cargarás! —amenazó señalándome con un dedo firme.

Yo era demasiado pillo para hacerle caso y al cabo de unos segundos volví a llamar, con mucha más fuerza. Pegué una oreja a la puerta y la oí decir:

Ese hijo de perra no sabe de los dolores de este viejo cuerpo.

No me sentí ofendido; Luna tenía fama de hablar como un estibador. Abrió la puerta con el entrecejo fruncido.

—¡Eres un diablillo impaciente! —declaró.

—Lo siento, senhora Luna, pero… pero es que necesito su ayuda.

Luna llevaba muy corto su gris cabello, áspero y tieso, y lucía varios finos collares de oro y pendientes de filigrana con estrellas de seis puntas, lo que pensé que la hacía parecer hermosa.

—John —dijo en un grave susurro—, ¿ocurre algo?, ¿está enfermo tu padre o tu madre? —Estaba convencida de que sólo la tragedia podía haberme llevado allí tan temprano.

—Necesito pinturas —respondí.

Ella se volvió y miró atrás, como si yo me hubiera dirigido a otra persona.

—¿Me has despertado a esta hora para que te dé pinturas? ¿Estás loco, chiquillo? —gritó.

—Prometí a Daniel que conseguiría pinturas.

—¿Quién, en nombre de Dios, es Daniel?

Antes de tener tiempo de responder ella tomó aliento ruidosamente y masculló:

—Oh, no importa, muchacho.

Me tomó del brazo y me llevó a su sala de estar como un pez en

un anzuelo. Aunque menuda era fuerte, con manos grandes y nudosas de campesina. Una vez la había visto aplastar una nuez entre las palmas; después, me dijo que todos los artistas necesitan dedos fuertes con el fin de estrangular todas sus dudas.

Fue andando como un pato con los pies separados hasta la base de la escalera. Sin previo aviso llamó a su hermana con un estridente grito.

—¡Graçinha! Mueve tus huesos, hermana. Alguien ha dejado otra sorpresa en nuestra puerta.

—Esta vez te toca a ti limpiar, hermanita —gritó Graça desde arriba.

—Demasiado tarde… está en casa. Tenemos un lamentable espectáculo aquí en la alfombra. —Sonrió por la broma.

—En el dulce nombre de Dios, hermanita, ¿de qué estás hablando?

Al cabo de un momento apareció Graça en lo alto de la escalera, con sus huesudos pies metidos en unos zuecos. Era la más alta de las dos, medía unos cinco centímetros más que la otra, aunque solía describirse a sí misma como «una mano entera más cerca de Dios» para irritar a Luna. Sonreía con más facilidad que su hermana menor, y entonces, al observar mi presencia, ofreció una sonrisa de duende, diciendo:

—¡Es una sorpresa agradable!

Una vez abajo, Graça se inclinó y me dio un beso en ambas mejillas. Las dos hermanas apestaban a ajo. Luna me dijo en una ocasión que dormía con un diente de ajo en torno al cuello para ahuyentar a los mosquitos, moscas y curas entrometidos.

Ante su insistencia, me senté en el sofá de terciopelo rojo que adoraba desde que era pequeño. Ellas se desplomaron en una silla con cojines bordados frente a mí. Tenían los muebles más bonitos de nuestra calle.

—Habla, chiquillo —señaló Luna—, o me veré obligada a sacar nuestros instrumentos de tortura.

Así fue como les hablé de Daniel y un plan secreto que él había concebido, que tenía algo que ver con el mercado de aves.

Graça se volvió a su hermana y sonrió con aire pensativo.

—Niños… —dijo con un suspiro, como si yo y todos mis compañeros fuéramos un perpetuo misterio. No soy de la opinión de

que Luna lamentara jamás su estado de soltería y el no haber tenido hijos, pero Graça tal vez sí. En cuanto a por qué nunca tuvieron marido, no conozco el motivo.

Las hermanas se miraron, se encogieron de hombros, suspiraron e intercambiaron frases en clave. Al final, accedieron a mi petición y desaparecieron en las regiones inferiores de su casa, donde tenían sus talleres. Solo y ansioso, cogí un calientacamas de latón y empecé a conceder títulos de caballero a los muebles. Mientras efectuaba mi ronda descubrí un azulejo azul y verde cristalino, de unos veinticinco centímetros cuadrados, que mostraba la figura de un tritón. Jamás había visto nada tan bonito.

En aquel momento las hermanas Olivo regresaron apresuradas a la habitación, con unos tarros de cerámica que contenían pintura roja, azul, amarilla y blanca. Tras enterarse de que yo no sabía mezclar los colores, Luna comentó con desdén:

—Es una repugnante desgracia que tu tutor no te enseñe nada de arte. Hablaré con tu madre para que recibas algunas clases.

Graça explicó que con los tres colores primarios y el blanco podía obtener todos los demás. Mientras yo escuchaba, Luna fue a buscar los pinceles y una bandeja de papel maché con unos tulipanes pintados para llevármelo todo a casa.

—Y meteré tu nariz en cera si montas algún lío —me advirtió.

Cuando salía, pregunté dónde habían comprado el azulejo con el tritón. Graça me dijo que lo había hecho su amigo ceramista, el senhor Gilberto.

Graça miró a Luna, que retorció sus labios frunciendo el entrecejo. No sé cómo esta expresión fue interpretada como permiso, pero Graça me dio unas palmaditas en la cabeza y dijo:

—Es tuya.

—¿Mía?

Me dio un beso en la frente y colocó el azulejo con cuidado en la bandeja.

—Rodéate siempre de cosas bonitas, John, y todo irá bien.

Equilibré mi bandeja en una mano, abrí la puerta de mi casa con cautela y entré de puntillas. Madre estaba de pie junto al espejo, cepillándose su cabellera castaña como una lujosa cortina sobre su rostro, como hacía cada mañana. Llevaba su vestido azul de día, ceñido sobre el busto y suelto hasta el suelo, escondiendo su delgada cintura. Iba descalza. Por un instante creí que aún tenía una oportunidad de pasar por su lado sin que se diera cuenta. Si iba con cautela, podía retroceder y desaparecer escaleras arriba. Pero al dividirse el cabello por delante me vislumbró con sobresalto y me falló el valor.

—Buenos días, John —dijo. Esta frase era un *en garde* antes de nuestra batalla.

—Sólo he salido un momento, para confirmar que hará sol.

Miró mi bandeja con recelo.

—También he estado con las hermanas Olivo —me precipité a confesar—. Me han invitado a tomar té y me han prestado algunas cosas.

—¿Luna y Graça te han invitado a tomar el té a las siete de la mañana? —preguntó con escepticismo—. John, debes de pensar que estoy loca o que no me preocupa lo que te ocurra. Y estás volviendo a poner a prueba mi paciencia. Ahora, ¿te importaría decirme qué es eso que llevas?

—Pinturas. Daniel y yo pintaremos unas cosas.

—¿Qué cosas?

—Unas máscaras que él ha hecho —mentí.

—¿Ah sí? —Se me acercó y cogió uno de los tarros. Miró dentro y olió su contenido. Satisfecha porque le había dicho la verdad, dijo —: Ahora escúchame: No vas a comer nada de esto. Estoy segura de que es venenoso.

Le lancé una mirada furiosa, porque en ningún momento se me había pasado por la cabeza la idea de tragarme aquella pasta.

—Prométemelo —me dijo, agitando un dedo.

—Madre, ¿tan idiota crees que soy?

A lo que ella respondió, sin parpadear:

—No, claro que no, cariño, ni mucho menos. Todos sabemos lo inteligente que eres. Pero debo decir que eres brillante imitando muchas cosas, y si puedes aceptar una pequeña crítica, a veces inclusos imitas de forma excelente a un idiota.

Aquella tarde, madre y yo despedimos a mi padre en la puerta de casa, ya que se iba para efectuar uno de sus viajes de dos semanas río arriba para inspeccionar las tierras de la Douro Wine Company. Con intención de animarme dijo:

—Hijo, pronto tendremos nuestro propio viñedo río arriba y no tendré que separarme de ti.

Inclinándose para susurrarme al oído, añadió que había hablado de nuevo con mamá sobre lo de tener un perro y que ella se estaba ablandando. Además, su ausencia sin duda afectaría a sus emociones y la harían rendirse a nuestros deseos. Le di un abrazo muy fuerte. Me habría gustado apretar mi pequeño yo completamente dentro de él.

Mamá y yo le dijimos adiós con la mano mientras él bajaba la calle con grandes pasos, temblando la mano de ella que cogía la mía. Se secó las lágrimas y susurró algo para sí misma que me sorprendió y me produjo un escalofrío.

—Esta vida me está matando.

4

En 1800, el mercado de aves no estaba tan consolidado como en la actualidad: Consistía solamente en una única hilera de puestos de madera colocados de forma aleatoria, once en total el martes de mi visita con Daniel. Cada puesto tenía entre diez y treinta jaulas, algunas en el suelo, otras sobre mesas. Las jaulas eran de mimbre, caña, hierro oxidado, tela metálica y en un caso —para un faisán dorado— de cristal y purpurina. El número de aves por jaula iba desde una sola, en el caso de la mayoría de halcones, garcetas, cuervos y garzas reales, hasta quince o más en el caso de reyezuelos, lavanderas y otros pájaros pequeños. Aquel día, conté diecisiete jilgueros europeos atrapados en un único túnel de desesperación tan largo como mi brazo, pero no más alto y profundo que la anchura de la mano de un hombre.

Peor aún, algunos pájaros se hallaban directamente al sol sin agua o con muy poca. Un delgado loro de plumas verde esmeralda había permanecido demasiado tiempo encarcelado en esas condiciones y yacía inerte en el suelo de su jaula, mientras unas moscas zumbaban ruidosamente junto a sus ojos.

Supongo que era misericordioso que esas criaturas no comprendieran las especulaciones de los comerciantes en lo referente a qué aspecto tendrían ciertas plumas rojas, rosas o amarillas cuando estuvieran cosidas a un sombrero.

En el interior del más grande de los puestos, un pájaro carpintero yacía boca arriba en el suelo de una jaula de tela metálica, con su cabeza de corona escarlata ladeada, graznando indefenso. Tenía un ala desplegada; probablemente se la había roto tratando de volar. Me agaché a su lado y Daniel se reunió conmigo.

El propietario, un hombre calvo con la piel cenicienta y los dientes podridos, gritaba a los espectadores:

—¡Vean estas bellezas! Hermosas aves en Portugal. ¡Párense y échenles un vistazo!

Cuando se interrumpió para echar un trago de su tazón, le supliqué que liberara al pájaro carpintero… o que me dejara llevarlo a alguien que cuidara animales.

El hombre se echó a reír, rociándome de vino.

—Éste está listo para el montón de fertilizante, hijo.

—¡Usted es el que tendría que estar en el fertilizante, hijo de puta! —gritó Daniel.

El hombre agarró su escoba e intentó golpear a Daniel en la cabeza, pero el muchacho había dado un salto para quedar fuera de su alcance y le maldijo de nuevo.

Mientras intercambiaban insultos, el pájaro carpintero empezó a asfixiarse y un gusanito rosa, delgado como un cordel, le salió de la boca. Di un salto atrás, pisando a una señora. Ella dijo con un chillido que yo era un asqueroso pilluelo y me describió en un susurro a una dama que iba con ella como un bobo inútil. No supe por qué utilizó esta expresión concreta, pero sus palabras se me quedaron grabadas. De niño no era consciente de cuántos residentes de nuestra pequeña ciudad sabían que mi padre era extranjero.

«Ese gusano en la garganta del pájaro carpintero es lo que le hacía estar enfermo», razoné, alzando la cara hacia la jaula, deseando poder extraer aquella cosa espantosa.

El propietario abandonó sus intentos de pegar a Daniel en la cabeza y estaba explicando las ventajas de los zorzales sobre las alondras a un anciano con marcas de viruela en las mejillas. Tiré de la manga de Daniel para hacerle mirar más de cerca al pájaro y dije:

—¿Has visto lo que tenía dentro?

Mientras mirábamos fijamente a través de la malla el gusano pareció volverse sólido… para convertirse en una astilla. Hasta entonces no había reparado en la vacilante respiración de la criatura, pero cuando cesó, observé su ausencia fácilmente. Los ojos del pájaro carpintero siguieron abiertos, pero ya no miraban nuestro mundo. Le llamé, y luego golpeé la jaula.

—¡Eh, deja eso! —ordenó el propietario.

Daniel empezó a exhortarme para que nos marcháramos. En

aquel preciso momento me di cuenta de que el gusano era en realidad la lengua del pobre pájaro.

Antes de irnos, Daniel preguntó de nuevo si podíamos llevárnoslo, ahora que había muerto. El propietario le dijo que si nos íbamos y no volvíamos jamás Daniel podía abrir la jaula y llevárselo.

Cuando Daniel sacó al pájaro carpintero, dijo con su voz más digna:

—Espero que pueda contar con su presencia aquí la víspera de San Juan. Entonces tendré plata para comprar un pájaro sano.

Pusimos el pájaro carpintero en un saquito que pedimos en el puesto de un zapatero remendón. Deseaba enterrar a la infortunada criatura, pero Daniel dijo que la necesitaríamos para pintar debidamente lo que queríamos pintar. A la serie de preguntas mías que siguieron lo único que él dijo fue:

—Cállate, John, necesito pensar.

Nos quedamos sentados un rato en los escalones del convento de São Bento, donde él pudo ultimar los detalles de su plan mientras examinaba el mercado.

—Esto es lo que vamos a hacer, John —anunció por fin—. Vamos a esperar aquí hasta que ese hijo de perra se marche; luego le seguiremos.

Cuando pregunté por qué, se inclinó hacia mí con gesto amenazador y me ofreció una de sus rimas favoritas: *Raptado, embrulhado, e entregado*… Secuestrado, envuelto y entregado…

No estaba seguro de si se refería a mí o al vendedor de pájaros, pero antes de poder preguntar, una mano me cogió por el hombro. Levanté la mirada y, para mi horror, descubrí al predicador al que habíamos visto unos días antes.

Forcejeando para liberarme de sus garras, cuando lo conseguí me desplomé escaleras abajo, golpeándome el hombro con el granito. Los ojos oscuros del bribón relucían de alegría. Daniel se puso delante de mí como si fuera mi protector.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó.

El villano fijó su mirada en mí por encima del hombro de mi amigo. Tan transformado estaba su aspecto desde la última vez que le había visto que por unos instantes de desconcierto creí que le había confundido. En lugar de su harapienta capa con cuello de piel

ahora llevaba un elegante abrigo escarlata con perlitas cosidas en las anchas solapas. Cubría su cabeza con un sombrero de terciopelo negro, y el cabello, exquisitamente peinado, le caía en una ondulada cascada hasta los hombros. Llevaba un bastón de plata bajo el brazo.

—Mis bendiciones, hijo mío —dijo con honda sinceridad. Sacó un pellizco de rapé de una caja de plata e inhaló con fuerza por ambas ventanas de la nariz.

—¡Vete, hijo de perra! —gritó Daniel.

—Aunque no nos conocemos —dijo él, haciéndome un guiño—, soy un admirador tuyo.

Se quitó el sombrero y nos mostró su interior; luego hizo girar su mano dentro y extrajo una pluma de color añil de treinta centímetros de largo. Se inclinó hacia delante y me la ofreció.

—Hace un tiempo que te vengo observando, jovencito. Así que te ruego aceptes este regalo de sincera estima. También yo tengo en gran aprecio a las pequeñas criaturas aladas de Dios.

Negué con la cabeza, pues no quería aceptar el regalo.

—Ah, qué vergüenza —dijo con tristeza.

Volvió a meter la pluma en su sombrero y se apartó el pelo de la frente. Tenía la mano larga y delgada. Nunca había conocido el trabajo.

—Déjame que te explique, pequeño. De vez en cuando aparece un rostro en la multitud que representa a todas las almas a las que a uno le gustaría llegar, un rostro hermoso que es simbólico de todo en la creación de Dios. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Me entró hipo, lo que le hizo reír.

—Tú eres el hijo de James Stewart y María Pereira Zarco, si no estoy equivocado.

—¿Cómo… cómo es que conoce a mis padres? —pregunté.

—Conozco a todos los que son judíos. Esta es una de mis obligaciones.

—¡Él no es judío! —espetó Daniel—. Ahora déjenos marchar.

Como si confiara un secreto, susurró:

—Lo que deseo es un alma diabólica, pequeño. Nada más.

Daniel ya se había hartado. Se sacó un cuchillo del bolsillo y lo blandió como una espada.

El predicador se puso el sombrero en la cabeza y emitió un

profundo ronroneo y luego maulló.

—Sólo diré una cosa más —dijo con una sonrisa— y después os dejaré. ¿Alguna vez has pensado en regresar con tu padre a Escocia, querido John? ¿No? Bueno, entonces, ten la bondad de decirles a tus padres de mi parte que ése será tu destino. Que empiecen a hacer planes ahora, antes de que volvamos a encontrarnos. Como dijo el apóstol Mateo: «La puerta que conduce a la vida es pequeña y el camino es estrecho».

—Pero yo siempre he vivido aquí. Soy portugués. Nací en Oporto.

Él no dijo nada, se limitó a santiguarse y luego se giró en redondo y dio dos golpecitos en el suelo con su bastón. Nos dio la espalda unos segundos. Luego se volvió hacia nosotros y abrió la boca. Un desconcertado pinzón amarillo atisbaba en el mundo, haciendo esfuerzos por salir. El villano sostenía el cuello del pájaro entre los dientes, como si estuviera en un torno de carpintero, a punto de morderlo.

—Por favor, no lo haga —supliqué lloroso—. Se lo ruego… —En aquel mismo instante empecé a pensar que aquel hombre era un nigromante, la palabra que utilizaba papá para indicar un brujo malo.

Estaba seguro de que se disponía a cometer un acto inenarrable. Pero él deseaba hacer otra cosa. Abrió la boca al máximo y permitió que el pájaro se alejara volando.

Daniel dio un paso atrás.

—¿Has visto lo que tu amigo Lourenço sabe hacer, pequeño? Sería imprudente dudar de mí. Aunque el sagrado placer de quemarte en las plazas de Portugal ya no es posible, no aceptaré más la mancha de tu presencia entre nosotros. —Respiró hondo para contener su rabia—. No olvides jamás que el humo que sale de tu cuerpo es incienso para todos los de la fe debida.

Sacó una vela encendida de la mano. Retorciéndola en el aire se convirtió en una moneda *tostao* de plata. La sostuvo en alto ante nosotros, y luego la arrojó a mis pies. Dejé que rebotara en los escalones y luego la recogí. Iba a devolvérsela, pues creía que podría ganarme su favor con este gesto, pero él me dijo que me la quedara.

—Verás —dijo señalándome a mí primero y después a Daniel—,

siempre pueden descubrirse los judíos que hay entre nosotros si dejamos una moneda a la vista.

La multitud se había congregado a nuestro alrededor y lanzaba exclamaciones de placer. Una mujer anciana se adelantó y me arrojó un corazón de manzana y varios hombres empezaron a gritarnos.

No puedo decir cuánto rato habían presenciado este cruel encuentro en arrebatado silencio, pero cuando me volví, el nigromante se alejaba de nosotros con grandes pasos.

Daniel me cogió la moneda y susurró.

—No importa, John, nos ocuparemos de que ese hijo de perra cuelgue algún día de la horca.

5

De niño no sabía nada de la práctica religiosa cristiana, pues mi padre, ateo, me había prohibido estrictamente asistir a la misa semanal con mi madre y mi abuela y sólo había presenciado un servicio formal en una ocasión. De esa única visita a la iglesia de la Misericordia en el año 1791 confieso que no tengo ni un solo recuerdo. Esta profunda ignorancia no se debe a ningún olvido deliberado por mi parte, sino más bien a mi extrema juventud, pues la importante ocasión era nada menos que mi bautismo en el fuego rápido.

Padre se había opuesto con vehemencia a que me bautizaran y se negó a asistir, prefiriendo quedarse malhumorado en una nube de humo de pipa en su estudio. Sin embargo, era un deber religioso sobre el cual insistió mi madre, que había fijado su mirada más decidida en mi padre durante días hasta que éste, al ver que sus tropas eran superadas en número por este ataque meduseo, alzó su bandera blanca de rendición. La lógica que había tras la ofensiva de mi madre era ésta: Deseaba ahorrarme el infortunado destino de una chica alemana de padres humanistas con la que últimamente había hecho amistad y que durante años había sido calificada de «infiel» y «salvaje» por un buen número de niños y adultos por no haber borrado su pecado original con agua bendita.

Según a quién crea uno, ella dijo a mi padre: «Lo haré contra tu voluntad si lo impides» (la versión de mi madre), o «Lo haré en secreto y no lo sabrás hasta que lo haya hecho» (la de mi padre).

En realidad, de niño yo no sólo ignoraba por completo la fe cristiana sino también las creencias y la historia judías. Lo único que sabía con seguridad era que Moisés había sido un profeta con

cuernos en la cabeza. Esto último se lo debía a las hermanas Olivo, que me habían mostrado —cuando tenía cinco años— un grabado del Legislador con dos pinchos que le salían de la frente. Graça me había dicho que miles de años atrás todos los judíos tenían estas protuberancias, pero que en las sucesivas generaciones habían ido cayendo en desuso. Luna juró que unos cuantos miembros ancianos de esta raza incluso poseían colas peludas.

Poco después me enteré de que en Portugal ya no había judíos. Lo descubrí cuando le pregunté al profesor Raimundo, mi tutor, si podía sugerir a una persona judía a la que yo pudiera seguir, pues estaba impaciente por ver alguna señal de cola o cuernos.

—Felizmente, ya no podemos ver a esa terca raza —respondió él, hundiendo en su oreja la larga uña de su dedo meñique—. No quedan judíos en Portugal, pues los hombres sabios de nuestra Iglesia tuvieron la previsión de limpiar la monarquía de tales paganos hace mucho tiempo.

A mis nuevas preguntas me contó que en 1497 los judíos se habían convertido bajo amenaza de muerte y se habían vuelto lo que se denominó nuevos cristianos. A principios de 1536, los nuevos cristianos que siguieron practicando su antigua religión en secreto fueron arrestados y encerrados en mazmorras por los inquisidores, perseguidores sancionados por la Iglesia y el Rey.

Resultaba evidente que al profesor Raimundo mis preguntas le habían desconcertado y recurrió a frecuentes pellizcos de rapé para calmar sus nervios. Entre estornudos, añadió que la Inquisición, lamentablemente, había sido despojada de su poder unos quince años antes de que yo naciera. Aun así, los judíos todavía tenían prohibido formar una comunidad en Portugal. En cuanto a practicar el judaismo, colocó las manos sobre su gran panza, hizo una mueca de desagrado y respondió:

—Se negaron tercamente a creer en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, las plegarias que rezan en sus templos no son más que blasfemias contra el Hijo de Dios y la Virgen.

En mi inocencia, esto me pareció una afirmación razonable. Los judíos eran claramente una gente desagradable.

Como era un jovencito monstruosamente insistente, pregunté entonces si ni siquiera había un último miembro de esta tribu en

Oporto al que pudiera estudiar en secreto. Inhalando otro pellizco de rapé, Raimundo espetó:

—No, que yo sepa; pero podrías preguntárselo a tu madre.

Ese comentario me pareció extraño, pero como se negó a pronunciar una sola palabra más sobre el tema, decidí hacer lo que me había sugerido.

Cuando le pregunté a mi madre, me respondió con calma:

—No, John, actualmente en Oporto no residen ni judíos ni nuevos cristianos.

Ella supuso que Raimundo había creído, equivocadamente, que conocía estos temas ya que la casa en la que vivíamos, que había pertenecido a la familia de mi madre durante generaciones, se hallaba en el centro de lo que en otro tiempo, antes de la Inquisición, había sido un pequeño barrio judío. Mi padre estaba presente cuando me dio esta explicación y exhaló el humo de su pipa sin pronunciar una sola palabra.

En estas calumnias e imágenes fantasiosas encontraron precario apoyo entonces las acusaciones de que yo era judío que había hecho el nigromante. Cediendo a mis peores temores, rogué a Daniel que me examinara la cabeza y zonas bajas de mi cuerpo para ver si encontraba indicios de alguna protuberancia extraña. Para mi solemne alivio, pronto hizo desaparecer mis temores.

Aquella tarde, mientras buscaba con Daniel botellas y baratijas tiradas en la orilla del río, empecé a pensar que la vida sin amigos íntimos no era algo inevitable para mí. Recuerdo que darme cuenta de esto literalmente me conmocionó cuando él me cogió la mano sin motivo y dijo:

—¡He encontrado algo, John, date prisa!

Echó a correr gritando que había localizado un tablero de mesa

que sobresalía del fango y que era perfecto para tallar.

—¡Corre! ¡Vamos! ¡Más deprisa!

Sus ojos verdes relucían por el placer que le producía hacerme partícipe de su hallazgo.

Se entusiasmó tanto que cuando hubimos desenterrado su tesoro se puso a agitar las manos como si ahuyentara avispas. Más o menos un año después regalaría el tablero, tallado con complicados dibujos de los traviesos rostros de niños escondidos en árboles, a una jovencita llamada Violeta. Me colocó en el centro, con la nariz aguileña y la boca abierta.

Ahora entiendo que Daniel, más que nadie que jamás he conocido, viera a través de la superficie de los objetos lo que había oculto debajo. ¿Sería una exageración decir que era capaz de ver el potencial que había en mí, también, y que le amaba por ello?

Recuerdo cuando arrancamos aquel tablero del fango aquella tarde; él dio vueltas a su alrededor pisando fuerte como si quisiera crear huellas tan profundas que el río jamás las borrara. Quizá lo que más deseaba con su trabajo de talla era ofrecer al mundo una permanente impresión de sí mismo.

Éramos demasiado jóvenes para saber que —sólo en unos pocos días— ya había creado en mí profundas y duraderas marcas. Y aunque lo hubiéramos sabido, no creo que hubiésemos hablado de ello.

Cuando dieron las cuatro regresamos a la Plaza Nueva, para seguir al vendedor de pájaros calvo a su casa. Era casi una hora más tarde cuando él y su esposa cargaron sus cajas en la parte posterior de su carreta y partieron. En el otro extremo de la Puerta de los Robles torcieron hacia la ciudad de Valongo y pronto se detuvieron en la posada Douro, un establecimiento de aspecto lúgubre. Cuando reanudaron su viaje media hora más tarde, nosotros proseguimos nuestro ansioso seguimiento. Pero el vendedor de pájaros entonces arreó a sus yeguas para que se pusieran al galope y pronto nos quedamos atrás, protegiéndonos los ojos del polvo que levantaban a

su paso. Daniel aprovechó esta desalentadora situación regresando a la posada Douro y haciendo preguntas al posadero, quien nos dijo que el vendedor de pájaros y su esposa tenían la costumbre de parar allí a tomar un trago cada martes y sábado, antes de ir al mercado y en ocasiones después. El muchacho preguntó por la víspera de San Juan, y nos dijeron que en general aquel día iban a la posada a primera hora de la mañana.

En la calle, Daniel me pasó el brazo por los hombros y me susurró con aire conspirativo:

—Secuestrado, envuelto y entregado… Ahora escúchame, John. Tenemos que volver aquí al amanecer el veintitrés. Eso significa que sólo tenemos… —contó golpeando con los dedos en mi cabeza— cinco días. Así que mañana empezamos a pintar.

Más adelante descubrí que Daniel, al regresar a casa, puso el pájaro carpintero muerto en su cama, se sentó en el suelo a su lado y se puso a trabajar con sus herramientas y madera de pino. Su objetivo era realizar al menos diez tallas antes de la víspera de San Juan, lo que él calculaba que le ocuparía cada uno de los siguientes cinco días desde el amanecer hasta el anochecer.

Aquella tarde, la senhora Beatriz interrumpió su febril trabajo llamando a la puerta. Su ojo hinchado estaba amoratado y amarillo y lo tenía casi cerrado. Cojeaba. Se le habían roto dos costillas y respiraba con perceptible y dolorosa dificultad. Se quedó en el umbral de la puerta y dio las gracias a Daniel por haber acudido en su rescate. Él recibió su agradecimiento con la mirada baja, preocupado por si el hecho de conocer su parentesco se dejaba traslucir en el caso de mirarla directamente a los ojos.

Más adelante me diría:

—El corazón me latía con tanta fuerza que apenas oía nada. Pero habrías estado orgulloso de mí, John, no la miré ni de reojo. Y no le pregunté nada. ¿De qué habría servido preguntarle, de todos modos? Las cosas siempre son como son.

Cuando la senhora Beatriz se marchó, él se puso a tallar de

nuevo, empleando el cuchillo con tanta fuerza que hizo un profundo agujero en la cola de su pájaro carpintero.

En casa encontré a mi madre y a mi abuela bordando en la sala de estar. La abuela Rosa me asfixió en su perfumado pecho, luego me preguntó por el padre de mi nuevo amigo, tratando a todas luces de evaluar su posición en la vida. Mamá me miró de reojo para indicarme: «Deja que yo me ocupe de esto». Le pedí permiso para irme y luego me fui a toda prisa a mi habitación.

Por muchas experiencias semejantes de mi infancia sabía que mamá deseaba mantenerme lejos de su madre. Además, casi nunca vi a sus dos hermanos mayores, aunque vivían a tan sólo cincuenta kilómetros, en Aveiro.

Cuando fue a darme el beso de buenas noches, le pedí que se quedara un momento y cerrara la puerta.

—La abuela aún está aquí y tiene buen oído —susurré.

Mamá se tapó la boca para ahogar la risa. Después de cerrar la puerta con sigilo, se sentó junto a mí y me puso una mano sobre el pecho.

Mi agitación impedía toda posibilidad de tacto.

—Mamá, ¿somos judíos?

—¡Santo cielo! ¿De dónde ha salido ese bombazo?

—Hoy ha ocurrido algo.

—¿Qué ha sido? Cuéntamelo, John.

—Había un hombre predicando en la Plaza Nueva. Se ha acercado a Daniel y a mí para hablarnos. Y ha dicho que… que éramos judíos.

—¿Tú y Daniel? ¿Ha dicho que tú y Daniel erais judíos? ¡Qué extraño!

—No, tú, papá y yo. Mamá, conocía nuestros nombres.

Ella ahogó un grito.

—¿Quién era? ¿Has averiguado su nombre?

—Lourenço. No me ha dicho su apellido. Le había visto en otra ocasión. Entonces llevaba el pelo largo y grasiento y una horrible

capa. Pero esta vez estaba cambiado. Vestía ropa cara. Y llevaba el pelo cepillado. Me parece que es mago. O nigromante. Hacía trucos.

—John, no os ha hecho daño ni a ti ni a Daniel, ¿verdad? —preguntó con ansia.

—No, pero ha dicho que deberíais sacarme de aquí… llevarme a Escocia.

—Qué extraño. ¿Y tú que has dicho?

—He dicho que yo era portugués… y que había nacido aquí.

—Bien hecho. ¿Y después?

Me incorporé.

—Y entonces Daniel le ha dicho que se marchara, pero él no se iba. Ha dicho que arderíamos. Incluso nos ha enseñado una vela encendida.

Ella dio un respingo y se llevó las manos a las mejillas, cerrando los ojos.

—Dios mío, oh, Dios mío.

—Y se ha puesto un pequeño pinzón en la boca. Iba a cortarle la cabeza con los dientes.

Mama se quitó la bufanda de seda y fue a apoyarse en la pared; luego se dio unos golpecitos en la frente con la yema de los dedos. Yo me precipité hacia ella y la acompañé de nuevo a mi cama. Al cabo de un rato recuperó la calma y me acarició el cabello.

—Mamá, no van a quemarnos, ¿verdad?

—No, claro que no. —Frunció el entrecejo y meneó la cabeza—. Ese hombre era un tonto. Pretendía asustaros. Algunos hombres disfrutan asustando a los niños. No están bien de la cabeza. —Me cogió la mano—. Bueno, ¿qué es eso de que tenía un pájaro en la boca?

—Debía de haberlo comprado en el mercado. Y se lo ha puesto en la boca cuando no mirábamos. Iba a morderle la cabeza para arrancársela, pero entonces lo ha soltado.

—Sí, bueno, sólo eso ya demuestra que es una clase de hombre que haría cualquier cosa para asustar a un niño. Por favor, John, no pienses más en ello. Deja que yo me preocupe por los dos. Y si vuelves a verle, ven corriendo a casa directamente, como tu padre te ha dicho. No te entretengas… con ningún motivo. Ahora venga, métete en la cama.

—¿Somos judíos? —volví a preguntar.

Ella me ahuecó la almohada.

—Ya te he contestado a esa pregunta, John.

Su tono brusco me hizo hacer un mohín. Ella me dio un beso en la frente para disculparse.

—John, si fueras judío, ¿no crees que lo sabrías? ¿No sería evidente que eras diferente de las demás personas?

—Me he mirado, y Daniel también, pero no hemos encontrado cicatrices ni nada.

—¿Cicatrices? ¿Qué clase de cicatrices?

—De mis cuernos. Y de mi rabo.

Ella dio unas palmadas al colchón.

—Oh, por favor. No seas tonto. No puedes haber creído en serio…

—Pero sabes que la gente cree que soy extraño… Incluso Daniel lo cree.

—John, no eres extraño en absoluto. Eres igual que todo el mundo. Igual que yo y tu padre lo somos. Ahora, deja de hablar de esas tonterías. —Me besó en la palma de la mano y luego me la cerró—. Quédate siempre con eso. —Sonrió bondadosamente—. Eres el amor de mi vida, John. ¿Lo sabes?

Asentí y ella dijo:

—Sí, es cierto, no eres como los demás niños. Pero no tienes cuernos, y jamás llegará el día en que me importe un comino lo que nadie piense de ti. ¡Jamás! —Me besó en los labios—. Ahora, a dormir. Cuando tu padre regrese se ocupará de ese Lourenço de pelo grasiento y canarios en la boca.

Estas eran las palabras que yo había estado esperando; como he dicho anteriormente, era de la firme opinión de que mi padre podía resolver todos los problemas.

Más tarde, casi dormido, oí claramente a la abuela Rosa que gritaba:

—¿Qué le ha dicho al niño? —Me acerqué a la puerta con sigilo para oír más de cerca, entreabriéndola un poco—. Es Napoleón —

prosiguió con voz airada—. Sus victorias están enloqueciendo a Europa entera. La Iglesia no está segura de cómo introducirse en sus planes.

Después sólo pude oír un frenético susurrar. Luego la abuela Rosa gritó:

—¡Judíos, judíos, judíos!

En aquel momento lo consideré el final de una larga condena que ella debía de haber hecho contra esta extraña raza.

La tarde siguiente, invitado por mi madre, Daniel vino a nuestra casa por primera vez. Se reunió conmigo en la calle, y llevaba un raído saco de harina con algo que hacía ruido dentro. Cuando le pregunté qué era me ofreció su astuta sonrisa y metió una mano dentro, sacando un pájaro carpintero exacto al que había muerto el día anterior. Estaba toscamente tallado y limado sólo un poco, y si preguntaba habría podido describir una larga lista de imperfecciones: alas demasiado gruesas, pico demasiado afilado… También había un agujero en la cola que era evidente que se trataba de un desliz, aunque pensé que era una cosa maravillosa.

Madre nos sirvió té y bizcocho con natillas a Daniel y a mí en su vajilla azul y blanca con el dibujo de un molino procedente de la fábrica Massarelos de Oporto. Daniel nunca había bebido té hasta entonces, ni había empleado una taza, al parecer. La cogió con mano tan firme que temí que fuera a arrojármela. Metió la boca en el humeante líquido sólo para humedecerse los labios.

Madre levantó su taza formando con el dedo meñique un aristocrático ángulo. Yo trataba de ver en sus ojos si había algún rumor de parentesco entre Daniel y la senhora Beatriz, pero no dejó traslucir nada.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dijo mamá—. John me ha dicho que vives en el barrio de Miragaya… ¿es así?

—Sí. —Daniel me miró con disimulo. Percibía algún subterfugio y parecía impaciente por marcharse.

—Tu padre, según creo, es pescador.

—Sí.

—Y tu madre, costurera, ¿es así?

El muchacho asintió, y después respondió a todas sus preguntas de manera igualmente lacónica. Mamá permanecía imperturbable. Le gustaba tomar el té conmigo de vez en cuando, de modo que aquello resultaba algo agradable para ella, por escasa que fuera la conversación.

Cada vez que ella bajaba la mirada o la desviaba, Daniel separaba los labios para hacer sobresalir los tendones del cuello. Le daba el aspecto de una tortuga.

Cuando mamá me pasó mi pastel, decidí añadir algo de sustancia a nuestra conversación.

—Daniel tiene más puntería que nadie, mamá. Deberías haber visto a aquel villano después de que le lanzara la piedra. La sangre le corría…

Ella alzó la mano.

—Puedes omitir los detalles, John. —Se volvió a Daniel—. Me gustaría decirte que lo que hiciste fue muy valiente. No lo olvidaré. Y quiero que sepas esto: Si eres un amigo leal y verdadero de mi hijo, siempre serás bien recibido en esta casa. Te lo juro.

A mamá le temblaba la voz. Tomó un largo sorbo de té para serenarse.

—Lo lamento si te he avergonzado —dijo con dulzura—. Comamos el pastel. Espero que os guste.

El muchacho cogía el tenedor con el puño mientras cortaba con el cuchillo con gran concentración. Mamá hizo un rápido gesto de negación con la cabeza cuando la miré, para señalarme que no dijera nada sobre sus dificultades.

—¿Y tus abuelos, Daniel, viven en Oporto? —preguntó.

El muchacho levantó la cabeza y preguntó a su vez:

—¿Mis abuelos?

—Sí, ¿les ves a menudo?

—No, no muy a menudo.

—¿Viven cerca?

—No.

Dejó que siguiera haciendo esfuerzos con el cuchillo. Sus miradas furtivas hacia mí me indicaban que conocía la verdad. O se lo habría dicho la propia senhora Beatriz o había atado cabos de los

rumores que había oído. Habría apostado a que se preguntaba si yo lo sabía.

Daniel, incapaz de superar el obstáculo del cuchillo y tenedor, utilizó la mano para llevarse a la boca un pedazo enorme de pastel, del que cayeron gotas de natillas sobre la mesa. Estuve a punto de distraer la atención de mamá con una sarta de preguntas sobre recetas de pastel, pero ella debió de creer que iba a criticarle. Me llamó la atención dando unos golpecitos en la mesa, advirtiéndome con sus ojos severos que no le avergonzara. Sin embargo, él reparó en nuestras miradas en clave y sintió vergüenza, se mordió el labio y dejó el pastel de nuevo en el plato. Entonces, por primera vez en la historia, mamá cogió un pedazo de pastel con los dedos y se lo llevó a la boca. Para mi completo asombro, se lamió las yemas de los dedos.

—Mmm —exclamó—. Qué bueno está, ¿verdad, Daniel? Puedes comer más cuando hayas terminado ese trozo. Así que come.

Él sonrió y puso su cara de tortuga, que hizo reír a mamá.

Sugerí que había llegado la hora de ponernos a pintar.

—No con esa ropa —advirtió mamá, agitando el dedo índice—. Tú, hijo, vas a ponerte tu viejo guardapolvo. Y voy a buscar algo para Daniel en la Torre de Vigilancia.

—¿La Torre de Vigilancia? ¿Estás segura de que quieres aventurarte a subir ahí?

Era nuestro almacén, en lo alto de una escalera de caracol de hierro forjado que había en el corredor del segundo piso. Tenía una enorme claraboya de cristal rojo y amarillo, a través de la cual se veía una gloriosa vista de los tejados de Oporto, pero varios cristales estaban agrietados y entraba agua. Hacía poco tiempo que había descubierto un lagarto muerto en un charco de agua.

Mamá se cruzó de brazos y me miró con fiereza.

—John, debes de creer que estoy hecha de encaje. Te diré que cuando tenía tu edad con frecuencia iba tan sucia como tú. —Dicho esto, me sacó la lengua y se echó a reír.

Debería haber estado satisfecho de verla tan a gusto con nosotros, pero los niños tienen tendencia a sentir vergüenza de la singularidad de sus padres. Cuando Daniel y yo nos quedamos a solas, me disculpé por ella. Él me dio un puñetazo cariñoso en el vientre y dijo:

—¡Tu madre es la mejor, idiota!

6

Mama nos estuvo observando un rato desde la puerta trasera mientras nosotros pintábamos nuestros pájaros de madera en el patio. Absolutamente ajena a los planes de Daniel, le producía alivio ver que no hacíamos ninguna travesura. Por fortuna, yo tampoco sabía nada de su estrategia o me habría visto tentado a confesar nuestro perverso plan.

Hasta entonces nunca había creído que pudiera ser capaz de hacer algo bonito con mis manos, pero al cabo de unas horas habíamos creado unas asombrosas réplicas de un halcón, dos jilgueros y un reyezuelo.

Nos aplicamos felizmente a este trabajo cada tarde hasta la noche del veintidós de junio, la noche anterior a nuestra cita secreta al amanecer en la posada Douro con el vendedor de pájaros calvo, día en que teníamos doce copias. Madre entró en el jardín para inspeccionar nuestras creaciones cuando estaban casi terminadas. Sonrió con asombro, llevándose la mano a la boca, y no hizo ni una sola mención a las manchas de pintura que cubrían nuestros guardapolvos y manos.

—Sois los chicos más listos que he conocido jamás —dijo con orgullo.

—Sólo hay un problema, senhora Stewart —observó Daniel—. Tienen que poder posarse.

Mamá sugirió que claváramos dos clavos cortos en cada vientre como pies, y luego les atáramos un alambre para sujetarlos. Al recibir nuestra aprobación, salió apresurada a comprar estos materiales para nosotros.

Cuando hubimos terminado, probamos un arrendajo en su dedo

índice. Se agarraba a la perfección. Se lo dimos como regalo, reduciendo nuestro lote a once. Ella me dio un beso, y luego uno a Daniel. Por un instante de vacilación percibí que el rostro sucio y las negras uñas del muchacho le dolían. Que su presencia tal vez le recordaba una pena de su pasado que ni por un instante había acudido a mi mente. En cualquier caso, era demasiado tarde para contenerse, pues ya le había cogido cariño al niño.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, me deslicé al estudio de mi padre, saqué su tintero y pluma y redacté una breve nota para informar a mi madre de que necesitaba salir temprano para ir a mi laguna y que no se preocupara. Escribí con la mejor letra de adulto que supe hacer, llena de elegantes florituras, esperando, por supuesto, que se me atribuyera al menos el mérito de mi caligrafía. ¡Las cosas que hice cuando tenía nueve años que ponían a prueba la paciencia de mamá! Baste decir que sin duda alguna habría tenido un argumento decisivo para encadenarme permanentemente a un poste de su dormitorio, igual que había hecho la bruja a mi padre después de convertirlo en sapo.

Dejé la nota sobre nuestra mesita auxiliar y luego salí precipitadamente a reunirme con Daniel en la posada Douro. Diez minutos después de llegar, le vi subir pesadamente por la calle, con nuestro saco de harina con los pájaros pintados a la espalda.

—¡Eh, ya has llegado! —gritó cuando me vio.

La alegría me inundó, y aunque me hizo señas de que me quedara quieto, no pude por menos de echar a correr hacia él. Daniel me dio un golpecito juguetón en la coronilla y cuando grité él también lo hizo.

Irradiaba un fuerte olor a cebolla; para desayunar, a veces se comía una hervida y cortada a rodajas sobre una rebanada de pan rancio. Insistí en que comiera una manzana que había sisado del frutero de casa, pero él negó con la cabeza.

—Tengo el estómago revuelto —dijo con ceño.

Abrió la boca formando un círculo y me arrojó a la cara el

aliento que olía a cebolla. Contuve la respiración y él empezó a explicarme su plan en voz baja. Inmediatamente tuve serias dudas, ya que creía que mis padres se pondrían furiosos, pero no hablé de ellos; no quería estropear las cosas. Luego, mientras yo vigilaba, apareció la carreta cubierta del vendedor de pájaros. Con un grito hizo detener sus caballos frente a la posada y él y su esposa entraron.

—¡Ahora! —me susurró Daniel.

Corrimos a la parte trasera de la carreta, donde desatamos los nudos de la lona y saltamos dentro. Las jaulas estaban apiladas. Volaron plumas cuando los pájaros empezaron a aletear y a gorjear, irritados por haberles molestado. Yo tenía miedo de que los periquitos y otras especies exóticas pudieran morir si llevábamos a cabo nuestro plan, pero Daniel declaró:

—Es mejor morir en el bosque que en una jaula.

Abrimos las puertas de las jaulas una tras otra y soltamos a los pájaros. Muchos eran reticentes, y otros claramente tenían miedo. Nos costó mucho engatusarles para que salieran, pero pronto cincuenta y siete pájaros, según contamos, habían volado hacia su nueva vida. La expresión de Daniel ahora era de fija determinación. Trabajaba con los rápidos y seguros movimientos que podría esperarse de un tallador de madera. Sólo cuando todos los pájaros fueron libres se permitió sonreír y levantar un puño con aire de triunfo.

—Buen trabajo, John —susurró.

Cubierto de plumas, notando el peso dorado de la libertad en mis manos, le devolví la sonrisa. Sin embargo, en la parte posterior de la cabeza el pulso me palpitaba con preocupación. Si nos pillaban, el vendedor de pájaros nos pegaría con el bastón en las rodillas y mi madre no sobreviviría a la vergüenza. Ya oía el discurso que mi padre me daría cuando regresara: «Creía que un hijo mío sabría que no debía…». Jamás me permitirían tener un perro.

Lo asombroso era que verdaderamente me importaba un comino. No lamentaba mi mala conducta, aunque ello significara mi destrucción.

Aunque los pájaros ya eran libres, no nos precipitamos a marcharnos, pues aún teníamos que poner en práctica la última

parte de nuestro plan. Daniel me entregó cinco de nuestros pájaros pintados y se guardó seis para él. Empezamos a meterlos en las jaulas, atando las patas de alambre de cada criatura en las barras de las jaulas para que parecieran vivos.

La mayoría de las personas habría considerado que era una pérdida de tiempo tallar y pintar nuestros pájaros sólo para regalarlos, pero regalar era la secreta motivación de Daniel; deseaba no sólo corregir algo que estaba muy mal sino también crear algo hermoso para el mundo.

Mientras él colocaba en su lugar el último pájaro tallado oímos que el vendedor de pájaros y su esposa regresaban.

—¡Date prisa! —le apremié.

En su apresuramiento, a Daniel se le cayó el pájaro carpintero. Cayó produciendo un ruido sordo en el fondo de una jaula de mimbre.

—*Merda!* ¡Mierda!

—Será un buen día de ventas —dijo la esposa—. Esta mañana no hay niebla.

Para cuando Daniel había fijado firmemente el pájaro, ya subían a su asiento en la parte delantera de la carreta. El vendedor de pájaros gritó una obscenidad a sus caballos y les dio con el látigo para que echaran a andar. Yo me caí de espaldas contra el armazón de madera de la carreta y me agarré a la lona para recuperar el equilibrio. Daniel hacía gestos salvajes e incomprensibles con la mano.

—¿Qué hacemos ahora? —dije con la boca sin emitir sonido alguno.

—*Depenados e prontos para a panela!* —me respondió él del mismo modo. ¡Estamos perdidos!

Si hubiera pensado con claridad, simplemente habría saltado de la carreta en aquel momento, pues aún no había alcanzado toda la velocidad. En cuanto a Daniel, no estaba listo para terminar esta aventura todavía; le gustaba el peligro.

Seguimos adelante, traqueteando, ahora a pleno galope. Daniel me hizo señas de que me arrastrara sin hacer ruido hasta la parte posterior de la carreta. Lo hice y juntos llegamos al borde. Al cabo de unos instantes, levantó la lona y atisbó fuera.

—¿Qué haces? —susurré.

—Tenemos que saltar.

—¿Saltar?

El empedrado se alejaba de nosotros como una cascada de piedras. Negué con la cabeza con vehemencia. A unos quince metros detrás de nosotros iba un carruaje que sin duda nos habría aplastado bajo sus ruedas.

—¡Salta!

—¡No!

Daniel me agarró del brazo.

—¡Ahora!

Aterrizamos en el suelo con fuerza. Yo me abalancé hacia la izquierda y fui rodando, arañándome la rodilla y golpeándome el hombro. Recuperé el sentido justo a tiempo para ver la carreta del vendedor de pájaros calvo alejarse traqueteando por la calle.

Oí un grito. Un caballo con un parche blanco sobre el hocico estaba resollando junto a mí, con señales evidentes de haberse detenido en seco. Un cochero de uniforme rojo y azul, agarrando las riendas con los puños, gritó:

—¡Eh, tú, so tonto!, ¿qué haces? Podías haberte matado.

—Lo siento —gemí, precipitándome al costado del camino.

Giré en redondo en busca de Daniel y le encontré sentado junto a una fuente de piedra al otro lado del camino. Aunque se había torcido un tobillo, sonreía como un tonto.

—Ha sido una locura —dije, limpiándome el polvo y la sangre de la rodilla ligeramente herida.

Daniel escupió en su mano y me frotó la herida. Haciendo muecas de dolor conmigo me preguntó:

—¿Te duele mucho?

—No, no mucho.

—Entonces eres más atrevido de lo que pareces.

Sonrió, y entonces hizo algo extraño: Me cogió por los hombros y me dio un beso en la mejilla como si acabara de recibirme como regalo, casi como si yo fuera su hermano pequeño.

Después de eso no pude articular palabra.

Daniel y yo fuimos cojeando hasta los puestos del mercado de aves. El vendedor de pájaros, con una gorra verde con una pluma y un festivo chaleco de terciopelo rosa, estaba de pie junto a su carreta, indignado, rodeado por una creciente multitud. Su esposa estaba hecha un mar de lágrimas mientras levantaba jaula tras jaula, ofreciendo pruebas de nuestro robo.

—¿Qué más puedo creer? —preguntaba su esposa con voz temblorosa a una de las mujeres de la multitud—. Todas nuestras preciosidades se han vuelto de madera.

—Mujer, te estás volviendo loca —espetó su esposo, tirando de un golpe una jaula al suelo—. Están tallados y pintados. ¡Cualquiera con ojos puede verlo!

—Este arrendajo mismo —replicó ella, sosteniendo en alto el animal tallado que tenía en su nudosa mano—, este arrendajo se ha vuelto de madera cuando he ido a cogerlo. ¡Explícame eso si puedes!

Daniel me miró con un destello en los ojos; la prueba de una intervención sobrenatural era mucho más de lo que habríamos podido esperar.

—Es un milagro que nos ha hecho el propio san Juan —gritó una esbelta muchacha de la multitud—. ¡Un milagro!

Daniel la miró con asombro y dio un paso hacia ella, como si tirara de él una mano invisible. Pero ella se cruzó de brazos poniéndose a la defensiva y alzó las cejas, como retándole a llevarle la contraria, y él se retiró de inmediato.

Un hombre alto con una oreja mutilada levantó una jaula con un jilguero dentro, posado en la barra, la sostenía por encima de su cabeza y se dirigió a la multitud.

—¡Esa muchacha dice la verdad! San Juan ha transformado las plumas en madera.

Era una vergüenza dejar que prosiguiera este tipo de charla, pero yo no tenía valor para confesar nuestra travesura.

El vendedor de pájaros escupió.

—Tu cabeza es lo que se ha vuelto de madera, amigo mío. Alguien se ha burlado de mí —alzó las manos con ira, cerrándolas en forma de garra—, pero descubriré quién ha sido y le estrangularé. Esas bellezas eran mi plata y mi oro. ¡Lo he perdido todo!

Su esposa se pasó la lengua por los labios y dijo en un susurro vengativo:

—¡Elige tus palabras con más cuidado, necio! Es brujería. —Se volvió lentamente como para vislumbrar al perpetrador—. Debemos de tener un enemigo muy poderoso en algún lugar, y tú —se volvió de nuevo a su esposo— no deberías provocarlo con tus amenazas.

—¡Cállate, mujer! Tú eres la que está provocando. —Levantó su gran mano callosa como si fuera a pegarle—. ¡Alguien pagará por eso, y si quieres ser tú, sigue desafiándome!

Daniel echó a correr hacia delante. En mi inocencia, creí que estaba a punto de confesar, después de todo. Pero lo que hizo fue gritar con su voz más seria:

—¡Por favor, señor, muéstrenos el milagro… muéstrenos todos los pájaros!

—¡Lo único que queréis ver… es cómo me han dejado en ridículo! —dijo el vendedor de pájaros, con los ojos brillantes de furia—. ¡Todos estáis contra mí!

—Muéstrenos lo que ha hecho san Juan —suplicó Daniel—. Se lo ruego, señor, no deje que su orgullo nos impida ver un milagro.

Otros miembros de la multitud secundaron esta noble petición hasta que el vendedor de pájaros, indignado, se vio superado por la actuación de Daniel. Aprovechando la situación, el pobre hombre sacó de la carreta el resto de jaulas que contenían nuestros pájaros tallados, dejando cada una de ellas sobre el empedrado con un golpe. Una mujer muy bajita envuelta en un chal negro le gritó:

—¡Has sido elegido por el propio san Juan!

El vendedor de pájaros no pudo contener más su ira y dio una patada a una de las jaulas de tela metálica en dirección a la mujer. Fue a parar al tobillo de un corpulento comerciante con abrigo azul de cuello alto, que amenazó con pegar al descuidado miserable con su bastón por semejante afrenta.

Para entonces un centenar de curiosos señalaba, miraba boquiabierto e incluso rezaba de rodillas, conmovidos por esta unión del cielo y la tierra, abandonada la posibilidad de brujería en favor de la intervención del santo.

—John, ven conmigo —me dijo Daniel empujándome para marcharnos.

Nos agazapamos detrás de una calesa a unos treinta pasos de la

ruidosa multitud.

—Espera debajo —dijo Daniel.

—¿Para qué?

—Para esconderte.

—Pero ¿para qué quiero estar escondido?

—No hay tiempo, John —gruñó—. Haz lo que te digo.

Que Dios me perdone, pues me agazapé bajo la calesa. Él se alejó corriendo, y regresó unos instantes después sin aliento.

—Haz un *metro* de zorzal.

—¿Qué?

—Ya me has oído, quédate escondido e imita a un zorzal. La mujer del vendedor de pájaros acaba de coger uno. Hazlo fuerte, pero sólo una vez.

Yo estaba medio atontado, me aclaré la garganta, fruncí los labios y gorjeé.

—¡Más fuerte! —me instó Daniel.

Bajo su ojo atento tuve más éxito la segunda vez. Entonces vi a la misma muchacha que había gritado por primera vez que se trataba de un milagro. Estaba agazapada cerca y me miraba fijamente.

—Otra vez —dijo Daniel—. Pero esta vez hazlo más fuerte.

La muchacha tenía unos ojos tan grandes y bonitos que parecieron detener el tiempo. Mirándola, recordé uno de los reyezuelos pequeños que habíamos liberado. Tenía tanto miedo de mí que revoloteó frenético en la jaula. Sin embargo, después de tenerlo en mi mano se calmó, como si entendiera mis motivos. Por un largo momento estuvimos solos en el mundo.

La muchacha entonces me sonrió, pero no me juzgaba mal. Le sonreí para darle las gracias y volví a ejecutar mi imitación.

—Ahora sal —dijo Daniel.

Me ayudó a salir y echamos a correr de nuevo hacia la multitud, donde encontramos a la esposa del vendedor de pájaros echada en el suelo con los brazos y las piernas abiertos, una mano sobre la frente, pues se había desmayado. Pero su esposo estaba tan tranquilo. Se hallaba de pie junto a ella, meneando la cabeza con exasperación, mientras dos mujeres vestidas de luto la asistían.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Daniel a un soldado.

—El pájaro de madera ha cantado —respondió él con

reverencia.

El muchacho se rió por dentro mientras yo rezaba para que se produjera un segundo milagro, muy personal: ser tragado por la tierra y ser arrastrado hasta España.

Daniel se me llevó de allí. Cuando vacilé en volver a meterme bajo la calesa, me empujó y me dijo que imitara el canto de una alondra; el hombre alto con la oreja tullida sostenía una en la mano.

La muchacha seguía mirando, y sus ojos del color del jade parecían escrutar en lo más hondo de mis dudas.

—Nos están mirando —dije a Daniel, señalando hacia ella.

Él le hizo señas de que se acercara. Vino junto a nosotros sin vacilar, con las manos a la espalda.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él con ceño.

—Violeta. —Ella respiró hondo y se soltó el cabello castaño, que le llegaba hasta la cintura, para cubrirse la frente. Se pasó la lengua por los labios y añadió—. Podría preguntarte tu nombre, jovencito, pero tu grosería hace que no merezcas mi pregunta.

—¡Vete, Violeta! —gritó él, creyendo a todas luces que podía hacerla desaparecer con una orden.

La muchacha le miró con aire de desafío.

—He visto lo que hacíais. —Cruzó las manos sobre el pecho y se quedó donde estaba.

Percibiendo que sólo yo podía lograr que hicieran las paces, me acerqué.

—Lo que hemos hecho está mal. No haré más imitaciones.

En aquel mismo momento me encontré alzándome hacia el cielo, impulsado por una fuerza que me atenazaba el cuello.

—¡Te he pillado!

Una oleada de frío terror se apoderó de mí, creía que me encontraba en las garras del nigromante. Forcejeé y di patadas para liberarme, a cuarenta centímetros del suelo.

—¡Suéltele! —gritó Daniel.

El vendedor de pájaros me rodeaba el cuello con sus dos rollizas manos. No apretaba lo suficiente para asfixiarme y matarme, pero era evidente que podía retorcerme la cabeza en cualquier momento.

Sin hacer caso de Daniel me sacudió con violencia y dijo:

—¡Tú eres el pequeño hijo de perra que quiso quedarse con el pájaro carpintero muerto! Vosotros dos sois los que habéis hecho

todo esto.

—¡Suelte al chiquillo! —ordenó Violeta.

Yo forcejeaba con todas mis fuerzas para liberarme de las manos del villano. Daniel le daba patadas en la espinilla, pero no servía de nada. Entonces la muchacha hizo algo más inteligente: escupió al villano a la cara. Y siguió escupiendo.

El vendedor de pájaros me dejó caer al suelo y, agarrándome con fuerza del cuello de la camisa, se secó la cara con la manga.

Haciendo esfuerzos por respirar y tosiendo, sentí ganas de vomitar.

—¡Socorro! ¡Por favor, ayúdennos! —gritó Violeta.

El fornido comerciante al que la jaula había golpeado el tobillo dejo caer su bastón sobre los hombros del vendedor de pájaros.

—Ya estoy harto de ti —dijo el comerciante—. Suelta al muchacho.

Pero el vendedor de pájaros no estaba dispuesto a soltarme sin pelear más. Por tanto, el comerciante volvió a descargar su bastón sobre la espalda del otro hombre produciendo un cruel chasquido que prometía algún hueso roto.

El vendedor de pájaros cayó hacia delante y evitó besar el empedrado parando la caída con las dos manos. Yo estaba libre. Y lo primero que hice fue tambalearme hacia delante, inclinarme y vomitar.

—Vuelve a tu carreta y deja al chiquillo —advirtió el comerciante al vendedor de pájaros.

—Pero este pequeño hijo de perra era el que imitaba al zorzal para que creyéramos que se había obrado un milagro —suplicó como respuesta—. Lo he visto con mis propios ojos. Es muy probable que sea el que me ha robado todas mis bellezas.

—¿Es eso cierto? —me preguntó el comerciante.

Mientras el vendedor de pájaros se ponía en pie, Violeta se apresuró a declarar en mi favor.

—Señor, yo he estado con él una hora o más, y no ha emitido ni un solo grito.

Con estas palabras se ganó mi eterna lealtad.

—Miente para protegerme —confesé, secándome la boca con la manga—. Soy culpable de lo que se me acusa. —Aspiré hondo e imité a un zorzal.

—Extraordinario —dijo el comerciante—. Repítelo, muchacho.

Y lo hice.

—¡Más! —pidió una mujer.

Durante los siguientes minutos hice imitaciones de gorjeos y trinos de jilgueros, arrendajos, canarios, gavilanes y gaviotas, culminando en una animada imitación de dos martines pescadores en amistosa conversación.

—¡Asombroso! —El comerciante sonreía.

A riesgo de darme bombo, en realidad parecía hablar en nombre de toda la multitud. Se me ocurre ahora que, si me hubieran animado en esa dirección, tal vez habría acabado actuando en circos o espectáculos, de los que presentan mujeres barbudas y cabras con dos cabezas.

Cuando terminé, el vendedor de pájaros dijo.

—Todo eso está muy bien, hijo, pero me has engañado y me he quedado sin nada.

—Alargue la mano —ordenó el comerciante al vendedor de pájaros.

Pero éste temía un bastonazo y no lo hizo.

—Por favor, no volveré a pegarte, buen hombre. Y creo que esto —se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó dos grandes monedas de plata de cien *reís* cada una— te compensará por las pérdidas. Sólo te pido que me des los pájaros de madera como justa transacción.

Arrojó los brillantes discos al vendedor de pájaros, que, con su recién adquirida riqueza, los aferró con fuerza, se alejó para completar el trato. Entonces el comerciante inhaló un pellizco de rapé y sugirió, entre estornudos, que imitara a un jilguero. Se congregó una multitud mayor mientras exhibía mis talentos, más de doscientas almas, según el cálculo que hizo Violeta, que iba a convertirse en nuestra mejor amiga. Hoy, cuando la imagino tal como estaba aquel día, de pie delante de mí, mordiéndose el labio con preocupación por si fallaba y riendo maravillada alternativamente, no puedo por menos de reírme con ella. Daniel se encontraba a su lado, por supuesto, puntuando con su puño alzado las cadencias de mis llamadas, observándome con tan salvaje y generosa alegría que sentí que en cierto modo mis imitaciones en verdad eran sólo para él y Violeta. En cuanto a los pájaros de

madera, todos menos uno, fueron entregados al comerciante; la esposa del vendedor insistió en quedarse el arrendajo que afirmaba que se había transformado en madera en sus manos, como prueba de la intervención de san Juan en nuestros asuntos terrenales.

A ella más que a nadie le debemos la creencia de que se produjo un milagro aquella mañana, el veintitrés de junio de 1800. En realidad, todo el asunto fue anotado posteriormente en las crónicas de Joaquim Rodrigues, un concejal de la ciudad, con el título de «La Transfiguración de los Pájaros de Oporto». En este relato, se refieren a mí erróneamente como João Stewart Zarco, invertidos mis dos apellidos. No se da el nombre de Daniel, pero es descrito amablemente como «un pequeño cómplice mayor que el joven Zarco». También se observa que «una piadosa y bonita muchacha de nombre Violeta fue la primera en mencionar el tema de la intervención del santo en los pájaros».

Actualmente en Oporto aún se cree en el milagro, y he aprendido a mantener los labios sellados cuando de vez en cuando aparece el tema en la conversación. Que los destinos de Daniel, Violeta y yo se unieran para siempre en el espacio de una sola mañana me parece el mayor y más cierto milagro.

Si aquel día se produjo algo simbólico y de valor duradero, como pienso de vez en cuando, a Daniel se lo debo, por supuesto. Aún hoy en día, décadas más tarde, cuando sueño con él, sostiene en la mano uno de nuestros pájaros pintados, y puedo decir por sus ojos brillantes que está planeando alguna nueva hazaña que a buen seguro nos causará problemas y alguna que otra bendición. A veces el sueño también nos encuentra a los dos sentados en el porche de mi casa, en Oporto, uno al lado del otro, y noto un calor a mi alrededor que irradia de la calle, las casas, el día mismo…

Una persona que no aparece en el relato que hace Joaquim Rodrigues del incidente es la abuela Rosa. Sin embargo, también ella desempeñó su papel, ya que yo seguí con mis imitaciones de aves hasta que la vi abrirse paso entre la multitud, con expresión de abyecto horror en el rostro. Cuando se quedó frente a mí, mirándome furiosa como una reina enardecida, comprendí que todo había terminado.

Me cogí de su mano y avancé como un Moisés en miniatura a través de un mar de felicitaciones y palmaditas en la cabeza que se separaba a mi paso. Me ofrecieron varias monedas, todas las cuales mi abuela me obligó severamente a rechazar.

Al regresar a mi casa, encontré a madre muerta de preocupación.

—¡John! —exclamó, estrechándome entre sus brazos—. Gracias a Dios que estás a salvo.

La abuela me ordenó que me fuera a mi habitación, diciéndole a mamá:

—Espera a que te cuente la travesura que ha estado haciendo mientras tú dormías.

Mamá me agarró fuerte por los hombros.

—¿No te ha ocurrido nada? —Negué con la cabeza—. Gracias a Dios. Nunca vuelvas a hacerme esto, John. —Se secó los ojos—. Enseguida subo a verte. Ve a cambiarte esa ropa sucia.

Subí la escalera mientras la abuela Rosa recitaba una lista de mis indiscreciones durante los últimos meses, acabando con lo que definió como «un espectáculo de circo para toda la chusma de primera hora de la mañana». Me desvestí y me senté en la cama, y me quedé profundamente dormido.

Cuando desperté encontré a mamá sentada al pie de mi cama. Me saludó con una sonrisa melancólica. Había estado llorando otra vez.

—John, he estado pensando en lo que debería decirte.

Me incorporé y empecé a dar excusas, pero ella me hizo callar poniéndome una mano sobre el pecho con suavidad.

—Escúchame y calla. Quiero que sepas que he estado muy preocupada. John, eres un poco como los fuegos artificiales: volátil, brillante y disperso. No puedo controlarte. Ni siquiera papá puede hacerlo. Lo sé. De modo que hemos de hacer un trato. De lo

contrario, moriré de inquietud. Hasta que seas mayor, jamás debes salir de casa sin que tu padre o yo te hayamos dado permiso. Las calles no son tan seguras como crees. Nunca tienes que salir de casa sin que yo sepa dónde estás, ¡nunca!

—Pero iba a…

—No hay peros que valgan, John. Hemos de hacer este trato o me veré obligada a atarte por la noche, como le gustaría hacer a la abuela. ¿Aceptas el trato?

Asentí.

—John, esto es serio. Tienes que prometérmelo.

—Lo prometo.

Mamá respiró hondo y yo me acerqué a la ventana.

—¿Discutiste con la abuela? —pregunté.

—Sin duda.

Mamá me contó entonces la diatriba de su madre, quien había acabado diciendo:

—No tengo ni idea de cómo mi nieto ha acabado dando tan vergonzoso concierto en la calle; en realidad, no quiero saberlo. Sólo espero que no se repita jamás.

A lo que mamá había dado una respuesta sorprendente:

—Al contrario, mi John desarrollará todas sus dotes y las llevará al límite.

Su voz era tensa por la determinación cuando me repitió esto. Al parecer, ella y su madre habían discutido como sólo pueden hacerlo una madre y una hija. Pero el resultado fue favorable: la abuela Rosa había huido. En realidad, nos estaba castigando negándose a venir a cenar con nosotros.

Después de nuestra cena especial de san Juan a base de sardinas a la parrilla, patatas hervidas y pimientos asados, mamá escuchó con paciencia todas mis excusas por haber perpetrado lo que sólo podía describirse como un robo.

—Implicarte en una ridícula travesura como ésa fue una tontería. Y robar lo que era propiedad de otro… —comentó.

—Pero los pájaros son cosas vivas. Estaban enjaulados. Sufrían.

—Soy consciente de ello, por eso no te castigaré. Lo que no entiendo, John, es por qué tú y Daniel pintasteis los pájaros con tanto esmero, sabiendo que ibais a regalarlos.

—Daniel a veces tiene ideas extrañas. Supongo que esperaba que

los vendedores de pájaros vieran en nuestros sustitutos de madera el mal que había en su comercio.

Mamá entonces me sonrió, como había hecho cuando había ido por primera vez a mi laguna, muy conmovida porque yo le permitiera conocer mi mundo de modo tan íntimo. Cogiéndome la mano, se llevó las yemas de mis dedos a sus labios.

¿Sabes, John?, creo que Daniel deseaba mostrar a los vendedores de pájaros que sus jaulas despojaban de dignidad a todos los implicados… no simplemente a los pájaros.

—¡Eso es… eso es, exactamente, mamá! —exclamé.

Pero un momento después comprendí la profundidad de mi fracaso, pues el mercado de aves volvería a montarse y prosperar el siguiente martes como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué pasa, hijo? —me preguntó.

Cuando se lo expliqué, me dijo:

—No puede ponerse fin tan deprisa a nada tan malo. Pero tendrás tus victorias. —Agitó el dedo—. Y sin robar nada, John… con palabras.

—¿Con qué palabras?

—Les convencerás de que tienen el deber moral de liberar a los pájaros; y no sólo eso, sino también otras cosas.

—¿Cómo lo sabes, mamá?

Me dio un apretón en la mano.

—Te conozco. Y sé lo que puedes conseguir cuando te empeñas en algo.

Después del postre, mamá y yo paseamos por la ciudad hasta pasada la medianoche. La noche era fresca y ella se envolvió los hombros con su chal. Varias veces algunos extraños me señalaron y susurraron:

—Ahí está, el niño que es mitad pájaro…

Mamá me miraba con los ojos brillantes de orgullo.

Un anciano con una mano curvada incluso me dio unas palmadas en la cabeza y susurró a su esposa:

—Dicen que este chiquillo hoy ha obrado un milagro.

Al oír eso mamá se me llevó y se sumió en un reflexivo silencio. Al llegar a casa aquella noche, se arrodilló a mi lado frente a la puerta delantera y me susurró:

—Jamás debes exhibirte. Es peligroso. Sé precavido a la hora de mostrar tus dotes. —Me agarró con fuerza—. Acuérdate de guardar algo para ti. No seas tan confiado. Cuando dudes, espera.

Sin darme oportunidad de responder, me dijo que no me preocupara por lo que me había dicho, sólo era que echaba de menos a mi padre.

—Debo de estar loca, hablarte así… —dijo, riendo. Abrió la puerta con la llave, y suspiró feliz al encontrar nuestra casa tal como la habíamos dejado.

En el piso de arriba, mamá se sentó en mi cama y yo apoyé la cabeza en su regazo. Me peinó el cabello con sus delicados dedos y me cantó *Barbara Allen*: *En la ciudad de Escarlata, donde nací…*

Al dar la una, me hizo meter en la cama. Me quedé dormido mientras ella interpretaba a Mozart al piano. En realidad, debió de tocar muchas horas, pues cuando desperté después del amanecer la encontré con la cabeza apoyada en la tapa del piano, con la misma ropa de la noche anterior. Un trozo de papel doblado había caído al suelo. Lo recogí y vi dos versos de «La despedida», de Robert Burns, escritos por mi padre:

> Con el corazón deshecho y los ojos rebosantes.
> Te recordaré, por lejos que me halle.

7

La atracción que de joven sentí por Estados Unidos me la inculcó Violeta, cuyo difunto padre relojero había nacido en Boston de padres portugueses. Ella era la tercera de cinco hijos y la única hija de la familia. Ahora tenía trece años y era la primera en su familia en despertar y a menudo la última en quedarse dormida. Jamás he conocido a nadie que comiera más deprisa que ella; corría más deprisa que todos sus hermanos y hablaba en rápidas ráfagas. Su madre decía que sólo escucharla era suficiente para hacerle perder los estribos.

Perder a su padre tres años antes había menguado su ya frágil apetito, su piel olivácea había palidecido y se había quedado incapaz de superar las persistentes pesadillas de que caía al fuego. Se temía que se consumiera como una vela y no llegara a ver amanecer su vigésimo año.

El objetivo en el que centraba sus esperanzas era marchar a América. Su padre le había dicho que el cielo nocturno era una radiante extensión de estrellas en una oscuridad tan negra que dolía a los ojos y asustaba la mente. A Violeta le encantaban las estrellas y la oscuridad.

Daniel fue el primero que entabló amistad con ella. En realidad, mientras a mí mi abuela me quitaba la idea de la cabeza, él convenció a la muchacha de que le permitiera acompañarla a casa de su primo en la Rúa do Almada, adonde ella iba a recoger unas cebollas. Daniel me contó que ella se había agachado y escarbado en el jardín sin preocuparse por lo que les ocurriera a sus bonitos zapatos. Su falta de aires le había impresionado, y se quedó absolutamente encantado. En cuanto a sus ojos del color del jade,

aunque Daniel era incapaz de expresar sus sentimientos con palabras y yo estoy traduciendo por él, ahora que se habían conocido su profundidad provocaba en él especulaciones respecto a quién era ella y quién podría ser él.

Tan encantado se había quedado Daniel al ver a Violeta escarbando en el suelo que se fue inquietando cada vez más. Cuando empezó a dar saltos, ella se volvió para preguntarle qué tonterías estaba haciendo.

—Ahuyentando las moscas —respondió él con solemnidad.

—¿Me estás diciendo, jovencito, que yo atraigo a las moscas?

—No, no… las atraen… las atraen… —balbuceó.

No llegó a decir «las atraigo yo» porque Violeta le puso un dedo sobre los labios para que se callara.

Mientras Daniel cortejaba a Violeta, padre regresó de su viaje. La primera tarde que pasó en casa, mientras yo permanecía sentado temblando de miedo en lo alto de la escalera, madre le explicó mis actividades en el mercado de pájaros, suavizando los aspectos más moralmente dudosos de mi conducta. En lugar de «robar» los pájaros, les había «permitido elegir un hogar». Me alegré de su inventiva, aunque sabía que papá vería las cosas de forma diferente.

Sin embargo, para mi asombro, ella concentró su relato de la pasada quincena en el aspecto del nigromante. Se emocionó tanto que padre le rogó que se sentara y se tomara poco a poco una copa de *brandy*. Me sorprendió el revuelo, porque mamá y yo habíamos oído decir que el villano se había marchado de Oporto hacia Lisboa. Yo había olvidado sus amenazas contra mí y mi familia.

Aquel día, más tarde, papá sólo me propinó una leve reprimenda. Esperaba que hubiera aprendido la lección, que dije que había aprendido, como era debido, aunque en secreto sabía que volvería a hacerlo si tenía oportunidad.

Aquella noche, tras una visita de Luna y Graça Oliveira, mis padres —con gran contento por mi parte— me dieron permiso para recibir clases de arte los viernes por la tarde. A petición mía, Daniel también fue aceptado.

Después de nuestras primeras clases, padre nos acompañó a Daniel y a mí a casa del muchacho, donde metió la nariz en todos los rincones. Al día siguiente llegó una robusta lavandera para limpiarla bien y eliminar el moho y la porquería. Mientras ella trabajaba, llegaron dos pintores y dieron una capa de enlucido a todas las paredes, interiores y exteriores. Aquella noche entregaron un espléndido colchón para la cama de Daniel y madre le compró una camisa nueva y unos pantalones.

Mi amigo estaba pálido de turbación al salir de nuestra casa con su ropa nueva. Papá le revolvió el pelo, que no tenía piojos y lo llevaba pulcramente peinado hacia atrás, y le dio un abrazo. Me pidió con la mirada que no dijera nada de los ruidos de sorber por la nariz que hacía el muchacho a causa de la emoción y la gratitud.

Puedo asegurar que Daniel y Violeta se enamoraron aquel verano de 1800, y no es que entonces me complaciera, al contrario. Estaba celoso de la cara de bobos que ponían cuando creían que nadie les miraba. Yo detestaba su fácil complicidad, su afinidad de secreto propósito que me excluía. Al fin y al cabo, yo sólo acababa de conocer a Daniel. Y ya deseaba ser el caballeroso protector de Violeta, ya que creía que era la muchacha más hermosa que jamás había visto. Antes de resignarme a mi papel secundario, en ocasiones le hablaba con crueldad y la hacía llorar. Ella no parecía darse cuenta de lo mucho que me sobrecogía y me inquietaba su sola presencia.

A finales de julio, un mes más tarde de haber empezado a

reunirnos a menudo para nuestras aventuras, ella se acercó a mi ventana una mañana, mucho antes de que amaneciera, y permaneció en la calle arrojándole piedrecillas. Con los ojos legañosos abrí mis mosquiteras y contraventanas.

—Baja, John —gritó quejumbrosa.

En los años transcurridos desde entonces me he reído con frecuencia de mi ridícula escena de Romeo de nueve años con su Julieta en la calle. No puedo negar, sin embargo, que el hecho de que fuera a verme me complació enormemente. Me preguntaba si Daniel sabía dónde estaba ella o si consideraría que nuestro encuentro era una traición. Una pequeña parte malvada en mí esperaba que así fuera.

—Por favor, John, ven conmigo —dijo Violeta con suavidad cuando abrí la puerta de la calle—. Alejémonos de las casas, para que podamos hablar.

Es divertido, lo sé, pero verdaderamente creía que quería suplicarme perdón por interponerse entre Daniel y yo. Incluso pensé que tal vez confesara que sufría su compañía sólo para tener la oportunidad de estar junto a mí.

Pronto llegamos al final de la calle y nos quedamos en la parte alta de las Escaleras de la Sinagoga, que descienden sinuosas hacia el distrito ribereño.

—Mira hacia arriba —dijo.

Una franja de luces se extendía en el firmamento, muy por encima de la catedral, posada en lo alto de una colina, al este.

—Es la Via Láctea —explicó—. Miles de estrellas reunidas. Y mira allí —añadió, señalando una muy brillante—. Ésa es la Estrella del Norte. Es el centro del cielo.

Me contó que este cuerpo celestial está tan perfectamente anidado en el firmamento que permanece en el mismo lugar igual que la tierra gira sobre su eje. Entonces me explicó algo de las constelaciones y los planetas. Descubrí que las estrellas eran un asunto importante para Violeta. No mencionó a Daniel hasta que regresamos a mi casa.

—Quiero contarte un secreto —dijo—. Pero no debes revelárselo a nadie; ni siquiera a Daniel.

Mientras juraba que lo callaría para siempre, me sentí como si estuviéramos a punto de cruzar un puente juntos. Sabía que haría

cualquier cosa por ella.

—Quiero seguir las estrellas hasta América —declaró—. Viviré en la tierra de George Washington y Thomas Jefferson.

—Pero ¿por qué Daniel no puede saberlo?

—Porque me iré de verdad. Y nadie, ni siquiera él, me detendrá.

—Nos partirás el corazón si te marchas sin nosotros, lo sabes.

Ella se quedó mirando el firmamento y respiró hondo. Nos sentamos en el porche de mi casa y ella me pidió que le rascara la cabeza. Vacilé, sospechando que Daniel me daría una torta si accedía.

La suavidad de su cabello en mis manos me hizo temblar. No nos dijimos nada durante largo rato, dejando que los ruidos de la noche nos hablaran de la intimidad que acabábamos de conocer. Entonces ella me dio un beso en la mejilla.

—Gracias por ser mi amigo —dijo.

—Cuando te marches a América, yo también iré —prometí. Y aunque en aquellos momentos lo dije de corazón, en los años venideros iba a olvidar mi promesa. Como la mayoría de niños, vivía con los pies firmemente plantados en el tiempo presente y tenía tendencia a dejar que incluso las conversaciones más importantes se desvanecieran en el pasado. Tal vez eso fuera una bendición.

El primer sábado de octubre, Daniel desapareció. Violeta y yo nos pusimos frenéticos porque hasta entonces nunca había llegado tarde a ninguno de nuestros paseos de fin de semana a la laguna. Corrimos a su casa, pero la encontramos vacía y, por tanto, decidimos esperar en la mía.

Al cabo de una hora, Daniel llamó a nuestra puerta, sin aliento.

—¿Dónde has estado? —exclamó mamá—. Estábamos preocupados.

—Con la senhora Beatriz.

El muchacho daba saltos de alegría, tan excitado que no soportaba que le tocaran. Intentamos en vano que se sentara y nos

explicase con calma lo que había ocurrido. Al parecer, la senhora Beatriz había ido a su casa el día anterior y le había dicho que en la suya le esperaba una habitación.

Estaba radiante de alegría cuando nos dijo que su nueva cama tenía sábanas limpias.

—Suaves como el musgo —declaró mientras bailaba de contento por toda la cocina.

—Oh, Daniel, me alegro tanto por ti —dijo mamá—. Estoy segura de que los dos seréis muy felices.

Recuerdo que pensé: «No precipitemos las cosas…». Porque no me costaba imaginar que su salvajismo causaría estragos en su nuevo hogar.

Aquella noche mi madre me confió que ella había ayudado a vencer la resistencia de la senhora Beatriz, y aunque me gustaría decir que inmediatamente resultó que estaba en lo cierto, y que el nuevo hogar de Daniel se convirtió en un refugio tranquilo y feliz, la verdad es que él se sentía bastante confinado viviendo bajo el techo de su abuela. Pasó los dos primeros meses inventando nuevas maneras de provocarla. Recuerdo en particular una vez que incendió una carreta de flores secas en la Plaza Nueva.

Un día de diciembre, cuando hacía unos dos meses que se había trasladado a vivir con ella, al regresar sucio de una aventura conmigo en el río, esparció suciedad por toda la casa. Lo hizo a propósito, estoy seguro. La senhora Beatriz también estaba segura de ello, y levantó la mano para pegarle por primera vez. Pero se sintió incapaz de hacerlo. Se arrojó a la cama y se echó a llorar.

Daniel jamás había visto llorar a una mujer como si se le fuera la vida con el llanto. Juró en voz alta que sería bueno con ella, acariciándole el cabello mientras lloraba. Y hay que decir en su honor que cumplió su palabra. Siguió corriendo descabelladas aventuras, por supuesto, pero jamás hizo nada a propósito para molestar a su abuela.

En realidad, sólo la hizo llorar otra vez. Y en esa ocasión evitarlo no estaba en su mano.

8

Fanny, mi *border collie* hembra, llegó un día de diciembre de 1800 en un barco procedente de Glasgow. Pronto descubrí que era una bestia buena y noble, salvo cuando estaba ocupada en el serio asunto de comer. Si la molestaba, *Fanny* ladraba. Si seguía molestándola, levantaba el labio superior y mostraba sus mortales incisivos con un rugido bajo. A la tercera, mordía.

A finales de abril de 1801, *Fanny*, Daniel, Violeta y yo éramos los mejores amigos. La perra sentía especial cariño por Violeta y creo que le habría resultado difícil elegir con quién compartir su destino, si conmigo o con ella, si alguna vez tan desdichada decisión hubiera sido necesaria.

En nuestras salidas a la laguna, Violeta apenas iba ya con Daniel o conmigo, sino que se reunía con nosotros allí a mediodía, pues su madre tenía una habilidad sin paralelo para inventarse interminables recados para hacer durante la mañana. La muchacha siempre completaba sus tareas lo más rápidamente posible y ni una sola vez dejó de reunirse con nosotros, hasta el segundo sábado de junio de 1801, cuando hacía casi un año que éramos amigos. A las tres de la tarde aún no había llegado. Daniel y yo echamos a andar para regresar a casa, desalentados, realizando el trayecto en reconcentrado silencio. Cuando nos encontrábamos a una tercera parte del camino que llevaba a la ciudad, en el linde de un denso bosque, *Fanny* alzó las orejas y se paró en seco, oliscando el aire, abriendo bien los agujeros del hocico. Se acercó con sigilo a un grupo de árboles y siguió oliscando entre los helechos y las malas hierbas.

—Buena chica —le dije mientras la seguía—. Adelante.

Al alcanzarla, vi a un cazador mayor a unos cincuenta metros.

—Disculpe que le moleste, señor —dije cuando nos acercábamos a él—, pero estamos buscando a una amiga… una muchacha.

—No he visto a nadie.

Fanny oliscó feliz los zapatos del hombre. Él le dio unas palmaditas en la cabeza y luego apuntó su arma hacia un claro que había muy a lo lejos.

—Puede que no sirva de nada, pero he visto un zapato por ahí. Junto a un pino grande, justo después de un antiguo muro de piedra.

Le dimos las gracias y echamos a correr. Como era de esperar, encontramos uno de los zapatos con cintas de Violeta junto a unas rocas que habían caído de un antiguo cercado.

—¿Crees que él le habrá hecho daño? —pregunté.

Daniel se mordió el labio y no respondió.

Cerca de la carretera encontré el vestido *beige* de Violeta hecho un ovillo en el suelo, moteado de luz del sol que se filtraba por el dosel que formaba un alto árbol. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, como una gran sombra. «No —susurré para mis adentros—. Por favor, no…».

Fanny echó a correr y se puso a gemir en la base de una suave pendiente. Allí encontramos a la muchacha, inconsciente, de costado, con las piernas ocultas por los helechos. Sólo llevaba las enaguas, cuya costura lateral estaba desgarrada. Su hermoso cabello era una masa enmarañada. Tenía hojas y tierra pegada en la frente, las mejillas, los codos y las piernas, y la boca cubierta de sangre.

Yo estaba temblando. Creía que su muerte me mataría a mí también. Las lágrimas me inundaron los ojos cuando me hinqué de rodillas.

—Violeta, por favor, levántate, me estás asustando.

Daniel se arrodillo a su lado, le levantó la cabeza con cuidado y la llamó por su nombre, pero ella no despertó. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Qué hacemos, John? ¿Qué hacemos? —dijo entre sollozos.

Tal vez fue la súplica de Daniel, o el loco resuello de *Fanny* en su rostro, la cuestión es que la muchacha empezó a despertar. Daniel se inclinó sobre ella con una expresión de gratitud tan plena y profunda que la recordaré toda mi vida. La gentileza de su sonrisa

en aquel momento —con intención de demostrar a Violeta que todo iría bien porque estaban juntos— siempre ha simbolizado para mí la gran verdad del amor. Acariciándole la nuca preguntó:

—Violeta, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué te ha pasado?

Ella no respondió.

—No vuelvas a dormirte… por favor, di algo; estamos preocupados —dije yo.

Pero ella no quería —o no podía— hablar.

Recuperé el vestido de Violeta y la cubrí con él. Tan frágil y adorable estaba en aquel momento para mí que hice un solemne pacto conmigo mismo: si se recuperaba, jamás volvería a protestar por mi papel secundario en sus vidas.

Entonces abrió su mano para mí. En ella tenía una muela ensangrentada.

Acepté el ofrecimiento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Daniel.

Ella se frotó la mejilla con la mano e hizo una mueca.

—Tenemos que ir a ver a un médico —observó Daniel apresurado, como si nuestra necesidad de ayuda sólo se le hubiera ocurrido a él—. Violeta, hemos de ver a alguien.

—Iré corriendo a Oporto —dije.

—No, callaos —suplicó la muchacha.

Se volvió y abrazó a *Fanny*; y durante un rato dio la impresión de estar sumida en el sueño que da la fiebre. Luego, sin avisar, inspiró profundamente y soltó la mano.

—John, devuélveme mi muela.

Cuando se la entregué, la agarró con fuerza.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Daniel, el rostro tenso por la ira—. ¿Ha sido un cazador con una chaqueta andrajosa? Le hemos visto. Lo sabemos. Y sabemos lo que ha hecho.

—No, dos jóvenes bandidos me han seguido para robarme las joyas —respondió ella con seguridad—. He echado a correr y me he caído. Esto es todo lo que ha ocurrido.

—Unos bandidos que no se han llevado tu brazalete ni tus anillos o son ciegos o tontos —declaré.

—No obstante, John, eso es exactamente lo que ha ocurrido —replicó ella, francamente irritada.

—¡No te creemos! —gritó Daniel— Violeta, ¿quién… quién te ha

violado?

Frunciendo el entrecejo, ella sacudió la muela en el hueco de su mano y la hizo tintinear al chocar con sus anillos. Abrió la mano, murmuró una plegaria y luego la arrojó lejos.

—¡Eh! —exclamó Daniel—. ¿Por qué has hecho eso?

—Que se la coman los ratones. Ellos no pueden practicar brujería conmigo. —Tuvo un escalofrío—. Ahora, marchaos. Quiero vestirme.

Vamos, *Fanny* —dije a la perra, que levantó la mirada hacia mí con aire dubitativo.

—No, déjala conmigo —me pidió Violeta.

Daniel y yo nos marchamos. Él iba dando patadas al suelo y mascullando maldiciones.

—¡Mataré a quien lo haya hecho!

—¿De verdad… de verdad la han violado? —pregunté en un susurro.

Él sonrió con una mueca, considerando visiblemente que mi pregunta era una afrenta a su inteligencia.

—No hemos hecho nada para impedirlo. ¡Nada!

Su dolor y rabia me hicieron sentir inmensamente inútil, y no lograba imaginar cómo podía saber con tanta seguridad lo que había ocurrido. Probablemente había descubierto en sus ojos alguna señal que yo no había captado. O una marca de significado oculto en su cuerpo. Yo no sabía qué buscar, ya que no tenía una idea clara de qué significaba ser violada. Lo único que sabía era que se trataba de algo abominable que les ocurría a las mujeres y a las chicas y que era un mal del que sólo se podía hablar en vergonzosos susurros.

Después de vestirse, Violeta nos dejó acercarnos a ella de nuevo. Evitando los ojos de Daniel, me rogó que la dejara ir a mi casa a escondidas, pues no quería que su madre la viera en aquel estado. Le haría demasiadas preguntas.

—Mírame, ¡yo también estoy aquí! —espetó Daniel, agitando un puño ante ella.

La muchacha miraba al suelo, con la frente fruncida en gesto de preocupación.

Con renovada gentileza él preguntó con calma:

—¿Me odias ahora?

Las lágrimas le empañaban los ojos cuando Violeta se esforzó para mirar el dolor reflejado en el rostro del muchacho.

—No, Daniel, pero tengo miedo. No puedo soportar tus emociones y las mías. No soy tan fuerte. Ahora no. No esperes nada de mí.

No dio más explicaciones y Daniel dejó de interrogarla cuando ella le permitió que le cogiera la mano, la cual se llevó a los labios sólo para que ella la apartara con brusquedad. Caminamos uno a cada lado, flanqueándola hasta casa. Yo había cogido una capa de hilo y la cubrimos con ella para que nadie en las calles de la ciudad reparara en su desastroso estado.

Entré primero en casa, solo. Por fortuna mamá y papá estaban fuera. Tras la puerta cerrada de mi habitación la muchacha se limpió con mi toalla y se cepilló el pelo. Su semblante palideció cuando se vio reflejada en mi espejo. En las frías y oscuras profundidades de la mirada atenta de Daniel percibí que estaba urdiendo una venganza.

—Ahora debo irme —dijo ella.

Daniel le rogó que le permitiera acompañarla, pero ella se negó, aunque deseaba quedarse con *Fanny* unos cuantos días.

Fuera, me agaché para ponerme a la altura de *Fanny*. Le di un beso en el hocico y le dije que Violeta necesitaba sólo amabilidad por parte de los que la rodeaban. No tenía que gruñir, dar zarpazos o lametazos como una loca ni estrellarse de forma suicida contra los muebles. Me sentí obligado a decir estas cosas no sólo por el perro sino para comunicar mi amor por Violeta. Sin embargo, ella no demostró particular interés por mi preocupación hacia ella. Llamó a *Fanny* a su lado y se precipitó calle abajo como si huyera de una tormenta. A mi lado, Daniel lanzó al aire una piedra grande y la recuperó con el puño.

La madre de Violeta se negó a abrirnos la puerta a Daniel y a mi durante los días siguientes. No volví a ver a nuestra amiga hasta cinco días después, cuando me devolvió a *Fanny*. Mamá estaba

ocupada cortando pan, por lo que fui yo quien abrió la puerta cuando llamó. *Fanny* saltó de inmediato sobre mí, meneando la cola con furia. Violeta se quedó inmóvil en el umbral. Ahogué un grito cuando por fin me miró, porque le habían cortado las trenzas castaño rojizas hasta los hombros.

—Pero, Violeta, ¿qué te han hecho a…?

Ella se dio media vuelta, dejándome con la palabra en la boca, y se alejó corriendo.

No volví a verla hasta más de una semana más tarde, cuando desperté en mitad de la noche al oír que tiraba piedrecillas a la ventana. Había luna y vi que llevaba un gorro con volantes, lo cual era alarmante porque siempre se había negado a esconder su cabello.

Salí de casa a hurtadillas y corrí hacia ella.

—Lamento despertarte —me dijo sollozando—. Lo lamento todo. He sido muy mala. Perdóname, John.

—¿Por qué? No lo entiendo. Violeta, ¿qué ha ocurrido?

Ella se quitó el gorro. Alguien había utilizado las tijeras con torpeza, pues ahora llevaba el pelo corto hasta encima de las orejas con un aspecto desastroso. Tenía arañazos y pequeños cortes en el cuello.

—Violeta, ¿quién te corta el pelo?

Ella hizo gestos de negación con la cabeza y se alejó sin responder. La dejé ir unos treinta pasos y luego eché a correr tras ella, llamándola. Cuando se puso a correr demostró ser demasiado rápida para mí, pero tropezó cerca de la cárcel al final de la calle. Cuando la alcancé y la agarré, ella gritó y me dio un fuerte golpe en la boca, que me hizo sangrar.

Los dos estábamos tan asombrados que nos limitamos a mirarnos fijamente. Al notar sabor de sal en la boca escupí en el suelo. Ella me abrazó y me pidió disculpas, y sentí la fragilidad de sus delgados huesos. Nos sentamos en la calle juntos, sin preocuparnos por la suciedad.

—Antes venía a mí a veces —me contó— y… y me tocaba… sólo me tocaba. Pero aquel día, en el bosque me hizo más. Me siguió. Estaba borracho. Y desde entonces… Dijo que si se lo contaba a alguien me mataría. Le prometí que no hablaría de ello. Pero lo hice. Fui mala.

—¿Quién es? ¿Quién te hizo daño?

—No puedo decirlo.

—Violeta, debes venir conmigo a ver a mis padres. Tienes que contárselo.

—No.

Me levanté e intenté en vano ponerla en pie.

—¿No confías en mí? —pregunté.

—Oh, John, no puedo confiar en nadie.

—Mientes. Confías en mí o no habrías venido a verme.

—No lo entiendes. Eres demasiado joven. La vida… mi vida se ha convertido en una habitación cerrada con llave. Sólo quería que me escucharas. —Se puso en pie de un salto—. Siento haberte hecho daño —dijo. Empezó a alejarse, con la cabeza gacha.

—Tiene que haber una salida —le grité.

Aunque no me respondió, creía en esas palabras; todavía tenía que aprender que no siempre recibimos las llaves de las habitaciones que heredamos.

Mientras intentaba conciliar el sueño aquella noche, decidí tontamente ocuparme del asunto en persona.

El siguiente viernes por la tarde, después de la clase con las hermanas Olivo, fui a casa de Violeta y llamé a su ventana. Finalmente, para deshacerse de mí, accedió a reunirse conmigo en la laguna al día siguiente. Le informé de que Daniel no podría ir. Ella se alegró de ello, dijo, ya que no podía mirarle a la cara, ahora que estaba tan fea. Me hizo prometer que no le diría nada de lo que me había confiado durante nuestra conversación nocturna.

—Sólo causaría problemas —dijo—. A él, a mí, a todos.

Para asegurarme de su ausencia, fui a casa de la senhora Beatriz y le dije que ni Violeta ni yo podríamos ir a la laguna al día siguiente. Había decidido seguirla solo y en secreto. Mi esperanza era que quienquiera que le hubiera hecho daño lo intentaría de nuevo. Mi sola presencia —y mi impaciencia por revelar su identidad al mundo entero— sería suficiente para asustar al hombre

malo y alejarle para siempre.

Sí, así de temerario era yo por mor de su bienestar.

En cuanto a por qué Violeta accedió a ir a reunirse conmigo, sin duda deseaba que nuestras vidas pudieran volver a ser como habían sido. Como he tenido amplia oportunidad de aprender en mi vida, el deseo de regresar a un pasado más feliz puede darnos un ciego valor.

Violeta vivía en la Rúa das Ventainhas, una calle llena de baches en el extremo oriental de la ciudad que descendía hacia el río. A la mañana siguiente, *Fanny* y yo nos escondimos detrás del muro de piedra de un cobertizo cercano. Al dar las diez, ella cruzó la puerta y se precipitó por un camino que yo no había previsto. Se comportaba con cautela, con intención de evitar a cualquier perseguidor mediante este cambio de ruta.

Fanny y yo la seguimos a unos doscientos metros de distancia. Estaba seguro de que no había nadie más. Pero lo que ninguno de nosotros había previsto era que su enemigo había salido de la ciudad antes que ella. Sólo había una ruta posible en el último kilómetro y medio que nos separaba de nuestro destino, y allí nos estaba esperando.

9

En el camino rural por el que paseábamos los sábados había un viejo molino destartalado, cubierto de zarzamoras. Cuando este punto de referencia apareció a la vista, surgió un hombre con un abrigo largo oscuro y se quedó un momento en el camino; luego cruzó al otro lado y desapareció en un bosquecillo de pinos.

Reconocí que era el tío de ella, Tomás Gonçalves. Era calvo y de pecho ancho, y caminaba encorvado, como si llevara un peso invisible colgado al cuello.

Ahora parecerá ridículo, pero entonces creí que compartíamos la intención de observar a Violeta de lejos. Yo me sentía infinitamente gratificado porque un adulto, uno fornido y fuerte, hubiera tenido la misma idea que yo.

Violeta, oculta a mi vista por una curva del camino, ahora se acercaba al lugar donde había sido atacada dos semanas antes. Eché a correr y cuando la vi, entraba como caminando de puntillas en un bosquecillo de aulagas. Debía de haber oído ruidos, pues se arrodilló junto a unos arbustos para ocultarse.

Luego se levantó de un salto y echó a correr. Tomás Gonçalves la embistió por el costado, agarrándole los brazos justo por debajo de los hombros y zarandeándola con violencia.

Cuando ella gritó, *Fanny* se lanzó a la carrera, ladrando. Yo la seguí, gritando el nombre de Violeta.

Para entonces el malvado le había arrancado el gorro y agarrado lo que le quedaba de pelo, tirándole la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que temí que le rompiera el cuello. Para hacerla callar, pues ahora ella llamaba a Daniel a gritos, él alzó su otra mano y le pegó dos bofetadas.

Al ver que *Fanny* se dirigía directa a él, arrojó a Violeta al suelo. Cuando el perro llegó junto a ellos, se quedó detrás de la muchacha, a unos tres metros de Tomás, armando un gran escándalo. Violeta, cuya boca sangraba, había logrado incorporarse. Nos miramos, atónitos. Todo había salido mal y los dos lo sabíamos.

—¡Corre, John! ¡Corre! —gritó ella de pronto, al darse cuenta de que su tío estaba a punto de intentar estrangularme, a pesar de la amenaza de los colmillos de mi perra.

Lo último que recuerdo es que el hombre se dirigía hacia mí con intención de atacarme, envolviéndose el puño con un pañuelo. Y un ruido.

Desperté y vi los ojos húmedos de mi madre. No tenía ni idea de dónde me encontraba. La cabeza me palpitaba y tenía la boca seca, como si hubiera tragado arena.

—Agua —logré decir. Mamá me acercó una taza a los labios.

Me contaron que al instante volví a sumirme en el sueño, resbalando mi último sorbo por la mejilla hasta la almohada. Cuando volví a despertar, recordaba que había estado en el bosque, pero el motivo se me escapaba. Mamá, que velaba en mi habitación, explicó que el tío de Violeta me había golpeado en la parte posterior de la cabeza. Yo había caído y perdido el conocimiento. Todo eso había ocurrido el día anterior. La vez anterior en que había despertado había sido doce horas antes.

Mamá tenía poca fe en los médicos, pero había permitido que el doctor Silva me sangrara dos veces en las sienes con sanguijuelas para evitar la acumulación de fluidos tóxicos en mi cerebro.

—¿Y Violeta? —pregunté.

—Está a salvo, John. No te preocupes.

Mamá me cogió la mano. Se la llevó a los labios y la besó; luego, me la cerró y devolvió, diciendo:

—Lleva esto contigo siempre.

Padre entró en la habitación y me sonrió.

—¿Cómo está mi hombrecito?

—Es como si tuviera toda la cabeza rota.

Se sentó en mi cama, se inclinó y me besó en los labios. Sacó una amatista que me había traído de su viaje río arriba la semana anterior y me la puso en el pecho.

—Eres un muchacho valiente. Un *kelpie* de mucho mérito. Pero me desobedeciste de nuevo. Tenías que venir a buscarme si tenías problemas.

—Violeta me hizo prometer que no se lo contaría a nadie —expliqué.

Él me puso los dedos sobre los labios para que callara y dijo:

—No estoy enfadado contigo, pero esto podía haber terminado en tragedia para todos los implicados. Hemos tenido mucha suerte.

—¿Qué le ha pasado a su tío?

Papá dijo que el fuerte ruido que yo había oído era un disparo. El mismo cazador con el que Daniel y yo habíamos hablado el día en que Violeta fue atacada por primera vez oyó los ladridos de *Fanny* y acudió corriendo. Cuando Tomás me agarró y me golpeó, el cazador disparó por encima de nuestras cabezas. Luego, mientras Tomás miraba alrededor para descubrir el origen del disparo, *Fanny* saltó sobre él. Le mordió tan fuerte que le atravesó los pantalones y le arrancó un trozo de carne del muslo.

El cazador aún estaba muy lejos. Disparó otra vez, con intención de causar daño permanente, y el disparo pasó a pocos centímetros de la cabeza de Tomás. Temiendo por su vida, maldijo a Violeta y huyó.

—El cazador te trajo a casa —me dijo papá—. Estamos en deuda con él.

Añadió que de no haber sido por ese buen extraño tal vez en aquellos momentos yo estaría camino del cementerio. No lo entendí. Intenté imaginar que estaba muerto. Dejé de respirar y dejé la cara inexpresiva.

—¿Qué haces, John? —preguntó papá.

—Sólo pensaba en cosas. ¿Dónde está ahora Violeta?

—Está con su madre, descansando.

—¿Y Daniel sabe lo que ha ocurrido?

—Claro que lo sabe. Fui a su casa a contárselo.

—¿Y dónde está Tomás Gonçalves?

—Ya no causará más problemas —respondió papá, y no dijo

más.

Violeta me visitó a la tarde siguiente, con su pálido rostro enmarcado por un horrendo gorro negro, que ella se negó a quitarse a pesar de mi insistencia. Mamá ahogó un grito cuando la vio; luego cayó en un inquietante silencio, claramente temerosa de lo que podía salir de ella si empezaba a expresar sus sentimientos. Nos sirvió té y se sentó con nosotros, cogiendo la mano de Violeta. Al cabo de un rato, mama se levantó, dio un beso a la muchacha en la mejilla y nos dejó solos. Cuando pregunté a Violeta qué castigo le habían impuesto a su tío Tomás, me informo de que no lo sabía. El hombre había desaparecido de su casa. Su madre se negaba a hablar de él.

Daniel debía de estar escondiéndose en nuestra casa, esperando a que Violeta me visitara, pues llamó a nuestra puerta unos minutos después y mamá lo acompañó a mi habitación. Era la primera vez que veía a Violeta desde el día que la habían atacado. Tenía los ojos enrojecidos a causa de no haber dormido y la voz débil. Como le faltaba vocabulario para expresar sus emociones, se impacientó consigo mismo y perdió la paciencia con Violeta. Ella, demasiado perturbada y frágil para comprender que su aspereza sólo era consecuencia de la frustración, encerró en sí misma su tristeza. Mamá se reunió con nosotros al cabo de un rato y su presencia impidió que ambos intentaran expresar sus sentimientos.

Mientras servía té a Violeta, mamá le preguntó si podía intentar cortarle el cabello de forma que quedara bien.

—He sido el barbero de mi marido desde que nos casamos —dijo, sonriendo.

Violeta se desabrochó el gorro. Le habían cortado el cabello casi al cero, lo que hacía que sus ojos sobresalieran, y tenía el cuero cabelludo lleno de costras.

—Ni el más hábil barbero me serviría de ayuda ahora —dijo con tristeza.

Yo estaba tan abrumado que no podía hablar y miré a mamá

para que arreglara las cosas. Ella había dejado su taza de té en nuestra mesa y se llevó una mano temblorosa al pecho. Haciendo esfuerzos para respirar, dijo:

—Aún podré ayudarte, chiquilla.

Daniel, incapaz de contenerse, quiso saber quién le había hecho aquello. En un tono monótono y entrecortado, la muchacha explicó que su madre se negaba a creer que su tío la hubiera atacado. Había ordenado al mayor de sus hijos que le atara los brazos a Violeta a la espalda y la inmovilizara en la cama mientras ella misma le cortaba el cabello.

—Pataleé y forcejeé, pero fue inútil. Siempre lo es. —Bajando la mirada dijo en susurros que si su madre la pillaba con otra «mentira» le afeitarían la cabeza cada día y no le permitirían usar gorro. Todo Oporto sabría que era una mentirosa empedernida—. Mi madre dijo que la próxima vez cortaría algo que no volviera a crecer.

—¡Me gustaría matar a tu madre! —gritó Daniel.

—¿Qué te cortaría? —pregunté.

—¡Cállate, John! —espetó mamá—. No digas nada más. —Echaba fuego por los ojos—. Escúchame, Violeta, no debes pensar ni por un instante que ellos tienen razón. Has de recordar que eres inocente. —Se inclinó sobre la muchacha y le dio un beso en la frente—. Y sigues siendo hermosa. Eso jamás podrán quitártelo. ¡Jamás!

—Hoy voy a ir contigo a tu casa —declaró Daniel—. Y dormiré al pie de tu cama.

—¡Nos iremos a América en cuanto podamos! —exclamé.

—¡Callaos los dos! —ordenó mamá—. Si tu madre no está dispuesta a creerte, Violeta, en nombre de Dios, ¿cómo cree que te hiciste daño en estas dos ocasiones?

—Dice que siempre me caigo porque soy muy torpe… que mi temperamento perverso me ha hecho no tener equilibrio. Y que mi tío se casaría conmigo si yo no fuera tan torpe.

—¿Te casarías con un villano que te ha… que te ha hecho esas cosas? —preguntó Daniel con una mueca. Se acercó a ella y agitó un puño—. ¡Escúchame, no te casarás con nadie!

Hay muchas cosas que no entiendes —dijo Violeta en tono implorante.

—Mi querida niña… —dijo mamá, acariciándole la mejilla.

Violeta le cogió la mano para que parara.

—Debo irme. Ya me he quedado demasiado rato. —Se puso en pie.

—¡No puedes irte! —grité—. No permitiré que vuelvas a tu casa. Mamá, dile que puede quedarse con nosotros. ¡Díselo! Díselo ahora.

Mi madre hizo todo lo que pudo para calmarme, diciendo que hablaría del tema con papá aquella misma noche, pero que todo aquello era demasiado para mí. Grité como un loco y la maldije mientras se llevaba a mis amigos. Entonces me acerqué tambaleante a la ventana y abrí de golpe las contraventanas, atormentado por mi impotencia. Llamé a Violeta y a Daniel, pero lo único que conseguí fue que ella echara a correr, dejando al muchacho muy rezagado.

Aquel mismo día, más tarde, mi padre me dijo lo que había hecho al tío de Violeta. Dos noches atrás, después de que el buen cazador me llevara a casa, encargó a dos delincuentes de poca monta que destruyeran todos y cada uno de los relojes de la tienda de Tomás. A la noche siguiente, papá fue a buscarle a la taberna El Sauce, un establecimiento horripilante situado detrás de la iglesia de San Francisco. Encontró al villano sentado a una mesa hecha con un barril, intentando ahogar su ruina con una botella medio vacía de ginebra y farfullando con dos compinches que reían a carcajadas como mulas.

Padre se acercó al grupo y se presentó como míster Burns.

—Señor, me he enterado de su mala fortuna y me gustaría hacerle una proposición —dijo.

Explicó a los hombres que había adquirido una tienda de relojería en Lisboa y esperaba encontrar un hombre de formación adecuada para que se ocupara de ella. Sugirió que dieran un paseo para que Gonçalves y él pudieran hablar en privado. Como no hubo forma de que dejaran la botella de ginebra medio vacía la compró para ellos.

El tío de Violeta cojeaba, debido al trozo de carne que *Fanny*

felizmente le había arrancado del muslo. Papá caminaba cogido del brazo con él, animándole a mantener los labios húmedos con la bebida. Terminada así la ginebra, condujo al hombre a un callejón oscuro, donde le partió limpiamente la botella en la cabeza.

Gonçalves se desplomó en el suelo empedrado, pero no perdió el conocimiento. Gimió lastimosamente.

—Todo ha desaparecido, todo ha desaparecido —y se echó a llorar.

Entonces papá informó al hombre de su verdadera identidad, y le explicó que había hecho que le destrozaran la tienda por hacernos daño a Violeta y a mí.

—Y también a ti te reduciré a escombros a menos que te marches a Lisboa ahora mismo y no regreses jamás. ¡Es tu única alternativa!

Gonçalves se apoyaba la cabeza ensangrentada en las manos y hacía esfuerzos para volver a ponerse en pie.

Papá se agachó a su lado y sostuvo la botella de cristal rota ante su cara.

—Te meteré en el próximo carruaje que va a Lisboa e incluso te pagaré el viaje. Pero si alguna vez vuelves a Oporto, cogeré una botella como ésta y te la retorceré en la nariz hasta que no te quede nariz ni boca ni ojos.

Exactamente a las siete y veintiún minutos, según el reloj de mi padre, Tomás Gonçalves partió para siempre de nuestra ciudad.

Sin Gonçalves y los ingresos proporcionados por su tienda, la familia de Violeta quedó en la miseria en cuestión de semanas, y todos los niños se vieron obligados a ponerse a trabajar. Violeta trabajaba cortando mecha en un taller junto a la Rúa dos Ingleses. Trabajaba dentro de la cavernosa fabrica desde el amanecer hasta el anochecer, y todos sus ingresos se los daba directamente a la madre, por lo que ella no disponía ni de un cuarto de penique para sí misma.

Los sábados y domingos deberían haber sido sus días de libertad

y de luz, pero como castigo por las «mentiras» que habían sido la perdición del campeón de su familia, su madre la mantenía prisionera en casa. A veces incluso le encadenaba el tobillo a la cama, según me contó mamá, que había presenciado tamaña indignidad. En tales ocasiones la obligaban a bordar plegarias en toallas, para venderlas en el mercado.

Quizá debido a la responsabilidad parcial que mi padre tenía de su pobreza, durante esas difíciles primeras semanas mamá no dejó de llevarles zanahorias, patatas y otras verduras los sábados. De este modo, decía, al menos podían compartir una sopa caliente y alimenticia. Ella era la única que mantenía a papá y a mí informados sobre la muchacha. Y fue ella quien me dijo asimismo que Daniel y yo teníamos prohibido visitarla en su casa, pues su madre sostenía que éramos una influencia perniciosa en la vida de Violeta. Aun así, más adelante descubrí que él se había quedado bajo su ventana toda la noche en varias ocasiones, tratando en vano de verla aparecer. Terminó esta práctica cuando el hermano menor de Violeta le dijo que su madre la pegaba cada vez que le veía en su calle.

Unas diez semanas después de la desaparición de su tío, en septiembre de 1801, la madre de Violeta incluso llegó a llamarnos canallas que habíamos arruinado la inocencia de su hija. La discusión provocada por esta declaración iba a señalar el fin de las visitas de mamá.

Al informarme de esta conversación, mamá añadió que antes de su estallido le habían dicho que Violeta pronto empezaría un trabajo adicional. Todos los sábados vendería —en un puesto de la Plaza Nueva— los artículos bordados que ella y su madre confeccionaban.

Mamá dio gracias al cielo por la disposición, ya que la vio como nuestra oportunidad de ayudar a la muchacha. Nos animó a Daniel y a mí a visitarla y ofrecerle nuestro consuelo. Sin embargo, si alguien de su familia se hallaba presente, bajo ninguna circunstancia debíamos permitir que nos viera.

—Si volvéis a poner en peligro el bienestar de Violeta, jamás os perdonaré a ninguno de los dos —nos advirtió.

Durante las semanas siguientes, Daniel y yo intentamos en numerosas ocasiones hablar con Violeta en su puesto, pero cada vez que veía que nos acercábamos, parecía asfixiarse como si hubiera tragado veneno. No nos revelaba nada de lo que sentía y era evidente que hubiera preferido que se la tragara la tierra antes que tener que hablar de su vida.

A medida que pasaba el tiempo se iba volviendo más pálida y ojerosa. Los piojos campaban libremente sobre su gorro, y una vez vi un furúnculo enrojecido que rezumaba pus en una de sus muñecas. En otra ocasión percibí lo que parecía una quemadura en la palma de una mano.

Los efectos específicos que su estado produjo en Daniel me sorprendieron, probablemente debido a mi juventud; en lugar de concebir un plan para secuestrarla o hacer chantaje a su madre, como yo habría esperado, empezó a infligirse heridas a sí mismo y a los demás, terminando con frecuencia a puñetazos con sangre con otros chicos e incluso conmigo. Una vez me pegó tan fuerte —cuando intentaba apartarle de un joven sacerdote con el que había empezado a pelearse— que cuando desperté le encontré llorando sobre mí y pidiendo perdón.

—Mira lo que te he hecho —decía llorando.

Me llevó a casa. Entre sus brazos sentía su fuerza que me envolvía, como antes de que empezaran nuestros problemas. Nunca les conté a mis padres lo que había hecho. Expliqué a mamá que me había caído del muro de la catedral mientras imitaba a una oca.

Pronto Daniel empezó a ir a las tabernas del distrito de Ribeira para pedir ginebra, ron y *cachaça*, un licor elaborado en Brasil con caña de azúcar. Cuando bebía a menudo decía que no merecía a Violeta. A veces también la maldecía a ella, diciendo que era mala y egoísta. Esto me causaba perplejidad, pero ahora veo que su conducta, producto de la desesperación, era para confirmar su vileza a sus propios ojos y a los de los demás. Sin embargo, sus acciones no hacían sino unirme más que nunca a él.

Entonces, una noche sin luna, justo antes del amanecer, la

muchacha salió de su casa a hurtadillas y arrojó piedrecillas a mi ventana. Me recibió con un abrazo más sólido de lo que tenía derecho a esperar. Cuando se rió del temor que ella me inspiraba supe que había vuelto a mí.

Se quitó el gorro y me dejó rascarle la cabeza, que era áspera ahora que le volvía a crecer el pelo. Hablamos poco en aquella primera visita. Sentados en nuestro porche, ella señaló el cielo y me hizo identificar las constelaciones como si me estuviera preparando para un examen.

Empezó a visitarme una vez cada quince días. A menudo le sugería que fuéramos a visitar a Daniel, pero ella no quería ni oír hablar de ello.

—Sólo me pediría que me fugara con él. Y no puedo.

—Pero ¿por qué no puedes? —me atreví a preguntar una vez.

Ella hizo gestos de negación con la cabeza.

—Eres demasiado joven para comprenderlo, John. No puedo fugarme. Mi familia necesita mi salario. Por mi culpa mi tío ya no nos mantiene.

Cuando le dije que eso no era cierto replicó:

—John, tengo miedo de que haya personas cuyo destino sea ser siempre infelices. Quizá la maldad hace que algunos de nosotros no merezcamos una vida mejor.

—Pero ¿y América? —pregunté—. Me dijiste que te irías y que nadie podría detenerte. ¿Por qué ahora no?

Me hizo seña de que me callara y me contó que podríamos seguir siendo amigos sólo si nunca hablaba de su desgracia. No entendí por qué lo deseaba, pero ante su insistencia lo juré.

Violeta, Daniel y yo seguimos viviendo nuestra vida con gran independencia durante todo aquel otoño de 1801. Él raras veces se encontraba en casa y me cansé de intentar arrancarle de las tabernas. Incluso los sábados a menudo se emborrachaba en lugar de ir conmigo al puesto de Violeta. Dejó también las clases de arte, aunque a mí seguían gustándome mis estudios con las hermanas

Olivo todos los viernes por la tarde.

Esta época desdichada alcanzó su punto culminante poco después de que regresara el padre adoptivo de Daniel, en febrero de 1802, un mes frío y lluvioso. Yo tenía ya casi once años, temía los cambios bruscos de humor de Daniel y estaba desilusionado con los gritos de las aves y con casi todo.

En cuanto a las ocasionales visitas de Violeta por la noche, sólo servían para agitarme, pues se negaba a hablar de su situación.

El padre de Daniel había regresado a Oporto porque sus relaciones en Terranova con una mujer de sangre francesa e india ottawa habían dado un fruto de más. La solución para él había sido fácil: simplemente, se embarcó en el primer barco que regresaba a Portugal y partió sin siquiera despedirse. Era de la opinión de que los hijos no deseados hacen inútiles todas las explicaciones.

Daniel ya lo sabía, claro.

El senhor Carlos —pues así se llamaba el hombre— insistió en que Daniel se trasladara de nuevo a su casa. Y a pesar de todas las súplicas y sobornos de la senhora Beatriz, se negó a ceder todos los derechos parentales que le habían dado cuando él y su esposa adoptaron al bebé entregado por la hija de la senhora Beatriz. Incluso la amenazó con apelar a un juez si seguía impidiendo que su hijo se fuera con él, insinuando que los antecedentes judíos de ella no la favorecerían en nada. Además, estaba decidido a llevarse a Daniel con él la próxima vez que partiera por mar.

Recuerdo que la senhora Beatriz acudió a nuestra casa, con el pequeño retrato de su hija, el día en que Daniel se fue de casa para siempre. Cuando mamá me dejó a solas con ella para preparar un poco de té, pasó su dedo encorvado por la imagen de su amada hija y susurró:

—Hemos vuelto a perderle, Teresa, hemos perdido a nuestro Daniel… —Levantó la vista y me miró como si me pidiera perdón y se estremeció—. Qué tonta soy, John. Creía que había cambiado el destino, que había redimido la traición que le habíamos hecho a ese muchacho. Pero las mujeres estamos indefensas ante la crueldad una vez ésta ha reclamado la vida de un niño.

En una ocasión, después de que Daniel hubiera trasladado sus pertenencias a su antigua casa, le vi fingir que arrojaba un cuchillo a la espalda de su padre.

—Lo haría, pero ni siquiera su muerte me liberaría —me dijo.

En lugar de atacarle, de momento cogió un plato de madera que había estado tallando con caras de lobos, zorras y otras criaturas del bosque. Después de trabajar un rato, me lo mostró. Ninguno de los animales tenía ojos. Era escalofriante. Cuando le pedí que me lo dejara ver más de cerca, él salió y lo arrojó al río. Levantando sus cejas como un bribón, fingió sonreír. Deseaba que yo pensara que solo se trataba de un juego, pero yo sabía que no era así. Dije:

—Al menos deberías haberlo terminado; ahora nunca lo podrán ver.

Él meneó la cabeza.

—No tengo nada que terminar. Todo lo que he conocido ahora ha terminado.

El padre de Daniel no quiso mantener su casa durante lo que podía ser una ausencia de años, por lo que dos meses después de llegar la vendió a un herrero de Vila do Conde, que iba a trasladarse allí el uno de mayo. Con las ganancias de la venta, el senhor Carlos compró a Daniel una maleta de cuero, un cuchillo de acero inglés, guantes de piel de oveja, un par de botas forradas de pieles y una capa de lana con capucha.

—En Terranova hiela ya en octubre —explicó.

Ésta no era una perspectiva muy atractiva para un joven que jamás en su vida había llevado un abrigo grueso, aunque Daniel afirmaba estar encantado porque al fin podría ganar un salario digno de un hombre. Se burlaba de la idea de quedarse en Oporto tras la partida de su padre. Hablaba de su abuela como si fuera una

carga y de Violeta como de una pérdida de tiempo. Cualquiera que no conociera sus dotes teatrales se habría convencido de que agradecía esta oportunidad de viajar.

Ahora creo que su actuación era para impedir que descubriéramos que no quedaba nada en el pozo de su espíritu. Desde entonces he deseado tantas veces haberle echado un cabo, porque habría podido hacerlo, se me daban bien las palabras y tal vez le habría podido convencer de que se enfrentara a su padre adoptivo. Pero yo era ciego a mis propias dotes y a muchas cosas que me rodeaban… como aquellas criaturas que él había tallado.

El último día que Daniel pasaría en Oporto se aproximaba con rapidez. El veintisiete de abril, cuatro días antes de que tuviera que marcharse, dimos un triste paseo hasta el mercado de Plaza Nueva para pedirle a Violeta un último encuentro. La encontramos en un estado esquelético, sus ojos en otro tiempo bellos ahora estaban llenos de tristeza.

—Debo… debo despedirme pronto —dijo Daniel. Sus ojos reflejaban tanta emoción contenida que pensé que iba a desmayarse.

—Hazlo ya, pues —replicó ella con aspereza, secándose la nariz con la manga.

—Ven a mi casa hoy a medianoche, Violeta, por favor —dijo—. Tomaremos un poco de pastel que te guardé de la celebración de mi cumpleaños. Por favor, te echamos tanto de menos…

Ella me miró con desdén y dijo:

—Id a casa de vuestros padres. No quiero volver a veros aquí a ninguno de los dos.

Nos quedamos mudos de desesperación.

—¿Puede realmente el mundo pesar tanto, Violeta? —preguntó Daniel con aire solemne—. A veces me lo pregunto. ¿Y no podemos ayudarnos… tú y yo? ¿No estamos destinados a hacerlo? —Sonrió con dulzura, como para disculpar la seriedad de sus palabras.

Violeta se llevó, apretándola, una mano a la frente, exhausta, conmovida por el dolor del muchacho.

—Vete, Daniel. Tú tienes tu vida. No esperes a la mía.

—¿Me estás despidiendo? —Él le tendió una mano, pero ella se volvió.

—No me toques —ordenó ella. Entonces su voz se ablandó—.

Por favor, no podría soportarlo.

Bajo la mirada al suelo. Sentí que el tiempo y los últimos vestigios de nuestra inocencia terminaban para los tres. Daniel se quedó pálido de consternación. Esperamos un momento, con la esperanza de que ella levantara la mirada. Al ver que no lo hacía, nos marchamos. El muchacho tenía el semblante demudado y con expresión de abatimiento cuando nos alejamos a toda prisa. Probablemente le acosaba su propia vida prohibida, imaginando lo que jamás sería. Con lágrimas de soledad en los ojos, le rogué que me hablara, le supliqué que no debíamos abandonar a Violeta. Al oír eso, inició una amarga discusión conmigo, retándome a ir con él a la taberna que llevaba el sugestivo nombre de Pepino, una vil casa pública en la orilla del río que era una guarida de marinos, bandidos y bribones.

Cuando entramos en la taberna, varios hombres de aspecto tosco le saludaron a gritos y estallaron en carcajadas tras preguntarme el nombre y la edad, amenazándome con decírselo a mi madre. Nos sentamos a una mesa en el rincón. Daniel sacó una moneda de su bolsillo y pidió un ron y yo un vaso de vino barato. Abocado a la destrucción, él se tomó su bebida en dos tragos y me invitó a hacer lo mismo con mi vino.

Aunque tomé unos modestos sorbos, se me subió a la cabeza. Daniel estaba ocupado farfullando sobre el asunto de partir en barco con su padre. Su falso entusiasmo me irritaba. Yo estaba confuso por todo lo que había ocurrido y furioso con mi vida, tan impotente para ayudarnos. Para poner fin a esta absurda charla, hice algo imperdonable: le dije que Violeta en algunas ocasiones me había visitado en secreto a altas horas de la noche y que incluso me había dicho que deseaba irse a América sin él.

—Sólo son fantasías —refunfuñó él—. Me contó que a su padre le encantaba el cielo nocturno de aquí.

—No, lo dice en serio —insistí—. Me hizo prometer que no te lo diría. Pero cuando te hayas ido por mar, ella abandonará Oporto para siempre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lamenté de inmediato mi brusca confesión y me apresuré a enmendarla.

—Daniel —dije—. Violeta en estos momentos está demasiado perturbada para saber lo que quiere. No creo que se marche jamás

sin nosotros. Una muchacha tan joven jamás se marcharía sola, ¿verdad?

Su semblante se mostraba inexpresivo, sin esperanza y con demasiado ron. Deberíamos habernos marchado simplemente a mi casa y hablado con mis padres. Estaba yo a punto de proponer que fuéramos allí —y de disculparme también por fingir que sabía que Violeta siempre había tenido intención de irse sin él—, pero un fornido comerciante con el pelo negro reluciente se plantó ante nuestra mesa y retó a Daniel a caminar sobre las manos de una punta de la estancia a la otra. El caballero le ofreció entonces al muchacho una moneda de plata de diez *tostao* por las molestias, que Daniel cogió con un gruñido. Pronto los hombres se reunieron alrededor e hicieron sus apuestas. Estaba en juego una suma considerable; demasiado, incluso, para los jóvenes brazos de mi hábil amigo. Sabía que nos esperaban problemas. Yo debería haber hablado, pero no dije nada.

Daniel era un buen acróbata y podía hacer toda clase de piruetas y saltos, pero el ron había embotado su sentido del equilibrio. Empezó bastante bien, caminando como un cangrejo, arqueando las piernas sobre la cabeza, la cara enrojecida como si se hubiera quemado con el sol.

Yo iba a su lado, instándole a seguir adelante. Los hombres gritaban y reían.

Pero la mano izquierda del muchacho pronto resbaló y la pierna derecha bajó demasiado sobre su espalda. Cayó produciendo un fuerte ruido seco. Los hombres que habían perdido sus apuestas le insultaron, llamándole burro. El comerciante que había pagado por el esfuerzo de Daniel se inclinó sobre él, carraspeó ruidosamente y le lanzó un gran escupitajo en la cara. Mi amigo se lo limpió y rodó para ponerse sobre el vientre, tapándose los ojos con el brazo. Me puse en cuclillas a su lado y le rogué que nos marcháramos. Sentía su ardiente vergüenza como propia y deseaba no haber ido nunca allí.

El propietario consiguió despertar a Daniel, dándole una patada en el culo y luego agarrándole por el brazo para levantarle. Empujó al muchacho hacia la puerta. Una vez fuera, Daniel se alejó de mí corriendo. Corría con un curioso cojeo, como un animal herido. Antes de atravesar la puerta que daba al muelle se volvió hacia mí.

Meneando la cabeza, sonrió antes de cruzar corriendo el umbral de piedra.

Eché a correr tras él y le encontré de pie en el borde del agua sobre los bloques de granito cubiertos de musgo, mirando el agua, haciéndose sombra en los ojos con el dorso de la mano.

Alzó una mano y dijo:

—No te acerques más, John.

Habría podido esperar ver derrota o desesperanza en sus ojos, incluso rabia. Sin embargo, lo que había era amor. Hacia mí, pensaba antes. Pero, aunque así fuera, ahora sé que sólo era porque yo representaba todo lo que él había hecho y deseado siempre; también, todo lo que habría podido tallar con sus manos. ¿Alguna vez un muchacho había amado como él las posibilidades que se ocultaban en nuestro mundo?

Entonces bajó la mano, como si dibujara una línea entre nosotros. Luego recitó su verso favorito: *Rapado, embrulhado, e entregado*… «raptado, envuelto y entregado».

Rebuscó en su bolsillo y me arrojó la moneda que el bribón de pelo negro en la taberna le había ofrecido para que caminara sobre las manos.

—Eres el propietario de todo lo mío, incluidas mis máscaras —dijo.

Supuse que se refería a que heredaría estas cosas cuando partiera con su padre. Yo quería rogarle que fuera a casa conmigo. Mis padres y yo encontraríamos la manera de ayudarle. Pero sin avisar se llevó las manos al pecho como si le hubiera alcanzado una bala.

—Me han disparado —dijo.

Al principio me quedé desconcertado, embotados mis sentidos por el vino. Luego comprendí que estaba actuando, fingiendo haber sido herido en la batalla.

Daniel se fue cojeando por el borde de las resbaladizas piedras, apretándose el corazón con las manos. Luego se tambaleó, inclinándose hacia el lado opuesto a tierra. Cerrando los ojos con fuerza, como resignado a lo inevitable, cayó al agua cenagosa.

¿En qué pensaba cuando se cayó? No puedo decirlo con seguridad. Sólo sé que cuando me imagino a mí mismo en su lugar, a veces siento que me inunda una oleada de alivio al penetrar en el

agua.

Aguardé, esperando verle salir a la superficie luciendo una exuberante sonrisa. Recordé el martín pescador que habíamos visto el primer día que fuimos a la laguna, que había desaparecido bajo el agua y emergido aleteando, con un pececito en el pico. Grité su nombre, luego corrí al punto donde se había caído del borde. Me pareció ver que estiraba sus manos hacia mí, y que luego retrocedían y desaparecían por completo, como un sueño retirándose a los recovecos de la memoria. Cerca había dos marineros, que señalaron hacia donde había caído al agua.

—¡Ayúdenme! —les grité—. Por favor, ayúdenme.

No se movieron ni me contestaron, por lo que me quité los zapatos y me zambullí tras él.

Yo era un nadador resistente. Mi padre se había asegurado de que lo fuera. Clavé mis brazos en el agua como una flecha y me sumergí. El agua estaba helada y los peces se empujaban a mi alrededor, chocando con mi cara. Sin embargo, lo único en lo que yo podía pensar era en encontrar a Daniel y sacarlo a la superficie. Tenía que disculparme, decirle que lo único que sabía con seguridad sobre Violeta era que le amaba.

El agua era sorprendentemente poco profunda, no más de tres metros. Cuando me acerqué al fondo, giré en redondo. Distinguí lo que parecía una rueda de hierro plantada en el lecho del río, pero el agua era densa a causa del fango y la corriente era fuerte. Me alejaba sin querer. Ya debía de haber arrastrado a Daniel un buen trecho río abajo.

Salí a la superficie para respirar y oí a un hombre que gritaba:

—¿Qué estás haciendo? —pero no le presté atención.

Otras personas me gritaban, pero como ninguna de ellas tenía la voz de Daniel, nadé veinte brazadas hacia el oeste, luego levanté las piernas y me sumergí de nuevo, avanzando con las manos y dejando atrás el agua con las brazadas más fuertes que jamás había dado. Entonces le vi: el pelo se arremolinaba sobre su cabeza como algas, los brazos flotaban inertes. Me zambullí para acercarme a él y le agarré un brazo. Tiré de él una vez, pero parecía resistirse. Tiré de nuevo y sentí el peso de su resistencia. ¡Estaba vivo! Sin embargo, sus ojos abiertos no me miraban a mí ni a nada. Pero entonces me faltó aire y me vi obligado a salir a la superficie. Respiré dos veces

rápidamente y aspiré profundamente por tercera vez, seguro de que podía rescatarle. Esta vez le rodeé la cintura con mis brazos y entrelacé mis manos a su espalda. «¡Ayúdame, maldita sea!», quería gritar. Pateé y tiré de él con todas mis fuerzas. Pero él no podía, o no quería, ayudarme.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecí bajo el agua intentando sacar a Daniel, pero juré que no saldría a la superficie hasta que hubiera sacado su cabeza del agua. Cerré los ojos y pateé como un loco, pero que me perdonen Daniel, la senhora Beatriz y Violeta, pues pronto me sentí mareado. A unos noventa centímetros de la superficie mis brazos cedieron. Se me escapó, tragado por el hambriento río. Entonces me vi obligado a luchar por mi propia vida. El agua estaba muy oscura y ya no sabía dónde era arriba y dónde abajo.

Entonces oí la voz de mi padre que me llamaba a gritos. Volví a cerrar los ojos para oírle mejor. Pero dejó de hablar. Noté que me empujaban hacia abajo.

Tras varios momentos de absoluta oscuridad, percibí algo que me rozaba la mano. Un instante después la luz inundó mis ojos. Estaba fuera del agua. Oía voces que tintineaban como monedas que caen y se dispersan.

—¡Buen chico! —gritó un hombre.

Tenía una cuerda en mis manos y tragaba grandes bocanadas de aire. Un hombre me tendió la mano y me sacó del agua.

No podía recuperar el aliento. Tenía el pecho como si me lo hubieran arañado con metal oxidado.

—Está ahí abajo —dije entre jadeos—. Mi amigo, Daniel. Ayúdenle, por favor. Puede que sea demasiado tarde.

Un marinero cogió una soga y se zambulló. Permaneció un rato sumergido y luego salió del agua.

—¡Tirad! —gritó.

Daniel, con la soga atada a la cintura, también fue sacado a la superficie.

—¡Ayúdenle! —supliqué.

Los hombres le tumbaron en el suelo. El marinero que había rescatado a Daniel y cuyo rostro sombrío y alarmado recordaré siempre apretaba sus manos en el pecho de mi amigo con breves intervalos. Luego apoyó su oreja sobre su pecho para oír los latidos

del corazón. Tras algunos intentos más, el marinero hizo gestos de negación con la cabeza. Alargó una mano para coger la mía en gesto bondadoso, pero para entonces yo era incapaz de sentir el roce de nada en este mundo. Aunque temblaba, no tenía frío. Escuchaba el palpitar en mis oídos, y éste me decía que lo imposible había ocurrido y que en parte la culpa era mía. Ahora tendría que avanzar a tientas hacia un futuro que jamás había sido previsto.

Aquella misma tarde, antes de que la noticia de la muerte de Daniel llegase hasta ella, Violeta vino a casa desde el mercado y encontró —apoyada contra su casa, directamente bajo su ventana— la encimera de una mesa que él había tallado con caras de niño. Aunque yo estaba situado en el centro, atisbando desde detrás de un pequeño arbusto de helechos, la propia muchacha era la que tenía la única cara ejecutada con preciso detalle. En realidad, sus ojos eran tan exactos que, cuando se arrodilló para tocar su regalo por primera vez, se le ocurrió que Daniel había visto más en su interior de lo que jamás había imaginado. Daniel había captado su soledad como nadie lo haría jamás.

10

Imagine la ingenuidad de un muchacho nacido en el sucio laberinto de hollín de las calles que se desmoronaban de Oporto, que aún creía tener ante sí un camino recto hacia la felicidad. Pero después de los sucesos del 27 de abril de 1802 floreció en mí la idea de que la vida jamás sería justa.

El primer día me negué a salir de mi habitación, demasiado agotado y desconcertado para llamar a nadie. A veces cerraba los ojos y trataba de encontrar consuelo en el sueño. Cuando pude hablar de lo que le había ocurrido a Daniel, papá me estrechó entre sus fuertes brazos. Le conté la historia desde el principio, incluso que había bebido vino en la taberna Pepino, para no tener que volver a contársela jamás a nadie.

Cuando hube terminado, dijo:

—Dios mío, John, sólo eres un chiquillo. No asumas la responsabilidad del mundo.

Sabio consejo, pero aquellos primeros días permanecí en la oscuridad de mi habitación con las cortinas corridas, pues no podía arriesgarme a ver ni al padre del muchacho ni a la senhora Beatriz… por no mencionar a Violeta.

Creía que vería acusaciones de mi debilidad en los ojos de todo el mundo. Todos sabíamos que Daniel no podía mantenerse alejado del peligro. Yo había estado de guardia aquel día, y no había cumplido con mi deber. Peor aún, al hablarle de Violeta, ¿no le había empujado a la muerte?

Más de dos décadas después ya no pienso cada día en la injusticia de su muerte y en mi culpabilidad. Aun así, me resulta casi imposible aceptar que tengo ya treinta y tres años y que él

tendrá sólo catorce eternamente.

A veces me consuela pensar que, más que sus máscaras, heredé algo de su atrevimiento y valor. Diría que al principio imitaba esas cualidades y, al hacerlo, logré incorporar una pequeña porción de ellas en mi ser.

El funeral se celebró tres días después de su muerte. Mis padres asistieron a la breve ceremonia, pero yo grité y pataleé cuando sugirieron que yo fuera. Al final, la abuela Rosa se quedó conmigo. Mientras yacía en la cama, ella me dijo algo que jamás olvidaré: «¿Sabes?, puede que su muerte haya sido algo bueno. Su madre adoptiva no era más que una prostituta barata. Por eso él nunca la vio. Ese perro extraviado estaba ejerciendo una influencia deplorable en ti, hijo mío».

Sus palabras me pusieron tan furioso que me subió la fiebre. Cuando mis padres llegaron a casa, la frente me ardía y el pulso latía de forma desbocada.

Una vez a solas, conté a mamá lo que su madre había dicho. Jamás volvió a dejarme solo con la abuela Rosa.

Las alucinaciones empezaron unos días más tarde, cuando yacía de bruces en la cama y oía claramente a Daniel llamándome desde la calle. Me precipité a la ventana y me pareció verle correr calle abajo, cerca de la cárcel. Le llamé a gritos, pero había desaparecido.

El sábado siguiente reuní el valor que me quedaba y fui a ver a Violeta al mercado.

—Lo siento —dije—. Lo siento. No pretendía que muriera. Intenté… intenté con todas mis fuerzas… Pero estaba… estaba tan débil… Te pido disculpas, Violeta…

Ella me tendió la mano. El corazón me dio un vuelco sollozando de gratitud. Pero aún estaba demasiado avergonzado para

confesarle que le había dicho a Daniel que ella se iría a América sin él. En cambio, volví a hablar de la debilidad de mis brazos.

—Por favor, John, no te culpes.

—Entonces, ¿no me desprecias? —casi gemí.

—Claro que no —dijo ella, y me dio un beso en la frente.

—No puedo creer que realmente esté muerto —dije.

A Violeta las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Era tan frágil…

Cuando se hubo calmado dije:

—¿Seguirás viniendo a verme alguna vez por la noche? Estoy muy preocupado por ti.

—Sí… sí. Me gustaría.

—¿Lo juras?

—Tienes mi palabra.

A pesar de su promesa, Violeta nunca volvió a arrojar piedrecillas a mi ventana. De vez en cuando pasaba por delante de su puesto y la saludaba con la mano, pero ella se daba media vuelta como si yo le diera asco. Al final, dejé de ir en su busca, creyendo que había reconsiderado su opinión y ahora me encontraba despreciable.

Yo había asesinado a Daniel y no podía haber perdón.

Violeta desapareció casi un año más tarde. Nadie sabía adonde había ido. Una vez, el senhor Solomão, el carnicero, me dijo que su tío había regresado una noche en secreto y la había matado. Pero entonces yo conocía un poco más el mundo y estaba seguro de que había escapado a su destino de la única manera en que una muchacha sin un penique podía hacerlo: abandonando la ciudad, sin mirar atrás nunca más, y ganándose la vida en lo que pudiera. Igual que estaba seguro de que jamás volveríamos a vernos.

11

El agotamiento hizo mella en mi cuerpo y en mi espíritu, pues había sufrido insomnio cada noche desde la muerte de Daniel.

Una mañana mamá descubrió que tenía fiebre alta. Durante los días siguientes sufrí palpitantes dolores de cabeza, tan fuertes que incluso abrir los ojos me resultaba demasiado doloroso. Tenía piojos en todo el cuerpo e intermitentes escalofríos.

Aún me parecía oír a Daniel llamándome de vez en cuando. Desde la ventana le vislumbré dos veces saltando sobre los tejados de nuestra calle.

Mi madre me agarró del brazo cuando se lo conté.

—¡No quiero oír ni una palabra más sobre ese muchacho! —gritó—. ¿Me oyes, John? ¡Nunca más! —Mientras papá se la llevaba ella estalló en llanto.

La teoría de mamá era que el alma de Daniel no había podido abandonar nuestro reino terrenal debido a la naturaleza violenta de su muerte y su apego a mí.

—Lo más probable es que sea un encantamiento —era la diferente opinión de la senhora Beatriz, que ató un tallo de romero a la parte posterior de mi cabello. También me colgó al cuello el hechizo que había pertenecido a Daniel. Yo lo guardaba escondido debajo de mi camisón.

Cuando se hubo ido, padre se acercó a mi lecho y agitó el tallo de romero.

—Todas estas supersticiones son basura —suspiró, aspirando de su pipa—. Pero no pueden hacerte ningún daño, y si eso hace feliz a la senhora Beatriz… Lo único que necesitas —declaró, exhalando una bocanada de humo de olor dulzón— es unas semanas de

absoluta tranquilidad y los cuidados de mamá para volver a sentirte como antes.

La tarde siguiente vino a verme un médico llamado doctor Manuel. Papá explicó que había estudiado algo llamado *frenología* en la lejana ciudad de Viena, lo que significaba, según me contó mamá, que podía diagnosticar la enfermedad y recetar productos curativos basados en su estudio del cráneo.

Cuando me agarró la cabeza dolorida con sus carnosas manos, casi di un salto, ya que me agarraba como un torno. Me hizo masaje en el cráneo con las yemas de los dedos y luego dijo:

—Eres un muchacho listo pero irreflexivo.

—Así es —confirmó mamá.

Tras varios minutos de estrujar, dar golpecitos y palmaditas, localizó algo curioso en la parte posterior de mi cabeza.

—Ah, sí —dijo en su extraño portugués—. *Muy hinchado y fluidáceo*.

—¿Qué demonios está diciendo? —preguntó padre a mamá.

—Señor y señora Stewart, su hijo tiene un córtice visual muy descolocado, debido a su estado pletórico. Tiene un peligroso exceso de sangre en la cabeza, lo que le hace estar demasiado unido a los recuerdos visuales.

—Sí, eso parece correcto —volvió a coincidir mamá.

Recomiendo aplicar de *sanguessugas* —declaró el frenólogo, dando unos golpecitos en mi cerebro en el punto que había que aspirar mediante pequeñas gárgolas—. Después, veremos. Sanguijuelas —repitió en inglés en beneficio de mi padre.

Sacó de su estuche médico de cuero un recipiente de cerámica de color *beige* que contenía un pequeño tubo perforado. Yo estaba tan nervioso que cuando vi la primera sanguijuela suspendida en su mano enguantada me puse a gritar pidiendo ayuda. Guardo un leve recuerdo de lo que ocurrió a continuación, salvo la desagradable sensación de ser inmovilizado por completo. Tengo todas las razones para creer que me ataron las manos, ya que es lo que sufrí

durante mis posteriores tratamientos.

Desperté al amanecer y vi a madre y a padre dormidos en mi habitación, vestidos salvo por los pies descalzos, abrazados en un diván que habían traído de su dormitorio. Papá roncaba de un modo divertido con la boca abierta, apoyando el brazo derecho en el hombro de mamá, y ella estaba acurrucada como un gato con la cabeza en su regazo. Habían permitido que *Fanny* estuviera en la habitación, y permanecía despatarrada boca arriba al pie de mi cama, con las patas al aire, abriéndose y cerrándose las ventanas de su hocico, como si estuviera soñando que flotaba.

Cuando en la actualidad pienso en mis padres y en *Fanny*, me gusta recordar ese momento; no podía haberme sentido más protegido. Supuse que lo peor de mi tratamiento había terminado.

El éxito en un caso médico lo determina el médico y nunca el paciente. En el caso que nos ocupa, que lamentablemente era el mío, el tratamiento inicial del doctor Manuel se consideró una victoria fantástica sobre la pútrida acumulación de mi bilis, que según descubrió era responsable de lo que él denominó mis «transmigraciones pletóricas en el cráneo». Muchos años después un médico inglés me dio una explicación mucho más sencilla: tifus. Con frecuencia causa los delirios, alucinaciones, dolores de cabeza y fiebre alta que sufrí de forma intermitente durante semanas, y lo causan los piojos.

Aunque afortunadamente he olvidado la mayor parte de los detalles, sé que durante los siguientes tres días me aplicaron más sanguijuelas en la parte posterior de la cabeza y mi madre también me purgaba dos veces al día. Al final del tercer día de tratamiento, el doctor Manuel me declaró curado, con lo cual debía de querer decir que había perdido suficiente sangre y absorbido suficiente veneno para morir lentamente por mí mismo. En cualquier caso, no volvería a torturarme por la mañana. Estaba salvado.

Aquella noche dormí profundamente, agitándome sólo de madrugada, gruñendo mi vientre debido a la mezcla de sustancias

metálicas y minerales que me obligaron a tragar. Anhelaba comer algo sustancioso y soñaba con un banquete a base de bizcochos, budín de arroz y *rabanadas*: pan empapado en huevo y luego frito y cubierto de azúcar. Empecé a ir de puntillas a la cocina para pillar algún dulce, pero una discusión en la habitación de mis padres me distrajo.

—Si insistes en marcharte —gritaba mamá—, John y yo no estaremos aquí cuando regreses.

—May, trata de entender que lo hago por los tres —replicó papá, llamando a mamá por su nombre favorito—. Si pudieras…

¡Los tres! ¿Cómo puedes pensar en marcharte estando tu hijo como está?

—Ya he aplazado la marcha dos veces. El barco zarpa pasado mañana. Debo ir en él.

—¿Y cómo se lo dirás a John?

—Le contaré la verdad, como he hecho siempre.

—¿La verdad cuidará de él mientras estés fuera? ¿La verdad impedirá su locura?

El pulso se me aceleró cuando me di cuenta de que tal vez papa se marchaba porque yo le había decepcionado. Hice girar el pomo de la puerta.

—¿John? —exclamó mamá. Estaba de pie en camisón, sosteniendo un candelero de peltre en la mano con una vela encendida.

Padre estaba desnudo salvo por el gorro de dormir, sentado en la cama. Si me hubiera encontrado bien seguro que me habría echado a reír.

—Ven, muchachito —dijo, haciéndome señas de que entrara.

Cuando me tendió los brazos, corrí hacia él llorando. Me hizo erguir y me abrazó con fuerza. Hundí mi cabeza en su hombro.

Mamá se acercó a nosotros y me besó donde las sanguijuelas me habían chupado la sangre. Jamás olvidaré que no cesaba de repetir:

—Todo va mal… todo…

Padre me informó de que iba a partir para una larga travesía.

—¿Es… es por mi culpa? ¿Me odias, papá?

—Claro que no, John. Jamás podría odiarte. Es por nosotros, por la familia. Espera un momento y te lo contaré. —Se puso el batín, cogió su pipa del tocador y la llenó de tabaco.

—¿Tú también te marchas? —pregunté a mi madre.

—No, John, yo estaré aquí contigo. —Se sentó conmigo, me dio un beso en la palma de la mano y me la cerró para que me lo guardara—. Siempre estaré contigo.

Después de hurgar en su pipa y encenderla, papá anunció exhalando una gran bocanada de humo:

—Voy a viajar al sur de África, John. Por favor, no debes preocuparte, pero estaré fuera algún tiempo.

—¿Qué hay en África?

—Tierra para nuestra viña.

—Pero tenemos tierra río arriba.

A pesar del brazo de mamá que me rodeaba el hombro, yo seguía temblando. Papá entrelazó las manos.

—Ven, métete bajo las sábanas. Estás helado.

—Ahí va —dijo mi madre, levantando la sábana y la manta y tapándome con ellas, sonriendo con renovado coraje.

Papá se sentó a mi lado y alisó la manta roja de lana inglesa sobre mi pecho y piernas. Mamá se sentó en la cama, me puso un brazo debajo de la cabeza y me hizo cosquillas en la oreja.

Moviendo el tallo de su pipa en el aire, padre dijo:

—Me iré en un barco que recorrerá la Costa Dorada, pasando por Angola hasta el extremo de África. —Punteó su destino con un golpecito—. Los británicos han tomado el Cabo. Pronto habrá miles de hombres labrando aquella rica tierra.

—Pero nosotros tenemos varias hectáreas río arriba. Tú me lo dijiste.

—Ay, hijo, es cierto. Pero en el Cabo hay solares del tamaño de Oporto que el gobierno británico está vendiendo por casi nada. Imagina, John, dentro de unos años tendré suficiente dinero para comprar cincuenta hectáreas. Incluso cien, muchachito. Aquí, en Portugal, eso jamás estará a mi alcance.

—¿Quieres decir… quieres decir que es posible que nos traslademos a África? —pregunté.

—Sí, pero no enseguida, hijo. Dentro de unos años, si encuentro el lugar adecuado. Por eso me marcho ahora. ¿Lo entiendes?

Dije que sí, pero estaba confuso.

—Todo irá bien. Ahora, vete a dormir como un buen *kelpie* —dijo, dándome un beso en la mejilla.

—Pero tengo hambre —protesté—. Creo que tengo un agujero en el estómago.

—¿A las cuatro de la madrugada? —preguntó mamá.

—Quiero algo dulce. Me duele todo por dentro.

Papá se rió; luego meneó la cabeza y dijo con su más fuerte acento escocés:

—Mi queridísima May, no puedes luchar con un muchacho que necesita meterse unas gachas en el estómago.

Mamá me hizo *rabanadas*. Me observaron comer con gran placer, hurtándome mi padre trocitos de corteza con su tenedor y robándome lo que yo le permitía. Mamá estaba tan contenta que nos tocó el Primer Preludio del «Clave bien templado» de Bach, una pieza que siempre ha significado alegría para mí. Después, me invitaron a meterme de nuevo en su cama. Me quedé dormido entre ellos, acurrucado al lado de mi adorado padre, que me cogía la mano por debajo de las sábanas y al que deseaba rogar que se quedara con nosotros y no se marchara jamás.

Dos días después, a las ocho en punto de la mañana, nos despedía en el muelle. Vestido con un abrigo de viaje de sarga azul, rebosante de excitación, me besó a mí primero y después a mi madre. Tras levantarme para darme una última vuelta por los aires, se quitó el sombrero para despedirse de nosotros y nos repitió que no nos preocupáramos.

Subió a bordo de su buque inglés de alto mástil, y partió hacia Lisboa y después rumbo a África. Me gustaría decir que me dio algunas palabras finales de consuelo, pero recuerdo que lo único que nos dijo a los dos fue:

—No penséis en mí con demasiada aspereza. Sólo pretendo hacer bien las cosas. Es lo único que siempre he deseado.

Y así mi madre y yo nos quedamos solos durante casi dos meses y medio, hasta finales de agosto. Me gustaría decir que prosperamos juntos, pero a través de un proceso alquímico conocido sólo por los que son abandonados por sus seres queridos; de ese modo, convertimos todo lo que habría podido ser reluciente oro en el más básico plomo.

No puedo decir si verdaderamente deseaba matarme, y tampoco puedo decir por qué elegí nuestro tejado. Sólo sé que unos días después de la partida de papá, una noche de insomnio, ardí de fiebre una vez más. Daniel se me apareció junto a la cama. Llevaba una máscara con un largo hocico y antenas y me dijo que mi muerte le permitiría reunirse con Dios en el cielo. No tenía razones para no creerle.

Amanecía casi. Subí a la Torre de Vigilancia, trepé por la buhardilla hasta nuestro tejado, caminé solemnemente hasta el borde, cerré los ojos y salté. Cuando desperté no me hallaba en el cielo con mi buen amigo como yo esperaba. Yacía sobre el frío empedrado y un hombre barbudo al que jamás había visto me miraba desde una distancia alarmantemente próxima.

Me había encontrado un vendedor de verduras corto de vista que, tras asegurarse de que yo aún respiraba, llamó a nuestra puerta delantera hasta que mi madre despertó. Al verme inmóvil, con los ojos cerrados, estuvo segura de que su único hijo se había ido para siempre.

El doctor Silva, nuestro médico vecino, descubrió más tarde que me había fracturado la pierna derecha por debajo de la rodilla, magullado la cadera izquierda y sufrido heridas en la frente y manos. Una vez cosido, curado con ungüentos y vendado, mamá explicó al médico, a la senhora Beatriz y a quien le preguntara que por un momento había tenido la fantasía de que podía volar.

Yo negaba con vehemencia haber visto a Daniel cuando me lo preguntaban.

Durante los días siguientes, mamá me vigilaba en mi habitación mientras me recuperaba de mis heridas. Estaba tan preocupada por mí que ni siquiera tocaba el piano. A menudo bordaba nerviosa el diseño floral que cosía en los cuellos de sus vestidos.

Habríamos podido continuar por este camino de ansiedad si mi madre no hubiera descubierto que administrándome media

cucharadita de un líquido de olor dulzón que iba en un frasquito de color ámbar con la anotación *Tr. Opii* me mantenía calmado y libre de alucinaciones durante todo el día. Quién le había recomendado esta mezcla de opio jamás lo averigüé.

Para mí, el opio en verdad mantenía a Daniel en su tumba. Pero al precio de quedarme embotado de mente, débil de cuerpo e insoportablemente sediento. Medio soñé mi vida durante las siguientes semanas, volviéndome inconmensurablemente frágil, hasta que hablé en susurros y sólo deseaba yacer en la cama con las contraventanas cerradas. Tenía la sensación de que mi centro más profundo ahora estaba hecho de madera oscura y blanda.

Al cabo de un mes de estricta convalecencia, mi pierna estaba lo bastante fuerte para aguantar mi peso pero, flotando debido al estado de estupor que me producía la droga, me negué a dejar las muletas. Mamá dijo una vez, hablando de esta ocasión, que cada día estaba pasando un poco más la Puerta de la Muerte. Sin embargo, tenía demasiado miedo de dejar de darme opio. Presa del pánico y sola, sufriendo de insomnio, mi madre no podía pensar con claridad.

Después, durante años, consideré que había exagerado mi proximidad a la muerte, ya que yo no era consciente de mi lamentable estado. Pero cuando hablé con Luna Oliveira de esa época, me dijo que también ella estaba convencida de que pronto me reuniría con Daniel. Dijo que perder a éste y a Violeta me había destrozado.

Mientras yo luchaba por permanecer en nuestro mundo padre nos envió aviso previo de que regresaba. Ya se encontraba en Lisboa y había decidido pasar allí tres noches con el fin de arreglar algunos asuntos con la Douro Wine Company, afeitarse la barba y deshacerse del olor a mar. Sin embargo, la carta tardó dos días en llegar. Al día siguiente mismo, el 29 de agosto, llegaría a Oporto, hacia mediodía.

Madre y yo temíamos no lograr causar una buena primera

impresión, por lo que la mañana del gran día, exactamente a las once, me administró una dosis y media de su tintura de opio. Me quedé tan desorientado que, para ofrecer una apariencia de salud, corrí escaleras arriba en el último momento, me pinché el dedo con un alfiler y me froté las pálidas mejillas con sangre.

El barco llegó tarde, y hasta mucho después de la una no lo vimos navegar por el Douro. Cuando el *Somerset* arrojo el ancla, mamá se puso de puntillas para vislumbrar a papá. Cuando éste apareció en cubierta, ella me apretó la mano con tanta fuerza que hice una mueca de dolor.

Mi padre no regresaba solo. Le acompañaba un hombrecillo de piel oscura, que no medía más de metro y medio. Meses más tarde averigüé su nombre original, que era Tsamma, la palabra que en su lengua se aplica a un melón determinado del desierto de Kalahari. Esta fruta era de especial importancia para su gente y, en realidad, para todas las criaturas del sur de África, ya que su carne líquida y dulce les sustentaba durante los períodos de sequía. Pero me lo presentaron con el nombre de Medianoche.

12

Lo primero que observé de Medianoche en el muelle aquella tarde fue el color de su piel, que no era negro puro —como su nombre podría dar a entender— sino de bronce. Lo segundo fue su diminuta estatura, pues era visiblemente sólo una pizca más alto que mi madre. Era la estatura que cabría esperar de un muchacho que aún tiene que crecer, pero él sin duda era un hombre de veinticinco o incluso treinta años.

Pronto descubriría que también él estaba inseguro respecto a su edad, ya que su gente databa su nacimiento en relación con los fenómenos naturales del mundo. Cuando hablamos de ello, dio una respuesta que me sorprendió: «Podría tener la edad de las flores silvestres que florecieron en el año de la granizada que cayó en el valle de *Gemsbok*. Todo el valle era muy, muy verde, ¿sabes? —Formó un círculo en el aire con sus manos, luego las juntó y las abrió formando un remolino de capullos—. Tan lleno de vivos colores como un oasis de flores en un desierto».

No pudo decir más.

Medianoche me sonrió ampliamente mientras se dirigía a tierra, con paso enérgico, como si disfrutara del simple acto de andar tanto como podría disfrutar de un vigoroso juego de pelota. Sus ojos —oscuros y ligeramente oblicuos a la manera oriental— parecían albergar alguna diversión secreta que sólo él conocía. En mi aprensión, tomé esto como una señal inequívoca de que me encontraba cómico por alguna razón, lo cual me irritó. Aunque frágil como una muñeca de papel y soñoliento, mantuve los ojos bien abiertos y mi postura rígida. Medianoche no dejaba de sonreírme mientras él y papá se acercaban, y recuerdo que pensé:

«Es terriblemente feo y no le gusto. Espero que no intente tocarme».

Levanté la vista hacia mi madre, cuya expresión era de temor. Me aparté un poco de ella y reparé en que las orejas de Medianoche, pegadas a la cabeza y afiladas, eran como las imágenes de Pan que había visto en casa de las hermanas Olivo. Su cabello negro era una masa de apretados rizos, como bolitas de lana.

Papá, después de besarnos a mamá y a mí y decir que nos había echado muchísimo de menos, nos presentó a su compañero africano. Dijo que, si estábamos de acuerdo, tenía intención de que Medianoche se quedara con nosotros «unas cuantas semanas». Desconcertada, mamá no se atrevió a replicar.

Medianoche levantó la mano para estrechársela, con un poco más de vigor de lo que se habría considerado apropiado, y dijo:

—Buen día, señora Stewart. Les hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre.

No había ni asomo de humor en su voz; al contrario, hablaba con veneración, como si se hallara en presencia de la realeza. Mi padre explicó que era el saludo tradicional del pueblo de Medianoche.

Mi madre respondió:

—Encantada de conocerle, señor —sin mencionar nada aún de su proyectada estancia entre nosotros.

Yo me negué a darle la mano y no pronuncié ni una palabra cuando él me dijo que estaba muy contento de conocerme después de tanto oír a mi padre hablarle de mí. Mantuve los brazos entrelazados a la espalda y la boca herméticamente cerrada en un malintencionado silencio.

Papá me miró con irritación. Entonces fue cuando Medianoche, al parecer, se fijó en una mancha o miga que había en mi cara. Hasta más tarde no me di cuenta de que había reparado en una cicatriz en forma de L que me había quedado tras caerme del tejado. Con expresión preocupada se puso a mi altura. Yo levanté mi mano derecha en gesto rápido para evitar que sus dedos me tocaran, pero no fui lo bastante rápido. Me sostuvo la barbilla en su mano y noté sus dedos fríos. Me miró fijamente. Sus ojos eran como lunas.

—Este niño está muy enfermo —declaró Medianoche,

levantando la mirada hacia mi padre con preocupación.

Papá se arrodilló delante de mí e hizo una mueca de temor.

—¿Hasta dónde ha llegado John? —preguntó a mi madre.

—Te lo contaré en casa.

—Cuéntamelo ahora.

Hizo caso omiso de mi presencia y preguntó si el señor Medianoche nos acompañaría a casa.

—Sí —dijo papá, golpeándose la cadera con el sombrero con gesto irritado—. Acabo de decirte que ésa era mi intención.

—Entonces, vamos —dijo ella con sequedad.

El trayecto del río a nuestra casa fue tenso. Mamá, que había planeado arrojarse en los brazos de padre y transmitirle todas sus preocupaciones, rápidamente abandonó ese rumbo. Sólo habló cuando se dirigían a ella y entonces sólo con monosílabos. Padre la cogía de la mano como si tuviera miedo de que desapareciera si la soltaba. Me miraba de reojo con preocupación y parecía cada vez más sombrío, convencido sin lugar a dudas de que nuestra vida se había vuelto mucho más desesperada de lo que él había temido. Yo me sentía dolorosamente tímido y procuraba no mirar a Medianoche, que caminaba a mi lado.

Una vez en casa, madre me ordenó que llevara a nuestro invitado al jardín, en un tono tan severo que no me atreví a protestar. Cuando estuvimos fuera, Medianoche dijo:

—Tu padre me ha dicho que has estado viendo a un amigo tuyo que murió.

Furioso, me negué a contestar, porque no era de la opinión de que mi padre tuviera derecho a compartir este secreto con extraños.

Fanny se nos acercó con paso torpe, meneando la cola. A pesar de mi mirada seria de advertencia nuestro invitado le cayó bien y pronto le estuvo lamiendo las manos y la cara. Él se rió y le habló emitiendo extraños sonidos.

—Déjala en paz. Sólo entiende mis silbidos.

Él se levantó.

—¿Hace muchas monerías?

—Sólo una. ¡Muerde a los extraños! —espeté.

Él se rió, sacudiendo sus anchos hombros. Drogado hasta el estado de trance, perfumado como una princesa, furioso como un toro y adornado con una cinta roja en el cuello de la camisa, mi

aspecto debía de ser verdaderamente lamentable y ridículo. Naturalmente yo creía que por eso Medianoche no paraba de mirarme a hurtadillas mientras caminaba por la maraña de hierbas que era nuestro jardín, acompañados por una muy curiosa *Fanny* que nos seguía a cierta distancia.

Yo volví a entrar en casa sin hacer ruido para escuchar a escondidas a mis padres. Mamá le contaba en tono bajo mi caída desde el tejado. Sugirió con delicadeza que podría no haber sido un accidente. Prosiguió, mencionando que, como consecuencia de ello, me había estado administrando una cucharada de tintura de opio cada mañana.

Con eso se soltó el muelle y papá la acusó de intentar envenenarme:

—¡Le has condenado a las drogas, necia!

—Estoy luchando por él de la única manera que sé hacerlo —exclamó mamá—. Para ti es muy fácil criticarme, pero ¿qué sugieres que debería haber hecho?

Poco después papá se disculpó, y mis padres se fueron a su habitación. Al no oír más discusiones ni conversación supuse que mi padre había sido incapaz de seguir venciendo el sueño producido por el viaje. Gruñendo para mis adentros por haberme descuidado, volví a nuestro jardín, donde encontré al africano sentado sobre sus talones en medio de una profusión de malas hierbas que le llegaban a los hombros, con los ojos cerrados, respirando con suavidad.

En voz alta, para que me oyera y se ofendiera, dije:

—Ésa debe de ser la forma en que duermen los africanos. Ni siquiera tienen la sensatez de tumbarse.

Él siguió con los ojos cerrados, aunque vi que una sonrisa cruzaba sus labios. Acudieron a mi mente pensamientos de asesinato.

Arrastrándome al interior de la casa, me desplomé en la alfombra persa de la sala de estar, apoyando la cabeza en uno de los cojines en el que mi madre hacía poco que había bordado unos tulipanes, y me quedé adormilado. En mis sueños se abrieron y cerraron puertas. Corretearon ratones. El techo se hinchó y pareció apretarme el pecho.

Desperté poco después con un dolor sordo en el vientre. Y mi cabeza… Un diabólico duende me estaba clavando un clavo

oxidado en la nuca.

Papá pronto bajó la escalera con agilidad, muy animado.

—Eh, John, ¿cómo está mi chico?

Yo me incorporé y me desperecé.

—Bien, papá. Cansado.

No me alegré tanto de verle como imaginaba que me alegraría, pues daba la sensación de haber cambiado mucho. Sus ojos parecían demasiado azules, su largo pelo atado atrás demasiado tenso. Como era joven, no sabía que tras una larga ausencia a menudo es necesario un período de readaptación. Parecía probable que jamás volviera a quererle como hasta entonces.

—Bueno, ¿qué te parece nuestro Medianoche? —me preguntó.

—Es muy oscuro —respondí.

Mi padre se rió.

—Bueno, sí, supongo que sí. De color negro en comparación con un pálido escocés como tú.

Mamá bajó la escalera mientras se recogía y sujetaba el pelo con horquillas. Sonrió a papá, que le hizo un guiño. Él cogió una de sus pipas de un portapipas que había sobre la repisa de la chimenea, un bello ejemplar de espuma de mar en forma de cabeza de murciélago que su padre había comprado en Glasgow muchos años atrás. Sacó la bolsa de tabaco del bolsillo de su chaleco y, dando un suspiro, dijo:

—Qué bien, otra vez en casa.

Mamá anunció que nos prepararía un poco de té.

—Para que estéis los dos solos un rato —sonrió, dicho lo cual se fue al jardín para bombear agua para el té.

Papá me invitó amablemente a sentarme a su lado en el sofá de brocado azul y verde que solía estar reservado para mamá.

—Espero que Medianoche aún esté en el jardín —dijo, inclinándose hacia mí y llenando la cazoleta de la pipa con un pellizco de tabaco—. Lamento que hayas sido un *kelpie* triste. Intentaré compensarte ahora que estoy en casa.

—He estado bien —repliqué.

—Sí, ya veo lo bien que has estado. Y sé la medicina que tu madre te ha estado dando. —Se limpió un poco de tabaco que le había caído sobre los pantalones—. No creas que no sé cuántos pelos tienes en la cabeza. ¡Los contaré después para asegurarme de

que no se te ha caído ninguno mientras yo estaba fuera! —Sonrió con aire amable. Yo hice todo lo que pude para compartir su alegría, pero el clavo oxidado se me clavaba cada vez más fuerte en mi nuca—. También tengo entendido que has perdido el apetito. Eso no me gusta, John. Bueno, ¿qué dirías si dejáramos de darte tu medicina? ¿Crees que es posible que vuelvas a sufrir ese… ese problema concreto tuyo?

La posibilidad de no tener acceso a mi cucharada de opio me llenó de preocupación.

—¿Qué me dices?

—Intentaré con todas mis fuerzas no ver ni oír a Daniel —le dije, pues no quería estropearle su vuelta a casa.

—Medianoche podría ayudarte, ¿sabes? ¿Qué opinas de él?

—No tengo ninguna opinión, papá.

—Seguro que sí. —Me señaló con la boquilla de la pipa—. Dilo, muchacho.

Como probablemente lo peor que podía ocurrir era que me enviaran a la cama, y dado que no me hubiera importado ir a dormir, dije:

—No me gusta. Me parece feo.

—Pero ¿por qué, muchacho?

—No entiendo por qué está aquí —respondí—. Debes admitir que resulta extraño.

Papá exhaló el humo con aire pensativo y dijo:

—Para uno de tus pajaritos seguramente no sería tan diferente de ti o de mí.

Yo no estaba tan seguro.

Mamá volvió y dejó sus tazas y platillos con el dibujo del molino sobre nuestra mesita redonda de madera.

—Sólo falta que hierva el agua —dijo—. ¿Estáis teniendo una conversación agradable?

Asentí y papá la besó en la mano. Luego se volvió hacia mí y dijo:

—Hijo, si es amigo mío, ¿no te basta con eso?

Mamá se mordió el labio mientras pensaba si expresaba en voz alta su opinión. Yo estaba a punto de mentir para evitar una crisis cuando ella dijo:

—James, te lo ruego, sé razonable. John y yo todavía no le

conocemos.

—Si fuera un amigo de Londres, May, ¿te mostrarías tan reticente?

—No lo sé. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. La cuestión es discutible, James, porque John tiene razón. Es demasiado oscuro para ser inglés, y puede que los vecinos no sean… tan generosos como tú y yo.

Percibí que ella había cometido un error táctico al mencionar la parcialidad de nuestros vecinos. A padre le importaba un comino la opinión de nuestros invitados o de cualquiera.

Inhaló con demasiada fuerza el humo, lo que le hizo toser. Tras carraspear varias veces, trató de ganarle a mamá diciendo:

—Me gustaría que supieras, May, que Medianoche era súbdito de la Corona Británica en la Colonia de El Cabo.

Mamá se sentó en una de nuestras sillas Windsor, acercándola a la mía como para presentar una defensa común.

—Eso, querido esposo, no le hace británico.

—Bueno, entonces, malditos los británicos y malditos los vecinos. Y maldita tú, May, por ser tan lista.

Papá exhaló el humo con fuerza y estuvo a punto de asfixiarse en su furiosa nube de humo. Pero cuando habló, lo hizo con renovada ternura.

—He aprendido que es muy buen hombre. Así que haré un pacto con vosotros dos. Si dentro de tres semanas aún le encontráis desagradable, le haré volver a El Cabo y no volveréis a verle nunca más.

—Ocurre que no podía haber venido en peor momento —observó mi madre, percibiendo que había ofendido a mi padre más de lo que era su intención—. De lo contrario, le recibiría con agrado en nuestra casa.

—Al contrario, May, no podría ser mejor momento. Ya te lo he dicho.

—Sí. —Ella entrelazó las manos con fuerza en su regazo—. Sólo espero que tengas razón.

—Sólo te pido tres semanas. ¿Es demasiado para dárselo a tu esposo que ha estado fuera mucho tiempo y que ha echado tanto de menos a su esposa e hijo?

Estas palabras debilitaron la determinación de mamá y también

la mía. Los dos accedimos a su petición.

Papá me acarició el pelo.

—No temas, John —dijo, dándome unas palmaditas en la cabeza —, porque ahora estoy en casa y te recuperarás. Me ocuparé de ello, aunque sea lo último que haga.

Estas palabras me hicieron sentir un escalofrío, ya que daban a entender que podría ser necesaria una larga guerra para recuperar mi salud. Aun así, me satisfizo ver que llenaba la pipa por segunda vez y seguía acariciándome el pelo, pues sus tranquilizadores olor y roce me devolvieron por fin a casa. Tragué mi té y apreté la taza caliente en mis sienes para calmar las palpitaciones. Rogué para que Daniel se mantuviera lejos.

Hacia las cinco de la tarde mi padre salió de casa seguido de Medianoche. Explicó que tenía un compromiso en la Douro Wine Company que no podía eludir.

En cuanto la puerta de la calle estuvo cerrada mi madre se dirigió a mí y me dijo:

—Volveré luego. No… ¡repito!… no te atrevas a cometer ninguna tontería. —Entonces también ella se marchó de casa.

Me quedé sentado en el jardín, arrojando la pelota de cuero de *Fanny* a la maleza para que fuera a buscarla y me la trajera, haciendo esfuerzos para controlar las náuseas que sentía. Cuando mi madre volvió a casa al cabo de media hora, le pregunté si la estancia de Medianoche tenía algo que ver conmigo. Respondió que el africano estaba allí para ayudar a papá, aunque admitió que no tenía la más remota idea de lo que eso significaba. También me dijo que varias mujeres de nuestra calle la habían interrogado sobre la extraña «criatura» de tez oscura que habían visto salir de nuestra casa.

—Durante las próximas tres semanas, John, oiremos muchas especulaciones —añadió, levantando un dedo en gesto de advertencia—. Y no tengo intención de echar más leña al fuego.

Volvimos a ver a papá y a nuestro invitado africano antes de cenar. A Medianoche no le gustaban mucho los zapatos, y dejó los suyos, junto con sus calcetines, ante nuestra puerta. Tenía los pies pequeños y muy arqueados. Como los de un duende.

A la hora de cenar picoteé de mis sardinas y, con un gran esfuerzo de voluntad, conseguí comerme una entera, así como varias patatas hervidas, aunque no tenía apetito.

Antes de ir a la mesa, Medianoche se sacó del bolsillo un silbato infantil y un sonajero, igual que el que yo había tenido de pequeño. Tenía muchas bolitas metálicas unidas con una cadena a un tubo central. Lo hizo girar en sus manos, produciendo un tintineo que le agradaba sobremanera. Puede que esperara que sintiéramos el mismo agrado que él hacia este objeto, pero el único que le sonrió fue mi padre.

El africano dejó su juguete al lado de su plato y se sentó a la mesa con actitud digna y rígida. Tras recibir permiso de papá, empezó a comer. Mamá y yo le observábamos con atención, esperando ver que carecía por completo de modales.

Tenía unas manos fuertes pero delicadas, como las de una tejedora, pensé. Aunque manejaba el cuchillo y el tenedor con cierta elegancia rápida, utilizaba la punta del dedo para ayudarse a coger un trozo de patata en varias ocasiones. Mamá alzó las cejas al ver estas acciones, guardando cada paso en falso como munición. Pero lo que realmente le preocupaba era que nunca daba las gracias, ni siquiera cuando se le invitaba a sentarse, cuando se le pasaba la mantequilla o incluso cuando se le llenaba la copa de vino.

Ante cada uno de estos gestos se limitaba a sonreír.

Mi madre entrecerraba los ojos, señal segura de que se enzarzaría en un prolongado interrogatorio en un futuro próximo. Yo estaba preparado para respaldarla a capa y espada en cualquier disputa, ya que mis padres siempre habían insistido en que diera las gracias en cualquier ocasión.

—Mi esposo me ha contado, señor, que es usted de África del

Sur —anunció mamá.

—Es correcto-correcto, señora —dijo Medianoche sonriendo.

—¿Qué es qué?

Papá cogió la mano de mamá y dijo.

—Medianoche a menudo repite las palabras para dar énfasis, May.

—¿Es así? Bueno, entonces, ¿de dónde-dónde es usted?

Papá se rió ante esta muestra de ingenio, pero ahogó su alegría cuando ella le miró con ceño.

—Nací cerca de la Colina del Cielo.

—¿La Colina del Cielo? —repitió ella con desdén, pinchando un trozo de patata con el tenedor—. ¿Y cuál podría ser ese lugar?

—Ese lugar podría ser una gran-gran montaña que a la puesta de sol es de un reluciente azul.

—¿Azul? ¿Cómo puede ser azul a la puesta de sol, señor?

—Es muy muy azul. —Asintió con vehemencia—. Lo más azul que puede ser.

Mi madre entrecerró los ojos de nuevo y se pasó la lengua por los labios como si se preparara para comerse a nuestro invitado.

—«Muy muy azul» —repitió con sarcasmo. «Tan azul como puede ser». Si, sin duda debía de ser eso.

Comprendí que su táctica era señalar la peculiaridad de sus comentarios repitiéndolos. Era una hábil estrategia que produjo en mí el efecto opuesto, ya que oír sus expresiones por segunda vez sólo me convenció de que él poseía una mente ágil y creativa.

—¿Y cuántos años podría usted tener, señor? —prosiguió ella.

Entones fue cuando nos contó que tenía la edad de las flores silvestres que florecieron en el año de la granizada en el valle *Gemsbok*. Sin percibir su evidente don por las descripciones, en particular dado que el inglés no era su lengua materna, mi madre insistió pidiendo una respuesta más clara.

—Pero años, ¿cuántos tiene? —preguntó, dejando el tenedor con brusquedad, irritada.

Medianoche sonrió e hizo gestos de negación con la cabeza en señal de disculpa.

Padre tragó una humeante media patata. Haciéndose aire para aliviar el calor en su boca ahora abierta respondió:

—Es difícil de decirlo, cariño. Su gente son bosquimanos. No

cuentan su edad en años. —Tomó su copa de vino de un solo trago y suspiró con alivio.

—Es absurdo —replicó madre.

Padre se secó la boca con la servilleta.

—¿Puedo preguntarte cuántos pasos hay desde aquí hasta la casa de tu madre?

—Claro que puedes. Y no tengo ni idea.

—Porque mides la distancia por los minutos que tardas. Un bosquimano mide su edad de forma diferente a como lo haríamos nosotros, pero para él tiene el mismo sentido.

—¡Qué tonterías! —exclamó ella.

—Puede ser ridículo, May, pero perfectamente adecuado a su vida.

Se miraron con ceño y no dijeron nada más.

—¿Qué es un bosquimano? —pregunté, pues nunca había oído esa palabra.

Padre se sirvió más vino.

—Los bosquimanos fueron los primeros habitantes de África del Sur. Son nómadas y cazadores, y recorren cientos de kilómetros para seguir las grandes lluvias a través del desierto, la sabana y la jungla. Te aseguro tras haberles visto en acción que no hay en ningún lugar de la Tierra ningún cazador más veloz y más preciso. Pero últimamente les han matado a centenares y han sido dispersados por los holandeses y los ingleses e incluso por otros africanos.

Miró con ternura a nuestro invitado, que había bajado la vista a su plato.

—Medianoche no era más que un jovencito cuando fue robado a su pueblo. Sus padres resultaron muertos en una redada realizada por un comandante holandés llamado Nei, un temible bruto que mató a miles del pueblo de Medianoche. El muchacho fue llevado a la granja de uno de los oficiales de Nei y le hicieron chico de los recados. Después, fue abandonado para que se las apañara solo. Gracias a su capacidad de orientación encontró el camino de regreso hasta su gente. Años más tarde, en otra redada, su nueva familia fue asesinada al completo. Él era un hombre joven y volvieron a venderlo, esta vez a un hombre de Yorkshire llamado Reynolds, que tenía un viñedo cerca. Allí es donde le conocí. Así

que ya veis, hay buenas razones para que no sepa su edad de una forma en que podamos comprenderla.

—Si son tan buenos cazadores, papá, ¿cómo mataron a sus padres? —En aquellos momentos me agradaba poder ofender con esta indiscreta pregunta.

Padre puso una flecha imaginaria en un arco invisible, apuntó a la ventana de nuestro jardín y la soltó.

—El arco sirve de poco contra un mosquete, John. Incluso tú lo sabes. —Me hizo un guiño y comprendí que había utilizado la palabra «incluso» para castigarme—. No están en igualdad de condiciones. Pero te aseguro, muchachito —y aquí recalcó la seriedad de su argumento señalándome con el puño— que si los bosquimanos tropezaran con los ingleses en igualdad de condiciones, Medianoche y los suyos saldrían victoriosos cada vez. Igual que los escoceses. —Lo dijo con orgullo, recostándose en su silla—. Recientemente vi a uno de los suyos matar a una gacela a cien metros, con una flecha que le fue directa al corazón. No, ningún hombre que valore su vida desearía molestar a Medianoche o a los suyos.

Nuestro invitado siguió con la cabeza baja, visiblemente perturbado. Tenía pequeñísimas arrugas en las comisuras de sus ojos almendrados, como los rayos de una rueda.

—Entonces, ¿qué puede contarnos de África, señor? —dijo madre.

Medianoche nunca había salido de África, así que pedirle que hablara de su continente equivalía a pedirle que hablara del mundo mismo, motivo por el que, creo, señaló hacia el techo y dijo:

—En el cielo están las estrellas, que son las grandes y poderosas cazadoras. Danzan para devolver el sol, igual que los bosquimanos danzan para que regrese la luna. —Abriendo las manos hacia mi madre y alzándolas hacia ella, como si le ofreciera un precioso regalo, añadió—. Y después está Mantis, que desciende desde el cielo al desierto.

Mi madre se quedó visiblemente sorprendida por estas bellas palabras, hasta el punto que creí que se la había ganado. Pero ella carraspeó y replicó secamente:

—Bueno, sí, eso es muy bonito, estoy segura, pero no veo qué tiene que ver con África.

—África es donde se conocen estas cosas. África es recuerdo.

Fue como si una trompeta hubiera sonado en el escenario de una gran batalla, indicando a todos los soldados que bajaran sus armas. Nadie dijo nada. Creo que cada uno tenía una razón diferente para quedarse en silencio. Para mí, Medianoche no tenía ningún sentido, pero sus palabras parecían mágicas, como las de una bruja. Era evidente que madre había llegado a la conclusión de que aquel africano estaba más allá de toda salvación, era un pagano que debería haberse quedado en su odiosa tierra natal.

En cuanto a mi padre, los ojos le brillaban de orgullo, como si hubiera dado la bienvenida al propio Robert Burns en su hogar.

Después de un postre de peras al vino y jengibre, el favorito de papá, encendió fuego en nuestra chimenea y nos invitó a todos a sentarnos con él.

Medianoche declinó la invitación y pidió permiso para subir a nuestra Torre de Vigilancia con el fin de contemplar la ciudad. Para no ser grosero, papá se retiró con nuestro invitado unos minutos. Cuando regresó, nos dijo que el africano estaba mirando por los cristales amarillos y rojos de la claraboya como si fueran el umbral de un mundo futuro. Aquel día, antes, al recorrer nuestra casa, esos cristales traslúcidos le habían fascinado y había dicho que habíamos conseguido robar un trozo del hijo de Mantis, que era el arco iris, y lo habíamos colocado a nuestro alcance. Mantis, como nos enteraríamos más adelante, era el dios supremo del panteón divino de los bosquimanos.

Las palabras de Medianoche habían provocado un murmullo de placer en padre y una expresión de desaprobación en madre.

—Creo que es posible que se quede allí sentado toda la noche —dijo papá.

Entonces cogió su bolsa de tabaco, su pedernal y su pipa y se reclinó en su sofá. Hice esfuerzos por permanecer despierto, pero bostezaba vergonzosamente. Sonreía cada vez que mamá o papá me miraban, pues no deseaba estropear su reunión confesando lo mal

que me sentía.

Y sin embargo pronto sucumbí a un paroxismo de llanto, devolviendo al mismo tiempo toda mi cena sobre la alfombra persa.

—Es la excitación de tenerte en casa —dijo mamá a papá, y fue a buscar un vaso de agua para mí.

Papá me tomó el pulso. Era débil y peligrosamente rápido.

—Te has encontrado mal todo el día —dijo con irritación—. Eres valiente, pero necio por no habérnoslo dicho.

Me llevó a mi habitación.

Mientras yacía en la cama, mamá cogió a papá del brazo y me dio la espalda. Mi oído siempre ha sido de primera y oí lo que le susurraba:

—Que Dios me ayude, sé que puede abandonarse. Incluso puede que sea lo que desea.

Medianoche se reunió entonces con ellos en el corredor. Tras recibir permiso de papá, se sentó en mi cama y me puso una toalla húmeda sobre la frente. Mamá se quedó de pie detrás de él, aferrando con las manos su pañuelo, lista para saltar sobre él si intentaba hacerme algún daño.

Durante los siguientes tres días tuve fiebre y delirios. Mientras iba a la deriva en olas de luz y oscuridad, una vez vislumbré un caballo ardiendo que galopaba por nuestra calle. A veces sentía el gusto del opio en mi lengua. Sabía a luna, pero no puedo decir por qué.

Me pareció que Medianoche permanecía conmigo todo el tiempo. Durante los períodos de lucidez, razoné que debía de sufrir alucinaciones. Posteriormente descubrí que en realidad sí había pasado tres días seguidos a mi lado, durmiendo en el diván que él y mi padre colocaron al pie de mi cama. Me hablaba en una mezcla de inglés y su propia lengua, llena de chasquidos y ruidos no diferentes de las llamadas de los pájaros, hasta que casi creí comprender lo que decía.

En cuatro ocasiones diferentes, según papá, cuando fui presa de escalofríos, Medianoche se acurrucó detrás de mí para calentarme

con el calor de su cuerpo. Recuerdo una de esas ocasiones con claridad, y soy de la firme opinión de que me dio algo de su propio yo, aunque no sé cómo. Sólo sé que algo difícil de explicar se intercambió entre nosotros, porque incluso ahora, décadas más tarde, hay una parte de él que reside en mí. Si no hubiera sido por su don, creo que yo habría sucumbido entonces a la fría muerte que deseaba reclamarme.

Varias veces desperté de sueños en los que era enterrado vivo y le descubría colocando su cálida boca directamente sobre mi nariz. Mi madre confesó más tarde que le horrorizó verle hacer esto la primera vez, pero se dio cuenta de que Medianoche simplemente estaba chupando los fluidos nocivos que había en mí para despejar mis vías respiratorias bloqueadas. Cada vez que completaba semejante tratamiento, me informó ella, yo dejaba de hacer ruidos al respirar y volvía a quedarme dormido.

Una vez, cuando aún estaba muy congestionado, el bosquimano aspiró con fuerza de su pequeña pipa de arcilla y me arrojó el humo a las orejas, lo que las hizo crepitar como hielo al derretirse.

Madre estaba tan impresionada por su lealtad y cuidados que una vez le cogió la mano y se la llevó a los labios y la besó, tras lo cual él sonrió y dijo:

—La hiena no le robará a su hijo, señora Stewart.

Madre tenía demasiado pánico para reflexionar sobre lo que quería decir. Sólo le preocupaba que su intención de verme bien fuera buena.

Para saber lo fuerte que puede ser la gratitud, pregunte a cualquier madre cuyo hijo haya sido salvado por otra persona. En el curso de esos tres días de atentos cuidados, Medianoche se ganó el favor de mamá para siempre.

La tercera noche, el bosquimano me hizo sentar en la cama, encendió su pequeña pipa de arcilla y volvió a soplarme humo de aroma dulzón en mis oídos. Esto me hacía sentir como si se me abrieran puertas de hierro en las sienes. Luego me hizo abrir la boca. Frunciendo los labios dirigió un torrente de humo también ahí, varias veces, haciéndome respirar profundamente cada vez.

En esa ocasión el humo no era de tabaco, o no sólo tabaco. No sé qué hierba, hoja, flor, resina o combinación de todo ello había en su cazoleta encendida. Años más tarde hablé en Londres con un

hombre que había vivido una década en el sur de África, el cual me dijo que en algunos rituales bosquimanos se utilizaba hachís. No puedo garantizar la exactitud de esta información, pero estoy seguro de que el humo de Medianoche produjo el efecto de hacer más profundos los latidos de mi corazón al principio para después sumirme en un dulce sueño. Cuando las campanas de la iglesia de São Bento tocaron las dos de la madrugada, desperté y vi el rostro de un animal que me miraba desde la oscuridad del corredor. Al principio creí que era *Fanny*, pero cuando di un paso hacia ella me di cuenta de que era Daniel, que llevaba una de sus máscaras con cuernos.

El corazón se me llenó de miedo. Daniel retrocedió rápidamente en las sombras, pero las puntas de sus cuernos eran visibles en dos puntos que brillaban con una luz de color violeta.

—¿Es la Hiena? —me susurró Medianoche desde su diván. Debía de hacer un rato que me observaba. Se acercó a mí, desnudo. Sentía su calor irradiando hacia mí.

—¡Eh, tú! —gritó a Daniel—. Sabemos quién eres. ¡Sabemos tu nombre y eres la Hiena!

La aparición enmascarada huyó corriendo por el corredor y escaleras arriba.

—¿Dónde está ahora? —me preguntó Medianoche.

—Creo que ha subido a la Torre de Vigilancia.

El africano me cogió la mano y me ayudó a ponerme en pie. Sentía mi cuerpo pesado y extraño. A pesar de haberme cuidado durante los últimos días, no estaba seguro de si debía confiar en él. En la inquietante oscuridad, parecía una criatura de las sombras.

—El Tiempo de la Hiena está en ti —dijo—. Es un animal hábil y fuerte que tenemos en África. Te está tomando el pelo. Porque Daniel se ha ido y tú no puedes hacer que vuelva, hagas lo que hagas. Pero la Hiena es tan buena imitadora como tú. Te está engañando.

No dije nada; me sentía confuso.

Medianoche me dio unas palmadas en los hombros y dijo:

—Mantis nos ayudará. —Al decir esto levantó el sonajero infantil que llevaba consigo y lo agitó.

—¿Quién es Mantis?

—Mantis es un insecto, y es muy, muy pequeño, pero posee un

gran-gran poder. Necesitaré su ayuda para asustar a la Hiena para que se marche y no regrese jamás.

Medianoche se acercó a la ventana y abrió los postigos y las mosquiteras. La luna era casi llena. Semicírculos de luz le cruzaban la espalda y las piernas. Era inquietante verle desnudo, pues el único hombre al que había visto de ese modo era mi padre.

Observé cuatro largas cicatrices en la espalda de Medianoche. Cuando le pregunté por ellas, me dijo que en una ocasión había sido atacado por una bestia salvaje pero que había escapado con vida.

—¿Sabes lo que es un león? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—Los leones matan a las hienas. Son muy, muy fuertes. Bueno, ¿serás tú fuerte y subirás conmigo la escalera para luchar contra la Hiena?

Le tendí mi mano. Me agarró con fuerza. No habría podido escapar de él, aunque hubiese querido. Encendió otra vez su pequeña pipa de arcilla y me sopló humo dulce en los oídos y la boca, igual que había hecho antes. El humo me calentó el cuerpo hasta las puntas de los dedos de las manos y los pies. Notaba que los latidos del corazón me hacían oscilar. Mi respiración era como viento entre piedras.

Se apartó de mí y aspiró profundamente para que el humo le penetrara en el pecho como un poderoso torrente que desapareció en algún lugar hondo de su interior. Imaginé que formaba un remolino de neblina en sus entrañas.

—Ahora iremos a cazar a la Hiena —dijo, dejando la pipa sobre la mesa junto a la cabecera de mi cama.

—¿Tengo que hacerlo?

—No te abandonaré John. Tu amigo Medianoche siempre peleará contigo. —Sonrió—. Vamos. Encontraremos a la Hiena y le diremos que tiene que irse.

Cruzó conmigo la puerta a la luz de su vela y juntos subimos la escalera. La puerta de la Torre de Vigilancia estaba cerrada. Apreté los ojos para intentar calmarme. El tiempo parecía haberse detenido.

—¿Hemos de entrar? —pregunté.

—Sí. Hoy he subido aquí para preparar la habitación para nuestra caza. Tiene que ser ahora. Debemos enfrentarnos a ella

como los bosquimanos y decirle que sabemos quién es y que es una impostora. Hemos de mostrarle que somos leones y la devoraremos si se queda. Y ahora es el momento; por eso se te ha aparecido. Cuando entremos ahí, lo único que tienes que decirle es: «Sé quién eres; eres la Hiena». Nada más. ¡Nada! Es una embustera. Es lista-lista. Descubrirá tu debilidad si dices algo más. ¿Comprendes, John?

—Creo que sí.

Medianoche cogió el pomo de la puerta.

—¡Espera! —exclamé, pero era demasiado tarde.

La puerta se abrió. Daniel se hallaba ante nosotros con su máscara cornuda.

—Te hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre —dijo Medianoche a Daniel.

El africano cerró la puerta con calma detrás de nosotros. Dejó la vela en el suelo, luego sacudió su sonajero ante el muchacho y dijo:

—Sabemos quién eres; eres la Hiena.

Medianoche abrió los ojos de modo desorbitado. Un rugido bajo comenzó en sus entrañas y aumentó de volumen hasta retumbar tan fuerte que sacudía las paredes.

Daniel se quitó la máscara. Pálida e hinchada, su piel daba la impresión de que podía caerse a trozos. Me suplicó que hiciera que el bosquimano dejara de producir aquel ruido de tambor.

—¿Por qué has vuelto a traicionarme? —gimió.

Estuve tentado de suplicar su perdón, pero cuando Medianoche me dio un apretón en la mano, dije lo que me había indicado:

—Sé quién eres. Eres la Hiena.

Medianoche me dio su sonajero y me dijo que se lo arrojara al pecho de Daniel, pero vacilé. Cuando el muchacho dio un paso hacia mí, el africano gritó:

—¡Dale con él! ¡Arrójaselo ahora, John!

Se lo arrojé. Le golpeó en el hombro y cayó al suelo. Pero al caer cambió de forma para convertirse en una oscura mantis, con la cabeza erguida con orgullo, los brazos levantados al aire como dispuesta a atacar.

Poco a poco, empezó a arrastrarse hacia Medianoche.

Daniel me tendió una mano, asustado.

—¡No lo toques! —me advirtió Medianoche.

Repetí.

—Sé quién eres. Eres la Hiena.

Daniel se abalanzó sobre mí y yo retrocedí. Medianoche se interpuso entre nosotros, dándole la espalda a Daniel. Yo ya no veía al muchacho, pero le oía dar puñetazos en la espalda del africano.

Un gran nudo del tamaño de mi puño empezó a formarse en el medio de las entrañas de Medianoche —en su centro, por así decirlo — dando sacudidas; era el punto central de su retumbar interior.

El bosquimano alzó ambos brazos en el aire y empezó a patear el suelo. Se giró en redondo para mirar a Daniel a la cara y cesó su retumbar. La Torre de Vigilancia se hallaba sola en el centro del mundo.

El africano se inclinó hacia atrás e inhaló rápidamente. Un rugido bajo salió de su pecho, creciendo en intensidad hasta que el aire mismo pareció vibrar. El humo que había almacenado en sus entrañas salió de su boca en forma de espiral y se elevó hacia la claraboya como una ondulante cinta.

—Ruge —me ordenó.

Lo hice. Nuestras dos voces me dejaron clavado en el suelo. Al cabo de unos segundos, Medianoche rugió con tanta animal ferocidad y violencia que habría podido partir la estancia en dos.

No se me ocurrió que Medianoche debía de haber despertado a todo el vecindario hasta que mi padre irrumpió en la habitación con expresión de terror.

Papá nos miró a Medianoche y a mí con desconcierto, ya que los dos estábamos desnudos, tal como habíamos venido al mundo. Quiso saber qué demonios hacíamos en la Torre de Vigilancia a aquellas horas intempestivas y, además, sin un simple harapo que nos cubriera el miembro viril.

—Espero que tengáis una explicación apropiada —advirtió con voz amenazadoramente profunda.

—Ahora estamos mucho, mucho mejor —declaró el africano—. Hemos ahuyentado a la Hiena. La Hiena siempre tiene miedo del León. —Hizo sonar el sonajero—. Y la pequeña Mantis le ha dicho que nunca más volverá a nosotros. Jamás volverá a molestar a tu hijo.

—El *Bogle* se ha ido —dije a papá. *Bogle* era una palabra escocesa que significaba «fantasma».

—¡Me habéis dado un susto de muerte! —exclamó en el momento en que mamá aparecía en el umbral de la puerta con un atizador del fuego en la mano.

Al ver nuestra desnudez ahogó un grito, luego me miró con dureza y largamente a los ojos. Estaba seguro de que me castigaría, pero en cambio se rió como si Medianoche y yo fuéramos lo más divertido que jamás había visto. Luego, mediante un proceso de transformación conocido sólo por el corazón, se echó a llorar.

—Vamos, vamos, May —dijo papá, dándole un beso en la frente —. Ahora todo está bien.

Por fin ella se secó los ojos.

—Lo siento mucho. Debéis de pensar que soy tonta.

Todos le aseguramos lo contrario. Papá añadió de modo encantador que estaría casado eternamente con semejante tonta con la mayor felicidad. Aunque ella iba muy despeinada y tenía los ojos enrojecidos, encontré a mamá incomparablemente hermosa en aquel momento.

Cuando se hubo calmado, me rogó que me pusiera algo de ropa.

—Esta noche puedes venir a la cama con nosotros si quieres — añadió.

—No, mamá, me gustaría volver a mi habitación, si no te importa.

—¿Lo prefieres? —preguntó papá, visiblemente sorprendido.

—Sí, si permitís que Medianoche se quede conmigo.

—Por supuesto —dijo mamá, sonriendo a nuestro invitado, que lucía una contagiosa sonrisa de oreja a oreja.

Entonces mamá me sorprendió cogiendo la mano de Medianoche y diciendo:

—Espero sinceramente que se quede con nosotros algún tiempo. Si aún desea un sitio en nuestro hogar, arreglaremos la Torre de Vigilancia para que la utilice como aposento propio. Es decir, si perdona mi anterior actitud grosera.

A Medianoche se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí, eso estaría muy, muy bien, realmente.

Mamá se llevó la mano de Medianoche a la mejilla y añadió:

—Gracias por devolverme a John. Jamás olvidaré su bondad. Podrá contar conmigo siempre, como si fuera uno de los suyos.

Papá también dio las gracias a Medianoche y besó a mamá muchas veces. Luego me levantó, me puso sobre sus hombros y bajó la escalera haciéndome cosquillas, fingiendo que había atrapado un joven monstruo del lago, un *kelpie*. Yo gritaba que parara, pero en su afecto se mostró inmisericorde. Detrás de nosotros, mamá hablaba en voz baja con Medianoche, como si fueran amigos íntimos de toda la vida.

Una vez me hubo metido en la cama, papá me revolvió el pelo y dijo:

—Ahora, a dormir. Basta de excitación. —Levantó los puños—. Se acabaron los leones, las hienas, las mantis y todo lo demás.

—Se acabó —coincidí.

—Que descanses, Medianoche —dijo papá a nuestro invitado—. Y gracias.

—Buenas noches, señor Stewart —respondió el africano con un gesto de la mano.

Cuando mis padres se fueron, y mucho después de que Medianoche se hubiera quedado dormido, permanecí despierto, mirando fijamente su oscura barba, creyendo oír un retumbar casi imperceptible que procedía de un extraño paisaje de lo más profundo de su cuerpo.

13

Por la mañana desperté y —para mi decepción— vi que Medianoche ya se había marchado con mi padre. Después de desayunar, saqué a *Fanny* a dar un paseo, ya que la había descuidado durante semanas. Aquel día en el muelle descubrí que el hecho de que Daniel se ahogara había eliminado de mí todo deseo de nadar en el río. La idea de no poder ver en el agua sucia de fango me paralizaba por completo, y aunque suponía que pronto superaría ese miedo, me equivocaba; jamás volvería a meterme en el agua voluntariamente. Ni siquiera Medianoche pudo curarme de ello.

El africano y mi padre regresaron aquella noche, justo antes de cenar. Al verme, Medianoche me obsequió con una afable sonrisa, que yo le devolví, aunque estaba inquieto por todo lo que me había ocurrido en su presencia. Empecé a sentir el enorme poder que aquel hombre ejercía sobre mí. Una palabra suya de reproche habría convertido mi espíritu en nada.

Charlamos un rato, sobre todo acerca de Oporto. A él le parecía una ciudad muy distraída, en particular sus residentes. Sostenía que nunca había conocido a nadie que hablara más alto que los portugueses.

Le estuve mirando atentamente toda la tarde y apenas hablé. Me preguntaba si, en los cuentos del rey Arturo que mi padre me había contado, Merlín podría haber sido bajito y de piel bronceada. Traté de imaginarme al bosquimano en su tierra africana, con una varita mágica centelleante en la mano.

Mientras engullía una ración enorme de patatas al horno, comenté que Medianoche se había vuelto a quitar los zapatos antes

de entrar en casa. Pero en lugar de decir que lo encontraba una práctica primitiva —como esperaba mi padre— declaré que era un comportamiento de lo más civilizado, ya que con ello evitaba ensuciar de barro toda la casa. Padre me miró con asombro. Madre, sin embargo, como conocía muy bien mi afición a imitarlo todo, dijo:

—John, no debes andar descalzo en casa. Tú llevarás zapatos.

—¡Pero la suciedad…!

—¡La suciedad se queda! Y tus zapatos también. Medianoche es Medianoche y tú eres tú.

—Esto es muy, muy cierto —coincidió el africano, riendo.

—Sí —secundó papá—; te han ganado, muchacho.

Miré a Medianoche en busca de apoyo, pero puso cara de indefensión ante el desacuerdo de mi familia.

A pesar de la firme desaprobación de mis padres, al final empecé a quitarme los zapatos en la puerta, práctica que sigo aun hoy en día. También se lo pido a mi familia y a todas las visitas, para exasperación de muchos, pero para gran provecho de mi hogar.

Recuerdo que aquella noche añadí, como protesta final contra los deseos de mis padres:

—¡Pero con nuestros zapatos en casa a él debemos de parecerle unos bárbaros!

He recordado a menudo esta afirmación mía aparentemente inocente, ya que creo que di en el clavo. Medianoche debía de mirarnos a todos —incluida mi familia— como personas que vivían en casas de muñecas y llevaban una vida de porcelana y seda. ¿Cómo podía no pensar eso cuando, como supe después, su vida anterior había consistido en cacerías, que duraban dos y tres días, de bestias gigantescas llamadas *eland*; en caminatas por las arenas del desierto en busca de comida, llevando el agua en huevos de avestruz; en escapar por los pelos de los mosquetes holandeses, las bayonetas inglesas y las lanzas de los zulúes? Nuestro escenario portugués debía de parecerle, en comparación, realmente pequeño, un drama del Antiguo Testamento africano reducido al tamaño de un espectáculo de marionetas europeo.

No es que deseara la vida que él había vivido. Nunca demostró desprecio por la nuestra, pues mostraba una curiosidad que le divertía cuando se encontraba ante cosas que no comprendía. No es

que fuera perfecto, pero creo que su aceptación incondicional de lo nuestro habla por sí sola de su espíritu tolerante y fe en las buenas intenciones de todo el mundo. Estoy seguro de que ninguno de nosotros habría podido adaptarse a su África con tanta elegancia y felicidad.

Aquellas primeras semanas yo le seguía como un patito recién nacido, encantado con su paso saltarín, sonrisa de duende y cabello rizado. Adoraba llenarle la pipa, ayudarle a atarse la hebilla de los zapatos y llevarle de la mano por la ciudad. Escuchaba sobrecogido sus historias del desierto mientras permanecía sentado a sus pies. Me sentía como si hubiera hallado un tesoro viviente. No lo habría cambiado ni por todo el oro del mundo.

Aquellos primeros meses que pasamos con Medianoche, padre, madre y yo probamos su casi infinita paciencia embarcándole cada uno en diferentes proyectos… con diversos grados de éxito.

El proyecto de mi madre era que se familiarizara con la etiqueta social portuguesa, aunque dejó claro que, como me había salvado, se había ganado el derecho a comportarse como deseara en nuestro hogar. Le animaba y era abierta con él, de un modo que yo nunca le había visto con nadie, sin alzar jamás la voz con ira, algo que desearía poder decir con respecto a mí mismo. Estas lecciones de etiqueta sólo eran para las ocasiones en que estábamos con él en público. Tenían por objeto su beneficio y el nuestro, ya que mamá era de la opinión de que cuanto antes pudiera mezclarse de igual a igual con los europeos más fácil sería su vida.

Medianoche había aprendido mucho de los modales europeos cuando trabajaba como criado en la colonia de El Cabo, pero aún le quedaban normas por aprender para su nueva vida en una ciudad mucho más grande que cualquiera de África del Sur. Entre las más importantes estaban aprender a pasear con mi madre cogida de su brazo, atarse la corbata sin interrumpir el flujo sanguíneo a su cabeza, referirse sólo en clave a las funciones corporales y hacer una leve reverencia a las damas al ser presentado.

Estas lecciones se las daba en inglés, ya que no hubo forma de que Medianoche aprendiera portugués. No obstante, se las apañaba con las pocas frases de carácter social que necesitaba para las fiestas de salón a las que de vez en cuando mis padres le invitaban a asistir. En mi opinión estas frases resultaban espantosas, y su favorita era especialmente horrible: «Señora, ni la luna llena en un horizonte oscuro podría ser más radiante que usted esta noche…».

Al final, el bosquimano dominaba todas las habilidades sociales de mi madre con admirable aplomo salvo dos: llevar corbata, que para él era una tortura y una práctica que abandonó tras un primer año de esfuerzo; y dar las gracias. El concepto de esta última frase de cortesía tan corriente le desconcertaba, y jamás pudo llegar a discernir cuándo expresar su agradecimiento y cuándo no.

Con la esperanza de evitar cualquier situación desagradable que su confusión pudiera provocar, mamá escribió una guía que nos leyó en voz alta a todos durante una velada mientras Medianoche y mi padre fumaban sentados junto al fuego.

I parte: Nunca había que obligar a Medianoche a expresar su gratitud en casa. Su agradecimiento lo dábamos todos por supuesto.

II parte: Cuando se hallara en público con uno de nosotros, haríamos una señal a Medianoche en el momento en que tuviera que dar las gracias a alguna persona que no fuera de la familia.

III parte: Cuando estuviera solo en público, Medianoche tendría que decir «gracias» cada vez que alguien le dijese algo más que cuatro palabras o hiciera algo en su presencia, aunque le pareciera sumamente improbable que tal acción mereciera su gratitud.

Esta última instrucción a veces produjo situaciones cómicas, como cuando Medianoche se olvidó de las reglas y dio las gracias a papá simplemente porque cerraba la puerta de la calle con llave o a mamá por esquivar un excremento de perro en la calle. Lamentablemente, esta dificultad también provocó algunos desacuerdos. El que más preferiría olvidar ocurrió sólo un mes después de venir a vivir con nosotros. Medianoche acababa de comprar unos pasteles de crema con canela en polvo en nuestra pastelería favorita de la Rúa de Cedofeita cuando, a cuatro pasos de nosotros, una corpulenta mujer con un vestido fruncido de color escarlata tropezó con una piedra suelta del empedrado. La mujer estuvo a punto de volar por los aires, chillando como Lilith, como

solía decir mi abuela Rosa, y se habría caído de bruces de no haber sido porque Medianoche —con sus rápidos reflejos— se precipitó hacia delante y la alcanzó, sirviendo de barrera humana. Fue un triunfo contra todo pronóstico, ya que ella pesaba veinte o veinticinco kilos más que el africano. Por desgracia, al chocar con él, la incontrolable mujer aplastó contra su pecho el pastel que llevaba Medianoche, dejando una mancha amarilla de crema en el bello chaleco de brocado azul que mi padre le había comprado.

Imperturbable, Medianoche sujetó a la mujer para que no perdiera el equilibrio; ella exhaló un suspiro de alivio en la mejor tradición operística y se dio unos leves toques en la frente con un pañuelo de seda blanca que se sacó del escote. Antes de que yo pudiera evitarlo, él exclamó: «Muchísimas gracias», con toda sinceridad, pero nuestra matrona creyó que la estaba ridiculizando cruelmente.

—¡Suélteme, señor! —exclamó.

Mientras ella miraba con desprecio a Medianoche, intenté remediar la situación:

—Le está dando las gracias por el honor de haber podido ayudarla a no caer y ponerla a salvo.

Ella nos miró fijamente como si la hubiéramos vuelto a insultar y jamás olvidaré lo que dijo:

—¡Quítame de encima tus feas patas negras, mono!

Lo dijo en portugués, claro. Por eso Medianoche, afortunadamente, no se enteró del significado exacto de sus palabras.

Era evidente que ella estaba encolerizada, pero ni mucho menos tan furiosa como yo, pues aunque me había parecido oír a algunos vecinos chismorrear sobre Medianoche, aun nadie había hablado de él con grosería en mi presencia. Antes de estampar el resto de mi pastel en el pecho de aquella señora, Medianoche recitó una de las frases aduladoras que había aprendido de madre:

—Ese vestido, aunque muy encantador, tan sólo es una pálida sombra de su belleza.

«¡Ahora sí que nos las vamos a cargar!», pensé. Sin embargo, no esperaba que ella prorrumpiera en llanto, quizá debido al portugués casi perfecto de Medianoche, que la dejó completamente anonadada. Su llanto sirvió para atraer a una multitud, ya que la

gente de mi patria —como los ingleses— se reúnen alrededor de la desgracia como buitres en torno a un cordero moribundo. Pronto Medianoche y yo nos encontramos rodeados de rostros boquiabiertos.

—He visto antes a ese mono —dijo un hombre, señalando al bosquimano—. Pertenece a Stewart, el escocés.

—¡Debería estar enjaulado! —gritó otro.

Este último comentario sacó el escocés de las Highlands que hay en mí y solté una retahíla de epítetos que Daniel me había enseñado, el mejor de los cuales era que la mujer en cuestión tenía la mente de un camello, ya que incluso el más tonto sabía que los monos tenían manos y no patas. Proseguí por este camino señalando que era evidente que ella había chocado contra mi amigo como un carruaje sin conductor y había hecho que se le manchara el chaleco, como cualquiera que no estuviera ciego por la estupidez podía ver, ya que su ofensivo antebrazo —del tamaño de un capón relleno— lucía las mismas manchas amarillas.

Comparar a la mujer que sollozaba con un camello o con un carruaje o con un capón habría podido ser aceptable, pero decir las tres cosas seguidas en una sola frase sirvió no para ganarme la admiración como un niño de vocabulario avanzado, sino como condena por maleducado e insolente canalla. Un hombre que llevaba delantal de esquilador manchado de negra grasa incluso se atrevió a cogerme del brazo y zarandearme.

—Pequeño cabrón —dijo—. ¡Debería darte en el culo aquí en la calle!

Esta afrenta despertó a Medianoche de su ansiosa confusión y, avanzando hacia el hombre, dijo:

—Señor, le ruego que suelte al muchacho.

La sangre brillaba en los blanquísimos ojos del africano. Fue una suerte para nuestro esquilador que el bosquimano no llevara ningún cuchillo; habría podido matar a aquel hombre con la rapidez con que lo habría hecho un chacal para proteger a su cría.

Las pocas palabras de Medianoche acallaron a la multitud, probablemente porque las pronunció en inglés, cosa que tiende a intimidar a los portugueses. O posiblemente porque nadie esperaba que fuera capaz de hablar ninguna lengua, o de atreverse a desafiar a un portugués.

El esquilador me soltó, pero para poder enfrentarse a Medianoche. Sin embargo, cuando dio un gran paso hacia delante, el africano —para mi gran sorpresa— me alzó y se me echó al hombro. No sé si pretendía dar un golpe de efecto como en realidad fue. Probablemente, sólo deseaba protegerme. Fuera lo que fuese, el esquilador no estaba dispuesto a pelear con un hombre que llevaba a un muchachito a cuestas.

Medianoche avanzó conmigo entre la multitud, que se abría a su paso, sin pronunciar una sola palabra. Cuando dio la vuelta a la esquina, me dejó en el suelo.

—Al *Gemsbok* no le molestan las hormigas, las tortugas ni los erizos —me dijo.

—¿Qué es un *gemsbok*?

—Un animal noble, una especie de ciervo. Tiene un cuerno en forma de medialuna en la cabeza. —Me cogió la barbilla—. John, puede que esto te sorprenda, pero tú no eres un cocodrilo.

—¿Cómo dices?

—No debes permitir que te provoquen con tanta facilidad.

Medianoche extendió la mano como un abanico y se la puso sobre la cabeza, y se agazapó en actitud de expectativa, como si fuera un animal con el oído aguzado para oír una lejana llamada. Abría y cerraba las ventanas de la nariz y retorcía los dedos. Olisqueó el aire, percibiendo algo en la dirección del viento.

Esto, pues, era un *gemsbok*. Lo estaba imitando. O, como me diría más adelante, «habitándolo».

—Así es como debes actuar —dijo—. Se acabó el gritar a los extraños.

Su crítica me avergonzó.

—¡Pero esa mujer ha sido grosera contigo! Ha dicho cosas horribles.

Él no hizo ningún esfuerzo para contestar o consolarme, lo que me sorprendió y me pareció cruel. La frustración me hizo derramar unas lágrimas, que me resbalaron por las mejillas. Pero él no se conmovió. Por fin, cedí y le imité, colocando mis manos abiertas como un abanico sobre mi cabeza y fingiendo que también yo era un *gemsbok*.

—Bien —dijo, sonriendo. Me cogió la mano y se la llevó al corazón—. No llores más. Es mucho más importante que me

enseñes una canción. Tenía intención de pedírtelo.

El humor de los niños cambia con suma rapidez.

—¿Cuál? —pregunté impaciente.

—Una de las que canta tu padre. Cualquiera. Me gustaría mucho mucho aprender una.

Allí mismo, en la calle, canté la primera estrofa de *The Foggy, Foggy Dew*: *Oh, soy soltero, vivo solo y trabajo de tejedor.…*

Ésta sería la primera de las muchas canciones que enseñaría a Medianoche. A cambio, él me ayudaría a aprender otras que pertenecían a su pueblo. Incluso aprendí una secreta sobre la lluvia que traía la vida a un árido desierto. Aún puedo cantarla. Y creo que soy el único europeo que puede hacerlo.

Descubrí mi proyecto con Medianoche mientras leía en voz alta a mis padres, práctica que agradaba mucho a ambos y que tenía por objeto perfeccionar mi dicción. Además de Robert Burns y algunos poetas escoceses menores de los que nadie al sur del Muro de Adriano había oído hablar jamás, papá era un gran aficionado a los clásicos latinos y griegos. Sin embargo, al no ser ningún erudito, leía traducciones inglesas que pedía prestadas a la biblioteca del club británico que había cerca del río. Una noche en particular, empecé a leer «Sobre la caza», de Jenofonte, que papá había traído aquella tarde, creyendo que distraería a nuestro invitado. Yo lo encontré sumamente tedioso, y a mama le pareció de muy mal gusto. Ella sostenía que «cazar a las pobres criaturas de Dios por un bosque y matarlas de forma sumamente cruel» era depravado.

«La primera empresa que un muchacho que acaba de salir de la infancia debería emprender es la caza —leí—. Y después puede pasar a otras ramas de la educación, siempre que cuente con los medios necesarios».

—¡Tonterías! —exclamó mamá.

—Prosigue —me instó papá con severidad.

Como escrito era un gran aburrimiento, pero cuando miré a Medianoche descubrí que tenía la cabeza ladeada en gesto de

impaciente expectación, como si aquello fuera la respuesta a una adivinanza sobre la que había estado meditando largo tiempo, así que le invité a leer él mismo del libro.

—No puedo —replicó. Cuando le pregunté por qué, respondió—. Porque… porque no sé leer ni escribir.

—Inténtalo —dije, tendiéndole el texto encuadernado en piel.

—John, no molestes a Medianoche —se apresuró a decir mamá, dejando su labor de bordado en el regazo—. Lo estabas haciendo muy bien y todos estaremos encantados de que nos leas algo más. ¿No te parece, cariño?

—Sí, tu voz últimamente ha mejorado mucho —coincidió papá, acercando hacia mí las velas que había sobre la mesa para que tuviera más luz.

—No, dejad a Medianoche —repliqué malhumorado.

—Pero es imposible —dijo el bosquimano. Cuando sonrió con aire de disculpa, sentí una gran desazón pues me di cuenta de que era cierto; nadie se había tomado jamás la molestia de ayudarle a aprender a leer y a escribir, lo que me pareció una injusticia monstruosa. Seguí leyendo en voz alta, pero mis pensamientos ya estaban buscando dónde había dejado mi *English Grammar Greenwood's*. Aquella noche, la encontré en el fondo de mi baúl.

Por la mañana encontré a Medianoche de pie en nuestra Torre de Vigilancia, mirando fijamente los tejados de la ciudad.

—Te enseñaré a leer y escribir —le dije, mostrándole mi primera gramática.

Él se echó a reír al oír mi resuelta afirmación y luego, cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, se apretó las yemas de los dedos a las sienes como si la cabeza le palpitara sólo de pensarlo.

—No, será fácil —dije—. Ya lo verás.

Después de que se vistiera, le cogí la mano y le llevé a nuestro jardín, para que pudiera aprender a dibujar letras a la luz del sol.

El progreso era lento. Durante esta primera clase, sólo le hice dibujar las letras *A, B, C, D* y *E*, e incluso éstas las hizo bastante mal. Él prefería convertirlas en animales, de modo que la *A* se convertía en las patas de una jirafa, por ejemplo, y la *B* en los ojos de un cocodrilo vistos desde arriba.

Durante las siguientes semanas trabajé con Medianoche cada día

después de desayunar. Pronto pudo dibujar las veintiséis letras sin añadirles hocico, cuernos, cascos o cola. Después inicié un proceso que nos garantizara un progreso lento pero regular. De pie, como iluminada por los focos de un teatro, gesticulando con exageración, yo leía en voz alta para Medianoche un párrafo de un volumen clásico, lo que siempre le agradaba mucho y a veces le provocaba risitas. Después nos sentábamos uno al lado del otro y leíamos el mismo extracto, señalando con el dedo el bosquimano las palabras y pronunciándolas en voz alta.

De este modo, leíamos párrafos clave de obras militares de Heródoto, Ovidio y Josefo al menos una docena de veces cada uno. El favorito de Medianoche era con mucho el relato de Estrabón de la derrota del general romano Pompeyo a manos del rey Mitrídates del Ponto. Calculando que lo leímos al menos una vez a la semana durante dos años, diría que revivimos esta insólita batalla más de un centenar de veces, hasta el punto de que podíamos recitarlo de memoria. Nunca dejó de complacer a Medianoche el hecho de que las fuerzas superiores de Pompeyo fueran vencidas nada más que por miel. Porque mientras estaban acampadas en la costa del mar Negro de Turquía, en un lugar llamado Trabzon, sus tropas se atracaron de panales hechos por abejas que habían recogido el polen venenoso de capullos de rododendro. Los que sólo comieron un poco sufrieron los efectos del andar vacilante y el habla confusa de los que han tomado unas copas de más. Los que se hartaron, en cambio, se volvieron locos o insensibles. Al estar debilitados, fueron asesinados por las fuerzas de Mitrídates.

Medianoche y yo llamábamos a ese episodio la Batalla de la Miel Loca.

Esto provocaba mucha alegría en él porque para su pueblo la miel era lo más delicioso del mundo, un precursor de salud, buena suerte y alegría. De joven, él ahuyentaba con humo a las abejas de sus colmenas para apropiarse de su tesoro. La miel también era el manjar preferido de Mantis. Era la sabiduría —y la luz del sol— con forma. Imaginar que había podido cambiar el curso de la historia en una batalla militar… Era tan inesperado que nunca dejaba de asombrarse y deleitarse con esa idea.

Los planes que tenía mi padre para Medianoche fueron responsables de su largo viaje de África a Europa. Papá había conocido al bosquimano durante una prolongada visita a un viñedo recién creado que pertenecía a un severo hombre de Yorkshire, llamado Reynolds, y situado a un día de camino desde Ciudad del Cabo. En casa de ese hombre consideraban a Medianoche un criado, pero no había ni una gota de libertad en las condiciones de su empleo.

Justo después de que llegara papá, un holandés terriblemente enfermo de una propiedad cercana apareció en el viñedo en busca de ayuda médica. Durante los siguientes días, padre observó a Medianoche curar al hombre de pleuresía avanzada aplicándole cataplasmas de hierbas machacadas en el pecho y administrándole infusiones de olor dulzón. Al cuarto día, el holandés ya estaba lo bastante bien para regresar a su casa.

Siete días más tarde, mediante un ritual de humo y danzas, Medianoche curó —en presencia de papá— a una joven mujer zulú que había sido poseída por un espíritu maligno. Mi padre no habría apostado nada por su recuperación; sin embargo, se recuperó.

Con poca fe en los méritos de la medicina europea, tras haber presenciado poco antes sus bárbaros métodos aplicados en mí, papá se dio cuenta de que éste era el hombre que podría ayudar a su hijo enfermo… si podía convencerle de ir a Portugal. Resultó una tarea sorprendentemente fácil; Medianoche deseaba buscar hombres de medicina en Europa que pudieran ayudarle a aprender qué plantas se podían emplear para combatir la enfermedad de los escalofríos y las ampollas que ya había matado a miles entre su gente, ya que nada de lo que él ni ningún otro sanador local habían probado había servido de nada. Realizando más pesquisas, mi padre se enteró de que esta dolencia era la viruela.

Las razones de Medianoche para buscar ayuda en Europa se basaban en la idea de que la enfermedad había sido llevada a África por los holandeses y los ingleses. Él afirmaba que los extractos de plantas necesarios para combatirla se encontrarían en su lugar de origen. Cuando hubiera encontrado las plantas medicinales, si las

encontraba, que estaba buscando en Portugal, regresaría a África con ellas.

Papá propuso a Medianoche que cultivara en nuestro jardín trasero cualquier espécimen que pudiera resultar útil para sus experimentos. También le hizo saber que mamá sin duda le agradecería a Medianoche si al mismo tiempo pudiera hacer que una parte de nuestro pequeño rectángulo de tierra recuperara sus días de gloria anteriores a mi nacimiento. En aquella época, mi abuelo João cultivaba con amor toda clase de coloridos capullos, incluidas algunas raras rosas turcas en su suelo.

La última parte del plan de papá, que aún no había mencionado a Medianoche, era su deseo de que el africano nos sirviera de compañía a mi madre y a mí durante sus períodos de ausencia, pues aún le era necesario viajar río arriba para supervisar las tierras cada seis u ocho semanas.

Sólo había un obstáculo a que Medianoche se marchara de África con mi padre: el bosquimano era un esclavo que pertenecía a Reynolds, y el inglés no quería dejarle marchar a ningún precio. No sólo atesoraba las considerables habilidades médicas del bosquimano, sino que también valoraba en gran medida sus talentos como intérprete. *Miss* Reynolds, una frágil mujer de extracción suiza, de Ginebra, que temía toda clase de enfermedades locales, no quería ni oír hablar de la posible venta de Medianoche. Mi padre y el bosquimano, por tanto, se vieron obligados a trazar un plan para escapar.

Tras haber dado a Reynolds una fecha falsa de su viaje de regreso a Europa, padre viajó solo a Ciudad del Cabo a caballo en la fecha fijada: exactamente tres días antes de que Reynolds y Medianoche realizaran su visita mensual a la ciudad en busca de provisiones.

Mi padre se registró con un nombre falso en la Taberna El Caballo Negro, donde, cada vez más ansioso y malhumorado con cada día que pasaba, esperó a Medianoche.

Era costumbre que el bosquimano tuviera una noche entera para que la pasara como deseara mientras su patrón inglés se aliviaba de las restricciones religiosas de su esposa calvinista en un infame burdel. Pero aquel mes, Reynolds —oliéndose una trampa del escocés— no fue a Ciudad del Cabo y prohibió a Medianoche salir

de la finca. Y así la noche que papá y el bosquimano habían acordado reunirse pasó. Y la noche siguiente también. Llegados a este punto, mi padre, sumamente decepcionado, hizo planes para marcharse dos días más tarde en un buque holandés.

Sin embargo, a la noche siguiente, mientras padre estaba sentado tomándose una ginebra en El Caballo Negro, Medianoche entró, resollando, desnudo de cintura hacia arriba y descalzo. Llevaba un saquito que contenía hierbas medicinales, un carcaj con flechas, un arco y un huevo de avestruz recientemente vaciado de su última gota de agua. Se produjo un gran alboroto, porque ningún *kaffir*, como denominaban los expatriados europeos a los pueblos indígenas, podía entrar en este tipo de establecimiento. Al comprobar que nada iba a cambiar esta regla, papá llevó fuera a Medianoche, donde el bosquimano pudo beber tanta agua de un pozo público que su estómago se hinchó hasta casi reventar. Luego explicó con calma que había ido directamente a pie desde su granja, situada a más de treinta kilómetros según cálculos de mi padre. Eso de por sí ya habría sido suficientemente extraordinario, pero había realizado esta proeza en poco más de tres horas, a juzgar por el ángulo del sol a la salida y a la llegada, y había corrido casi todo el tiempo.

Papá comprendió que Reynolds ya habría iniciado su furiosa persecución de Medianoche, por lo que partieron de inmediato en el primer barco disponible, una goleta que les llevó no a Europa sino a un puesto avanzado próximo, donde descargaron suministros de trigo, cebada y tela. Se hospedaron en la única posada con nombres falsos, aunque Medianoche, como africano, fue obligado a dormir en el suelo de los establos. Unos días más tarde pudieron obtener pasaje en otro barco que se dirigía a Holanda.

Después de que mi padre me contara todo esto, pregunté si en realidad había encontrado tierra adecuada en África, ya que no había mencionado nada de ello desde su llegada.

—Me temo que no, John —me respondió—. La tierra es buena, pero en la actualidad no hay estabilidad política, y no la habrá durante algún tiempo. Si comprara tierras allí, dentro de dos años esas mismas hectáreas podrían pertenecer a un jefe zulú o a un holandés. Pero no temas, tendremos nuestro viñedo aquí, tarde o temprano. Te lo prometo.

Entonces hice la pregunta más inquietante: Si Medianoche verdaderamente era propiedad de míster Reynolds, ¿tenía derecho mi padre a ayudarle a escapar?

—¿Eso no es una forma de robo?

—Sí, me hice esa misma pregunta en una ocasión, muchachito. —Me contestó cogiéndome una mano—. Pero antes de responderte, quiero formular una pregunta: ¿Es correcto que un hombre sea propietario de otro?

No estaba seguro de cómo contestar.

—¿El mercado de aves de Oporto no te pone furioso, jovencito? —prosiguió—. ¿No es una infamia mucho mayor que se comercie con hombres y mujeres y que estas condiciones miserables se apliquen a seres racionales?

Mi odio por el tráfico de aves era tanto que fue del todo innecesario añadir una sola palabra más sobre el tema. A partir de entonces supe cómo comportarme.

14

Violeta aún no había desaparecido de Oporto, y un sábado por la tarde Medianoche y yo dimos la vuelta a una esquina y la vimos en la Plaza Nueva vendiendo sus plegarias bordadas. El bosquimano estuvo encantado al enterarse de que aquella joven conocía casi todas las constelaciones del cielo. Cuando le conté el terrible destino que había sufrido, dijo:

—Es probable que ahora esté siendo acosada por la Hiena, igual que tú, John.

Le rogué que no intentara visitarla, y le expliqué que le habían pegado cuando la descubrieron hablando con él. Al ver mi agitación, estuvo de acuerdo y levantó la mirada al cielo, hablando unos momentos con los rápidos chasquidos de su lengua.

—¿Qué dices? —pregunté.

—Será tarea de los cazadores del cielo defender a Violeta, y les he pedido ayuda.

Le llevé junto al lugar del río donde Daniel se había ahogado. Le conté todo lo que había ocurrido el último día que habíamos pasado juntos, confesando que tal vez había empujado al muchacho a su muerte al contarle que Violeta se marcharía a América sin él. Medianoche me cogió, pero no dijo nada. Me hizo mirar fijamente mi reflejo en el agua, cogiéndome los hombros con sus fuertes manos.

—John, todos somos pequeños seres. Y tú no eres tan poderoso como a veces crees que eres. Mantis abandonó a Daniel. Eso es lo que le hizo ahogarse.

Medianoche percibía mis dudas y me cogía por la nuca mientras nos alejábamos, esperando tal vez guiarme hacia la certeza. Aquella

noche me oyó llorar y entró de puntillas en mi habitación. Una vez más me sopló humo de su pipa en la boca hasta que mi habitación se oscureció y no pude ver nada. Después encendió mi vela, cerró mi puerta y me pidió que sostuviera la palma de mi mano sobre la llama durante todo el tiempo que pudiera soportar. Petrificado, respondí que no creía poder hacerlo. Él extendió sus brazos y los agitó entre los espirales de humo; luego los reunió lentamente sobre su cabeza, explicando que la quemadura atraería hacía mí una mariposa muy especial y que se disculparía ante Daniel por mí.

—Ella es la que enmienda las cosas en el otro mundo —dijo.

Me cogió la mano derecha y se puso a frotarla entre las suyas, con tanto brío que la fricción pareció crear una capa húmeda de calor en el interior de mi palma. Sospecho ahora que había recubierto mi piel con alguna sustancia protectora; en aquellos momentos estaba demasiado asustado para notarlo, pero recuerdo un aroma agrio en mis dedos.

—No debes gritar —me advirtió Medianoche—. De lo contrario asustarás a la Mariposa y se marchará.

Respirando hondo por última vez, deslicé mi mano al centro de la llama. El dolor era paralizante y ahogué un grito. Resistí todo lo que pude, sin duda no más de un segundo, y luego aparté de golpe mi mano chamuscada. Medianoche me dijo que lo había hecho bien.

—Como un cazador bosquimano —dijo, con un destello de admiración en los ojos. Apagó la vela y me dijo que abriera la mano, con la quemadura hacia arriba.

Cuando lo hice, todo mi aliento y mi vida se centraron en aquel dolor palpitante. Mi espíritu parecía estar abriéndose y cerrándose, como un puño, buscando el perdón. Al final, Medianoche se agazapó junto a mí y me susurró.

—¡Ahí está!

—¿Quién?

—La Mariposa. Se ha posado en tu mano y está curando la quemadura. La está lamiendo.

—¿De qué color es?

—Chssst… habla en susurros. Tiene el rosa, el azul y el negro de su madre, el Viento del Desierto. —Me dio unas palmaditas en la espalda. Sentí que el corazón me latía tan fuerte que me hacía

balancear—. Casi ha terminado, John. Cuando vuelva a darte unas palmaditas, levanta la mano suavemente—suavemente y di: «Envío la Mariposa al bosque de la noche».

Mientras yo hablaba, el aleteo del aire que me rozó la mano al levantarla me sobresaltó:

—Me parece que la he notado —susurré.

Medianoche entonces me cubrió la herida con hierbas que fue a buscar a la Torre de Vigilancia y que masticó hasta formar una pasta.

—Esto sellará la curación de la Mariposa en tu interior.

—¿La Mariposa siempre sabe dónde encontrar a los muertos? —pregunté.

—Siempre. —Se tocó la nariz y aspiró—. Puede localizar todas las flores que nunca han nacido.

Papá intentó que Medianoche se familiarizara con las técnicas del trazado de mapas topográficos, práctica para la que creía que el bosquimano podía tener cierta aptitud. Pero cuando descubrió que a sus espaldas sus colegas se reían como urracas de lo que ellos denominaban «el mono de Stewart», no volvió a pedir a Medianoche que le acompañara a su oficina. Con estoicismo escocés, prosiguió con el asunto que le ocupaba en aquellos momentos, comprando palas, rastrillos, azadones y picos de diversas formas y tamaños para el laboratorio hortícola y verde paraíso que iba a ser nuestro jardín.

Medianoche, *Fanny* y yo fuimos reclutados para esta restauración, pero casi todo el trabajo importante lo realizó nuestro robusto africano. Para nuestra feliz sorpresa, pronto descubrimos que no todos los rosales como cuerdas petrificadas que se arremolinaban formando una gruesa maraña en nuestra propiedad estaban muertos. Se precisaron semanas de trabajo diario para despejar una parcela de buen tamaño para las plantas de Medianoche y para devolver la salud a los rosales enfermos, y para entonces ya era finales de octubre. Sin embargo, era un otoño suave

y un rosal nos dio tres capullos amarillos a principios de enero. Se los ofrecimos a mi madre, que entrelazó sus tallos en un esbelto jarrón de porcelana azul y blanca. Todavía conserva un tosco boceto que hizo de este arreglo floral el mismo día.

Medianoche recogió entonces ideas sobre qué plantas medicinales cultivar en una visita que realizamos a la Quinta dos Arcos, un jardín botánico situado en las afueras de la ciudad. Benjamín Seixas, nuestro boticario local y amigo de la familia, ofreció al africano semillas de hisopo, árnica, dedalera, fárfara y otras especies beneficiosas para los europeos, asi como esquejes de espliego, sena, salvia, verbena y otras hierbas útiles.

Nuestro cariño por Medianoche no nos impedía pensarnos bien lo de que se quedara con nosotros, y en ocasiones escuchaba detrás de la puerta cerrada de mis padres y les oía discutir si tenían derecho a someterle al ridículo de la gente de la ciudad. Después había ocasiones en que era grosero e incluso maleducado. Sin embargo, siempre aparecía algún motivo sensato para tal comportamiento. A veces nuestra poca mala comprensión de sus motivos empeoraban una situación ya desagradable, como cuando se puso enfermo la primera vez y le salieron granos por todo el cuerpo y le picaban. Durante uno o dos días nos preocupó que se tratara de alguna enfermedad grave, pero madre pronto vio claro que sólo se trataba de la varicela, lo cual era extraordinario, ya que no se sabía de ningún adulto en Portugal que la hubiera sufrido. Sin embargo, lo que resultó molesto fue que se encerró en la Torre de Vigilancia y no quería salir.

Al cabo de un día y una noche de observar esta conducta, mi padre se hartó. Subió como una tromba la escalera de caracol con mi madre y yo detrás y llamó a la puerta, convenciendo por fin al bosquimano de que la entreabriera. Cuando papá entró, Medianoche se apresuró a ir a la parte posterior de la habitación.

—Bueno, a ver, ¿qué pasa? —preguntó papá.

—¡Por favor! —exclamó el africano—. ¡Me gustaría que se

fueran muy, muy inmediatamente! —Agitaba las manos como un loco por delante de su pecho como si quisiera impedir que se le acercara un animal salvaje.

—Pero estás enfermo.

—No discuta conmigo. Márchese. ¡Se lo ordeno!

Percibiendo la naturaleza de los temores de Medianoche, mamá dijo:

—Escúchame, Medianoche. Los tres ya hemos tenido la varicela. No nos contagiaremos.

—Está demasiado cerca de mí, *miss* Stewart. Le ruego que se marchen. ¡Márchense!

—Te estás comportando como un niño —espetó padre, lo que hizo asomar lágrimas en los ojos de Medianoche.

Ninguno de nosotros sabía cómo resolver la situación. Al fin, mamá dijo:

—Al menos, deja la puerta abierta y deja que te traigamos un poco de comida.

Cuando accedió, de mala gana, mi madre preparó *caldo verde*, nuestra sopa local a base de patata y col rizada, y me hizo llevársela en una bandeja. Dejé el humeante cuenco en el umbral y luego me retiré para que él se acercara, como si alimentara a un animal herido.

Aquella noche entré de puntillas en la habitación de Medianoche mucho después de que se hubiera quedado dormido. Me senté al pie de su cama, preguntándome qué hacer. Estaba terriblemente cansado, así que me tumbé a su lado y me metí con sigilo bajo sus sábanas.

Al despertar casi al amanecer, le encontré en cuclillas en el rincón, castañeteándole los dientes.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté, incorporándome y bostezando.

—Me han desobedecido —dijo, escandalizado—. Eres malo. ¡Vete!

—No me iré a menos que me digas qué es lo que te inquieta. —Al ver que se negaba a hablar, añadí—. Tendré arrugas como la abuela Rosa antes de salir de esta habitación.

—Tú… no puedes estar seguro de que sea varicela. Tú padre me dijo que los médicos europeos son muy, muy torpes.

Me eché a reír.

—¿Alguna cosa de todas las que te hemos dicho ha penetrado en ese terco cráneo tuyo? Mi madre sabe lo que te pasa. Ella no comete errores en estas cosas, ya que le preocupan más que nada en el mundo.

Él meneó la cabeza y se levantó.

—Pero, John, podría estar equivocada. Podría tener algo incurable que hubiera traído de África. Podríais contagiaros si os acercarais. *Miss* Reynolds siempre decía que nuestras enfermedades serían la muerte de todos los europeos. Míster Reynolds disparó a varios bosquimanos que tenían viruela en el límite de nuestra propiedad en lugar de tratarles. —Se pasó la mano por el pelo y gimió—. No te ayudé a ahuyentar a la Hiena para matarte ahora.

Su explicación fue tan conmovedora que me consideré un cretino por no haber comprendido antes la profundidad de su temor.

—Medianoche —dije con suavidad—. He estado en la cama contigo gran parte de la noche y no estoy enfermo. No hay peligro.

Se echó a llorar.

—Debes alejarte de mí. Por favor…

Al verle con lágrimas en los ojos, la cabeza en las manos, fui incapaz de contenerme. Me precipité hacia él y le abracé acurrucándome en su vientre. Él trató de alejarme, pero yo me aferré, respiré su olor húmedo y caliente hasta que me besó en la coronilla.

—Escucha con atención —dije—, mis padres y yo nos hemos enfrentado a esta misma bestia y la hemos golpeado hasta matarla. No puede volver a hacernos daño.

Entonces, asegurándole absolutamente que mamá y papá le cuidarían y no le tocarían directamente, me permitió que le acompañara abajo. Papá estaba sentado ante el fuego y alabó su valor. Mamá calentó un poco de sopa y luego le miró detenidamente para asegurarse de que se la comía toda.

Durante los días siguientes permitió que de vez en cuando mi madre le diera unos toquecitos en los granos que le picaban con una solución de óxido de zinc, lo que le dejaba unas manchas rosáceas. Cuando se miró en el espejo, mostró su dentadura como si fuera un leopardo y luego lanzó un aullido de alegría.

Medianoche estuvo enfermo muchas veces aquel primer año. Nosotros lo achacábamos a la niebla, que se mezclaba con el humo de quince mil chimeneas hasta el punto de que apenas si se veía a cincuenta pasos. En realidad, sin embargo, el pobre hombre se ponía enfermo incluso cuando el sol lucía con todo su esplendor. Sufrió ataques de crup, diviesos, anginas, dispepsia, diarrea y una terrible hidropesía en las extremidades y sus pequeños pies se hincharon hasta tener casi el doble de su tamaño natural. En una ocasión le salió en la mejilla derecha, bajándole por la garganta, un sarpullido rojizo con forma de cangrejo de tres patas, acompañado de escalofríos. Entonces empezó a escupir sangre. Podría ser escarlatina, pero también era una enfermedad infantil y, por tanto, no podíamos estar seguros.

Aunque a menudo estábamos desesperados de preocupación, ni Medianoche ni mis padres se inclinaban por permitir que un médico entrara en nuestra casa. Y así fue como el senhor Benjamín —el boticario que había suministrado a Medianoche las semillas y esquejes— nos salvó.

Siempre había mirado al senhor Benjamín como alguien un tanto amenazador y en general poco distinguido. Este error de juicio se debía, creo, a su baja estatura —lo cual, antes de conocer a Medianoche, para mí implicaba insignificancia—, y sus encantadores ojos castaños, enmarcados por unas gafas de forma oval, eran mucho más vigilantes de lo que le gustaba a ningún muchacho con mi carácter.

Ahora, sin embargo, que parecía posible que Medianoche tuviera escarlatina, demostró ser generoso, meticuloso e infatigable. Creo que habría pesado cada grano de arena de la playa si con ello hubiera podido encontrar el que pudiera ayudar a nuestro invitado.

Cuando desaparecieron la fiebre y el sarpullido del africano y le declararon en buen estado otra vez, el senhor Benjamín se convirtió en un amigo de confianza de la familia. Viudo de cincuenta y siete años, empezó a cenar con nosotros todos los viernes por la noche, y padre encontró en él al gran amigo que había estado buscando durante todos aquellos años.

Medianoche se benefició en gran medida de esta amistad; pues no sólo se convirtió en su enfermero particular y guardián, sino que también llegó a ser su aprendiz. Debido a que su vista empeoraba, Benjamín necesitaba un ayudante, por lo tanto, ¿quién mejor que Medianoche?

Jamás se firmó ningún contrato; un simple apretón de manos entre los dos hombres se consideró compromiso suficiente. El africano trabajaría para el boticario durante tres años, cuatro días a la semana, ya que no estaba convencido de que fuera capaz de estar en el interior más de ese tiempo. A cambio, le pagaría un salario pequeño, pero justo. Al cabo de tres años, si lo deseaba y si ambas partes estaban de acuerdo, el bosquimano se haría socio de Benjamín entregando una suma que se decidiría más adelante, la cual padre accedió a pagar. Si Medianoche decidía regresar a África, no habría ningún inconveniente.

El bosquimano estaba loco de contento con este acuerdo, y yo bailé con *Fanny* dando vueltas por la sala de estar al oír la buena noticia, ya que significaba que nuestro amigo se quedaría con nosotros al menos durante otros tres años. Dado mi egoísmo en cuestiones sentimentales, no debería sorprender que rezara por él para que encontrase un remedio para la viruela que pudiera enviar a África sin tener que abandonarnos ni siquiera un día.

15

Al principio del mundo, una abeja hembra rescató a Mantis de las crecientes aguas de la Gran Inundación agarrándola y llevándosela. Al tercer día de su travesía por el infinito mar, exhausta, volando cada vez con mayor dificultad, atisbó una gigantesca flor blanca. Estaba entreabierta y sobresalía del agua como para llamar al sol, que aún se hallaba escondido tras las enojadas nubes grises de las lluvias torrenciales. Antes de abandonar la vida, depositó a Mantis en el corazón del capullo. Y en él plantó la semilla del primer hombre y la primera mujer.

Así describió Medianoche el comienzo de los bosquimanos y de todas las otras tribus y nacionalidades del mundo, incluso los escoceses, aunque la imagen de un *Highlander* con falda escocesa sentado en el corazón de un nenúfar algunos podrían considerarla ridícula.

No puedo describir con cuánto deleite escuché esta historia y otras muchas. Medianoche poseía una voz cautivadora, así como una pronunciación inglesa delicada y musical. En ocasiones, pronunciaba frases enteras en el idioma de los bosquimanos, y para mí era como si escuchara la primera lengua del mundo. Siempre he creído que Adán y Eva pertenecían al pueblo de Medianoche.

Me contó esta historia en particular mientras estaba sentado en una roca río arriba, a unos kilómetros al este de Oporto. Casi nunca

hablaba de estas cosas en el recinto de las murallas de la ciudad, pues decía que era prácticamente imposible prestar plena atención a una historia con tanta gente precipitándose alrededor y haciendo ruido.

Cuando le pregunté cómo podía ser que la semilla de una abeja se convirtiera en hombre, me dijo que todas las semillas básicamente eran una. Al pedirle que me lo explicara mejor, lo único que dijo fue que estas historias tuvieron lugar durante la Era de los Primeros Pueblos, cuando había menos diferenciación entre las cosas. No había pasado ni futuro. Siempre era presente.

Algunas historias de Medianoche hablaban de la necesidad de seguir las lluvias en el desierto, y la primera vez que desapareció en uno de esos viajes fue a principios de diciembre del primer año que estaba con nosotros, inmediatamente antes de iniciar su aprendizaje con el senhor Benjamín. Fue una mañana neblinosa sin viento alguno, y esperábamos que el sol luciera a mediodía. Sin embargo, Medianoche debía de haber percibido el violento remolino de lejanos vapores; subió y bajó corriendo la escalera durante todo el desayuno, incapaz de comer o de permanecer sentado. Por fin, no pudo quedarse dentro más tiempo. Cogió su carcaj de piel de antílope y su arco, junto con la mochila de cuero que trajo en su baúl desde África, y se marchó de casa.

—¿Adónde te crees que vas, en nombre de Dios? —preguntó mamá.

—¡Rápido, síguele, John! —me ordenó papá.

Salté de la mesa, aún con mi camisa de dormir, me puse las botas a toda prisa en la puerta, cogí el abrigo que me ofrecía mamá y eché a correr tras nuestro invitado. Le encontré justo pasada la entrada norte de nuestra calle, cerca de la cárcel municipal. Desde este punto de observación divisaba la totalidad del escarpado paisaje de tejados cubiertos de tejas de Oporto hacia las distantes colinas del horizonte oriental. Estaba cantando una melodía; la melodía secreta que más adelante me enseñaría.

Al finalizar su canción, señaló hacia el sureste, donde vi un embudo de nubes azuladas que soltaban una tormenta en forma de cinta gris. Él me pasó un brazo sobre mis hombros mientras observaba cómo se oscurecían los cielos distantes. Al primer rayo, una profunda vibración se inició en sus entrañas, y el posterior retumbar del trueno le hizo gemir. Después una ráfaga de viento helado arrastró algunas hojas caídas hasta nuestros pies, tras lo que anunció:

—Estaré fuera unos días. Pero estaré muy, muy bien. No debéis preocuparos por mí.

Y entonces se marchó.

—¿Adónde vas? —le pregunté a gritos.

La necesidad de seguirle se apoderó de mí, pero sabía que tendría problemas si no volvía a casa. Al precipitarme allí con el objeto de pedir permiso para seguirle, encontré a papá que se marchaba hacia su oficina.

—¿Dónde has estado, jovencito? ¿Le has encontrado?

—Me ha dicho que se iba unos días y que no nos preocupáramos. Pero yo estoy preocupado. Creo que quería ir al encuentro de la tormenta. ¿Puedo ir con él?

—¿Habéis visto venir las lluvias?

—Sí.

Papá sonrió.

—Así es, hijo. Su pueblo camina durante días para seguir las lluvias. En un desierto, el agua es vida. Así que si las tormentas no llegan, se pasan penalidades sin cuento. Estará fuera varios días, supongo, pero sabe lo que hace.

—Había rayos, papá. Podría pasarle algo.

—No, no le pasará nada. Su pueblo utiliza el rayo como brújula. —Al ver que no me convencía, me dio unas palmadas en el hombro —. No temas por Medianoche.

—¡No temas! Pero está solo. Y no conoce Portugal. Y… y…

—John, Medianoche me dijo en una ocasión que el desierto espera el rayo como la novia a su novio. Y cuando llega, muchachito, el desierto se une con el rayo. Todo cuanto allí vive, todos los grandes y pequeños animales, y todos los hombres y las mujeres y los niños, dejan lo que están haciendo y se van. Para ellos, el rayo es una llamada del cielo. Deben seguirlo o perderán su

objetivo. Ahora, John, escúchame con atención… Medianoche me contó que en la granja de míster Reynolds le impedían seguir a las lluvias. Le ordenaron que jamás saliera de la propiedad. Pero aquí es un hombre libre y jamás se le impedirá hacer lo que desee. Tú no querrás seguirle sin tener un objetivo, ¿verdad?

Yo sabía la respuesta que papá deseaba, pero me sentía demasiado trastornado para dásela. Él respondió por mí.

—No, no querrías. Y a él no le pasará nada. Pronto regresará con nosotros.

—Pero Oporto no es un desierto.

—No obstante, Medianoche siempre seguirá la lluvia y el rayo, igual que todos seguimos el camino que la vida nos ofrece. Puedes estar seguro de ello, jovencito.

Durante la ausencia de Medianoche, las puertas de los cielos se abrieron durante cuatro días y cuatro noches, creando ríos de fango que fluían por nuestras calles. Temíamos que Medianoche estuviera cubierto de barro de la cabeza a los pies y oliera como un druida cuando llegara a casa, pero las expectativas siempre contaban muy poco en todo cuanto hiciera referencia a nuestro amigo bosquimano. Cuando regresó cinco días más tarde, sus pantalones de lana de color marrón claro, camisa blanca y chaleco azul estaban impecablemente limpios. Es cierto que sus pies descalzos estaban sucios de tierra, pero eso, junto con el mal olor de estambre húmedo, era lo único que indicaba que había pasado una semana bajo la lluvia, las nubes y las estrellas.

—Buenos días —dijo, iluminando su rostro con su sonrisa—. Os hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre.

Tras nuestras exclamaciones de alegría, madre fue la primera en observar una brecha de casi tres centímetros que le cruzaba la frente. Se apresuró a acercarse a él y a pasarle la yema del dedo con suavidad por la herida, donde la sangre seca había formado una costra. Medianoche se echó a reír y dijo que no era nada; luego le cogió la mano y se la llevó con pericia a sus labios, como le habían

enseñado.

—Después te lo vendaré —dijo ella.

—Sí, pero primero déjeme contemplar a la familia Stewart.

Era evidente que Medianoche estaba loco de contento de estar otra vez en casa. Cuando captó mi expresión de alegría me hizo un guiño, como si tuviera mucho que contarme en privado. Me precipité a abrazarle y a aspirar su reconfortante olor.

Papá ayudó a Medianoche a quitarse la mochila, el carcaj y el arco y luego le hizo sentarse a nuestra mesa, donde madre le curó la herida. Yo no podía reprimir más la única pregunta que estaba desesperado por hacer y grité:

—¿Cómo te las has arreglado para mantener tan limpia tu maldita ropa!

—John! —exclamó mamá—. Un caballero nunca habla así, por muy impaciente que esté.

A lo cual repliqué, naturalmente:

—Pero yo todavía no soy un caballero.

No bromeaba en absoluto, ya que había decidido que nadie podía exigir de mí un comportamiento de caballero hasta que cumpliera al menos dieciséis años.

—Es lo más cierto que nunca hayas dicho —dijo mamá, no sin humor—. Pero te convertiré en uno, aunque sea lo último que haga.

—Bueno, ¿cómo has podido permanecer tan elegantemente vestido? —preguntó papá.

—En cuanto me hallé a salvo en el campo, sin ninguna casa cerca, me quité la ropa, la doblé con cuidado y la guardé en la mochila, luego la até en lo alto de un roble. Se mojó mucho, mucho —se rió—. Pero hoy se ha secado al venir a casa. Salvo los pantalones.

—¿Cómo te acordaste de dónde estaba el roble? —pregunté.

Pareció sorprendido.

—John, no seas tonto, no podía perder un árbol tan importante.

—Basta —ordenó mamá—. Pon esto a secar enseguida. No quiero que caigas enfermo otra vez antes de Navidad. Mi corazón no podría soportarlo. Y como vas a iniciar pronto tu aprendizaje, no te conviene llegar con fiebre a casa del senhor Benjamín. Si no puedes…

Mamá habría podido seguir así hasta el amanecer si papá no se

hubiera arriesgado a ser objeto de su ira e interrumpirla:

—Debes hacer lo que dice, Medianoche, o no tendremos paz. Te ruego que subas con John a tu habitación y te cambies, y luego bajes y cenes con nosotros.

Medianoche y yo corrimos escaleras arriba hasta su habitación. Mientras él se cambiaba de ropa empezó a contarme sus aventuras. Casi siempre percibía una sensación de privilegio en mi interior mientras le escuchaba. Cuando una vez le describí esta sensación, respondió que cuando yo deliraba a causa de la fiebre me había hecho comer un insecto con luz para que se me pasaran los escalofríos. El insecto aún estaba en mi interior. También él albergaba uno en su interior, y cuando los dos nos encontrábamos se iluminaban al reconocerse.

Abrochándose la camisa, Medianoche me contó que, al abandonar Oporto, había ido en busca del ojo de la tormenta, avanzando por campos y bosques hacia donde el cielo estaba cada vez más oscuro. Cuando le pregunté si había conocido a otras personas durante el camino, respondió:

—No. Me mantenía fuera de la vista. Soy hábil escondiéndome cuando quiero.

Me dijo que las lluvias le alcanzaron cuando ascendía una colina coronada con pinos. Allí danzó durante horas.

—¿Para atraer más lluvia? —pregunté.

Él se encogió de hombros, luego emitió un chasquido. Cuando insistí en que respondiera en inglés, se limitó a sonreír. Era la primera vez que Medianoche me hacía conformarme con un chasquido en lugar de darme una explicación, pero aprendí que su silencio no significaba ni una traición ni un no querer revelar un secreto, como al principio suponía. Simplemente era que no podía darme una respuesta adecuada.

En el piso de abajo, Medianoche relató —en beneficio de mis impacientes padres— lo que yo creía que era el simple comienzo de una historia épica de una peligrosa aventura. Pero llevó su explicación a un rápido fin contando que después de terminar su danza pasó los cuatro días siguientes cazando. Como desconocía mis expectativas de pasar al menos una hora embelesado, cogió su cuchara y empezó a llevarse sopa de zanahoria a su hambrienta boca.

—¿Mataste… muchas cosas? —pregunté.

Mamá consideró que era un tema inadecuado para un muchacho de mi edad y me regañó, pero padre dijo:

—No, May, deja que oigamos alguna cosa de los estropicios de la guerra.

Medianoche dijo:

—Maté una gacela. Una hermosa criatura. —Los ojos le brillaban—. La dibujé también sobre una gran roca.

—¿Cómo pudiste quitarle la vida? —preguntó madre, meneando la cabeza—. A mí me rompería el corazón hacer algo así.

—Soy bosquimano, igual que ella era una gacela. Tenía que comer o moriría.

—¿Por qué la dibujaste? —pregunté.

—Debía señalar el lugar donde había muerto. Para que Mantis lo supiera.

—¿Y cómo te hiciste ese corte en la frente? —preguntó papá.

—Mi flecha se le clavó aquí a la gacela —respondió, señalándose las costillas— y huyó corriendo a toda velocidad. La perseguí por el bosque. No vi una rama… —Hizo un gesto con la mano y se rió de su propio descuido.

—¿Qué más comiste? —pregunté.

—Dos liebres. Y gran cantidad de hormigas.

—¿Hormigas? —Mamá emitió un sonido de asco, y luego no podía dejar de toser.

Medianoche añadió con grave seriedad, visible su tomadura de pelo solo en un leve destello de sus ojos:

—Vuestras hormigas portuguesas no son ni la mitad de sabrosas que las africanas.

—Tomaré nota de eso —dijo padre, y fingió anotar algo en un cuaderno.

Mamá se había quedado boquiabierta. Dio un puñetazo en la mesa y dijo:

—¡No quiero oír hablar más de porquerías! ¡Tú! —dijo, volviéndose a Medianoche—. Cómete la sopa antes de que se enfríe. Y tú —dijo mirándome fijamente—, tú… ¡siéntate y escucha!

—Eso es lo que estaba haciendo.

—¡Y no me hables en ese tono!

—Como quieras, mamá. —Mientras Medianoche comía su sopa,

le di un codazo y le pedí—. ¿Me llevarás contigo a cazar algún día?

Antes de que pudiera responder, mi madre espetó:

—Esta conversación es absolutamente imposible. John, te prohíbo que caces.

—No entiendes lo que quiero decir, mamá. No cuatro días. Sólo uno. —Levanté un solo dedo y me volví a Medianoche—. Sólo iríamos un día, ¿podríamos hacerlo? Cuando salga el sol. Quiero decir, no tendríamos que quedarnos en el bosque durante una tormenta y esconder nuestra ropa en los árboles y comer hormigas. Podríamos cazar en menos… menos…

Temiendo una pelea, papá interrumpió mi balbuceo y declaró:

—John, te agradecería muchísimo que dejaras que tu madre y yo discutiéramos este asunto más adelante; te lo ruego.

Mamá frunció el entrecejo y dijo:

—James, en esta casa no se discutirá ningún asunto de caza.

Decidí poner cara de irritación, pero nadie pareció notarlo, lo que me enfureció aún más.

Después de cenar quería irme a mi habitación, pero papá me dirigió una mirada significativa y dijo que no se me había dado permiso.

Medianoche se apiadó de mí y dijo:

—¿Sabes?, mientras estuve fuera vi un pájaro insólito.

—¿De qué clase podría ser? —pregunté con ímpetu.

Prueba del verdadero afecto que mi familia sentía por mí es que todos fueron capaces de resistir las ganas de echarse a reír a mi costa.

—Un día —empezó él—, cuando era un muchacho no mayor que tú, me paré junto a un pequeño lago para beber. Era cerca del valle del *Gemsbok*, donde nací. En el agua, en el reflejo, vi un pájaro grande, grande. —Extendió los brazos todo lo que pudo, abriendo las manos—. Era todo blanco, con alas del más puro marfil y una larga cola. Pero cuando me volví para mirarlo, desapareció sobre las copas de los árboles del Bosque de la Noche, y a partir de aquel momento me consumió el anhelo de echarle un vistazo más de cerca.

Aspiró con fuerza de su pipa, pero cuando habló sólo salieron pequeñas bocanadas de su boca, lo que me hizo imaginar que la mayor parte del humo se había transformado en palabras en su

interior.

—Era como el amor, John, la sensación que tenía. Así que dejé a mi pueblo durante un tiempo para encontrar al pájaro. Pero no lo conseguí. Y nunca he conocido a nadie que lo haya visto. —Me dio unos golpecitos en la pierna con su pie—. Nunca lo había vuelto a ver hasta hace dos días.

Se recostó en la silla y se quedó fumando como si hubiera dicho todo lo que quería decir sobre el tema. Madre recogió unas cartas que había recibido recientemente.

—Bueno, ¿qué ocurrió hace dos días? ¿Qué viste? —pregunté, impaciente por saber más.

—Fue muy, muy extraño. Verás John, yo estaba bebiendo en el lago y vi de nuevo el pájaro blanco-blanco en el reflejo del agua, igual que la primera vez. —Se inclinó hacia delante con aire expectante y señaló hacia mí con el mango de la pipa, lo que me produjo el efecto de levantarme y ponerme de rodillas.

—Esta vez, John, cuando me volví oí un chillido. —Aquí Medianoche emitió un agudo cacareo.

Mi madre levantó la vista, frunció las cejas como si fuera a regañar a Medianoche, y luego suspiró con exageración y dijo:

—Veo que es inútil intentar fijar mi mente en algo que no sea tu historia.

Medianoche sonrió y dijo:

—Seguí los chillidos hasta lo alto de una colina cercana. Pero mi amado pájaro no se veía por ningún lado, así que efectué nuestra Danza del Avestruz.

El bosquimano se llevó la pipa a la boca y, sin levantarse, batió las manos y sacudió la cabeza hacia delante hasta que todos pudimos ver el ave no voladora corriendo ante nosotros.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Una voz me habló: «¡Mira aquí! ¡Mira aquí!», y al volverme vi una gran pluma blanca flotando en la dorada puesta de sol. —Medianoche se irguió todo lo que pudo y cerró el puño en torno a una imaginaria pluma—. Después de tantos años tenía su pluma. La sentía palpitar en mi mano, como si estuviera viva. ¿Y sabes una cosa?, sentí una paz mayor de la que jamás había sentido. Toda mi hambre había desaparecido. Era como si me hubiese reunido con mi familia tras años de vagar por el desierto.

Para entonces yo temblaba de curiosidad.

—Entonces, ¿qué aspecto tenía el ave? ¿De qué clase era?

—De la clase que nunca se deja ver por nadie. Nadie ha conseguido nunca verla bien. Nadie conoce siquiera su nombre. Pero una pluma suya es suficiente para hacer feliz a un hombre toda su vida. Y una pluma colocada en la cabeza de un jefe puede proporcionar felicidad a todos.

—Medianoche, te lo estás inventando —declaré.

Él hizo una mueca.

—¿Eso crees? En ese caso, coge mi mochila, por favor.

Me levanté de un salto, corrí a la puerta del jardín, cogí la mochila y se la llevé. Él hurgó dentro y sacó una elegante pluma blanca, de unos treinta centímetros de longitud. Se la pasó por la barbilla y luego inhaló su fragancia como si fuera perfume.

Me quedé boquiabierto. Nunca había visto una pluma tan larga y bonita.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté.

—¿No me has escuchado? Cayó del cielo.

—¿Del ave sin nombre?

Él asintió.

—¿Del gran pájaro blanco sin nombre?

—Sí. —Sonrió y me la entregó—. Es para ti, John.

Cuando la cogí, también yo la sentí palpitar en mi mano.

—¿Por qué me la das? —pregunté.

—¿Quién podría apreciarla tanto como tú?

Durante los días siguientes elegí momentos estratégicos para adular a mi madre con el fin de ganarme su permiso para ir de caza con Medianoche. Como mis primeros ramilletes de encanto sólo provocaron resoplidos de incredulidad, me volví más poético. Un día le dije que era más ligera y más ágil que todas las estrellas de Pegaso. Me pareció que era una observación encantadora, pero mamá se echó a reír hasta saltársele las lágrimas.

A modo de explicación dijo:

—Perdóname, John, pero no me comparan a menudo favorablemente con un caballo.

Aunque me parecía que lo tenía todo perdido, mi padre había aprendido algunas técnicas en la década anterior para agotar la oposición de ella, y en la quietud de su dormitorio pronto logró obtener su permiso, siempre y cuando me reprimiera de comer hormigas o de herir a una sola criatura. Era una promesa fácil para mí, ya que no tenía intención de comer nada con seis patas y antenas y ni una sola vez había sostenido arma de ninguna clase, y mucho menos una tan difícil de dominar como un arco y una flecha.

Como el sábado siguiente no llovía, Medianoche y yo partimos al amanecer. Al cabo de dos horas caminábamos con grandes pasos a través de un denso y húmedo bosque de helechos, pinos y robles, varios kilómetros al este de la ciudad. Nos quitamos la camisa y las metimos en la mochila de Medianoche, que colgamos en una rama. Él también se quitó los pantalones, los calcetines y los zapatos. A mí me daba demasiada vergüenza mi complexión delgada para tan atrevido gesto.

Pronto me enteré de que seguía la pista de los animales de tres maneras: mediante su olor, sus huellas y sus excrementos. Tan hábil era que al examinar una huella sólo presionaba levemente en el suelo y sabía decir cuánto tiempo hacía que la criatura había pasado por aquel lugar y cuál era su forma general.

Un solo soplo de aire era suficiente para hacerle estar al acecho e ir de puntillas. Se arrastraba y agazapaba con el cuidado preciso de su amada Mantis: con la determinación y en la dirección que el silencio proporcionaba.

Era tan ágil con su arco y flechas que parecía que formaban parte de su cuerpo. Aquella mañana le vi atravesar el corazón de una liebre envuelta en una espesa hierba a cincuenta metros de distancia. La flecha cruzó el aire, volando hasta la inocente criatura como guiada por una fuerza eléctrica. Con su arma, nuestro bondadoso Medianoche se convertía en un destino mortal.

Lo más sorprendente era que el bosquimano podía lanzar una flecha mientras corría, y de este modo le vi darle a un ciervo que brincaba a setenta pasos por entre los árboles. La criatura herida no cayó, sino que se fue corriendo con la punta de la flecha hundida en su pellejo.

—¡Corre, John! —me gritó, haciéndome señas para que me acercara.

Corrí hasta él y nos pusimos a perseguir al ciervo, reduciendo el paso Medianoche para permanecer al alcance de mi vista en todo momento.

Perseguimos a la criatura casi un kilómetro y medio. Murió en la base de un pino, con los ojos abiertos, pero sin mirar nada de nuestro mundo. Nunca había estado tan cerca de un ciervo. Habría preferido que estuviera vivo, es cierto, pero incluso muerto era hermoso.

—Hola —le dije.

Yo jadeaba y estaba confuso por todo lo que había experimentado. El africano estaba bañado en sudor, reluciente el musculoso contorno de su piel bronceada. Me dio unas palmadas en la cabeza y dijo que nos disculparíamos ante el ciervo más tarde.

Mientras arrancaba la flecha de la criatura me explicó que él mismo confeccionaba sus flechas, de modo que la cabeza llevaba un veneno que había preparado con hierba mora, acónito y otras plantas peligrosas que cultivaba tras una valla de alambre en nuestro jardín. También me dijo que había puesto una parte pequeñísima de sí mismo en la punta, para penetrar en la muerte de su presa.

A partir de esta experiencia comprendí que impedir que Medianoche cazara —como había hecho míster Reynolds en África — era como privarle de sentido. Su necesidad de volver a representar la historia central de nuestra existencia como criaturas mortales puede incluso que fuera la razón más importante por la que decidió escapar de la esclavitud. No podía seguir sin recordar —en sus pies, manos, arco y corazón— las raíces de su ser. «África es la memoria», nos dijo una vez Medianoche, y aunque nunca he estado allí, creo que debía de tener razón.

Medianoche se echó el bello ciervo al hombro y lo llevó por el bosque hacia la ciudad. A mí me encargó la responsabilidad de las

tres liebres que también había matado.

De camino a casa nos detuvimos en una gran roca de granito, casi tan alta como nuestra casa, donde había dibujado los animales que había cazado en su última excursión. A esto se refería al decir lo de pedir disculpas.

Utilizando piedras rojizas que recogió en la base de la roca, el africano hizo un esbozo del ciervo que había matado, trazando líneas con gran pericia para captar su naturaleza ágil. Yo hice todo lo que pude para dibujar nuestras tres liebres, con menos éxito.

Antes de salir del bosque aquel día, Medianoche me hizo recoger miel, habilidad que hasta entonces no había podido aprender, aunque él había intentado enseñármela en varias ocasiones. Aquel día me dijo que era más fácil en África, donde vivía un hábil pájaro llamado «Guía de la miel», que acompañaba a la gente a las colmenas. Yo no sabía si me estaba tomando el pelo, pero me prometió que algún día me llevaría a su tierra para que viera personalmente a este pájaro.

16

Muy poco tiempo después de nuestro día de caza, Medianoche y mi familia emprendimos una agradable rutina diaria. En general se aseguraban de que él y yo estuviéramos solos desde las dos hasta las cinco de la tarde, con la única excepción del viernes, cuando, de tres a cinco, tenía mi clase de arte con las hermanas Olivo.

Mi amigo y yo llenábamos nuestras tardes como queríamos: con clases de lectura, arrancando malas hierbas o paseos ociosos por el campo. Y así llegamos a la tarde de la víspera de San Juan de 1804. Yo acababa de cumplir trece años y medía un metro cuarenta y cinco, aún era —lamentablemente— un poco más bajo que mamá y Medianoche. Pero crecer…

Nuestro visitante africano llevaba viviendo con nosotros casi dos años. Yo sabía poco de su trabajo con el senhor Benjamín, pero él parecía satisfecho en general con sus progresos en el conocimiento de las hierbas medicinales europeas.

Para entonces habíamos descubierto que Violeta había desaparecido sin dejar rastro. Mamá confirmó este rumor interrogando en secreto al hermano menor de la joven un día a última hora de la noche. Inquieta, vino directamente a mi cuarto y me despertó.

—Espero que esa pobre muchacha esté a salvo —susurró, reprimiendo las lágrimas.

En la oscuridad, detrás de ella, imaginé los ojos verde jade de Violeta destellando con aire desafiante, como el día en que nos habíamos conocido.

—A salvo y escondida en un barco que se dirige a América —repliqué.

El suceso que estaba en boca de todos era la proclamación de Napoleón como emperador de Francia el 18 de mayo. La tensión política en Europa situaba a Portugal en un mar de aprensiones sobre su propio futuro independiente, pues estaba claro que el emperador tenía planes para nuestro pintoresco pequeño puesto avanzado en el límite de Europa, en particular dado que nuestro principal socio comercial era Inglaterra, su gran enemigo. No había ciudad en Iberia cuyo destino estuviera más ligado a Gran Bretaña que Oporto, ya que el noventa por ciento de nuestras exportaciones —incluidos mil barriles de vino del tamaño de un hombre a la semana— se dirigían hacia Londres.

Por esta razón muchos, incluido mi padre, creían que Napoleón tal vez querría lanzar pronto un ataque total a nuestra ciudad. Como nos faltaban incluso almacenes para pan, que llegaba a Oporto cada martes, jueves y sábado de ciudades vecinas, un asedio francés nos mataría de hambre en cuestión de días.

Medianoche y yo estábamos tomando té en casa de las hermanas Olivo cuando empezaron los disturbios. Al dar las tres en su reloj de la repisa de la chimenea, oímos una multitud que bajaba por nuestra calle. Pronto un fuerte grito atravesó el aire:

«"¡No penséis que he venido para traer la paz a la tierra! ¡No he venido a traer paz, sino una espada!". Todos los extranjeros deben ser eliminados de la nación portuguesa. Si tuviéramos que tener una Ciudad de Dios, las cabezas de los protestantes, paganos y judíos deberían rodar por nuestras calles».

Reconocí al que gritaba y me precipité a la ventana.

—¡No! —me gritó Graça.

Pero fue demasiado tarde, pues ya había apartado la cortina y me había asomado.

El nigromante que me había amenazado años atrás, Lourenço Reis, estaba de pie frente a la tienda del senhor Benjamín, a unos treinta pasos. Por fortuna, no me vio.

Sin duda, había elegido ese día para su regreso a Oporto porque la víspera de San Juan era, según él, una celebración pagana del solsticio de verano.

—Si sumarais a todos los judíos que hay en Portugal, ¿qué tendríais? —preguntó a sus seguidores.

Un hombre gritó «diez mil bestias»; otro: «una piara de cerdos».

—John, apártate de ahí o te las cargarás! —ordenó Luna.

Yo estaba tan hechizado que me negué a moverme.

—¡Si reunierais a todos los judíos —replicó el nigromante— tendríais madera suficiente para una pira que llegaría hasta Dios!

Medianoche me dio un golpecito en el hombro.

—¿Qué dice? —preguntó.

—John, eres un niño malo! ¡Apártate de ahí ahora mismo! —suplicó Luna.

Ella y su hermana me miraban fijamente con furia. Corrí la cortina, pero me quedé junto a la ventana.

—Una vez me amenazó —susurré a Medianoche—. No le gustan los extranjeros, en especial…

Estaba a punto de decir «los judíos», pero el nigromante lanzó un fuerte gemido, como si le hubieran clavado un puñal en el estómago.

—Convoco a Benjamín Seixas…

Volví a apartar la cortina.

—… el demonio judío que reside en esta casa maldita, a que acuda a mí a confesarse. Le acuso de traición contra la nación portuguesa, de traficar con el demonio. ¡Y le condenó a muerte!

Luna me apartó a la fuerza de la ventana.

—¡Harás lo que yo te diga, John!

Me volví a Graça, la menos excitable de las dos, que se había echado a llorar. Se precipitó hacia Luna y la abrazó. Tras un breve intercambio en susurros entre ellas, Luna me cogió de la mano con suavidad.

—Esto es muy serio —susurró—. Ahora haz lo que te diga; todos corremos peligro. Quédate muy callado —me dijo, y me hizo repetir esta orden a Medianoche.

Cuando se acalló el ruido de la calle creímos que el nigromante conducía a la multitud a otra parte. ¡Qué tontos fuimos!

—Graça y Luna Oliveira —chilló él—. ¡Os convoco a venir a mí y confesar vuestros pecados! Os acuso de traición. Debéis morir para que Cristo pueda vivir…

Graça se llevó la mano a la boca para no dejar escapar un grito de terror.

—Convoco a las prostitutas judías a que salgan y confiesen sus pecados. Les convoco a que abran sus vientres a Cristo y le permitan

entrar en ellas antes de que mueran. Las convoco a prepararse para la hoguera.

Sus amenazas parecieron clavarse en la madera de nuestra puerta, hasta que me pareció que su sola voz podría abrir la cerradura y dejar que la multitud nos capturara.

Luna susurró:

—¿Qué haremos si irrumpe en casa? —murmuró Graça frenética en una mezcla de portugués y otra lengua que no entendí. Capté la palabra *Adonai*.

El vientre de Medianoche empezó a retumbar, ruido que fue creciendo en intensidad.

—John, dime muy, muy exactamente lo que la hiena que hay ahí fuera está diciendo —susurró.

Su empleo de la palabra «hiena» revelaba que sin comprender sus palabras Medianoche había percibido que Lourenço Reis era un malvado. Antes de poder responder, el villano llamó a nuestra puerta y luego hizo girar el pomo. Graça se mojó de miedo.

—Sigue rezando, hermana —le susurró Luna.

Medianoche se puso en pie, se quitó los zapatos y cogió el atizador que había junto a la chimenea. Se lo colocó al hombro como una lanza y se precipitó a la puerta.

—¡No salgas! —le rogué.

Él me hizo un gesto afirmativo y se agazapó, con los ojos fijos en el pomo que se movía.

Lourenço Reis habló a través de la puerta.

—Graça y Luna Oliveira, debéis aprender del pecado. Debéis morir para que Cristo pueda vivir. Debéis perecer en el ardiente corazón del Hijo del Hombre.

Sus gritos se elevaban por encima de la multitud como chillidos de gaviotas. Luego, al cabo de un rato, les oímos que se marchaban. Medianoche se acercó a mí y ayudamos a las hermanas Olivo a volver a sus sillas, obligándolas a tomarse el té frío. Graça tuvo náuseas y se precipitó escaleras arriba. Yo tenía ganas de ir con ella, pero Luna dijo:

—Le dará vergüenza. Quédate aquí.

A petición de Medianoche empecé a traducir para él las palabras llenas de odio del nigromante. No comprendía su significado y no se me ocurría la manera de explicarle lo que apenas entendía yo.

—John, escucha con atención —dijo Luna—. Sé que esto debe de parecerte raro, pero… —Se interrumpió a media frase cuando Reis se puso a llamar al senhor Policarpo, el carretero, para que saliera y se enfrentara a su juicio, junto con su esposa e hijos. Me quedé asombrado de que les conociera por el nombre. Debía de haber estado observándonos a todos durante algún tiempo.

Medianoche cogía a Luna de la mano mientras escuchábamos una letanía de maldiciones contra la familia de Policarpo. Luego oímos un único chillido que se elevaba como si fuera a traspasar el cielo.

El nigromante se hallaba ahora a poca distancia de mi casa. Saqué mi llave del bolsillo y la apreté en mi puño. Aunque estaba seguro de que había cerrado la puerta con llave, el corazón me dio un vuelco de miedo. *Fanny* estaba en el jardín.

—Tenemos que ir a casa —declaré a Medianoche.

—No, John, no debes dejar que te provoquen.

—Pero *Fanny*… Seguro que se pondrá a ladrar y podrían hacerle daño.

—No, te prohíbo que te marches. *Fanny* tendrá que cuidarse sola.

Desde el otro lado de la calle oí gritar al predicador.

—Maria Zarco Stewart, James Stewart y John Zarco Stewart, os convoco a salir a la calle por vuestros crímenes contra la nación portuguesa. Os convoco a que salga con vosotros el pagano africano…

Me abalancé hacia la puerta, pero Medianoche me agarró del brazo con fuerza y me ordenó que permaneciera quieto.

Luna dijo:

—Ahora te diré por qué no puedes marcharte, John. Siéntate.

—¡No!

“¡Siéntate!

Obedecí, pero antes de que ella pudiera hablar el nigromante se puso a gritar de nuevo:

—John Zarco Stewart, no te fuiste de Oporto como te pedí. Así que ahora sabrás lo que es morir por amor. Quedarás limpio mediante el fuego y te devolveré a Dios tan inocente como el día en que naciste.

Entonces exigió la muerte de mi padre y de mi madre.

Aguardamos en silencio el resto de su diatriba, pero no oímos nada más. Él y la multitud debían de haber vuelto la esquina.

—John, escucha con atención —dijo Luna—. En circunstancias normales habría dejado que tu madre o tu padre te lo contaran, pero ahora que ha ocurrido esto… —Se puso en pie, tomó un sorbo de té y se puso un mechón de pelo gris detrás de la oreja—. ¿Sabes lo que es un judío?

—Moisés era judío.

—Así es.

—Y tenía un cuerno. Y rabo. —Adivinando lo que iba a venir, grité—. Y yo no tengo ni cuerno ni rabo, así que no es posible que sea judío.

—No levantes la voz, por favor.

—¡No puedo ser judío! —volví a gritar, más fuerte.

—John, dejamos que creyeras esas cosas sobre Moisés, lo siento. Quizás estuvo mal, pero no teníamos alternativa. No queríamos que lo supieras antes. Ahora, escucha. No existe ninguna diferencia física entre los judíos y los cristianos salvo una. Los muchachos que han recibido la alianza, se les hace un pequeño… No sé cómo decirlo. Lo que quiero decir es que…

—¿Qué es una alianza? —le interrumpí.

—Me estás haciendo perder el hilo.

—¡Bien! No quiero hablar de estas cosas.

Deseaba desesperadamente que todo fuera como había sido. Quería que Daniel estuviera vivo y que Violeta fuera feliz. Quería imitar a los pájaros en nuestra charca. Quería ir en busca de *Fanny*.

—Debes escuchar —rogó Luna, cogiéndome las manos entre las suyas—. A los chicos se les quita un pequeño pedazo de piel de su… de entre las piernas, en la punta…

—¿Qué pedazo de piel?

—Un pequeño capuchón. Se les quita a los niños judíos cuando tienen ocho días.

—Pero a mí no me quitaron nada. Yo nunca he tenido ningún capuchón ni nada parecido.

—Tal vez no, pero eso no cambia lo que estoy diciendo.

—¿Y qué es? ¡No tiene ningún sentido!

—John, si vuelves a alzar la voz… —Miró a Medianoche y dijo en cuidadoso portugués—: Me temo que es difícil.

Medianoche replicó:

—John es listo. Pero muy, muy —agitó los puños e hizo una mueca, imitándome a mí cuando me enfadaba. Lo hizo bastante bien y no me gustó nada— muy excitable —concluyó.

—¡No lo soy! —grité.

—¡Deja de pelearte con todos nosotros! —espetó Luna—. ¡Y no cometas ningún error, jovencito, o me veré obligada a golpearte para que pierdas el conocimiento durante una semana!

Su ira me calmó casi de inmediato, y pronto vi en sus ojos que también ella habría deseado volver al modo en que todo había sido siempre. Pero toda esperanza desapareció por completo cuando dijo:

—John, en realidad eres judío.

—No te creo.

—Tu madre es judía, y en el judaismo, la herencia pasa a través de la madre y no del padre. —Cuando la acusé de mentir, añadió—: John, tu abuela también es judía. Y el abuelo João, que en paz descanse, también. Él era judío portugués, pero de Constantinopla. Regresó aquí antes de que tú nacieras.

Graça bajó la escalera, pálida, apretándose un pañuelo en la boca. Se disculpó por habernos dejado.

—Le estaba hablando a John de sus orígenes —dijo Luna a su hermana.

Graça inclinó la cabeza y suspiró, como si siempre hubiera estado esperando que algún día esta verdad arrojara una sombra sobre nuestras vidas.

—Tengo que irme —dije.

Graça se arrodilló junto a mí.

—Verás, John, tu abuelo era un hombre encantador. Inteligente y bueno. Con dotes para la jardinería, igual que Medianoche. ¿Sabes cómo él y su familia llegaron a vivir en Constantinopla? ¿Y por qué hablaban portugués allí, a diferencia de los turcos?

Negué con la cabeza. Ella me acarició el pelo y sonrió.

—En el siglo dieciséis, los antepasados de tu abuelo vivían en Lisboa. Se habían convertido contra su voluntad al cristianismo. Aun así, ellos y sus amigos fueron perseguidos porque… bueno, la Iglesia y la Corona temían que mantuvieran sus costumbres judías, cosa que algunos hacían. Arrestaron a miles de ellos y los

encerraron en mazmorras, y muchos fueron quemados en ceremonias públicas. Así que un día tus antepasados tomaron un barco en Lisboa para ir a Constantinopla. Para escapar. Querían practicar el judaismo abiertamente. Y vivir sin miedo. ¿Me sigues?

—Sí —respondí, pero me parecía que no.

—Querían vivir como quisieran y no tener que preocuparse por si terminaban convertidos en ceniza. El sultán de Turquía les acogió con agrado. Acogió a miles de judíos portugueses. Y posteriormente…

—Pero eso es una locura, Señora Graça. Para empezar, ¿cómo se hicieron judíos? ¡Dígame eso ya que es usted tan lista!

—Ellos… siempre fueron judíos, supongo —balbuceó.

—Es imposible —declaré. Creía haber hallado el punto débil de su lógica—. Debieron de empezar como cristianos, entonces ¿por qué se convirtieron al judaismo y luego tuvieron que volver a convertirse? No tiene sentido. Es… no es cierto.

No comprendía muy bien lo que significaba ser judío, pero temía que lo cambiaría todo en mi vida, que me distanciaría de mis padres y de Medianoche, y que ellos ya no me querrían.

Luna suspiró.

—Hoy ha sido un día espantoso.

Me puse en pie.

—Debo irme.

—Vuelve a sentarte, John Stewart —dijo Graça con determinación— o jamás volveré a darte clases de arte. —Me agarró las dos manos con fuerza para obligarme a sentarme. Sus manos estaban heladas—. Pasara como pasase, la verdad es que tus abuelos maternos eran judíos y sus antepasados se exiliaron de Portugal hace cientos de años. Conservaron su lengua y sus costumbres, incluso vivieron en tierra musulmana. Luego, cuando la Inquisición terminó con sus peores abusos… ¿sabes lo que era la Inquisición?

—Sí —respondí, pero sólo tenía una vaga noción.

—Entonces quizá sepas también que perdió su poder hace veinte años, aunque no está desmantelada por completo. Desde entonces hemos podido practicar nuestra religión más… más plenamente.

—Aunque no deseamos llamar la atención —añadió Luna.

—No, eso sería una necedad —coincidió Graça—. Es mucho

mejor para todos permanecer escondidos. Ahora, lo importante para ti es esto, John: Según la ley sagrada, el hijo de una mujer judía sigue siendo judío. Por eso eres lo que eres. ¿Lo entiendes ahora?

—¿O sea que mi padre no es judío? —pregunté. Las dos mujeres negaron con la cabeza—. ¿Lo veis? No tiene sentido. Si yo fuera judío, él también lo sería. No puedo ser lo que mi padre no es.

—Para bien o para mal —dijo Luna—, estas cosas no se deciden asi. Esto es precisamente lo que estamos tratando de decirte.

—Entonces, ¿por qué no lo sabía? ¿Por qué mis padres no me lo han contado?

—Tus padres esperaban a que fueras un poco mayor. Es parte de nuestra tradición. A los niños no se les dice hasta que estamos absolutamente seguros de que son lo bastante mayores para mantener en secreto una cosa tan importante. A menos que se den circunstancias que… que compliquen las cosas y hagan esencial ese conocimiento, como lo que ha ocurrido hoy.

—¿Por qué tenemos que mantenerlo en secreto?

—Mira, John —dijo Graça—, la Inquisición puede volver, por eso ha venido hoy aquí ese predicador, Lourenço Reis. Le conocemos hace muchos años. Antes era empleado del Santo Oficio, de la Iglesia, como perseguidor, se podría decir. Ha encarcelado a judíos y los ha hecho quemar. Puedes estar seguro de que lamenta mucho que le arrebataran su poder y que ya no podamos estar por completo a su merced. Le gustaría ver que vuelven los viejos tiempos.

—O sea que vosotras también sois judías.

—Sí, John, muchos somos judíos. Al menos, en secreto.

—¿Quiénes?

—Me parece que es mejor que hables de ello con tu madre. Puede que no le guste que te hayamos contado esto.

—Pero, ¿ahora qué haré?

—¿Qué quieres decir?

—Yo soy judío y mi padre no. Si sois tan listas, decidme qué puedo hacer.

Regresé a casa caminando penosamente. Medianoche intentó hablarme, pero yo estaba demasiado enfadado para responderle. Me preguntaba quién era.

Entonces vi al senhor Policarpo despatarrado en el suelo frente a su casa. Su esposa, Josefina, estaba inclinada sobre él, sollozando y manchada con su sangre. Le habían aplastado los huesos de la cara. Las moscas ya se alimentaban de sus ojos y labios.

La senhora Josefina levantó la mirada hacia nosotros con horror y se puso a gemir.

—John, vete a casa —dijo Medianoche—. Entra en casa.

—¿Y tú?

—Yo iré enseguida. Ve a casa y asegúrate de cerrar la puerta con llave.

Me alejé a toda prisa. Antes de cerrar la puerta tras de mí le vi tomarle el pulso a Policarpo. Meneó la cabeza y cogió la mano de Josefina.

Para mi alivio, encontré a *Fanny* sana y salva, hociqueando entre las hojas de unos arbustos de verbena de nuestro jardín.

—El senhor Policarpo está muerto y yo soy judío —le dije, lo que sólo le hizo echar a correr para coger su pelota de cuero y ponérmela en la mano. Se la arrojé a unos rosales, lo que fue un acto cruel. Mientras ella se retorcía para abrirse paso a través de los pinchos sin hacerse daño, fui a mi habitación y me eché a llorar. Entonces me miré en el espejo para ver alguna señal en el cráneo donde hubieran podido estar mis cuernos, pero tampoco esta vez descubrí señal alguna. Tampoco encontré nada insólito en la punta de mi pene.

Mamá llegó a casa aproximadamente una hora después.

—John? —me llamó con voz preocupada—. John, ¿estás en tu habitación?

Me precipité escaleras abajo y me eché en sus brazos.

—Gracias a Dios que estás a salvo —dijo ella. Me dio un largo abrazo y noté que temblaba.

Deseaba preguntarle si ella y yo éramos judíos, pero razoné que seguramente sería un insulto para ella. Porque si fuera cierto, destacaría un defecto de la familia; y si no lo era, como yo aún esperaba, podría sentirse ofendida porque yo lo hubiera pensado.

—Me parece que hoy te ha ocurrido algo espantoso —dijo con

toda la calma que pudo reunir—. ¿No te han hecho daño?

—No, mamá.

—¿Nadie te ha tocado?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Debes de haber pasado miedo. —Al ver que negaba con la cabeza me preguntó—. ¿Medianoche está aquí?

—Debe de estar en la Torre de Vigilancia o en los jardines.

—Gracias a Dios. —Bajó la mirada, sopesando sus opciones, y añadió—: ¿Me pondrías un poco de agua en un puchero, John? Prepararé la cena. Sí, eso es lo que haré. Una comida caliente es lo que necesitamos.

Respiré hondo y dije.

—El senhor Policarpo ha muerto.

—Lo sé, John, he visto a Josefina. Hablaremos más tarde de lo que eso significa para nosotros.

—Mamá, si yo… si yo fuera judío…

No sabía cómo continuar y por tanto no dije nada más.

Madre alzó una mano para que esperara un momento y se quitó su chal negro. Lo dejó en uno de los sillones y se acercó a mí. Me cogió la cabeza y apretó sus labios en mi frente.

—Sí, John, si fueras judío… ¿qué es lo que quieres saber?

Parecía extremadamente segura de sí misma y me di cuenta de que yo esperaba que se pusiera histérica. En cambio, me sonreía para animarme.

—Si fuera judío, ¿lo sabría?

—Buena pregunta, John, y te la responderé. Pero, en primer lugar, me dirás exactamente qué te ha ocurrido hoy. Necesito saberlo.

—No, responde tú primero a mi pregunta.

Ella suspiró, resignada a mi naturaleza inquisitiva. No tenía ni remota idea del asombroso alivio que sería para ella contarme por fin la verdad.

Ahora creo que su manera de ser —en particular su constante preocupación por las opiniones de los demás y su terca insistencia en el decoro— en gran medida era consecuencia directa de la necesidad de secreto, tanto dentro como fuera de casa. Verse

obligada por las circunstancias a mentir a su único hijo debía de parecerle a veces un cruel destino, dada la devoción que me profesaba.

—Ven a sentarte conmigo, John, y responderé a todas tus preguntas —dijo mamá con afecto. Ante su insistencia me senté en el sillón de papá—. Ahora eres tan grande que si intentara sentarte en mi regazo me aplastarías —dijo, riendo.

Me miró como si experimentara un gran alivio, simplemente por el hecho de verme vivo.

—John, esperábamos… esperábamos contártelo cuando fueras un poco mayor.

—Entonces, ¿soy judío? —Rogué para que hubiera una explicación más sensata.

—No es tan sencillo. ¿Cómo te lo explicaré? Hay personas que no son ni una cosa ni la otra.

—¿Ni cristianos ni judíos?

—Eso es. Quizá… quizá sea mejor que empiece con un poco de historia. Hace mucho tiempo, antes de que nacieras…

—El abuelo João vino de Constantinopla —le interrumpí—. Sus antepasados eran judíos. Huyeron de la Inquisición. Quemaban a la gente. Todo eso lo sé.

—¿Quién te lo ha contado?

—Luna y Graça. Estaba con ellas cuando ha llegado el nigromante.

—Sí, lo sé. Han ido a buscarme al mercado.

—Si sabías lo que me han dicho, ¿por qué me has preguntado?

—No, John, sólo me han contado algo de lo ocurrido. Me han dicho que has sido muy valiente y que te han revelado ciertos secretos.

—¿Me han quitado algo? —pregunté con ímpetu.

—¿Quiénes?

—Los judíos.

—¿Qué judíos?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Pero ya sabes lo que trato de decir.

—Te aseguro que no.

Deseaba sacar a colación, de la forma más delicada, la posibilidad de que me hubieran desfigurado el pene. Dije.

—No sé lo que quitaron. Tal vez un cuerno.

—¿Un cuerno?

—De algún sitio… de mi cabeza. Me lo quitaron.

—Por favor, John, no es momento para una de las historias de Medianoche. No eres ninguna cabra. Aunque sin duda ha habido momentos en que has olido igual. —Se rió levemente de su propia ocurrencia, que a mí me irritó enormemente—. Perdona John —dijo ella—. Sé que me estoy comportando como una tonta, pero quería que te relajaras.

—¿Tal vez me quitaron alguna otra cosa? —pregunté.

—¿Como qué?

—Bueno, de mi puntita. —Me rebullí en el asiento, azorado.

—Ah, ahora entiendo adonde quieres ir a parar. Sí, cuando tenías ocho días, vino un cirujano y te quitó un trocito de piel sin importancia de tu… tu puntita, como tan agradablemente lo has expresado.

Lo dijo como si fuera algo insignificante, pero yo debía de parecer mareado, ya que añadió en tono tranquilizador:

—Un trocito muy pequeño. Nada esencial, te lo aseguro. Estás totalmente intacto en esa zona.

—¿Por qué me quitaron un trozo de piel?

—Forma parte de nuestra tradición. Viene un cirujano, sientan al bebé en el regazo de su abuelo y el cirujano le corta un trocito de piel que sirve para esconder cosas. Se llama prepucio.

—¿Duele?

Se encogió de hombros.

—Debe de doler. Lloraste. Te pusimos un poco de *brandy* en las encías para calmarte el dolor.

—¿Brandy en la boca para aliviar el dolor en la punta del pene?

Ella se dio una palmada en la falda.

—Era un trocito de piel pequeñísimo e inútil.

—¿Padre aún lo tiene?

—Sí.

—Pero ¿por qué a él no se lo quitaron?

—John, tu padre es un tema aparte. Quizá no deberíamos mezclar ambas cuestiones.

—Has dicho que podía preguntarte lo que quisiera.

Ella suspiró.

—John, escucha, me temo que la verdad es que tu padre no es judío. —Apartó la vista, como si admitirlo la entristeciera.

Lejos de inquietarme sentí alivio.

—Entonces sólo soy parcialmente judío.

—En cierto modo.

—Medio escocés y medio judío.

—Creo que sería más correcto decir medio escocés y medio portugués. Así como medio cristiano y medio judío, por supuesto.

—Mamá, no puedo ser cuatro mitades. Entonces sería dos personas.

—En verdad, John, a menudo he creído que eras varios niños, y cada uno más difícil que el anterior. Sinceramente, es como tratar de conversar con un abejorro. —Meneó la cabeza—. Mira, eres portugués y judío al mismo tiempo. Como yo. Igual que eres cristiano y escocés al mismo tiempo. Como tu padre. —Se inclinó hacia mí—. Pero aquí es donde se complican las cosas: los judíos creen que la religión se hereda a través de la madre. Es decir, según nuestras leyes, tú eres completamente judío, y los cristianos están de acuerdo. Una gota de sangre hebrea te hace completamente judío, dicen.

—¿Hebrea?

—Así es como la Biblia llama a los judíos.

—Entonces, ¿qué cosas he heredado?

—El ser judío, se podría decir.

Entonces sentí que nos dirigíamos hacia donde yo había intentado ir.

—Pero, ¿qué es ser judío?

Mi madre suspiró profundamente.

—Dios mío, ojalá estuviera aquí tu padre. Estoy segura de que él sabría explicarte todo esto mucho mejor que yo. John, cariño, los judíos creen ciertas cosas que los cristianos no creen. Eso es lo que significa ser judío.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que Jesús no era el Mesías. ¿Sabes quién es el Mesías?

Negué con la cabeza.

—Bueno, es una especie de redentor. Ahora bien, los cristianos creen que él era Jesús. Pero nosotros decimos que el Mesías aún no

ha llegado.

—Papá no cree que Jesús sea el Mesías, sin embargo, acabas de decir que es cristiano.

—Nació cristiano, pero es ateo por convicción. Los judíos y los ateos no creen que Jesús fuera el Mesías.

Este último punto pareció mejorar aún más mi situación.

¿Entonces la gente cambia? ¿Yo podría decidir que no soy medio judío y hacerme un cuarto judío… o… o incluso menos?

—Me temo que las cosas no son así. Padre sigue siendo cristiano por tradición, aunque no sea creyente. Igual que tú seguirás siendo judío por tradición, pero no creyente, si lo decides.

—¿Qué tradición?

—Bueno, aquí es donde las cosas se complican, John. Yo desconozco muchas cosas… demasiadas. Sólo sé lo que mi padre me contó. Verás, crecí aquí, en Portugal, donde cosas como el ser judío siguen siendo un secreto. Hay muchas cosas que no me han enseñado, pero te contaré lo que sé…

Entonces mi madre se puso a hablar largamente de temas tan misteriosos como Dios, el alma, la otra vida, posesión, esferas demoníacas, ángeles e infierno. Empleaba frases tan complicadas y me vi obligado a expresar de diferente manera tantas frases difíciles que al cabo de cuarenta y cinco minutos de trabajo, cuando por fin se entregó a un necesario descanso y preguntó: «¿Lo entiendes ahora?», me tocó confesar que estaba completamente perdido.

Por lo que podía determinar, los judíos creían que un solo Dios les haría revivir en cuerpo y alma cuando llegara el Mesías y que se elevarían en el Monte de los Olivos de Jerusalén y vivirían en el paraíso.

En cuanto a por qué mi madre asistía a misa casi todos los domingos y me hizo bautizar, explicó que eran formalidades destinadas a hacer callar las lenguas viperinas de los que nos espiaban.

—En Portugal, hijo mío, todo el mundo siempre esta mirando con los dos ojos muy abiertos. Hay personas a las que nunca has dirigido la palabra, como aquel predicador asesino, que sabe cuándo naciste y los nombres de tus abuelos. —Se interrumpió y luego dijo—: Creo que debería pedirle al senhor Benjamín que te hable de todo esto.

—¿Por qué él?

—Él entiende nuestras creencias y conoce nuestras ceremonias. Lo único que yo sé es encender las velas antes de la cena el viernes por la noche.

—¿O sea que el senhor Benjamín es judío?

—Sí.

—¿Quién más?

La expresión de mi madre se tornó solemne.

—John, esto es importante. —Se levantó y se puso a pasear arriba y abajo—. Hay muchas personas en Oporto cuyos antepasados eran judíos. La mayoría lo han olvidado todo salvo algunas plegarias, pues durante siglos no se nos ha permitido practicar nuestra religión abiertamente. Si te digo los nombres de algunas personas que comparten nuestra fe, nunca debes hablar de ellas con nadie. —Me clavó la mirada—. John, podrían matar a esas personas. Debes jurarme que jamás revelarás su nombre, ni siquiera en el caso de que la Iglesia te encerrara en la más oscura mazmorra. De lo contrario no puedo decírtelo.

Me emocionaba la necesidad de guardar un secreto peligroso. Tal vez ser judío no era tanta maldición, al fin y al cabo.

—Lo juro —dije.

—Muy bien. Incluso puede que sea bueno que lo sepas. En caso… en caso de que nos ocurriera algo a papá o a mí, estas personas son a las que debes acudir en busca de ayuda. Jamás lo olvides. —Bajando la voz en tono conspirativo, dijo—: Ya he mencionado al senhor Benjamín. Después está la senhora Beatriz. Y…

Procedió a nombrar una veintena de individuos a los que conocía como amigos de la familia, vecinos, artesanos locales o tenderos. Incluso mencionarlos ahora sería temerario, ya que Portugal es una tierra de cambiantes fortunas políticas. En realidad, me he tomado la libertad de cambiar los nombres del senhor Benjamín, la senhora Beatriz y otros varios que aparecen en mi historia, para protegerles a ellos y a sus hijos.

Mientras mamá me confiaba esta información, reconocí que me estaban dejando entrar en un secreto y antiguo clan. Es más, también Daniel había sido miembro, igual que fue nombrada la senhora Beatriz, su abuela.

Hasta más adelante no me di cuenta de que la paliza que la senhora Beatriz había recibido años atrás había sido inspirada por las prédicas llenas de odio de Lourenço Reis.

Cuando mamá terminó su lista, dijo:

—John, si tienes más preguntas, házselas al senhor Benjamín. Puedes visitarle esta noche con tu padre.

Después de abrazarme de nuevo, me precipité a mi habitación para considerar el hecho de ser medio judío. Cuanto más reflexionaba sobre estas mitades y estos todos, menos sentido tenían. Aparte de algunas creencias religiosas bastante confusas que mi madre me había expresado y un trozo de piel evidentemente robado a punta de cuchillo cuando era demasiado pequeño para defenderme, no estaba claro dónde residía el hecho de ser judío o ni siquiera si existía tal cosa.

Decidí hacer todo lo posible para actuar con lógica. Hice una lista de las características de mi madre de las que carecían por completo las mujeres del vecindario que no había mencionado y que, por tanto, lo más probable era que fueran totalmente cristianas. Supuse que serían el núcleo de los atributos del judío.

Como conocía bien a tan pocas mujeres, sólo pude dar con siete características: un aborrecimiento inflexible a la suciedad en nuestra casa y en su persona; el placer de que le leyeran libros en voz alta; interés por la música y aptitudes musicales; desprecio por toda clase de caza; una marcada tendencia a la agitación en presencia de su propia madre; timidez en público y un abrumador miedo de mantenerse apartada. Yo observaba una actitud de total indiferencia hacia la suciedad, por lo que razoné que lo más probable es que fuera debido a que sólo era medio judío. La misma explicación se podía aplicar a mi falta de interés por tocar el piano; mi alegría al ver a Medianoche mientras cazaba; mis ocasionales explosiones de malévolo atrevimiento; y el estar completamente a gusto en su presencia. Sustrayendo estos rasgos de la lista original que había confeccionado, saqué la conclusión de que el hecho de ser judío residía en mi gusto por la lectura y en mi naturaleza nerviosa. Entonces llegué a la conclusión de que tendría que hacer todos los esfuerzos posibles para mantener estas características fuera de la vista de los demás.

Analicé entonces las características escocesas de mi padre.

Comparándole con los hombres portugueses, decidí que se centraban en su destacada altura; su laboriosidad; su inflexible sentido del honor; su galantería; su predisposición a burlarse de sí mismo; su desagrado por lo inglés; su preferencia por el *whisky* y el té; y su extraña pronunciación portuguesa.

Como sólo era medio escocés, no podía esperar ser alto, disfrutar burlándome de mí mismo, desagradarme lo inglés o apreciar el *whisky*, del que había tomado un sorbo varias veces y ya me desagradaba. Había nacido en Oporto, por lo que era completamente ilógico suponer que podía tener una pronunciación defectuosa de mi lengua nativa. Deduje que mi mitad escocesa residía en mi laboriosidad, mi agresivo sentido del honor y mi amor por las historias de miedo.

Este razonamiento me parecía sensato. Sin embargo, pronto empecé a ver que mis conclusiones no se sostenían. Mi padre tocaba el violín con gran habilidad y cultivaba un amor por la poesía aún más profundo que mi madre. Y mi madre era más que laboriosa, empleando todo su tiempo libre bordando toallas, cortinas y sábanas para cualquier persona que le pagara un precio justo.

Y así mis reflexiones llegaron a un callejón sin salida y fui a hablar de mi confusión con Medianoche, al que encontré arrancando malas hierbas en nuestro jardín y con expresión extremadamente alterada.

—¿Qué ocurre? —le pregunté. Él no me hizo caso y siguió cavando—. ¿No me contestas?

—John, no estoy seguro de que tú y yo debamos ser amigos —respondió.

El corazón dejó de latirme.

—¿Qué quieres decir?

—Hay muchas cosas que no entiendo. Tantas que no puedo ayudarte. A veces pienso que no debería haber venido.

La idea de que se marchara me resultaba intolerable.

—¡No puedes irte!

Se limpió la suciedad de las manos en los pantalones.

—Entonces, si deseas que me quede debes ayudarme. Debes contarme lo que significa lo que ha ocurrido hoy.

Me di cuenta de que había descuidado su preocupación por la seguridad de mi familia. No se me había ocurrido que hubiera visto

predicadores como Lourenço Reis en su país natal, incitando a los europeos a asesinar a los suyos.

Nos sentamos juntos y repetí lo que madre me había contado sobre lo de ser judío, añadiendo que me gustaría que nos acompañara cuando padre y yo fuéramos a visitar al senhor Benjamín para que nos diera respuestas más satisfactorias.

Mi invitación fue un gran alivio para él. Me habría gustado preguntarle dónde creía que el *espíritu de vida* del *senhor* Policarpo residía entonces. Y mostrarle mis partes íntimas y pedirle una evaluación de lo que me habían recortado de ellas. Sin embargo, me faltó valor cada vez que intenté abordar alguno de estos temas.

17

Papá llegó de trabajar con aspecto enojado y macilento. Ya le habían informado del asesinato del senhor Policarpo, por lo que no nos preguntó nada ni a mamá ni a mí. Lo que hizo fue alzarme en vilo y abrazarme; luego, fue directo a Medianoche y también le abrazó. Después se retiró con mamá a su dormitorio.

Cuando bajaron de nuevo, nos pidió que nos sentáramos con él.

—No te preocupes, querida May —dijo a mamá, y le dio un beso en la mejilla—. El mundo está avanzando hacia una era mejor, y ese odioso predicador jamás logrará hacernos volver al pasado. —Volviéndose a mí dijo—: A decir verdad, muchachito, me habría gustado hablarte yo de esta herencia judía cuando no eras más que un renacuajo. Y lo digo sin vacilación alguna: creo que eres muy afortunado al ser una aleación de diferentes metales. Ojalá yo tuviera tu herencia, hijo.

Estas palabras me animaron sobremanera, pero seguía queriendo hacer algunas preguntas al senhor Benjamín. Cuando lo dije, papá se terminó el resto de vino de su copa y señaló la puerta.

—Entonces, no perdamos tiempo. Aún es la víspera de San Juan y tenemos planeada demasiada diversión para dejar que la conversación espere. ¡No permitiré que ningún predicador estropee nuestras celebraciones!

Padre nos acompañó a Medianoche y a mí hasta la casa del boticario, quien nos hizo entrar con gran formalidad. Papá estaba a punto de plantear el tema que nos ocupaba cuando Benjamín dio un brinco, exclamando:

—¿Dónde están mis buenos modales?

Y fue a buscar *brandy* para sus invitados. Parecía mucho más

animado de lo usual, señal de su diferente naturaleza cuando se hallaba en su casa. Tras su puerta cerrada se quitaba la máscara.

Me ofrecieron una copa de vino como algo especial. Era dulce y me sentí adulado por que el senhor Benjamín me considerara lo bastante hombre para apreciarlo. Para mi gran sorpresa, los tres brindaron entonces por mi salud, lo que me hizo preguntarme si mi madre no habría visitado ya al boticario para explicarle la razón de nuestra visita.

—Bien, señor —empezó Benjamín, dirigiéndose a mi padre y dejando su copa sobre la mesa—, ahora parece evidente que Reis ha vuelto a Oporto con algo más que calumnias en su mente.

—Sí —dijo mi padre—. Dígame, Benjamín, ¿ha llegado el momento?

—Ha llegado, James. Sus seguidores han decidido que su campaña debe comenzar ahora en serio.

—¿Qué campaña? —pregunté.

—Volver a establecer la Inquisición —respondió papá.

—Cuando vino por primera vez era demasiado pronto, John —añadió el boticario—. Incluso la Iglesia necesita un poco de tiempo para reunir sus fuerzas. —Me miró fijamente por encima de sus gafas ovaladas; luego se las quitó. Las hizo oscilar ante mí e hizo un gesto con la mano como si fuera a arrojármelas. Me sobresalté, pero en lugar de dirigirse a mí desaparecieron sin dejar rastro—. La Iglesia hizo desaparecer a Lourenço Reis durante un tiempo —prosiguió. Benjamín se levantó y me puso la mano detrás de la cabeza. Las gafas aparecieron en su mano y volvió a ponérselas—. Y del mismo modo la Iglesia le ha llamado de nuevo.

—¿Cómo ha hecho eso? —le pregunté.

—Te he hecho mirar donde las gafas no estarían. Es fácil aprender algunos trucos de magia John. Cualquiera puede hacerlo. Incluso un hombre al que nada le gusta más que asustar a los jovencitos.

—¿Y quién llamó al nigromante para que volviera? —pregunté.

—¿El qué? —preguntó Benjamín.

—Así es como John llama a Lourenço Reis —respondió papá.

Benjamín se rió.

—Es un nombre apropiado para él. Aunque no posee poderes especiales, te lo aseguro. Y has hecho una buena pregunta, querido

muchacho. Mas, ay, no puedo decir con seguridad quién está organizando este espectáculo.

—Sea quien sea, sin duda desean instalar el terror antes de que Napoleón decida avanzar hasta Portugal —observó papá.

—Así es, en verdad, James. Creo que se alegrarán de poner el país en manos del emperador si les permite sus indulgencias. —Se volvió a mí de nuevo—. Ahora, jovencito, tengo entendido que te han dicho que eres medio judío.

Su franqueza me intimidó. Al reparar en mi incomodidad, dijo:

—Perdóname, muchacho. Tengo tendencia a hablar abiertamente cuando estoy en mi casa. —Sonriendo, se inclinó y me dio unas palmadas en el hombro, lo que sólo sirvió para que mis nervios se inclinaran hacia el pánico.

—Tenemos mucho de que hablar, John —dijo Benjamín con suavidad— y me gustaría poder charlar contigo de estas cosas con tranquilidad. Te propongo que vengas a verme una vez a la semana. ¿Lo aprobarías? —Mirando por encima de mí a Medianoche y sonriendo, añadió—: Tú también podrías venir, si quisieras, amigo.

—Me gustaría mucho, mucho —respondió él—. Es decir, si John está de acuerdo.

—Sí, sería perfecto —dije.

—Te aseguro, John, que no tengo intención de hacerte ningún daño y que soy un verdadero amigo. Bueno, creo que puede haber algunas cosas que quieras preguntarme.

Yo sentía tanta timidez que —para mi vergüenza— me entró hipo.

—Le ocurre a veces —se disculpó mi padre.

Mientras yo contenía el aliento para que desapareciera el hipo, Medianoche dijo:

—Puede que me equivoque, pues mi portugués es muy, muy pobre, pero creo que las hermanas Oliveira mencionaron una diferencia en las partes íntimas del muchacho.

Al oír esto mi cuero cabelludo empezó a picarme como si tuviera un millar de piojos. Estaba furioso con él.

—Sí, entiendo —dijo Benjamín, y vació su copa—. Es muy sencillo. —Y entonces, este caballero de impecable respetabilidad se levantó y se desabrochó los pantalones—. Si no te importa, James, creo que mostrárselo facilitará las cosas.

Papá se limitó a tomarse su *brandy* y dijo:

—Si realmente crees que puede servir, adelante, Benjamín.

A Medianoche los ojos le brillaban de diversión.

El boticario se cogió el miembro viril y me dio una breve lección de anatomía, pero incluso su meticulosa explicación y mi previa familiaridad con la desnudez de mi padre fueron insuficientes para responder mi pregunta más embarazosa. De modo que papá se puso en pie y nos mostró a todos la forma exacta del capuchón que habían eliminado de mí y de Benjamín. Me habría gustado conservarlo, pero me aseguró que era una gran molestia y decididamente ofensivo al olfato cuando no se lavaba.

Papá aprovechó su estado de embriaguez para explicarme el abecé de la procreación. Todo parecía tener sentido salvo la parte relativa al hecho de que fuera placentero, ya que su descripción fue muy compleja. En realidad, lo imaginaba más como una complicada operación que el paciente —la mujer— podía muy bien pagar con su vida, ya que, como tuvo buen cuidado de observar, la muerte siempre era una posibilidad en el caso de embarazo.

Una vez aflojada mi lengua por el vino y el buen humor, decidí hacer más preguntas al senhor Benjamín.

—¿Mi padre y Medianoche podrán vivir con mi madre y conmigo en… en el cielo, o se lo prohibirán? ¿Y el senhor Policarpo está allí ahora?

—Todos estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y, entre otras cosas, John, eso significa que tus padres y Medianoche estarán contigo en el Monte de los Olivos. En cuanto a Policarpo, ahora está a salvo. Se ha reunido con el Señor. Y —sonrió— si no he estropeado mis posibilidades mezclándome aquí en los Reinos Inferiores, puede que me permitan reunirme con él y el resto de vosotros cuando llegue el momento.

—¿Yo tengo alma? —le pregunté.

—Todos la tenemos, muchacho. —Cuando le pregunté qué aspecto tenía, respondió—. No podría decírtelo. Nunca he visto ninguna.

—Entonces, ¿cómo sabe que todos tenemos una?

—¿Cómo sabes que existe China? ¿E Italia?

—Porque otras personas han estado en esos sitios. Y han escrito sobre sus viajes. He leído algo de Marco Polo.

—Exactamente.

Nuestro anfitrión nos dejó entonces y regresó momentáneamente con un grueso libro encuadernado en piel. Me lo entregó y dijo:

—Un hombre que vio a Dios escribió este libro. Con permiso de tu padre, te recomiendo que lo leas. Podemos comentarlo juntos.

—¿Qué es? —pregunté.

—La Torah —dijo—. Es el nombre judío del Antiguo Testamento. Un sabio dijo en una ocasión que hay dos sitios donde siempre podemos encontrar la verdad: en la Torah y en nuestro corazón. —Sonriendo con aire travieso a papá, Benjamín añadió—: Si te gustara unirte a nosotros en su lectura, James, sería una gran satisfacción para mí.

—Me temo que sería tan mal judío como tan mal cristiano soy. Toda la religión que necesito conocer es que estaré con mi esposa, mi hijo, contigo y Medianoche en el Monte de los Olivos.

Aquella noche mamá preparó una cena gloriosa, pero yo sólo picoteé mis patatas y sardinas porque no podía dejar de imaginarme el rostro ensangrentado del senhor Policarpo. Mientras ella servía ciruelas estofadas, las hermanas Olivo trajeron dos sábanas que Graça había unido aquella tarde. Había cortado —siguiendo mis instrucciones específicas— un agujero de treinta centímetros de diámetro en el centro de la costura. Había olvidado por completo esta prenda, que tenía intención de ponerme en nuestro paseo la víspera de San Juan. La cogí dándoles efusivas gracias.

—Espero sinceramente —dijo mamá— que no estés pensando en salir por la ciudad vestido con esas viejas sábanas rotas. Francamente, John, las cosas que haces hacer para ti a las hermanas Olivo… ¡Es un crimen!

—Mamá, por favor, espera a vernos.

—¿Vernos? ¿A quiénes? Yo no me pondré esa horrible sábana ni por todo…

—May, cariño —le interrumpió papá—, estoy seguro de que John se refiere a Medianoche.

Le dije que estaba en lo cierto, con lo que nos permitió a los dos levantarnos de la mesa.

Uno de los trucos que había enseñado a *Fanny* era poner sus dos patas traseras sobre mis hombros y las delanteras sobre mi cabeza, de modo que su cabeza quedara muy por encima de la mía. De este modo parecía una diosa en la proa de un buque, salvo por el rabo, que no paraba de mover y me golpeaba en la espalda. Podía permanecer así cinco minutos o más sin la menor incomodidad.

También había descubierto que Medianoche era lo bastante fuerte para caminar llevándome sobre sus hombros.

En nuestro jardín, combinar estos dos trucos producía un efecto de lo más espectacular; cubriéndonos con las sábanas, parecíamos una esfinge de más de dos metros de altura, con los pies de un hombre y la cabeza de un border collie. Yo había practicado con *Fanny*, de modo que si alguna vez perdíamos el equilibrio ella pudiera saltar de lado y aterrizar a salvo.

Llamamos a los otros para que salieran a vernos. Mamá ahogó un grito desde el umbral de la puerta mientras Papá meneaba la cabeza y se reía.

—¡Estás loco, John Zarco Stewart! —exclamó mamá—. Vas a caerte. ¡Y te romperás el cuello!

—Deja que se diviertan —dijo papá, atrayéndola hacia sí—. Sólo será joven una vez. Y no debemos permitir que la desgracia de hoy nos estropee la velada.

—Es una locura —gimió ella—. Una locura total, te lo digo.

—Sí que lo es —coincidió papá, pero tenía los ojos radiantes de alegría.

Medianoche y yo sólo veíamos directamente al frente a través de los agujeros para los ojos, de modo que papá nos guió para esquivar la suciedad de la calle. Las alabanzas que los vecinos nos gritaban nos animaron, y los niños corrían detrás de nosotros chillando de alegría. Tras recorrer un centenar de pasos más o menos, Medianoche se cansó y me bajó. La senhora Beatriz me besó y

susurró que Daniel habría estado loco de contento de haber visto una actuación tan hábil. Las lágrimas contenidas volvieron líquidos sus ojos castaños, y vi en sus movimientos inestables cuánto se había debilitado en el último año, encogida bajo el peso de su pena. Probablemente los dos pensábamos que mi truco habría estado mucho mejor si Daniel hubiera caminado con las manos por la calle para anunciar nuestra llegada.

Mamá insistió en cogerme la mano para que no creara más «milagros incontrolables», como denominaba ella a mi travesura. Y así, como una familia, nos encaminamos hacia la Rúa de Cedofeita, donde los músicos callejeros se habían reunido para las festividades. Pronto descubrimos que Lourenço Reis se hallaba de pie en una plataforma de madera, predicando a una multitud.

—Ahí está —dijo papá a Benjamín.

Mamá me cogió la mano con más fuerza.

—Vamos, sigamos.

—¿Por qué no le han arrestado? —pregunté.

—Haremos algo mejor que eso —me dijo papá—. Danos unos cuantos días, hijo.

Nos apresuramos a marcharnos. Pero antes de haber caminado otros cincuenta pasos apareció ante nosotros. Nos bloqueaba el paso por delante de Benjamín y declaró:

—«¡He venido no a traer la paz, sino la espada!».

Benjamín, que Dios le bendiga, replicó:

—Usted, señor, no es Jesús de Nazaret, y puede meterse la espada en el culo, que es donde debería estar.

—¡Diabólico *marrano*! —espetó con furia.

Papá cogió a Benjamín del brazo y miró a Reis echando fuego por los ojos:

—Señor, sé quién es usted y lo que ha hecho hoy, y le pido que nos deje continuar nuestro camino sin causarnos problemas o lo lamentará para siempre.

—¡Os perseguiremos, extranjeros de Portugal! —bramó el predicador lleno de odio—. Esta ciudad no será vuestra, no mientras yo tenga aliento.

Dada la naturaleza ansiosa de mamá, no esperaba yo que hablara, pero con su voz tensa y temblorosa dijo:

—Puede gritar todo lo que quiera, señor, pero hace mucho

tiempo que residimos en esta ciudad, todos nosotros. Y no ganará usted esta batalla. No mientras *yo* tenga aliento.

Reis señaló hacia ella con su vara.

—Judía pecadora. Tu sola presencia es ofensiva. ¡Debes morir para que Cristo pueda vivir!

Ella ahogó un grito ante este descaro. Padre la calmó y gritó:

—¡Cobarde bastardo! Tengo ganas de darte una paliza aquí mismo.

—Déjalo, James —intervino Benjamín—. Por favor, volvamos a casa. Medianoche, ven y ayúdame.

—¡No cometáis ningún error, os quemaremos a todos! —gritó el nigromante—. Los quemaremos para Cristo. Y le enviaremos su humo en esta noche santa.

El corazón me latía tan fuerte que apenas oía nada más que mi propio miedo y grité:

—¡El extranjero aquí es usted! ¡Y es usted quien morirá!

Señalándome con el dedo exclamó:

—Eres el demonio. No me tentarás. No vencerás en esta Ciudad de Dios. ¡Te veré arder en la cruz!

Esto fue demasiado para que papá lo tolerara. Levantó su bastón por encima de su cabeza y estuvo a punto de descargarlo sobre él. Más fuerte que Lourenço Reis, creo que le habría pegado hasta dejarle sin sentido de no haberle sujetado Benjamín y Medianoche.

—¡Te mataré! —gritó papá.

—No, James —dijo Benjamín con firmeza—. Ahora no. Nos ocuparemos de él en el momento oportuno. Y cuando le coja, le enviaré directamente al infierno. Te lo prometo.

Pero papá no se dejaba disuadir.

—¡Te asesinaré, cobarde! —juró.

El nigromante sonrió; luego levantó su vara por encima de su cabeza y gritó:

—¡Quemémosles ahora! ¡Enviemos su humo a Dios!

Con ayuda de Medianoche, Benjamín arrastró a papá de nuevo

hasta nuestra calle. Había ocurrido algo pasmoso y nadie encontraba palabras para expresar con perspectiva el encuentro. Mamá se había quedado completamente pálida y dejó de hablar. Consideramos que era mejor regresar a casa.

Una vez allí, preocupados por mamá, papá y Benjamín al parecer no repararon en que Medianoche salía de nuestra casa a hurtadillas con su carcaj y una cesta, pero yo sí. Se llevó un dedo a los labios cuando salía.

Madre se apoyó en mi padre mientras él la acompañaba a su habitación, donde la metió en la cama. Benjamín encendió nuestra chimenea y me dijo que cuando él tenía aproximadamente mi edad, había presenciado un Acto de Fe en Lisboa en el que más de cincuenta *marranos* con grilletes habían sido obligados a dar vueltas por una plaza mientras eran abucheados por las multitudes. Tres de ellos habían sido quemados en la hoguera.

—No tengo intención de volver a oler carne judía quemada —dijo, casi para sí.

Aquella noche, oí a papá y a Benjamín hablar en susurros de hacer que las autoridades civiles expulsaran a Lourenço Reis de Oporto. Resultaba bastante evidente que no era la primera vez que tenían esta conversación. Fue entonces cuando empecé a creer que Medianoche podía no estar actuando por iniciativa propia al salir de casa con sigilo, y que él y papá podían estar involucrados en una conspiración que Benjamín había empezado a urdir días —o incluso semanas— antes.

Medianoche me habló de sus actividades clandestinas al día siguiente cuando, al amanecer, le oí subir con sigilo a la Torre de Vigilancia. Bostezando en el umbral de la puerta, los ojos aún pesados por el sueño, le pregunté dónde había estado. Me llevó de nuevo a la cama. Sentado a mi lado me contó:

—Mantis me habló en sueños hace unas semanas. Me dijo que una bestia bebería toda el agua de Oporto y causaría una terrible inundación. Muchos moriríamos. Cuando vi al predicador lo

comprendí. Así que cogí mi arco y flechas y los oculté en una cesta.

El bosquimano me contó que había visto a Lourenço Reis vociferando a multitudes aún más grandes hasta que, al dar las doce, el malvado bajó de su estrado y se dirigió con grandes pasos hacia la Plaza Nueva.

Medianoche le siguió a través de la oscuridad apenas iluminada con linternas. En cada uno de los tres sucesivos lugares festivos de la ciudad, Reis consiguió lanzar furiosos gritos contra los *marranos*. Poco después de las tres de la madrugada, cesó sus arengas demagógicas y se marchó solo hacia el río. Tras llamar a la puerta de una gran mansión de piedra, le dejaron entrar apresuradamente. Por la descripción que hizo Medianoche identifiqué este edificio como el monasterio de los dominicos.

—Presumiblemente aún está allí ahora —me dijo Medianoche.

—Entonces, ¿qué harás?

—Tengo que pedirte un favor, John. Debes decirle a Benjamín que hoy no iré a trabajar. Dile que Mantis me ha pedido que le haga un recado.

—¿Seguirás al nigromante?

Medianoche asintió.

Pregunté:

—¿Le matarás?

Él me tapó la boca con las sábanas para que me callara y me dio unas palmaditas en el pecho.

—Vuelve a dormir, mi pequeño *gemsbok*. No te preocupes. No me pasará nada.

Me incorporé.

—Pero puede que necesites mi ayuda.

—No. Mantis me dijo que tú tenías que quedarte aquí. Los bosquimanos nos recubrimos con un olor que la Hiena no puede soportar. Estamos perfectamente a salvo. Pero a un *gemsbok* —aquí gruñó y enseñó los dientes— se lo comería. —Entonces me obsequió con su amplia y contagiosa sonrisa.

Medianoche salió de casa quince minutos después. Ansioso, me vestí a toda prisa y fui al jardín a jugar con *Fanny*. Al cabo de un rato mi padre me preguntó por Medianoche. Mentí diciéndole que se había marchado en busca de la lluvia.

Durante el desayuno, cuando me pasaban mi segundo plato de huevos, papá se aclaró la garganta y dijo:

—John, tu madre y yo tenemos intención de enviarte a un colegio de Inglaterra. Creemos que serás más feliz que aquí.

—¿A Inglaterra?

—Sí, a un internado. Es un lugar grande que beneficiaría mucho tu educación. —Hizo esfuerzos por sonreír—. Los muchachos pasean por los jardines dando nombres latinos a los pájaros y leyendo a Shakespeare. Será el mejor lugar para ti.

—No —repliqué.

Madre me pasó otra taza de té.

—Muchos chicos envidiarían tu oportunidad de estudiar en un sitio así.

—Bien, entonces que vayan ellos en mi lugar.

Papá me miró con furia.

—Te agradeceré que no utilices ese tono de voz con tu madre.

—No lo haré, si ella deja de decirme lo afortunado que soy de dejar atrás todo lo que conozco.

Papá sólo me había pegado una vez en la vida, pero casi pude sentir arder mi espalda otra vez.

—Aunque no puedas comprenderlo, no eres tú quien ha de decidir. Es una decisión que hemos tomado nosotros. Irás a casa de mi hermana a Inglaterra, con una carta mía, y ella te matriculará en una escuela apropiada. Ya tengo algunas sugerencias excelentes que me ha dado el cónsul inglés de Oporto, y él conoce las mejores escuelas.

Aunque sabía que papá explotaría, me mantuve firme en que jamás abandonaría Portugal.

—Ya lo veremos —dije, y cogí el salero que estaba al otro lado de la mesa, para señalar que la conversación había terminado.

Madre me cogió la muñeca y dijo:

—Aquí no estás a salvo. Sabes que de lo contrario no querría enviarte fuera. Separarme de ti… —Incapaz de terminar la frase, retiró la mano y bajó la mirada para ocultar sus lágrimas.

—¿Me permitiréis llevarme a *Fanny*? —pregunté.

—No —respondió padre—. Pero estará bien. La trataremos como a una reina y podrás verla en vacaciones.

—Entonces, ¿puedo volver?

La determinación de padre cedió paso ahora a la tristeza, que era precisamente lo que yo esperaba. Quería castigarle por concebir siquiera semejante plan contra mí.

—Por Dios, muchacho, ¿crees que somos monstruos?

—¿Y a Medianoche… también tendré que dejarle? —pregunté, haciendo adrede caso omiso a su comentario.

—Sí —respondió papá.

—¿Cuánto tiempo tengo antes de que empiece esta condena? —pregunté.

—Diría que tres semanas —respondió—. Seis semanas a lo sumo.

Mamá, sollozando, se fue a toda prisa hacia el piano. Padre me miró con aire sombrío y dijo:

—John, a veces es bueno intentar hacer un poquito más fáciles las cosas desagradables de la vida. —Entonces se fue con ella.

Escuché sus cuchicheos desde la mesa, sin estar arrepentido, furioso por la crítica de mi padre.

—No puedo —susurró mamá a papá.

—Debes hacerlo. Al menos por un tiempo.

—Un año, no más. Más tiempo, James, me matará.

Medianoche estuvo ausente durante los dos días siguientes, y yo estaba muy preocupado por su seguridad. Cuando preguntaba a papá si le había visto, lo único que decía era:

—No te preocupes, muchacho. Medianoche sabe cuidar de sí mismo. Estoy seguro de que se encuentra perfectamente.

Benjamín fue a vernos la noche siguiente. Desde lo alto de la escalera le oí explicar que no le habían concedido audiencia con el obispo, pero había hablado largamente con un miembro de su personal. Le habían dicho en términos no inciertos que no se haría —o en verdad no se podía hacer— nada para silenciar al

nigromante, ya que sus actividades quedaban fuera de la jurisdicción de la diócesis de Oporto, lo que era una excusa muy poco verosímil. Sospechaba que el obispo había decidido mirar hacia otro lado.

Benjamín creía que levantar a los residentes de Oporto contra los *marranos* era muy útil a la Iglesia en aquellos momentos, pues su poder se estaba debilitando. La jerarquía eclesiástica ansiaba una mano fuerte para jugar en la mesa de Napoleón en caso de que llegara a gobernar en Portugal.

—Entonces, estamos solos —dijo padre con calma.

Medianoche regresó al día siguiente al amanecer. Vino a mi habitación y se arrodilló junto a mi cama. Tenía rota la manga de la camisa y chorreaba de sudor.

—¿Conseguiste llegar hasta el nigromante? ¿Le has matado?

Él sonrió.

—Si se me llevan, mi pequeño *gemsbok*, no te preocupes. Lo importante es que ahora estás a salvo.

Mi padre debió de oírle subir la escalera, porque apareció en el umbral de mi puerta, visiblemente sorprendido.

—¡Medianoche! Estábamos preocupados. —Al reparar en la pluma que había en el extremo de mi cama, preguntó—. ¿Has estado cazando?

El africano se levantó y le miró a la cara.

—Lamento haber sido causa de preocupación, míster Stewart. Sí, he estado cazando. Tenemos que hablar.

Entonces apareció mamá.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un momento, *miss* Stewart —dijo el africano. Fue a la ventana y miró afuera; luego cerró las persianas—: puede que me hayan seguido hasta aquí —explicó.

Vi que tenía el pelo apelmazado y pequeños tallos enredados y manchada la parte trasera de sus pantalones.

—¿Quién querría seguirte? —pregunté.

—Los hombres que estaban con Lourenço Reis.

18

Medianoche recordaba el fuego de mosquetes y cañones explotando a su alrededor la primera vez que fue capturado por los europeos. Pero sobre todo recordaba los caballos.

—Rapidez y poder a los que se ha dado vida —me dijo—. Incluso Mantis los observaba con sobrecogimiento.

Oscuras balas de metal lanzadas por los cañones explotaban como tormentas de fuego. Sangre derramada de los hombres de su tribu heridos; todos salvo tres niños pequeños se pudrieron bajo el sol africano. Medianoche jamás supo lo que les ocurrió a los otros dos supervivientes.

Los aullidos de las hienas atracándose se oían desde su nuevo hogar, una granja propiedad de un holandés de cara redonda en cuyo criado se convirtió durante unos breves meses. Pero, aunque podía acarrear agua, dar de comer a las gallinas y al ganado y matar serpientes sólo con un palo, Medianoche tenía un apetito voraz y comía más de lo que podía ganar.

En lugar de cortarle el cuello, como ordenó el holandés, un criado zulú, oculto por la oscuridad, hizo andar a Medianoche media hora por el campo, llevándole hasta el pozo del desierto. La tierra y el cielo fueron generosos aquella noche; encontró su camino a la luz de la luna hasta una familia de bosquimanos que seguían las lluvias hasta Shaggy Hills, a treinta millas al este. Le ofrecieron agua de un huevo de avestruz vacío y un poco de carne seca. Se convirtieron en su nueva familia.

Catorce años más tarde, según calculó papá, los soldados bóers regresaron, eran diferentes y el lugar era diferente, pero montados a caballo eran iguales. Para entonces sabían que incluso los

bosquimanos adultos podían ser «domesticados» mediante un régimen de castigo y recompensa. De manera que cuando Medianoche resultó herido por una bala en el brazo, permitieron que le viera un médico. Le salvaron la vida y fue vendido por un soldado a Reynolds, el hombre de Yorkshire al que más tarde se lo robaría mi padre.

Cuando le preguntaron su nombre, respondió que se llamaba Medianoche, pues era el nombre que Mantis le había ordenado adoptar cuando se hallara entre europeos.

—Te ayudará a permanecer en tu propio centro —le había dicho el insecto-dios.

Fue un ministro galés itinerante llamado Dee, con brasas ardientes por ojos, quien informó a Medianoche de que sus padres habían muerto no a manos de hombres sino por Dios. Además, dijo, el Señor ya no estaba dispuesto a permitir paganos en el África civilizada que Europa estaba forjando en el primitivo, pestilente y oscuro caos que en otro tiempo había sido. Como había tenido la mala fortuna de nacer bosquimano, también Medianoche tendría prohibido el cielo a menos que —aquí el ministro sacó un Nuevo Testamento de su pequeña bolsa de cuero— recibiera a Cristo en su corazón.

Dee visitó todas las granjas inglesas de El Cabo. Ataviado con un sombrero forrado de terciopelo color púrpura y una capa de piel de conejo, dijo a todos los criados que sus danzas y —en el caso de los bosquimanos— su forma de vida nómada constituían una afrenta a Dios. La única cura para ambas enfermedades y la ignorancia era el bautismo.

A diferencia de los otros sirvientes africanos de la granja, Medianoche rechazó la cura del ministro. Le azotaron hasta desgarrarle la piel y le llevaron a los alojamientos de los criados. Allí, se le apareció el Chacal en un sueño, meándose en Mantis. Pero el insecto permaneció imperturbable. En realidad, se estaba riendo.

Al día siguiente, *miss* Reynolds fue en carruaje a la ciudad a comprar cierto cordaje que su esposo necesitaba. El siguiente candidato para el bautizo era un muchacho xhosa llamado John, que en general era considerado perezoso y costoso. No tuvo tanta suerte como Medianoche. Aunque había accedido a la ceremonia, le

utilizaron como ejemplo.

Mientras todos los esclavos asistían al espectáculo, John fue atado a la barandilla del porche y azotado hasta que la piel de la espalda le hubo caído a tiras y él dejó de gritar para siempre. Con los ojos aún abiertos de forma desorbitada, pero sin vida, el ministro Dee le desató y le declaró redimido.

Por eso Medianoche permitió que le salpicaran agua en la cabeza. Pero el Tiempo de la Hiena estaba en él, y fue incapaz de reír como Mantis. En realidad, se pasó muchos meses sin hablar.

Padre, madre y yo escuchábamos en arrebatado silencio a Medianoche mientras nos contaba estas historias de África. Al principio no entendíamos la relación de su pasado con lo que podría o no podría haber hecho a Lourenço Reis, hasta que dijo que después de ver al predicador en la víspera de San Juan había recordado al ministro Dee y al joven xhosa llamado John al que habían matado a latigazos. Medianoche creía que la correspondencia de nombres no era accidental.

—Creí entender que Mantis me estaba diciendo que *nuestro* John moriría si Reis vivía.

—¿Sólo porque se llamaba igual que aquel joven xhosa? —preguntó papá.

—Creo que estas coincidencias señalan conexiones entre destinos que no siempre podemos ver. Pero Mantis puede verlas.

Medianoche nos contó que las noches anteriores había seguido a Reis de plaza en plaza por toda la ciudad, donde crecientes multitudes recibían sus palabras con grandes aclamaciones.

—Justo después de las once, anoche —dijo el africano—, Reis se dirigió con paso muy, muy rápido, al muelle. Mientras conversaba con un barquero, corrí colina arriba y me escondí en los arbustos.

—¿Qué pasó después? —preguntó papá.

—Entonces… entonces le disparé. Disparé a Reis.

—¿Tu flecha le llegó desde la colina? —preguntó papá.

—Sí, le veía claramente a la luz de la linterna. Mi primera flecha

se le clavó en el omóplato. Tenía un fuerte-fuerte veneno en la punta. No fue necesaria otra. Ya está muerto.

Antes de poder decir más, mamá se precipitó hacia Medianoche, llorando.

—No me importa por mí, pero has liberado a mi John de Faraón —dijo con solemnidad—. Has vuelto a salvarle. Gracias por tu sacrificio. Siempre te estaré agradecida.

Besando las manos del africano, apoyó la cabeza en su pecho. Yo estaba aturdido, y también mi padre. Ninguno de nosotros se había dado cuenta de la medida del miedo que Medianoche había pasado los últimos días y el supremo esfuerzo que había hecho para ocultar sus emociones.

Mamá me dijo más adelante que en el fondo sabía que la Inquisición habría empezado de nuevo si el bosquimano no hubiera asesinado a Lourenço Reis.

—No me cabía ninguna duda. Un hombre nos habría convertido a todos en ceniza y humo, ¿comprendes? Sólo se precisa uno.

—Estaba loco —dije yo.

—No, no. Estaba perfectamente cuerdo. Sabía con exactitud lo que hacía. Siempre es así.

Debo confesar que la historia que Medianoche nos contó puede que no fuera del todo cierta. Me enteré por las hermanas Olivo de que Reis fue visto entrando en casa del senhor Benjamín la noche de su muerte… hecho que posteriormente confirmó el boticario. Benjamín también admitió que habían entregado a Reis una nota suya pidiéndole reunirse con el nigromante, aunque nunca divulgó la identidad del mensajero.

Con el beneficio de la perspicacia, sospecho que Reis fue tentado a ir a casa de Benjamín por Medianoche, que le había estado siguiendo y que habría tenido oportunidad de entregarle una nota. Una vez allí, podían haberle dado al predicador un fuerte veneno en un vaso de vino o agua, un veneno que hiciera efecto varias horas más tarde. O incluso podían haberle puesto el veneno en su rapé.

El barquero que llevó a Reis de nuevo a tierra me contó que el predicador no había sido herido por ninguna flecha. Sin embargo, *después de ponerse dos pellizcos de rapé en la nariz y de inhalar*, se quejó de fuertes dolores en el pecho y se quedó paralizado casi de inmediato. Al cabo de pocos minutos murió.

No discerní las discrepancias entre la historia del africano en aquellos momentos porque no comentamos la situación con nadie fuera de nuestra familia, por razones obvias.

He llegado a creer que la muerte de Reis fue planeada por Benjamín, quien confiaba en que Medianoche nos mentiría para que no tuviéramos que revelar una falsa versión de los acontecimientos si alguna vez nos interrogaban las autoridades eclesiásticas o civiles. De este modo, no podíamos implicar al boticario ni ser considerados conspiradores. A menudo me he preguntado si también papá podía haber sido uno de los que urdieron el plan.

Estoy seguro de que se podía haber convencido a Medianoche de que nos mintiera, si estaba seguro de que con ello protegía a mi familia.

Podría considerarse que Benjamín puso en peligro a Medianoche empujándole a mentirnos sobre el asesinato de Reis. Pero el bosquimano no habría corrido ningún auténtico peligro, ya que su historia, aunque fuera contada ante representantes de la Corona o de la Iglesia se habría podido refutar fácilmente. El cuerpo de Reis no tenía ninguna herida de flecha, como podían testificar el barquero y otros.

En los veinte años transcurridos, he leído todo lo que he podido encontrar sobre Reis, que se menciona dos veces en la crónica de Oporto de Artur Moura Carneiro en los años anteriores a las Guerras Napoleónicas. Allí está escrito que había regresado a Oporto procedente de Goa, donde había intentado reestablecer el dominio de la Inquisición en la India portuguesa. Por qué eligió nuestra ciudad para resucitar su carrera en el Portugal continental sigue siendo un misterio, pero probablemente pensó que la mayor parte

del comercio de nuestra ciudad estaba controlado por los británicos y los judíos cristianizados. Esto no era del todo cierto, su odio hacia nosotros le cegaba ante la realidad de nuestra situación.

Otra posibilidad muy intrigante es que su verdadero objetivo tal vez no fueran los *marranos*, sino los francmasones, un clan casi invisible del que yo no sabía nada en aquella época, pero que al parecer estaban bien situados en la jerarquía de la ciudad. Tal vez quería aprovechar la tradicional desconfianza de los cristianos hacia los judíos para restablecer la Inquisición, con el propósito de volver su poder persecutorio contra estos masones algún día, más adelante.

Sea cual sea la verdad de este episodio, nos pareció prudente que Medianoche se marchara de Oporto durante un tiempo. Mi padre, que tenía que irse río arriba a supervisar las tierras, decidió llevarnos a todos con él.

Pasamos una tranquila quincena en una mansión de piedra en la orilla norte del río Duero. Papá, que la había visitado con frecuencia, la llamaba el castillo de Macbeth, donde *la noche oscura estrangula la lámpara viajera*. Pero como estábamos todos juntos como familia no podíamos ser más felices.

19

Cuando el peligro que corría nuestra comunidad secreta hubo pasado, mi padre, mi madre y yo nunca volvimos a hablar del internado en Inglaterra, y Medianoche y yo reanudamos nuestras discusiones semanales con el senhor Benjamín. El bosquimano se quedó fascinado desde el principio, sumamente satisfecho porque el Señor de los Hebreos pudiera ser colérico e incluso manipulador, así como indeciso de vez en cuando.

Y así nuestras vidas volvieron a una feliz rutina, y continuamos de este modo, sin incidentes, hasta octubre de 1806.

Yo tenía entonces quince años y medio y, para mi gran alegría, en el labio superior asomaba un fino bigote. También era casi un palmo más alto que Medianoche y mamá —media metro sesenta—, y aún me faltaba un año para dar el estirón que me elevaría hasta casi un metro ochenta de altura. Por supuesto, las mujeres jóvenes ocupaban a la sazón un lugar prominente en mis pensamientos.

Medianoche estaba más preocupado que nunca por su trabajo y estudios con Benjamín. En realidad, el sótano del boticario se había convertido en una especie de laboratorio alquímico, sede de una mareante combinación de extraños olores que a menudo llegaban hasta la calle.

Padre había adquirido siete acres más de tierra río arriba, lo que hacía un total de catorce. Él calculaba que en dos años más podría

empezar a plantar cepas que nos dieran un buen viñedo. Aunque mi padre me había llevado varias veces río arriba para darme lecciones sobre el mundo del vino y yo había demostrado ser completamente inútil, todos estuvimos de acuerdo en que el nombre «Stewart e hijo» sonaba bien.

Por aquel tiempo madre había abandonado su afición por Mozart y estaba entregada en cuerpo y alma a Beethoven. Aprendía de él todo lo que podía encargar a Londres. Sin embargo, ahora los nuevos manuscritos tardaban en llegar debido a las interrupciones en el servicio postal causadas por la guerra de Napoleón, que en aquellos momentos estaba conquistando la mayor parte de Europa, aunque no había llegado aún a Portugal.

En cuanto a *Fanny*; había dado a luz a cuatro regordetes cachorros inesperados. Hallándose en celo, se había escapado de mi mirada vigilante lanzándose como Pegaso desde la ventana del salón. Echando a correr a toda velocidad por nuestra calle entregó su virginidad al primer pretendiente que pasó: un chucho de color pardo claro criado en las alcantarillas de Oporto, a juzgar por su pelaje apelmazado y pestilencia.

De los cuatro cachorros, logramos encontrar propietarios adecuados para tres y nos quedamos el sobrante de la camada. Medianoche la llamó *Zebra*, porque tenía una franja blanca que le empezaba en el hocico y le cruzaba el lomo negro y marrón. Era el cachorro al que *Fanny* más quería. Tanto que yo temía que se le rompiera el corazón en caso de tener que darlo.

En el mundo que existía más allá de los confines de nuestro hogar, Napoleón había ganado su mayor victoria en Austerlitz, dejando quince mil rusos y austríacos pudriéndose bajo el sol de Moravia. En tierra había demostrado ser muy superior, y muchos creían que pronto sería dueño de toda Europa. Salvo por los británicos. Y no si el emperador era lo bastante necio para atacar de nuevo por mar. En la costa del cabo Trafalgar, en el sudoeste de España, lord Nelson y su flota obtuvieron una victoria decisiva precisamente un

año antes, el veintiuno de octubre de 1805. Las fuerzas británicas habían multiplicado sus efectivos desde entonces, y Napoleón no se había atrevido a enviar a su Armada de nuevo a la batalla.

Aunque estábamos nerviosos por si Portugal se veía involucrada en la guerra, no nos faltaba optimismo. Creíamos firmemente que los británicos —nuestros principales socios comerciales— jamás permitirían que Oporto cayera en manos de los franceses.

En cuestiones del corazón, yo estaba absolutamente fascinado por una muchacha que vivía en la Rúa das Taipas. María Angélica se llamaba, y tenía diecisiete años. Tengo tendencia a hacer responsable a Violeta de inculcarme el gusto por las chicas mayores con ojos sagaces, y esta joven tenía los más asombrosos ojos verdes que jamás he visto.

Tenía la tez clara, y sin embargo su cabello era tan espeso y negro que en uno de mis poemas secretos escribí que estaba *hecho de noche sin estrellas*. Sus senos también ofrecían gran interés para mí, y simplemente no podía apartar de ellos mis ojos hambrientos.

En aquella época, se esperaba de los jóvenes que nos comportáramos como caballeros y damas, y por tanto ni siquiera me atrevía a hablar con María Angélica, aunque la observaba de lejos, completamente hechizado por sus delicados movimientos. Para verla a escondidas, caminaba junto a la ventana de la sala de estar de su casa una docena de veces al día. Inventaba mil excusas para pararme un momento, como abrocharme las hebillas de los zapatos o los botones de los pantalones, hasta que sus vecinos, ahogando la risa con alegría, empezaron a hacer ruido de besos cada vez que me aproximaba.

Una tarde tuve la buena fortuna de pasar bajo su ventana en el preciso instante en que ella la abría.

—Buenos días, señor —dijo ella, asomándose.

Sin embargo, antes de que pudiéramos seguir con el prometedor comienzo de nuestra relación, su madre la llamó desde dentro y cerró las persianas con un golpe. No obstante, yo seguí inflexible en

mi pasión. Por eso, cuando me enteré del inminente viaje de mi padre a Londres con Medianoche, la noche siguiente a la conmemoración de la victoria de lord Nelson, no insistí en que me invitaran a ir también. Iban a estar fuera seis semanas.

—¿Iré yo? —pregunté a papá, esperando desesperadamente que me dijera que no.

—No, hijo, me temo que no.

—¿Para qué vais?

—Bueno, John, tal vez recuerdes que una de las razones de que Medianoche viniera conmigo a Europa era tratar de encontrar una cura para la viruela. Hace unos años, me enteré de la existencia de un médico llamado Jenner, que trabajaba en Londres, y de sus teorías sobre el efecto inoculador de la vacuna. Y por eso…

Debí de parecer confuso, porque siguió explicando:

—John, lo único que sé es que miles de personas han sido inoculadas con éxito contra la enfermedad. Ese buen hombre proporciona este servicio a los pobres sin cobrarles nada; tiene hasta trescientos pacientes al día. Así que escribí a la Royal Jennerian Society, pidiendo permiso para presenciar el procedimiento, a lo cual han accedido amablemente.

—Si esta cura da resultado, ¿Medianoche regresará a África?

—Puede que sí, hijo. No lo sabremos hasta que volvamos de Inglaterra.

La posibilidad de que se marchara me llenaba de temor.

—En ese caso —dije—. Me gustaría ir con vosotros.

—No, esta vez no, hijo. Tú y yo iremos a Londres algún día, pronto, pero no ahora.

—Pero sería bueno para mí…

—No —me interrumpió papá—. Lo siento, pero es completamente imposible.

No volví a abordar el tema hasta la tarde siguiente, cuando paseaba con Medianoche por los secos muelles del río.

—Papá dice que pronto zarparéis hacia Inglaterra para encontrar

un remedio contra la viruela.

Me dio unas palmadas en la espalda.

—Sí, John, estoy muy, muy contento. No sabes lo mucho que significa para mí. Han muerto tantos de los míos. También muchos zulúes y xhosas.

—Si encuentras una medicina apropiada, ¿te marcharás enseguida a tu país?

—No, regresaré para llevar a cabo experimentos con Benjamín. He de ser capaz de repetir el procedimiento o no servirá de nada. Si todo va bien, entonces volveré a África.

Al ver mi tristeza añadió:

—Sin embargo, tengo una proposición interesante para ti.

Le miré con ceño, porque deseaba que se sintiera terriblemente mal por dejarme.

—¿Ni siquiera quieres preguntarme cuál es mi proposición? —me dijo haciéndome un guiño—. Me enfadaré contigo si no lo haces.

—No —contesté con brusquedad, lo que le hizo reír.

—Ojalá siembre cabalgues entre los dedos de Eland —dijo.

—¿Y qué significa eso?

—Que siempre seas tú. Y que siempre vayas despacio.

—¿Por qué despacio?

—Porque en el desierto africano siempre hay que actuar con precaución, o corres el riesgo de pisar algo que podría morderte o picarte.

Enlazó su brazo con el mío, lo que había empezado a hacer siempre desde que yo era más alto que él.

—John, cuando vuelva a África, me gustaría que vinieras conmigo. Esta es mi proposición.

—¿Yo… en África? —pregunté con incredulidad.

—Sí. Me gustaría mucho que te quedaras conmigo durante algún tiempo. Tenemos pájaros que son bellos-bellos, y han estado esperándote muchos años para que los imitaras. Me gustaría que no les hicieras esperar eternamente.

—¿Se lo has sugerido a mamá y papá? —pregunté con entusiasmo.

—Todavía no. Primero debemos ver lo de Inglaterra, y después hablaré con tus padres.

—Mi madre no me dejará estar mucho tiempo. Probablemente ni siquiera me dejará ir.

—Vendrás a pasar unos meses cada año o cada dos años. Y yo visitaré Oporto también cada dos años.

—Pero África del Sur está muy lejos.

—No, no tan lejos —dijo riendo—. ¡Sólo a mitad del mundo!

—Y es peligroso.

—Menos peligroso que Europa. Los franceses pronto cruzarán las montañas y entrarán en Portugal.

—¿Eso crees?

—Napoleón es una hiena que cree ser un león. Intentará devorar Portugal. Yo preferiría estar en cualquier otro lugar cuando él llegue. Habrá mucho sufrimiento y muerte. Quizá propondré que tus padres vengan también a África. Tu padre podría crear allí un viñedo.

Me hizo seña de que me sentara con él en un gran tronco junto al río. Una vez instalados dijo:

—Hubo un año, John, en que una inundación cubrió toda la tierra. Fue una época muy, muy mala. —Sacó su pequeña pipa de arcilla—. Mantis se hallaba en un distante desierto, pues de vez en cuando le enfermaba su vida entre los hombres y mujeres y necesitaba el dulce néctar de las flores blancas que crecían allí para llenar su espíritu. Pero cuando la Abeja voló a ella para hablarle de la gente buena que estaba muriendo por todas partes en su patria, arriesgó su vida y no vaciló en subirse a las alas de su amiga.

»Al descubrir que muchos ya habían muerto de hambre, Mantis convenció al Avestruz de que les diera un poco de su miel o al menos les acompañara a sus colmenas. Pero la gran ave se negó a hacerlo. Mantis la regañó, por supuesto, pero lo único que hizo fue agitar las plumas de la cola ante ella. Y entonces esa necia ave se metió toda su miel bajo el ala y se alejó volando. De modo que Mantis empezó a pensar en cómo podría robársela para que las Primeras Personas pudieran sobrevivir. Pero sin su néctar se encontraba cada vez más débil.

Medianoche se inclinó hacia mí y me dio unas palmadas en la pierna.

—Un día se arrastró lentamente hasta el Avestruz y dijo con su frágil voz: «He encontrado un árbol que tiene las ciruelas más

sabrosas. Te gustarían mucho, muchísimo».

»La crédula ave le pidió que la llevara hasta el árbol frutal enseguida-enseguida. Así que Mantis la llevó a un árbol cargado de ciruelas amarillas. El avestruz picoteó feliz de las ramas inferiores, pues la fruta era deliciosa.

»Pero Mantis dijo: "Las de arriba aún son mejores. Si las recubres con tu miel, nada será más exquisito". Y el ave estiró el cuello para llegar más arriba.

»"Estúpido", le dijo el insecto. "Ahí no, más arriba, en lo alto. —Medianoche señaló con su pipa hacia el cielo y entrecerró los ojos —. Aquella grande de allí, en la copa del árbol, es la más dulce de todas"».

Mi amigo entonces se puso en pie, formando un pico glotón con el índice y el pulgar.

—El ave estiró el cuello todo lo que pudo. Y en el momento en que cogía la ciruela que estaba en lo más alto —aquí, Medianoche cerró los dedos— Mantis utilizó las fuerzas que le quedaban y se puso bajo su ala, robándole todos los panales de miel menos uno.

»Desde ese día, John, el Avestruz no ha vuelto a volar por miedo a perder el último panal. En cuanto a los hombres y a las mujeres, como sabes, poseemos la sabiduría de la miel para sostenernos cuando nos sobrevienen toda clase de desgracias.

Pero, ¿que le ocurrió a Mantis cuando agotó sus fuerzas? ¿Murió?

Los ojos del africano brillaron con deleite.

—No, John, no murió. Porque la luna, al llorar por ella, le arrojó encima sus lágrimas de luz suavizada y cuando Mantis las lamió se recuperó. Como entonces poseía algo de la eternidad de la luna, jamás volvió a estar enferma.

Medianoche me hizo un guiño para indicar que la historia había terminado y, satisfecho, dio unas chupadas a su pipa.

—Pero, ¿qué significa? —pregunté.

Me besó en la frente.

—Nada que Mantis y yo pudiéramos estar haciendo jamás en el distante desierto nos impediría acudir a ti y robar un tesoro si alguna vez lo necesitaras.

Tres días antes de que padre y Medianoche tuvieran que partir hacia Inglaterra, un extraño ruido me despertó al amanecer. Al principio pensé que era *Fanny* que gemía. Me eché la manta a los hombros y seguí el ruido, que me llevó hasta la sala de estar. Allí, junto a la chimenea apagada, encontré a mi padre doblado en su sofá, sollozando de forma convulsa. Me estaba retirando por donde había venido para evitarle la vergüenza cuando me llamó.

La llama de una vela iluminó sus ojos. Estaban tan llenos de desdicha que pensé que debía de haber recibido alguna noticia terrible. Tal vez había muerto tía Fiona.

Hambriento de mi roce, me tendió su mano temblorosa y yo me, arrojé a sus brazos. Su aflicción era sobrecogedora.

—Papá, ¿qué ha ocurrido? —pregunté.

—Un sueño —susurró—. Me encontraba completamente solo en una casa vacía. No había lumbre. No había luz. Tu madre estaba muerta y tú te habías ido… yo no tenía idea de adonde. Me hallaba solo en la oscuridad. Y permanecería solo eternamente.

—Estoy aquí —dije, cogiéndole los hombros— y no te abandonaré.

Secándose los ojos con la mano dijo:

—Eres bueno. Y ahora estaré bien. Sólo ha sido un sueño tonto. Vuelve a dormir. Lamento haberte asustado.

—Te acompañaré a tu habitación. Vamos, deja que te lleve. Como tú hacías cuando yo era un niño.

—No, no, déjame quedar aquí. No quiero despertar a tu madre.

—Entonces me quedaré contigo.

—Sí, siéntate conmigo. Me hará bien sentirte cerca de mí.

Sus ojos se cerraron y empezó a respirar con más calma. Durante un rato me acarició el cabello y empezó a contarme en susurros una historia, sobre un duende que se enamoró de una sirena, pero no la terminó, pues pronto se quedó dormido. Temblando de frío, esperé a estar seguro de que no le despertaría; entonces volví a subir a mi habitación, con la sensación de que cada pisada era un paso a un mundo extraño en el que mi padre estaba eternamente solo y

llorando.

Nunca volvimos a hablar de su pesadilla.

El día de la partida, acompañé a padre y a Medianoche al muelle. Mamá se quedó en su habitación, demasiado alterada para ir con nosotros.

El sol resplandecía en el cielo azul, arrojando luz sobre el nuevo puente que había sido construido sobre el río, uniendo Oporto por la orilla norte con Vila Nova da Gaia en el sur.

—La ciudad está creciendo —dijo papá—. Igual que mi hijo.

Me sonrió con afecto y nos abrazamos por última vez con completa y sincera amistad, creo. Me dijo que obedeciera a mi madre en todo, ya que aunque midiera varios centímetros más que ella, no estaba a su altura en cuanto a sensatez e intuición.

Me prometió que estaría en casa por Navidad.

Luego abracé con fuerza a Medianoche, lo que le hizo sonreír. Me dijo que cuando regresara me contaría la historia de cómo Mantis casó al *Gemsbok* con la Guía de la Miel, que yo creo que fue su manera de hacerme saber que se había fijado en mi reciente interés por las chicas.

—Ve despacio —me advirtió, y nos besamos en ambas mejillas.

—Tú también ve despacio.

Seguimos despidiéndonos con la mano incluso cuando subieron al barco. Medianoche y yo gritamos tonterías sobre *Fanny* durante un rato, simplemente para contener las emociones. Luego, cuando el barco levó el ancla, cantamos nuestra canción favorita: *El brumoso, brumoso rocío*:

> Ah, soy soltero, vivo solo,
> Y trabajo como tejedor,
> Y lo único que hice mal
> Fue cortejar a una joven doncella.
> La cortejé en verano,
> Y en invierno también.
> Y muchas, muchas veces

La estreché en mis brazos
Sólo para protegerla del brumoso,
brumoso rocío.

Al cantar esta tonada con Medianoche en el muelle… Jamás volví a cantarla hasta que nacieron mis hijas. Incluso entonces siempre oía la voz del africano acompañando la mía.

Durante su estancia en Inglaterra intenté conducir mi amistad con María Angélica a territorios más íntimos, pero continuamente me frenaba la vigilancia de su satánica madre, que gozaba de excelente vista. Una vez, al verme bajo su balcón, me llamó:

—No creas que permitiría que mi hija fuera acompañada por una basura como tú.

Me quedé mudo de asombro. Absolutamente descorazonado, me pareció mejor no arriesgarme a acercarme de nuevo hasta que padre regresara, para pedirle consejo sobre el mejor modo de proceder.

Recibimos dos cartas suyas escritas durante su viaje. Después de leerlas a solas, mi madre las compartió conmigo. En la primera relataba algunas de las maravillas de Londres, en particular un paseo por los jardines del Palacio Real de Kensington, que, desde que la corte se había trasladado a Richmond, se abría al público los domingos. Para gran alegría de papá, su hermana mayor Fiona había ido de Maidenhead a Londres para pasar una semana en la misma posada que padre y Medianoche, y en realidad se lo estaba pasando muy bien.

En la segunda carta, papá escribía que les había recibido el doctor Jenner en el St. Thomas Hospital, y que le había parecido un hombre amable y de mente aguda. Allí les hicieron una demostración del procedimiento de la inoculación. Papá quedó tan impresionado que pagó para que les inocularan a él y a Medianoche. El doctor Jenner destinó una hora de su valioso tiempo a padre y a Medianoche y respondió a todas las preguntas del africano amablemente, aunque sus vocales con acento de

Gloucestershire les obligaban a estar con el oído atento.

Padre nos decía que ya había encargado pasaje para ir de Portsmouth a Oporto en un barco que zarpaba el 14 de diciembre. Según cómo soplaran los vientos, debíamos esperarle a partir de la mañana del 19.

En una posdata aparte, escrita en la parte posterior de la última hoja, me escribió: «Espero que te portes bien con tu madre, pues ella es la única persona en el mundo que te quiere tanto como yo. Tu padre que te quiere, James Stewart».

Medianoche también había añadido algunas frases, para hacerme saber que su encuentro con Jenner había resultado muy, muy provechoso, y aunque Londres era un lugar magnífico, había demasiada gente para su gusto.

«Echo de menos estar con vosotros en nuestro querido Oporto», escribió, firmando *Medianoche* con un elegante floreo en la M.

Me impresionó mucho el modo en que había mejorado su escritura desde aquellas primeras semanas de estudio cuando insistía en añadir alas, hocicos y antenas a sus letras.

El 19, incapaz de dormir después del amanecer, salí fuera a jugar con *Fanny* y *Zebra* hasta que mi madre abrió sus postigos y me amenazó con estrangularme si ladraban una vez más.

El barco de padre fue avistado aproximadamente a las diez de la mañana. Para disgusto mío, madre se negó a dejar que me saltara mi clase del viernes por la mañana con mi tutor, el profesor Raimundo, y acompañarla al puerto. Y por eso sufrí otra de sus conferencias sobre la gloria de las funciones trigonométricas. No pude entender qué era lo que retenía a mis padres y pronto empecé a preocuparme por si padre y Medianoche habían perdido el barco.

El profesor Raimundo se marchó a mediodía. Me puse mi abrigo de lana y salí al gélido aire de la calle. Pensé en ir a ver al senhor Benjamín y pedirle que fuera conmigo al puerto, pues estaba convencido de que había ocurrido algo. Pero entonces les vi subir por la calle, rodeando mi padre a mi madre por la cintura.

El corazón me dio un vuelco de alivio y corrí hacia ellos.

Sin embargo, mientras me acerqué, vi que mamá había llorado. Cuando llegué junto a ella, me miró con los ojos tan enrojecidos por el dolor que temí que la hubieran golpeado físicamente.

—Papá, ¿qué ha ocurrido?, ¿qué le pasa a mamá?

—John, déjame llevarla a casa. Luego hablaremos.

—¿Adónde ha ido Medianoche? ¿Voy a buscarle?

Ninguno de los dos respondió. Padre apretó la mandíbula.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Se ha quedado en Inglaterra?

Papá no respondió.

—¿Qué ha pasado en Inglaterra? —grité—. ¿Está aún allí? ¿Está herido o… o…?

—Cálmate, John, por favor.

Abrí la puerta de casa y dejé pasar a papá y a mama. Mientras él la acompañaba al piso de arriba, me dijo que le esperara en la sala de estar. Paseé arriba y abajo, consumido por atroces pensamientos.

Papá bajó y se sirvió un *brandy*; luego preparó una ración más pequeña para mí.

—Bebe —dijo.

—Dime qué ha ocurrido.

—Haz lo que te digo, hijo. —Al darse cuenta de que había hablado con demasiada rudeza, añadió con suavidad—. Por favor, John, haz lo que te digo.

Tomé un sorbo de *brandy*, que me quemó la garganta.

—Siéntate —dijo papá, señalando el sillón de mamá.

Yo seguí de pie.

—Dime adonde ha ido Medianoche.

Él dejó su vaso sobre la repisa de la chimenea.

—Medianoche… Medianoche ha muerto, hijo. Lo siento.

—No, no… no es posible. Papá, es…

Él se acercó a mí, pero yo di un paso atrás.

—¡Mientes! ¿Dónde está?

—Medianoche nos ha dejado para siempre.

Hice gestos de negación con la cabeza.

—No, no quiero oír esto. No… no…

Sentí un vahído, como si fuera a caer en la pura oscuridad. Ya no recordaba adonde habían ido padre y Medianoche ni por qué siquiera. Papá movía la boca, pero yo no oía nada…

Desperté en la alfombra persa delante de nuestro sofá, tapado con una manta. Luna Oliveira me miraba fijamente, lo que me pareció muy extraño.

—Te has desmayado, John —dijo—. Estás en tu casa. Tu madre esta arriba.

Graça se reunió con ella y me sonrió. Me sentía como si estuviera en una jarra de cristal. Y entonces todo acudió a mi mente.

—¿Medianoche ha muerto? —pregunté.

—Espera, John —respondió ella, y se apartó.

Desde algún lugar detrás de mí, padre dijo que después se reuniría con nosotros. Al cabo de un ratito, se arrodilló y me ayudó a incorporarme. Acercó una taza de té a mis labios y me rogó que me lo tomara. Obedecí. El té estaba demasiado caliente y dulce.

—¿Medianoche ha muerto? —volví a preguntar.

Padre tomó un sorbo de la misma taza.

—Yo mismo le enterré antes de regresar a Oporto —dijo sombríamente—. Lo siento muchísimo, hijo.

Luna y Graça me dijeron que volverían a venir a verme más tarde. Después de verlas salir, papá me ayudó a sentarme en una silla y él se sentó delante de mí. Se recostó e inhaló profundamente para reunir valor, y entonces empezó a contarme la historia de lo que había ocurrido:

—Después de nuestra visita al doctor Jenner, decidimos que Medianoche debía ver algo de la campiña inglesa. Verás, encontraba el alboroto de Londres muy… bueno, le desorientaba mucho. Tomamos un carruaje hasta una pequeña posada en la ciudad costera de Swanage, un lugar tranquilo que yo había visitado en una ocasión.

Apareció una expresión nerviosa, crispada, en los labios de padre que nunca hasta entonces le había visto.

—En la tercera y última tarde que íbamos a pasar allí, el aire húmedo empezó a cargarse de electricidad y aquella noche hubo una fanfarria de rayos y truenos. Llegó la lluvia, que caía a cantaros

de un cielo plomizo tan bajo… tan bajo, John, que parecía a punto de derrumbarse sobre la tierra. Era una visión dantesca. Pero Medianoche estaba fuera de sí de excitación. Por la mañana, descubrí que ya había partido para seguir la lluvia.

Yo escuché todo esto sin hacer ningún comentario, sintiéndome separado de todas las cosas.

—A la mañana siguiente —prosiguió padre— salió el sol después de desayunar. Hacia las diez, un joven vestido con toscas prendas me abordó y me dijo que su amo le había enviado para llevarme al escenario de un lamentable accidente. La víctima de este accidente había sido hallada con un trozo de papel de carta de nuestra posada en el bolsillo. El joven describió este infortunado hombre al posadero y le dijeron que se había alojado allí.

Papá cogió la pipa de la mesilla auxiliar.

—Me apresuré a subir al carruaje del joven, por supuesto. Al cabo de media hora llegamos a una gran verja de hierro, tras la cual se erguía una mansión palaciega.

Secándose los ojos, dijo:

—Cuando el portero nos dejó entrar, nos recibió un anciano con peluca. Con voz temblorosa se presentó como lord Lewis Pakenham. Rogó le perdonara por hacerme salir de mi posada sin avisar, y luego me llevó hasta la pequeña capilla de piedra situada junto a la casa principal. Allí… y allí… —Papá bajó la cabeza y se aclaró la garganta—. Allí, John —prosiguió— vi una manta ensangrentada que cubría un cuerpo que yacía sobre un colchón de paja.

Se secó la boca con el dorso de la mano.

—Una vez retirada la manta, vi el agujero en el pecho de Medianoche producido por una bala de mosquete. Su color se había vuelto grisáceo y la expresión de su rostro no era la que había mostrado en vida.

Padre se volvió hacia la pared y siguió hablando, con voz desolada:

—Pakenham me dijo que su guardabosques había encontrado al «muchacho negro», así es como llamó a Medianoche, merodeando en sus tierras y le disparó tres tiros. El último fue el que le mató… el último. —Papá me miró, enfurecido—. Aquel miserable inglés con peluca me ofreció un pellizco de rapé de su caja de plata como si con ello pudiera compensar mi pérdida.

»Como no deseaba que “este contratiempo” (así lo llamó él) resultara un inconveniente para mí, me ofreció entonces un criado para el resto de mi estancia en Inglaterra. Decliné la oferta, por supuesto. Poco más tengo que contarte, hijo. Sólo que encontraron cerca la camisa y el abrigo del bosquimano, colgados de la rama de un árbol, tan alta que nadie salvo un gato habría podido llegar a ellos. En el bolsillo de su chaleco, entre otras chucherías como semillas y erizos, hallaron una hoja de papel de carta de la posada de Swanage.

Papá sacó el trozo de papel en cuestión y lo desdobló.

—Lee esto, John —dijo, entregándomelo.

Cuando lo cogí, papá me acarició la mejilla con afecto. Leí las últimas palabras de Medianoche.

«No era un *insecto* luminoso lo que te tragaste, sino un *proyectil* luminoso. Ahora lo sé. Y te diré un secreto. En muy raras, muy raras ocasiones Mantis elige a alguien que no sea bosquimano para llevarlo. Sé que ahora ella cabalga entre los dedos de tus pies. Y recuerda siempre que la llevas contigo adondequiera que vayas».

Al leer esto, se filtraron en mi mente pensamientos vagos y fríos como neblina. Parecía hallarme a kilómetros y años de distancia, y no comprendía lo que Medianoche había pretendido con estas palabras.

Cuando expresé mi asombro, papá me dio unas palmadas en la pierna y dijo:

—Eran para ti, claro.

20

La primera semana después de conocer la muerte de Medianoche ni me vestí ni salí de casa. Papá desayunaba conmigo en mi habitación. Apenas hablábamos ni comíamos, pero su presencia resultaba reconfortante. Yo no era consciente de lo que mi madre hacía entonces, pues permanecía encerrada en su habitación la mayor parte del día. En muy raras ocasiones, a media tarde, yo bajaba y la encontraba bordando. Se negaba a hablar de Medianoche.

Sentado con ella, mirándola fijamente a sus ojos enrojecidos con la mirada perdida, poco a poco fui comprendiendo que vivíamos en una casa donde reinaba el silencio. Medianoche estaba muerto y yo estaba vivo… me parecía un gran misterio.

En aquella época papá volvía temprano de la oficina por la tarde. Mamá ya se había vuelto a encerrar en su dormitorio. Él y yo comíamos pan con queso junto a la chimenea, o a veces en mi habitación. Mi cama se convertía en un mar de migas. A veces él preparaba también sopa de hinojo, su única especialidad.

Padre adquirió la costumbre de dejar la cena de madre en la puerta de su dormitorio y luego bajaba, y entonces oíamos que la puerta se abría y ella cogía la comida. Dos o tres veces le puse en su bandeja unas dalias amarillas de floración tardía del jardín de Medianoche, con la esperanza de que esto, de alguna manera, la consolara; pero ella nunca hacía mención alguna.

Padre decía muchas veces:

—Debemos tener paciencia, hijo. Tu madre… es una mujer que necesita tiempo. Vive un ritmo distinto.

Papá no paraba de decirme que el tiempo curaría mi sufrimiento, pero yo no le creía. Citaba a Robert Burns cada vez que sus propias palabras le fallaban, y recuerdo en particular estos versos, porque me recordaban que algún día me reuniría de nuevo con Medianoche en el Monte de los Olivos:

> Surge exultante en jubilosa a la esperanza,
> De que todos ellos se reunirán en días futuros…

A veces intentaba darme esperanzas, diciéndome que era un muchacho muy agradable que pronto encontraría compañías más leales. Los dos sabíamos que era mentira, pues era evidente para entonces que no tenía ni pizca de aptitudes para hacer amistad con chicos de mi edad, pero fingíamos creerlo.

Al cabo de un tiempo, trasladé muchas de las pertenencias de Medianoche a mi habitación. Dormía con uno de sus camisones porque su tejido se había impregnado de su olor… o al menos yo imaginaba que así era. Incluso un día cogí su carcaj, su arco y sus flechas y salí al bosque, pero no logré darle más que a una liebre.

A decir verdad, no quería hacer daño a nada más que a mí mismo.

Nunca le pregunté a mi padre cómo podría conseguir la mano de Maria Angélica.

Cuando me sentí más fuerte, él y yo llevamos a *Fanny* y a *Zebra* a

pasear fuera de la ciudad. Me habló del gran interés del doctor Jenner por mis dotes ornitológicas y sugirió que considerara la posibilidad de pasar un período de estudio con él. Propuso que al cabo de un año o dos observara al menos una estancia de varios meses en Londres, añadiendo que semejante experiencia seguramente me ayudaría a decidir lo que deseaba hacer con mi vida.

También prometió que viajaríamos juntos aquel verano a Amsterdam, una ciudad que a menudo he deseado visitar por su próspera comunidad judío-portuguesa. Recuerdo haber prorrumpido en llanto sin razón alguna cuando me lo dijo. En aquella época lloraba a menudo sin ninguna razón. O por razones que estaban ocultas en la profundidad de la tumba de Medianoche.

Como mi madre se encerraba en su dormitorio con llave, padre se veía obligado a dormir en el sofá de la sala de estar. Dejamos de invitar a gente e incluso insinuamos a Benjamín que de momento sería mejor que dejara de venir a cenar con nosotros el viernes por la noche.

A menudo mamá me miraba desde la ventana mientras jugaba con los perros en el jardín. Sin embargo, si le hacía señas o la llamaba, corría las cortinas.

Entonces, un martes por la mañana a mediados de enero, entró en la cocina vestida con el elegante vestido de seda azul que normalmente se ponía para las fiestas con cena. Cogiéndose el collar de perlas, anunció que iría al mercado. Yo esperaba que padre sintiera tanta curiosidad como yo por este cambio de estado de ánimo, por no mencionar su extraña elección del vestido, pero se sentía demasiado aliviado para hacer ninguna pregunta. Dio un brinco, se precipitó hacia ella y apretó los labios en su mejilla como si le diera la bienvenida a casa después de un viaje peligroso.

Aquella noche ella dejó entrar a mi padre en su dormitorio.

Yo esperaba que se hubiese recuperado de su conmoción inicial y de la pena, pero durante la semana siguiente más o menos tuvo el

aspecto de una frágil criatura que se preparara para un largo invierno. Iba por la casa a toda prisa, de tarea en tarea, como si detenerse a descansar pudiera hacer que se deshiciera. Una vez se confundió y preparó té con orégano y en otra ocasión dejó trozos de cáscara en la sopa de huevos, bacalao y patatas. Indicio inequívoco de que su mente se hallaba a gran distancia de allí. Quizás estaba en Inglaterra poniendo rosas de nuestro jardín en la tumba de Medianoche. A menudo sueño despierto que hago precisamente eso, y no puedo creer que nuestros pensamientos fueran tan diferentes. Siempre nos habíamos parecido en muchas cosas.

Una tarde de finales de enero, volvía yo de recoger nuestras sábanas planchadas de casa de la senhora Beatriz cuando encontré a mamá sollozando ante su piano. Se aferraba a su parte superior como si corriera peligro de caer en una oscuridad interior tan profunda que jamás pudiera salir de ella.

Le arranqué los dedos del piano y la atraje hacia mí. Ella se apoyó en mi pecho y gimió, dando violentas sacudidas. Era tan pequeña y delicada… fue como si yo me hubiera convertido en su padre.

Besándole la coronilla y aspirando el cálido perfume de su cabello me entraron ganas de llorar. Fue un momento terrible, pero extrañamente reconfortante como expresión de nuestra solidaridad.

—Debo pedirte disculpas por tantas cosas —me dijo después, secándose los ojos—, ¿Puedes perdonarme?

—¿Perdonarte por qué mamá?

Esperaba que dijera, «por no ocuparme de ti estas últimas semanas», ya que no me había ofrecido ningún consuelo.

Pero respondió:

—Por la muerte de Medianoche.

—Pero tú no tuviste nada que ver con ello.

—No, no, lamentablemente eso no es cierto. No debería haber permitido que tu padre y Medianoche se vacunaran contra la viruela. Debería haberlo dejado claro antes de que partieran.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo ves? Debían de tener fiebre. Debió de hacerles algo. ¿Por qué, si no, Medianoche habría salido corriendo en medio de la tormenta? ¿Y por qué tu padre no le protegió? No, John, ninguno de los dos debía de estar en su sano juicio.

Esto me pareció absolutamente ridículo, ya que padre en ningún momento había mencionado que hubieran sufrido delirios o siquiera la más mínima incomodidad. Y mamá sabía también que Medianoche a menudo seguía las tormentas. Alarmado por su lógica, le sugerí que descansara.

Más tarde, yo me encontraba de pie en la puerta trasera, observando a *Fanny* y a *Zebra* mordisquear la misma rama, cuando mamá lanzó un grito. Había derramado casi un cuarto de litro de agua hirviendo sobre la parte delantera de su vestido. Salía vapor de su pecho. Cuando le arranqué la tetera de la mano descubrí que estaba casi vacía, lo cual no podía haber sido accidental.

Madre me miró con terror, dándose cuenta de que se había escaldado gravemente. Puso los ojos en blanco y se desmayó. Abalanzándome sobre ella logré impedir que se desplomara al suelo.

La tumbé en el sofá de la sala de estar, le puse un cojín bajo la cabeza y corrí a casa de las hermanas Olivo, que despertaron a madre con una ampolla de sales. Mientras las escuchaba susurrarle, comprendí que su rabia se había revelado de la única manera que podía: primero con pequeños actos de hostilidad hacia mi padre y hacia mí, como poner cáscaras de huevo en la sopa, y ahora haciéndose daño a sí misma.

Cuando mamá despertó sugirió que me fuera de la habitación. En aquel preciso momento empecé a creer que había dejado de quererme.

Durante la semana siguiente, se encerró una vez más en su dormitorio, prohibiéndonos entrar a mi padre y a mí.

Mamá dejó de quererme durante varios años, creo, aunque eso es algo horrible de sugerir siquiera. Quizá debiera decir que su cariño hacia mí estaba dentro de una caja que contenía su matrimonio y el cuerpo de Medianoche y que la tapa estaba firmemente cerrada.

Supongo como posible que me quisiera demasiado y supiera que yo era el único capaz de traspasar su armadura. Si dejaba asomar su

amor por mí, si buscaba y acogía con agrado mi afecto, habría chillado durante días y días por la pérdida de todo lo que en otro tiempo había sido querido para ella, sobre todo su matrimonio. Cualquiera que mirara su pálido y demacrado semblante comprendería al instante que el suicidio era una posibilidad verdadera para ella.

Es irónico pensar, por supuesto, que aún pudiera amarme si estaba dispuesta a arriesgarse a perder la cordura. Quizás eso es algo que nadie puede preguntarse de otra persona.

Tras haber oído a mi madre expresar dudas que jamás había expresado sobre mi padre, pronto me atreví a acusarle de no cumplir con su deber de proteger a Medianoche. Él me suplicó que le perdonara, pero yo seguí atacándole, aunque él intentaba razonar conmigo. Finalmente, avergonzado por sus lágrimas, le permití explicar que jamás se perdonaría por haber perdido de vista a Medianoche.

Lamentablemente, el hecho de que padre admitiera su pesar sirvió de bien poco para acallar mis emociones, y me comporté con rudeza con él en numerosas ocasiones, llegando incluso a decirle en una ocasión que no quería que volviera a acompañarme en mis paseos con *Fanny* y *Zebra*. Sabía que me estaba comportando de forma abominable, pero simplemente no podía controlarme. El dolor reflejado en su rostro parecía una merecida contrapartida a mi frustración y pena. Pero él nunca me castigó ni hizo otra cosa que propinarme alguna leve reprimenda, diciéndome que el tiempo lo cura todo.

—Sí, incluso tu furia hacia mí, hijo.

Empecé a esconderme en mi habitación durante lo peor de mi depresión, y salía sólo cuando él se había marchado de casa. Pasaba los días en soledad, leyendo y dibujando. Nunca fui a ver a las hermanas Olivo, ni al senhor Benjamín ni a nadie.

Una tarde, a mediados de febrero, papá entró de puntillas en mi habitación mientras yo estaba tumbado medio dormido y se sentó a

los pies de mi cama. No abrí los ojos; aunque le oía llorar suavemente, me negaba a perdonarle.

Al final se marchó arrastrando los pies.

Lo más terrible es que padre nunca volvió a acudir a mí en busca de ayuda. Aquel día perdí mi oportunidad. Y el pesar que siento por reprimir mi amor hacia él me hace sentirme aún hoy en día como un miserable y un necio.

Siete años más tarde, antes de casarme, le conté a mi novia, María Francisca, todo lo referente a esta época con el fin de advertirle de que estaba tomando por esposo mercancía averiada. Para mi gran sorpresa, supuso que había negado a mi padre consuelo en aquel momento clave no tanto para castigarle como por miedo a perderle para siempre.

Pensé entonces que simplemente estaba tratando de aliviar mi culpabilidad, pero ahora veo que ella tenía razón; en secreto temía que la muerte me lo estaba quitando todo. Puede incluso que razonara que Daniel y Medianoche habían muerto debido al gran afecto que sentía por ellos, lo que significaba que yo —de alguna manera— había sido la causa de su triste destino. La muerte se vengaba de mí a través de ellos. Por qué, no podía estar seguro. Quizá simplemente por haber sido feliz, pero más probablemente por haber herido a Daniel cuando más necesitaba mi ayuda.

A finales de febrero mama enfermó, sufriendo terribles dolores de estómago, y se fue a vivir con la abuela Rosa durante cuatro días. En su ausencia, padre por fin se negó a seguir tolerando mi actitud.

—Esto ha ido demasiado lejos —me dijo una mañana, abriendo la puerta de mi habitación y entrando con grandes pasos, echando fuego por los ojos—. Esperaba tristeza e incluso rabia, pero no esta terca negación a regresar al mundo.

Tapándose la nariz con los dedos dijo:

—Dios mío, John, esto apesta como una pocilga. ¿No lo notas?

Abrió los postigos de par en par y las mosquiteras.

—¡Es asombroso! —gritó, levantando mi orinal que estaba junto a la cama y rebosaba. Lo llevó con cuidado hasta la ventana y lanzó su apestoso contenido mientras gritaba *sujidade* —porquería— con su particular acento escocés— John, estoy muy disgustado contigo.

—Cierra la puerta cuando te vayas —espeté, tapándome la cabeza con las sábanas.

Esto le enfureció tanto que se acercó a mí, apartó las sábanas y me cogió por el camisón con los puños, como si fuera a golpearme. Deseaba desesperadamente que lo hiciera, para poder devolverle el golpe. Y sin embargo sabía que el único acto que verdaderamente habría satisfecho mi rabia habría sido que él descendiera como Orfeo al submundo y trajera a Medianoche a casa.

—¡Te odio! —grité.

Él aflojó las manos, derrotado.

—Lo siento. Sé que esto es duro para ti. Aún eres muy joven. Algún día te recuperarás, igual que te ocurrió con la muerte de Daniel.

—No deseo recuperarme —respondí, pues en aquellos momentos imaginaba que dejar de sentir aflicción significaría abandonar mi último vínculo con Medianoche; mis lágrimas eran todo lo que nos unía a través de la barrera que separa la vida y la muerte—. En cuanto a Daniel, jamás le he olvidado. Y jamás le olvidaré.

—No, y jamás olvidarás a Medianoche. Esto no es lo que trato de… Oh, John, ¿crees que Medianoche habría querido que te quedaras aquí tumbado día tras día como si no hubiera sol en el cielo? A él le habría gustado que bailaras… que bailaras su muerte si debes hacerlo, levantarte y seguir adelante como siempre.

Entonces supe que había subestimado a papá; sabía más de mi afinidad con Medianoche de lo que yo creía. Sentí que crecía en mí una semilla nueva de afecto hacia él.

—Papá, ¿no le echas de menos?

—Le echo de menos cada día, John. Pero la vida… no es lo que desearíamos. Perdemos a los que amamos, uno tras otro. Yo perdí a mis padres y ahora he perdido a Medianoche. Y tu tristeza, hijo… Es duro de soportar para tu anciano padre. No parezco estar abatido

porque no puedo dar rienda suelta a mis emociones. Tengo una familia a la que mantener. Tengo que trabajar, John. Tengo que seguir adelante aunque me cueste sin permitirme el lujo de la desesperación.

Lloré por lo mal que había interpretado sus acciones.

—Lamento haberte dicho que te odiaba… y también de culparte. Jamás podría odiarte.

Se frotó los ojos.

—John, yo también me he despreciado. Más profundamente de lo que jamás habría imaginado. Quizá más profundamente incluso que tú.

Le prometí entonces que volvería a cumplir con mis obligaciones, pero no recuerdo lo que él dijo; tan inesperado fue que admitiera que se odiaba a sí mismo, tan poco propio de él, que aquella tarde no pude pensar en nada más.

Durante aquel invierno y primavera se produjeron tantas cosas desconcertantes en el matrimonio de mis padres que empecé a pensar que padre y madre tal vez no me habían contado toda la verdad sobre la muerte de Medianoche.

Poco dispuesto a poner en peligro el frágil estado mental de mamá, sólo interrogué a papá. En varias ocasiones me aseguró que mis sospechas eran totalmente infundadas.

Prueba de la resistencia humana es que pronto pude pelar patatas, bombear agua, hacer fuego, comprar en el mercado y realizar todas las demás tareas que se esperaba de mí. También mamá volvió a salir, esta vez para siempre. Que fuera capaz de asumir todas las obligaciones que se esperan de una esposa y madre dice mucho de su espíritu fuerte.

Pero estoy seguro de que sólo imitaba a la mujer enérgica que en otro tiempo había sido: aquella persona había dejado de existir.

—Nuestro sino en esta vida es seguir adelante pase lo que pase —me dijo.

Ni siquiera mi renovada fuerza pudo servir de puente entre los tres. Papá nunca me volvió a contar ninguna otra historia escocesa, ni subió con sigilo detrás de mamá para sorprenderla con un beso, y sus viajes río arriba ya no se consideraban un obstáculo a nuestra felicidad. Mamá nunca intentaba hacer reír a papá ni me regañaba por subir las escaleras de dos en dos, y yo tampoco les pedí consejo para elegir profesión.

Ahora me resulta evidente que una vez que padre regresó solo a casa, nuestra destrucción era inevitable. Tuvimos oportunidades de alterar el curso de nuestro destino, pero sólo si hubiéramos actuado mucho antes; si, por ejemplo, yo hubiera realizado aquel fatídico viaje a Inglaterra con padre y Medianoche. De haber ido yo, estoy seguro de que habría podido impedir la tragedia. Eso es lo que más me pesa y más lamento. Aun hoy veo la sangre en mis dedos.

Como deferencia a la petición de padre, el profesor Raimundo y yo reiniciamos las clases tres meses después de la muerte de Medianoche. Sin embargo, pronto descubrí que ya no tenía paciencia con su pomposidad.

A mediados de abril, reuní valor suficiente para plantear el tema a mi madre a la hora de la cena.

—Ya no soporto al profesor Raimundo, mamá. Me gustaría intentar estudiar solo.

Como mi madre había adoptado la estrategia de cambiar de tema cada vez que había que tomar una decisión, respondió.

—Cómete la sopa.

—Le encuentro tan aburrido que a veces lloraría. Estoy seguro de que está retrasando mis progresos.

—John, ya casi eres un hombre y puedes hacer lo que te plazca —dijo ella con naturalidad.

Entonces dije por primera vez en muchas semanas:

—Echo de menos a Medianoche. Le echo de menos cada día.

Madre no me miró.

—¿No le echas muchísimo de menos? —pregunté, inclinándome hacia ella con impaciencia—. ¿Recuerdas la primera vez que cenamos con él? Cuando nos dijo que África era memoria, nuestra memoria. ¿Recuerdas lo loco que le encontrábamos tú y yo?

Sin decir una palabra dejó la cuchara, se puso en pie y subió la escalera. La llamé para pedirle disculpas, pero ella se negó a darse la vuelta.

No volvería a hablar de Medianoche a mi madre ni a mi padre durante otro año.

Admito que no entendía por qué ella no quería hablarme de él, ni siquiera unos secretos minutos. No podía adivinar cómo habíamos llegado a aquella situación.

Parecerá absurdo, pero cada vez que nos referíamos a aquella hora de la noche en que las manecillas del reloj señalan directamente hacia el cielo, nunca volvimos a hablar de «medianoche» sino de las doce en punto.

21

Iba a cumplir dieciséis años a finales de abril y, como habían despedido a mi tutor, pronto emprendería una pauta de estudio en solitario. Hacía pocas otras cosas que requirieran un esfuerzo de concentración, siendo la única excepción las clases con las hermanas Olivo los viernes y mi estudio de la Torah con Benjamín los domingos por la tarde.

Sin embargo, los acontecimientos externos pronto alteraron nuestra vida de forma dramática. Napoleón vulneró la tranquila independencia de nuestra ciudad, igual que haría con todas las ciudades de Europa.

Los únicos aliados que le quedaban a Gran Bretaña en el continente eran Rusia y Portugal, y por eso el emperador francés se fijó en nuestro desdichado puesto avanzado.

El príncipe João, nuestro regente, era el cabeza de nuestra monarquía. En agosto de 1807 los embajadores franceses y españoles le pidieron que declarara la guerra a Inglaterra, utilizara su flota con las fuerzas francesas, confiscara los bienes de los buques ingleses y encarcelara a todos los súbditos británicos de su reino. Mientras se alargaban las negociaciones, los ciudadanos británicos de Portugal pudieron disponer de un tiempo muy valioso para preparar su partida.

Padre nos dijo a madre y a mí que él no huiría de Portugal. Como súbditos de la corona portuguesa, ella y yo estaríamos a salvo bajo la ocupación francesa, y él nunca había mantenido relaciones comerciales directas con el gobierno de Su Majestad ni ninguna empresa británica. Creía que su empleo en la Douro Wine Company, la empresa mercantil más importante de Oporto, le garantizaba

cierta seguridad.

Discutimos con lógica, pero él no cedió.

A decir verdad, regresar a Gran Bretaña no parecía significar gran cosa para él. Era evidente que había decidido que viviría o moriría, sufriría un matrimonio destrozado o lo reconstruiría, en Portugal.

Luego, el veinte de octubre, la guillotina cayó sobre el más antiguo de los aliados europeos: el príncipe João declaró la guerra a Gran Bretaña. Pero recibiría una sorpresa: Napoleón y sus lacayos españoles habían hecho planes para traicionar su tratado con Portugal y repartirse el país entre ambos. Un ejército francoespañol que constaba de dieciocho mil hombres comandados por el general Junot cruzó nuestra frontera a finales de octubre.

Desde Inglaterra enviaron un convoy de barcos para recoger a los británicos que desearan huir de Oporto, donde muchas de sus familias habían vivido durante generaciones. William Warren, como cónsul británico, fue el último en embarcar. Cuando el barco zarpó, alzó el puño hacia los que nos quedábamos en la orilla, pero mamá sólo frunció el entrecejo cuando le comenté su gesto desafiante:

—Es fácil predicar el valor cuando se huye ante el riesgo —dijo. Entonces nos dijo a padre y a mí que teníamos que enterrar todos nuestros objetos valiosos en el jardín.

Como nunca había experimentado los rigores de una ocupación y había oído al profesor Raimundo alabar a los franceses como gente honorable, me parecía una precaución ridícula. Sin embargo, no estaba dispuesto a disgustarla y obedecí. Ella y yo envolvimos sus pocos anillos y collares en toallas de lino, junto con nuestra plata, incluido su amado *menorah*. Lo depositamos todo en túneles que padre y yo cavamos debajo de los rosales.

Después cavamos otros pozos al azar, para enterrar objetos de poco o ningún valor. Nuestro razonamiento era que los franceses los descubrirían enseguida y se llevarían su contenido casi sin valor, dejando intactos los escondrijos más importantes.

—¿Y el piano? —pregunté—, ¿cómo lo esconderemos?

Mamá lanzó un gemido.

—No te preocupes, May, me ocuparé de ello.

Papá la cogió del brazo para tranquilizarla, pero ella se soltó. Al final, lo llevamos al estudio de papá, lo tumbamos en el suelo y lo

enterramos bajo un montón de libros y papeles.

Aquella tarde, a última hora, cuando ni mi padre ni mi madre se encontraban en casa, también tomé la precaución de enterrar las pertenencias de Medianoche, junto con las máscaras de Daniel, su talismán y el arrendajo que había tallado y regalado a mamá, y el azulejo del tritón que las hermanas Olivo me habían regalado cuando sólo tenía nueve años. Lo hice en secreto, como si temiera que mis padres fueran a decir que estos recuerdos no poseían suficiente valor para tomar tales precauciones.

El 29 de noviembre, cuando las tropas francesas y españolas se hallaban a una jornada de viaje a caballo de Lisboa, el príncipe João y el resto de la familia real, junto con nuestros ministros y gran parte de nuestra aristocracia, partieron hacia Brasil.

Llegó a Oporto la noticia de que la familia real llevaba a bordo de sus barcos más de la mitad del tesoro de Portugal. El milagro de ese día fue que ninguno de sus buques, tan cargados, se hundiera directamente hasta el fondo del puerto natural de Lisboa.

Al menos deberíamos haber podido bendecir las terribles carreteras de la campiña portuguesa por hacer más lento el avance del enemigo que marchaba hacia Lisboa. Y sin embargo no pudimos hacerlo. Los oficiales franceses y su ejército mixto se sentían tan desdichados por su tormentoso avance que lo compensaban con el pillaje y los asesinatos.

Una vez los soldados llegaron a su destino final y franquearon las puertas de la capital portuguesa el 13 de noviembre, fueron recibidos por multitudes extáticas de jacobinos y francófilos; las mujeres incluso les arrojaban rosas desde los balcones. Tras brindar por ellos en las tabernas y las calles, se tumbaron a dormir en las plazas y jardines, soñando probablemente con sus seres queridos

que habían dejado en casa. Dormidos o no, estos invasores nostálgicos, agobiados y asesinos eran nuestros nuevos gobernantes.

22

Durante los siete meses siguientes de ocupación todo estuvo razonablemente en calma en Oporto. Nuestro comercio del vino con Inglaterra, aunque prohibido, prosiguió, sin disminuir, garantizando a la ciudad cierta medida de seguridad económica. Nuestros barcos se dirigían primero a los puertos del norte, como Rotterdam, donde su carga era transbordada a otros buques con dirección a Portsmouth y Southampton. Sin embargo, no recibíamos correo de Gran Bretaña, y por tanto no teníamos noticias directas de nuestros compatriotas que habían partido meses atrás.

Mis padres se hallaban demasiado absortos en su silenciosa guerra para preocuparse por ello. Apenas se veían, ya que papá pasaba casi todo el tiempo en el trabajo. De los dos, él era el que más había cambiado desde la muerte de Medianoche. Ahora llevaba el pelo muy corto, y lo tenía gris en los lados y le raleaba en la coronilla. Tenía las mejillas chupadas y sus ojos azules, tan radiantes cuando yo era pequeño, ahora eran visiblemente fríos y distantes.

Una sola vez hablé en serio con alguno de ellos sobre lo que le había ocurrido a nuestra familia. Fue cuando cumplí diecisiete años y desperté de mal humor, con intención de hacer la vida imposible a todo el mundo. Padre me había dicho tres semanas antes que en cuanto le dieran permiso para viajar de nuevo río arriba, yo aprendería a supervisar las tierras, probar los terrenos y plantar cepas. Había decidido que me ganaría la vida en el negocio del vino. Aunque yo tenía intención de pelearme con él, reconocí que era mejor elegir enseguida una profesión. Pero no tenía ni idea de cómo podría aplicar mi amor por el arte y los libros.

Como algo especial por ser mi cumpleaños mamá preparó *rabanadas* para desayunar. Papá me regaló una corbata de seda azul que había pertenecido a su padre. Después, como siempre, se marchó a toda prisa a la oficina.

En cuanto hubo cruzado la puerta, pregunté a mamá:

—Dime la verdad: ¿odias a papá?

Ella frunció el entrecejo con disgusto.

—¿Odiar a tu padre? Qué extrañas ideas tienes a veces, John.

—Mamá, ya nunca le hablas. Antes tocabas para él. Antes le sonreías en secreto, cuando creías que nadie miraba. ¿Lo has olvidado?

—John, la gente cambia. Ya no somos tan jóvenes como éramos.

—Eso no tiene nada que ver.

—Oye, todos hemos cometido errores. Yo… tu padre. Pero no le odio.

—¿Qué errores has cometido tú?

Ella me miró como si hubiera hablado en una lengua extraña.

—John, puede que hoy sea tu cumpleaños, pero aún eres muy joven y no permitiré que me hables así.

—¿Cómo te hablaba?

—Como un abogado. No me están juzgando, que yo sepa.

—Quizá deberían hacerlo. Quizá un juicio os iría bien a los dos.

—Ya basta.

Mamá estaba temblando, y aunque yo me mostraba terriblemente avergonzado de mí mismo, no podía contener mi ira. Imaginé el piano de mamá, que en aquel momento parecía una extensión de su yo más íntimo. Quería herirla allí, donde más duele. Cogí un plato. Imaginé que subía la escalera y lo estrellaba en la madera de ébano, produciendo profundas señales que jamás podrían repararse.

En secreto deseaba que su odio me hiriera también a mí, por eso probablemente levante el plato por encima de mi cabeza y golpeé mi cráneo con él. Como he tenido muchas oportunidades de comprobar, las personas descorazonadas pueden cometer actos desesperados.

Por fortuna el plato no me causó daños graves. Palpé para saber si sangraba y me miré la mano: nada. Mamá se volvió y vio los fragmentos de porcelana esparcidos por el suelo. La agitación la

volvía asombrosamente distraída y no reparó en los trozos de porcelana que aún tenía yo en el pelo, por eso empezó a darme un sermón sobre mi falta de cuidado.

Le interrumpí.

—Maldita sea, mamá, ¿no puedes perdonarle?

—¡No me alces la voz, John Zarco Stewart!

—¿No puedes perdonar a padre? ¡Respóndeme ahora o romperé toda la cerámica que hay en casa! Todos y cada uno de los malditos molinos que haya hasta en el último plato. Te lo prometo.

—Me… me estás confundiendo… como siempre. No sé a qué te refieres.

—Mamá, los dos sabemos que él debería haber protegido a Medianoche. Pero no lo hizo. Y Medianoche está muerto. Padre está vivo. ¿No puedes perdonarle? Yo lo intentaré si tú lo haces.

—John… —frunció el entrecejo, meneando la cabeza—, hay tantas cosas que no sabes… —Cerró los ojos.

—Mamá, dime lo que estás pensando. Te prometo que no te interrumpiré.

Ella me buscó la mano.

—Siempre has tenido unos dedos hermosos. Incluso de niño. —Sonrió con aire pensativo—. Cuando eras muy pequeño tu mano no era más grande que una ciruela. Y tus dedos… —Me miró con ternura y me acarició la mejilla, cosa que no había hecho en meses —. Cada uno era tan delicado, tan elegante… tan perfecto.

—¿Puedes decirme algo respecto de lo de papá? ¿Puedes perdonarle? —volví a preguntar.

Ella suspiró, agotada.

—No es una cuestión de perdón. Las personas se hacen mayores. No puedes esperar que sintamos lo mismo el uno hacia el otro que cuando eras pequeño. —Me soltó la mano y clavó la mirada al frente con tristeza—. No, no es el mismo hombre con el que me casé, y seguro que yo tampoco soy la misma mujer a la que él cortejó. La gente cambia.

—¿Me estás diciendo, mamá, que ya no le quieres?

Mamá pareció sobresaltarse.

—John, ¿qué sabes tú del amor?

—Lo mismo que tú.

Ella frunció los labios como si yo me estuviera comportando de

un modo absurdo, lo que me enfureció. Di un puñetazo en la mesa y grité:

—Yo quería a Medianoche. Quería a padre y tú querías a padre. No de la misma manera, lo sé, pero, ¿acaso somos tan diferentes unos de otros?

—John, ¿tenemos que hablar de estas cosas? —me suplicó exasperada.

—Sí. Hace demasiado tiempo que no hablo de Medianoche. Es como si nunca hubiera existido.

—Quizá sería mejor que hubiese sido así. O que se hubiera quedado en África.

—No lo dirás en serio.

—Bueno, sin duda habría sido mejor para él, ¿no crees?

Me quedé sin habla. Fue la última vez que hablé de él con mis padres en muchos años.

Llegó el mes de mayo con una serie de proclamaciones del general francés Junot, en las que nos informaba de que era un leal amigo de Portugal y que su reinado sería encantador. Luego Napoleón cometió un error fatal. Cogió cautiva a la familia real española y entregó su corona a su hermano José. Los valientes habitantes de Madrid se rebelaron y obligaron al ejército invasor a huir a las montañas. La noticia de esta gran victoria enseguida llegó a otras ciudades, provocando alzamientos en toda España que diezmaron a los franceses y les hicieron preguntarse si no sería mejor que todos sus batallones se retiraran a toda prisa a París.

Todo ello fue una suerte para nosotros, ya que un gobierno provisional en la ciudad gallega de A Coruña ordenó de inmediato que todas las tropas españolas abandonaran Oporto. No sólo eso, sino que en una gloriosa exhibición de solidaridad, también hicieron marchar a todos los soldados franceses.

Pronto se creó en Oporto un gobierno provisional dirigido por nuestro obispo más anciano, Dom Antonio de Castro. Los británicos, que habían esperado pacientemente una oportunidad para acercarse a una autoridad local amistosa, nos enviaron siete barcos, que transportaban un ejército bien equipado, incluido un millar de soldados portugueses previamente destacados en Inglaterra. Dirigidos por sir Arthur Wellesley, que posteriormente fue nombrado duque de Wellington, el primero de estos buques superó la barrera de arena que protegía la desembocadura de nuestro río la mañana del 24 de julio. El propio Wellesley llegó en el buque de guerra de Su Majestad, el *Crocodile*, nombre que me hizo pensar en Medianoche y sus historias. ¡Cuánto le habría emocionado ver una flotilla de barcos de altos mástiles con la bandera del Reino Unido ondeando y navegando río arriba hacia nuestro muelle!

Las tropas británicas y portuguesas desembarcaron entre grandes aplausos. Aquel día vislumbré a Wellesley, montado en un gran caballo blanco en la Plaza Ribeira.

Sin embargo, al día siguiente, la mayoría de estos soldados británicos se dirigían hacia Figueira da Foz, a mitad de camino de Lisboa, donde tenían intención de empezar a perseguir y echar de Portugal a los galos.

En esa época protegía Oporto una milicia de soldados novatos equipados por los británicos. Me entrené con esta fuerza de reserva y aprendí a disparar un mosquete y, para mi sorpresa, descubrí que me gustaba bastante ser soldado. Mediante mucha práctica me convertí en tan buen tirador como cualquier otro de los reclutas, y nuestro sargento me alabó por mi rapidez en cargar y disparar. Sin embargo, felizmente para todos los interesados, no me llamaron a filas.

En su campaña para echar a los franceses, la flota de Wellesley llegó a Figueira da Foz el 1 de agosto y luego marchó hacia Lisboa siguiendo la costa atlántica. Sus tropas derrotaron al enemigo en Roliça y Vimeiro, con tanta rapidez y causando tantas bajas que para no seguir siendo humillados los franceses se apresuraron a firmar el Convenio de Sintra, mediante el cual accedían a abandonar Portugal.

Después, la lucha se trasladó a España, donde las fuerzas británicas y españolas unidas esperaban empujar a los franceses hasta su territorio y acorralarles allí. El único problema era numérico: el propio Napoleón entró en España aquel mes de noviembre, dirigiendo un ejército no menor de doscientos mil soldados. Su objetivo era atacar con todo su poder a aquellos presuntuosos iberos y subyugarles de una vez por todas. Aunque en Portugal no luchábamos en aquellos momentos, comprendimos que lo peor aún no había llegado.

23

De agosto a diciembre de 1808 fui río arriba con mi padre al menos una semana seguida cada mes con el fin de aprender su oficio. Sin embargo, al cabo de un tiempo, padre empezó a concentrar sus enseñanzas en la topografía y el trazado de mapas. Ahora su solemne intención era que aprovechara mis clases de dibujo y me convirtiera en dibujante.

Durante los meses de octubre y noviembre progresé bastante, y a principios de diciembre papá me dijo que estaba satisfecho porque ahora ya podía encontrar empleo: como dibujante o incluso como ayudante de agrimensor para la Douro Wine Company. Cuando no estábamos inmersos en nuestras clases, padre permanecía retirado. A veces le oía que salía del castillo de Macbeth a las dos o las tres de la madrugada en nuestro carruaje para visitar un burdel que había cerca, suponía yo. Cosa que me preocupaba, pero no tanto como yo creía. Aunque su adulterio me hizo olvidar las esperanzas de que se reconciliara con mi madre, razoné que si ya no la quería, muy bien podía encontrar un poco de consuelo en algún otro lugar.

Cuando no estábamos trabajando, papá en general se mostraba malhumorado. Me habría gustado rogarle que jugara a cartas conmigo simplemente o que me contara alguna historia de la Escocia de su juventud. Anhelaba crear un puente para llegar a él, para evitar que se hundiera cada vez más en su desdicha. En realidad, durante meses me engañé pensando que este puente lo proporcionaría nuestra nueva relación como maestro y aprendiz. Intenté brillar como alumno suyo, para que recordara que yo era su hijo.

Padre, sin embargo, se me acercó una vez, justo antes de la semana de Navidad, la última noche que íbamos a pasar en el castillo de Macbeth.

—Te daré ahora tus regalos, si no te importa —dijo, dándome unas palmaditas en el muslo—. En lugar de hacerlo en Oporto. —Tras ir a buscar una cajita de madera y una bolsa de tela a su habitación, me las entregó—. Por tu duro trabajo.

Dentro de la caja encontré una brillante navaja de afeitar con el mango de hueso y una bella brocha de pelo de tejón. Padre me había dicho a menudo que era necesario enseñar a un muchacho a afeitarse, para que nunca tuviera que someter su cara a los sucios dedos de un barbero ni arriesgarse a quedar desfigurado con un desliz de la mano por culpa del alcohol.

Haciéndome un guiño añadió:

—Las chicas te encontrarán más guapo si te afeitas como es debido. Verás, John, sinceramente estoy orgulloso de ti. Creo que no te lo digo lo bastante. —No le salía la voz—. Ni siquiera estoy seguro de que quieras oírlo. Pero en verdad estoy muy orgulloso.

Esas palabras me conmovieron profundamente y le dije que siempre le estaría agradecido por ser mi padre.

En la bolsa de tela estaba mi primer par de pantalones auténticos, que hacía poco tiempo se habían puesto de moda en Portugal.

Papá, son fantásticos —le aseguré, y él sonrió de un modo en que hacía siglos que no le veía hacerlo.

—La vida va deprisa, hijo. Ahora lo veo. El mañana está aquí antes de que hayamos echado un buen vistazo al hoy. Así que lo importante es pensar en las consecuencias de lo que haces. Pensarlas de antemano. Por esta razón nos hemos esforzado tanto en este nuevo trabajo tuyo. Para asegurarnos de que estás preparado para tu futuro.

Había empezado a llenar su pipa y le pregunté si podía preparársela. Hacía años que no se lo pedía. Le pilló por sorpresa, pero no obstante me entregó su tabaco de buen humor. Hice mi

trabajo con renovado afecto y respeto por él; luego me metí el tallo de su pipa en la boca, imitando su técnica, envolví la cazoleta con mi mano y la encendí con una astilla de la chimenea. Hasta entonces nunca había dado una calada en serio, y casi me asfixié.

En lugar de darme las gracias, o incluso de reírse de mi incompetencia, padre pareció alterarse. Intentando ocultar su poco agrado por la situación, dijo que necesitaba práctica pero que no debía adquirir ese hábito hasta al cabo de un año o dos.

No logré comprender qué era lo que había hecho mal hasta esa noche en la cama, cuando recordé que Medianoche a menudo compartía una pipa con él junto al fuego.

Aquella noche mi padre entró en mi habitación y me despertó.

—¿Qué ocurre? —pregunté incorporándome.

Él se sentó a mi lado. La vela creaba extrañas formas de luz y oscuridad en su rostro. Imaginé que había sufrido de nuevo su pesadilla de que estaba solo en nuestra casa, muertos todos los demás.

—Casi lo olvidaba, John —dijo.

Le cogí del brazo.

—¿Olvidar qué, papá?

Cuando se inclinó hacia mí noté que el aliento le olía a *brandy*. Me atenazó el pánico y me precipité a hablar, pero él me interrumpió:

—No esperes nada de nadie, hijo. Así nunca te decepcionarán.

—¿Papá? Papá, ¿qué ocurre?

—Escúchame, hijo. No esperes nada. Porque aunque puedas recibir alguna ayuda en tu vida, si tienes suerte, no la recibirás de las personas de las que más la esperas. Estas casi siempre te decepcionarán. Te aconsejo que recuerdes siempre que las personas son pequeñas bestias, hijo. Así en Gran Bretaña como en Portugal. —Me cogió un pie a través de la manta—. Ahora escúchame, muchacho. Haz siempre lo que tengas que hacer. Trabaja siempre duro. Sé egoísta si tienes que serlo. Y no confíes en nadie. ¡En

nadie!

Dicho esto, se puso en pie y salió de la habitación arrastrando los pies, descalzo.

Por la mañana, papá me llevó a su dormitorio, me puso delante de su espejo y me enseñó a afeitarme. Estaba calmado y estable y no hizo referencia alguna a su discurso de la noche anterior.

Al recordarle en esa época de nuestras vidas, a veces pienso en el *Coloso* de Goya. Solo, sentado bajo una luna creciente, de espaldas al espectador, el gigante en otro tiempo poderoso se vuelve con una mirada llena de esperanza, deseando encontrar a alguien querido esperándole del que despedirse por última vez.

Nuestro último viaje río arriba fue a finales de la primera semana de enero de 1809. Después nos vimos obligados a dejar de ir debido a que la guerra contra Napoleón en España no iba bien y en todas nuestras fronteras habían puesto la luz azul de aviso.

Principios de marzo trajo la llegada de veinticinco mil soldados franceses del general Soult a Portugal, a nuestra cordillera nororiental. Después de tomar la ciudad de Chaves, los refugiados empezaron a dirigirse a Oporto. Los pobres llevaban su vida entera en carretas de madera.

Benjamín y yo les dábamos nuestro pan y nuestra miel a estas pobres criaturas oprimidas, obligadas ahora a dormir en nuestras plazas y en nuestras playas. Verlas le llenaba de sobrecogimiento, ya que decía que eran el Antiguo Testamento hecho presente. Cuando le pregunté a qué se refería, dijo:

—Son los israelitas en el exilio y todos y cada uno de ellos estuvieron presentes en el monte Sinaí en la entrega de los Diez Mandamientos. ¿No lo recuerdas? ¡Tú y yo también estuvimos allí! —Me acerqué a él y me susurró al oído—. Las enseñanzas de Moisés son para cada minuto de la existencia, John. Cada vez que vemos que la Torah se refleja en nuestras vidas, volvemos a estar al pie del monte Sinaí.

El 22 de marzo, recibimos confirmación de que Braga, a menos de cincuenta kilómetros al nordeste, había sido tomada. Aquella misma mañana padre anunció que había hecho planes para que abandonáramos la ciudad. Tres carruajes pertenecientes a la Douro Wine Company saldrían en secreto a las tres de la madrugada de un pequeño muelle situado en el lejano límite oriental de la ciudad, justo debajo del Seminario del Obispo. Madre y yo nos iríamos, pero padre se quedaría.

—Es hora de luchar —dijo—. Si Oporto cae, me reuniré con vosotros río arriba en cuanto pueda. No os preocupéis, los franceses no me cogerán.

—Papá, esto es una auténtica locura. Tienes que venir con nosotros. No permitiré que te quedes.

—¡Mira quien está dando órdenes! —bromeó.

A pesar de su repentino buen humor, parecía exhausto y olía a *brandy*. No confiaba en que se cuidara, dado el estado en que se encontraba.

—Papá —dije—, si te niegas a ir con nosotros, yo también me quedaré y pelearé a tu lado.

—John, no te lo estoy pidiendo. Me esperarás río arriba con tu madre. No te he educado estos dieciocho años para verte caer abatido por una bala francesa.

Mamá coincidió mientras papá me abrazaba. Intenté apartarle, pero él me estrechaba con firmeza y me besó en la mejilla.

—Dios mío, deberías afeitarte un poco mejor —gimió—. Rascas. A las chicas no les gustará.

Antes de soltarme, me miró con dureza, imaginando quizá qué aspecto tendría cuando fuera un hombre adulto.

—Ten paciencia, te lo ruego, hijo —declaró en tono de disculpa —. Estaremos separados poco tiempo. —Metió la mano en el bolsillo del reloj y sacó su reloj de oro con la esfera de nácar. La cadena era la que había utilizado la bruja para atarle cuando era un sapo—. Guárdamelo —dijo, entregándomelo—. Pronto querré que me lo devuelvas.

Luego, como avergonzado por su gesto de afecto, se quedó con las manos a la espalda y miró por la ventanilla.

Acepté agradecido su regalo, pero me inquietó. Miré a mi madre en busca de apoyo para seguir animándole a partir con nosotros, pero ella estaba tan absorta en sí misma que no dijo nada.

Pasé el resto del día en un estado de melancolía. Después de cenar, me despedí de las hermanas Olivo, que se quedaban, pues se negaban a dejar sin protección su colección de arte.

—¡Si no regresas pronto, John, nunca te dejaremos volver a ver otro Goya! —me advirtió Luna.

También visité a Benjamín con mi padre. Sus dos hijos ya se habían marchado de la ciudad, pero él había decidido quedarse.

—Después de una batalla siempre se necesita un boticario —dijo —, así que estoy seguro de que los franceses no me harán mucho daño.

Madre fue a ver a la abuela Rosa para decirle que padre había reservado una plaza para ella en nuestro carruaje, pero las ventanas de su casa estaban tapiadas con tablas. Los vecinos dijeron que ya se había marchado hacia Aveiro para quedarse con sus hijos.

Padre, madre y yo aquella noche nos acostamos, pero apenas dormimos, ya que teníamos que levantarnos a las dos de la madrugada. Cuando papá asomó la cabeza en mi habitación para despertarme, dije:

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? Estoy muy preocupado… no puedo pensar en otra cosa.

—No, no puedo seguir dejando que otros hombres luchen por mí. Portugal ahora es mi patria. Soy demasiado viejo para regresar a Inglaterra o a Escocia.

—No eres demasiado viejo, papá.

—Tengo cincuenta años, John —meneó la cabeza—. No tienes ni idea de lo cansado que estoy.

—Todos nos cansamos, papá. Trabajas demasiado, y te preocupas por todo. Podríamos ir a Inglaterra y quedarnos con tía

Fiona una temporada. Yo puedo encontrar trabajo y tú podrás sentarte junto a la chimenea y leer. Yo mantendré a todos.

—Es una oferta generosa, hijo, y si los tiempos fueran diferentes incluso podría aceptarla, pero soy demasiado viejo para cambiar. Lo entenderás cuando tengas mi edad.

—¿Pero me prometes que te reunirás con nosotros río arriba?

—John, la vida es imprevisible. Son promesas que no puedo hacer ni aunque quisiera.

—No me marcharé a menos que jures que te reunirás con nosotros.

—Muy bien, te prometo que me reuniré contigo y tu madre río arriba.

Me hablaba con demasiada seguridad para que le creyera. Pero antes de poder decir nada más apretó sus labios a los míos con pasión, como si fuéramos amantes que se separaran. Después entrelazó las manos y dijo.

—¡Venga, levántate y vístete! Dentro de quince minutos nos vamos. Habrá comida en los carruajes, incluso té. Dije que si no había té mi hijo se convertiría en un monstruo escocés de los lagos… ¡un *kelpie* encolerizado!

Me despedí de *Fanny* y de *Zebra*, que se quedarían con padre, ya que no les permitían ir en los carruajes. Las abracé a las dos y les dije que se ocuparan de él. *Fanny* saltó a mis hombros como había hecho la víspera de San Juan tantos años atrás. A través de mis lágrimas les dije que no ladraran ni una sola vez si oían soldados. A modo de respuesta se limitaron a lamerme. Me sentía como si dejara mi corazón con ellas.

Madre, padre y yo nos afanamos en salir de la casa a la fría y ventosa oscuridad. Yo llevaba mi mosquete y padre su pistola. Se puso a cantar en voz baja *Barbara Allen*. Me uní a él y caminamos cogidos de la mano.

Madre no decía nada, aunque miraba a hurtadillas a papá; creo que con reticente admiración. Debía de haber observado que él y yo habíamos intentado reconciliarnos en las semanas anteriores. Yo creía que lo aprobaba en mi caso, pero no en el suyo.

Entonces papá entonó una melodía que yo no sabía. Como se me daba bien la música pude garabatear después unas anotaciones sobre ella y enviar esta transcripción a la

Healy's
Music Shop de Londres. Recibí respuesta en la que me comunicaban que la canción se titulaba *Ahora, oh, ahora no me queda más remedio que partir* y era del compositor isabelino John Dowland. Me atrevería a suponer que mamá conocía esta melodía tan bien como papá y que éste la tarareó por ella, como un último intento de obtener su perdón. La letra debía de reflejar con mucha precisión sus sentimientos y sus esperanzas para el futuro en aquella ocasión:

> Ahora oh ahora no me queda más remedio que partir,
> Partir aunque ausente llore.
> La ausencia no puede dar alegría,
> Una vez desaparecida la alegría no puede volver.
>
> Amada mía, cuando me haya alejado de ti
> Al instante se habrá extinguido toda mi alegría,
> Te amo a ti y sólo a ti,
> De cuyo amor en otro tiempo disfruté.
>
> Y aunque veas que parto,
> Mira dónde reside mi alegría,
> Hasta que la muerte me prive del sentido,
> Jamás morirá el afecto.

Mamá tenía los ojos fijos en el suelo mientras él ofrecía esta canción a la noche. La fría distancia de ella acalló visiblemente toda última esperanza que hubiera en él, pues cuando terminó la canción no intentó cantar más.

Al cabo de varios kilómetros llegamos a un valle protegido por enormes robles que ocultaban tres grandes carruajes. En ellos había nueve personas. Padre charló con el conductor mientras nosotros nos presentábamos a los otros pasajeros.

Cuando las campanas de la ciudad dieron las tres, madre y padre se besaron en la mejilla y él la ayudó a subir a su asiento. Yo le di un largo abrazo a papá. El corazón me latía con fuerza como si me advirtiera que nunca más volvería a verle.

Inhalé su glorioso aroma y me abandoné a su afecto. Al final, me apartó de él, sonrió para disimular su angustia y me entregó su pipa y su bolsa de tabaco.

—Toma, mi querido John —dijo, dándome un beso en la frente.

—Pero papá…

—Cógelo y sube al carruaje. Y piensa a menudo en tu padre, que no siente más que amor por ti. Te deseo lo mejor, hijo mío.

Los pasos que di para subir al carruaje fueron los más pesados que jamás haya dado.

—May —dijo padre dirigiéndose a madre a través de la ventanilla del carruaje—, siempre llevaré la carga de la culpabilidad, por lo tanto, no es necesario que tú lo hagas.

Sólo uno de nosotros tiene que condenarse. Te libero a ti de esa carga.

Papá se retiró unos pasos y gritó al conductor que podía emprender la marcha. Partimos y yo no pude seguir conteniendo mi tristeza. Mientras mi padre me decía adiós con la mano vi sus lágrimas derramándose libremente como las mías. Me asomé a la ventanilla y grité:

—Volveremos contigo y todo irá bien, papá.

Ojalá hubiera dicho algo más importante, algunas palabras que hubiesen podido hacerle cambiar de opinión. Cuando miré a madre ella estaba contemplando la luz de la luna que dibujaba peces plateados en el agua, temerosa de mirarme.

Dos días más tarde nos alojamos en una húmeda casa de campo en la orilla norte del río Douro, a once kilómetros de Regua. Madre estaba de muy mal humor debido a la suciedad y la porquería, y lo primero que hizo al llegar fue ponerse a limpiar con frenesí.

Sobrevivimos cuatros semanas a base de nabos, patatas y col rizada, haciendo todo lo posible por mantenernos secos y sanos, ya que el tiempo se había vuelto húmedo y hacía mucho viento. Pero nos hallábamos a salvo, y eso era lo único que importaba.

Mientras nosotros íbamos río arriba los franceses llegaron a Oporto,

haciendo sonar trompetas como para divertirse. Que yo sepa, padre había pasado los primeros días después de nuestra partida preparándose para la batalla, practicando con su pistola en el jardín, acumulando pan, *whisky* y ocupándose de *Fanny* y *Zebra*, a las que permitía dormir en su cama. El senhor Benjamín había tapiado con tablas su botica y se había trasladado al sótano. No tenía ni idea de cómo utilizar un arma de fuego, pero guardaba consigo una antigua y oxidada espada que pertenecía a su familia desde hacía muchas generaciones. Tenía el mango de plata, por supuesto; era lo adecuado para un alquimista judío, ya que la meta de su trabajo no era crear oro sino encontrar la esencia de la plata en todas las creaciones de Dios.

Las hermanas Olivo siguieron dibujando y moldeando su fruta día tras día. Por la noche compartían la misma cama, pegadas la una a la otra. Como judías, se preguntaban si las quemarían vivas, ya que se rumoreaba que los oficiales franceses eran terriblemente antisemitas. Si esto llegara a pasar, decidieron pedir que las ataran juntas.

Como respuesta a una llamada a las armas aquella fatídica mañana, padre ingresó en una línea de tropas portuguesas ya apostada en la Puerta Olival, muy cerca de nuestra casa. Poco después de que empezara la lucha, sin embargo, los cañones franceses y la superioridad del poder de sus mosquetes demostró ser aplastante para los defensores de la ciudad. Los hombres caían como moscas, floreciendo húmedas rosas rojas en sus pechos.

La batalla en la Puerta Olival se perdió en cuestión de minutos. Milagrosamente, padre sólo recibió un rasguño en la pierna. Arrancándole el mosquete a un compañero muerto, se precipitó junto con otros hombres a las defensas orientales, cerca de la iglesia Bonfim, donde había empezado la lucha. Se libró allí una terrible batalla que duró más de cuatro horas, durante las cuales tal vez otros diez mil residentes tuvieron tiempo de huir por las puertas de Oporto. Pronto papá llegó a la conclusión de que sería mucho más útil como diligente ordenanza que como mal tirador, y durante la mayor parte del tiempo de la lucha sirvió en este puesto. Pero justo después de las once, era evidente para todos que su causa estaba perdida. Unos doscientos hombres, padre entre ellos, se retiraron al Palacio del Obispo.

Centenares de soldados de la caballería francesa condujeron entonces la mayor parte de la infantería a Oporto. Pequeños núcleos de valientes residentes siguieron disparando con pistola desde sus patios y ventanas, pero pronto fueron silenciados. Papá y los otros soldados que habían llegado al palacio eran muy conscientes de que su causa estaba perdida, pero esperaban contener a las fuerzas francesas durante todo el tiempo posible, para dar más margen de huida a los habitantes de Oporto.

Las tropas francesas pronto arrastraron cañones hasta la plaza situada frente al palacio, al que dispararon sin piedad.

El puente de pontones que cruzaba el río Duero era la única vía de escape, y miles de personas huyeron en esa dirección. Con el ensordecedor rugido de los tambores galos, la caballería francesa cargó desde la parte superior de la ciudad hacia el río, disparando indiscriminadamente y cortándoles el paso a las aterradas multitudes con las espadas. Al ver al enemigo, la artillería portuguesa, apostada en el convento de la Serra do Pilar en lo alto del risco de la orilla opuesta, abrió fuego. Entonces fue cuando el puente cedió al peso de la aterrorizada multitud que soportaba. Produciendo un espantoso gemido, se partió en dos arrojando a dos o tres mil personas al río. No había esperanza para ellos, ni siquiera para los nadadores capaces. Hallaron su fin en los codiciosos brazos del río, igual que Daniel siete años atrás.

Cuántos se ahogaron aquel día nadie lo puede decir con seguridad. Sólo sé, por fuentes dignas de toda confianza, que decenas y decenas de cadáveres aparecieron en la orilla río abajo, atrayendo una nube de gaviotas como nunca se había visto. Entre los muertos se hallaban el senhor Tiago, el techador, y la esposa del senhor Policarpo, Josefina, junto con sus dos hijos. Tres días más tarde aún se sacaban del río cuerpos hinchados y con los ojos grises, y años más tarde los pescadores se quejaban de que el sedal se enganchaba constantemente en botas, pelucas e incluso cráneos.

Tan horribles fueron los siguientes tres días de violencia que no

creo que ningún habitante de Oporto pueda pensar de nuevo en los franceses sin desear venganza. Las hermanas Olivo, al igual que muchas mujeres, fueron perversamente violadas por bandas de soldados. Graça sufrió una hemorragia la noche del 29, cayó en coma y murió en brazos de su hermana al día siguiente. A Luna se le partió el alma, precisamente por la mitad, diría yo. Jamás perdonaré lo que les hicieron.

En cuanto a Benjamín, justo después de que los franceses rompieran las defensas de la ciudad, oyó a alguien en la sala de estar de su casa. Engañado por un grito pidiendo ayuda en portugués a través de la puerta cerrada con llave de su sótano, se precipitó escaleras arriba con su oxidada espada, donde se encontró a un joven soldado francés.

La sonrisa triunfante de este joven desató al guerrero que había en Benjamín, y cuando el francés apretó el gatillo de su arma sólo para errar el tiro, el boticario atacó con su espada e hirió fatalmente a su enemigo en el cuello. Benjamín huyó entonces a toda prisa a la orilla del río. Mientras esto tenía lugar antes de que se hundiera el puente de pontones, pudo cruzar apresuradamente hasta la otra orilla. Prosiguió su camino hacia el sur y se escondió en los bosques que discurren junto a la carretera que va a Espinho y regresó a la ciudad tras cinco días de permanecer oculto. Dos veces durante su huida un regimiento de soldados galos llegó a estar a cien metros de él, y dos veces yació de bruces en el suelo, recitando en silencio plegarias hebreas por el alma del joven al que había matado.

Mis queridas *Fanny* y *Zebra* no fueron tan afortunadas. Jamás volví a verlas.

Apostaría a que la mañana de la gran batalla papá las soltó en el jardín, ya que encontré allí un plato de huesos; lo más probable es que fueran de algún pollo que había comido él. Cuando los soldados franceses rompieron los goznes de la puerta de nuestra casa, los dos perros debieron de soltar fuego como dragones escoceses… y caer muertos de un disparo sumario, no me cabe duda.

Pero no encontré sangre. Posiblemente se había filtrado en el suelo del jardín. Sus cuerpos debieron de ser arrojados a los montones de estiércol junto con el resto de los caídos a los que prendieron fuego.

Sólo espero que no les hicieran sufrir.

Madre y yo abandonamos nuestro refugio rural para volver a Oporto el 3 de abril, cuando nos llegó la noticia del saqueo de la ciudad. Como no había barcazas para llevarnos río abajo, emprendimos el camino a pie. Jamás habría creído que mamá pudiera recorrer a pie semejante distancia —noventa y cinco kilómetros al menos— pero la impulsaba el terror, como si un ardiente metrónomo estuviera latiendo dentro de ella. Cada día caminábamos desde el amanecer hasta mediodía, hora en la que, con el sol en su cénit, descansábamos junto a la carretera, a la sombra primaveral que proporcionaban los pinos. Después continuábamos hasta la puesta de sol y encontrábamos refugio en granjas y cobertizos.

Los campesinos con los que nos encontrábamos eran amables, y mostraban la generosidad que uno a menudo encuentra por casualidad. Una anciana sentada en un campo masticando col cruda y contemplando conmigo el firmamento nocturno. Me dijo que las estrellas no eran cazadores, como había dicho Medianoche, sino semillas esparcidas por Dios. La tierra misma era una de esas semillas.

Contemplando la Vía Láctea me pregunté dónde estaría Violeta. Deseaba fervientemente que hubiera escapado de Portugal a América.

Once días después de haber partido, avistamos la Torre de los Clérigos desde un claro a varios kilómetros de la ciudad. Madre y yo nos echamos a llorar.

Nuestra casa había sido saqueada, y la porcelana de mamá destruida. La claraboya de la Torre de Vigilancia estaba destrozada y la lluvia se había filtrado por el suelo de la parte superior de la casa.

No tuvimos ánimos para escarbar bajo los rosales, por lo que no sabíamos que nuestra plata y joyas se hallaban a salvo. El piano no había sufrido daño alguno, enterrado bajo los libros.

La casa de la abuela Rosa permanecía tapiada, intacta, y el senhor Benjamín, que para entonces había vuelto a casa, nos contó que había oído que aún se encontraba en Aveiro y que estaba bien.

Faltaba padre. Mamá y yo buscamos frenéticos a alguien que le hubiera visto o hablado, y por fin encontramos a un vecino calle arriba que le había visto salir de nuestra casa al amanecer de la mañana del 29. Nadie le había vuelto a ver.

Dos días más tarde me enteré de su destino de labios de un joven sargento de los Leales Lusitanos, uno de los pocos afortunados que había sobrevivido al fuego de cañón en el Palacio del Obispo. Se llamaba Augusto Duarte Cunha, y le encontré en una de las abarrotadas salas del Hospital San Antonio, donde se estaba recuperando de una herida de bala en el pecho.

Con su acento y aspecto extraño, mi padre constituía una figura fácil de recordar, y el sargento supo exactamente a quién me refería en cuanto empecé a describirle.

—Le recuerdo bien —dijo Cunha, invitándome a acercar una silla a su catre.

Aferrándome a la esperanza, pregunté:

—Sargento, ¿sabe si… si mi padre sobrevivió al ataque de los franceses?

—No, me temo que no, hijo —respondió solemne—. Yo estaba con él cuando llegó el final.

—¿Le vio… le vio morir?

—Sí, estaba a su lado.

Hice esfuerzos para contener el llanto, pero al final tuve que salir precipitadamente al corredor, donde escondí el rostro

apretando la cara en la pared. Cuando volví a la sala, el sargento me estrechó la mano y dijo:

—Tu padre me caía muy bien, John. Era un hombre valiente. Lo lamento.

—Por favor… le ruego me cuente todo cuanto pueda sobre sus últimas horas.

—Te contaré lo que sé, pero tienes que comprender que los ataques de los franceses eran continuos y su número era muy superior al nuestro. Apenas había tiempo para conversar.

—¿Padre luchaba a tu lado?

—Sí, él tenía una pistola, una antigualla. No servía de mucho, me temo. Aunque eso no le impedía intentarlo. Tu padre resultó ser un buen tirador, pero le faltaba práctica.

El sargento describió entonces la batalla en la Puerta Olival y cómo mi padre había recibido una herida superficial de bala en la pierna.

—Poco tiempo después —dijo—, cuando la lucha se trasladó cerca de la iglesia Bonfim, tu padre dejó el mosquete que había cogido a un soldado muerto y ayudó a curar a los heridos. Resultó un ordenanza muy capaz. A los jóvenes les tranquilizaba que les ayudara un hombre mayor.

—¿Todo eso ocurrió el veintinueve?

—Así es, John.

—Y cuando podía hablar con él, ¿de qué hablaban?

—Recuerdo que lo primero que le pregunté fue qué le había impulsado a irse a vivir a Portugal.

—¿Y qué dijo?

El amor y el vino —respondió el sargento riendo—. Al principio no le creí, pero insistió en que era absolutamente cierto. Tu padre dijo que sus dioses eran Venus y Baco.

—Trabajaba para la Douro Wine Company, pero quería ser propietario de su propio viñedo, y quería que yo trabajara con él. Se casó con mi madre poco después de venir a Portugal. Estaban muy enamorados.

—Me habló de ella, John.

—¿Qué… qué le dijo? —pregunté, temeroso.

—Tu padre dijo que tenía un buen amigo que siempre estaba intentando convertir el plomo en plata. «Sargento», me dijo, «yo

hice lo contrario con mi matrimonio». Le pregunté qué quería decir, y me respondió que había estropeado las cosas con tu madre, John. Creo que me lo confesó porque todos sabíamos que era posible que no viviéramos para ver otro día. Me hizo prometer que valoraría a mi esposa e hijos por encima de todo.

—¿Qué más le dijo?

—Más tarde, cuando nos retiramos al Palacio del Obispo, hablamos una vez más. Tu padre dijo algo extraño: «Tal vez, después de todo, he superado la prueba».

—¿Qué prueba?

El sargento Cunha se quedó pensando en mi pregunta.

—No me lo dijo. Sólo me contó que cuando volvieras de río arriba te llevaría a Amsterdam como te había prometido. También pensaba llevarte a Constantinopla. Dijo que allí tenías un abuelo y antepasados que se remontaban a varios siglos. Me dio a entender que tenía intención de hacer un gran viaje por Europa. «Cuando hayamos terminado, iremos todos a Escocia», dijo. Quería llevarte a las murallas del castillo de Edimburgo y contemplar la ciudad. «Quiero estar con mi familia en lo más alto que podamos y que mi hijo vea de dónde procede».

—¿Dijo algo más?

—Repetía que necesitaba sacarte de Portugal. Tenías que salir de «la jaula» que había construido para ti, como decía él, lo cual me parecía peculiar, pero me explicó que quería que vieras algo del mundo, para que supieras que existía una vida más allá de Oporto. Dijo que no había logrado enseñártelo, pero que ahora lo haría. Hablaba con gran determinación y esperanza, diría yo.

—¿Y después?

—Unos minutos más tarde recibió un disparo en la sien derecha. Da las gracias porque no sufrió.

—¿Murió al instante?

—Sí.

El sargento tenía buenas intenciones al contarme esto, estoy seguro, pero no me sirvió de consuelo. Me dijo entonces que los cuerpos de los hombres con los que había luchado en el Palacio del Obispo, incluido el de mi padre, fueron amontonados por los soldados franceses frente a la catedral y les prendieron fuego.

—Guarda un buen recuerdo de tu padre. Murió como un

valiente.

—Sí, pero al morir… al morir fracasó en la prueba.

—¿Fracasó? No lo creo John. Tú nunca has estado en una guerra, pero déjame decirte una cosa: La mayoría de los soldados experimentados sabe que casi todo es en gran parte una cuestión de suerte. Pero una prueba no la superas o fracasas por una cuestión de suerte, hijo. No, la prueba, si es que se trataba de eso, era hacer lo que se esperaba de él: luchar. Y puedo decirte en ese aspecto que tal vez no fuera el mejor tirador, o ni siquiera el más hábil ordenanza, pero arriesgó su vida muchas veces aquel día, en ocasiones de forma temeraria, para dar a cientos de personas de Oporto tiempo para escapar por el puente… y para consolar a los camaradas heridos y moribundos. ¿Llamarías de verdad «fracaso» a eso?

¿Cómo expresar lo que sentía en aquel momento? Papá estaba muerto y mamá desesperada después de enterarse de su destino. Habían matado a *Fanny* y *Zebra*. Teníamos poquísimo dinero y yo ningún modo de ganarme la vida. Casi no había nada para comprar en los mercados, y los vecinos comían pellejo hervido para no morir de hambre. Yo ya no estaba seguro de nada, ni siquiera de mi identidad.

Como el cuerpo de papá no había sido enterrado, Benjamín y yo recitamos unas plegarias para asegurarnos de que su alma no vagase por la Tierra.

Una vez soñé que no le habían matado, sino que había huido de la desdicha de nuestra familia para vivir otra vida al otro lado del puente. Después lamenté no haberle visto muerto; sentía una urgente necesidad de confirmar con mis propios ojos que había muerto, y que jamás volvería a contarme una historia de brujas y monstruos, ni me traería piedras de sus viajes, ni me pediría que le leyera…

Para mamá, su aroma en la cama la volvía loca. En raras ocasiones salía de su habitación; era evidente que apenas dormía. En una ocasión, después de haber estado llorando en mis brazos,

dijo:

—Ahora James se está vengando.

Descubrí que lo que más deseaba entonces era perdonar a mamá y ser perdonado. No tenía fuerzas para seguir viviendo si eso significaba pelearme con ella. Ella debía de sentir lo mismo, pues una mañana se me acercó y me prometió amarme como antes.

Nunca volvimos a alzarnos la voz ni a decirnos nada cruel. Nuestra paz era una cosa buena; me sentía como si hubiera redimido lo poco que aún quedaba de mi corazón.

Le conté lo que papá había dicho de llevarnos a Escocia.

—No lo sé, John —respondió ella—. No estoy segura de que el hecho de estar en lo más alto del mundo nos hubiera ayudado a tu padre y a mí. Tal vez sólo nos habría permitido ver con mucha más claridad los errores que cometimos. La perspectiva puede resultar peligrosa.

—Pero podríamos haber empezado de nuevo en Escocia —insistí —. Y tú siempre decías que querías vivir en Gran Bretaña.

—Es cierto, John. Incluso ahora podría ser mejor para nosotros. Aunque admito que me asusta pensar en ello. —Recorrió con una mirada larga y lenta la sala de estar y dijo—: Al menos aquí todo nos resulta familiar. —Al ver mi decepción, añadió—: John, no puedo afirmar que sé cómo dos personas que han perdido su camino en la vida pueden encontrar de nuevo el camino a casa. Tal vez tu padre lo sabía. Tal vez levantar un arma le hizo ver con más claridad que yo lo que tenía que hacer. Me temo que ya no puedo ofrecerte certezas y lo lamento. Sé que mereces más de tu madre. Ojalá las cosas fueran diferentes.

—Pero, ¿habrías ido si él te lo hubiera pedido? —Para mí era vital saber que habríamos hecho lo que él pedía y, al final, tratado

de volver a empezar en un lugar nuevo.

No lo sé, John. Creo que habría sido mejor para ti y tu padre ir. Yo lo había estropeado todo entre vosotros.

—Se le quebró la voz—. Igual que… igual que estropeé tantas cosas.

Apartó sus ojos de mí un rato; luego cogió su labor de bordado con manos temblorosas. Se las cogí y me senté con ella. Era agradable sentir la proximidad y el calor que aún podíamos compartir juntos, era como un viejo sueño que creía que jamás volvería a tener. Entonces una asombrosa revelación me hizo ponerme en pie.

—Mamá, ¿no lo ves? Papá estaba haciendo planes para llevarnos a Escocia; eso significa que estaba dispuesto a abandonar la idea de tener su propio viñedo.

—Sí, supongo que sí, John.

Era evidente que no comprendía el significado más profundo del asunto.

—¡Estaba dispuesto incluso a abandonar eso para recuperar tu amor! —declaré—. No volver a ir nunca más río arriba y dejarte sola. Iba a dejarlo todo para estar con nosotros y tener otra oportunidad.

El rostro de mamá palideció. Gimió cuando la acaricié y luego se dejó caer contra mí.

—Basta, John —me rogó—. Por favor, no puedo oír más cosas de lo que habría podido ser.

Pasamos aquellas primeras semanas de dolor reparando nuestra casa. Incapaces de rogar que nos dieran algo más que algunos nabos y alubias y alguna col podrida, nos moríamos de hambre casi siempre.

Mi madre acudió a colegas que habían trabajado con padre en la Douro Wine Company, donde hacía tiempo había invertido todos nuestros ahorros, pero nos informaron de que era imposible acceder a sus cuentas. No podíamos desenterrar nuestra plata y venderla, ni

siquiera de forma clandestina, pues no podíamos correr el riesgo de que los franceses tuvieran conocimiento de nuestro tesoro.

Los franceses nos hundieron en la miseria y siguieron siendo nuestros indeseados invitados hasta tres semanas después de cumplir yo dieciocho años. El 20 de mayo de 1809. En esa fecha, consagrada por la historia de nuestra ciudad, las fuerzas británicas y portuguesas bajo el mando de Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, les expulsaron por segunda y última vez de Oporto. Nuestra ciudad era libre.

En cuanto mamá se sintió con fuerzas suficientes para salir de casa, volvió a ir a ver a los directores de la Douro Wine Company para hablar de las inversiones de padre. Sabíamos que vender las escrituras de nuestras tierras río arriba podría ser lucrativo, y los antiguos patronos de papá eran los compradores evidentes. Mamá les ofreció todas nuestras acciones, pero su contraoferta era menos de lo que mi padre había pagado en un principio. Esto nos pareció una gran traición, pero la sorpresa más amarga aún estaba por llegar. Cuando preguntó en qué puesto podría trabajar yo en la Douro Wine Company, como había sido el deseo de su difunto esposo, le dijeron en términos claros que jamás me contratarían, aunque estuviera perfectamente capacitado. De este modo se enteró mamá del grado de animadversión que los colegas de papá albergaban contra él por su deseo de ser propietario de un viñedo. Tampoco le perdonaban que hubiera llevado lo que llamaban un «mono gigantesco» a sus oficinas.

Nuestra humillación me recordó la advertencia de papá de que no contara con que nadie me ayudara jamás. Seguramente conocía el resentimiento que sentían hacia él algunos de sus colegas. Por fin comprendí por qué deseaba tanto tener sus propias tierras y ser

dueño de su destino.

A principios de julio, mamá me leyó una carta de tía Fiona, en la que nos invitaba a compartir la casita de Londres que recientemente había comprado. Cuando terminó, dobló la correspondencia.

—Bueno, John —dijo—, así es. Sabes que siempre he esperado la oportunidad de vivir en Londres. Ahora que ha ocurrido lo peor, se ha convertido en una posibilidad real para nosotros. Tu tía Fiona es una mujer considerada y no nos invitaría a Inglaterra si no nos quisiera allí. Al principio no estaba segura, pero ahora ella y yo estamos convencidas de que es lo mejor.

—Mamá, ¿te has convencido después de enterarte de los últimos deseos de papá?

—No lo sé, John. No estoy segura de conocer mi propia mente.

La amarga ironía de poder ir a Gran Bretaña ahora que mi padre había muerto me hizo sentir unas dolorosas ganas de verle.

—John, por favor —dijo ella en tono implorante—, te ruego que no pienses en lo que tu padre querría. Una vez, hace mucho tiempo, te acosaba Daniel y lo que creías que él quería. Acabaste tirándote del tejado. Te pido que no vuelvas a cometer ese error. No debes escuchar tanto a los muertos. No pienses en lo que papá querría. Ni siquiera en lo que yo quiero, en realidad. Piensa sólo en lo que sería mejor para ti.

—No sé qué hay para mí en Inglaterra —le dije—. ¿Qué haré en Londres?

—Para empezar, proseguir con tu educación.

—¿Cómo? No tenemos dinero para eso.

—Encontraremos la manera. Confía en mí.

En cuanto me pidió *eso* me di cuenta de que era exactamente lo que ya no podía seguir haciendo. Incluso se me ocurrió que padre se refería también a madre cuando me indicó que no confiara en nadie.

Mis sentimientos se redujeron a esto: No sólo su matrimonio había fracasado, sino que también me había retirado su amor

durante años, por razones que no podía adivinar. Hasta que supiera la verdad, podía perdonarla y amarla como siempre había hecho, pero no podía confiar en ella.

—Preferiría quedarme —declaré, en gran parte para herirla.

—Ya lo veremos —dijo ella; se puso en pie y se dirigió hacia la escalera—. Los dos pensaremos en lo que queremos y entonces volveremos a hablar.

Eran palabras conciliadoras, pero por su tono comprendí que ya había tomado una decisión.

24

La serie de acontecimientos aparentemente sin importancia que iban a influir en gran medida en mi decisión de quedarme en Portugal y en la profesión que elegí empezaron cuando el señor Gilberto, un ceramista local, visitó a Luna Olivo a mediados de julio, unas ocho semanas después de que los franceses hubieran sido expulsados de Oporto. En el momento en que llamó, ella acababa de descubrir unos dibujos de esfinges y otras bestias mitológicas que yo había hecho cuando tenía once años. En la esquina inferior derecha del primero, que mostraba un grifo descendiendo en picado hacia la Torre de los Clérigos, su hermana Graça había escrito con afecto: «John… enero de 1802. Cumple el potencial que reconocimos en él. Pero necesita disciplina».

—Buenas ilustraciones —dijo Gilberto a Luna tras observarlas con más atención—. ¿Quién las ha hecho?

—John Stewart. Un muchacho de nuestra calle. El que hace años vio tu azulejo con el tritón y se lo regalamos.

Ahogando la risa, Gilberto dijo:

—¡Tiene buen gusto, este muchacho!

—En realidad, salvo admirar tu trabajo, siempre ha demostrado ser muy razonable.

—¡Oh! —Fingió que se le había clavado una flecha en el corazón y se la arrancaba, riendo de nuevo—. ¿Aún vive en Oporto?

—Sí, pero los franceses mataron a su padre. Y necesita trabajo, pobre muchacho.

Los dos llegaron a mi casa aquella tarde, un rato después. Me alivió ver de nuevo a Luna, ya que se había vestido de negro y no había salido de casa desde el funeral de Graça. Nos besó con ternura, pues se había creado entre nosotros un vínculo afectivo aún mayor desde la muerte de su hermana.

Tras presentarme a Gilberto, elogió su obra y le dije que su azulejo seguía enterrado bajo la maleza de nuestro jardín, donde se hallaba bien protegido.

Cuando todos nos encontramos confortablemente sentados en nuestro patio, Gilberto me hizo su propuesta: Tras haber visto mis dibujos y reconocido cierto talento, estaba dispuesto a emplearme como aprendiz para un período de tres años. Durante este tiempo ganaría un pequeño salario y tendría derecho a cocer tanta cerámica como quisiera para uso propio. Me haría trabajar duro, pero me enseñaría habilidades valiosas y yo jamás querría vivir de otra cosa. Si todo iba bien, o me tomaría como socio *júnior* cuando cumpliera veintiún años o me haría un préstamo para que creara mi propia empresa, siempre que accediera a instalarme a una distancia no inferior a cinco kilómetros de su tienda.

—Es una perspectiva estupenda —dijo madre—, pero tengo mis dudas respecto a si resulta práctica. Últimamente hemos estado pensando en trasladarnos a Inglaterra, para vivir con la hermana mayor de mi difunto esposo.

No percibí ninguna duda en mamá; era tan grande mi deseo de quedarme en Oporto y aprender un oficio sólido que sabía que aceptaría la generosa oferta de Gilberto.

—¿Me permitirá trabajar con mis propios diseños? —pregunté.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Luna—. ¿Dónde están tus modales, muchachito?

Gilberto le puso una mano tranquilizadora en el brazo.

—Ahora no, John. No creo que sea prudente que empieces con prisas. Pero dentro de unos seis meses podrías añadir tus propios toques… no veo por qué no.

—Senhor Gilberto, antes de que hagamos un trato, quiero

decirle algunas cosas sobre mí mismo, para evitar posteriores malentendidos, ya me entiende. No querría que el cariño que me profesa mi querida Luna le impidiera ver mis defectos. En primer lugar, y el más importante, soy terco. Y a pesar de las súplicas de mamá y de su magnífico ejemplo, mis modales están lejos de ser perfectos. Asimismo, a diferencia de muchos portugueses, no me desagradan los españoles. Soy sumamente parcial con Velázquez, Púbera y Goya. Detesto la estrechez de miras y soy medio judío.

Gilberto me cogió del brazo.

—¿Goya, dices? He visto sus grabados en casa de Luna, y sus dotes son tan grandes que a veces me asustan. —Luego anunció—: Me gustaría seguir el sensato discurso de John y decir algunas palabras sobre mí. —Entonces el buen ceramista declaró que por la mañana estaba malhumorado, a veces era descuidado con su aseo personal y estaba extraordinariamente orgulloso de las cosas bellas que podía hacer con sus manos. Concluyó señalando para la posteridad—: Hago un esfuerzo especial para desentonar cuando estoy con personas que no me gustan y que me hacen perder el tiempo. —Inclinándose hacia un lado para tirarse un pedo, añadió —: y a veces tengo almorranas que me hacen aullar cuando utilizo mi orinal.

Me reía por primera vez en siglos. Incluso mamá se vio vencida por sus esfuerzos por hacernos sonreír. Ya me gustaba tanto aquel hombre que habría empezado mi aprendizaje al día siguiente, pero mi madre explicó que teníamos que hablar de nuestro traslado a Inglaterra y le daría una respuesta al cabo de una semana.

Ella y yo hablamos largamente sobre su oferta varias veces, y creo que mi decisión de quedarme en cierto modo fue un alivio para ella. No es que deseara dejarme, pero necesitaba iniciar una nueva vida en un hogar que no estuviera cargado de recuerdos y pesar… y de mis expectativas. Estábamos aprendiendo a amarnos otra vez, pero teníamos que seguir nuestro propio camino. Ahora lo veo con claridad. Nuestra casa simplemente estaba demasiado llena de recuerdos de padre y Medianoche para que ella pudiera soportarlo.

A principios de noviembre, mamá se sintió lo bastante segura para encargar pasaje hacia Inglaterra. También se hizo enviar el piano a casa de tía Fiona. La víspera de su partida me pidió que fuera a buscar su menorah, que yo había desenterrado hacía poco de nuestro jardín. Lo agarró con fuerza y desenroscó la base redonda con ondas en el borde.

—No sabía que se podía hacer eso —dije con asombro.

—Tu padre y yo éramos los únicos que lo hacíamos.

Hurgando en el interior vacío del pie de la lámpara sacó un rollo de papel vitela que, una vez desenrollado, resultó ser una colorida iluminación. En su centro había un cuadrado de pan de oro que contenía cuatro líneas pulcramente escritas en letras hebreas, rodeadas por guirnaldas de flores rosa y carmín. En la parte superior había un pavo real cuya exuberante cola abarcaba toda la parte superior de la página.

Nunca había visto un dibujo tan asombroso.

Mamá me permitió cogerlo y dijo:

—Lo realizó un antepasado nuestro. Se llamaba Berequías Zarco. Era un artista de una familia de iluminadores de manuscritos, nacido en Lisboa hace siglos y que posteriormente se trasladó a Constantinopla. Berequías era un hombre muy instruido, pero eso es lo único que mi padre pudo decirme de él. Esto ha ido pasando de mano en mano en nuestra familia durante muchas generaciones. Creo que es la tapa para un libro de geografía de Europa. Al menos eso es lo que a tu abuelo le dijeron sus padres.

—¿El abuelo João te lo dio a ti?

—Sí, y ahora —dijo, sonriendo—, yo te lo doy a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Siempre estuvo destinado a ti. Debería habértelo regalado cuando cumpliste trece años, pero con todos nuestros problemas… Para bien o para mal, pensé que era mejor esperar. También me atormentaba que aún estuvieras preocupado por el hecho de ser medio judío y que ello aumentara tu sensación de exclusión. Como ahora debo irme, no quiero retrasar más mi regalo. No necesito decirte lo valioso que es, ni que debes mantenerlo secreto, pues poseer una escritura hebrea aún puede ser delito en Portugal, que yo sepa.

—¿Puedo mostrárselo a Benjamín? Él sabe leer hebreo.

Mamá se lo pensó.

—Puedes, John, pero sólo con la condición de que nunca revele su existencia mientras un solo miembro de nuestra familia permanezca en Portugal.

»Creo que debería darte algún consejo —prosiguió—, pero no se me ocurre ninguno. Sólo te diré que estoy orgullosa de ti y que te quiero. Confío en que te vaya mejor en la vida que a mí. Estoy segura de que papá desearía lo mismo si estuviera aquí.

Yo estaba tan triste y nervioso que apenas si podía hablar.

—John, lo digo en serio —dijo ella en tono casi amenazador—. Creo que la mayoría de padres esperan que sus hijos hagan de mayores lo mismo que han hecho ellos, pero eso es lo último que yo deseo. Me gustaría mucho que te olvidaras de mí.

—Jamás podría olvidarte, mamá, o sea que no estoy seguro…

—John, no es eso lo que intentaba decirte —me interrumpió—. No que me olvides… sólo quiero que no pienses en las expectativas que tú creas que yo pudiera albergar.

—Lo intentaré —respondí.

—Bien.

—Pero, ¿y tú? Sola en Londres… ¿Estarás bien?

—La verdad, John, es que ya no sirvo para nadie. Los dos sabemos que no soy la mujer que era; así que creo que es mejor, y es lo correcto, en cierto modo, que esté sola durante un tiempo. Si me dejas sola unos años, creo que regresaré mucho más fuerte de lo que soy ahora. Te ruego que tengas paciencia conmigo. Creo que es lo único que tengo derecho a pedirte. Aunque quizá, dada mi conducta, incluso tal vez haya perdido eso.

A la mañana siguiente, a las once, me despedí de madre en el muelle. Lo último que ella hizo fue besarme en las dos manos y cerrármelas formando un puño.

—Mi más profundo cariño siempre estará contigo, hijo.

Cuando subió a bordo iba con los hombros inclinados hacia delante y temí que sufriera un desmayo. La saludé con la mano

hasta quedar tan lejos río abajo que sólo entonces estuve seguro de que ya no me veía… aunque en realidad no era una gran distancia, ya que ella se negaba a llevar gafas en público.

Varios días después, sintiendo una gran lástima de mí mismo, llevé a Benjamín la ilustración de Berequías Zarco. A la luz de una solitaria vela en su sala de estar descifró las letras, trazadas en lo que él denominó escritura sefardí: el estilo caja característico de España y Portugal. Según su traducción, decía: «El espejo sangrante: en la necesidad de que los judíos y sus hermanos convertidos arrojen a la Europa cristiana de sus corazones y huyan a tierras musulmanas».

Al parecer, no era en absoluto un libro de geografía, sino más bien un argumento en favor de un éxodo de los judíos de Europa a tierras a la sazón bajo el control de los musulmanes. En cuanto al término «Espejo sangrante», Benjamín razonó que podía tratarse de una metáfora de los Diez Mandamientos, que reflejan la voluntad de Dios, o los ojos plateados de Moisés.

En el reverso estaba firmado por Berequías Zarco. En letras minúsculas también habían consignado una fecha y un lugar de autoría: *El Siete de Av, 5290 - Constantinopla*.

Benjamín me dijo que el mes de Av era el sexto del calendario lunar hebreo y, en general, coincidía con parte de julio y agosto. El año 5290 para los judíos equivalía al 1530 de los cristianos. Por tanto, aquella tapa tenía casi trescientos años de antigüedad.

Aquella noche dormí con la página debajo de la almohada, junto a *Las fábulas de la zorra*. La ilustración reafirmó mi decisión de convertirme en artista y aprendiz de Gilberto, pues ahora me veía continuando una tradición familiar centenaria.

Durante los siguientes años sobreviví solo aferrándome a una rutina de trabajo con Gilberto. Descubrí que era un tirano más severo de lo que había imaginado al principio, aunque también afectuoso y siempre honrado. Durante mi aprendizaje con él estoy seguro de que a menudo tuvo ganas de estrangularme, pero en sus críticas de mis diseños nunca trataba de humillarme. Aunque pasáramos diez horas juntos, a menudo aún nos complacía pasear junto al río al atardecer o tomar un *brandy* en una taberna cercana. Él era —es— un hombre honrado.

Madre me escribió con asiduidad durante esos primeros años de separación, y me enviaba noticias cada semana. En la primavera de 1810, se unió a una pequeña congregación de judíos cuyos antepasados habían huido de España y Portugal. Como nunca había asistido a una ceremonia debidamente celebrada en una sinagoga, le resultó sumamente desconcertante. Además, se consideraba muy inferior a los demás, ya que no sabía nada del ritual judío. Le asombró en particular descubrir que ella y las otras mujeres tenían que sentarse separadas de los hombres. En su familia su madre no sólo había encendido las velas del Sabbath, sino que también había recitado muchas de las plegarias.

Una nota muy positiva era que había tenido un acceso más fácil a la música por su piano y había podido atraer a seis jóvenes estudiantes, dos de los cuales ella consideraba que tenían talento. Junto con sus habilidades para bordar, que eran sumamente estimadas, estas clases le permitían obtener unos ingresos estables.

Yo era menos diligente a la hora de escribir cartas y a veces dejaba transcurrir quince días sin enviarle una palabra. Cosa extraña, creo que a través de nuestra correspondencia adquirimos una mayor intimidad que la que habíamos tenido desde que yo era un niño de nueve o diez años. Su renovada abnegación hacia mí aparecía en su alegría por los progresos que yo hacía en mi aprendizaje y en su interés por mis tontas historias de la vida en nuestra tranquila tierra. Incluso empecé a observar que en su corazón volvía a florecer la pasión, dormida durante muchos años. A menudo me garabateaba los temas de una nueva pieza musical de Beethoven que acababa de comprar, y me describía las emociones que le inspiraba.

«Es una paradoja, pero estando en un país extraño tengo la

sensación de que he llegado a casa de nuevo —me escribió en una ocasión—. Estoy descubriendo qué es lo que quiero hacer con mi vida, y aprendiendo en quién se ha convertido una muchachita judía de Oporto».

Aproximadamente un año después de llegar a Londres, visitó Swanage para colocar una piedra de los terrenos cercanos en la tumba de Medianoche, una costumbre judía. Sin embargo, el ministro de la parroquia sólo hacía dos años que estaba en la ciudad y no sabía nada de un africano que había muerto en la zona. Probablemente habían puesto el cuerpo en una tumba sin señalar. Esto la alteró sobremanera, pero se dio cuenta al fin de que Medianoche se hallaba a salvo dondequiera que estuviese y que a él no le hubiera importado, ya que la tierra entera constituía su hogar. Me escribió para decirme que seguramente nos encontraríamos con él de nuevo en el Monte de los Olivos y que, como de costumbre, llevaría un elegante chaleco y pantalones, pero no zapatos. Con su pluma de ganso y huevo de avestruz vacío estaría muy, muy complacido de vernos. Eso era lo que ahora importaba.

En mi trabajo, devoraba todo lo que el maestro Gilberto podía enseñarme sobre cerámica y fabricación de azulejos. Cuando me permitió empezar a proyectar mis propios diseños, mi primera creación fue un panel de azulejos que ilustraban un dibujo cómico de Goya: un mono pintando el retrato de un burro. Durante los dos años siguientes trasladé muchas de sus obras a azulejos e incluso pinté algunas de sus figuras en jarrones y teteras. Luego empecé a ejecutar obras de inspiración propia basadas en las historias que Medianoche me había contado. Gilberto me compró mi primer panel de azulejos: nueve cuadrados que mostraban una gran pluma blanca cayendo en la mano extendida del bosquimano.

Durante los tres primeros años que mamá pasó en Inglaterra, ofreció toda clase de excusas para no volver a casa y realizar una visita prolongada, hasta que caía en la cuenta de lo que debería haber sido obvio desde el principio: La ausencia no estaba aumentando en lo más mínimo su cariño por Portugal y tardaría en venir a casa. Leía entre líneas que tenía miedo de las emociones que nuestra casa y la abuela Rosa despertarían en ella.

De manera que en octubre de 1812 pregunté si le gustaría que fuera a visitarla y me respondió que me echaba de menos todos y cada uno de los días y que mi ida a Londres sería para ella una solemne bendición. Como la idea de pasar un invierno bajo la fría lluvia inglesa me resultaba inaceptable, le pedí permiso a Gilberto para visitarla durante dos meses en primavera. En aquella época medía casi metro ochenta y llevaba el pelo largo, que me ataba atrás con una cinta de terciopelo negro, lo que me parecía terriblemente atractivo.

En el mundo situado más allá de mis alrededores inmediatos, el sueño de Napoleón de la conquista europea se desvaneció en noviembre de 1812, cuando, muertas de hambre y congeladas, sus tropas se retiraron del desacertado ataque a Moscú. Al cabo de dieciocho meses su trono en París sería entregado a Luis XVIII. Por lo tanto, era imposible otra invasión francesa de Oporto… al menos de momento. Sin embargo, me prohibía a mí mismo recuperar los recuerdos de Medianoche y Daniel que había enterrado. Al igual que mamá, no deseaba enfrentarme a estos vestigios de mi pasado.

25

Zarpé hacia Londres a tiempo para que mi madre y yo celebráramos juntos mi vigésimo segundo cumpleaños. Yo estaba lleno de entusiasmo, sobre todo debido a una gloriosa complicación que había ocurrido justo antes de que me marchara.

Me hallaba paseando cuando vislumbré a una muchacha que estaba de pie en el balcón del segundo piso. Llevaba largas trenzas negras y tenía unos ojos oscuramente brillantes. Con gesto coqueto levantó el borde de su mantilla azul real y se cubrió la boca, como si fuera un velo. Fácilmente habría creído que era una bruja del bosque, nacida durante la Era de las Primeras Personas de Medianoche.

Antes de poder llamarla y preguntarle su nombre, se cruzó de brazos, se giró en redondo y desapareció dentro de su casa. Esperé dos horas, pero no volvió a salir.

La tarde siguiente, a la puesta de sol, la encontré sentada en un taburete en la calle, bajo su balcón, vendiendo plantas y flores de bulbo. Ella no me vio, ya que estaba pintando una maceta de vivo color naranja. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, con unos delicados rizos junto a las orejas.

—Buenas tardes —dije con galantería.

Sobresaltada, se le cayó el cepillo sobre la falda.

—¡Mierda! ¡Mire lo que me ha hecho hacer!

Me encantó que soltara una palabrota.

—Le pido mis más sinceras disculpas, joven dama —dije, ofreciéndole mi pañuelo con lo que esperaba fuera una sonrisa cautivadora.

—Pero lo estropearé —dijo, considerándome a todas luces un

tonto por sugerirlo siquiera.

Mi siguiente respuesta haría estallar a Luna Olivo y a mamá en sonoras carcajadas durante muchos años. Mantuve mi ofrecimiento con redoblada sinceridad y dije:

—No me importaría pintarme todo yo de color naranja si ello significara que usted me tocase en todo el cuerpo.

¿Cómo, en nombre de Dios, pude decir algo tan ridículo? Furiosa, me miró de forma amenazadora; sus ojos oscuros despedían fuego. Rechazó tercamente mi pañuelo y se limpió los dedos en el mandil.

Humillado y casi a punto de marcharme precipitadamente, hice todo lo posible por dirigir la conversación hacia un tema más seguro.

—La puesta de sol es encantadora… tan rosa y dorada.

Como por toda respuesta sólo recibí silencio, carraspeé y pasé el peso de mi cuerpo a la otra pierna en actitud que yo esperaba fuera propia de un caballero.

—Me está tapando la luz —dijo ella sin dignarse siquiera a mirarme.

Como el sol estaba detrás de ella y mi sombra se dibujaba en dirección contraria, supuse que bromeaba. Alentado, reí levemente y le lancé otra pequeña volea. Mirando sus plantas, dije:

—Me pregunto si se podría comer un bulbo de tulipán. Algunas personas los llaman *batatinhas*, ya sabe, patatitas. ¿Cree que son venenosos? Quizá si se cocieran…

—Señor —dijo ella—, si supiera que son venenosos puede estar seguro de que le ofrecería uno ahora mismo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al oír sus ásperas palabras.

—Oh, señor, ¿qué he hecho? —exclamó.

Ardiendo de vergüenza hui a toda prisa.

Me parapeté en mi dormitorio y maldije a todas las mujeres como hijas de Lilith, reina de los demonios. Entonces me quité la ropa y me examiné en el viejo espejo de cuerpo entero de mamá. Era demasiado alto y pálido. Me pregunté si llevar bigote podría mejorar las cosas.

La tarde siguiente me obligué a quedarme en casa, pero al otro día recuperé mi ciego valor y me arriesgué a abordarla de nuevo. Al ponerse el sol me encontré llevándole un chal de damasco rojo que

había comprado por una pequeña fortuna en la Rúa das Flores. Cuando apareció en el balcón, se me quedó mirando fijamente, y esta vez fueron sus ojos los que se anegaron en lágrimas.

Hice dos nudos en el chal y se lo arrojé. Ella lo atrapó con gesto rápido y luego dejó caer para mí su mantilla negra.

Se puso mi chal sobre los hombros y lo movió como si fueran unas alas. Entonces se precipitó al interior de la casa.

A la mañana siguiente no podía soportar más insomnio. Rogué a Gilberto que tuviera paciencia conmigo y una vez más fui a la casa de la mujer que me atormentaba, esperé a que dieran las nueve y llamé a la puerta. Durante toda la noche había practicado un elocuente discurso para sus padres, que incluía impresionantes referencias a la filosofía y el arte, pero cuando un hombre de corta estatura con barba entrecana y pelo gris hasta los hombros abrió la puerta bostezando, farfullé un saludo.

—¡Habla alto, hijo! —exclamó el hombre con brusquedad.

—Hay una joven dama… una joven… muchacha que aparece en su balcón por las tardes. También vende flores en la calle.

—Mi hija María Francisca.

—Sí, sí, debe de ser ella. Pero… pero quizá si empiezo de nuevo… Me llamo John Stewart. Lamento molestarle llamando tan temprano a su puerta.

—No, no, me complace. —Sonrió—. Y empezar diciendo tu nombre siempre es una espléndida idea. Pero antes de seguir, me gustaría saber exactamente cuál es tu interés por mi hija.

—Bueno, señor, yo… tengo intención de casarme con ella.

No puedo explicar por qué me atreví a dar semejante respuesta, salvo que lo decía verdaderamente en serio.

El padre de Francisca se echó a reír.

—No es el primero en sugerirlo —dijo—. Pero es mucho más importante —aquí me cogió del brazo para hacerme entrar— ser el último.

Se presentó como Egídio Castro da Silva Martins. Sólo tenía tres o cuatro dientes rotos en la boca, pero unos grandes ojos amigables y una boca dulcemente fruncida. Me contó que era vendedor de flores y que su tienda estaba cerca del Hospital de San Antonio.

Sobre la repisa de la chimenea colgaba un cuadro de la madre de Francisca. Vi que su hija en verdad había heredado su espeso

cabello negro y misteriosos ojos. Las dos parecían mujeres que sabían guardar secretos… y también crearlos. El senhor Egídio me dijo que ella le había abandonado hacía diez años, cuando Francisca tenía siete. Alzó el puño y lo agitó ante ella.

—¡Me hiciste daño, mujer perversa! —bramó.

Después de comentarle que me gustaba su hija, pareció divertido y dijo:

—Como puede ver, comprendo bien su dilema, hijo.

En cuanto al futuro de su hija, dejó bien claro que le permitiría decidir por sí misma respecto a su esposo. Entonces le expliqué que deseaba invitarla a pasear conmigo junto al río.

Le transmitiré su proposición esta tarde, joven, y si vuelve usted a las ocho, tendrá una respuesta.

Le di las gracias por su ayuda y luego le confesé que tenía que partir al cabo de cuatro días para pasar dos meses en Inglaterra.

—Tal vez eso sea bueno —me tranquilizó—. Se podrán conocer durante las próximas tardes, si Francisca accede. Y si se crea un verdadero vínculo afectivo entre los dos, que no quede cortado por unas semanas de separación, entonces todos podríamos inclinarnos a creer que les espera un futuro prometedor.

—Y… otra cosa, señor.

—No sea tímido, hijo. —Me dio una palmada en la espalda.

—Me gustaría añadir sólo que mi padre era escocés y mi madre, aunque portuguesa, desciende de nuevos cristianos. En resumen, soy medio judío y medio escocés. Deseo dejarlo claro desde el principio. Lo comprenderé si lo considera un obstáculo, pero puedo asegurarle que…

El senhor Egídio alzó las manos y sonrió.

—Hijo, lo único que importa entre los jóvenes es el leal afecto. El resto es simple decoración.

Cumpliendo su palabra, durante las siguientes tres tardes Francisca y yo obtuvimos permiso para pasear por la ciudad. Ella lucía una mantilla diferente cada día, y yo compré linternas de colores para

que ella las llevara.

Me quedé asombrado al descubrir lo tímida que era. Se negaba a mirarme a los ojos. Meses más tarde, me dijo que era el primer hombre hacia el que había sentido atracción y que eso le producía escalofríos que le recorrían todo el cuerpo.

La segunda tarde, cuando estábamos junto al río, le hablé de Daniel.

—Nunca superaré su muerte —observé.

—Pero tú no querrías. Si pudieras hacerlo, ¿qué habría significado verdaderamente para ti su muerte? —Me acariciaba el brazo mientras hablaba. Tenía unas hermosas manos delgadas.

—Sí —dije—, era un muchacho salvaje y guapo. —Pensando en mi traición, añadí—: Y sumamente leal conmigo.

Siguiendo con mi política de revelar mis defectos de personalidad desde el principio, dije entonces:

—Las muchas muertes que he conocido me han dejado destrozado y solo. Si pudieras llegar a sentir cariño por mí, que es lo que espero, Francisca, entregarías tu corazón a un hombre que ha hecho muchas cosas descabelladas y que puede ser un díscolo inadaptado. Reconozco la verdad de esto ahora, y lo peor es que no lo lamento en absoluto.

Mientras la acompañaba a su casa en el silencio que yo había creado, caí en la desesperación, suponiendo que la había asustado con mi actitud directa. En la puerta, me disculpé por hablar de forma inapropiada.

—John, por favor, no digas nada más, no has hecho nada mal —dijo, tapándome la boca un momento. Su roce me hizo dar un brinco—. Te comprendo mejor de lo que crees. No hay un solo día que mi padre y yo no echemos de menos a mi madre. —Sonrió con tristeza—. Te ruego que entres y te sientes con nosotros. No tienes que ser reticente. Somos personas que comprendemos la pérdida. —Me cogió de la mano y me miró profundamente a los ojos—. Por favor, soy tu amiga —me aseguró.

Cinco breves palabras, pero la forma en que las dijo —con el afecto de una persona que coloca unas flores delicadas en un sencillo jarrón— me convencieron de que comprendía que yo no buscaba en ella una simple diversión momentánea. Me llevé el dorso de su mano a los labios. La posibilidad de que mi soledad

terminara… Sonreí y la besé una vez más, cerrando los ojos para aspirar su aroma.

Encontramos al senhor Egídio avivando el fuego. Me conmovió el vivo afecto que demostró hacia Francisca y me impresionó la sensación de comodidad que creaba a su alrededor. Me ofreció una copa de vino.

—Me gustaría enseñarte algo, John —dijo. Se rascó la barbilla, con un destello travieso en los ojos—. Enseguida vuelvo. ¡Y, Francisca, si hablas mal de mí mientras no esté presente lo sabré! —Dicho esto, desapareció escaleras arriba.

—Nunca se está quieto. Nací en un telar —susurró Francisca.

Egídio regresó a la sala con un montón de mantillas. Cuando Francisca las vio sobre su brazo, se tapó la cabeza con las manos y gimió.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Esa hábil muchacha está avergonzada porque las hizo ella —dijo su padre.

El hombre las sostenía colgadas del brazo doblado para que las examinara. Tenía las manos grandes y toscas, con restos de suciedad en las uñas, pero su extrema amabilidad en todo lo que se refería a su hija me conmovió, y asimismo me reafirmó que estaba exactamente donde debía estar.

Francisca se quedó intimidada mientras hablábamos de su trabajo y se negó a acercarse y reunirse con nosotros.

—No, no —dijo, alejándose en actitud juguetona.

En una mantilla de color rojo oscuro había incorporado un dibujo de hojas de otoño de color fuego. En otra de color castaño había creado un resplandeciente sol amarillo. Nunca había visto nada como aquello, pues en Oporto los chales que se llevaban solían ser de color negro. Pero lo que más me impresionó fue su imaginación.

Cuando la miré a los ojos y sonreí, ella suspiró.

—Papá vive para torturar a sus hijos.

—A eso se le llama «orgullo», niña —la corregí haciéndole un guiño.

Francisca siguió quitándole importancia a su trabajo mientras yo le hacía preguntas sobre técnicas y métodos de ganchillo.

—Con todo lo que está pasando en el mundo, ¿a quién puede

interesarle lo que yo hago? —me dijo.

Me negué a ceder a su modestia.

—Si, joven dama —dije, adoptando la actitud de un elegante caballero británico—, si yo le encargara ahora mismo un chaleco para mí con el sol, o cualquier otro diseño de su elección, incorporado a su tejido, ¿creería por fin que mi admiración es real?

Y aun así ella creía que yo me comportaba con simple cortesía, y la miré con dureza y le arrojé una moneda de cien *reis*, que ella cogió con las dos manos. Meneó la cabeza ante semejante acto absurdo, y luego sonreí. Yo sabía que tal vez aún no me había ganado su corazón, pero en verdad me había ganado su confianza.

La tarde siguiente llevaba el chal rojo que yo le había regalado. Paseamos junto al río y ella sugirió que tomáramos el transbordador hasta la otra orilla. Sin avisar me miró con aire desafiante, se levantó un poco el vestido y echó a correr hacia el barco, sin dejar de reír. No intente atraparla; era tan impropio de una dama hacer eso que no podía apartar de ella mis ojos llenos de admiración.

Una vez en el transbordador no podía pensar más que en besarla, y mi conversación como mucho fue dispersa.

Aun a riesgo de desmayarme, lo arriesgué todo apretando mis labios a los suyos.

Más tarde aquel día, desafiando toda convención, nos atrevimos a entrar en mi casa sin carabina. Estábamos tan nerviosos que no hablamos. Tenía la sensación de que el corazón escaparía de mi cuerpo.

Después de besarnos una vez más, deslicé mis dedos bajo los volantes de su vestido. Ella dio un brinco cuando lo hice y le pedí perdón por ese arranque tan impetuoso. Pero ella me cogió la mano

y dijo:

—Tienes los dedos fríos, John, eso es todo.

Luego preguntó dónde estaba mi habitación.

Así pues, hicimos el amor por primera vez en mi vieja cama, creando una balsa con nuestros cuerpos entrelazados y dejándonos llevar hacia el mar.

Después me sentí mareado. Paseé por la habitación completamente desnudo cantando la canción
Rantin' Rovin' Robín,
de Robert Burns, con voz operística.

La noche siguiente le pedí si quería ser mi esposa y ella dijo que sí.

Como regalo de despedida entregué a Francisca la carta de Joaquim a Lúcia que había caído de *Las fábulas de la zorra* cuando tenía siete años, la cual tanto me había enseñado sobre el lenguaje del amor. Ella se sentó en mi cama con las piernas cruzadas como una niña y la leyó a la luz de una vela. Mientras ella leía, me acerqué a la ventana y levantando la mirada a las estrellas susurré una plegaria porque Violeta estuviera a salvo. Creo que fue mi manera de despedirme de ella para siempre.

Cuando Francisca y yo volvimos a su casa como criminales, ella me entregó su regalo de despedida. Era un chaleco de lana negra tejido a mano, con un diseño de la luna en diferentes fases. Me pareció el regalo más prometedor posible, ya que era la luna, según había dicho Medianoche, quien había hablado a los hombres y a las mujeres de su vida eterna.

Así pues, partí hacia Londres ya prometido, y aunque mi estancia de dos meses con madre y tía Fiona resultaba grata para mí, y la majestad y locura de Londres me dejó boquiabierto de asombro en muchas ocasiones, en todo momento deseaba estar en Oporto, en casa.

Mamá se alegró muchísimo, por supuesto, al enterarse de mi inminente matrimonio. Estaba tan entusiasmada y abierta conmigo

como cuando era joven, y nada le producía más placer que permanecer sentada junto a mí. Hizo que se lo describiera todo sobre mis veladas con Francisca, y aunque tuve buen cuidado en omitir los detalles más íntimos, ella pronto adivinó la verdad.

—Siempre has tenido mucha paciencia para muchas cosas, John, sobre todo conmigo. Pero nunca has querido esperar para recibir afecto. —Se rió—. Aunque supongo que eso es bueno. ¿Por qué debemos dejar que espere un amor tan profundo como el que tú has encontrado?

Francisca y yo nos intercambiábamos cartas dos veces a la semana, lo que sirvió para que nuestra intimidad se hiciera más profunda. Una vez me escribió que se había despertado por la noche y me había oído imitando el canto de los pájaros.

«Después me hablaste y dijiste: "Vuela, Francisca, adonde desees. Yo haré todo lo posible para no tener celos". ¿No te parece extraño?».

«Sueño o no —le escribí a mi vez— nos esforzaremos para que se cumpla. Aunque te ruego que no te eleves tanto que no pueda verte. Y has de prometerme que siempre volverás a mí».

«Te lo juro», respondió ella.

Siempre firmaba sus cartas con un: «Tu amiga, Francisca». Eso lo significaba todo para mí.

Nos casamos tres meses después de mi regreso, el 14 de septiembre de 1813, para cuando Francisca tenía ya tres faltas.

Yo estaba impaciente porque mi madre asistiera a la ceremonia, en particular dado que habíamos redescubierto gran parte de nuestro afecto espontáneo durante mi estancia en Inglaterra, pero vacilaba en declararse preparada para regresar a Oporto. Al final decidimos que sería mejor proceder sin ella. Le aseguré que estaría con nosotros en espíritu y que lo único que importaba era su bendición.

Nos casamos en la iglesia de São Bento, donde me comprometí con Francisca y accedí a hacer los votos cristianos, como miles de

judíos portugueses habían hecho antes que yo. Asistieron Luna, Benjamín, Gilberto, la senhora Benjamín y la abuela Rosa. Tras haber llorado durante toda la ceremonia, mi abuela me dijo luego que era un malvado por no haberle llevado a Francisca para pedirle su permiso.

Yo me hice el loco y no me dejé provocar.

Nuestra primera hija nació el 28 de febrero de 1814. Fue un parto difícil y Francisca pasó varias semanas muy débil. La llamamos Graça en honor a Graça Olivo.

Yaciendo con mi esposa y nuestra hija recién nacida en la vieja cama de mis padres descubrí por primera vez que deseaba desaparecer dentro de mi esposa e hija. Había descubierto que éste es uno de los grandes misterios de nuestro miedo a la muerte, pues si morir significara fundirse en un ser querido —en una de mis hijas, por ejemplo— no me importaría en lo más mínimo. Sin embargo, dejar de existir tal como lo hacemos, sin esta unión con otro ser al que nos une el afecto, siempre me ha parecido terriblemente injusto.

Esther nació justo un año después, el 7 de marzo de 1815. Este parto resultó aún más problemático y fue causa de complicaciones para Francisca, que se volvió propensa a ataques de rabia y melancolía. Durante casi dos meses no le importó si Esther vivía o moría. Tampoco podía confiarle a Graça, ya que en dos ocasiones le había pegado con furia.

La alegre amiga con la que me había casado fue sustituida por una desaliñada Medea. Su sedoso cabello se volvió enmarañado, como quemado por el fuego de la locura que rugía en su interior. Contraté a un ama de cría para amamantar a Esther y, como no me gustaba la idea de que un médico purgara a Francisca o le aplicara sus malditas sanguijuelas, fue atendida por Benjamín. Aquel buen hombre venía a nuestra casa a todas horas para ayudar a Francisca y a las niñas.

En los momentos de lucidez mi esposa derramaba lágrimas de

miedo y pesar, y yo pasaba mucho tiempo tratando de tranquilizarla.

—No me abandones —me suplicó una vez clavándome las uñas con fuerza, presa del pánico—. Te lo ruego, John, no podría soportarlo.

—Jamás podría abandonarte —respondí yo, pero mis temores respecto a nuestro futuro ponían en peligro esa promesa. Le puse el chal sobre los hombres y le canté con voz suave hasta que se quedó dormida.

Huelga decir que fue una época desdichada para nosotros, una terrible prueba para nuestro amor. Durante un tiempo, me avergüenza admitirlo, mi afecto por ella quedó eclipsado por la ansiedad y el resentimiento.

Estoy seguro de que las curas tranquilizantes de Benjamín le salvaron la vida y de paso protegieron su cordura, pues en cuanto ésta reaparecía regresaba a mí. Vi un cambio absoluto en la madrugada de una fresca noche de mayo, cuando vino a mi antiguo dormitorio, donde yo intentaba calmar a Esther, que había estado llorando tanto que me preocupaba su salud.

Cuando abrí la puerta, mi esposa me besó en la mejilla y tendió los brazos para coger a la niña.

Vacilé, pero Francisca me tranquilizó.

—Tu amiga ha vuelto y está bien.

—¿De verdad eres tú?

Ella me cogió la mano y se la llevó a los labios. Es extraño decirlo ahora, pero cuando me abrazó pude oler el cambio operado en ella. Hundí mi cabeza en su cuello, prorrumpí en llanto y puse a Esther en sus brazos. Después hablamos de lo que había ocurrido en las últimas semanas —pues ella recordaba poco de gran parte de lo que había hecho o dicho—, regresé a la antigua habitación de mis padres y me metí en la cama, donde dormí unas buenas doce horas.

Después de haber pasado esta época terrible, pensamos que sería mejor no tener más hijos.

La abuela Rosa aún se mostraba furiosa con la boda y no hizo nada por ver a Graça cuando nació, pero nos visitó en nuestra nueva casa para echar un primer vistazo a Esther cuando las dificultades de Francisca acabaron. A la sazón tenía casi ochenta años; no obstante, persistía en la costumbre de rociarse con su costoso perfume francés.

Tras sostener a la niñita en sus brazos, se echó a llorar.

—John, ¿no hay ninguna forma de empezar de nuevo con tus hijas? —susurró.

Convencida de que sus sentimientos eran sinceros, le di permiso para visitarnos siempre que lo deseara, aunque le hice jurar a Francisca que nunca la dejaría sola con las niñas hasta que diera alguna prueba de su afecto. Los dos pudimos observar a mi abuela jugando con las niñas en docenas de ocasiones durante los años siguientes. Y aunque nunca hizo gala de mucha paciencia o comprensión, mostraba hacia ellas cierta frágil ternura que Esther en particular llegó a adorar.

Cuando en cierta ocasión pregunté a la abuela por qué se había tragado su orgullo y había venido a ver a Esther, puso los ojos en blanco como si la hubiera decepcionado con otra pregunta tonta y dijo:

—John, soy vieja y no me queda mucho tiempo. Tú tienes muchos más años que yo por delante, así que guarda rencor por los dos si quieres.

Al ver que no había perdido su mordaz ingenio le sonreí con admiración, pero ella se limitó a carraspear y volvió con las niñas.

Durante esos primeros años nuestro matrimonio fue bien, creo, aunque no faltaron las dificultades. Yo era joven y terco como una mula, y me costaba respetar las opiniones de Francisca y considerarlas a la altura de las mías. Asimismo, trabajaba demasiado con Gilberto en nuestra tienda y de vez en cuando volvía a casa mucho después de que las niñas y Francisca se hubieran acostado, lo que le causaba profundos ataques de soledad. Cuando

de forma inevitable yo no le adivinaba el pensamiento, ella permanecía sentada en hosco silencio, haciendo labor con gran rapidez. Muchas veces tenía que rogarle que dejara el chal o la bufanda que estaba confeccionando y me contara el motivo de su preocupación.

Cuanto más valor encontrábamos para superar nuestras debilidades, mayor era nuestra amistad.

Como puede atestiguar cualquiera que lleve casado mucho tiempo, es esencial adaptarse a los cambios operados en los seres queridos en el curso de los años, y si uno quiere, aceptarlos en silencio.

Un descubrimiento muy desconcertante que hice poco después de nuestro matrimonio fue que la afición de Francisca por las mantillas y chalecos de creación propia la habían llevado a experimentar —sin que yo lo supiera— con tejidos de atrevidos estampados para confeccionar prendas para ella. El segundo verano después de que naciera Esther, época en la que hacía tiempo había recuperado su esbelta y juvenil figura, expresó este deseo reprimido hasta entonces confeccionándose dos vestidos con tejidos de Marruecos y de la colonia portuguesa de Goa.

Como digo, yo no estaba al corriente de esto. En realidad, Francisca —demostrando esa tendencia hacia el secreto que al principio yo había visto en sus ojos— cortaba y cosía como una diablesa por las tardes, con los modelos esparcidos en el suelo ante ella, mientras yo estaba ocupado con mi cerámica y mis azulejos. Cuando regresaba a casa con ella y las niñas, Francisca ya lo había guardado todo y me daba una inocente bienvenida.

Me enteré por casualidad de su secreto un viernes por la tarde, a la hora del ocaso, cuando revolvía en uno de sus baúles de ropa en busca del chal rojo que le había regalado cuando la conocí, ya que tenía el antojo de que se lo pusiera en nuestra cena del Sabbath con Luna Olivo y Benjamín. Debería haberle pedido permiso para revolver en sus cosas, pero como se encontraba ya en casa de Luna

con las niñas, fui presa de uno de mis típicos ataques de frenesí.

Sosteniendo la lámpara con una mano, como un profanador de tumbas, levanté el primer vestido y lo dejé sobre nuestra cama.

—¿Qué es esto? —susurré para mí, complacido por el misterio.

Tenía mangas acampanadas y un escote bajo circular, y estaba hecho de lana tejida de forma apretada —muy suave al tacto— en el que unos círculos rosas y rojos destacaban sobre un fondo marrón. El segundo, un vestido estilo imperio de manga larga, era de un vivo amarillo canario cubierto de mariposas negras hechas con triángulos ribeteados de color borgoña y naranja. De lejos, sus alas parecían captar tres posiciones diferentes de un solo aleteo. Era como un milagro.

Bajé por nuestra calle hasta la casa de Luna y, jadeando como *Fanny* en la meta de una de nuestras carreras de obstáculos, insistí en que Francisca volviera conmigo.

—¿Qué ocurre? —exclamó mi esposa, cogiéndome el brazo con preocupación.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué debemos…?

—Ven. Lo sabrás cuando lleguemos allí.

Como seguía protestando la arrastré, como una niña que conduce a un padre a un cofre del tesoro. Lanzó una mirada por encima del hombro mientras me seguía y dijo a Luna:

—Regresaremos enseguida; al menos, eso espero.

—No temas, no venderé a las niñas a menos que me den un buen precio —rió Luna.

Una vez en nuestro dormitorio, Francisca se encontró frente a la prueba de su arte.

—Me has descubierto —dijo ahogando un grito.

Le besé las manos y se las aparté de los ojos, que tenía fuertemente cerrados.

—Como la generación espontánea de los vestidos es un fenómeno extremadamente raro —dije—, supongo que los has hecho tú.

Me reí con ganas, pero ella se negó incluso a sonreír. En cambio, se echó a llorar.

—Pero, Francisca, ¿qué pasa?

Sorbiendo por la nariz dijo que creía que yo consideraría

espantosas sus creaciones y que le guardaría rencor por una expresión tan exuberante de sus dotes.

—Oh, John —gimió—, coser estos vestidos es la locura más grande que jamás me he permitido. No puedo decir qué es lo que me empujó a hacerlos.

Ella malinterpretó mi asombro y juró que nunca más los llevaría si yo ponía alguna objeción.

—En realidad, los arrojaré al fuego.

—¡No harás tal cosa! —bramé.

Recordando lo que hice cuando la cortejaba, saqué dos monedas de doscientos *reis* de mi bolsillo y se las puse en las manos.

—Escúchame, Francisca. Te pagaré por un chaleco confeccionado en cualquier tela que tú elijas con la condición de que te asegures de que todo aquel que lo vea quedará asombrado. —Le acaricié la mejilla, que era mi manera de ganármela—. Son las obras más maravillosas que jamás he visto. —Me puse detrás de ella y empecé a desabrocharle el sencillo vestido que llevaba—. Sólo tardarás un minuto —observé.

Se llevó una mano al hombro para detenerme.

—Ahora no; no tenemos tiempo. Más tarde, te lo prometo. Pero tenemos nuestra cena del Sabbath, y Benjamín llegará en cualquier momento a casa de Luna.

Le di una palmada en el trasero en gesto juguetón.

—Sólo quiero que te pongas uno de los vestidos, muchacha de mente perversa. El de las mariposas. Por favor, es muy bonito.

—Pero me moriré de vergüenza, John.

Tonterías. Es bueno para nosotros avergonzarnos al menos una vez a la semana.

Ella ahogó la risa.

—John, te aseguro que esa filosofía no me sirve de ayuda en estos momentos. Me moriré de vergüenza cuando miren con cara de asombro lo que he hecho.

Le di un pellizco en el muslo, luego le mordí el lóbulo de la oreja y ella soltó un gritito.

—Hazlo por tu esposo —susurré—, que no siente más que ternura por ti.

—En estos momentos no te sientes particularmente tierno —observó.

—Esto sólo es la punta de mis emociones. Te aseguro que el resto de mí está suave como una rosa. —La pellizqué con más fuerza y gruñí.

Cuando Francisca quedó vestida, sostuve la lámpara en alto ante nuestro espejo para que los dos la pudiéramos ver con claridad. Nunca la había visto más cautivadora. Las mariposas de las mangas parecían a punto de salir volando.

—Admítelo —me aventuré a decir—. Elegiste ese dibujo en concreto por mí.

Francisca se mordió el labio e hizo una mueca.

—El Sabbath es sagrado para Benjamín y Luna. Puede que lo consideren una afrenta.

—Cállate, ¿de veras crees que algún Dios que valga la pena se ofendería por una mujer que se ha convertido en un paisaje de alas que baten?

La empujé hacia la puerta y, como ella aún se mostraba reacia, la cogí en brazos y corrí escaleras abajo, chocando con las paredes a propósito, para que no pudiera evitar reírse y gritar. Cuando la hube depositado en el umbral de la casa de Luna, Benjamín ya había llegado.

El viejo boticario se inclinó hacia delante, con las gafas en la punta de la nariz.

—¡Dios mío, Francisca! Eres el cielo y la tierra juntos, querida muchacha.

Luna se sobresaltó, como si recordara algo perdido.

—Francisca lo confeccionó —anuncié con orgullo.

De pronto Luna prorrumpió en llanto y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué he dicho? —pregunté.

—Es por mí —gimió Francisca, con los hombros caídos—. Iré a casa a cambiarme. He ofendido a Luna.

—No, no, no —dije yo. Cogí un candelero y los tres seguimos el ruido de sollozos ahogados hasta la parte trasera de la casa. Encontramos a Luna en la despensa donde guardaba la cera para la fruta que esculpía. Estaba sentada en el suelo, sollozando, con las rodillas recogidas junto al pecho. Benjamín se acuclilló a su lado y le dio un beso en la coronilla.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es mi hermana —respondió ella con tristeza.

Me llevé sus manos a mis labios.

—Yo también echo de menos a Graça —susurré—. Cada día, cuando pinto mis azulejos, pienso en ti y en ella, y en cómo vosotras cambiasteis mi vida.

Luna acarició con la yema de los dedos el borde del vestido de Francisca.

—Mi hermana nunca tuvo oportunidad de conocerte, hija mía. Le habría gustado mucho verte en este momento. —Repasó con los dedos el dibujo de las mariposas—. Es tan injusto que no os viera casados… Qué aliviada y feliz se habría sentido al ver que habías conocido a una muchacha tan hábil, John. La juventud es incomparablemente bella, ¿no crees, Benjamín? Y ellos no tienen ni idea.

Benjamín sonrió con complicidad.

A la mañana siguiente, aceptando el reto que le había planteado, Francisca me sacó de la cama antes de que me hubiera despertado por completo y me tomó las medidas para mi nuevo chaleco, dándome un golpe en la cabeza cada vez que bostezaba.

El sábado siguiente, al despertarme encontré mi regalo sobre su almohada, con una nota que decía: «Para mi queridísimo John».

Estaba confeccionado con una reluciente tela adamascada de color lila. En la parte delantera había cosido laboriosamente hileras de pequeñísimos diamantes en amarillo y rosa.

Gracias a Luna, que siempre disfrutaba de una buena partida de naipes, esta maravillosa creación se hizo famosa localmente como mi chaleco «Rey de diamantes», y durante muchos años jamás dejé de ponérmelo el día de mi cumpleaños, pues me sentía como un regalo yo mismo cuando lo llevaba puesto.

A partir de aquel día, Francisca y yo estábamos constantemente pendientes de encontrar telas inusuales. Pronto descubrimos una desvencijada tienda en la parte trasera de una oficina de transporte marítimo en la Rúa dos Ingleses en la que podíamos comprar telas de lana, algodón y seda de India, Turquía, Persia e incluso la costa occidental de África.

Recuerdo particularmente el vestido que Francisca confeccionó para el baile de Navidad en la Factory House, nuestro club británico, en 1816. Debería añadir que los dos nos habíamos abstenido de asistir a estas reuniones los años anteriores debido a sus embarazos y a las incesantes tareas que implicaba el cuidado de los niños. En cierto modo éste iba a ser nuestro debú como pareja, al menos para la comunidad británica.

Como ella no deseaba ofender a los invitados más conservadores, insistió en llevar un vestido de una tela que no fuera demasiado llamativa. Al final, eligió un fino algodón de Marruecos adornado con estrellas de doce puntas negras, verde oliva y amarillas sobre un fondo azul lapislázuli.

Francisca diseñó un cuello bajo y mangas largas terminadas en volantes para su vestido, completándolo con una larga y extravagante cola que yo le sostenía. Los botoncitos también eran negros y en forma de estrellas, de azabache, tallados en los talleres de Bolonia.

Cuando se puso este vestido por primera vez —con su cabellera negra recogida en lo alto de la cabeza y un collar de perlas en el cuello— me pidió mi opinión, naturalmente. Las niñas se encontraban en su habitación, durmiendo, y yo estaba leyendo el *Edinburgh Review*, vestido sólo con mi camisón de hilo y sandalias de lana. Cuando me giré en mi asiento para mirarla, se me cayó la pipa de la boca, resbalé del sillón y caí al suelo. No fue muy divertido, pues aparte de quemarme la parte interior del muslo, me sentí completamente indigno de ella. Allí estaba yo —vestido de forma absurda, casi desnudo— y ante mí se hallaba una esfinge con rostro de mujer e incomparable plumaje de pavo real. Ella arrugó la nariz y se rió, poniéndose enjarras en un gesto muy infantil de impaciencia, y me di cuenta en un tranquilizador instante de que aquella radiante criatura siempre sería «mi» Francisca… y mi más querida amiga.

Yo me puse mi chaleco Rey de diamantes para el baile de Navidad, por supuesto, debajo de una chaqueta de solapas anchas de color gris oscuro que mamá me había confeccionado años atrás. Tal vez los dos íbamos «hechos dos brazos de mar», como oí que comentaba en la entrada una anciana al caballero que la acompañaba, pero no me importaba; el desprecio demostrado hacia mí mismo y mi madre después de la muerte de papá me había liberado para siempre de la preocupación por semejante desprecio. Es un momento glorioso cuando por fin empezamos a disfrutar de nuestra propia individualidad, y en aquella época tenía la necesaria seguridad en mí mismo para hacerlo.

Nos quedamos solos un rato, bebiendo ponche y sintiéndonos como pescado desechado, pero pronto insistí en bailar. Afortunadamente, los pocos pasos que conocía fueron elegantes y seguros, gracias a las pacientes indicaciones de mamá. Aun cuando Francisca creía que iba a desmayarse —en realidad puede que lo deseara para poder escapar al mar de ojos escrutadores— la conduje por la sala bailando sin pisarnos ni una sola vez.

Se acercó el primero de casi una docena larga de caballeros que le pidieron para bailar y se identificó como hijo de un mercader de Manchester que se hallaba allí de visita. A pesar de las decididas negativas de Francisca, él no cejaba en su empeño. La resistente esperanza que mostraban sus ojos castaños me pareció tan conmovedora que accedí a interceder en su favor, dándole a Francisca una serie de besos en la mejilla con el fin de convencerla. Para no pasar una mayor vergüenza ella misma y yo, se puso en pie y se alejó con el joven, dando la impresión de que a su paso dejaba una estela de luz en la sala. Todos los demás bailarines parecían simples sombras a su lado. Ni un solo hombre o mujer en la sala podía apartar los ojos de ella, aunque también he de decir que muchos de ellos se mantenían firmes en su desprecio.

No puedo decir honradamente que aquella velada Francisca fuera la mujer más solicitada, pues la mayoría de invitados siguió rehuyéndonos y nadie volvió a invitarnos nunca más al baile del

Factory House. Pero no me cabe ninguna duda de que era evidente para todos que tenía, con mucho, el esposo más pletórico de orgullo y de admiración.

26

Cuando me preparaba para casarme con Francisca, Benjamín me dijo una vez que si se quiere que el afecto dure, uno ha de amar a la persona que conoce en el presente así como a aquella en la que se convierta en el futuro. No estuve seguro de lo que había querido decir hasta principios del verano de 1819.

Fue la época más turbulenta de mi vida, pues había empezado a pensar constantemente en la injusticia de la muerte. Las noches eran lo peor. Tumbado junto a Francisca, la gratitud que sentía por estar con ella me llevó a pensar en si moría antes de verla envejecer y a las niñas hacerse adultas. Temblando en la oscuridad, temeroso de abrazarla por si la despertaba, con frecuencia era incapaz de dormir.

Sin embargo, quizá debido al agotamiento causado por mi insomnio, mis sentimientos pronto cambiaron y empecé a creer que mi obsesión por la muerte era consecuencia de las imposiciones de mi familia: la necesidad de ganarme la vida, el cuidado de mis hijas, animar a Francisca durante sus momentos de zozobra. Llegué a considerar esto como una amenaza a mi existencia y la causa de mi morboso estado mental. En ese particular momento de perturbación, no concebía ninguna forma de que el muchacho y el hombre que había sido avanzaran juntos. Ambos habían desaparecido. O eso creía. A veces parecía estar mirando por una ventana todas las cosas que jamás conseguiría hacer y ver.

Con frecuencia permanecía sentado durante horas en la Torre de Vigilancia, observando las sucesivas fases de la luna, dejando que los relucientes pétalos de color rojo y amarillo que se filtraban por la claraboya de cristal de colores restaurada cayeran sobre mi

cuerpo como para camuflarme. Sin embargo, bajo aquel manto de belleza me sentía estéril; tenía la sensación de que mi vida, igual que la luz de la luna coloreada, no era nada más que una hábil ilusión. La sombra que arrojaba al suelo parecía la de un hombre de paja.

Traté de ocultar mis sentimientos a Francisca —al fin y al cabo, ninguna mujer podía reaccionar bien al hecho de ser considerada la carcelera de su esposo—, lo cual nos distanciaba. A pesar del dolor que esto le causaba, nunca mencionó mi falta de entusiasmo. Qué pena que el joven esposo olvide que su esposa puede no ser tan diferente a él…

Un domingo, después de estar soñando despierto toda la mañana con una vida con los bosquimanos en los desiertos del sur de África, decidí que deberíamos viajar a las playas de la desembocadura del río en burro, como había hecho en una ocasión de niño. Con ello esperaba compensar mi reciente falta de atención a mi esposa y a las niñas.

Tal como había previsto, desde el principio Francisca se mostró escéptica. Puso cara agria y dijo:

—¿Estás seguro de que un viaje de dos horas sobre una pestilente bestia es la forma en que quieres pasar un día de bendito descanso? ¿No preferirías quedarte sentado en el jardín y leer?

—A tu esposo le gusta la aventura —declaré.

Ahora veo que una parte de mí quería que ella fracasara en esta prueba para demostrar que me estaba reprimiendo. Para mi sorpresa, accedió y se puso el vestido más viejo que pudo encontrar. Ataviada completamente de negro, parecía una joven viuda, lo que hizo poco para mejorar mi estado de ánimo.

—En el negro no se verán las manchas —me explicó con una amplia sonrisa.

Alquilé las mejores bestias que pude encontrar, en unos establos próximos al parque Cordoaria. Partimos sin ningún problema. Las dos niñas montaban a *Lidia*, un burro de color arena con grandes

ojos almendrados. Francisca se aferraba a las riendas de uno que se llamaba *Filipa*.

—Supongo que tenías razón —me dijo—. Será un viaje agradable.

«O sea que, después de todo, no estoy loco», tuve ganas de gritarle.

Consideré cruel sentarme, con mi peso, sobre una de las diminutas bestias, por lo que fui andando junto a *Lidia*, mientras Graça agarraba las riendas con sus manitas. Asimismo, yo llevaba la pelota de *croquet* azul con la que la niña últimamente se había encariñado; se negaba a ir a ningún sitio sin ella.

Por desgracia, el reino animal pronto se volvió contra nosotros. Cuando llegamos a la orilla del río, que estaba especialmente sucio, las moscas que los infinitamente pacientes burros atraían empezaron a formar enjambres en torno a las niñas. A pesar de todos mis intentos de ahuyentarlas, Esther se puso a alborotar y llorar. Desesperada, Francisca cubrió la cara y el pecho de la niña con su mantilla. Graça, que no quería montar sola, expresó entonces su desaprobación con una sarta de gritos tan estridentes que habrían podido provocar una fuerte tormenta con granizo de haber habido una sola nube en el cielo de junio.

Mientras Francisca consolaba a Esther, puse a Graça en la silla de su madre para que las tres pudieran cabalgar juntas. La pobre *Filipa* empezó a tener dificultades para avanzar bajo tanto peso. *Lidia* miraba fijamente al frente, temerosa de volverse por si yo cambiaba de opinión y pedía el lugar que por derecho me correspondía ocupar sobre su lomo. Seguimos avanzando, yo sudando y maldiciendo, y Francisca cada vez más enojada, con un ardiente «Te lo dije» en los ojos.

Después de noventa minutos de marcha hacia nuestro desdichado sino, llegamos a mi cala favorita junto a la desembocadura del río, donde Francisca y yo acampamos como agotados soldados para recuperarse de una batalla perdida.

Las niñas ahora estaban contentas, pues el océano era magnífico y la brisa mucho más fresca, pero nada pudo hacer sonreír a Francisca. Construí castillos de arena con Esther, que, alegre, daba palmadas con sus regordetas manitas e incluso superé mi miedo al agua por unos minutos para llevar a Graça, riendo, a la gélida

espuma del borde del oleaje. Durante todo este tiempo, Francisca se negó a hablarme. Después de haber comido lo que habíamos llevado y de guardar nuestras cosas, dijo por fin:

—Me niego a hacer el trayecto de vuelta en burro. Tengo el trasero negro y azul.

—No puedo abandonarlos aquí.

Ella se quitó el sombrero y agitó su larga melena negra.

—John, harás el favor de explicármelo —dijo con impaciencia.

—¿A qué te refieres? —pregunté, fingiendo ignorancia.

Mis talentos teatrales al parecer habían mejorado poco desde mi infancia. Poniendo ceño me dio un empujón, tan fuerte que estuve a punto de caer.

—¡Dime qué te pasa! —gritó.

Me sorprendió tanto que me quedé sin habla, y luego grité:

—¿A mí? ¡No me pasa nada! Eres tú la que ha estado actuando como si te hubieran cortado la lengua. ¡Y ahora, mira cómo te estás comportando!

Me desagradaba mucho hablarle de ese modo, pero me sentía incapaz de reprimirme.

—Puedes estar seguro de que hay mucho más que este silencio mío —replicó ella, con la certeza de un fiscal en su voz.

—Creía que podríamos pasar un día agradable, una aventura, eso es todo. Pero al parecer ya nada es posible para nosotros. ¡Nada!

No quería hablar de un modo tan franco, pero supongo que la verdad tiene mente propia.

—¿Nada es posible para nosotros…? —Sus grandes ojos oscuros relucían peligrosamente—. Has ido demasiado lejos, caballero. No me moveré de este lugar hasta que sepa exactamente qué es lo que ha causado tu mal humor estas últimas semanas.

Hurgué en mi bolsa buscando la pipa para hacer tiempo.

—No me tengas miedo, John. Puede que esté enfadada, pero sigo siendo tu amiga —dijo con aspereza—. Y jamás hallarás una amiga más leal, nunca. Puedo asegurártelo.

—No lo pongo en duda —repliqué, con voz hueca debido a la falta de sinceridad.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Al verla vestida de negro como una viuda imaginé el futuro que

más temía. Dije:

—Es el peso… el peso de ser padre, de tener una familia de la que soy responsable. Hay momentos en que no puedo respirar. Lo siento. Es terrible por mi parte, pero imagino que huyo… a algún sitio, cualquier sitio…

Tuve la sensación de haber estado caminando por el desierto africano de mis ensueños durante meses, cruzando kilómetros de arena y monte bajo sólo para llegar allí, a aquella pequeña cala con Francisca y las niñas. Estaba muy confuso. Me parecía estar en dos lugares al mismo tiempo.

Cuando mi esposa por fin me miró, tenía los ojos húmedos.

—¿Eso es todo, John… el peso de tener una familia? ¿Verdaderamente es eso lo que te ha estado preocupando estos últimos meses?

—Es suficiente, diría yo: un padre que duda de su capacidad de cuidar de su familia, que no sabe dónde está o qué hace, que teme que la muerte venga a por él en cualquier momento. Me siento como si me hubiera extraviado.

—¿No hay nada más, estás seguro?

—¿Qué más podría haber, Francisca? ¿No te parece bastante?

Ella me pasó los dedos por el pelo y suspiró de alivio, con lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Podría haber mucho más, John. Podrías haber entregado tu corazón a otra persona.

Me di cuenta con absoluta claridad del silencioso monstruo en que me había convertido. No había pensado para nada en el bienestar de ella.

—Oh, Dios mío, ¿dónde he estado? —La besé para disculparme en la frente y las mejillas—. Francisca, lo siento. Ocurre que no entiendo cómo un hombre puede estar enamorado y sentir las cosas que siento. No me lo esperaba. ¿Puedes perdonarme por ser tan tonto? Aún hay muchas cosas que no entiendo, sobre todo de mí mismo.

Le sequé los ojos con los pulgares, gesto que hizo saltar a mi memoria el recuerdo de Medianoche haciendo lo mismo conmigo. Sentí su fuerza dentro de mí, muy en lo hondo, golpeándome las entrañas.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Francisca me

examinó atentamente y dijo:

—Os veíamos de lejos y nos moríamos de hambre.

—¿Qué… qué quieres decir? —balbuceé, atónito.

—Os veíamos de lejos, John, y nos moríamos de hambre.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo sabes que estaba pensando en él?

—John —explicó—, cuando recuerdas a Medianoche pones una cara especial, como si contemplaras a lo lejos hacia un horizonte que se va oscureciendo. Cuando le vislumbras allí, se te abren más los ojos, quizá como reacción a la gran luz que poseía, según me has contado siempre. Me ha parecido que oír su saludo ahora podría darte la seguridad de que yo no represento ningún peligro. Quería recordarte que no soy tan diferente de él. Nuestro afecto por ti nos hace casi hermanos, en cierto modo.

Vi que nos estábamos aproximando más que nunca. Me parecía ahora que esta proximidad de espíritu era precisamente a lo que me estaba resistiendo en los últimos tiempos, temiendo tal vez que fuera una traición a Medianoche, a Daniel y a Violeta… a todo mi pasado.

—John —dijo—, te comprendo mejor de lo que crees. Comparto algunos de tus sentimientos. ¿El espíritu de una mujer no puede sufrir tensión? ¿Una madre no puede preguntarse por el valor del modo en que transcurren sus días? ¿Soy tan diferente de ti, John Stewart? —Se echó a reír al ver mi sorpresa—. Hay ocasiones en que tampoco puedo respirar, ¿sabes?, como si tú y ellas —señaló hacia las niñas, que estaban dibujando con palos en la arena— fuerais un corsé que cada vez me aprieta más.

—¿Tú sientes estas cosas?

Ella suspiró, claramente irritada porque nunca se me hubiera ocurrido esa idea.

—John, tengo dos niñas pequeñas que me necesitan en todo momento, y un marido para el que mi cariño no conoce límites pero que podría haber encontrado consuelo en los brazos de otra. Y yo no podría decir nada, por miedo a alejarle de mí. Piensa en el hambre que eso representa.

La estreché entre mis brazos y la besé con desesperada intensidad. En nuestro renovado ardor reconocí todo cuanto le había estado ocultando y todo lo que había dejado de hacer por ella.

—Perdóname —dije—. No soy tan fuerte como creía, y me preocupa que pueda fallarte cuando más me necesites.

Este miedo no lo había contemplado nunca hasta entonces, pero ahora me doy cuenta de que existía en mí desde la muerte de mi padre. En los últimos años he reflexionado mucho sobre este período de mi vida y he llegado a la conclusión de que acababa de llegar a mí el legado de la infelicidad de mis padres… y me aterraba.

Se lo expliqué todo a Francisca, buscando desesperadamente las palabras adecuadas, sugiriendo vacilante que podríamos muy bien sufrir el mismo destino que mi padre y mi madre. Se habían querido como niños, a fin de cuentas, y habían acabado como extraños. Seguramente no eran diferentes de Francisca y de mí, y sin embargo su amistad había acabado rota y convertida en recriminaciones y lamentaciones.

—¿Qué puede impedirnos llegar a ser como ellos? —le pregunté.

—John, no sé si el amor nos durará toda la vida, aunque espero que así sea y ruego por ello. Es decir, que lo único que puedo esperar de ti, y tú de mí, es sinceridad. Por lo que me has contado de tus queridos padres, al parecer ésa era la única cualidad que faltaba en su matrimonio. Perdona si te duele oírlo.

—Francisca —dije con un suspiro—. No es tan sencillo. Podría sucedernos cualquier cosa, aunque seamos sinceros el uno con el otro. No podemos saber qué planes tiene el mundo para nosotros.

—Sí, es cierto, John. Pero como no podemos conocer esos planes, sólo podemos confiar en nuestra fe, el uno en el otro. John, lo que creo que tienes que saber es esto… —Recogió un poco de arena con la mano—. Iré adondequiera que desees. Y te ayudaré a conseguir lo que quieras. O… —Se interrumpió— o me quedaré atrás. —Mientras me espolvoreaba la cálida arena en los dedos de los pies, repitió algo que una vez le había escrito en una carta—: No te eleves tanto que no pueda verte. No es mucho pedir, ¿verdad?

—No, es más que justo —coincidí, sonriendo lo mejor que pude para ocultar lo conmovido que estaba; para entonces las niñas, percibiendo que ocurría algo, nos miraban con recelo. Cuando vi el semblante preocupado de Graça, me tapé los ojos con las manos para que las niñas no vieran mis lágrimas.

Francisca me besó en la mejilla, diciendo a Graça y Esther:

—No pasa nada. Vuestro padre y vuestra madre están bien. Simplemente están enamorados, y las personas que se tienen mucho cariño a veces se vuelven un poco locos.

Como ahora las niñas reclamaban a gritos nuestra atención, no podíamos recluirnos bajo la manta y hacer el amor, como deseábamos. Pero tal vez no era eso lo que verdaderamente necesitábamos en aquel momento. En realidad, era tranquilizador y reconfortante para los cuatro estar sentados juntos y hablar del océano y otras cosas que no fueran nuestra vida.

Fuimos a coger agua para *Lidia* y *Filipa* y las atamos a un farol; pagaría más tarde a su propietario para que las recuperara. Nos dirigimos a casa, llevando yo a Graça en brazos. Enseguida se quedó dormida, con la cabeza sobre mi hombro, la pelota de *croquet* a salvo en mi bolsa. Francisca cogió a Esther, que sostenía en la mano una concha blanca, decidida a hacer todas las preguntas que se le ocurrieran sobre ella.

Cuando por fin llegamos a casa, totalmente agotados, Francisca dijo:

—John, quiero que sepas esto: si deseas robar todos los jilgueros, arrendajos y reyezuelos que aún quedan en el mercado de pájaros de Oporto, te ayudaré. Prepara la huida que desees… conmigo o sin mí. Te amaré seas lo que seas o hagas el milagro que hagas.

Gilberto y yo éramos ya socios completos. Hacía mucho tiempo que había abandonado la esperanza de vender obras basadas en los dibujos de Goya o en mis propios e imaginativos diseños. Los buenos ciudadanos de Oporto querían azulejos al estilo antiguo: ilustraciones de santos y paisajes idílicos. A los portugueses probablemente siempre les satisfará colocar a san Antonio o una vaca en sus paredes; les importa poco que sea una cosa o la otra.

Para Francisca, vidrié revestimientos que yo mismo diseñé y recubrí la pared que daba a nuestro jardín con escenas del Éxodo. Los protagonistas eran animales, incluso Moisés, representado como

un león con ojos vidriados en plata y negro. Creo que Medianoche habría admirado mi trabajo, aunque la mayoría de visitantes lo consideraban absolutamente obsceno.

Siempre estaba experimentando con colores y pinceles, y nunca me cansaba de pintar historias para mi familia basadas en relatos de la Torah y los cuentos de animales que me contaba Medianoche.

En la habitación de las niñas, puse azulejos de quimeras, dragones y esfinges en todas las paredes. Cuando eran cosas diminutas, hacían ver que agarraban estas criaturas con las manos, las sacudían y luego abrían los dedos y dejaban que las bestias aladas volaran libres. Les producía mucha risa.

Las niñas eran muy diferentes de carácter.

Esther, la pequeña, era como Daniel: Siempre vivía a un palmo del peligro y no había forma de que fuera de otra manera. Cuando corría lo hacía con perfecto abandono, su espeso cabello castaño rojizo al viento. Estaba hecha de cosas enérgicas… de mariposas, peonzas, leña menuda y campanas. Su mente era una fuga. Te podía dejar agotado tan sólo sentándose en tu falda y haciéndote preguntas. «No, no puedo leerte la historia por quinta vez esta noche… No, ya es oscuro y no podemos ir a pie hasta el río…». Podría pensarse que era caprichosa, pero el tiempo demostró que mantenía en secreto muchos de sus pensamientos, igual que Francisca. Y al igual que mamá, tenía talento para la música, lo que le permitía una salida creativa. Le compré un violín y, con unas clases que le daba un profesor local, era capaz de tocar melodías sencillas del *Anna Magdalena Bach Songbook* a los seis años.

Graça era recatada y pensativa. Poseía los bellos ojos oscuros de su madre y observaba a la gente con atención. Con frecuencia le decepcionaba que la vida no fuera como ella habría deseado que fuera, que no pudiera alcanzar el tesoro secreto que buscaba. Leer para ella y consolarla eran en verdad asuntos muy serios. Como consecuencia de ello, una de mis grandes alegrías era hacerla reír. A menudo, a la luz de una sola vela junto a su cama, examinaba mapas que yo encontraba para ella en la librería del senhor David, como si contuvieran la clave de los misterios de la vida. Yo preveía que nuestra ciudad provincial en el límite de Europa le resultaría demasiado pequeña cuando llegara a la edad adulta.

Por la noche a veces les leía a las niñas algo de la Torah, lo que

a Graça siempre le gustaba mucho; Esther, en cambio, se quedaba dormida enseguida, cosa no siempre fácil, así que servía para un doble propósito.

Tras nuestra charla en la playa, mi relación con Francisca fue más cómoda y tranquila. Los cuatro arrancábamos las malas hierbas de los macizos de flores y podábamos los rosales, nos sentábamos con las piernas cruzadas en la cama jugando a cartas e íbamos al río a contemplar el ir y venir de los barcos. Plantamos cuatro árboles frutales que nos regaló el abuelo Egídio, uno en cada esquina del jardín, donde Medianoche anteriormente había tenido sus plantas medicinales: un melocotonero, un limonero, un naranjo y un membrillero.

Francisca siguió confeccionando sus asombrosas creaciones, y vendía algunos de los ejemplares más modestos a una tienda de ropa de la Rúa das Flores. También confeccionaba vestidos y chales para ella y las niñas, y chalecos y trajes para mí, lo que nos dio mala fama en el barrio.

Yo siempre hablaba en inglés a las niñas, pues quería que gozaran de esa ventaja en la vida. Como yo, a los cinco o seis años comprendían ambas lenguas sin dificultad.

En una ocasión, cuando ya cumplieron seis y siete años, las llevamos a pasar quince días a Londres, las dejamos en manos de madre y tía Fiona, y nos escapamos a Amsterdam, adonde papá había tenido intención de llevarme y adonde hacía mucho tiempo que quería ir para visitar la sinagoga. La armonía de su madera y vidrio y su sencillo silencio nos emocionaron a los dos, y a mí me asombró encontrar a muchos hombres y mujeres con los que podía hablar en portugués, aunque sus familias habían salido de nuestra patria hacía más de dos siglos.

Nuestra familia era feliz, se diría, pero más bien empecé a percibirla como un viaje metafórico que habíamos emprendido los cuatro, con viajeros adicionales, como mi madre, Benjamín, Luna, la senhora Beatriz e incluso la abuela Rosa, que era bien recibida siempre que

deseaba venir. Aún pensaba a menudo en Daniel, en Violeta y en Medianoche, por supuesto; a veces con dolor y culpabilidad. También ellos viajaban de polizones en nuestra travesía, desafiando de forma radiante a la distancia y la muerte, quizá porque gran parte de ellos seguía viva en mí.

Durante los primeros años de matrimonio no supe nada más de la muerte de Medianoche ni de la pérdida de afecto entre mis padres. Cosa curiosa: persistía una duda con respecto a mi padre, ya que no había visto su cuerpo después de su muerte. En muchos sueños le descubría en medio de una multitud: en el mercado de la Plaza Nueva de Oporto, en la Gran Feria de Hyde Park de Londres, en la sinagoga de Amsterdam. Estaba vivo y había abandonado a nuestra familia, pues creía que nos había causado ya suficiente desdicha.

Al despertar, el dolor de que no conociera a Francisca o a mis hijas a veces me oprimía tanto el pecho que tenía que saltar para poder respirar.

En ocasiones cedía a la descabellada creencia de que estos sueños podían ser ciertos… que no había muerto en Oporto, que el sargento Cunha le había identificado erróneamente. O que me había mentido.

Nunca mencioné mis dudas a nadie más que a Francisca.

—¿Adónde habría ido? —me preguntó, incorporándose en la cama una noche.

No supe responderle. Pero tenía una pregunta mejor:

—¿Regresará alguna vez?

27

Durante los primeros tiempos de nuestro matrimonio, Francisca y yo desarrollamos una estrategia para engañar a la fertilidad mirando hacia otro lado cuando sentíamos deseos de hacer el amor. Sin embargo, a pesar de todas nuestras precauciones, a principios de 1822 cada mañana hacía su aparición en mi esposa el atisbo de un futuro hijo.

Al recordar cuánto había sufrido tras el parto de Esther, me puse furioso conmigo mismo por haber permitido que ello ocurriera. En el pasado, me había burlado de las parejas que renunciaban a los placeres de la intimidad y preferían la abstinencia. Pero ahora deseaba ardientemente haber escuchado a la razón.

—Muy bien, tal vez deberíamos dormir separados —accedió ella cuando le dije que me parecía mejor que a partir de entonces nos abstuviéramos.

—¡Me parece excelente! —declaré, ajeno a su trampa.

—Pero es posible que a veces me sienta sola —dijo con tristeza —. ¿Te importaría que de vez en cuando durmiera a tu lado?

—No, me parece aceptable… de vez en cuando.

Se arrodilló a mi lado.

—¿Y vendrás conmigo si te sientes solo? Al fin y al cabo, somos amigos, y no me gusta la idea de que te sientas solo y desdichado.

—Sí, de veras, iré de puntillas a tu cama.

—Bueno, en cualquiera de los dos casos —añadió pensativa—, podría ser que entonces yo me arrimara a ti. Accidentalmente, por supuesto. Pues la cama será muy pequeña, ya me entiendes. ¿Y si tu mástil se yergue… accidentalmente, quiero decir… qué ocurrirá entonces?

—Entonces tendrás que luchar para rechazarme.

—¿Y si me dejo ganar enseguida —preguntó ahogando la risa— te enfadarás mucho conmigo?

Agitando mi dedo índice como hacía mamá, le dije:

—Muy bien, puede que estés satisfecha, pero no volveré a interpretar a Jasón en tu Medea. Si esa furiosa arpía se atreve a poner de nuevo un pie en nuestra casa, esta vez la encadenaré a nuestra cama.

Sonriendo, puso mi mano sobre su vientre.

—Tendremos otro hijo sano; ahora, deja de charlar y trae más leña para el fuego.

Durante las siguientes semanas, a pesar de mis muchas reservas, me resigné a tener otro hijo, sobre todo porque nuestras hijas se mostraban muy entusiasmadas con la idea de tener un hermanito o hermanita. Las dos garabateaban listas de nombres y reían a carcajadas ante las peores posibles opciones: Adalberto si era niño y Urraca si era niña. Presenciando su contento llegué a la conclusión de que, después de todo, el embarazo de Francisca era algo bueno.

Entonces Francisca sufrió una hemorragia. Yo me hallaba en mi taller, y Esther fue a buscarme corriendo. Para cuando llegamos a casa, Benjamín, la senhora Beatriz y una comadrona local ya estaban junto al lecho de Francisca. Había dejado de sangrar, pero habíamos perdido al niño.

—Ha sido culpa mía —gimió ella cuando le aparté las lágrimas con besos.

—No es culpa de nadie. Lo importante es que te recuperes pronto.

Aquella noche su estado empeoró y perdió el conocimiento. Ni yo ni su padre pudimos reanimarla. Esther corrió a buscar a Benjamín. Gracias a sus cuidados Francisca despertó un momento, pero estaba tan débil que no podía mantener los ojos abiertos.

—Estoy aquí —le dije—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Estaba muy pálida.

—Canta —dijo—. Déjame oír tu voz. No deseo yacer aquí a oscuras sin oír tu voz.

De modo que canté para ella, todas las canciones escocesas, inglesas y portuguesas que sabía. Seguí hasta el amanecer, cuando volvió a sumirse en un sueño profundo. Cuando me falló la voz,

recité poemas de Robert Burns, que para mí es música en palabras.

La abuela Rosa se quedó con Francisca un rato, cogiéndole la mano entre las suyas, como para infundirle fuerza. Ella y mi suegro intentaron que la dejara para ir a comer o dormir un poco. Me prometieron que ellos se quedarían, pero no quise dejarla. Pedí sólo té caliente para poder seguir cantando.

Estaba convencido de que si me separaba de ella aunque sólo fuera un instante la perdería para siempre. Mi suegro me trajo mi chaleco Rey de diamantes, que me puse, esperando trasmitirle vida con toda la belleza que ella siempre me había dado a mí. Benjamín me cogió de la mano y rezó en susurros por ella durante un rato, trazando inscripciones secretas en hebreo en su frente para protegerla de todo daño. Las niñas hacían turnos para traerme té fuerte preparado por la abuela Rosa, el semblante asustado e interrogador. Esther se subía a la cama y se tumbaba con su madre de vez en cuando susurrándole al oído.

—Eres mi única verdadera y buena amiga —dije a Francisca— y no puedes dejarme. —Estaba seguro de que con mi abnegación podía hacerla regresar a mí.

En algún momento después del amanecer noté que su mano hacía una contracción. Había dejado de respirar. Al intentar despertarla descubrí más sangre en las sábanas. Llamé a Benjamín, pero ya era demasiado tarde.

Ésta fue, por tanto, la última lección que Francisca me dio: que yo, John Zarco Stewart, no tenía nada de mago. No había canciones de amor lo bastante poderosas para vencer a la muerte. Todas las cosas más importantes escapaban a nuestro control.

Puede que también me enseñara otra cosa: Si existía algún Dios,

Éste era lo que Benjamín denominaba en hebreo *Ein Sof*: un Señor de infinita vastedad totalmente alejado de nuestras preocupaciones, sordo a nuestras plegarias.

La pena…

Mi pena pronto se convirtió en un palacio envuelto en la noche perpetua, donde tenía a mi disposición un centenar de habitaciones de desesperación, cada una de ellas abarrotada de visiones de lo que era y lo que habría podido ser. Durante el verano y el otoño de 1822, y también gran parte del año siguiente, subí sus altas escalinatas y pulí sus estatuas de la memoria. Durante aquellas y mas terribles semanas de pérdida, me reprochaba no haberla amado lo suficiente. En mi locura, hablaba a las niñas del egoísmo de su padre, aunque ellas no tenían ni idea de a qué me refería.

A veces permanecía sentado sosteniendo la carta de amor de Joaquim a Lúcia que había caído de *Las fábulas de la zorra* cuando tenía siete años, deseando haber escrito a Francisca todo lo que siempre había sentido por ella.

No me peinaba ni me afeitaba. Me moría por ser abrazado por ella de nuevo. A menudo me miraba en el espejo y me preguntaba cómo un hombre vacío como yo podría avanzar solo hacia el futuro.

Lamentaba haber hecho tan pocos dibujos de ella. A veces, ya no recordaba la forma de sus ojos y el contorno de sus delgadas manos. Creía que me volvería loco si no podía volver a hundir mi nariz en su pelo por la noche.

Luna Olivo, la senhora Beatriz y otros vecinos nos visitaron para darnos el pésame, y nos trajeron pan y sopa. La abuela Rosa y otras muchas mujeres a las que no conocía se sentaban con las niñas ante la chimenea y les hablaban en susurros del dolor y la preocupación de ser madre, advirtiéndoles de las obligaciones del matrimonio y de los engaños de los hombres, lamentando haber perdido su figura juvenil al dar a luz. Gente extraña nos limpió la chimenea y reparó la Torre de Vigilancia. Judíos secretos acudieron a mi tienda y me hablaron del Monte de los Olivos.

Durante casi un año hice todo cuanto se esperaba de mí. Creé jarras, jarrones y aguamaniles suficientes para contener las aguas del Duero. Mis vidriados se mezclaban con el rencor que sentía por los que eran felices.

Cuidaba de mis hijas lo mejor que podía y procuraba que prosiguieran con sus clases. Esther se negó a tocar el violín durante dos meses y se quedó en la cama hasta que insistí de forma inflexible en que se levantara. Graça me causó una infinita preocupación con su terrible insomnio, trastorno que sin duda había heredado de mí. Después había ocasiones en que se metamorfoseaba en un rayo, impaciente por caer sobre su hermana y sobre mí.

Me esforzaba por ser comprensivo y consolarlas a las dos. Pasaba la mayor parte del día con ellas, pero a veces me temo que yo les resultaba de muy poca ayuda. Empecé a comprender mejor por qué madre se había distanciado de mí tras la muerte de Medianoche y de papá. Nos parecíamos en muchas cosas, ella y yo, y durante demasiado tiempo perdí todo deseo de conversación, no se me ocurría ningún tema que mereciera mi atención plena, ni siquiera —lamento decirlo— la desdicha de mis hijas.

Mamá me envió largas cartas de aliento tres veces a la semana durante muchos meses. Incluso superó su miedo a los recuerdos para efectuarnos una prolongada visita, escondiéndose por todas partes en la casa. Una vez, después de acostar a las niñas, me llevó aparte y me dijo:

—Sé que sirve de poco que te lo diga ahora, pero lo diré de todos modos. Fuiste el mejor de los esposos para Francisca, y estoy segura de que murió sin ningún pesar, sin dejar nada por decir. No creo que pudieras haberle hecho un mejor regalo de despedida. Cuando os veáis de nuevo, no tendrás que pedir disculpas por nada. Y eso, John, es una bendición que no tiene precio.

En el mundo, fuera de los límites de nuestra ciudad de provincias, habían ocurrido muchas cosas desde que me había casado con Francisca, por supuesto; incluso la muerte de Napoleón. Pero las vicisitudes de la política nos preocuparon poco hasta casi un año después de enterrar a mi esposa, cuando el ejército francés cruzó los Pirineos para entrar en Iberia y sofocar una rebelión española a favor de la reforma liberal.

Durante un período de auténtica pesadilla, en el que imaginaba que estas tropas proseguían hacia el oeste hasta Oporto y silenciaban nuestra ciudad de nuevo con sus mosquetes y espadas, recibí una carta de Nueva York. Mientras la sostenía en mis manos, me enteré de que la tinta del pasado no se había secado tanto como yo creía. Cerrando los ojos vi una solitaria muchacha con un gorro negro arrojando piedrecillas a mi ventana.

Las lágrimas acudieron a mis ojos cuando vi su letra. Como si fuera un triunfo contra todo mal, susurré para mis adentros: «¡Llegó a América!».

En realidad, recibí dos cartas de Violeta; la segunda llegó tres días más tarde, ya que me la había enviado a la Douro Wine Company y me fue entregada por uno de sus correos. Violeta me explicaba que había tomado la precaución de enviar dos, ya que no sabía si aún vivía en la misma dirección. Las cartas eran idénticas salvo por una frase.

No explicaba casi nada de cómo había llegado a Nueva York, y sólo decía que había vivido muchos años en Lisboa e Inglaterra, y luego había sido tocada por la buena fortuna, que la llevó a América. Vivía en una casa cerca de la punta suroriental de la isla de Manhattan. Deseaba que supiera que acudían muchos pájaros de colores a su pequeño jardín. Uno de los más bellos era azul y blanco, con cresta.

«Me gusta imaginarnos a ti, a mí y a Daniel viendo las mismas estrellas en el mismo momento, tocando con las manos el interior de su luz», escribía.

Su dirección era el número 73 de John Street. Me decía en su

carta que vivir en una calle que se llamaba como yo siempre le hacía sonreír.

Hacia el final de su misiva decía que muchos años atrás había soñado que Daniel le rogaba que me escribiera. Me pedía disculpas por no haber hecho caso de sus deseos, pero en aquellos momentos no se hallaba en situación de hacerlo.

Esperaba que yo estuviera bien, pero como se había enterado de la muerte de mi padre, temía que su sueño hubiera sido un presagio de ese terrible suceso. Enviaba muchos recuerdos para mi madre, cuyas numerosas amabilidades con ella jamás olvidaría.

No me daba ninguna explicación en cuanto a cómo se había enterado de la muerte de mi padre ni de cómo había descubierto que me dedicaba a hacer azulejos, ni siquiera de si conocía la muerte de Francisca, pero concluía su carta con una proposición asombrosa:

«Algún día, si alguna vez volvemos a vernos, me gustaría que hicieras un panel de azulejos para mi casa de Nueva York. Quizá podría ser sobre nuestra vida cuando éramos niños. Sería agradable tener algo de Oporto y de aquella época… hace tanto tiempo. Siempre, Violeta».

En la carta, que iba dirigida directamente a mi casa, añadía una posdata: «Me alegró mucho saber que tienes dos hijas, y sería un placer para mí conocerlas algún día».

No supe cómo interpretarlo. ¿Nueva York? Era absurdo. Me costaba imaginar ir hasta Lisboa, que se hallaba a poco más de trescientos kilómetros al sur.

Me alegré de que le hubiera ido bien, claro; parecía una bendición, después de todas nuestras desgracias. Pero recibir sus cartas fue demasiado para mis destrozados nervios. Detrás de mi puerta cerrada con llave, temeroso de que me vieran mis hijas, estuve sollozando hasta el amanecer.

En mayo, la lucha en Portugal entre fuerzas que favorecían nuestras recientes reformas constitucionales y los que esperaban el regreso de una monarquía absoluta casi había llegado al punto de la guerra civil. Después nos enteramos de que nuestro parlamento y nuestra constitución habían sido anulados por el rey Juan VI y su hijo Miguel, comandante en jefe del ejército, con centenares de posteriores arrestos de sus oponentes en todo el país. Estos desdichados prisioneros apoyaban al hermano mayor de Miguel, Pedro, reformador liberal.

No sabíamos qué agonías podían estar sufriendo esos hombres, pero los mayores de entre nosotros olían en el aire el inolvidable olor de la carne quemada que recordaban de su juventud, cuando los prisioneros de la Inquisición eran quemados vivos en Lisboa y otras ciudades.

Además, mientras el rey y sus partidarios reclamasen la soberanía absoluta, muchos nos mostrábamos convencidos de que era inevitable una ocupación francesa, ya que las grandes fuerzas que estaban en juego en aquel país deseaban asegurarse de que nuestra recién reforzada monarquía fuera favorable a sus intereses.

Casi literalmente, de la noche a la mañana, todos teníamos miedo de expresar nuestras opiniones en público sobre cualquier tema, por insignificante que fuera. Nunca dejaba que se me escapara una palabra en inglés cuando estaba en la calle. Luna, Benjamín y yo ya no celebrábamos juntos la cena del Sabbath. En cambio, Esther y Graça hacían turnos para encender las velas y yo recitaba nuestras plegarias. Al atardecer cerrábamos las persianas y las cortinas.

Asimismo, obligué a las niñas a guardar todas las bufandas, chales y vestidos que su madre había confeccionado para ellas y a llevar sólo ropa modesta, como prefería el clero. Como precaución adicional llevaban rosarios y susurraban el *Ave María* siempre que tenían oportunidad, incluso al oír un estornudo.

Tras ser advertidos por unos judíos secretos de que mi nombre había aparecido en unos chismes sobre los *marranos* en los que

estaban pensando para ser arrestados, también empecé a confesarme cada semana y, con una mezcla de desprecio y juvenil diversión, inventaba historias de aventuras referentes a gran cantidad de prostitutas. Uno de los sacerdotes más ancianos con los que descargué mis pecados me interrogó con mucho interés por los detalles de mis escapadas, visiblemente asombrado de que pudiera complacer a tantas mujeres. Le aseguré que era inusual también para mí, pero que me sentía muy inspirado por los éxitos de nuestro rey contra los ruines reformadores y judíos que amenazaban nuestros fundamentos morales.

Dos días después de anular nuestra constitución, presencié una tumultuosa concurrencia de centenares de personas en la Plaza Nueva, con cruces y efigies de santos llevados en alto como espadas y escudos. Tanto liberales como *marranos* fueron declarados enemigos de la nación portuguesa y de Cristo. Eran calumnias que no había oído desde la muerte de Lourenço Reis, casi diecinueve años atrás. Debido a este clima de locura y persecución, Benjamín en particular vivía aterrorizado, ya que era de general conocimiento que daba clases de Torah a cualquiera que lo deseara. En realidad, el 8 de junio simplemente desapareció, aunque ni soldados ni alguaciles viniesen a por él, que yo supiera. Traté de averiguar si le habían metido en la cárcel, pero se burlaron de mis preguntas tanto los agentes de prisión como los funcionarios del Ayuntamiento. Junto con otros vecinos ayudé a tapiar su tienda y su casa.

La noche de su desaparición soñé que me convertía en una llama hasta disolverse en la nada. Al día siguiente no podía parar de imaginar que esta pesadilla era un presagio de cosas que iban a ocurrir y que mis hijas pronto serían huérfanas.

Tres noches después, mientras releía la carta de Violeta por lo que debía de ser la duodécima vez, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Graça. Estaba sentada cerca de mí, examinando un mapa de Europa.

Como no hubo respuesta, me levanté y entreabrí la puerta. Era Benjamín, envuelto en una capa negra de la cabeza a los pies.

28

Las niñas se abalanzaron sobre Benjamín y se aferraron a él, besándole en la mejilla. Él fingió gemir porque le atacaban. Se le notaba el cansancio en los ojos y su pelo gris iba en todas direcciones. Una barba blanca de varios días le cubría la barbilla.

—Lamento no haberos podido decir nada —dijo, sacando un estuche de gafas del bolsillo de su chaleco.

—¿Dónde ha estado?

—Es un secreto. Cuanto menos sepáis, mejor. —Me examinó por encima de sus gafas. Yo debía de estar sonriendo, pues preguntó—: ¿Qué pasa, chico?

—Sólo que siempre le recordaré así: dos ojos de cristal y dos de lechuza.

Se echó a reír. Esther puso su silla a su lado y le cogió la mano. Cuando Graça le preguntó si había estado en la cárcel, respondió:

—Afortunadamente, no. He estado ayudando a asegurar la victoria de Ciro. Debo regresar en breve a mi escondite, y por eso es mejor que no sepáis dónde estoy ni cómo llevo a cabo estas cosas.

Ciro era el antiguo gobernante persa que, al conquistar Babilonia, emancipó al pueblo hebreo, permitiéndole regresar a Palestina y construir de nuevo su templo. Benjamín lo dijo como referencia a don Pedro, el hijo mayor del rey y campeón de las reformas democráticas. Benjamín creía que si Pedro accedía al trono en lugar de su hermano menor, Miguel, conduciría a Portugal y a los judíos a una Edad de Oro. Diez mil de nuestros hermanos exiliados por la Inquisición podrían regresar a casa desde Constantinopla, Amsterdam y otras ciudades de la diáspora.

Benjamín estuvo sentado un rato y habló de cosas triviales con

las niñas, que nos prepararon *rabanadas*. Cuando tuvimos el estómago lleno, se despidieron de nuestro invitado, pues yo tenía asuntos de que hablar con Benjamín y prefería que ellas no los oyeran.

Antes de despedirse de mis hijas, les pidió que se sentaran en silencio, luego apretó las yemas de los dedos en sus ojos cerrados para que pudieran ver los colores interiores que residían en el interior de ellas y sacar así valor del universo secreto al que cada una tenía acceso. Después se lo hizo a sí mismo.

—Ahora nuestros paisajes interiores se han unido —les dijo—. ¡Ni vosotras ni vuestro padre podréis escapar jamás de mí! —Dicho esto, mostró los dientes y rugió, cosa que había aprendido de Medianoche.

Cuando las niñas se hallaron instaladas en el piso de arriba, le dije que había recibido una carta de una antigua amiga.

—¿Quién, querido muchacho?

—Violeta, la muchacha cuyo tío… cuyo tío le hizo tanto daño.

—Recuerdo bien las plegarias que rezamos por ella. ¿Dónde está ahora?

—En Nueva York, nada menos. Me escribió y decía que también había estado en Londres.

—«No lloréis por los muertos ni os entristezcáis por su pérdida. Es mejor que lloréis por los que se han ido, pues jamás regresarán, jamás volverán a ver la tierra que les vio nacer».

Me aventuré a decir:

—¿Isaías?

—Jeremías —rectificó él, meneando la cabeza.

—En cualquier caso, ni Jeremías ni nadie ha de tener lástima de Violeta. Me dice que ha tenido suerte y me ha invitado a realizar un panel de azulejos en su casa. Creo que tiene dinero.

—¿Irás?

Me encogí de hombros.

—Está terriblemente lejos. —Me puse en pie para coger mi pipa y la bolsa de tabaco que estaban sobre la repisa de la chimenea—. E indudablemente es una mala idea volver a visitar mi pasado.

—Virginia no puede estar muy lejos de Nueva York, ¿verdad? —preguntó.

Envuelto en una nube de humo me reí y dije:

—Me temo que despedí al profesor Raimundo mucho antes de llegar a la geografía de América.

Como si reviviera un recuerdo lejano, desvió la mirada y añadió:

—Dios mío… Medianoche… después de tantos años… —Suspiró y meneó la cabeza—. Eso sí que sería algo, encontrarle, ¿no crees, querido muchacho?

Pensando que Benjamín estaba demasiado cansado para saber lo que decía, repliqué:

—Nuestro queridísimo Medianoche lleva diecisiete años muerto. El único lugar donde le encontraremos ahora es en nuestros sueños.

—¿Muerto? Tal vez no, John. Pero… ¿qué he dicho? —El boticario se levantó de pronto—. Querido muchacho, perdona a este anciano que tiene pensamientos extraños. Es mi mente… Ya lo verás cuando tengas mi edad. No puedes confiar en tus pensamientos. Es como vivir con un impostor.

Su exagerada negación me convenció de que me estaba ocultando algo.

—Da la impresión de que sus pensamientos no son extraños, sino que parecen ocultar algo que usted conoce. Dígame lo que ha querido decir —dije con vehemencia.

—No, no, no he querido decir nada. —Recurriendo al Eclesiastés para salvarse, dijo—: «La lengua de un necio es su perdición». Perdóname.

—Benjamín, no es momento para citas de la Torah. Es evidente que no puede quedarse mucho rato. Ahora dígame qué es eso de Virginia y Medianoche. ¡Dígamelo de una vez!

—John… —Se dejó caer en la silla y apoyó la cabeza en las manos—. Tengo unas cartas en casa que me gustaría dejar a tu cuidado, querido muchacho. Perdóname por no habértelas dado, pero fue el deseo de tu padre al morir.

Me puse en pie de un salto.

—¿Usted estaba con mi padre cuando murió?

Levantó la mirada con tristeza.

—Todos estábamos con James cuando murió.

—No lo entiendo. Se lo ruego, Benjamín, hable con claridad.

—Iré a por las cartas y después todo estará claro. Vamos —dijo con solemnidad.

—Hemos tapiado su casa.

—Trae un martillo. Y trae también una vela. Esto no puede esperar.

Como sabía que las niñas aún estarían despiertas, me precipité escaleras arriba y les dije que Benjamín y yo íbamos a hacer un recado y que no tardaríamos.

En su casa, arrancamos todas las planchas de madera de una de las ventanas. Una vez dentro, sacamos ocho cartas que tenía guardadas en una caja fuerte en el sótano, todas ellas dirigidas a James Stewart. Estaban atadas con una cinta blanca que con el tiempo se había vuelto amarilla.

—Al entregarte esto, estoy vaciando mis bolsillos de piedras manchadas de sangre —dijo—. Durante años me han agobiado. Querido muchacho, la carga de los secretos divulgados es grande, y la de los escritos aún mayor.

Sosteniendo las cartas que mi amado padre había leído sentí su presencia como una punzada tan fuerte y profunda que temí perderme si alguna vez dejaba de sentirla.

Le dije a Benjamín que siempre había tenido la sensación de que la muerte de mi padre, más que cualquier otra, había sido un error del destino. Confesé cuán mejor hombre habría sido yo si él hubiera estado a mi lado todos aquellos años.

—James ha muerto —declaró Benjamín—, pero lo mejor de él aún reside en ti. Sólo espero que no me odies cuando leas esto.

Enlazó su brazo con el mío mientras volvíamos a mi casa. Leí las cartas en la sala de estar, esperando que por fin resolvieran el enigma de por qué el matrimonio de mis padres se vino abajo.

La primera carta estaba fechada el 6 de octubre de 1806, un mes antes de aquel fatídico viaje que efectuaron Medianoche y padre a Londres. La había enviado a papá desde Bristol, Inglaterra, un tal capitán A. J. Morgan:

> Señor: Gracias por su carta del 4 de septiembre. Creo que sé de un lugar para trabajar que satisfará la mayoría de las sensatas condiciones que me resumió, si no todas. En resumen, hay un caballero bueno y próspero, de nombre Miller,

que vive cerca del puerto de Alexandria, con el que he tenido el placer de reunirme en varias ocasiones y que, creo, será el único al que complacerá disponer de un atento y obediente ayudante. Si pudiera usted decirme en su próxima carta cuándo podemos esperar la entrega de su propiedad aquí en Bristol, o si lo prefiere en nuestras oficinas de Londres, con sumo placer llevaría a cabo nuestros planes tal como acordamos con precisión.

La siguiente carta, del mismo capitán Morgan, estaba fechada el 27 de enero de 1807, dos meses después de la muerte de Medianoche:

Para su información, he depositado con éxito la propiedad en manos de míster Miller, quien se mostró sumamente complacido al recibirla. Aunque de momento no habla, estoy seguro de que la propiedad pronto dejará esta perversa actitud y resultará muy útil. Debo añadir que a míster Miller no le incomoda demasiado su conducta, por lo que no debe usted preocuparse. No es infrecuente que en estas transacciones la mente primitiva se desoriente y se muestre rebelde al principio. Sin embargo, con el látigo todos resultan útiles y manejables, puede usted estar seguro.

Benjamín, ¿cuál es esta propiedad de la que habla el capitán Morgan? —pregunté, temeroso de oír lo que ahora sabía que era la verdad.

—Por favor, John, sigue leyendo. Después hablaremos.

—Pero ¿usted sabe de qué se trata? ¿Lo sabe? —grité.

—Sí —respondió con tristeza.

Al parecer, padre se había pensado mejor lo de vender su «propiedad» a míster Miller y, el 11 de mayo de 1807, el capitán escribió:

Sin duda tengo intención de proponer esa transacción a míster Miller en cuanto vuelva a Alexandria, pero no puedo garantizarle que acepte. Seguramente sabía usted, señor, que una vez vendida una propiedad no se tiene derecho a reclamar

la propiedad en cuestión.

Luego, el 14 de julio:

> Lamento informarle de que la propiedad ya no está con míster Miller. El boticario de forma súbita fue arrebatado por Dios el pasado mes de mayo, tras haber enfermado una semana antes de fiebre amarilla. Sus hijos, al no saber qué hacer con su hombre, lo vendieron a un comerciante local. He hecho averiguaciones referentes a su actual paradero, pero no he tenido éxito. Me temo que es posible que hayamos perdido la pista para siempre. Incluso puede que lo hayan vendido más al sur. Estados Unidos es una nación muy grande y hay miles de negros en todas partes, se lo aseguro. Distinguir a uno de otro, incluso a uno de talla tan diminuta y de tono amarillento como el suyo no resultará fácil, ya que la mayoría de americanos no están acostumbrados a las distinciones finas en los primitivos a los que usted se refiere con tanta propiedad.

—Benjamín, mi padre… mi padre… —El pánico me producía una sensación de vértigo, mis pensamientos giraban en espiral hacia un crimen tan monstruoso que no podía creer que fuera posible—. En el nombre de Dios, ¿qué hizo papá? —grité.

—Te prometo que te contaré todo lo que sé, querido muchacho. Pero debes terminar lo que has empezado y leerlas todas.

—Mis padres me mintieron durante años, ¿verdad? Y Medianoche… oh, Dios mío, Medianoche, ¿qué ha sido de él? ¿Dónde está? Debe decirme exactamente dónde está. Necesito saberlo ahora, Benjamín. ¿Dónde está?

—No puedo decirlo. Pero las últimas cartas hablan de adonde es posible que fuera. Ya lo verás.

Tenía las manos heladas, y la sensación de haberme vuelto todo yo de hielo. Tomé la siguiente carta del montón.

> Se cree que debe de estar en una de las Carolinas, quizá en la ciudad de Charleston, ya que varias decenas de negros fueron obligados a ir allí para ser vendidos poco después del inoportuno fallecimiento de míster Miller, y su antigua propiedad es posible que se encontrara entre ellos.
> Su ofrecimiento de una recompensa es sumamente generoso, y en caso de que obtuviera más información en cuanto a su paradero, puede estar seguro de que no vacilaré en hacérselo saber.

—¿Vendido? Pero ¿cómo puede ser? ¡Estas cartas… —dije,

sosteniéndolas en alto—, estas malditas cartas han de ser falsificaciones! Es la única explicación posible.

Benjamín negó con la cabeza.

—Incluso ahora existe la esclavitud en América. Las personas de piel del color de Medianoche viven como esclavos en el imperio faraónico del arroz y el algodón. Moisés les ha abandonado.

—Pero Medianoche no era esclavo. Vivía con nosotros como hombre libre. Papá jamás debería haber… jamás debería haber hecho nada tan… tan…

Benjamín respiró hondo y dijo:

—Jamás logré encontrar Alexandria en un mapa, pero me parece que es una ciudad portuaria próxima a Washington. Le llevaron allí.

—No, no puedo creerlo. Sin duda, debe de tratarse de un terrible error. Mire, incluso yo sé que el comercio de esclavos en Inglaterra está prohibido desde hace muchos años.

—Sólo desde hace dos décadas. En 1806, cuando tu padre completó la transacción, el comercio de esclavos aún era una garantía para los ricos. Cualquier africano que viviera en Gran Bretaña sin papeles que dieran fe de su estado de libertad podía ser secuestrado, encadenado y enviado a los mercados de América.

—¡No, miente! ¡Padre no podría haber hecho eso! ¿Por qué me esconde la verdad? ¿Hubo algún accidente? Benjamín, ¿les ocurrió algo terrible a Medianoche y a padre en Inglaterra?

—John, por favor, baja la voz. Las cartas que tienes en las manos te dicen todo lo que tienes que saber. Son… son… —En su desesperación, Benjamín cerró los ojos y se puso a recitar una plegaria en hebreo. Al cabo de un rato dijo:

—Sé que debería habértelas dado hace años, pero estaba muy asustado. Tú, Francisca y las niñas erais tan felices… Me decía a mí mismo: «¿Por qué he de arruinar sus vidas? Medianoche ha desaparecido e intentaré encontrarle solo». Seguí escribiendo en el curso de los años a muchos hombres de Inglaterra y América, pero no tuve mejor suerte que James. Me sugirieron incluso que Medianoche podía estar muerto. Los esclavos africanos… querido muchacho, en América sus vidas son breves.

La cabeza me palpitaba y una voz grave me estaba diciendo que mis nueve años de felicidad con mi esposa e hijas habían sido más que despreciables; todo ese tiempo Medianoche había estado

enjaulado.

—Pero ¿qué pudo empujar a mi padre a hacer una cosa así? —pregunté—. No se me ocurre nada que pudiera hacerle cometer semejante maldad.

—John, esto me resulta difícil. No me corresponde…

—No se lo tendré en cuenta. Dígamelo.

—Tu madre… tu madre y Medianoche…

¡Venga ya, hombre!

—John, perdóname, pero al parecer May y Medianoche… bueno… llegaron a compartir cama como marido y mujer.

Benjamín habló un poco más, pero no oí nada. Me hallaba fuera del tiempo. Cerré los ojos y sentí a padre y a Medianoche a mi lado. Su presencia ahora me oprimía el pecho, me asfixiaba. Entonces vi a Francisca en su lecho de muerte: pálida y marchita. Le estaba cantando: *En la ciudad de Scarlet, donde nací.*… Medianoche había estado cautivo todo el tiempo en que nosotros habíamos estado educando a nuestras hijas… durante cada momento de felicidad. Le traicioné con mi buena fortuna.

¿Me había arrebatado Dios a mi esposa por mi maldad?

De lo más hondo de mi ser brotó un gemido. Quería que destrozara el tejado y la Torre de Vigilancia, deseaba invocar a los muertos para que salieran de sus tumbas… desgarrar mi vida en tantas tiras ensangrentadas que jamás pudieran volver a unirse.

29

Mis hijas bajaron corriendo la escalera al oír mi grito. Benjamín las calmo, diciéndoles que había sufrido un mareo al pensar en su difunta esposa y, asustado, había gritado.

Mi estómago, normalmente tranquilo en aquel momento, dio una sacudida, lo que me obligó a pedir una jofaina, que Graça me acercó justo a tiempo.

Con sus rápidas manos, Benjamín escondió hábilmente las cartas bajo su capa. No pude releerlas hasta que las niñas se hubieron ido a acostar de nuevo. Cuando terminé, saqué el reloj de mi padre del bolsillo del chaleco. Era la una y media de la madrugada. Acababa de cruzar un umbral invisible. Ya no era la persona que había sido.

—Benjamín, se lo ruego —dije con voz queda—, ¿de verdad el motivo de la traición de padre fue como me ha contado?

—John, tu madre y Medianoche… ¿debo decirte de nuevo lo que tu padre me contó?

En vano escruté su rostro para ver alguna señal de que me engañaba. Dije:

—Pero lo que está usted diciendo es ridículo.

—No obstante, es lo que James me dijo.

—Yo lo habría sabido. Me habría dado cuenta.

—John, no eras más que un chiquillo. No podías ver lo que ellos te ocultaban. —Hizo gestos de negación con la cabeza—. Ningún niño comprende cómo actúa el corazón adulto. Estas cosas se te escapaban. Y no sólo a ti. Yo no lo había adivinado.

—¿Durante cuánto tiempo suponían que habían estado… que habían…?

—Tu padre y yo no hablamos de eso.

—No puedo imaginarme a madre traicionando a padre de ese modo. Y Medianoche jamás habría actuado como un traidor con él.

—Tal vez no… no lo sé. Sólo puedo repetir lo que me dijo. John, hay otra cosa, pues debo desembarazarme de todos mis secretos antes de irme. Y te ruego de nuevo que no me odies. Recordarás que tu madre se marchó de vuestra casa varios días cuando tu padre regresó de Inglaterra. Se encontraba enferma. Se fue a vivir con tu abuela.

—Sí, lo recuerdo bien.

Benjamín se levantó y se calentó las manos ante la chimenea durante un rato, sin duda para hacer acopio de valor.

—Fue entonces cuando perdió… perdió al niño —dijo con la mirada fija en las llamas.

—¿Qué niño? Hable con claridad.

—John, tu padre… dijo que tu madre estaba embarazada de Medianoche. Llegó un momento en que se mareaba por las mañanas. Se marchó de vuestra casa para ir con tu abuela. Entonces perdió al niño.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¡Es una locura, Benjamín!

—Querido muchacho… sólo sé lo que me contaron.

—¿Que estaba embarazada… de Medianoche?

—Sí.

—No entiendo cómo… ¿lo perdió o lo mataron?

—No lo sé.

Me dirigí al pie de la escalera. Levanté la mirada, pensando en mis hijas, que se hallaban a salvo en la cama. ¡Qué herencia les había dado! Mis pensamientos me llevaron al pasado, a la época de cuando padre regresó de Londres. Yo estaba fuera de la puerta cerrada con llave del dormitorio de mis padres, donde madre se había recluido, para asegurarse de que yo no reparaba en su embarazo.

En aquel momento desprecié a Benjamín, tal como él había temido.

—Madre a menudo sufría de agitación —dije irritado—. Su enfermedad no fue más que una pérdida de su equilibrio provocada por…

—John, di lo que quieras. Yo sólo estoy repitiendo lo que James me dijo. Me juró que guardaría silencio. Debo decírtelo. Al

contártelo he roto mi juramento.

Me pregunté entonces si la abuela Rosa sabía lo de madre. Lo dudaba, pues sin duda lo habría utilizado como arma contra nosotros si lo hubiera sabido.

Benjamín me dio un vaso de vino.

—John, a pesar de tu ira hacia mí, y a pesar de todo error de juicio que un anciano pueda haber cometido, ¿crees que podrías permitirle darte algún consejo? —Como accedí, dijo—: Si le preguntas a tu madre por estas cosas, yo de ti iría con cuidado.

Agité un puño ante él en un arranque de rabia.

—¡Es ella la que tendrá que ir con cuidado! Me ha mentido todos estos años.

—Aun así, es posible que reaccione mal al hecho de que lo sepas. No lo habría deseado por nada del mundo. Se enfadará muchísimo conmigo.

Arrojé mi vaso al friego.

—¡Maldita sea! Usted ha hecho lo que tenía que hacer. ¡Les maldigo a todos ellos!

—Cálmate. Las niñas te oirán.

—Mis hijas han sido engañadas respecto a su abuelo por la propia egoísta perfidia de éste. No sólo eso, sino que podrían haber crecido con Medianoche. Maldita sea, ¿no ve cómo nos engañó a todos mi padre, incluso a sí mismo?

—John, a mí también me engañó, no lo olvides. Medianoche y yo… —A Benjamín se le quebró la voz—. Bueno, digamos tan sólo que perdí a un buen compañero para mi verdadero trabajo. Él… él era como un hijo para mí.

Lleno de remordimientos me disculpé por mis irrespetuosas palabras. Entonces vi lo que tenía que hacer.

—Benjamín. Tengo que ir a Londres para hablar con mi madre. Después, tomaré un barco a Nueva York. A Violeta no le importará alojarme unos días. Y después iré a Alexandria y a Charleston. Si Medianoche ha estado viviendo como esclavo estos diecisiete años…

De pronto el mundo pareció oscurecerse y me sentí muy débil.

—No entiendo nada —no cesaba de repetir. Sin embargo, estaba empezando a ver cada eslabón del pasado enlazarse con el siguiente a la perfección. Ya tenía la explicación del fracaso de mi familia que

durante tanto tiempo había estado buscando. ¡Qué tonto había sido al creer que la respuesta me traería consuelo!

Me pregunté entonces si madre se había enterado de la traición de padre hacia Medianoche. Si no, y si había estado enamorada del africano, probablemente creyó que padre le había asesinado.

—Benjamín, ¿está absolutamente seguro de que mi padre sabía que mi madre y Medianoche habían… habían estado juntos?

—Sí. Se volvió loco de ira y de pena, e incurrió en el mal. Más tarde, como indican estas cartas, los remordimientos le consumían. John, tu padre no podía vivir con lo que había hecho. Estaba completamente perdido, querido muchacho.

Benjamín tenía aspecto de estar absolutamente derrotado. Le serví un poco de vino en la taza de té vacía. Yo bebí directamente de la botella, decidido a emborracharme.

—Tu padre no amaba a nadie tanto como a ti —dijo—. Creo que deberías recordarlo.

Me reí amargamente.

—Eso no significa nada comparado con una traición.

—Te equivocas, John. Debes recordar que tu padre te adoraba.

—No tanto como para evitar vender a Medianoche.

—Ese fue su error fatal. Pero ello no le impedía desear lo mejor para ti.

Me reí de nuevo y tomé otro largo trago.

—¿Cuándo exactamente se lo confió a usted?

—Justo antes de que le mataran.

—¿Le entregó entonces las cartas?

—Sí, igual que a ti te dio su pipa y su reloj. Es lo que hacen los hombres poco antes de terminar con su vida. Regalan sus posesiones.

—¿Qué está diciendo? —De pronto volvía a estar temblando de ira.

—John, tu padre… Los hombres que pierden la mente a veces van en busca del Angel de la Muerte. Él esperaba, creo yo, que sacrificando su vida compensaría lo que había hecho. Y por eso se quedó y peleó en una batalla perdida. Por eso, querido muchacho, te dio sus cosas.

Esto ya me resultaba intolerable. Recordé la moraleja de la fábula «La rata, la rana y el águila», la historia que había leído en la

librería del senhor David cuando tenía siete años: «El que persigue el mal lo persigue hasta su propia muerte».

Después de haber tomado otros varios saludables tragos de vino, Benjamín me dio una palmada en la mano en gesto juguetón y me quitó la botella, dejándola sobre la repisa de la chimenea. Al no ver en él más que puro cariño hacia mí supe que su intención había sido contarme estas cosas aquella noche, pues tal vez tuviera que permanecer lejos de Oporto durante mucho tiempo. Había fingido que me hacía esas revelaciones de modo casual al enterarse de que Violeta ahora vivía en Nueva York, y luego hizo ver que estaba confuso.

No le guardé rencor por ello. Le agradecí que me lo contara, fuera como fuese.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—Por todo. En estos últimos años no me ha demostrado más que bondad.

—Soy yo el que te da las gracias.

Me hizo señas de que me sentara junto a él. Entonces fue cuando me contó que Medianoche le había ayudado a librar al mundo de Lourenço Reis, el odioso predicador. Mis sospechas de que Benjamín era responsable del asesinato por fin se confirmaron, aunque no me dio detalles. No quería que jamás pudiera revelar la verdad si caía prisionero de la Iglesia o la Corona.

Pensando en este secreto y en los relacionados con mi familia, dije:

—Hace muchos años que quería hablarme de mis padres, ¿verdad?

—Sí, pero cuando era más joven era más fuerte y podía guardar solo estos secretos. Ahora soy viejo, querido muchacho. Necesitaba desembarazarme de ellos para avanzar y ayudar a Ciro. Pero escucha, John, los secretos no son como los hombres mortales; pueden ser peligrosos veinte, cincuenta, incluso cien años después de haber sido concebidos. Así que ve con cuidado. Y perdóname.

Le perdono, Benjamín. Puede estar seguro de ello. E iré con cuidado. Si no otra cosa, eso lo he aprendido en los últimos años. Padre podía haber ido a Estados Unidos en busca de Medianoche. Al menos podía haberlo intentado.

—Tendía a creer que no había esperanzas.

—¿Y usted qué cree?

Bajó los hombros.

—Hace tantos años… casi dos décadas.

—Medianoche no podía tener más de treinta o treinta y cinco años cuando le conocí. De estar vivo tendría unos cincuenta años.

En vano traté de imaginarle con el pelo gris.

—¿Se acuerda de cuando me salvó de la Hiena?

—Sé lo que estás pensando, muchacho… *Hesed*. —Cuando le pregunté qué quería decir, respondió—: Es hebreo, John. Es la idea de que las buenas acciones requieren compensación.

Entonces le hablé del sueño que había tenido en el que me encontraba reducido a una llama y luego a la nada. Ahora creía que era un recordatorio de lo perdido que había estado desde la muerte de Medianoche.

Benjamín sonrió.

—Al contrario, John, a menos que esté sumamente confundido, ahora ya puedes ver con claridad tu camino, pues el gran misterio de tu sueño es éste: Tú mismo iluminarás el camino. En el corazón del Señor, que es el tuyo, es donde reside la llama última y ella iluminará tu senda.

Sus palabras de ánimo sólo sirvieron para irritarme, ya que no deseaba que me hablara con metáforas.

—La puesta y salida del sol, las fases de la luna… son acontecimientos que también se producen en nuestro interior —prosiguió.

Suspiré con impaciencia.

—No, debes escuchar esto, John; es importante. La salida del sol se produce en el interior de cada uno de nosotros, de lo contrario ni siquiera podríamos soñar con ello. Esto, como te he dicho muchas veces, es la reciprocidad esencial del movimiento que señala el límite entre cada persona y el mundo. Todo lo que haces en la vida afecta a todo lo que se hace aquí en la Tierra y en todos los otros reinos. Este es uno de los mayores misterios. No, no puedo decirte si deberías ir o no, pero te diré una cosa: Si logras liberar a Medianoche, no sólo habrás liberado al universo entero, como nos dice la Torah, sino que también estarás ayudando a reparar todo lo que se ha roto desde el comienzo de los tiempos.

—Benjamín, aunque le encuentre, puede que no me sea posible volver a comprarle.

El boticario se rió.

—Dime dónde dice la Torah que Moisés pidiera permiso al faraón para liberar a los hebreos de la esclavitud. En determinadas circunstancias, el robo puede ser el más sagrado de los actos.

—Si Daniel estuviera aquí para ayudarme…

—¿Daniel? ¿No has oído una sola palabra de lo que he dicho? Aunque hace mucho tiempo que murió, vive dentro de ti, mi querido muchacho. Le harás salir cuando sea necesario. Estoy seguro de ello.

—¿Y mis hijas? ¿Qué harán en mi ausencia?

—Déjalas con tu madre y tu tía Fiona. Florecerán juntas. Y te querrán aún más por confiar en ellas.

Hice gestos de negación con la cabeza, pues me consideraba inadecuado para la tarea. Tenía miedo de que las niñas me guardaran rencor por mi ausencia. Eran demasiado pequeñas para estar sin padres.

—John —dijo Benjamín—, es muy natural que no estés seguro. Acabas de descubrir cosas terribles. Ve a Inglaterra y habla con tu madre. Y después decide. ¿Recuerdas lo que Medianoche decía siempre sobre la separación?

—Ve despacio.

—Exactamente. Puede que haya escorpiones debajo de cada roca. No es ningún delito esperar unos días para decidir aquello que quieras hacer.

Citando un proverbio de Salomón dije:

—«Un pájaro que cae de su nido es un hombre que está lejos de su hogar». No sé nada de América.

—Ah —se rió—. Pero ahí tienes ventaja por ser judío. Llevarás pan contigo a bordo del barco y convertirás todo el mundo en tu *eruv*, tu hogar simbólico.

—Eso es absurdo, Benjamín.

—En verdad lo es. Pero un hombre que quiere salvar un mundo recurre a trucos absurdos.

—Puede que no haya tiempo para esperar. ¿Y si Medianoche corre peligro?

El semblante de Benjamín se puso serio.

—No te equivoques, si Medianoche está vivo, sin duda alguna corre peligro. La esclavitud es así. Te diré otra cosa: Mientras haya un hombre o una mujer esclavos, el Mesías no vendrá. Porque crearemos nuestro propio paraíso o no tendremos ninguno.

Benjamín debió de adivinar que querría ir a América después de leer las cartas, pues sacó del bolsillo de su capa el sonajero infantil que Medianoche había utilizado para ahuyentar a la Hiena. Al parecer, padre lo había guardado y se lo había entregado a él.

—Dale esto a Medianoche, junto con una bendición de mi parte. Dile que he proseguido nuestro trabajo todos estos años… y que le he estado buscando. No he dejado de pensar en él ni un solo día.

Unos minutos más tarde se puso la capa, me abrazó y se marchó. Me quedé en el umbral de la puerta, y el corazón me latía con fuerza como para impulsarme a rogarle que no se marchara. Pero consideré mis pensamientos de muerte y separación eterna como síntoma de miedo.

¿Cómo puede hacer el mal un buen hombre? En algún momento después de dar las dos, vi que podía hacer esa pregunta no sólo con respecto a padre sino también en relación a Medianoche y madre… si habían sido culpables de traición.

Me parecía que los tres me habían hecho mucho daño. Sus mentiras habían levado mi ancla y me habían arrojado al mar; su secreto me había hecho zozobrar. Me sacrificaron a propósito para poder continuar sus vidas secretas.

Les guardaba rencor a todos, pero era a padre a quien arrojaba en silencio todas mis maldiciones. Era un canalla y un cobarde. Y le despreciaba.

Desperté al amanecer, asfixiándome, presa del pánico: nunca había excavado en los recuerdos que había enterrado antes de la primera invasión francesa, incluida la pluma de Medianoche. Tenía que volver a hacérmelos míos antes de partir hacia Londres.

Bajé la escalera a toda prisa, envuelto en una manta, y me precipité al jardín. Me senté entre las malas hierbas y me puse a excavar frenético.

Hice tres agujeros, equivocándome cada vez, hasta que logré encontrar las dos flechas de tanto tiempo atrás. Pronto tuve en mis brazos el amuleto y las máscaras de Daniel; el arrendajo que habíamos tallado; el carcaj, las flechas y la pluma de Medianoche; y el azulejo con un tritón de Gilberto. Todo estaba cubierto de terrones de tierra, pero no se podía esperar otra cosa después de haber estado enterrados tantos años. Aferrándolos contra mi pecho desnudo, bailé con los pies calzados con calcetines. Luego lo dejé caer todo al suelo y caí de rodillas.

Aquella mañana me sentí curiosamente impulsado a volver a enterrar la máscara de la rana de Daniel, nuestro arrendajo, el carcaj de Medianoche, y todo salvo una de sus flechas, con el fin de dejar algo de mí y de ellos en Oporto durante mi viaje. Mientras lo hacía, supe con certeza que viajaría a Nueva York en busca de Medianoche… y permanecería allí hasta que le encontrara. No tenía miedo, pues tenía a Mantis entre los dedos de los pies. Y había encontrado lo que había perdido.

II

30

EL PODER DEL SILENCIO

Todavía no voy a decir quién lo hizo. Porque, aunque sólo lo susurrara, mis amigos de River Bend podrían pagar por mi descuido. He visto morir a un buen hombre por mi culpa, y no voy a poner en peligro a nadie más. No, señor. No es demasiado tarde para que *mistress* Anne le diga a su nuevo hombre que ate una soga al cuello de cualquiera del que se encapriche y cuelgue otro cuerpo prestado del roble más próximo. Digo «prestado» porque nuestros oídos y dedos no nos pertenecen. Lo descubrí cuando tenía doce años y no es probable que lo olvide jamás.

Mi papá me dijo una vez que el amo incluso intenta ser dueño de nuestros sueños, «para poner sus cadenas alrededor de nuestras alas», lo expresó él. Estoy segura de que poseyó los míos durante un tiempo, porque estoy segura de que jamás soñé con volar o batir las alas.

Recuerdo el momento en que supe que mis sueños habían desaparecido, hace unos años, en diciembre. Lo que acudió a mí en el suave amanecer de mi habitación fue lo último que había estado soñando: una muchacha, yo, paseando por una avenida más grande que ninguna de Charleston, en una ciudad de ladrillo rojo, como una fortaleza construida para durar eternamente. Yo cantaba, porque no había malas hierbas ni arroz en ningún sitio. La nieve que sólo conocía por los libros cubría las farolas y los carruajes y los tejados, y era tan blanca que las lágrimas me escocían a los ojos. Entonces empezó a caerme a la cara algo mojado y hormigueante que me hizo detener. Levanté la mirada y lo que vi fue un millón de

copos de aquella bendita nieve llenando todo el cielo, imparables y vivos como las mariposas, impulsados por el poderoso aliento de Dios del que Moisés habla en la Biblia. Estaba temblando, pero era agradable, porque supe entonces que había un lugar protegido por un frío tan intenso donde nada de River Bend y Carolina del Sur podría sobrevivir.

Pensaba en aquella muchacha y en aquella ciudad cada día, y la posibilidad de que fueran reales me dejaba tan exhausta que ya no podía decir: «Podrías perderte si dices que no con demasiada frecuencia a la noche que hay dentro de ti», que es lo que mi papá siempre me decía. Él sabía más que nadie lo que era perder cosas.

Los blancos creen que el capataz cometió los asesinatos. O, al menos, es lo que decían en sus periódicos. Nadie sabe lo que verdaderamente piensan, yo menos que nadie. No soy tan lista. Si lo fuera, Weaver aún estaría vivo.

Así que no voy a susurrar nada sobre quién lo hizo, todavía no. No es que tenga mucho poder para hablar de ello, pero tengo mi silencio.

Tampoco voy a decir por qué fueron asesinados nuestros amos. Tendrá que descubrirlo usted mismo. Y tendrá sentido para usted o no. Igual que Mantis: o está ahí fuera en la plantación o no está. No hay «quizá» ni «tal vez».

Así que no puedo ayudarle todavía con el «por qué». Aun así, tendrá que saber algo sobre el Gran Amo Henry. Primero él. Luego, los otros amos que vinieron después de él.

Tendrá que saber algo de él cuando estaba vivo si quiere entender lo importante que era que muriera y le enterraran. Pero estoy segura de que ello significó muchas cosas buenas para nosotros cuando depositamos su ataúd en la tierra aquel glorioso día de sol de septiembre. Para empezar, significaba que Mantis podía estar en las hierbas silvestres que brotaban junto a *Christmas Creek*. También dentro de nosotros, preparándonos. Aguardando fuera del alcance de nuestro amo una oportunidad para conducirnos

a aquella fortaleza eterna que existía en nuestras mentes donde siempre cae la nieve.

De manera que ahí está el Gran Amo Henry, de pie en la plaza con los brazos enjarras como si fuera el dueño del cielo de todo Carolina. «Gran» porque mide más de un metro ochenta y también es ancho de espaldas, como una carreta llena de estiércol de caballo. Algunos lo encuentran apuesto, pero no le han visto con una botella de *whisky* vacía en la mano, el rostro hinchado y moviendo los ojos como arañas, imaginando la manera de conseguirte. «No hay nadie que tenga un aspecto [más…] imponente que ese hombre», solía susurrarme mi madre. Y si me lo preguntan, tenía razón. No es que haya nadie haciendo cola para preguntarme gran cosa. Aunque tengo mucho que decir, porque llevo a cuestas quince años con la boca cerrada.

Bueno, ahora ya sabe por qué hay un «Gran» en el Gran Amo Henry. Siempre le llamábamos «Amo» porque puede que no poseyera el cielo, pero era propietario de toda mala hierba, zarzo y negro desde *Christmas Creek* al este hasta el río Cooper en el norte y el oeste, y hasta Marble Hill en el sur.

«Sí, Amo, es bien lo que dice usté, Amo…». Hablo así a veces delante de los blancos, ya que no les gusta mucho que hable como si hubiera recibido educación. Pero mi papá me dio la oportunidad de aprender a leer y escribir cuando apenas había dejado de gatear. No es que sea diferente de los demás. Las cicatrices en la espalda que nunca se irán, por muy fuerte que frote, me lo recuerdan cada día. Por eso a veces me las toco cuando me acuesto, sólo para notarlas. El dolor que te produce lo mismo que las personas a las que quieres puede ser un buen dolor, creo yo.

Marble Hill antes era Marylebone Hill, cuando mi mamá vino de África; pero ella y los otros acortaron el nombre porque Marylebone no encajaba muy bien en sus bocas. Papá aún lo llamaba así, porque le gustaba cómo sonaba. Solía decir las cosas más extrañas y bellas, aunque casi nunca escribía nada. Dejaba para mí las cosas que

había que escribir.

La mayoría de la gente me llama Morri, pero éste no es mi nombre auténtico, que es Memoria. Intenté mantenerlo oculto, porque al principio no me gustaba mucho. No, señora. Pero ahora no me importa decírselo a todo el mundo. Es una palabra portuguesa. Mi papá sabía un poco de esa lengua porque había vivido unos años en Portugal.

La abuela Alice se llamaba Blue porque era tan negra que la gente decía que a la luz de la luna su piel relucía de color azul. Solía llamar al Gran Amo Henry por el nombre que tenía de niño: Hennie. Ella había sido su ama de cría y le permitían algunas libertades que estaban fuera del alcance de los demás. «Nunca te olvides de ti misma, niña —solía decirme—. Si te olvidas de ti misma, mi niña Morri, es probable que mueras». Una vez, cuando estábamos agachados en los campos, llamé al Gran Amo Henry vieja hiena gorda por arruinar el pulcro macizo de plantas de arroz que acabábamos de hacer. Hablé tan alto que casi me oyó. Mama me alzo en vilo y me sacudió como una muñeca de trapo. Me gritó que tenía que mantener los labios tan quietos como si durmiera porque no quería verme nunca atada al barril de los azotes. Tuve que hacer que se sentara en el fango y consolarla, tan alterada estaba por haber perdido los estribos. Más tarde eso nos hizo reír hasta que se nos saltaron las lágrimas y tuve que rogarle que dejara de hacer muecas. Mi mamá se reía mejor que nadie, incluso que mi papá. Ella era mucho más alta que él, alta como la mayoría de los hombres. Con los pómulos altos y los ojos tan negros que reflejaban cosas que nadie podía ver normalmente… incluso el futuro, según creían algunas personas. Ver a mis padres juntos me hacía sonreír porque parecían muy diferentes, pero encajaban muy bien.

Mamá tenía un porte erguido, y cuando te miraba furiosa con aquellos ojos negros tu espíritu se encogía de vergüenza. O si se sentía contenta contigo, te hacía creer que eras mejor porque ella te estaba observando.

Mamá murió de las fiebres hace siete años, en junio de 1817. Papá fue el siguiente en morir. Me dejó sola tres años y medio más tarde. A partir de entonces yo era la única que quedaba de mi familia. Por eso tenía que escribir estas cosas. De lo contrario, nadie sabría nada sobre nosotros, y eso sería como haber sido tragado por

la tierra. Como si nunca hubiéramos estado aquí.

Eran las toscas botas y los juanetes. Y el resplandor de la luna. Ésa era la razón por la que creía que el Gran Amo Henry nunca tenía una palabra amable para decir. Iba de un lado a otro arrastrando los pies torcidos, siempre con una sonrisa de satisfacción, «acercándose a hurtadillas como una serpiente cascabel con su cascabel escondido», solía decir Weaver. Weaver solía tener permiso para ir a cazar con el Gran Amo Henry. Era capaz de distinguir el hocico de un topo asomando de la hierba a ochocientos metros de distancia, me contaba papá. ¡E incluso saber en qué estaba pensando el topo!

Weaver era un buen amigo de mis padres. Al hacerme mayor también se hizo amigo mío. Siempre me han gustado las personas mayores que yo. Nunca tuve mucha suerte con los de mi edad. Decían que tenía la piel amarilla, que estaba flaca, y que mis ojos eran extraños. Probablemente algunos pensaban que me sentía superior. Quizá creían que yo era mejor que ellos porque sabía leer y escribir. Hasta que me azotaron. Entonces todos supieron que yo era exactamente como los demás.

Weaver tenía dos hijos y su esposa, Martha, vivía en la plantación Comingtee, que está al otro lado del río Cooper, al norte de River Bend. Los domingos le daban un pase para ir allí. Era muy duro para él no estar con su familia la mayor parte de la semana, pero no siempre le importaba, a decir verdad. Porque le gustaba bromear con algunas de las jovencitas de por aquí. Era un bribón, si quieren que les diga la verdad, con sus ojos castaño claros brillando siempre al ver las formas de las chicas.

Ahora está muerto, y principalmente por mi causa. Esto me pesa mucho cuando me tumbo por la noche y pienso en mi vida y en lo que ha ido bien y lo que ha ido mal. Probablemente siempre me pesará. Pero no querría que muriera un hombre por culpa de una bala y no pensar yo en cómo contribuí a ese desenlace. Sería como afirmar que él no era nada y que yo nunca he sido nada.

Al Gran Amo Henry le gustaba hacer daño de forma particular a cada persona; averiguar el modo de causar más dolor. Fue al atardecer de un viernes de julio de 1820 cuando me tocó a mí. La noche era húmeda, el aire se te pegaba tan fuerte a la cara que no dormías realmente, sólo te quedabas como desmayada. Yo tenía casi doce años y trabajaba en la Casa Grande. Dormía en un cobertizo junto a la cocina, y un día al atardecer el Amo envió a su esclavo personal, Crow, a sacarme de la cama, diciendo que tenía más plata que pulir, lo cual era una de mis tareas.

El Gran Amo Henry me cogió del brazo cuando entré en su habitación. Quizá no había pulido bien alguna cosa, pensé. El corazón empezó a latirme con fuerza. Pero entonces él me besó en la frente, como si fuera un buen amigo.

—Eres dulce, Morri —dijo. Entonces me ofreció un vaso de vino que ya había servido—. Nunca lo has tomado, ¿verdad? —me preguntó. Sus ojos tenían una expresión amable y no estaba borracho.

Cuando dije que no con la cabeza, me acercó el vaso a los labios. Lo encontré dulce y parecido al jarabe. Dijo que tenía la lengua muy rosa. Se preguntaba por qué las chicas negras siempre tenían la lengua tan rosa. Luego se echó a reír y dijo que no le importaba, que sólo tenía curiosidad y que esperaba no haberme ofendido.

Se arrodilló en el suelo, me quitó los zapatos y me frotó los pies.

—Morri, sigue bebiendo y deja que yo haga el resto —susurró.

Cuando me hube terminado el vaso, se irguió y me lo cogió. Lamió el borde con la lengua, haciéndome un guiño, y luego lo dejó sobre su mesilla de noche. Al ver que se desabrochaba los pantalones, supe la verdadera razón por la que habían pedido que fuera una esclava de la casa, y no tenía nada que ver con lo bien que puliera y planchara.

Tal vez no pensé estas cosas hasta después de que él terminara conmigo. No puedo recordar tan bien lo que pensé en aquellos momentos, porque tenía mucho miedo de lo avergonzado que estaría papá cuando se enterara.

—Por favor, no me haga daño, Gran Amo Henry —supliqué. Me preocupaba que me causara morados que todo el mundo pudiera ver.

—No te haré daño a menos que tú lo quieras —dijo él—. Ya te ha llegado tu sangre de mujer. O sea que debes de haber estado esperándolo en cualquier momento.

—No estoy preparada —dije.

—Ya lo creo que estás preparada. —Se rió—. He estado palpando lo preparada que estás, y mis manos no mienten. —Me cogió la mano y la puso justo donde él quería—. ¿Ves lo que tengo para ti? —dijo, sonriendo por la rapidez con que la aparté—. Puede que ahora te asuste, pero la encontrarás muy agradable cuando sea toda tuya. Confía en mí, sé lo que os gusta a las chicas.

Pronto se echó encima de mí, empujando y gruñendo, y yo olía su perfume, como si se hubiera bañado en él.

—Por favor, Gran Amo Henry, no me haga esto.

—Dentro de unos minutos te preguntarás por qué te has resistido tanto. Y sabrás por qué Dios te ha puesto en esta buena tierra verde, chiquilla negra.

Oírle mencionar a Dios debió de hacerme recordar el Antiguo Testamento encuadernado en piel que guardaba debajo de mi almohada. Papá dijo que lo habían impreso en Londres, cien años atrás, así que imaginaba que debía de valer algún dinero. Le dije al Amo que se la regalaría.

Él dijo:

—¿No sabes que la única escritura que quiero está entre tus piernas?

Llega un momento en que sabes lo inútil que es luchar, y yo lo supe entonces. Así que cerré los ojos e intenté hacerme la muerta. Pero no funcionó. Sentía como si estuviera metiendo cristales rotos dentro de mí. Por mucho que supliqué, él siguió. No podía arriesgarme a gritar pidiendo ayuda. Si iba a morir, moriría, y no podía hacer nada. Habría elegido la muerte cualquier día de la semana si alguien lo hubiera descubierto.

Recuerdo que me susurró al oído:

—Ahora eres mía, hasta tu pequeña alma negra.

«No, no lo soy», pensé. Y me puse a susurrar una frase de Ezequiel como si pudiera protegerme: «Tampoco las bestias salvajes

los devorarán…».

Es extraño, pero eso es básicamente lo que recuerdo de aquella primera vez: susurrar tonterías, cualquier cosa que recordara, como si el sonido de mi voz pudiera salvarme.

Después me dijo:

—Eres la peor de todas las que he tenido nunca, Morri. No tienes chispa. Estás muerta por dentro, negra.

Me dio una palmada en el trasero y me envió de nuevo a mi habitación, pero yo hui de la casa hasta llegar a
Porter's
Woods. Deseaba tanto despojarme de mi piel manchada que no podía dejar de temblar. Sabía que tenía que dejar atrás lo que había ocurrido o tendría que contárselo a mi papá. No tenía control del tiempo, pero de la distancia sí tenía un poco, y era lo único que tenía para ayudarme a permanecer callada. Cuando estuve lo bastante lejos de las cabañas y de la Casa Grande, me puse a llamar a mamá a gritos porque no quería entregar a nadie vivo la carga de mi verdad. Caí a cuatro patas al suelo como el animal destrozado en que me habían convertido, y le supliqué que me ayudara. Era como si él me hubiera cortado la mejor parte de mí y sólo hubiera dejado la sangre. Se lo dije. Y le dije que lo peor era que ahora no sabía quién era yo.

Le dije que también me asustaba no ser yo misma y que él tuviera mi alma. Ella no me respondió. Aunque sé que lo habría hecho si hubiera podido.

Cuando dejé de llorar, cogí agua del río con la mano y me la llevé al sitio que él me había roto. Luego me metí en el río y me senté completamente vestida. Tal vez sólo trataba de asegurarme de que aún estaba viva y podía sentir algo como tener frío. Parecerá extraño, pero cuando salí a la orilla cogí un poco de musgo negro de una rama baja de un ciprés y también me lo puse allí. Lo mantuve allí para mí y susurré las palabras de Ezequiel de que no me había devorado, e intenté convertirme en el viento transportando lejos mi voz y nada más, para no tener que sentir nada nunca más.

Una chiquilla de doce años no está preparada para que le arrebaten su ser. Ninguna lo está.

Así que muchas veces quise decirle a mi papá lo que el Amo

estaba haciendo, pero nunca conseguí reunir el valor suficiente. Aquel secreto mío era la peor parte. Me hacía creer que yo no era nada.

El Amo parecía estar quitándome cosas nuevas cada vez que me tocaba. Lo único que yo sabía era que desaparecían y que debían de haberme hecho quien era. Cada vez estaba más lejos de la persona que había sido cada día.

Todo aquel musgo ensangrentado que dejé junto al río… Tal vez quería que alguien lo encontrara, dejar algún rastro en el mundo, a plena luz, de lo que me habían hecho.

También leí mi Antiguo Testamento, pero a la luz de una sola vela: «Tratadnos con bondad, oh Señor, pues ya hemos sufrido suficientes insultos…».

Dormí con aquel buen libro abierto en el salmo ciento veintitrés sobre la parte que me dolía, boca abajo, como un escudo, rogando para no tener un bebé suyo. También pensaba que tal vez si me quitaba lo suficiente de las partes más profundas de mí no podría tener hijos y eso sería algo bueno. Así que a veces, cuando estaba encima de mí, admito que pensaba: «Quita más, quítamelo todo, no dejes nada que pueda crecer…».

Después de aquella primera vez, vi a mi papá por la mañana. Yo apenas había dormido, por lo que no pude evitar llorar delante de él. Pero mentí y dije que sólo era que echaba de menos a mamá. Él me abrazó con fuerza, y cuando hice una mueca me preguntó:

—No estarás enferma, ¿verdad?

Le dije que su roce me recordaba aún más a ella, lo cual era cierto, pues el amor siempre lo he percibido igual, sin importar de quién provenga.

Una vez Crow me oyó gritar en los bosques. Le dije que me había mordido una gran serpiente de cascabel y él hizo gestos de afirmación como si me creyera. Pero sabía lo que estaba pasando. Se enteraba de todo lo que pasaba en la Casa Grande. Y sabía tan bien como yo que no debíamos decir nada a mi papá, porque podría

intentar matar al Gran Maestro Henry y acabar linchado.

—Los bosques no son seguros, niña Morri —dijo cogiéndome la mano.

Recorrimos casi todo el camino a casa en silencio, pero cerca de la Casa Grande me tendió los brazos.

—Déjame abrazarte, chiquilla, antes de que estemos tan cerca que puedan vernos —dijo—. No tengas miedo de mí. Yo no soy como ellos. Yo no voy a hacerte daño nunca.

El amo empezaba a estar harto de que yo yaciera inmóvil, como muerta, debajo de él, y habría podido detener su maldad por sí mismo, pero un día sufrió uno de sus ataques de debilidad realmente fuerte y tuvo que dejarme en paz. Aquel feo gigante se puso tan enfermo que no podía moverse. Se quedó allí tumbado y gemía.

«Muérete —pensaba yo— porque nadie lo lamentará, ni siquiera tu esposa».

Al cabo de unos días de sufrir así contrajo esa ardiente fiebre que trae consigo a los demonios. Tenía la mente tan confusa que empezó a hacer preguntas que no tenían ningún sentido. «¿Quién está dentro de la linterna? ¿Adónde va hoy el río cabalgando?».

Estoy hablando de septiembre de 1820.

Hasta entonces siempre se había recuperado de sus ataques, por lo que no estábamos demasiado preocupados. No es que fuera el doctor Lydell el que ni una sola vez le hubiera arrancado de la muerte. No, señor. Siempre fue mi papá y su trabajo de curación. Él lo sabía todo sobre hierbas y pociones. Era famoso por eso, incluso entre los indios, porque una vez curó a un hechicero mortalmente enfermo que vino con un grupo de valientes de Creek a River Bend cuando yo sólo tenía cinco o seis años. Empezó a enseñarme casi todo lo que sabía durante ese período. Sin embargo, yo no poseía ese don como él.

Papá me dijo años antes que había estudiado formas de curar en Portugal. Había vivido allí con una familia y trabajado con un mago

judío que tenía su propia tienda de boticario. Lo aprendió todo sobre las plantas europeas que podían utilizarse para un sinfín de curaciones. Incluso fue a Inglaterra a ver a un hombre llamado Jenner que había descubierto una manera de evitar la viruela.

Mistress Holly confiaba en que papá salvara a su esposo una vez más. Aun cuando esta vez estaba peor que nunca. Recuerdo oírle decir con su voz entrecortada:

—Confío en ti, Samuel, en nadie más.

Ése era el nombre de mi padre: Samuel. En África le llamaban Tsamma, que es el nombre de un melón que crece allí. Su amo de Virginia fue el que se lo cambió.

Con el Amo apartado en su habitación de enfermo, el aire de la plantación había perdido su fuerza. Casi creíamos que no nos observaban, pero lo hacían, ya que el supervisor y los capataces siempre estaban esperando una pequeña señal de cansancio para llamarte negra perezosa y arrastrarte al barril de los latigazos. Aun así, yo había empezado a pensar que nada volvería a molestarme si el Amo a partir de entonces me dejaba en paz.

La noche del 20 de septiembre, cuando el reloj del salón del té dio las nueve, llamé a la puerta del Gran Amo Henry, tal como se suponía que debía hacer, para llevarle su vaso de limonada caliente. La cocinera, Lily, se lo preparaba cada día desde hacía una década, como le había dicho mi padre que hiciera. Estaba preparada con limones cultivados en la plantación de *Christmas Creek*, con miel que mi padre recogía de sus colmenas de

Porter's

Woods y

Wilson's

Meadow. Tenía permiso especial para recorrer la plantación y recoger su miel.

Una vez el Amo me dijo que los israelitas vivían de miel y limón en el desierto, por eso él lo bebía. El Gran Amo Henry supuestamente sabía estas cosas porque su papá había sido ministro en Charleston. Pero yo había leído el Antiguo Testamento de principio a fin para cuando tenía diez años y nunca había visto que lo dijera. Entonces supe con seguridad que se inventaba la Biblia según sus conveniencias. Casi todos los blancos lo hacen, aun cuando citen correctamente cualquier pasaje del libro sagrado.

—Se pueden recordar las palabras y aun así no saber nada del significado oculto que hay debajo —solía decirme papá.

Así que después de llamar a la puerta y de haber recibido la orden de entrar, dejé su vaso sobre su mesa, sin mirarle, porque no quería que volviera a fijarse en mí. Pero le oía roncar levemente. Luego salí con sigilo de la habitación. Una hora más tarde, cuando su esposa fue a desearle felices sueños, encontró la puerta cerrada con llave. Le llamó, pero no obtuvo respuesta. Él tenía una de las dos llaves de la habitación en su poder. La otra estaba en el cajón de la mesilla de noche de ella.

Frenética, se precipitó en pos de la llave. Pero tenía muchísimo miedo de utilizarla. No quería encontrarle muerto, con su fantasma merodeando cerca del cuerpo. *Mistress* Holly tenía mucho miedo de la oscuridad —porque su madre una vez había visto salir de su cuna un fantasma que salió flotando por la ventana— así que llamó a mi papá a gritos para que subiera de la despensa y abriera la puerta. Para entonces, míster Johnson el supervisor sabía por Lily la cocinera que algo ocurría en la Casa Grande.

Papá tardó mucho en llegar hasta *mistress* Holly, porque no podía andar tan bien después de que el Gran Amo Henry le hiciera cortar los nervios del talón el año antes de que yo naciera. Pero ella no confiaba en nadie más.

Cuando abría la puerta del dormitorio del Amo, míster Johnson se precipitó a la Casa Grande y subió corriendo la escalera.

—¡Aparta tus flacas manos de negro de ahí, Samuel! —gritó, y le arrebató la llave a papá.

Mi papá le dio las gracias, porque siempre daba las gracias en los momentos más extraños.

Los esclavos de la casa, incluida yo, estábamos todos al pie de la escalera escuchando los diabólicos chillidos de *mistress* Holly. Lily y su nieto Backbend, que solía ayudar a servir la cena, rezaban por que no hubiera ocurrido nada. Pero no se engañen: si rezaban por que el corazón del Amo aún latiera sólo era porque les preocupaba que fueran vendidos a alguien aún peor si moría.

En cuanto a mí, de verdad esperaba con todas mis fuerzas que estuviera tan muerto como un pez sin cabeza, y apretaba los párpados con tanta fuerza que habría podido sangrar.

Tanto si mis deseos tenían algo que ver con ello como si no, el

Gran Amo Henry había muerto y muerto estaba. Como su vaso estaba vacío y se le había caído de su gran mano fría al suelo, podría ser que yo fuera sospechosa de haberle envenenado y probablemente me habrían colgado aquella misma noche, pero también tenía un cuchillo con mango de madera hundido en el costado del cuello. Aquella hoja afilada me salvó de colgar de un árbol, me alegra decirlo. Y a Lily también, ya que ella preparó la limonada. No le habíamos envenenado. Lily creía en el castigo de Dios y no se habría arriesgado a Su venganza. En cuanto a mí, confieso que quería hacerlo. Pensaba en ello cada vez que clavaba sus cristales rotos dentro de mí.

Cómo se las había arreglado el asesino para apuñalar al Gran Amo Henry y escapar por una puerta cerrada con llave era el misterio que todo el mundo quería resolver. Había más de siete metros desde la ventana de la habitación del Gran Amo Henry hasta el suelo, por lo que nadie podía subir sin utilizar una escalera y saltar.

En cuanto a las dos llaves de la habitación, una la encontró míster Johnson en un bolsillo del frac del Gran Amo Henry, que estaba doblado sobre una silla en su dormitorio. La otra se hallaba en la mesilla de noche de *mistress* Holly. Ella había estado haciendo solitarios en su cama durante dos horas antes de encontrar el cuerpo de su esposo. Si el asesino la había cogido anteriormente, ¿cómo la devolvió a la mesilla de noche donde la encontró *mistress* Holly?

La escalera se encontraba guardada en el primer galpón, que estaba cerrado con llave. No había rastros de sangre en ella. Y ninguno de los esclavos del campo había visto a nadie subir por el costado de la casa. De manera que míster Johnson hizo que los capataces ataran a Crow al barril de los azotes. Luego levantó su látigo y lo dejó caer, porque «ese maldito negro descuidado» era el esclavo personal del Amo y debería haberle protegido.

Crow lloraba como un niño al recibir los diez azotes, ya que la piel que le habían desollado de la espalda años atrás había crecido

sobre los huesos con gruesas cicatrices que eran sensibles como quemaduras. Míster Johnson no paraba de escupir jugo de tabaco sobre las piernas del hombre negro para humillarle.

Al día siguiente Crow me dijo:

—¿Sabes, Morri?, me sentía muy avergonzado por comportarme de ese modo, pero era como si me cortaran con una sierra oxidada.

Le abracé y dije que todos estábamos orgullosos de él. Me prometí a mi misma que me ocuparía de que todos lo pagaran algún día. Aún no sabía cómo.

Todos mantuvimos la boca cerrada mientras le daban los latigazos salvo para contar los golpes y rezar por Crow. El supervisor entonces sacó al nieto de Lily, Backbend, de nuestra fila. Sólo tenía once años y su madre había muerto. Tenía unos grandes ojos oscuros y los labios más blandos que nadie de River Bend.

—También voy a dar diez buenos latigazos a este chiquillo —anunció míster Johnson— a menos que me digáis, negros, qué ocurrió anoche. Y voy a seguir escogiendo niños hasta que uno de vosotros me diga la verdad.

Lily lanzó un chillido y se arrojó de rodillas para suplicarle que fuera bueno con su nieto.

Lo más probable es que cualquiera de nosotros habría dejado de sufrir si hubiera gritado el nombre del culpable en caso de que verdaderamente le hubiéramos visto.

—¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza! —grité—. Está pagando su precio por ir al infierno aquí, ahora, míster Johnson.

—¡Tú serás la siguiente, Morri! —gritó a su vez—. No voy a tolerar tu bocaza. ¡Y recibirás veinte latigazos!

Estaba demasiado furiosa para tener miedo. Y demasiado mareada por la idea de que el Amo en verdad había muerto. Imaginaba que lo peor ya me había sucedido.

Mi papá dijo entonces que no permitiría que nadie me hiciera daño, pero míster Johnson espetó:

—¡Cierra el pico, negro, o le daré treinta!

—Gracias, míster Johnson, señor —replicó papá con auténtica amabilidad—. Pero si da un solo latigazo a mi hija, le prometo consecuencias muy, muy graves que no le resultarán agradables —añadió, sonriendo.

—¿Lo prometes?

—Claro. *Mistress* Holly me necesitará en caso de que alguno de sus hijos se ponga enfermo. Y yo necesitaré que Morri esté conmigo. Y sana. Igual que necesito a Backbend de una pieza.

—¡Cierra esa bocaza, negro!

Míster Johnson se volvió a Backbend y levantó el látigo por encima de su cabeza.

Después del tercer latigazo en la espalda del muchacho, cuando las lágrimas le resbalaban por las mejillas y ya se había ensuciado, papá se adelantó cojeando y dijo:

—Yo lo hice. Yo maté al Gran Amo Henry.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó míster Johnson.

—Cogí la escalera y subí sin hacer ruido. El Gran Amo Henry estaba dormido y le clavé el cuchillo.

—¿Tú, con tu cojera? Subir la escalera te sería casi imposible.

—Sí, es exactamente lo que hice, señor.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —preguntó míster Johnson, entrecerrando los ojos.

—Me cortó los nervios de los talones, señor.

—Eso fue hace más de diez años.

—Aun así, ésa es la razón.

—¿Y cómo te lo hiciste para matarle sin mancharte de sangre?

—Llevaba guantes.

Míster Johnson escupió.

—¿Dónde están ahora los guantes?

—En *Christmas Creek*.

—¿Y cómo conseguiste sacar del cobertizo la maldita escalera?

Papá no pudo contestar a eso, ya que todo el mundo sabía que sólo míster Johnson tenía la llave.

—¡Ni una palabra más, Samuel! —advirtió.

Estaba a punto de empezar de nuevo a dar latigazos a Backbend y después me tocaría a mí, pero Weaver se adelantó y dijo que lo había hecho él.

—¿Y cómo sacaste tú la escalera del cobertizo? —preguntó Johnson. Escupió dos veces con gran rapidez, lo que significaba que se le estaba acabando la paciencia.

—Con la llave, míster Johnson.

—¿Mi llave?

—Sí, señor.

—Pero he portado encima la llave toda la tarde. Estoy seguro.

—Usé mi bolsa de raíces —confesó Weaver.

—¿Qué bolsa era, negro?

—La bolsa de *condrin*.

—En el nombre de Dios, ¿de qué estás hablando ahora?

—Su bolsa de magia —repitió papá, porque míster Johnson a veces hacía ver que era absolutamente incapaz de comprender a Weaver y a algunos otros esclavos.

—Weaver —dijo con aspereza el supervisor—, prepara tu ajado pellejo negro de la espalda ahora mismo.

Papá avanzó de nuevo y dijo:

—Nadie sabe quién mató al Gran Amo Henry, míster Johnson. Así que cójame a mí en lugar de a mi Morri o le prometo que le clavaré una flecha en el corazón.

Sus palabras me hicieron temblar. Papá sólo medía un poquito más de metro y medio, y sus apretados rizos grises le raleaban en la coronilla, pero estaba más que a la altura de míster Johnson, y todos lo sabíamos. Ahora que mi papá le había amenazado, el supervisor por fin empezaba a comprender que estaba perdiendo su pulso con nosotros. Porque si mi padre estaba dispuesto a arriesgarse a ser linchado por hablar del modo en que lo hacía, podía estar seguro de que no mentíamos y de que nadie conocía la identidad del asesino.

—Volved al trabajo, negros. Ya estoy harto de vuestras mentiras por hoy —gritó.

Después, soltó a Backbend y el muchacho se marchó corriendo.

El crimen jamás se resolvió, aunque yo estaba bastante segura acerca de quién lo había hecho: el Pequeño Amo Henry. Había estado fuera en una fiesta, pero podía haber recorrido a pie los últimos cien metros del camino y entrar en su casa con sigilo sin que nadie le viera. O tal vez alguien le había visto. Y también le había oído. Probablemente ningún esclavo lo habría admitido, aunque hubieran azotado a Backbend hasta dejarle los huesos a la

vista. Acusar al heredero al trono de River Bend habría supuesto una sentencia de muerte.

El Pequeño Amo Henry tenía todas las de ganar con la muerte de su padre. Con la hoja de un pequeño cuchillo heredaba la mitad de la plantación. La otra mitad iría a *mistress* Holly, por supuesto.

En cualquier caso, estábamos a punto de tener un nuevo amo.

Dos semanas después de la muerte del Gran Amo Henry, una luminosa tarde de domingo, papá me pidió que me sentara en un taburete con él en el interior de un círculo de arbustos de fucsias que había plantado. Docenas de flores de color rosa, púrpura y rojo en forma de campana oscilaban a nuestro alrededor. Papá siempre decía que a las fucsias les gustaban las personas que sabían lo bonitas que eran, y se ofendían si apartabas la vista de ellas enseguida. Yo sabía lo que quería que le dijera, pero el corazón me latía con fuerza. Dijo:

—No te haré decir nada. Puedes decírmelo cuando estés preparada. —Incliné mi cabeza sobre su hombro—. Duerme —dijo —. Duerme apoyada en mí, Morri. No te dejaré caer.

31

Tras enterarme por Benjamín de la traición de mi padre, envié de inmediato una carta a madre y a tía Fiona para preguntarles si estaban dispuestas a recibirnos en su casa al cabo de unas dos semanas.

La abuela Rosa deseaba visiblemente que la invitara también a ella, aunque sólo fuera para poder disfrutar de la dignidad de negarse, pero mamá me cortaría la cabeza si ella venía con nosotros.

Las últimas palabras que me dirigió la abuela fueron:

—John, siempre fuiste un niño listo, pero nunca amable. En ese aspecto te pareces mucho a tu madre.

—Lo lamento de veras, abuela. Habría preferido ser un nieto mejor. Te aseguro que si pudiera quedarme en Portugal, lo haría. No es mi intención ser cruel.

—Nunca es nuestra intención, John.

Luna Olivo no tenía parientes vivos, así que fui a su casa la víspera de San Juan para pedirle si querría pensar en reunirse con nosotros en Inglaterra una vez estuviéramos instalados allí; la precaria situación política de Portugal me hacía pensar que todos estaríamos mejor fuera, al menos en un futuro próximo.

—Oh, John, es demasiado tarde para que una cabra vieja como yo vaya a ningún sitio —suspiró.

Discutí con ella, pero no cesaba de repetirme que era imposible. Le di las gracias por todo lo que ella y su hermana siempre habían hecho por mí, lo cual era muchísimo.

—Me salvasteis la vida encontrando al senhor Gilberto para que me enseñara —le dije.

Para hacerme llorar dijo:

—No tuvimos hijos, pero te tuvimos a ti, John, y tanto Graça como yo estaremos eternamente agradecidas.

A bordo de nuestro barco me embargó una sensación de muerte. El descabellado pensamiento de que papá aún podía estar vivo en alguna parte, escondiéndose de nosotros por vergüenza, me hacía permanecer en silencio. Sabía que no podía ser cierto, pero no podía aceptar plenamente su muerte, incluso después de tantos años. Cuando mis hijas se me acercaron, nos cogimos de la mano y observamos cómo desaparecía nuestro hogar.

Llegamos a Londres el 3 de julio por la tarde. Encontramos a madre y a tía Fiona de buen humor, tan emocionadas por nuestra llegada que daban saltos como colegialas y nos hicieron innumerables preguntas sin esperar a que respondiéramos.

Nuestra conversación inicial estableció el tono ligeramente histérico y cómico de los primeros días que pasamos con ellas, lo que me complacía mucho ya que servía para disimular mi preocupación.

Los ojos azules de Fiona estaban radiantes.

—¡No puedo creerlo! —no paraba de exclamar—. En verdad son unas «pollitas muy lindas». ¡Ya se les ha caído todo el plumón! ¡Dejadme que os mire bien a todos! —dijo Fiona, dando un paso atrás para vernos a todos sentados en el sofá.

—Estas asustando a las niñas, mirándolas así —bromeó mamá.

Fiona se dio unas palmaditas en el moño de pelo gris. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras murmuraba para sí «lindas pollitas». Luego dijo lo que madre y yo esperábamos que no dijera:

—Si James estuviera aquí para veros a todos.

Madre estaba espléndida y el pelo le relucía con su color plateado natural. Aquel primer día llevaba pendientes de amatista y un collar de perlas que recordaba de mi infancia. Ella atribuía a Londres la seguridad en sí misma que sentía, ya que en esa ciudad se sentía como en casa y podía vivir abiertamente como mujer judía.

Fiona estaba de acuerdo en que la asombrosa diversidad de la ciudad sin duda había ayudado a mi madre, pero daba más importancia a sus clases de piano. Sumamente respetada como profesora, su fama se había extendido y en la actualidad tenía estudiantes hasta de Camden Town. Uno de sus exalumnos, un londinense de nombre Ian Pitt, había acompañado al célebre tenor Renato Vecchia en su reciente gira por Francia e Italia.

En cuanto a mí, atribuía gran parte de su cambio a tía Fiona, a la que le preocupaba muy poco lo que los demás —en particular los hombres— pensaran de ella. Se vestía como quería, decía lo que le venía en gana y a quien no le gustara, ¡que se fastidiara!

Una última razón de la sensación de paz de mamá tal vez radicara en que, al trasladarse a Inglaterra, se había situado a miles de kilómetros de las críticas de su propia madre. Ella y yo hablamos de la abuela Rosa a mi llegada, claro. Cuando sugerí que podría pensar en invitarla a una estancia prolongada, me espetó:

—John, mi madre sólo quería tu compasión. Ella y mis hermanos siempre han estado en guerra conmigo, así que ahora deja que disfruten juntos.

Mamá por fin me contó lo que había provocado la pelea entre ellas y cómo su profundo afecto por Violeta —e incluso por Daniel — estaba relacionado con su pasado.

Cuando sólo tenía catorce años, su profesor de piano la había tocado de forma inadecuada.

—Me quedé asustada y confusa —dijo—. Yo le consideraba un dios; tocaba de maravilla. Y siempre había confiado en él. Que me traicionara de aquel… de aquel modo tan terrible me hizo perder la fe en muchas cosas.

—¿Qué hiciste?

—Pensé que era mejor callar, pero durante nuestra siguiente clase, volvió a hacerlo. Cuando se fue, se lo dije a mi madre, pero ella se limitó a acusarme de coquetear demasiado con los adultos. Dijo que si me había tocado de forma inapropiada, cosa que no estaba dispuesta a creer sólo porque yo lo dijera, debía de haber sido porque yo le había incitado a ello. Para castigarme, me prohibió recibir más clases de piano con nadie. John, ya sabes cuánto me gusta tocar el piano. Se me partió el corazón; me sentía completamente perdida.

»Y por si esto no fuera suficiente —prosiguió mamá, llevándose una mano al pecho para regularizar su respiración mi exprofesor empezó a difundir calumnias sobre mí, afirmando que era una *marrana* perversa que había intentado seducirle.

Se estremeció cuando dijo que durante años los adultos de su barrio se habían referido a ella como «esa mentirosa puta judía».

—Entonces, ¿nunca volviste a recibir clases?

Mamá sonrió con aire pícaro.

—Me conoces bien, John. Encontré un profesor por mí misma y durante más de dos años estudié con él en secreto. Se llamaba João Vicente, que Dios bendiga su recuerdo. No me pidió pago alguno. Me dijo que ya le pagaría cuando fuera una rica y famosa concertista de piano. Pero entonces un día, uno de mis queridos hermanos mayores me siguió en secreto por toda la ciudad y le dijo a mi madre lo que yo había estado haciendo. ¿Sabes lo que hizo tu abuela Rosa? Me pegó en las palmas de las manos con una paleta, gritando con cada golpe que jamás volvería a tocar música ni a humillar a la familia. Tardé semanas en poder siquiera dar unas puntadas. Me sentí como una proscrita durante años, después de eso. La peor parte fue que me impidieron hacer lo que más amaba. No empecé a sentirme yo misma de nuevo hasta que me marché de casa y pude tocar el piano cuando me apetecía.

Fue padre quien le salvó la vida, en cierto sentido, ya que a él no le importaban los rumores sobre su carácter y sólo creía en el

amor que habían hallado juntos.

—El primer regalo que me hizo después de casarnos fue un piano que encargó en Londres, el que aún tengo. —Los ojos de mamá irradiaban amor hacia él.

—Luego, cuando tú naciste, John —dijo, dándome unos golpecitos en la nariz de modo juguetón—, supe que había superado todo el mal que me habían hecho. Tú eras mi prueba de que todo iría bien en mi nueva vida.

Para mí, claro está, esta fiera e intuitiva solidaridad entre mis padres hizo aún más terrible la destrucción de su matrimonio.

Después hablamos de mi vida desde la muerte de Francisca, y me escuchó con atención. No me había dado cuenta de lo mucho que anhelaba este sencillo acto de escuchar y durante cuánto tiempo lo había anhelado. Luego ella me habló a su vez de su deseo de abrir una escuela de música, donde, con ayuda de Fiona, pudiera aceptar estudiantes con beca.

Prorrumpió en lágrimas al oír que había recibido una carta de Violeta, por la que había rezado cada noche durante muchos años. Me abstuve de contarle mis planes de ir a visitarla a Nueva York. Aún no podía hablar de los perturbadores temas que afectaban a madre directamente.

Durante los días siguientes, Esther y Graça disfrutaron visitando St. Paul's y los jardines de Kensington, y quedaron encantadas con las perfumerías de Shire Lañe y una actuación de Fantoccini en Oxford Street. Envié en secreto una carta a Violeta para decirle que llegaría a Nueva York en cuanto un barco pudiera llevarme. Añadí que me gustaría mucho realizar un panel de azulejos para su casa, pero que tal vez tendría que esperar un mes o dos porque tenía que ocuparme de otros asuntos que le explicaría a mi llegada.

Rogué a los demás que me dejaran un día solo para descansar después de la travesía en barco. Por las miradas de reojo que me echaban madre y Fiona, estaba seguro de que creían que tenía

pensada una tarde de juerga. No era así. En Oxford Street alquilé un taxi para ir a una agencia de transporte marítimo situada en King William Street, donde había encargado un camarote en el *Saxony*, que unos meses más tarde se haría famoso por hundirse en el transcurso de una tormenta. Partiría de Portsmouth exactamente al cabo de ocho días.

Empezaba a sentir alivio al tener el billete en la mano, hasta que pregunté al agente de ventas cuánto tiempo estaría en alta mar.

—El año pasado —respondió él con jovialidad—, en la misma época, sus velas cogieron todas las ráfagas de viento e hizo la travesía en veinticuatro días.

Debería haber mantenido la boca cerrada, pero no pude por menos que preguntar:

—¿Y si no coge todas las brisas?

—En ese caso —dijo sonriendo—, diría que puede esperar una travesía de al menos tres meses.

32

Aquel atardecer, las niñas salieron con mi tía para ir al Covent Garden Theater a ver una producción de *Macbeth*, protagonizada por Charles Kemble. Aunque hacía mucho tiempo que esperaba la oportunidad de asistir a una de sus actuaciones, ésta era la última obra del mundo que deseaba ver. Tampoco madre quería saber nada de ella, de modo que nos quedamos juntos en casa.

Como sabía que no podía retrasar más el hecho de comentarle mis planes de viaje, llevé a la sala de estar las cartas del capitán Morgan dirigidas a padre; mamá estaba bordando.

—¿Qué tienes ahí, John? —preguntó.

—Cartas, mamá.

—¿De quién?

Respiré hondo y respondí:

—Te lo diré después.

—Qué misterioso estás esta noche —dijo, sonriendo. Luego vio mi inquietud y añadió—: Pero ¿qué ocurre, hijo?

—Madre, me excusarás si te hago una pregunta difícil, pero ¿qué sabes exactamente de la muerte de Medianoche?

—Sólo sé lo que tú sabes.

—¿Estás segura?

Pasó a hablar en portugués:

—Te agradeceré que no adoptes ese tono desdeñoso conmigo. —

Dejó su labor sobre la mesita auxiliar—. John, no estoy de humor para la tontería que tengas pensada a costa mía, sea cual sea.

—¿De verdad Medianoche murió cazando?

Ella se cruzó de brazos poniéndose a la defensiva.

—Eso es lo que me dijeron.

—¿No te pareció extraño que no hubiera ninguna tumba suya en Swanage?

—Sí. Pero el ministro de allí explicó… John, te conté todo esto en una carta hace años. ¿Estás perdiendo la memoria o es que…?

—¿Nunca sospechaste de padre? —le interrumpí.

—¿Sospechar de qué?

—De haber matado a Medianoche.

Ella suspiró, se frotó las sienes y se puso en pie.

—John, me temo que necesito dormir. Me disculparás pero…

—Siéntate —grité, sorprendido por la violencia que había en mi voz—. No hemos terminado.

—No me hables de ese modo, jovencito.

—Tengo treinta y dos años. Te hablaré como quiera.

—Veo que ni siquiera la reciente muerte de Francisca ha mejorado tus modales.

Ese comentario me pareció muy cruel. Sin embargo, también me alegraba mucho de que hubiera cometido un error táctico, a decir verdad, pues herirme de ese modo sirvió para ponernos a la misma altura; ella ya no podía obligarme a actuar con delicada precaución.

—Perdóname, John —dijo, meneando la cabeza en gesto de desaprobación de su propia conducta—. Es terrible lo que he dicho. Te ruego que me perdones.

—Te perdono, mamá.

Ella se recostó.

—Sí, sospechaba que tu padre había provocado la muerte de Medianoche. Ya fuera por negligencia, ya fuera por animarle deliberadamente a cazar en terrenos privados; no lo sé, James a veces era irresponsable.

—¿Animarle?

—Darle permiso tal vez sea una expresión mejor. Aún me parece criminal la conducta de tu padre al permitir que Medianoche se aventurara a ir al campo en una tierra tan desconocida para él. Pero hace mucho tiempo de ello. ¿No podemos dejarles descansar en paz

a los dos?

Convencido de que no sabía nada de que padre había vendido a Medianoche a un comerciante de esclavos, dije:

—Mamá, ¿y si te dijera que Medianoche aún podría estar vivo?

Emitió un sonido de desaprobación, por lo que añadí:

—Hablo completamente en serio.

Ella se inclinó hacia mí.

—¿Me estás diciendo que has visto su fantasma? ¿Qué viste?

Cogí las cartas y, entregándoselas, respondí:

—Vi esto. Léelas, por favor. Están dirigidas a padre.

Abrió la primera como si fuera una curiosidad.

—No conozco a ningún capitán Morgan. Y debo decir que leer cartas dirigidas a tu padre me hace sentir un poco como un ladrón. Creo que sería mejor…

—Léelas, mamá, por favor… Hazlo por mí.

Mientras leía, se quejaba de que la letra era ilegible, esperando, sin duda, poder pasar por alto el contenido de los escritos.

Cuando madre hubo leído la primera de las cartas, dijo:

—John, no estoy segura de si esto significa… si significa lo que creo.

—Léelas todas, mamá. Después hablaremos. Y después de esta noche, no volveremos a hablar de ellas, si es lo que quieres.

Hizo un gesto de asentimiento. Para evitar la tentación de mirarla mientras leía, me acerqué a la ventana y cogí una silla. Me imaginaba a mamá preparando té para Violeta y Daniel. Lo buena que había sido con los tres.

Cuando me volví a ella, el labio inferior le temblaba y tenía las mejillas sonrojadas. Se quitó las gafas y dijo:

—John, no entiendo bien el inglés. Dime lo que significa esto.

—Me parece que ya lo sabes.

—Puede que sí. Pero tu inglés es mucho mejor que el mío. Aún es una lengua extranjera para mí. Quiero estar segura de que lo entiendo todo.

—Significa que padre vendió a Medianoche a un hombre en el estado americano de Virginia, a través de un capitán de barco llamado Morgan. Después, Medianoche volvió a ser vendido y probablemente llevado a Carolina del Sur. En ese estado aún existe la esclavitud. No le pudieron localizar, al menos en 1807.Y desde

entonces Benjamín no le ha localizado. En resumen, significa que es posible que Medianoche aún esté vivo, viviendo con grilletes como esclavo en Carolina del Sur. O en algún otro lugar de Estados Unidos.

—John, no esperarás que crea semejante historia… o que tu padre hizo algo así!

—No obstante, lo hizo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué…? —Mientras hablaba, comprendió la verdad del papel que ella había desempeñado en esta tragedia—. Simplemente… simplemente no puedo creerlo —balbuceó—. Me niego a creer nada de esto, John. ¡Es completamente imposible! —Me tendió las cartas—. ¡Tómalas, no quiero leer esta sarta de mentiras… estas malditas mentiras! —Las arrojó al suelo.

Madre, ¿durante cuánto tiempo tú y Medianoche…? —No pude terminar la frase.

Ella cogió su labor, pero le temblaban las manos y no podía bordar.

—¡Maldita vista! —exclamó.

—¿Cuánto tiempo tú y Medianoche…?

—John —me interrumpió—, ¿podrías traerme otra vela? —Levanto la mirada entrecerrando los ojos con expresión decidida, desafiándome a proseguir mi interrogatorio—. Esta vista mía… La edad… sin duda no perdona.

—Te traeré una vela, madre, pero hay viejos secretos que se me han de contar.

Ella volvió a su bordado.

—Cuando seas viejo, John, espero que tus hijas no te sometan a un interrogatorio como éste.

—Cuando sea viejo, espero que no tengan que hacerlo.

Dejé que se aposentara el silencio, esperando que su peso la incomodaría y la animaría a hablar, pero no pronunció una sola palabra.

—No vas a contármelo, ¿verdad? —pregunté—. Madre, no quiero hacerte daño, pero necesito saber estas cosas.

—No hablaré de ellas.

—Podrías considerar que tengo derecho a saberlas.

—Podría no hacerlo.

—He vivido con mentiras durante casi veinte años. Y

Medianoche puede que aún esté vivo. ¿No crees que sería mejor que dijeras la verdad?

—¡La verdad! —gritó—. Qué fácil es para ti pronunciar esa palabra. Si estas cartas enviadas a tu padre dicen la verdad, entonces a mí también me mintieron, ¿sabes?

—Mamá, dejaste de quererme.

—Esto no es justo —replicó ella con más suavidad.

—Dejaste de quererme y no volviste a hacerlo verdaderamente hasta que viniste aquí. Por favor, admítelo después de todos estos años.

Se aferró al silencio como única defensa.

—Pero yo seguí queriéndote, mamá, y seguí queriendo a Medianoche —dije, desesperado.

—¿Crees —me miró furiosa— que sólo eras tú? ¿Eso es lo que piensas? Todos seguimos queriendo a Medianoche, John.

Al fin dije:

—Te lo preguntaré otra vez, madre. Y si me contestas la verdad, nunca más volveré a mencionar estas cosas.

—Te lo advierto, si dices otra palabra, te pediré que te marches y que nunca más vuelvas a mi casa.

El tiempo se hizo más lento cuando nos miramos a los ojos como enemigos. Yo no tenía nada más que perder.

—¿Tú y Medianoche yacisteis como hombre y mujer?

Al oír eso madre intentó salir de la habitación, pero le agarré el brazo con fuerza cuando pasó por mi lado.

—¡Quítame la mano de encima! —gritó.

—¡No! No lo haré hasta que me cuentes la verdad.

Ella tironeó para liberarse, pero no la solté.

—John, estás yendo demasiado lejos!

—No he ido lo bastante lejos. Al menos, aún no.

—Me haces daño. ¡Déjame ahora mismo!

—¡Sólo si por fin me dices la verdad, maldita sea! ¿Qué ocurrió entre tú y Medianoche?

Ella echó hacia atrás su mano libre para darme una bofetada, pero se la agarré a tiempo.

—¿Qué diría tu padre de la forma en que tratas a tu madre? —preguntó.

La zarandeé con violencia, dejándola sin habla por la sorpresa.

¡No me importa lo que diría! —dije entre dientes—. Él está muerto, mamá, ¡muerto! Y yo no. Yo estoy aquí y necesito la verdad. ¡Me la debes por no quererme durante todos esos años!

Cuando ella prorrumpió en llanto, de mala gana la solté.

¡Me importa un comino tu orgullo! —le grité cuando salió corriendo de la habitación—. Ahora estamos hablando de la vida de Medianoche. Si alguna vez le amaste, debes contarme la verdad. Tienes que hacerlo o…

Cerró la puerta con un golpe antes de que terminara mi frase.

Fumé en la sala de estar, bebiendo *whisky* para calmar mis nervios. Deseaba poder hacer retroceder las manecillas del reloj de tía Fiona a una hora antes. No por madre. No, para hablar aún con más aspereza. Esta vez le arrancaría la verdad a la fuerza si era necesario.

Cuando oí que un carruaje se detenía frente a nuestra puerta, me dirigí a mi habitación, incapaz de ver a mis hijas. Oyendo a Fiona y a las niñas charlar sobre la obra me sumí en un pesado sueño provocado por el alcohol.

Cuando desperté, madre estaba tocando el primer movimiento de la «Sonata del claro de luna». Bajé con sigilo a su habitación en batín. Me quedé a su lado y le pasaba las páginas. No hablamos. Ella no hizo ningún intento de mirarme.

El perdón entró en mis pensamientos. Filtrándose en los suaves arpegios se convirtió en la melodía. ¿Era eso lo que había compuesto Beethoven… un homenaje al perdón?

El sueño había disipado mi rabia. Lo agradecí.

Cuando dejó de tocar, dije:

—Es posible que Medianoche esté viviendo como esclavo, mamá. No puedo soportarlo. Me está matando. No viviré de nuevo como el hombre que fui hasta que le encuentre. Mamá, trataré de encontrarle digas lo que digas.

—¿Irás a América?

—Sí. Mi barco parte dentro de una semana, el diecisiete, desde

Portsmouth. Debo marcharme de Londres la víspera.

Me cogió la mano y se la llevó a los labios; luego se la pasó por la mejilla.

—Aún tienes las manos más bellas que jamás he visto.

—Mamá, lamento…

—Chssst. Tenías razón. Lo que te hicimos fue terrible… terrible e injusto.

Me llevó al sofá. Tocó con mis dedos un poco más; luego olió su perfume de tabaco. Estaba seguro de que esto le recordaba la amorosa presencia de mi padre, como me ocurría a mí siempre. Me besó las dos manos y luego las cerró y me las devolvió.

—John, cuando solías ir a tu charca, me preocupaba tanto por ti que me ponía enferma. Nunca te lo dije porque no quería que creyeras que me quedaba sentada en casa preocupada por tu seguridad. Quería que te sintieras libre, como yo nunca me sentí de niña. Me sentía observada. Puede que como madre fracasara, pero quiero que sepas que intenté hacerlo lo mejor que pude.

—No fracasaste. No es eso por lo que necesito hablar de esas cosas ahora. Siempre te estaré agradecido por la felicidad de mi infancia.

Me puse en pie y me acerqué a la chimenea; removí las brasas y las cenizas.

Mama, si no regreso —dije—, tienes que… tienes que…

—¿«Si no regreso»? —me interrumpió—. ¿Qué se supone que significa eso?

—No puedo prever lo que ocurrirá. No sé en qué circunstancias mantienen cautivo a Medianoche. Si no puedo comprarle, lo raptaré. De una forma u otra. Lo libertare. Si no lo hago no puedo reanudar mi vida.

—Pero podrás comprarle, ¿verdad?

—¿Y si el amo no quiere venderle?

—Le ofreces más dinero. Te daré lo que sea necesario. Debo de tener… debo de tener tres o cuatro mil libras para darte. Todas son para Medianoche. Y si necesitas más, venderé mis joyas y todo cuanto poseo para conseguir más.

Me senté a su lado.

—Mamá, si no puedo regresar por la razón que sea, debes ocuparte de las niñas. De lo contrario no puedo irme.

—John, esto es absurdo.

—Prométeme que cuidarás de las niñas si no regreso.

—Muy bien —dijo ella, temblándole la voz—, juro que las educaré y las protegeré.

Le di un beso en los labios por primera vez en muchos años.

—Gracias.

Permanecimos sentados en silencio un rato; luego cedí a mi cansancio y apoyé la cabeza en su regazo. Ella me acarició el pelo. Cuando casi me había dormido, susurró:

—Te contaré mi secreto, pero no debes contárselo nunca a las niñas ni a Fiona. No puedes decírselo a nadie.

Yo tenía los ojos cerrados. Me estaba quedando dormido.

—Tienes mi palabra —susurré a mi vez.

—Tu padre iba a menudo río arriba, quizá lo recuerdes. —Apoyó su mano en mi pecho—. En uno de esos viajes, Medianoche y yo… nosotros…

—Os enamorasteis —dije. Cerré los ojos con fuerza, percibiendo que mi ceguera la ayudaría a revelar la verdad.

—No, no. No es eso. Yo estaba muy encariñado con él, eso es cierto. Y él siempre me tuvo mucho afecto. Pero no estábamos enamorados, no como tú quieres decir. Pero tampoco se trata de eso, John. Yo estaba aún desesperadamente enamorada de tu padre. Eso no había cambiado. Te aseguro que no. Y aun así, necesitaba tocar a Medianoche. Yo era necia y joven, y no podía soportar la idea de morir un día sin conocerle de ese modo. Parecía de vital importancia. ¿Tiene algún sentido eso?

—Sí.

—Al cabo de una semana, acordamos dejar de hacer lo que hacíamos y nunca volvimos a hablar de ello. No era difícil. En todo caso, nos sentíamos más próximos sin sentir nuestros anteriores deseos. Pero James se enteró de lo que habíamos hecho.

Estuve tentado de preguntarle por su embarazo, pero no me atreví.

—James percibió que algo había cambiado entre nosotros, entre tu padre y yo, quiero decir. Admití que así era, aunque sin mencionar a Medianoche. Luego, para gran sorpresa de tu padre, dije que lo que había cambiado era que me sentía más feliz que nunca por estar casada con él. Era cierto, ya que yacer con

Medianoche sólo me había demostrado lo mucho que quería continuar mi vida con tu padre. Pero él me acusó de ocultar algún coqueteo. Mencionó a hombres del vecindario. Al senhor Samuel el techador… incluso a Benjamín.

»Entonces cometí mi fatal error; le conté la verdad a James. Le aseguré que todo había terminado y que no tenía ninguna importancia en lo referente a nuestro matrimonio. ¿No es extraño, hijo, que la verdad me destrozara la vida? Si hubiera mentido de forma creíble, ahora aún estaría en Oporto y tu padre aún estaría vivo. Medianoche probablemente viviría en nuestra casa y trabajaría con Benjamín en aquel extraño asunto de magia suyo. Pero yo no podía seguir mintiéndole. Le adoraba… como te adoraba a ti. Pero James se puso furioso y amenazó con matarme. Confiaba que su afecto por mí con el tiempo vencería a su sentido del honor. Al cabo de una o dos semanas, creía que su naturaleza superior en verdad había ganado. Cuando se marchó a Inglaterra con Medianoche, aún estaba perturbado, pero se había tranquilizado. Se mostraba bueno y amable conmigo y contigo, como sin duda recuerdas.

Recordé que la última noche que pasó en Oporto le había encontrado llorando.

—En ningún momento durante nuestras peleas acusó a Medianoche de haber actuado de forma impropia —añadió mamá —. Sostenía que era yo la responsable de lo que había ocurrido… y probablemente tenía razón.

De pronto ahogó un grito. Me, incorporé.

—¡Oh, John, qué tonta fui! Ahora veo claramente que debía de llevar semanas planeando traicionar a Medianoche. Eso es lo que le devolvió cierta medida de calma. No fue su amor por mí. Era… era…

Se llevó las manos a las mejillas y cerró los ojos. Tras recuperar el dominio de sí dijo:

—Cuando James volvió sin Medianoche, le eché la culpa a él, es cierto. Y vi que aún no me había perdonado. Lo descubrí casi de inmediato. Nunca volvimos a ser los mismos, como sabes mejor que nadie. Vivíamos con recriminaciones constantes. Y yo… yo fui egoísta, muy egoísta. Reprimí el amor que aún sentía por él. Lo lamento más de lo que podrás saber jamás. Y hasta esta noche,

cuando me has mostrado esas cartas, creía que toda nuestra infelicidad podía atribuirse, justificadamente, a Medianoche y a mí. Pero ahora… ahora veo que lo que hizo tu padre fue lo que eliminó nuestra última oportunidad de ser felices. ¡Qué insoportable debía de ser su vida después de vender a Medianoche como esclavo! Oh, James, cuántos errores cometimos…

Se echó a llorar.

—No puedes saber lo culpable que me he sentido todos estos años —gimió—. Perdóname. Perdóname, John. Te lo ruego… no puedo seguir adelante sin tu perdón.

Me incorporé y la besé en la coronilla.

—Ahora me toca a mí suplicar —dijo—. Necesito oírte decir que me perdonas. Necesito oír estas palabras.

—Te perdono, mamá. Y te quiero. Ahora los malos tiempos han pasado ya…

—No es así John. ¡Medianoche está prisionero! Y mientras lo esté, no habrán terminado. Ni siquiera para tu padre, aunque hace casi quince años que yace en su tumba.

Cabría esperar que las confesiones de mamá me provocaran una sensación de final de lo pasado, o de comprensión del porqué nuestra familia se había venido abajo. En cambio, me hicieron sentir desesperadamente frágil. Como consecuencia de ello insistí en permanecer despierto todo el tiempo que me quedaba con mis hijas durante los siguientes tres días. Fue un grave error; al vivir en semejante proximidad nos peleábamos por casi todo: por sus ganas de tomar sorbitos de mi cerveza, por si la fría lluvia requería un gorro más grueso…

Tres días antes de viajar en carruaje a Portsmouth se desató esta fiebre de ansiedad. Había ordenado a las niñas que se sentaran en el sofá y les pregunté si tenían alguna pregunta que hacer sobre su madre antes de mi partida. Me puse furioso por su reticencia a hablar, lo que me tomé como una afrenta al recuerdo de Francisca.

—Bueno, ¿ninguna de las dos tiene nada que decir?

Se quejaron, sin disimular que me consideraban tonto.

«Cálmate», oí que Francisca me decía. Así que me senté con los ojos cerrados. Al cabo de un rato las niñas se acercaron y se aferraron a mí.

Recordé a Graça en brazos de su madre, con la piel arrugada, y luego vi a la misma niña delante de mí… y me disculpé por haber sido un poco difícil de tratar los últimos días. Les di besos por toda la cara, lo que las hizo reír. Tras una feliz conversación sobre naderías, todos nos sentimos mucho mejor y las animé a salir con tía Fiona, persiguiéndolas rugiendo hasta que salieron de casa, riendo.

Durante los días siguientes ya no discutimos más. Cada una de las *kelpies* venía a mí por separado para que le cepillara el pelo, tarea que siempre había hecho su madre.

Cuando rogué a mamá que perdonara mi mal humor, dijo:

—¿Crees que no entiendo que la preocupación es lo que te hace tener tan mal genio? John, siempre estaré a tu disposición. Pase lo que pase en América. Tú y tus hijas siempre tendréis un hogar conmigo en Londres.

Antes de partir, madre me regaló un chaleco a rayas negras y doradas que había confeccionado en secreto, pidiéndome que me lo pusiera para mostrarle cómo me iba.

—He cosido quince soberanos de oro en el forro —dijo haciéndome un guiño—. Rómpelo cuando los necesites.

Los palpé.

—Eres muy amable, mamá, pero tengo suficiente dinero para el viaje.

—No son para eso, hijo. Ya te lo dije. Confío en que rescates a Medianoche, cueste lo que cueste.

Me temo que di un espectáculo en el carruaje que me llevaba a Portsmouth. La posibilidad de que fuera la última vez que veía a mi familia me apenaba de forma inconsolable.

—Vuelve a casa pronto, hijo —me dijo mamá, haciendo todo lo posible por sonreír—. Y no te preocupes por las niñas. —Apretó mis manos en sus mejillas y luego las besó—. Haré de ellas unas elegantes damas inglesas.

—Dios mío, espero que no —repliqué, lo que nos hizo reír a todos.

—Dale recuerdos a Violeta. Dile que siempre he rezado por ella, pobre chiquilla.

—Se los daré. Gracias por todo lo que siempre has hecho por mí. —Como comprendía que deseaba más que nada participar en mi esfuerzo por redimir nuestro pasado, dije—: Tus monedas de oro darán la libertad a Medianoche.

Nos miramos a los ojos. No sé lo que ella vio, pero yo vi años de historia compartida: vi a Daniel y a Violeta, a *Fanny* y a *Zebra*, a Francisca y a las niñas. Vi a Medianoche. Sin embargo, por encima de todos ellos, vi a mi padre.

—¿Puedo recibir tu bendición? —pregunté.

—No la necesitas. Ya eres un hombre.

—Aun así…

—John, claro que tienes mi bendición —dijo ella besándome—. Me siento orgullosa de ti; siempre lo he estado.

Tía Fiona me estrechó entre sus brazos y dijo:

—No temas, tus hijas tienen buen carácter y no se echarán a perder en Londres.

Volví a abrazarla y luego me acerqué a mis hijas.

—Cuidad la una de la otra —les rogué.

—Cuídate, papá —gimió Graça.

Me arrodillé y abracé a cada una con un brazo, deseando recordar su maravilloso roce y aroma durante todo el tiempo que estuviera fuera. Esther se echó a llorar.

—Escucha —le dije—, regresaré lo antes posible. Te lo prometo.

—Lo sé —dijo ella con tristeza.

—Y espero que cuando vuelva toques el violín mucho mejor. Tienes que practicar al menos dos horas cada día mientras yo no esté. —Le susurré al oído, como si fuera nuestro secreto—: Tu

abuela insistirá en míster Beethoven, pero no dejes a míster Bach.

»Y tú, Graça —dije, mirando los oscuros y sombríos ojos de mi hija mayor—, haz el favor de no preocuparte por mí, estaré bien.

La chiquilla asintió con aire triste.

—Bueno, las dos —dije en tono alegre—, haced el favor de obedecer a vuestra abuela y a tía Fiona. Yo estaré en casa antes de que hayáis tenido tiempo de echarme de menos, así que alegrad esa cara.

Entonces partimos y me quedé solo, asiendo la flecha de Medianoche como si pudiera salir volando por voluntad propia.

33

Medianoche me dijo en una ocasión que la luna, en pleno resplandor, es femenina. Pero cuando la noche la corta en forma curvada, es masculina. Entonces se llama *nui ma ze*, que significa pequeña luna nueva. También son masculinas las pesadas nubes que nos hablan de su trueno y que pueden arrojar granizo y rayos sobre la tierra. Pero las suaves nubes grises que nutren las plantas con sus danzarinas lluvias son femeninas.

Que yo recuerde, no encontramos ni una sola nube femenina en alta mar. En cambio, oscilamos entre fuertes tormentas y pleno sol. Empecé a pensar que el mundo estaba regido sólo por dioses masculinos. Por eso, cuando llegamos a la punta sur de la isla de Manhattan supe esto: que no estaba hecho ni para viajar por mar ni para vivir en un mundo en el que las fuerzas naturales fueran totalmente masculinas.

Viniendo de alta mar, bajo aquella gran cúpula de cielo azul americano, la bahía de Nueva York era un lugar espléndido. Mentalmente hice una lista: «Caminar sobre la tierra. Oler flores. Comer naranjas. Ver el pájaro azul con cresta del que me habló Violeta en su carta. Y olvidar la indiferencia de las olas».

La ciudad de Nueva York se extendía a lo largo de toda la punta sur de la isla, pero un denso bosque cubría el norte. Pronto distinguimos casas de ladrillo e incluso carruajes. A nuestra

derecha, en una ancha península, se encontraba otro puerto llamado Brooklyn. Había varias docenas de personas sobre un alto risco. Les hice señas con la mano, y tres o cuatro me devolvieron el saludo.

El *Saxony* entró en un muelle que sobresalía de una bulliciosa calle. Los pasajeros lanzamos alegres vítores al sufrir la última sacudida. Tanta era la emoción que muchos reíamos entre lágrimas.

Pronto la pasarela para bajar a tierra estuvo colocada. Palpé el talismán de Daniel que llevaba colgado al cuello, luego así la flecha de Medianoche, cogí mis bolsas y me precipité a tierra.

«¡He llegado a América, y estoy más cerca de Medianoche!». No paraba de repetirme esta excitante frase, imaginándome en uno de los queridos mapas de Graça.

El cochero del taxi me ofreció el brazo para ayudarme a subir, ya que el mundo aún subía y bajaba. Le entregué un papel en el que había escrito la dirección de Violeta.

Pasamos por plazas llenas de hojas y muchas hileras de casas bien cuidadas mientras circulábamos a trompicones, ya que había mucho tráfico de carruajes a aquella hora de la mañana. Nuestra ruta nos llevó al norte, hacia el interior de la isla. Al cabo de veinte minutos el conductor gritó: «¡Sooo!» a los caballos y tiró de las riendas. Habíamos llegado al número 73 de John Street. La casa de Violeta era de bonito ladrillo rojo oscuro. Sus tres plantas se elevaban hasta un tejado de pizarra de pronunciada pendiente.

Dejé mi equipaje en la entrada y respiré hondo. Luego agarré el aldabón —un aro de latón en una boca de león— y llamé dos veces a la puerta. Levanté la mirada justo a tiempo de ver que se cerraban las cortinas de la ventana del segundo piso.

34

DESTINO DE NEGRO

Los hombres creían que el Pequeño Amo Henry iba a ser un diamante de compasión comparado con su papá asesinado. Pero las mujeres y las chicas sabíamos que no sería así, y resultó que teníamos razón. En cuanto puso las manos en River Bend, el Pequeño Amo empezó a beber desmesuradamente y a azotar todo lo que veía.

Una ventana abierta fue la que allanó el camino hacia su tumba, tal como yo lo veo. *Mistress* Holly tenía la idea de que el viento helado que le llegó aquella noche debía de haber venido directamente de Canadá. Casi nunca estoy de acuerdo con ella, pero este caso fue una excepción. En Canadá todos los negros eran libres, y yo creía que enviaban vientos vengativos para llevarse la vida de los que eran como el Pequeño Amo Henry. Al menos, esperaba con todas mis fuerzas que así fuera.

Esa noche en particular, el carruaje del Amo venía por el Gran Puente un par de horas después de medianoche. Había estado en una fiesta en la plantación Comingtee dada por *mistress* Nancy Ball. Todos la llamábamos capitán Nancy por el modo en que disfrutaba azotando a sus esclavos con su látigo de mango de marfil.

El Pequeño Henry estaba tan borracho que debió de abrir la ventana para que entrara un poco de aire en su cuerpo empapado de *whisky*. No recordaba haberla abierto, pero eso no importaba mucho, ya que tampoco recordaba haber tropezado en la escalinata de la plaza ni haber vomitado en su jofaina. Pero Crow vio estas dos

cosas tan claras como el día, e incluso vació la jofaina en el foso de la cal, o sea que sabemos que ocurrieron. Además, ninguno de los blancos quiso pensar en quién, si no, habría podido abrir su ventana, porque ello habría significado que alguien tenía un plan.

Yo creía que no importaba mucho quién hubiera abierto aquella ventana porque, comoquiera que hubiera ocurrido, el viento entró con fuerza como si hubiera estado esperando semanas. Luego curvó sus helados dedos en torno a la garganta del Pequeño Amo, de modo que a la mañana siguiente tenía mucha tos y fiebre alta. Durante los siguientes días la fiebre empeoró y el Pequeño Amo se mostraba furioso. Era un hechizo, como los de su progenitor.

Fue mi padre quien cuidó del Pequeño Amo Henry. Le acercaba a los labios tazas de bayas de cerezo silvestre para calmar sus escalofríos y le hacía respirar el vapor de hojas de melocotonero hervidas para bajarle la fiebre. Al cabo de dos semanas pudo ponerse en pie. En cuanto pudo bajar la escalera, empezó a dar órdenes de nuevo con aquella voz chillona que tenía, como si nunca hubiera estado enfermo. Y la primera orden que dio fue la de que estaba seguro de que no iba a conceder la libertad a Samuel, a su hija ni a ningún otro negro engreído con sueños yanquis en la cabeza, por mucho que le hubieran devuelto la vida.

Como bien se comprenderá, papá le había pedido nuestra libertad a cambio de haberle arrancado de los brazos de la muerte.

Una semana después de que el Pequeño Amo Henry nos negara nuestra oportunidad de ser libres, volvió a ponerse realmente mal. Papá lo intentó todo, toda clase de brebajes y pociones que sólo él y yo conocíamos. Pero nada surtía efecto.

Cada atardecer yo llevaba al Amo su limonada, igual que hacía con su padre. Por entonces no podía ni aguantar una cucharada de papilla india. Estaba completamente atascado. Si me lo preguntan, les diré que su negativa a darnos la libertad desencadenó la enfermedad de nuevo. Y no había nada en ningún libro de curación que pudiera desatascar aquella particular mente perversa.

Una noche, le llevé la limonada a su habitación y encontré la puerta cerrada. Tuve miedo de despertarle por si se había quedado dormido. Así que en lugar de llamar, me quedé allí de pie como una araña en su telaraña durante un rato, esperando y preguntándome qué hacer. Entonces fui sin hacer ruido a la habitación de *mistress*

Holly Cuando le dije que la puerta de la habitación de su hijo estaba cerrada, ella sacó la llave de su cajón y gritó a Crow que fuera a buscar a mi papá. Esta vez, nadie corrió en busca de míster Johnson el supervisor, ya que no podíamos creer que un hombre tan joven como el Pequeño Amo Henry pudiera estar muerto. Al fin y al cabo, sólo tenía veinticuatro años. Y era blanco. Con esto quiero decir que tenía poderes sobre la vida y la muerte que nosotros no teníamos.

Papá dio las gracias por que le dieran la llave y luego abrió la puerta. Y del mismo modo que tres meses antes, descubrimos que nuestro Amo tenía un cuchillo clavado en el cuello, precisamente sobre la clavícula.

El joven murió el 22 de noviembre de 1820, justo a tiempo para el Día de Acción de Gracias, comentaron algunos de los más malos de entre nosotros.

Supongo que se podría decir que no estamos preparados para que la muerte se fije en nadie conocido. Lo entendí cuando mamá estuvo enferma. Aunque tuvo fiebre durante tres semanas, ni una sola vez me permití pensar que iba a dejarnos. La conmoción que sufría casi expulsó mi espíritu de mi cuerpo. También el de papá. No pronunció palabra en cuatro meses.

Se podrá decir lo que se quiera de *mistress* Holly, pero sentía muchísimo cariño por su hijo. Creo que era la única persona a la que realmente amaba. De modo que creímos que se pondría a gemir de un modo horrible. Ninguno de nosotros esperaba aquel terrible silencio cuando se acercó con sigilo a su hijo y apoyó la cabeza en su pecho ensangrentado. El muchacho aún tenía los ojos abiertos, pero ella no se los cerró. No quería verle muerto para siempre.

Por primera vez en mi vida me sentí mal por un blanco. Cuando el doctor Lydell abandonó la hacienda me acerqué de puntillas a *mistress* Holly, que estaba en su habitación, y le pregunté con sincera amabilidad si quería que le llevara un poco de limonada con unas galletas de almendras que Lily había preparado. Ella se incorporó de la cama con los ojos tan enrojecidos que creí que se había introducido en ellos sangre de su hijo. Me asusté. Me miraba con furia, como si me hubiera burlado de ella. Con la voz más mezquina que jamás le había oído, dijo:

—Saca tus negros pies de mi habitación, negra, o haré que te

despellejen y descuarticen.

Cuando asesinan a un plantador en Carolina del Sur, todos los blancos se echan a temblar, aunque estén sentados cerca de la chimenea. Porque saben que el asesinato podría haber sido obra de un negro con deseos de libertad. Como míster Denmark Vesey. Era el predicador que fue colgado por incitar a la revuelta en Charleston en 1822. Una vez incluso vino a River Bend, y se percibía el gran poder que poseía. «Como un rayo negro», le describió papá, con lo cual quería decir muchas cosas, supongo.

Así que con unos centenares de miles de negros pensando en la venganza cada noche, no es de extrañar que los blancos no durmieran en paz. Se imaginaban que una vez nos pusiéramos en marcha sólo pararíamos cuando el último de su raza yaciera en una calle de Charleston en un charco de su propia sangre, siendo picoteado por buitres. Y probablemente tenían razón.

Esta muerte significaba algo más. Era prueba de que sobre River Bend había caído una terrible maldición. Nadie lo decía más fuerte que la propia *mistress* Holly. Apenas se vestía ya. La mayor parte del tiempo lo pasaba sentada en su habitación en bata, haciendo solitarios y perdiendo y consolándose con ron.

La vida de vez en cuando se atasca y se repite, me parece. Esta vez míster Johnson no se molestó en medir la distancia de la ventana al suelo, ya que la Casa Grande no estaba hecha de goma y no podía haberse hecho más alta o más baja. En cuanto a la escalera de mano, estaba encerrada en el primer galpón y sólo míster Johnson tenía la llave.

Siete metros de la ventana al suelo… el Pequeño Amo Henry muerto a los veinticuatro años… Lily, Weaver y algunos otros esclavos creían que esta coincidencia era prueba de que por fin estábamos recibiendo un poco de justicia divina en Carolina del Sur.

Míster Johnson se puso muy furioso con nosotros por no saber quién lo había hecho, pero no azotó a nadie. Esperaba a ver quién

sería el nuevo amo antes de entusiasmarse. Quizá también tenía miedo del fantasma asesino que podía estar acosando River Bend.

Fuera lo que fuese lo que pensaba, supongo que empezó a hacer planes enseguida para abandonar River Bend con *mistress* Holly. Crow le oyó hablar de esto con ella dos noches después de la muerte de su hijo.

Esta vez, la justicia de Carolina del Sur encontró un culpable, aunque sólo lo supimos tres días después del suceso. En la historia que oímos, un esclavo fugitivo llamado Hilton había sido apresado por una patrulla cuando vadeaba la ramificación este del río Cooper cerca de la cual se une a French Quarter Creek.

Puede que los sabuesos le hubieran perdido el rastro, pero uno de sus zapatos se había caído en el fango de la orilla del río. Cabría decir que su destino quedó sellado allí. «Destino de negro», solía llamarlo mi madre; quiero decir, cosas como que el zapato se te caiga en el peor momento. Era la única persona que jamás he conocido que podía distinguir ese destino de negro en el momento en que éste clavaba sus ojos de halcón en ti.

Oímos el informe de lo que había ocurrido de boca de Crow, que lo había oído contar a tía Bessie. La patrulla había sacado a Hilton del río medio ahogado. Al encontrar un reloj de plata en su bolsillo, dijeron que debía de ser del Pequeño Amo Henry. Ningún negro podía conseguir algo tan bonito sin robarlo.

Después de colgarle de un gran viejo roble, le bajaron, le ataron las piernas con la cuerda y le arrastraron de un caballo hasta Cherry Hill. Recorrieron ocho o nueve kilómetros por caminos horribles llenos de piedras, de modo que cuando le dejaron tirado frente a la cabaña de su pobre madre, tenía rotos todos los huesos de su ensangrentada cara.

Supongo que puede decirse que ser madre tiene que ser el acto más valiente de todos, ya que se arrodilló junto al cuerpo de su hijo e intentó recomponerlo.

No puedo imaginar nada más perverso que hacerle eso a un hombre y mostrárselo a su madre.

Nadie en la patrulla sabía ni le preocupaba si el reloj de plata había sido un recuerdo de su padre, papá Lucius.

Mi papá me dijo que los hombres como ellos sólo escuchaban a la Hiena y hacían cuanto les ordenaba. Papá hablaba así a veces. La

mayoría de los de River Bend no le entendían, pero yo sí.

Unos días más tarde llovió toda la noche y papá bailó fuera, delante de la Casa Grande, hasta el amanecer. Estaba tan empapado y cansado que creía que se desplomaría en el fango. Cerró los ojos cuando le sostuve en mis brazos y susurró.

—Tengo que asegurarme de que no nos arrebatan también las danzas.

Todos sabíamos que no existía justicia alguna en Carolina del Sur, pero yo seguía creyendo que debería existir. Supongo que pensar así fue la causa de todos mis problemas.

Después del funeral del Pequeño Amo Henry, *mistress* Holly se trasladó a su casa en la ciudad de Charleston y jamás volvió a River Bend. Tampoco invitó a míster Johnson a ir con ella. Supongo que sentía suficiente cariño por él cuando no había nadie más cerca. La gente decía que jugaba a cartas cada noche con otras viudas y ganaba lo bastante para comprarse todo el ron que podía beber.

Mistress Holly moriría cinco meses más tarde, de fiebre intermitente, dijeron los médicos. Pero corría el rumor de que bebió hasta morir. Supongo que nadie puede vivir mucho con tanta desdicha en el corazón.

Míster Johnson desahogó su frustración con nosotros. Durante tres meses fuimos azotados por cosas como estornudar en un momento inoportuno. A mí también me dio latigazos. Por primera vez. Aquel día papá estaba haciendo compras en Charleston.

Míster Johnson debió de haber visto que al estar mi padre en la ciudad tenía la oportunidad de sacar todo el odio que había estado guardando contra mí en sus viejos bolsillos durante años. Lo que le puso furioso fue que le dijera que los esclavos del campo probablemente trabajarían mejor si sus chimeneas estuvieran hechas de ladrillos en lugar de arcilla.

—¿Qué clase de estupidez de negro estás soltando? —me preguntó.

—Si estuvieran hechas de ladrillos, no se derretirían cada vez

que llueve, y las manos que trabajan en el campo podrían mantener sus cabañas calientes incluso cuando estuviera diluviando. Quizá entonces podrían dormir una noche completa. —Mi verdadero error fue mirarle con furia y preguntar—: ¿Alguna vez ha intentado trabajar de sol a sol después de haber dormido sólo dos horas, míster Johnson?

Entonces fue cuando me agarró del brazo e hizo que dos capataces me llevaran a rastras hasta el barril de los azotes.

Forcejeé, por supuesto, e incluso alcancé a uno de los capataces en la barbilla con el puño. Pero eso le hizo arrojarme al suelo y me rompí un diente. Se lo escupí a él. El otro capataz me dio una patada en el trasero y me dijo que me estuviera quieta o me mataría con sus propias manos.

—¿Cuánto tiempo vas a hacer daño a tu propia gente? —le pregunté.

Volvió a darme una patada. Apuntó a mi cabeza, pero sólo me alcanzó el hombro. Hice ademán de darle una bofetada y grité a míster Johnson:

"¡Pagará por esto!

Él se limitó a reírse y dijo a los capataces que me ataran. Grité pidiendo ayuda con todas mis fuerzas. Quería que Lily, Weaver, Crow y otros vieran lo que me estaban haciendo.

—Aprieta fuerte los dientes, Morri —me gritó Lily mientras se acercaba corriendo.

—Piensa en algo bueno —me gritó Weaver desde lejos. Debía de venir corriendo de los campos—. Estás sentada en un jardín, niña Morri. Estás rodeada de flores.

Me imaginé lo que me decía, pero el segundo latigazo arrancó todas las rosas de mí. No estaba sino donde estaba. Sentía en la espalda un escozor como si la piel se me estuviera cayendo.

—¡Socorro! —grité—. Ayudadme. ¡Que Dios me ayude!

Apretaba con fuerza para controlar la vejiga, pero al séptimo latigazo me había meado encima. Y estaba llorando de dolor como una niña pequeña. Luego me puse a recitar en susurros un verso de los Salmos una y otra vez. Como hago siempre cuando tengo graves problemas: «Desde que era joven los hombres me han atacado, pero nunca me han dominado… Desde que era joven…».

El último latigazo que recuerdo me dio en la nuca. Ese fue un

regalo especial de míster Johnson, supongo. Pero me gusta pensar que aquel perverso látigo puso en marcha mis sueños de buscar una forma de salir de River Bend. Porque después de aquel día empecé a ver aquella ciudad del norte donde siempre caía la nieve.

Cuando mi padre regresó de la ciudad le conté enseguida que me habían azotado, porque no había forma de ocultarle mis heridas y la mella del diente que me había saltado. Pero le dije que no importaba. Esto me hacía más como los otros esclavos y me alegraba de ello. Él paseaba arriba y abajo de mi habitación mientras yo hablaba; luego llamó a Lily tan fuerte que vino corriendo.

—Ocúpate de mi hija —le dijo.

Lily me impidió ir tras él, diciendo que no haría más que empeorar las cosas. Más tarde me enteré por Crow de que papá había ido directo a míster Johnson en la plaza, le dio un puñetazo y dijo que si alguna vez volvía a tocarme, su cuerpo sería alimento de los gusanos durante una semana.

—No le pegaré ni le dispararé un tiro —dijo—. Pero morirá con tanto dolor que tendrán que amordazarle para que quienquiera que sea el nuevo amo pueda dormir.

Míster Johnson se rió y le dijo a papá que cerrara su boca de negro, pero la verdad es que nunca más se atrevió a azotarme, al menos no mientras mi padre permaneció con nosotros en River Bend.

35

SALVO POR UNA COSA

Tendré que contarles cómo acabó mi padre viniendo a Carolina del Sur, ya que tal como yo lo veo, eso puso en marcha todo lo demás hacia el futuro que acaba de pasar.

En diciembre de 1806, papá y el portugués que le había llevado a Europa estaban visitando Inglaterra. El hombre, míster James Stewart, una mañana tenía una reunión a la que no podía faltar y pidió reunirse con mi papá a las dos de la tarde en una casa cerca de un gran palacio. Cuando papá llegó al lugar, una anciana encorvada le mostró una habitación pequeña y caliente. Tres hombres blancos entraron enseguida y le ataron las muñecas y los tobillos, y luego le metieron un sucio trapo en la boca y le cubrieron la cabeza con un saco.

Cuando llegó míster Stewart debieron de decirle que mi padre no había ido allí. Papá jamás volvió a verle.

A la mañana siguiente le llevaron a una apestosa habitación y le ataron a una columna de madera. Le quitaron el saco de la cabeza. Por un ventanuco entraban franjas de luz. El suelo estaba inclinado y el techo era muy bajo. Había hombres caminando sobre él.

Comprendió que se hallaba en un barco, debajo de la cubierta principal. Hacía tanto frío que empezaron a castañetearle los dientes y no podía parar.

Pusieron con él dos cabras y una vaca. Los marineros sólo les daban de comer a él y a los animales galletas y heno. Rogó que le dejaran ver el sol, ya que nadie del sur de África puede soportar un día entero en la oscuridad, pero no le permitieron subir a cubierta.

Bebió agua del mismo cuenco que los animales hasta que uno de los marineros sintió lástima y le dio una jarra. Dormía cerca de sus compañeros para que le dieran calor.

Entonces fue cuando Mantis se apareció a mi papá en el transcurso de un sueño. Se arrastró hasta su oreja, levantó su cabeza en forma de corazón y le susurró:

—Tsamma, querrán conocer los secretos de los bosquimanos. No digas nada. —Luego se marchó con sigilo.

Por eso papá decidió no hablar nunca con el capitán ni con la tripulación.

Por qué aquel dios insecto dejó solo a mi padre es una pregunta que no puedo responder. Quizá no quería estar atrapado en la oscuridad bajo cubierta, donde no podían verse las estrellas ni la luna.

La primera travesía duró dos o tres semanas; mi padre perdió la noción del tiempo. Durante las tormentas su deseo de seguir al trueno y el rayo era inmenso. Papá tironeaba de sus esposas y le llegaron a sangrar las muñecas y los tobillos. Una de las cabras le lamió las heridas.

Papá cantaba por la noche, canciones que había aprendido con su familia en Portugal. Pero la desdicha era un gran peso para él durante el día. Imaginaba que las estrellas perseguían su dolor. Y aunque podían hallarlo, habían perdido su objetivo. Sus flechas no le llegaban.

El tiempo se fue haciendo cada vez más caluroso. Mataron a la vaca y las cabras y las descuartizaron para que la tripulación pudiera comer carne fresca.

Cuando el barco llegó a tierra, papá fue encadenado a un mástil en cubierta. Vio un fuerte de piedra y muchas casitas. El capitán le dijo que el barco se hallaba en la costa oeste de África. Si estaba pensando en intentar escapar, debería cambiar de idea, ya que cuando le cogieran «le cortarían sus negras pelotas y se las meterían por el trasero».

Africanos encadenados acarrearon cajas de ron, vino, pólvora y tela de algodón del barco al muelle. Papá se enteró de que iban a ser entregados a los reyes locales a cambio de esclavos.

Cuando mi papá me contó eso, recuerdo que mi mamá dijo que a ella la habían cambiado por dos metros de tela teñida de color añil.

Aquella noche, papá fue encadenado otra vez debajo de la cubierta. Unos cincuenta o sesenta esclavos se unieron a él. No comprendía su lengua. No había espacio para moverse. Después emprendieron viaje de nuevo. Esta vez durante muchas semanas.

Papá dijo que lo que más recordaba era la sed. Era peor que los tres días que había caminado en el desierto durante el verano, cuando era niño, para escapar de las armas holandesas. Luego supo dónde buscar agua, la notaba bajo sus pies, fresca en el corazón de la tierra.

Pero incluso a bordo del barco sabía que no moriría. Porque la muerte no surcaba las olas. Y no llevaba esposas. Cualquier muerte que fuera a buscar a un bosquimano jamás le pediría que se quedara en un vientre de madera mientras el rayo pintaba el cielo tan blanco como el hueso.

El Tiempo de la Hiena acechaba a mi papá. Tenía visiones de la gran inundación que casi le costó la vida a Mantis, mientras él era salvado por una abeja. A veces hablaba con Noé, que le dijo que esta vez no alcanzarían tierra seca y que todos los animales desaparecerían de la Tierra. Sólo quedaría el pez. Y no recordarían a los bosquimanos o ni siquiera África. Todas las historias de las Primeras Personas quedarían olvidadas.

Él nunca lo dijo, pero creo que papá debió de decidir en ese momento que si alguna vez tenía una hija la llamaría Memoria. Porque cada noche rezaba para que las huellas de su gente no se olvidaran. Deseaba una piedra donde dibujar su desdicha para que Mantis supiera dónde estaba.

Cuando el barco de papá echó el ancla, un hombre llamado Miller

le llevó a una tienda en una ciudad de calles polvorientas. Aún llevaba los tobillos encadenados. Se bebió cuatro jarras de agua y el vientre se le hinchó tanto que Miller y sus tres hijos se rieron y dijeron que parecía que iba a tener un bebé. He visto a mi padre beber de ese modo, después de que muriera mamá, así que sé qué debía parecer.

Si dijera que mi papá era como todos los hombres y como ninguno, ¿tendría sentido? Era de baja estatura y de piel morena de tono amarillento, con apretados rizos de pelo negro y gris y ojos como rendijas, como un hombre de China, decían algunos. Sin embargo, había algo en su rostro y forma que no resultaba tan extraño, como si fuera la forma interior que todos nosotros compartíamos.

Lo único que tengo que hacer es ponerme delante de un espejo para verle con claridad. Aunque no he heredado gran cosa de su poder. Y con toda seguridad no su talento para curar. Si hubiera tenido esas cosas, Weaver tal vez aún estaría vivo.

Míster Miller observó enseguida que mi padre no hablaría. O que no podía hacerlo. Estaba sumamente ofendido porque el capitán del barco que le había vendido aquel hombrecillo no le había dicho que era mudo. Papá no tenía idea de en qué parte del mundo se encontraba esta Alexandria y qué querían de él. Fingió no comprender el inglés. Le encerraron en un cuartucho sin ventanas. Pero míster Miller no le pegó. Tal vez incluso sentía lástima por él.

Un día mi padre hizo comprender, haciendo señales con las manos, que quería papel y pluma. Con su cuidadosa letra escribió el nombre de su familia en Portugal y su dirección. Tardó una hora en escribir una carta, en la que explicaba cómo había sido capturado y metido en un barco. Entregó el escrito a míster Miller, depositando en él todas sus esperanzas.

A míster Miller le satisfizo que el negrito supiera escribir y comprender inglés. Pero debió de quemar la carta, porque nunca nadie de Portugal fue a rescatar a papá.

Cuando la hija de míster Miller, Abigail, se puso enferma, papá escribió una nota en la que pedía permiso para ir al taller donde el boticario preparaba las medicinas. Allí mezcló una infusión para bajarle la fiebre. Míster Miller hizo que papá bebiera un poco primero para asegurarse de que no era venenosa. Al ver que

ayudaba a Abigail a mejorar, papá obtuvo permiso para pasar todos los días y las noches en la tienda, durmiendo en el suelo en una habitación trasera, ayudando a su nuevo propietario, aprendiendo lo que podían hacer las hierbas, cortezas y raíces americanas. El poder de hacer cosas útiles poco a poco le liberó de la Hiena.

Al cabo de dos meses fue recompensado recibiendo permiso para salir solo los domingos por la tarde. Volvió a escribir a la familia Stewart y robó un sello a su propietario, pero nunca supo si habían recibido la carta. Nadie de Portugal le contestó jamás.

En sus salidas, papá solía quedarse en el puerto y contemplar el mar. Pensaba en escapar, pero sabía que tenía que esperar a Mantis, que le diría cuándo marcharse.

La fiebre amarilla se abatió sobre Alexandria con fuerza en la primavera de 1807, y míster Miller se puso muy enfermo. Nada de lo que papá probó pudo curarle. Era viudo, así que papá fue heredado por sus jóvenes hijos. Su tutor, el hermano de míster Miller, le vendió a un malvado tratante de esclavos llamado Burton.

Junto con otros africanos, papá fue enviado en barco a Charleston, donde fue subastado en el mercado. Le compró el Gran Amo Henry, claro, quien siempre decía que pujó cien dólares por aquel negrito sólo porque verle le hacía reír.

Papá por fin demostró a todo el mundo que no era mudo cuando vio a mi madre por primera vez. Me dijo que en el momento en que vio la profundidad que había en sus ojos negros y aquel largo cuello de avestruz, vio a Mantis que regresaba a él. Supongo que ella era la señal que él había estado esperando. De manera que cortejó a mamá con lirios de los pantanos y otras flores que recogía para ella los domingos.

A medida que transcurría el tiempo, papá se ganó la confianza del Gran Amo Henry y le permitieron ir a Cordesville y Charleston con Wiggie el cochero o incluso solo. Recogía sal y conchas de ostra en las playas, compraba medicinas y hacía compras para la casa. En estos viajes tenía muchas oportunidades de encontrar negros libertos que habrían podido ayudarle a escapar. Pero la razón por la que ni siquiera intentaba marcharse éramos mi madre y yo. Después, cuando ella murió, sólo yo.

Como he dicho, el Gran Amo Henry ni una sola vez nos dejó salir de River Bend juntos. A veces yo pensaba que papá debería intentar fugarse igualmente. Otras veces, tenía tanto miedo de que me abandonara que corría con todas mis fuerzas detrás de su carruaje cuando éste se dirigía traqueteando hacia la verja.

Más tarde, el domingo 21 de enero de 1821, desapareció. No pasó nada extraño aquel día, y, salvo por una cosa, en toda la semana no había ocurrido nada inusual.

Esa única cosa fue la visita unos días antes de un hombre alto y moreno; un mulato, pensamos. Tenía el pelo negro corto, tieso como púas de puercoespín, y llevaba un aro de oro en la oreja. Nunca había visto un pirata. Imaginé que eso era. Ahora bien, qué hacía un pirata visitando River Bend no podría decirlo, pero esperaba que buscase gente que le ayudara. Sabía que mi papá y yo nos habríamos marchado con él si lo hubiera pedido.

Para entonces hacía dos meses que el Pequeño Amo Henry yacía en su tumba, y el primo Edward Roberson llevaba los asuntos de *miss* Anne, que había heredado la plantación cuando *mistress* Holly se mudó.

Nunca nos había gustado el primo Edward. Le llamábamos Edward el Gallito, porque estaba muy ufano de sí mismo, en la

mejor tradición de la familia.

Para que se hagan una idea de cómo era, déjenme que les diga que cuando llegó por primera vez estaba convencido de que «los salvajes negros» que poseía trabajarían más sin sus jardines. No tuvo valor para decirnos él mismo que quería destruir nuestros jardines. No, señora. Míster Johnson nos hizo poner en fila una mañana al amanecer y nos dijo que teníamos que arrancar todas las plantas, arbustos y hierbas y cubrirlos con tierra.

Mi padre rogó a míster Johnson que le permitiera ir a ver al Amo Edward a solas en la sala de té, poniendo un rápido fin a estos crueles planes. Papá me contó más tarde que no le había dicho gran cosa. Simplemente, le habló de todas las enfermedades que se habían padecido en River Bend en los últimos años, echando la culpa de ello al clima del País Bajo.

—Está a merced de una tierra cuyos límites se extienden mucho más allá de los suyos —dijo a Edward—. Y su gente no sabe lo que significa ir despacio. —Entonces habló de la maldición de River Bend y de las muertes prematuras de los anteriores amos. Para terminar, dijo—: Ahora, señor, estoy de acuerdo con usted en que permitirnos cultivar nuestras frutas y flores es una gran concesión. Pero creo que *mistress* Kitty, Elisabeth y Mary estarán mejor con negros bien alimentados a los que les gusta oler rosas y añadir alubias a su arroz… Mejor con ellos que con esclavos hambrientos que jamás se benefician de la belleza. Aunque yo mismo soy africano, comprendería que no estuviera usted de acuerdo conmigo y no deseara que tuviera acceso a las plantas y hierbas que necesitaré para curar las enfermedades de su familia.

Tras esa conversación, tuvimos menos problemas con Edward el Gallito, en general sólo cuando salía para demostrar su hombría a *miss* Anne, a la que ahora teníamos que llamar *mistress* Anne. Vivía todo el año en Charleston desde que se había casado con John Wilson Poyas y nos visitaba una vez al mes. Él era un médico perteneciente a una de las familias más ricas de la zona. Todavía no habíamos averiguado cómo le había cazado. Pero corría el rumor de que se había quedado embarazada, le había apuntado con su pistola en la cabeza y dado una única alternativa. Su papá le había enseñado a disparar casi al mismo tiempo que aprendía a bordar, por si había alguna revuelta. Nosotros imaginamos que mientras

miraba la punta de la pistola, el doctor Poyas entendió la insinuación y prometió casarse.

A pesar de su boda, el primo Edward era cariñoso con *mistress* Anne. Aún era bonita, todo el mundo lo decía, con los ojos azules que el primo Edward describió a Crow como «realmente deslumbrantes». Sus propios grandes ojos rotaban sobre antenas cuando ella estaba cerca. Pero ella no le prestaba mucha atención. Tenía dos hijos: una niña rubia, Elizabeth —igual que la hija de Edward, pero con *z* en lugar de s— y un niño llamado Douglas. Este era la viva imagen del Pequeño Amo Henry, incluso era pelirrojo. Ella sólo venía a River Bend a inspeccionar sus tierras y a visitar a sus «queridos negros», como nos llamaba.

Cuando venía en su carruaje nosotros la saludábamos con la mano dondequiera que estuviéramos trabajando. Cuando nos hacían poner en fila para ella, cantábamos una de las viejas canciones de mi padre, *Barbara Allen*. Actuábamos como si su llegada nos llenara de alegría. Un par de veces se le anegaron los ojos de lágrimas. Su cabeza no debía de contener más que negro serrín.

Bueno, el día en que vino a River Bend el pirata mulato, mi papá estaba en Charleston. Había ido a recoger una tela de algodón que *mistress* Kitty quería para que Lily y yo le hiciéramos un nuevo vestido de baile. El visitante se reunió con el Amo Edward en la sala de estar. Crow oyó gritos, y algunos tenían que ver con papá. Lo mejor que Crow pudo imaginar era que este hombre había conocido a mi padre décadas atrás y deseaba volver a verle. Al parecer, a Edward el Gallito no le había sentado bien esa idea y le había pedido que se marchara de su propiedad inmediatamente.

Yo lo resolví todo porque creía que se trataba de John Stewart, el chico que había sido el amigo de mi papá en Portugal. Para entonces ya debía de haberse hecho adulto. ¡Por fin había venido a reclamar a mi padre y a darle la libertad!

Pero aquel mismo día, más tarde, cuando describí el hombre a papá, dijo que no podía ser él. Aun así, cerró los ojos y respiró

hondo. Luego su vientre empezó a sonar.

Por cierto, nunca averiguamos quién era el mulato. Lo único que el Amo Edward nos dijo fue que se trataba de «un maldito agitador» de Georgia.

A la mañana siguiente papá me entregó una carta sellada. Era para John Stewart. Dijo que la había escrito casi por completo años atrás y había esperado una señal para dármela. Esa señal, me dijo, era el mulato que había ido a River Bend en su busca. Yo tenía que meter la carta en una jarra y enterrarla en
Porter's
Woods.

Dije:

—Pero, papá, podrás dársela tú mismo si viene alguna vez.

—No, Morri, en caso de que esté fuera de la plantación, debes tener la carta en tu poder. No debemos arriesgarnos a que no comprenda que eres mi hija.

El día en que desapareció mi padre, *mistress* Anne había venido a River Bend en una de sus visitas mensuales. Lo recuerdo porque cuando papá no regresó a la cocina para ayudar a Lily con la cena fue a buscarme al salón donde estaba puliendo la plata. Siguiendo sus órdenes le busqué por todas partes en la casa y en todos los jardines. Corrí a los campos, pero nadie le había visto. Para darle tiempo para escapar, si era eso lo que había hecho, me senté en un tronco junto a *Christmas Creek* y me quedé observando el alboroto de las ranas. «Espero que puedas escapar, papá —no paraba de pensar—. Porque entonces las patrullas estarán hambrientas siguiéndote la pista».

Cuando por fin le dije a *mistress* Anne que no había encontrado a papá, ordenó a míster Johnson que preparara los perros. Envió a Crow con Wiggie el cochero a todas las ciudades próximas para alertar a todo el mundo de que en River Bend había un fugitivo.

Esas horas fueron para mí como si me estuvieran apuntando al corazón con una pistola. Me senté en los escalones de la plaza

ahuyentando a los mosquitos, rogando con todas mis fuerzas que Mantis le ayudara. Estaba limpiando un objeto horrible, y mis manos no podían parar, así que pulí cada infernal resquicio de aquella ponchera llena de ondas que sólo utilizábamos la víspera de Navidad. Cuando amaneció en tonos naranja y rojo jamás plata alguna había brillado como aquella, y yo pensaba que tal vez teníamos una oportunidad.

Crow, que había estado despierto toda la noche difundiendo la noticia de que papá había huido, me dijo que no había señales suyas en ningún sitio. Con una mirada sombría me cogió la mano y se disculpó, porque tenía que llevar el carruaje enseguida a Charleston para poner un anuncio en el periódico.

Transcurrieron los días sin que yo pensara en otra cosa. Al cabo de una semana de salidas y puestas de sol, aún no quería pensar que lo había conseguido, por si lo traían de vuelta medio muerto y atado a un caballo.

Transcurrió un mes, después seis semanas y luego siete. Cada día pensaba que era menos probable que le hubieran cogido. Me preguntaba qué haría yo si le traían de nuevo y le mataban azotándole. Entonces fue cuando robé un cuchillo de la cocina y lo enterré en la plaza. Podían colgarme si querían, pero no iba a oír a papá aullar sin convertir al Amo Edward en un fantasma.

Pero nunca tuve que utilizar ese cuchillo, porque papá jamás regresó. Tal vez se había ahogado, o le había mordido el mocasín de agua. Quizá había muerto solo.

A veces soñaba que había escapado al destino de los negros y había conseguido ir al norte, a la ciudad donde siempre caía la nieve.

Crow, Lily y los demás decían que probablemente se había hecho invisible con alguna poción que había preparado. Le describían caminando como un lord británico hasta Charleston, subiendo a un barco con destino a Europa y navegando de vuelta a casa con la familia portuguesa que había dejado allá. Pero yo sabía que si mi papá hubiera tenido intención de escapar, me habría llevado con él. Aunque era posible que hubiera decidido irse primero y luego volver para rescatarme.

Casi tres meses después de que hubiera desaparecido, ésa fue exactamente la conclusión a la que llegó el Amo Edward. Así que una noche hizo que unos hombres blancos a los que nunca había visto hasta entonces irrumpieran en mi habitación y me ataran con cuerdas. También me amordazaron. Me llevaron a un carruaje. Creí que iban a «enviarme a por un poco de azúcar» en Charleston. Decían eso porque el Workhouse, antes, era una fábrica de azúcar y tenían máquinas mecánicas especiales para destrozar a una persona. Pero no era esto lo que tenía pensado. No, tras su sonrisa se ocultaba algo peor.

36

Pero sus ojos eran del mismo color de jade de siempre.

—Buenos días —dije, quitándome el sombrero y sonriendo.

—Sí… sí, buenos días. —Su voz era frágil—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Violeta, soy yo.

—¿Le conozco, señor? ¿Cómo… cómo es que sabe mi nombre?

Antes de que pudiera responder dio un paso atrás y se llevó las manos a la boca. Sonrió de nuevo para suavizar la conmoción y dije:

—Sí, soy yo, John. He venido de Portugal. —Puse la cara de tortuga de Daniel, que siempre ponía cuando se sentía turbado. No había imitado esta expresión en quince años—. *Sou eu*: soy yo —repetí en portugués. Esperaba que se arrojara a mis brazos. La habría alzado en vilo y bailado con ella por toda la casa. Habríamos chocado con los muebles y caído juntos en las profundidades de nuestra gratitud.

Avancé hasta el escalón superior para estar más cerca de ella.

Ella confundió mis planes y retrocedió a las sombras del interior del umbral de la puerta.

—John, no esperaba… Ha sido… Ha pasado toda una vida. —Habló en inglés—. John, estás tan… tan diferente.

Me desconcertó tanto su aprensión que sentí un hormigueo nervioso en todo el cuerpo. Era como si tuviera diez años.

—Soy yo… sólo soy yo —dije precipitadamente en tono de súplica, como si ella no se hubiera dado cuenta de quién era—. ¿No recibiste mi carta?

—¿Una carta? No. Estoy segura de que no.

—La envié… debe de hacer seis semanas. Debe de estar aún en camino.

Empecé a sospechar entonces que había malinterpretado las palabras de su carta. ¡Qué tonto había sido! Ella había hablado de su deseo de tener un panel de azulejos en su casa sólo para mostrarse educada.

Me volví para secarme las lágrimas que me habían traicionado, tosiendo para disimular mi emoción.

—Es evidente que he venido en un mal momento. Volveré esta noche, y entonces… entonces hablaremos. —Su mirada era tan fría y su actitud tan defensiva que añadí—: Sí… sí… eso es lo que haré. Ha sido un placer verte, Violeta. Yo…

Incapaz de despedirme, me puse el sombrero y cogí mi equipaje. Tuve cuidado de no bajar la escalera demasiado deprisa, ya que eso habría podido revelar la profundidad de mi desesperación, y deseaba evitar que se sintiera mal por mi comportamiento.

Decidí buscar una habitación en una posada que había cerca y dirigirme a Alexandria lo antes posible. Contaba mis pasos, sin importarme en qué dirección iba con tal de alejarme de ella. Al llegar a veinte, seguro de que jamás volvería a verla, me estremecí.

Oí que me llamaban. Violeta me hacía señas desde la puerta de su casa.

—John, vuelve, por favor! John, no te muevas. Espera ahí…

Desapareció en el interior de su casa. Unas puertas más abajo, una mujer sacó una alfombrita persa por la ventana y la sacudió. Volaron hojas al suelo y yo recogí una, observando sus frágiles venas.

Violeta volvió con un papel cuadrado antiguo y amarillento y me lo entregó. Era uno de mis retratos de *Fanny*… despatarrada sobre su vientre, agarrando un hueso con las patas, la cabeza ladeada, para poder roerlo con mayor ferocidad.

Si hubiera podido sostener a *Fanny* en mis brazos una vez más… Qué extraño es el corazón… la esperanza de que Violeta no me rechazaría de nuevo se encendió gracias al cariño que compartíamos por el perro y al hecho de que ella hubiera guardado mi sencillo dibujo, sin un solo doblez, durante veinte años de separación.

—¿La recuerdas? —le pregunté.

Se le nublaron los ojos.

—Oh, John, vivió una vida larga y satisfactoria, supongo.

Entonces le conté que había desaparecido durante la ocupación francesa. Mi voz era entrecortada por las ganas de controlar la emoción, y sólo hablaba de hechos y fechas. Ella se mordió el labio inferior e hizo esfuerzos para que no se le saltaran las lágrimas. Al devolverle el dibujo nuestros ojos se encontraron.

Hay recuerdos que son el amor en sí mismo: el roce de las manos de mi madre; el olor de la pipa de papá, la sonrisa de Medianoche. Y los ojos de Violeta. Me di cuenta de que era al mismo tiempo una extraña para mí y la mejor de mis amigas.

Susurré su nombre dos veces y me pareció el hechizo más secreto. Quería hablar de nuestro amigo muerto, pero la torre de recuerdos que llevaba en mí era demasiado elevada en aquellos momentos para intentar ascender por ella.

Violeta bajó la mirada a sus pies y en su expresión afligida reconocí a la muchacha que había estado encerrada en una habitación sin ventanas ni puertas. Sin embargo, yo ya era un adulto y podía derribar muros demasiado fuertes para el niño que había sido. Le tendí la mano, pero ella no la cogió ni alzó la vista para mirarme.

—No retiraré la mano —declaré—. Me quedaré aquí esperando eternamente para que la cojas si la necesitas.

No estoy seguro de qué es lo que me hizo pronunciar las extrañas palabras que siguieron. Sólo se me ocurre que fue todo el tiempo que había pasado en compañía de Benjamín y Medianoche… y el miedo que me producía el bosquimano viviendo en la esclavitud.

—Violeta, puedes pensar que el sol y la luna se han quedado para siempre en los años que compartimos. —Miré hacia el horizonte y señalé al este, hacia Jerusalén—. Pero los dos, el sol y la luna, están al mismo tiempo en el Monte de los Olivos. Es imposible, y sin embargo es cierto. Los dos tenemos miedo de entrar en las aguas del río Jordán y tocar sus reflejos. Pero lo que no sabes es que ya estamos dentro. Aunque somos mayores, nunca nos hemos dejado. Para estar segura de ello, sólo tienes que cogerme la mano… cogerla ahora.

Ella no decía nada. Cerró los ojos como si no fuera a abrirlos

nunca más.

—Puede que quieras que repita el pasado, pero no lo haré. Ahora tengo un poco de poder para hacer lo que me plazca. Y ni yo ni el Daniel que vive dentro de mí nos alejaremos de ti. Si tenemos que separarnos, debes regresar a tu casa y cerrar la puerta con llave. E incluso entonces puedes esperar que seguiré llamando… toda la noche si es necesario. Ahora soy un hombre, y he sufrido, y puedo esperar el tiempo que haga falta incluso a una mujer que en otro tiempo no tuvo alternativas en la vida.

Cuando me cogió la mano, la aferró como si corriera peligro de caerse. Me miró con una expresión tan llena de amor y admiración que susurré:

—¿Podemos empezar de nuevo? ¿Podemos intentar compensar lo que tan injustamente nos fue arrebatado a los dos… y a Daniel?

Las lágrimas le inundaron los ojos. Y a mí. La estreché en mis brazos y la levanté del suelo, dando vueltas y más vueltas.

—John, oh, Dios mío, John…

—He conocido mucha muerte —le dije con suavidad—. Nos han destrozado a los dos. Pero me has encontrado. Y yo te he encontrado.

Me agarró con fuerza, dando sacudidas tan violentas que temí por ella.

—Te estoy sujetando —le dije— y en mis brazos puedes descansar por fin.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Respiramos juntos hasta que nuestros límites se fundieron.

—¿Recuerdas el día en que nos conocimos… el milagro de los pájaros? —le pregunté.

—Estabas guapísimo —susurró ella.

—Me salvaste el pellejo. ¡Si no hubieras escupido al vendedor de pájaros me habría cortado la cabeza!

Nos reímos, mareados por la excitación.

—Antes, en la puerta, he sido horriblemente grosera —dijo Violeta—. Lo siento.

Me puse a hablar en portugués.

—*Estava meramente supreendida*. Sólo estabas sorprendida. No pasa nada.

—John, casi nunca hablo portugués. Puede que cometa errores.

—Se inclinó e hizo ademán de coger una de mis bolsas—. Venga, volvamos a mi casa.

Habíamos vivido demasiadas cosas juntos para mentir.

—Sí, me gustaría quedarme contigo, pero sólo si tú verdaderamente quieres que lo haga. Violeta, estoy seguro de que estaré cómodo en cualquier posada cerca de aquí. Lo digo en serio. Por todo lo que hemos vivido juntos, no hagas cumplidos conmigo. Confieso que estoy demasiado débil por el viaje y todas estas emociones. No lo soportaría.

—Oh, John, sabes que no hay ningún otro sitio en esta ciudad para ti.

Nunca he dado mucho crédito a la posibilidad de que haya vida después de ésta, pero entonces miré al cielo y susurré a padre, que había buscado al tío de ella en Oporto:

—Llegó a Nueva York, papá. Tus esfuerzos han sido recompensados.

Violeta dijo cuánto lamentaba enterarse de la muerte de mi padre. Le hablé de él mientras nos dirigíamos hacia su casa. Intenté poner los acontecimientos de su muerte en un contexto que ella pudiera comprender, pero lamentablemente no lo conseguí.

—John —me dijo, apretándome el brazo—, eres todo lo que siempre me atreví a soñar que llegarías a ser. Y más. Tu querida madre debe de estar muy orgullosa de ti. Y tus hijas… Dime, ¿tenéis buena relación?

—Creo que me quieren mucho… a pesar de que les resulto un tanto extraño. Pero su madre, Francisca, murió hace un año. Ha sido muy duro para ellas. Y ahora que yo estoy aquí…

—Me habría gustado conocerla. ¿Te quería mucho?

Sí, creo que sí. Fuimos los mejores amigos durante muchos años.

—Eso está muy bien. Y es un alivio para mí, ya me perdonarás. Siempre me preocupó que tu afecto no fuera plenamente recíproco. —Bajó la mirada, avergonzada—. Por lo que pasó con Daniel y conmigo.

Nos examinamos el uno al otro. La pesadez que mostraban sus ojos me inquietaba, y tenía los labios muy resecos, como si se hubiera marchitado por falta de amor.

Cubrió mis labios con las yemas de los dedos.

—Por favor, John, no digas nada todavía. —Enlazó su brazo en

el mío y subimos los escalones juntos.

Desde el umbral, contempló la calle arriba y abajo, haciendo oscilar la cabeza como un péndulo.

—Tú también casi le esperas —observé.

Asintió y me acarició la mejilla.

—He vivido sola tanto tiempo que puede que no sea una buena anfitriona. Creo que debo disculparme de antemano.

Le habría gustado seguir hablando, estoy seguro. Pero después de bajar la mirada una vez más, se mordió el labio con fuerza, hasta casi sangrar.

Violeta vivía en una casa apenas amueblada. Me ofreció una habitación en la tercera planta que daba al jardín trasero, el cual se hallaba en un estado lamentable. Tenía una cama y un lavabo a mi disposición, nada más. Ni siquiera una cómoda o un armario. Sospeché entonces que tenía poco dinero.

Violeta fue a buscarme una jarra de agua caliente para que pudiera lavarme la cara. Me preguntó por mi madre y, mientras me traía toallas y me ponía sábanas limpias en la cama, le conté que vivía en Londres.

—¿Te importaría parar un momento? —le rogué.

—John, hablaremos después. Necesitas descansar. Y estoy segura de que estás muerto de hambre. Prepararé algo de desayuno.

—¿Todavía odias cocinar? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Una mujer se acostumbra a casi todo.

Aún llevaba puesto el gorro. Cuando le pregunté si se lo iba a quitar para que pudiera ver su espléndido cabello, ella hizo gestos de negación con el dedo.

—Eso también puede esperar, jovencito.

Me habría gustado acompañarla a la cocina, pero ella quería estar sola. Durante ese día tuve la impresión de que mi presencia la había desorientado tanto que simplemente no podía parar por miedo a desplomarse.

Dejé mi tintero y papel en el suelo y me senté en cuclillas como me había enseñado Medianoche y me puse a escribir una carta a mis hijas, madre y Fiona, en la que describía los aspectos más terribles y divertidos de la travesía por mar. De Violeta sólo dije que tenía muy buen aspecto y que su casa era cómoda.

Mientras escribía añadía colas, hocicos y patas a mis letras, como hacía Medianoche. Noté que miraba fijamente por encima de mi hombro y alababa mi trabajo como digno, por fin, de un bosquimano.

Cuando Violeta me llamó para que bajara, vi que había preparado la mesa de la sala de estar con una bonita vajilla de porcelana blanca y azul; como la de madre, estaba decorada con un molino.

—Jamás olvidaré las muchas atenciones que tuvo conmigo —me dijo. Me cogió la mano y se la llevó a los labios—. Esto es para tu madre cuando vuelvas a verla.

Yo le transmití el mensaje de amor de mamá, y luego di buena cuenta de una tarta de pollo que ella había tenido la amabilidad de comprar para mí en una tienda próxima.

Estábamos sentados uno enfrente del otro, junto a las ventanas que daban al jardín. Las cortinas amarillas estaban corridas. Me hizo preguntas sobre mi travesía en barco con estudiada calma, esforzándose por mantener controlada su naturaleza nerviosa.

Se levantó y apartó una esquina de la cortina para mirar fuera. Cuando se volvió hacia mí, tenía el semblante pálido y triste.

Creyendo que algún comentario mío sobre el viaje la había ofendido, dije:

—Violeta, dejaré de parlotear sobre tonterías. Perdóname, por favor. Sólo es que estoy extremadamente agitado. Tengo ganas de saberlo todo sobre tu llegada a América. Quiero conocer tu vida.

Ella jugueteó con el encaje de su pañoleta.

—No, no —dijo frunciendo el entrecejo, como si la sola idea de hablar de ella le desagradara—. Estoy segura de que te quedarías dormido.

—*Ao contrário* —repliqué—. Me gustaría mucho oír la historia de tus viajes.

—John, ¿por qué no vamos a dar un paseo? —propuso ella en portugués.

—¿Un paseo? ¿Ahora?

—A veces me ayuda. Aunque puedes negarte, por supuesto. Probablemente estás demasiado cansado.

Su formalidad me inquietó y no supe adivinar sus intenciones.

—No, estoy bien —le aseguré—, y un buen paseo podría ser exactamente lo que necesito. ¡Sí, vamos a ver un poco la ciudad!

Mientras ella se preparaba aproveché el tiempo que estuve solo para abrir los cajones de un bargueño que había en la sala de estar. No sabía qué esperaba encontrar. Al principio sólo vi hilos, retales y cosas así. Después, en uno de los cajones inferiores, descubrí una antigua pelota de cuero, del tamaño del puño de un hombre. Era una de las de *Fanny*… aún se notaban las señales de sus dientes, como si acabara de hacerlas.

Violeta y yo bajamos por John Street sin hablar, a la sombra de álamos de Virginia y castaños de Indias. La cálida luz del sol danzaba sobre mis hombros filtrándose por entre las hojas.

—¿Hay muchos africanos en Nueva York? —pregunté a Violeta.

—Debe de haber varios miles.

—Supongo que ninguno vive como esclavo.

—Me han dicho que todos los negros que nacieron en Nueva York después de 1799 se consideran libres de nacimiento. Los que nacieron antes aún viven en la esclavitud. Aunque creo que la mayoría han sido vendidos a otra parte. Confieso que no estoy segura, pero no pueden quedar muchos en la ciudad… unos centenares, tal vez.

En Broadway torcimos hacia el norte. Observé a los transeúntes bajo parasoles y los carruajes que se precipitaban de un lado a otro; admiré también los carteles de las tiendas, muy bien pintados.

—Es maravilloso, ¿no te parece? —dije sonriendo.

Violeta se había adelantado.

—Sí, claro —respondió lacónica, esperándome.

Arriesgándome a ser arrollado por una carreta o pateado por un caballo, me planté en el centro de Broadway para mirar hacia el sur

la fortaleza de piedra de la punta de la isla y los mástiles de los buques de vela que estaban detrás. Entonces miré hacia el otro lado y vi un horizonte de bosques que se extendía a lo lejos, en el norte. «Ya estoy en Nueva York», susurré, no sólo para mí sino también para Medianoche. Apretando el puño en mi bolsillo añadí: «Y nada puede impedirme ir a por ti. Ni siquiera la oportunidad de una nueva vida».

Durante nuestro paseo, Violeta no me hizo ninguna pregunta y yo no me atreví a preguntarle más cosas. Me quedé serio y callado. Quienes nos veían debían de suponer que éramos un matrimonio desdichado. Cuando llegamos a Grand Street, una popular avenida de tiendas perpendicular a Broadway, Violeta dijo:

—Me gustaría seguir contigo, pero tengo que hacer cosas en casa. Nos veremos por la tarde a la hora del té. ¿Te parece bien a las cuatro?

Antes de poder decir nada se marchó apresuradamente. Maldiciendo su aire enigmático e inescrutable, proseguí mi paseo. Es curioso que pensara en Lourenço Reis, el nigromante. Supongo que en mi mente infantil creía que Violeta había sido hechizada y que sólo yo podía romper ese hechizo.

A las tres y media inicié el regreso a casa. En mi ausencia Violeta había preparado una docena de pastas cuyo aroma resultaba delicioso. Observándome con ojos encantados dijo:

—Comes como hacías siempre cuando no estaba tu madre. Migas por todas partes.

—¿Eso es bueno o es malo?

Ella se rió: el rato que habíamos estado separados había reavivado visiblemente su afecto por mí.

—¡Muy bueno, sin duda!

Volví a pedirle que me contara cómo había llegado a Nueva York.

—Ahora no, estropearía este momento —replicó. Hablamos de los sucesos acaecidos en Portugal y Europa durante las dos últimas décadas. Ante su insistencia hablamos en inglés. Yo a veces respondía tratando de enterarme de si había mantenido correspondencia con su madre y hermanos. Pero era demasiado lista para mí y nada se le escapaba.

Después de tomar el té, subí al piso de arriba para terminar la carta dirigida a mi familia. Para mi sorpresa, encontré una habitación llena de muebles: una cómoda con tiradores de latón, un bonito reloj de caja con patas de león, dos cómodos sillones de brocado verde sauce y un escritorio de caoba oscura en el que Violeta había dejado una nota:

> John: siempre tendrás sitio en mi casa. Y no te reclamaré más tiempo del necesario mientras permanezcas aquí. Es suficiente ver que te va tan bien. Después de todo lo que he vivido, después de tantas cosas que no deseo volver a ver, encontrar que alguien por quien no siento más que un gran cariño se ha convertido en una gran persona… Bueno, déjame decirte sólo que tu presencia es un regalo que no tenía derecho a esperar jamás. En realidad, si disculpas mi emoción, es el mejor regalo que jamás haya podido imaginar. Ten paciencia conmigo. Con cariño, Violeta.

Aquella noche me desperté a las tres de la madrugada. Me aventuré a bajar la escalera y encontré a Violeta dormida como un tronco en la silla. Pensé en despertarla para ayudarla a subir. Pero lo que hice fue alejarme de puntillas como un ladrón hacia la puerta de su dormitorio. Tenía intención de inspeccionar su ropero y su secreter, buscar bajo su colchón y almohadas, pero sólo me quedé un momento; sobre su cama colgaba el tablero de mesa redondo que Daniel había tallado y le había dado, su último regalo. El parecido, aun de lejos, todavía era extraordinario; pero cuando me acerqué, descubrí que le habían hecho cortes en las mejillas y ojos. Ninguna de las caras de los otros niños había sufrido el menor daño.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, hice acopio de valor para hablar a Violeta de Medianoche.

—¿Es el hombrecillo con el que a veces te vi unos meses antes de que me marchara de Oporto?

—Sí, se hizo amigo mío después… después de la muerte de Daniel. Y después de que dejáramos de ser amigos. Si no me hubiera ayudado, estoy seguro de que nunca habría vivido para hacerme adulto.

Le conté cómo él y yo la observábamos de lejos en la Plaza Nueva.

—Él rezaba para que los cazadores del Cielo te ayudaran a llegar a América —dije.

—Entonces ya éramos dos los que rezábamos por eso —apuntó con calma.

Naturalmente, tuve que hablarle de la traición de mi padre y del desmoronamiento de su matrimonio con mi madre. Ella escuchaba con atención cuanto yo decía, con la barbilla apoyada en el puño. Su único movimiento fue darme un fuerte apretón en la mano cuando le dije que estaba seguro de que mamá había dejado de quererme durante años.

Hablar de Medianoche me dejó postrado en un estado de ansiosa desesperación, y supe que no podía esperar más para poner en práctica mis planes de viajar a Alexandria. Le dije a Violeta que deseaba encargar mi pasaje de inmediato, a lo que respondió con voz firme:

—Sí, estaría mal que dejase que nuestra renovada amistad te retrasara. Podremos hablar durante mucho más tiempo, y con mayor facilidad, cuando regreses y empieces a diseñar tu panel de azulejos.

En una agencia de transporte marítimo de Broadway me enteré de que el viaje a Alexandria sólo duraría tres días si teníamos la suerte de encontrar vientos favorables.

Me inscribí en el *Exeter*, una fragata que partía al día siguiente.

Aquella noche, después de cenar, le hablé a Violeta de mi inminente partida. Me habría gustado hablar de muchas cosas antes de marcharme: sobre todo de Francisca y de las niñas, pero palideció al oír la noticia de que partía tan pronto. Cuando fui a consolarla, me dijo que la excitación de tenerme en su casa casi no la había dejado dormir y necesitaba acostarse antes de que se desmayara de agotamiento. Me apartó las manos con brusquedad y luego se disculpó.

—Háblame, te lo ruego —supliqué—. Dime qué piensas.

—No puedo. —Compuso con las manos un gesto de plegaria—. John, ten piedad de mí. —Se levantó y se precipitó a su habitación.

Desperté casi a la una de la madrugada, tras haber soñado con que Medianoche se hallaba de pie ante mi cama, hablando en el lenguaje de los signos, haciendo gestos extraños con la mano. Yo no entendía nada de lo que quería decirme.

Al cabo de un rato, oí que Violeta bajaba la escalera. Cuando oí que abría la puerta posterior, me asomé a la ventana. A la luz de la luna la vi avanzar por los hierbajos de su jardín. Habría jurado que iba desnuda.

37

En cuanto salí fuera el aire nocturno del jardín de Violeta me abrazo con su húmeda calidez. Era como si hubiese penetrado en un sueño líquido. Caminé con los pies descalzos, vestido sólo con el batín. Cuando había dado unos diez pasos la localicé, sentada en un banco bajo de madera, contemplando el firmamento. La luz dispersa de la luna la envolvía en capas de oscuridad y de luz. Su largo cabello relucía negro y plateado sobre su espalda. Yo sabía entonces que había estado esperando que se quitara el gorro no sólo desde el momento de nuestro encuentro sino desde que tenía once años. Me quedé muy quieto, sin querer entrometerme en su modestia, pero ella debió de oír mi respiración, porque dio un brinco, asustada.

—Soy yo —me apresuré a decir. Avancé y levanté las manos en gesto de disculpa—. Sólo soy yo.

—John, Dios mío, casi me has hecho gritar. —Meneó la cabeza y dio unas palmadas sobre el banco a su lado—. Rápido, siéntate aquí, donde nadie pueda verte.

No hizo intento alguno de ocultar su desnudez. Yo me dejé caer a su lado, procurando no rozarla. Ella señaló hacia el estrellado firmamento.

—Allí está el Arquero —me dijo—. Puede encontrar cosas, John; incluso seres pequeñitos como tú y yo. Por eso siempre que me siento insegura de mí misma, lo busco.

Me hablaba en portugués dirigiéndose a mí con el pronombre informal «tú», como si volviéramos a ser íntimos amigos.

—Medianoche decía que todas las estrellas son cazadores —le dije yo.

Con la punta del dedo me señaló de nuevo las constelaciones.

Luego, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano, dijo con dulzura:

—Si puedo hacer algo para ayudarte a encontrar a Medianoche, dímelo; cualquier cosa.

La sugerente suavidad de su piel me produjo un escalofrío. A la luz de la luna, se parecía tanto a como había sido en su juventud —tan sincera y buena de corazón— que me quedé sin habla. Estaba confuso: ¿Cómo podía experimentar dolor añorando casi cada noche a mi esposa y sin embargo sentirme tan afortunado por estar cerca de Violeta?

—Qué tranquilo se está aquí de madrugada —susurró—. Casi se podría creer que estamos en nuestra charca de Oporto.

Me miró a la cara y adivinó la causa de mi vergüenza, y sonrió.

—John —dijo, dándome una palmada en el muslo—, no seas niño. No me molesta tu deseo. El único aliado que he tenido entre los hombres ha sido su necesidad física de mí. Es lo único que siempre he podido esperar de ellos.

—No entiendo nada de lo que me ha pasado en la vida —confesé —. Por qué murió Daniel, cómo llegué a ese momento preciso, por qué tú y yo nos hemos encontrado de nuevo.

Ella me miró con gravedad.

—No tengo respuestas para ti. Ninguna.

Soplaba a nuestro alrededor una cálida brisa. El alivio que me producía estar con la Violeta de antes me hizo sonreír.

—Es como si nos estuviéramos escondiendo de nuestros padres.

—Mi madre jamás me encontrará aquí. —Echó una mirada hacia su casa—. La maleza es demasiado alta para que me vea.

—Y la casa demasiado oscura.

—La noche me sienta bien. Entonces veo menos. Que la noche ejerza su dominio.

—Violeta, salvo en este momento, pareces estar en algún lugar donde yo no estoy.

Ella me cogió las manos y se puso en pie.

—Canta —me rogó—. Cualquiera de las viejas canciones. Por favor, John, canta para mí.

Canté el primer verso de «Ae Fond Kiss», su canción favorita de Robert Burns: *Un cariñoso beso, y después nos separamos, un adiós y para siempre…*. Desvió la mirada con tristeza hacia

dondequiera que mi melodía la estuviera llevando.

—John, a ti te gustaría que yo fuera la misma, pero nunca podré serlo —dijo—. Por eso he estado tan callada y distante en ocasiones.

—Confundes mis deseos. Yo sólo quiero tu felicidad.

Bajó la mirada hacia mí con expresión de dolor.

—John, venimos de mundos diferentes. La felicidad dejó de ser mi objetivo hace muchos años. Ahora sólo deseo tener mi propia vida. Si ello implica que a veces haya de estar sola, no es un precio elevado. Quizá no suponga ningún precio.

—¿Es eso cierto? ¿Tener tu propia vida realmente es suficiente?

—Si fueras mujer, no necesitarías preguntarlo —declaró ella.

—No puedo creer que los hombres y las mujeres sean tan diferentes.

Violeta suspiró.

—John, si estuvieras en mi lugar también llevarías gorro todo el tiempo, sólo para que los hombres no te miraran. Si tuviera que decirte que hay mujeres de mi edad que sueñan con que sus maridos mueran jóvenes para poder ser tal como son, para poder tener su propia casa y amigas, ¿me creerías loca?

—¿Es cierto, Violeta?

Respondiendo con un solemne gesto de asentimiento dijo:

—Vamos… Ven conmigo ahora y te contaré lo que querías oír. Es una historia que nadie, excepto tú, conocerá.

Me llevó dentro y cogió una manta hecha a ganchillo a rayas verdes y doradas del sofá, envolviéndose en ella con fuerza. Nos sentamos uno al lado del otro ante la mesa ovalada y, a la luz de una sola vela, empezó a contarme su vida desde que habíamos sido amigos por última vez. Primero me contó que había trabajado para un velero de Lisboa y vivía en una diminuta habitación sobre el taller, que tenía vistas a la Plaza Graça.

—Era tan feliz de haberme librado de mi madre y mis hermanos que incluso mi soledad era una bendición. Sólo me pertenecía a mí. Y mi pelo —se lo recogió sobre la frente y aspiró su aroma— volvió a crecer. No permitiría que nadie me lo cortara.

—¿Sabes cuánto te quería entonces?

—Lo sabía. Pero no eras más que un chiquillo. Y yo empezaba a ser una mujer.

—Ojalá Daniel estuviera vivo. Él habría podido cambiarlo todo.

Me habría gustado decir mucho más, pero el pasado parecía demasiado peligroso.

—Quizá los muertos puedan ser generosos —observé vacilante —. Tal vez Daniel se alegre de que nos hayamos encontrado de nuevo.

—Tal vez. Pero otros, John… otros pueden no perdonar… Deja que continúe antes de que pierda el valor.

»John, el velero para el que trabajaba era un buen hombre, muy listo y amable. Entonces un día vi a mi tío Tomás en la Plaza Graça. Después, miraba por la ventana de la habitación y de la tienda sólo en raras ocasiones. Me estaba buscando, para llevarme de nuevo a casa. Probablemente le había enviado mi madre. —Se estremeció y se apretó la manta al cuello—. Al cabo de unas semanas me abordó un inglés que me prometió trabajo en una hilandería de lana cerca de Londres. Partí con él. Tío Herbert, le llamaba. Dijo que trabajaría con otras chicas de Portugal y España. Al principio fue muy amable conmigo.

—Pero cuando llegaste a Inglaterra descubriste que te había mentido.

—Sí. Me dieron ropa nueva con muchos adornos y me pusieron a trabajar de prostituta en Hyde Park. Para entonces tenía dieciséis años. No puedo decirte cuántos hombres me pidieron que les llamara «Papá». —Se rió—. Aprendí a decir lo que quisieran: papá, cariño, cielo… En inglés, en francés, en español… ¡incluso en alemán! Sí, aprendí muchas cosas útiles en aquellos años. —Se recostó, aparentemente resignada a cómo le había ido la vida.

—¿No había ninguna oportunidad de escapar?

—Yo creía que sí. En secreto me creía indomable, que nadie podría retenerme mucho tiempo. Estaba segura de que después de haberme librado de mi tío y de mi madre podría recuperar mi vida. Era muy ingenua y optimista. Eso es algo que siempre tuvimos en común, tú y yo. Daniel no. Creo que él nació sabiendo que estaba condenada, lo cual, tal vez, sea la razón por la que se enamoró de mí.

En aquel momento sentí la necesidad de confesar cómo le había traicionado. Sabía que ésta era mi oportunidad, pero cuando intenté encontrar las palabras adecuadas, no hallé ninguna.

—John, no tenemos que hablar de estas cosas —dijo ella

percibiendo mi incomodidad.

—No, quiero hacerlo. Más que nada. Es todo cuanto he anhelado desde que llegué.

—Intenté huir dos veces. Mi proxeneta me pegó tanto que cada vez estuve una semana sin poder caminar. La segunda vez, me ató a la cama e invitaba a hombres a utilizarme… deshonilladores, barrenderos… —Frunció la nariz—. Te contaré un secreto: no me importaba tanto que se desahogaran conmigo cuanto que me dejaran llena de bichos. Después de eso dejé de creer en la historia que yo misma me había fraguado, la de ganar contra todo pronóstico… Escribí una nueva, en la que el triunfo residía en sacar el máximo provecho de mis circunstancias. El destino me había hecho puta. Así que durante cinco años, hasta los veintiuno, a lo único que aspiraba era a complacer a los hombres de Londres. Todos necesitamos una meta sencilla, creo. Un general inglés me dijo en una ocasión que mi actitud hacia mi trabajo era la propia de un soldado. —Soltó una breve y quebrada carcajada—. Lo dijo como un cumplido, John —añadió, molesta porque yo no le había encontrado la gracia—. Pobrecito John, siempre tratando de proteger a Violeta. Por favor, no te lamentes por mí; hacía bien mi trabajo. Se me acaba de ocurrir que en aquellos años que pasé en Inglaterra nunca miraba el cielo nocturno. Incluso llegué a preguntarme por qué me había preocupado tanto por mi tío. Y por qué había soñado con ir a América. —Se levantó. La vela proyectaba una lóbrega sombra en la pared detrás de ella, como si la siguiera—. No, ser una mujer no era lo que yo había imaginado. Pero ¿alguna cosa lo es? Y era mejor que ser una niña, mucho mejor. Verás, John, no puedo ni siquiera decir por qué le asesiné. Me parece imperdonable. Una asesina debería tener una razón muy buena, ¿no crees?

—¿A quién asesinaste? No lo entiendo.

—Necesito un poco de *whisky* —dijo, pasándose la lengua por los labios—. ¿Te traigo un poco?

Una vez hubo llenado nuestros vasos, se sentó inclinada sobre el suyo y bebió como un gato. No dije nada, esperando a que continuara su relato.

—Cinco años después de haber ido a Inglaterra —empezó de nuevo—, desperté una mañana con un hombre acostado en mi

cama, a mi lado. —Bajó la mirada a su vaso, luego removió el *whisky* con el dedo—. Tenía la piel como la leche. Y vello rubio y fino en los brazos. —Se lamió la punta del dedo—. Muchos ingleses son así. Pero cuando desperté a su lado no recordaba nada de él, ni siquiera cómo había llegado allí. Creí que estaba en Oporto y que mi tío se había introducido en mi habitación. Agarré su bastón. Le golpeé con él mientras dormía. Le golpeé hasta la extenuación. —Alzó su arma imaginaria por encima de la cabeza y la descargó dando un golpe con la mano sobre la mesa—. Le salía sangre de la boca y yo seguí golpeándole, hasta que su esposa se quedó viuda y sus hijos huérfanos. Cuando supe que le había matado, no lo lamenté.

—Tú creías que era tu tío Tomás y que él…

—No, no, cuando vi su sangre supe que no era mi tío. Recordé que se llamaba Frederick, y que tenía esposa y dos hijos. Pero seguí golpeándole. Su muerte me complacía.

Se echó hacia atrás y se mordisqueó el pulgar.

—Mi proxeneta me llevó a Liverpool para huir de la investigación. Cambié de nombre y trabajé allí otros dos años… sobre todo en los muelles. —Se levantó para volver a llenar los vasos.

—¿Cómo escapaste de él? —le pregunté.

Se sentó de nuevo y dijo:

—Ten paciencia, John, ahora voy a eso. Un día lluvioso de principios de primavera, una mujer joven y elegante desembarcó de un barco y me preguntó si podía alquilar un coche. Hablaba con un acento que reconocí, así que respondí en portugués. Nos reímos de la coincidencia y acabé acompañándola a su hotel. Se llamaba Manuela Silveira Dias. Tenía exactamente mi edad: veintitrés años. Su esposo era inglés y acababa de llegar de América. Ya vivía en Newcastle-upon-Tyne con sus dos hijos. Ella se había visto obligada a quedarse en Boston y ahora quería contratar a una institutriz. Aquella noche, antes de separarnos, me preguntó si quería el empleo, sin siquiera preguntarme cómo me ganaba la vida. —Violeta me miró con expresión de incredulidad—. Imperdonablemente irresponsable, ¿no crees? ¿Qué sabía yo de educar niños?

—Percibió algo en ti, amabilidad y decisión. Es lo que

percibimos todos.

Violeta se burló.

—No, simplemente creía en la bondad de la gente; un poco como tú, John. También era judía. Sus antepasados habían huido de Lourenço Reis y sus amigos.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que sería su institutriz. Me dio la dirección. La noche siguiente tomé un coche de alquiler desde Liverpool hasta Manchester. A partir de allí cogí una serie de diligencias hasta Newcastle. Sólo con lo puesto. Me trasladé a la casa de Manuela. Mi habitación estaba al lado de la de los niños. —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Tenía una habitación propia, y las sábanas… ¿Recuerdas cuando Daniel se trasladó a casa de la señora Beatriz? «¡Las sábanas son suaves como el musgo!», nos dijo.

Hice ademán de cogerle la mano, pero ella la apartó y se incorporó, tensa.

—Ni la policía ni mi proxeneta me encontraron jamás, aunque constantemente me preocupaba que descubrieran dónde estaba. John, dime una cosa: ¿dónde viven los remordimientos en ti?

Creía que quería preguntarme cuál era mi mayor remordimiento.

—Ojalá hubiera dado consuelo a mi padre. Tal vez todo habría sido distinto.

—No, ¿dónde están dentro de ti? ¿Dónde, John? —Al ver mi expresión confusa dijo—: Los míos en los ojos. Cuando me miro al espejo, veo todos mis remordimientos devolviéndome la mirada, como si sólo estuviera hecha de ellos. Té diré una cosa: la sangre inocente nunca se seca. Y te diré algo que puedes decirle a Medianoche sobre la caza: ¡la culpabilidad es la mejor cazadora! Vivir con los hijos de Manuela llegó a serlo todo para mí. Podía desaparecer en su mundo. Eso es lo que siempre he estado tratando de hacer, de un modo u otro: fundirme en la vida de otro.

—¿Te sigues escribiendo con ellos? ¿Les has visitado aquí?

—Escribí cartas, aunque me dijeron que no lo hiciera. Pero nunca recibí respuesta. Manuela debió de quemarlas.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Violeta suspiró.

—Cuando los niños fueron mayores, Manuela les envió a un

internado. Yo podía haberme quedado en su casa, pero corría el riesgo de confesarme con ella. Habíamos sido como hermanas. No le conté todo lo que te he contado a ti, pero le dije cómo me ganaba la vida e insinué que había hecho otras cosas malas. Cuando terminé, me dijo que hiciera mi equipaje y abandonara su casa de inmediato. Me precipité a su esposo en busca de ayuda, pero él me cerró la puerta. Me puse de rodillas y supliqué, pero no quiso abrirme.

—Debía de ser un hombre duro… rechazarte de ese modo después de todos los servicios que habías prestado a su familia.

—¿Duro? Sólo estaba protegiendo a su familia de una prostituta y asesinos.

—Tú eres mucho más que eso.

—¿Lo soy? —gritó—. ¿De verdad lo soy?

—Para mí, sí.

—¡Para ti! —Me escupió estas palabras—. Tú me ves con ojos turbios por un pasado que desapareció hace mucho tiempo. Ha desaparecido, John. ¡Y la muchacha que yo era está muerta! Entiéndelo bien antes de que sea demasiado tarde para ti.

Se precipitó a la puerta del jardín y allí se volvió, temblando todo su cuerpo:

¡No te atrevas a tratar de consolarme! —Me amenazó con el puño—. Déjame terminar, John, para que nunca más tenga que volver a hablar de estas cosas. —Pasándose una mano por el pelo recuperó la calma en cierta medida—. Dos meses después —dijo—, mientras trabajaba en un burdel cerca del río en Newcastle, el esposo de Manuela mandó recado de que me había encontrado un trabajo como cocinera y ama de llaves en casa de un anciano viudo americano llamado Lemoyne. Sólo podía obtener el empleo con la condición de que nunca buscara a sus hijos. Lemoyne era propietario de una docena de plantaciones de manzanales al norte de Nueva York, junto al río Hudson. —Abarcó la habitación con un gesto de la mano—. Ésta era su casa en la ciudad. Trabajé para él durante cuatro años hasta que murió, hace poco más de dos años. En su testamento dejó las plantaciones a sus hijos. A mí me dejó esta casa y una pequeña pensión.

—Debía de valorar tu ayuda.

—Sí, mi ayuda. —Frunció el entrecejo—. Y otras muchas cosas.

—Cuando llegué, Violeta, parecías asustada. ¿Por qué? ¿Porque

soy un hombre?

—No, John. Creí que la policía me había atrapado. —Meneó la cabeza con aire de desconsuelo—. Una parte de mí siempre ha esperado que me pillaran y me castigaran por todo el daño que he hecho. Cuando te vi sentí que todas las esperanzas latían suavemente por debajo de mi miedo.

—Violeta, te mereces mucho más de lo que tienes. —Me puse en pie y me acerqué a ella, pero me apartó—. Te viste obligada a ejercer la prostitución —dije en tono suplicante—. Fuiste violada y abusaron de ti. ¿Has olvidado cómo te cortaron el pelo?

—Sólo porque lo he dicho. Si hubiera guardado silencio… Fue culpa mía.

—No es cierto —protesté—. No permitiré que digas esas cosas sobre…

Ella se acercó y me dio una bofetada con toda la fuerza que le quedaba.

—¡Vete! —gritó—. ¡Antes de que sea demasiado tarde, márchate! No te quiero aquí. ¿Me oyes? ¡No tengo sitio para ti en mi casa!

Sabiendo que no la dejaría, se dejó caer en mis brazos, sollozando. La llevé a su habitación. Al cruzar el umbral de la puerta preguntó:

—¿Puede alguien despreciable tener derecho a ser feliz… o a encontrar la paz?

—Tú no eres despreciable. No digas eso, por favor.

Ella me acarició la mejilla donde me había dado la bofetada.

—Sólo digo la verdad.

—El hombre al que asesinaste podría ser uno de los muertos generosos, como Daniel. ¿No puedes creer que sea posible?

Abrió los ojos desmesuradamente.

—John, tenía dos hijos. ¿Perdonarías a una mujer que te separara de tus dos hijas?

En su habitación la metí en la cama y la arropé. Cuando se dio la

vuelta, dándome la espalda, recogí su cabello para trenzárselo.

—No, no me toques. Cuéntame una historia solamente.

—¿Ese es el motivo por el que nos echaste a Daniel y a mí aquel día en la Plaza Nueva? ¿Te considerabas indigna de ser feliz?

No respondió. Tal vez porque no me miraba, por fin reuní valor para confesarle mi traición.

—Entonces yo también soy indigno. Porque traicioné a Daniel. Yo… le dije que quizá te marcharías a América sin él. El día que nos separamos para siempre… el último día de su vida. Se alteró mucho. Y estaba borracho. Corrió hasta el río y se cayó. —Violeta se volvió para mirarme a la cara—. Intenté salvarle —gemí—. Nunca en mi vida me he esforzado tanto para conseguir algo. Pero dejé que se ahogara. No era lo bastante fuerte.

—¿Eso has pensado todos estos años? —preguntó ella, incorporándose.

—Sí.

—Oh, John; de todas las personas que querían a Daniel, tú fuiste el que le hizo menos daño. Cuando le dijiste que me marcharía a América, yo ya le había avisado. Él sabía que tenía intención de irme algún día… con o sin él.

—Pero entonces, ¿por qué pareció sorprenderse tanto cuando se lo conté?

—¿No lo entiendes? Debía de suponer que tú no lo sabías. Debió de sentir que yo le había traicionado al contártelo. Fue culpa mía, no tuya.

—Entonces… ¿no le empujé yo al río?

—No, John; Daniel saltó. Y tú no podías hacer nada para salvarle. Sólo yo… sólo yo habría podido hacerlo.

Cerré los ojos y sentí un escalofrío, notando que me abandonaban años de infinita y oculta vergüenza. El mundo había cambiado; Daniel no me había despreciado antes de morir.

La gratitud por este hecho me decidió más que nunca a liberar a Violeta de sus remordimientos.

—Todos merecemos lo mejor —susurré—. Tú, yo, y Daniel. Pero en aquella época teníamos muy pocas opciones. Tampoco podías hacer otra cosa… Nada.

Me dio un beso en cada mejilla y dijo:

—Eres bueno, pero no puedo seguir hablando del pasado. Estoy

demasiado cansada. Perdóname.

Dormí de manera irregular y descendí a una oscura y estremecedora pesadilla en la que me hallaba encerrado en la Torre de Vigilancia durante una espantosa tormenta. Medianoche no estaba a la vista, pero hablaba en su chasqueante lengua en el interior de mi cabeza, como si nos hubiéramos convertido en la misma persona. Cuando desperté, me di cuenta de que parecía que él iba desapareciendo poco a poco —al menos corporalmente— incluso de mis sueños.

Casi a las cinco de la madrugada, volví a vislumbrar a Violeta en el jardín, pero no bajé; no deseaba hacer más difícil la separación para ninguno de los dos.

A la hora del desayuno no pude comer nada. Tomé varias tazas de té y mordisqueé una tostada con jamón simplemente para complacer a Violeta. Ella procuraba hablar de cosas intrascendentes, acerca del tiempo y cosas así. Mi barco zarpaba a las once en punto. A las diez, mi agitación era tanta que tenía ganas de destrozar todas las ventanas de la casa. Pero lo que hice fue ponerme en pie para despedirme.

—¡Pero si te acompaño al muelle! —dijo ella con ansia, como si fuera algo que daba por sentado.

Incluso su estrafalario gorro ahora me gustaba.

—No soportaría despedirme de ti desde el barco —confesé—. Por favor, despidámonos aquí.

La abracé con fuerza hasta que fue capaz de sonreír cuando le hice cosquillas en la barbilla. Las últimas palabras que me dijo fueron:

—John, te aprecio tanto que te salvaré de mí. No debes enamorarte de esta pobre criatura. Y si ya lo estás, te ruego que aproveches este viaje para que tu corazón se aleje de mí.

Dicen que el sufrimiento nos hace duros en la vida, pero en aquellos momentos, escrutando sus ojos verde jade, sentí que a los dos nos destrozaba.

38

La travesía fue lenta y tardamos cinco días en llegar a Alexandria. La ciudad era más rústica de lo que esperaba, aunque se veían muchas residencias hermosas y oficinas. Nunca había visto tanta concentración de negros, y aunque muchos portaban ropa ajada mientras trabajaban como tenderos y obreros, varios individuos con los que me crucé iban vestidos con elegancia. Me pareció que esto era un buen presagio con respecto a Medianoche y me complació ver tales muestras de prosperidad.

Encontré alojamiento en Harper's Boarding House, una mansión de madera en Fairfaix Street, no lejos del puerto.

Mi primer destino después de dejar mis cosas fue King Street, una bulliciosa calle principal que atravesaba la ciudad de este a oeste. Según las cartas del capitán Morgan, aquí era donde el boticario llamado Miller, que había comprado a Medianoche, tenía su tienda antes de morir de la fiebre amarilla. Yo esperaba que algún hijo, hija o esposa pudiera darme información.

Al encontrar la dirección, me enteré de que ahora era la Reading's Estate Agency.

Me senté junto al escritorio de míster Reading y le conté mi historia. Esperando que cualquier dato que pudiera darle me ayudaría a acercarme más a mi meta, mencioné que mi amigo podía haber sido conocido en Alexandria con el nombre de Tsamma, que era su nombre original.

—Tsamma es una clase de melón que crece en el desierto —

observé—. Durante las sequías, las personas y los animales de África beben su abundante jugo.

Míster Reading encendió su cigarro. Envuelto en una nube de humo alzó sus espesas cejas y dijo:

—Una clase de melón.

—Sí, eso es.

Hizo esfuerzos por contener la risa; luego, al fracasar en su hercúleo esfuerzo, se rió con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse de la silla.

Al ver mi desagrado, míster Reading se irguió y dijo con renovada seriedad:

—Lo lamento, míster Stewart. Sólo es que un melón… —Carraspeó—. Bueno, volviendo a su pregunta. Debo decirle que los africanos en general reciben buenos nombres cristianos cuando llegan a nuestro mercado. Su Medianoche puede que ahora se llame Washington, Adams, Jefferson o Jackson.

En cuanto a la familia Miller, el agente inmobiliario jamás les había visto. Hubo un propietario de la casa interino, un carpintero de barcos llamado Barrow, pero no tenía ni idea de dónde vivía míster Barrow o si míster Miller tenía hijos o esposa.

—Bueno —dijo, enviando el humo hacia el techo a través de sus carnosos labios—, ¿su negro tenía alguna cicatriz o marca?

Utilizó la palabra «negro» con tanta facilidad que me sobresalté.

—Nada que yo recuerde, salvo una pequeña mella en la frente.

—¿Estaba marcado?

—Dios mío, espero que no.

—Bien, ¿cómo le describiría?

Era un hombre bajito, de un metro y medio más o menos, con una bonita piel de color bronce y una nariz plana y ancha, muy digno, con…

—¿Nariz ancha y plana, dice?

Cuando se lo confirmé, sonrió. Su grosería me estaba irritando.

—Bueno, míster Reading, ¿qué he dicho esta vez que le provoca tanta hilaridad? —espeté.

—Todos los negros de agua salada tienen la nariz plana y ancha, míster Stewart.

—¿De agua salada?

—De África.

—Míster Reading, todos son de África, digo yo.

—En eso se equivoca, señor. Algunos se crían aquí. En realidad, la mayoría, ya que el comercio de esclavos se interrumpió hace unos quince años por una maldita ley del congreso. La mayoría de nuestros negros nacieron en Estados Unidos. Y me temo, señor, que tendrá usted que proporcionarme una descripción más completa si quiere que le ayude a sacarle de su agujero.

Harto de la tranquilidad con la que míster Reading hablaba tan crudamente de los negros, le di las gracias y me despedí. Pasé el resto de aquella mañana en el combado colchón de mi habitación del hotel dibujando a Medianoche. La tarea resultó mucho más difícil de lo que había creído, sin duda debido al sofocante calor, que me obligó a despojarme de la ropa y sentarme jadeando junto a la ventana para recibir los débiles soplos de brisa que venía del océano.

Mi dibujo captó el lado malicioso de Medianoche, motivo por el cual, supongo, muchas personas a las que se lo enseñé después aquel día dijeron:

—¡Oh, vaya bribón has dibujado!

Al principio me lo tomé como palabras cariñosas. Poco a poco, cuando varios fruncieron el entrecejo con aire de desagrado, empecé a comprender que querían decir algo parecido a un inútil. Me vi obligado a sacar la conclusión de que muchas personas de Alexandria tenían tan poca imaginación que eran incapaces de concebir a un africano animado más que como una afrenta o amenaza.

Inútilmente pasé el resto de la tarde mostrando mi dibujo a más de veinte vendedores de King Street y Washington Street.

Un carpintero parlanchín llamado Friedlander por fin recordó que míster Miller tenía una hija que se llamaba Abigail. Media hora después de nuestra conversación, me localizo en *Halls Dry Gods* y dijo que recordaba que *miss* Abigail Miller Munson vivía en Queen Street. En realidad, ya había confirmado que en aquellos momentos

se hallaba en casa. Anoté la dirección, le di las gracias y me apresuré a ir allí.

La casa de madera de *miss* Munson estaba pintada en agradables tonos crema y rosa. Al responder a mi llamada sonrió con entrañable modestia y me hizo pasar por unas puertas dobles a la sala de estar, ofreciéndome el lugar de honor en un extremo del sofá de color rosa.

Abigail Munson tenía treinta años, calculé yo, aunque las líneas causadas por la preocupación que tenía en la frente me hicieron pensar que su vida había sido dura. Sus ojos eran claros y de expresión amable, y sus movimientos —rápidos pero cuidadosos— indicaban que probablemente era madre de niños pequeños.

Mapas grandes y variopintos de las colonias americanas colgaban de las paredes en marcos dorados, que admiré mientras ella servía café en unas tazas de porcelana vidriada en rojo. Cuando levanté mi taza para mirarla más de cerca, dijo con expresión preocupada:

—Espero que no pase nada.

—No, no… sólo es que hago azulejos y cerámica. Y su porcelana es encantadora.

—Qué amable es usted, míster Stewart, gracias —dijo con su voz cantarina—. Mi esposo importó este juego de Francia para mí. Fue uno de mis regalos de boda.

Miss Munson tomó un sorbito y luego me explicó que míster Friedlander había sido poco sincero conmigo al principio debido a mis modales y acento, los cuales le había descrito como realmente fastidiosos. Después de pensárselo mejor, envió a un ayudante a su casa para preguntarle si podía darle su nombre al escocés. Ella entonces accedió a verme, ya que le agradaba tener la oportunidad de conocer a un extranjero y no tenía nada que ocultar.

—Últimamente, la prensa del Norte nos ha vilipendiado tanto a los del Sur que tendrá que perdonarnos si no somos muy hospitalarios.

—Es comprensible, dadas las circunstancias.

Expliqué el propósito de mi visita y le di las gracias por recibirme. Ella estaba impaciente por echar un vistazo a mi dibujo. Cuando lo desenrollé para que lo viera, exclamó:

—¡Vaya, claro que recuerdo esa cara! Medianoche, dice usted. No creo que mi padre le llamara así. —Miró por la ventana hacia el jardín—. Aunque ahora mismo no lo recuerdo. Samuel; ¡podría ser Samuel!

—En África le llamaban Tsamma. Quizá se lo cambió por un nombre europeo de fonética similar.

Ella se inclinó hacia mí con ojos radiantes.

—Ahora estoy segura, era Samuel. Pero de eso debe de hacer al menos quince años.

—Diecisiete, creo.

—Yo era una niña cuando vino. Mi padre necesitaba un ayudante. Un amigo suyo le sugirió a este hombre, Samuel. Que yo recuerde, era mudo. Fue una sorpresa para todos.

—¿Mudo? No, el hombre que yo busco hablaba muy bien. Al menos cuando…

Habría podido continuar, pero la posibilidad de que los tratantes de esclavos le hubieran cortado las cuerdas vocales me hizo callar con un estremecimiento.

—Comprendo que esto le resulte difícil. ¿Quiere un poco más de café? —me preguntó.

—No, gracias, *miss* Munson, cuando su padre falleció, Samuel fue vendido. Al menos, eso es lo que me dijeron. ¿Sabe adónde lo llevaron?

—Me temo que no.

—¿O quién lo compró?

—No creo que me lo dijeran nunca.

—¿Alguien podría recordarlo?

—Tengo dos hermanos, señor, pero los dos son mucho más jóvenes. No eran más que chiquillos. No creo que lo sepan tampoco. Pero se lo preguntaré.

—Se lo agradecería mucho. —Aunque sonreí, fui incapaz de disimular mi decepción.

—Míster Stewart, lamento haberle sido de tan poca ayuda —dijo con dulzura—. Ojalá pudiera hacer más.

—¿Conoce a alguien más que pudiera haberse interesado por Samuel?

Creo que no. Trabajaba en la habitación trasera del taller de padre. Nadie lo veía.

—¿Y diría usted que estaba animado?

—Sí, creo que sí. Aunque se lo guardaba. Sabía escribir y a menudo lo hacía en un cuaderno. Lo recuerdo muy bien. Una vez me escribió un poema. Aunque no recuerdo qué decía. Era sumamente inusual ver escribir a un negro, como puede imaginar.

—Y el cuaderno en el que escribía… ¿lo tiene usted?

—No, me temo que voy a decepcionarle otra vez. No puedo imaginar adonde ha ido a parar.

—Yo… le enseñé a escribir.

—¿De veras? —sonrió ampliamente—. ¡Qué listo fue usted!

—El listo era él. —Me tapé los ojos con la mano para ocultar mi emoción.

Ella se apresuró a acercarse a mí como para consolar a un niño que se ha caído. En tono implorante dijo:

—Oh, míster Stewart, no importa lo que le hayan dicho, no importa lo que haya leído, no todos nosotros somos insensibles respecto a los esclavos. Yo misma tengo dos buenas amigas de raza negra, más valiosas que cualquier propiedad que pudiera poseer. Han sido una ayuda incalculable para mí a la hora de educar a mis hijos. Míster Stewart, le ruego que lo comprenda. Muchos vemos claramente que la esclavitud está mal no sólo en el caso de los negros sino de todas las razas. Es algo malo.

Cuando se secó la comisura del ojo con un pañuelo de encaje que se sacó de la manga, se me ocurrió que estaba actuando… y lo había estado haciendo desde el principio.

—El comercio de esclavos es algo terrible —declaró—. Lo creo firmemente. Pero es demasiado tarde para nosotros. —Dejó caer la cabeza con aire triste y respiró hondo para calmarse—. La esclavitud ha existido entre nosotros durante estos últimos dos siglos. Sería un suicidio acabar con esta tradición. En el Norte hay industria y toda la riqueza que ésta proporciona. Aquí, con nuestras plantaciones de tabaco y el pequeño puerto, no podríamos seguir adelante sin el trabajo de los negros. Eso es lo que los directores de periódico del Norte no comprenden. —Entrelazó las manos como si

fuera a recitar una ferviente plegaria—. Pereceríamos sin nuestras tradiciones y nuestros valores. Son el arca en la que navegamos. Y sin embargo los del Norte desearían vernos ahogados en un mar de sangre. No creo que un escocés, de una raza que ha sufrido tanto tiempo bajo los ingleses, pueda considerarlo justo.

Miss Munson accedió a enviar recado a mi casa de huéspedes de cualquier información que sus hermanos pudieran proporcionarle. Salí de su casa confuso, preguntándome si algo de lo que había visto y oído había sido auténtico.

Aquella noche llovió a raudales, una cortina oscura y atronadora con fanfarria de rayos. Cerrando los ojos y recordando la primera vez que Medianoche se fue de nuestra casa en Oporto para seguir una tormenta, la preocupación me consumió. Pasé la siguiente hora inclinado sobre mi escritorio, escribiendo de nuevo a mis hijas. Les dije que Alexandria era una hermosa ciudad con un bonito muelle y que me iba bien. También volví a disculparme por abandonarlas y les decía que regresaría lo antes posible. Envolví dos pares de pendientes de plata con filigranas que aquella tarde había comprado en una joyería —rosas para Esther y campanitas para Graça— y las metí con cuidado en el sobre.

Después de imaginármelas luciendo mis regalos, empecé a escribir otra nota, ésta dirigida a mi esposa:

Queridísima Francisca:

> Estoy en una tierra donde no conozco a nadie y me asedian las dudas. A los americanos lo que más les gusta es mentirme o ridiculizarme, y a veces no tengo ni idea de cuáles son sus intenciones. En mis pesadillas soy incapaz de comprender a Medianoche, o ni siquiera a mí mismo. Una vez me dijiste que irías conmigo adonde fuera, y me gustaría que ahora estuvieras aquí conmigo. Pero tenemos tan poco poder para proteger a los que amamos. Ahora lo veo con más claridad que nunca, y es lo que más me asusta cuando despierto por la mañana. Entonces siento…

Al hundir mi pluma en el tintero me pareció inútil añadir más líneas a una carta que nunca sería enviada o leída. Arrugué lo que había

escrito y lo acerqué a mi pedernal, luego lo arrojé a la chimenea y observé las llamas separarme una vez más de Francisca.

A la mañana siguiente, la propietaria de la casa de huéspedes, *miss* Van Zandt, sugirió que llevara mi dibujo de Medianoche a la Cárcel de los Esclavos, desde donde cada año miles de negros eran transportados a Charleston y otras ciudades del Sur.

—Aunque si busca un negro para usted —me confió— es mejor que vaya a una subasta particular; los precios son mucho más razonables.

Esperaba una cárcel de proporciones colosales, pero sólo era un edificio de ladrillo de tres pisos pintado de un marrón polvoriento. Sus patios laterales quedaban encerrados por altas paredes encaladas en cuya parte superior había clavados fragmentos de cristal de aspecto horrible. Aunque no podía ver por encima, pues medían unos buenos tres metros de altura, oía las conversaciones apagadas de los negros que aguardaban ser enviados a otra ciudad y el fuerte ruido de gruesas cadenas.

Un hombre esbelto y canoso, con pantalones a rayas, estaba de pie en el umbral de la oficina, cortando una manzana a rodajas con un cuchillo corto. Me presenté y me dio su nombre: Coleman. Me ofreció generosamente un pedazo de su fruta, el cual acepté. Inventé entonces una historia sobre Medianoche con intención de provocar una reacción más positiva que la que había recibido de míster Reading. Buscaba a un antiguo criado mío que acababa de heredar varios cientos de dólares de su padre, un negro liberto que había estado empleado en mi casa de Nueva York. El hombre al que deseaba encontrar había sido esclavo en Alexandria, pero fue vendido a otra parte unos diecisiete años antes. Habría una recompensa de cincuenta dólares de plata para cualquier persona que pudiera conducirme a él. Le pregunté si podía mostrarle mi dibujo a míster Coleman. Señaló con su cuchillo hacia uno de los patios laterales.

—¿Sabe cuántos negros he vendido en Alexandria en los últimos

diecisiete años? Calculo que unos cincuenta mil o más. Así que, míster Stewart —y entonces entrecerró los ojos como si le molestara la luz—, no creerá realmente que soy tan tonto como para recordar a su Medianoche, ¿verdad? —Sonrió con malicia.

—Sólo esperaba que tal vez le reconocería.

—Esto no es un asilo, ¿sabe?

—Si me hiciera el favor de echarle un vistazo tan sólo —insistí, desenrollando mi dibujo.

—Un feo granuja —dijo míster Coleman, cortando otra rodaja de manzana. Entonces dirigió la mirada hacia el cielo, sin ninguna prisa por hacer algún otro comentario. La malicia bailaba en sus ojos cuando volvió a mirarme—. ¿Sabe por qué?

Al hacer gestos de negación con la cabeza dijo:

—¿Sabe algo de pavos, míster Stewart?

—Nuestra vecina tenía un pavo llamado *Marigold*, cuando yo era pequeño. Era… —estaba a punto de decir «adorable» pero me di cuenta de que se burlaría de mí. Dije, en cambio, de un modo bastante necio—: era muy grande.

—Bien, míster Stewart, cuando llueve, su *Marigold* y todos sus amigos apuntan la cabeza hacia el cielo y abren el pico. Son tan tercos y estúpidos que pueden llegar a ahogarse. —Señaló hacia el patio—. Los negros no tienen más sensatez que los pavos. Se lo puedo asegurar. Ayer, con lo que llovió, un tipo se nos ahogó en el fango. No me pregunte cómo. Así de estúpidos son. Me hizo perder seiscientos dólares o más. Así que, míster Stewart, para mi negocio es mejor que haga sol. Y es mejor para usted que se olvide de su Campana de Mediodía. Hace tiempo que se marchó. Probablemente se ahogó en el barro en algún sitio.

39

Mi encuentro en la cárcel de esclavos me dejó tan intranquilo que me marché a toda prisa, furioso, hacia un horizonte de árboles que había a lo lejos. Pronto llegué a un barrio donde vivían familias negras solas, en casas bajas y cuadradas separadas por terrenos plagados de maleza. Dos chiquillas —de no más de cuatro y siete años, diría yo— estaban jugando un poco más allá; la mayor hacía rodar un oxidado aro de metal y la pequeña patinaba. Las dos lucían bonitas cintas de color de rosa en su cabello de apretados rizos. Me di cuenta con sobresalto de que no había visto a ningún blanco en varias manzanas. Además, varios negros sentados en porches me miraban fijamente, y ahora incluso una de las niñas.

Me encaminé hacia las ninfas. Sonriendo dije, quizá con demasiada impaciencia:

—Vaya, qué muchachitas tan adorables. ¿Sois hermanas?

Ellas se miraron, seguramente desconcertadas por mi acento. La más pequeña dejó caer una piedra lisa y blanquecina que llevaba escondida en la mano. Luego, la mayor se puso a chillar a pleno pulmón. Alcé las manos con gesto rápido para protegerme los oídos mientras ella agarraba a su hermana de la mano y echaron a correr. Corrieron hasta una vieja casa inclinada parcialmente oculta tras un ancho roble, a unos cincuenta pasos. Una vez llegaron a la seguridad que les ofrecía el porche, la mayor se inclinó por encima de la barandilla y me miró con dureza. Su hermana pequeña, que se chupaba el pulgar, miraba con curiosidad.

Al cabo de un momento, una mujer de anchas caderas que portaba un pañuelo azul en la cabeza salió a toda prisa por la puerta delantera. La niña mayor me señaló como si fuera un

bandido.

—Señora —grité—, sólo he preguntado a las niñas si eran hermanas.

La mujer hizo varios gestos furiosos con la mano. Después, recogió a sus hijas y entraron en la casa, cerrando la puerta con un golpe.

—Se ha hecho enemigo de tía Carolyn Gold, así que se ha metido en un buen lío.

Cuando me di la vuelta hacia la voz, me quedé boquiabierto. De pie en el desvencijado porche de una casa encalada apareció una anciana en pantalones y un chaleco tejido en casa, con los hombros desnudos y el vientre completamente visibles. Habría dicho que tenía unos setenta años, ya que tenía el pelo gris e iba encorvada; sin embargo, sus ojos negros vidriosos eran jóvenes y sus mejillas suaves como el terciopelo. La encontré asombrosamente hermosa, pero asimismo alarmante, como si se hubiera materializado procedente de un sueño largo tiempo olvidado.

—Le hará un buen hechizo, muchacho, tan fuerte que mirará hacia arriba para mirar hacia abajo. Una vez hundió un barco en el puerto, y cuatro hombres no podrán decirnos qué sintieron porque sus bocas jamás ascenderán a la superficie.

—Supongo que debería disculparme con ella.

—¿Disculparse? ¿Con esa bruja?

Frunció el entrecejo y se dio un palmetazo en la oreja para ahuyentar a una mosca.

—Ven aquí, muchacho —dijo, apiadándose de mí y haciéndome señas—. Necesitarás mi ayuda.

Tras arrodillarme para recoger la piedra pulida que había dejado caer la menor de las niñas, me dirigí hacia las escaleras del patio. Ella emitió un silbido y me miró con admiración.

—Eres alto, muchacho, ¡muy alto! Soy Mary Wright. Pero casi todo el mundo me llama Moon Mary. Menos mis hijos.

Le dije que me apellidaba Stewart, pero le pedí que me llamara

John.

—Si no le importa, voy a evitar que el diablo me regañe y le llamaré míster Stewart.

Deposité la piedra blanca sobre la barandilla de su porche y le pedí si le importaría devolvérsela a la hermana menor, explicando que se le había caído.

Moon Mary la cogió y la oliscó.

—¿Ha guardado esto para ella? ¿Por qué le importa lo que esa niña deje en una calle de negros?

—A las niñas pequeñas se les caen cosas e invariablemente desean volver a tenerlas. Lo sé… tengo dos hijas.

—Tiene problemas, muchacho. Porque no hay que tener mucha vista para saber que está muy lejos de casa, y ha hecho que esa bruja de Carolyn Gold le haga un fuerte conjuro, y ella no es nada amable con nadie que asuste a sus princesas. Ahora bien, no suelo mezclarme en los asuntos de los demás, pero como veo que está en un apuro, y viendo que le ha devuelto esa piedra… Espere aquí, muchacho. —Me señaló con un dedo torcido—. Y no vaya por ahí asustando a nadie más.

Entró en su casa, caminando un poco como un pato, y volvió a salir momentáneamente con una jarra marrón y blanca que contenía una pinta de líquido verde.

—Beba esto —dijo, entregándome la jarra. Cuando le pregunté qué era, espetó—: Beba y no pregunte, muchacho. No está envenenado. ¿O preferiría ayudar a Carolyn Gold quedándose sin hacer nada? Porque a esa bruja no le importa si usted hace que su hechizo le haga efecto más fácilmente.

Me llevé su brebaje a los labios. Tenía un gusto agrio. Ella resopló al ver mi reticencia.

—La tozudez le hace a uno prisionero, muchacho. Bien, sólo es limonada y menta y algunas otras cosas más. Ningún hechizo puede superar mi medicina una vez se ha tomado.

Estaba azucarada, y tal vez había también un poco de pimienta. Me ardía la garganta.

—Bueno, no estaba tan mal, ¿verdad, míster John?

—No, en cierto modo era bueno —dije por cortesía.

Cuando observé que ahora utilizaba mi nombre de pila, me espetó:

—¡No importa! —me cogió la mano y me hizo dar cuatro vueltas, murmurando para sí lo que debía de ser alguna lengua africana. Por último, me hizo inclinar delante de ella y me apretó un dedo en la frente. Más tarde descubrí allí una mancha de ceniza.

—¿Se ha perdido, míster John? —me preguntó entrecerrando los ojos—. Porque no cabe duda de que tiene aspecto de estar perdido.

Le conté lo ocurrido en la Cárcel de Esclavos, lo que me obligó a explicar mi búsqueda de Medianoche. Cuando hube terminado, se pasó la lengua por los labios como si saboreara algo bueno y dijo:

—Le encontrará. Estoy segura. —Cuando le pregunté por qué, respondió—: Porque tiene un agujero en usted. Por eso no abandonará la búsqueda.

—¿Y si Medianoche hace tiempo que ha muerto?

—Le diré una cosa, míster John: la gente encuentra lo que tiene que encontrar, si sabe a lo que me refiero. Así es la vida. —Se dio unas palmadas en el vientre y dijo—: Si no le importa que lo diga, lo está haciendo mal, muchacho… preguntando en King Street y en esa horrible cárcel. Los blancos no sabrán dónde está su amigo Medianoche. Tiene que preguntarnos a nosotros, donde vivimos.

—Este barrio suyo… ¿sus propietarios les dejan vivir aquí a cambio de cuidar de sus casas?

—Aquí somos libres. Esto es el Bottoms. —Para mi asombro, explicó—: Es sencillo, muchacho. Algunos compramos nuestra libertad. A otros se la dieron sus amos.

—¿Cómo la compraron?

—Con el trabajo que hacemos los domingos.

—¿Y esta casa es de su propiedad?

—Se la compré a los cuáqueros. Son los únicos que nos ayudan.

—¿Y son ustedes completamente libres?

—Bueno, no sé si «completamente». Tengo los papeles, claro, pero ¿cómo puedo ser completamente libre si mis hijos no lo son? ¿Conoce a alguna madre negra que alguna vez sea libre así?

Me contó que de sus tres hijos, sólo el hijo mayor, William, había escapado a la esclavitud. Había huido a Boston, donde trabajaba de tonelero. Hacía cuarenta y tres años que no le había visto y no había tenido noticias de él en quince años. Sus hijos menores, una niña y un niño de pecho, habían sido vendidos a un tratante de esclavos local, que se los había llevado a Charleston.

—Ahora podrían estar ya en Nueva Orléans —dijo.

—Si no ha podido encontrarles allí, ¿qué probabilidades tengo yo de encontrar a Medianoche?

—Oiga, míster John. Un blanco con memoria… —Silbó fuerte y meneó la cabeza—. Un blanco con memoria es una criatura poderosa. Puedo ver ahora que tiene a Medianoche dentro de usted. Está ahí. Le está protegiendo contra los que son como Carolyn Gold y todo lo demás. Le veo claramente.

Imaginé a Medianoche dándome el calor de su cuerpo cuando estuve enfermo por culpa de la Hiena.

Entonces la mujer dijo algo que jamás olvidaré:

—No se preocupe, míster John. La parte izquierda de Medianoche está en usted. Y usted ha emprendido un viaje sagrado para encontrarle. Tan cierto como que iría a Jerusalén a ver al propio Jesús.

Así que aquella tarde acabé mostrando mi dibujo por todo el barrio llamado Bottoms. Los residentes con los que hablé se mostraron amistosos, pero no le reconocieron. Acalorado y sudoroso, regresé a la casa de huéspedes, donde me mojé de la cabeza a los pies y me afeité.

Después de dormitar un poco, me desperté con las moscas que zumbaban en círculo junto a mi cabeza como si buscaran un medio de entrar en mis orejas. La luz del exterior parecía neblinosa. La puesta de sol era dorada y rosada. Pronto las campanas dieron las ocho. Me pregunté si siempre me sentiría tan solo en América. Después bebí el agua que me quedaba en el vaso y salí para visitar una taberna en el puerto, esperando que la fresca brisa me devolviera mi energía. Frente a una tienda de ropa en Prince Street me abordaron dos hombres blancos, el mayor vestido con una elegante camisa con volantes. El más joven de los dos era pálido y rubio, y tenía unos vivos ojos azules. Sólo era un muchacho, seguramente de no más de veinte años.

—Usted debe de ser Stewart —dijo el hombre mayor con

seguridad.

Me di cuenta con alivio de que debía de haberles mandado Abigail Munson con alguna información sobre Medianoche. Sonriendo con gratitud respondí:

—Sí, lo soy. Y usted debe de ser uno de los hermanos menores de *miss* Munson.

Le tendí la mano, pero él no la cogió.

—¿Ha hecho planes para marcharse ya de Alexandria? —preguntó con brusquedad.

—No, señor, todavía no. Y si me disculpa… —Me levanté un poco el sombrero.

El hombre mayor alargó un brazo para detenerme.

—Jim, será mejor que le des un aviso —dijo al joven.

Al oír eso Jim me dio un puñetazo en el estómago. Casi sin aliento, caí de rodillas. Un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza me hizo dar con la cara en el empedrado. No sé cuánto tiempo permanecí sin conocimiento, pero recuerdo que un amable caballero blanco acudió a socorrerme y me ayudó a ponerme en pie. Mis agresores hacía rato que habían huido. Aunque la cabeza me palpitaba, negué sentir ningún malestar y di gracias por no haber sufrido ningún daño permanente.

A pesar de que me sentía un poco mareado, me dirigí penosamente a una taberna del puerto, donde me tomé una botella de Madeira de mala calidad. Después, regresé a mi hotel dando tumbos, con la esperanza de que el sueño me librara de mi sentimiento de derrota.

Por la mañana aún me sentía frágil y comí pan y tomé leche caliente en una cafetería cercana. Al regresar, *miss* Van Zandt me informó de que en el jardín me esperaban dos visitas.

—Uno es un tipo negro, así que tendrá que recibirle fuera. Lo lamento, pero éstas son mis reglas. —Me miró con irritación, visiblemente enojada.

De pie en un patio de ladrillos, en la parte posterior de la casa,

se hallaba un hombre de color de anchos hombros vestido con un bonito abrigo de terciopelo negro. Le hablaba en susurros un hombre blanco mayor, delgado, que llevaba unos gastados pantalones y camisa de hilo. Sonrieron cuando me acerqué, como si realmente verme fuera un alivio para ellos. Al hombre negro le faltaba el lóbulo de una oreja, y sus ojos eran como lunas amarillas. Se presentó como Hussar Morgan, y me estrechó la mano con fuerza. El hombre blanco se llamaba John Comfort.

Ellos ya conocían mi nombre.

—Les pediría que me acompañaran a mi habitación, pero *miss* Van Zandt no lo permite —dije en tono de disculpa.

—Conocemos sus normas —declaró míster Comfort—. La paciencia es una virtud importante en Alexandria, como sin duda ya os habréis dado cuenta.

Al ver mi sorpresa al oír su anticuada forma de hablar, explicó que era cuáquero.

—¿Me permite ver vuestro dibujo de Samuel? —pidió míster Morgan—. Creo que es posible que le conozca.

Tras ir a buscar mi dibujo a mi habitación, lo desenrollé con impaciencia para que lo viera. Lo estudió sólo unos segundos, y entonces dijo con seguridad:

—Sí, señor, es Samuel.

—¿Alguna vez habló de mí? ¿De John?

—No, lo siento, el hombre al que conocí era mudo.

—Es usted la segunda persona que me dice eso, señor.

Pero a menos que sufriera algún terrible accidente, sería imposible.

—Míster Stewart, le aseguro que jamás habló en mi presencia.

—Le creo. Sólo es que… ¿un tratante de esclavos le habría podido cortar las cuerdas vocales?

—No, no lo creo. No tenía ninguna cicatriz en el cuello.

—Gracias a Dios. Dígame, ¿estaba animado?

—No le conocí bien. Parecía… cómo expresarlo… parecía resignado. No estaba triste, pero si fuera un hombre religioso —prosiguió, mirando a míster Comfort—, diría que le faltaba una parte de su alma.

—¿Y sabe usted qué se hizo de él?

—Cuando míster Miller murió, Samuel fue vendido a un tratante

de esclavos, un lugareño llamado Burton, que trabajaba para un tratante de Baltimore llamado Woolfolk. Míster Burton murió… debe de hacer más de diez años. Me dijeron entonces que Samuel había sido obligado a subir a un barco que iba a Charleston.

Pregunté:

—¿Cómo le conoció, míster Morgan?

—En aquella época yo era jardinero de una familia adinerada. Samuel me ayudaba los domingos. Le gustaban mucho las plantas y las flores. Y luego, cuando ocurrió esto —señaló con el dedo el lóbulo de la oreja que le faltaba—, me trató la herida.

—¿Sufrió usted algún accidente, señor?

Míster Morgan se rió y dijo que era una historia sin importancia que no valía la pena repetir. Su amigo cuáquero respondió de modo críptico:

—En la ciudad de Alexandria se producen muchos accidentes — y no dijo más.

—Y si disculpa mi curiosidad, ¿cómo se enteró de mi presencia en su ciudad?

—Ha sido Moon Mary —respondió míster Comfort—. Me ha pedido que os ayude. Y Hussar es un buen amigo.

Míster Morgan me devolvió el dibujo.

—Si puedo hablar claramente, señor, aquí no está seguro. La gente dice que es usted un malhechor inglés y un ferviente oponente al comercio de esclavos.

Cuando expliqué mi ascendencia, míster Comfort dijo:

—Escocés o no, me he tomado la libertad de reservaros un camarote en un barco que parte esta misma mañana hacia Charleston. Y os suplicaría que pensarais en partir lo antes posible.

—Si Medianoche no está aquí, no hay nada que me retenga. Gracias por buscarme. —Entregué a míster Morgan y a míster Comfort una tarjeta a cada uno en la que había escrito la dirección de Violeta.

—En el caso de que se enteraran de algo más acerca de Samuel, les ruego que me envíen una carta a casa de esta amiga.

—Puede que encontréis a Samuel en Charleston —me indicó míster Comfort amablemente.

Míster Morgan secundó este deseo, me estrechó la mano y añadió:

—Y puede que descubra que ya no es mudo.

40

ESTÁS MUERTO AUNQUE ESTÉS VIVO

Después de que mi papá desapareciera y el amo Edward Roberson me hubiera secuestrado de River Bend en marzo, hizo que algunos hombres blancos me llevaran a la infernal plantación de algodón de su hermano. Estaba en el interior, cerca de Columba, y allí mis dedos sangraron durante los siete meses más lentos de la historia. Aquellos días y aquellas noches estaban hechos de cálida melaza. Y tenían todo lo malo pegado en ellos, incluida yo.

Trabajé durante las primeras tres semanas de la época de la cosecha, hasta principios de septiembre. La mayor parte del tiempo olía como una mofeta —y también tenía la mente turbia— porque papá se había marchado y mamá había muerto. Y ocuparse del algodón es aún peor para el espíritu que para la espalda.

Aprendí que la tristeza puede ser tan poderosa que te posee aún más que el Amo.

El Amo Edward me llevó allí porque creía que mi papá podría esperar un par de meses a que las cosas se calmaran y luego volver a River Bend a rescatarme.

Supongo que yo no podía comprender por qué mi traslado a aquella plantación iba a desbaratar para siempre los planes de papá. Suponiendo que aún estuviera vivo y tuviera planes. Porque seguramente descubriría dónde me encontraba si iba a River Bend y preguntaba a cualquiera de los esclavos. Pero no imaginaba que Edward fuera tan perverso como era. Con lo que hizo se superó incluso a sí mismo. Porque llamó a todos los esclavos de la casa y los campos y les anunció con voz solemne que me habían sacado

apresuradamente de la Casa Grande por la noche para llevarme a un hospital de Charleston temblando «como un pequeño grillo». Luego, tres días más tarde, todos con la frente arrugada por la preocupación y Lily con aquella cruz de latón al cuello como si contuviera mi vida, Edward fingió la expresión más apenada que había puesto en su vida y dijo a todo el mundo que yo había muerto de fiebre intermitente.

Habría sido agradable que hubieran puesto un poco de suave terciopelo en el interior de mi ataúd, pero tuve que conformarme con una caja de pino. Mis amigos me dejaron en el suelo en el cementerio de los esclavos en *Christmas Creek*. En el interior de mi ataúd, el Amo Edward debió de poner mi peso envuelto en ropa sucia y quizá también un poco de queso rancio, porque más tarde todo el mundo me dijo que olía tan mal que Crow y algunos otros tuvieron que taparse la nariz. Edward se negó a levantar la tapa, que se cerró con clavos, porque dijo que mi cuerpo estaba horriblemente corroído por la enfermedad.

Este plan funciono tal como él esperaba, porque unos dos meses después, una noche, un hombre mulato entró a hurtadillas en River Bend cuando el Amo Edward estaba jugando en Charleston y preguntó por mí. Dos esclavos del campo le dijeron que había muerto de fiebre intermitente y que ya me habían enterrado.

El mulato entró y salió en un instante, como una sombra a la puesta de sol.

Yo esperaba que mi papá aún estuviera cerca y hubiera podido enviar a alguien para sacarme de allí, o, si estaba en el Norte y ganaba un salario, pagara a alguien para que viniera a rescatarme.

El Amo Edward me hizo volver a River Bend a mediados de septiembre. Supuso que mi padre, si se escondía en algún sitio, ya se habría enterado de mi muerte. Se veía en el brillo de sus ojos cuánto malévolo placer le producía pensar que había engañado a todo el mundo.

Al cabo de un par de semanas de estar en River Bend, incluso

me dejó volver a ir a Charleston a efectuar nuestro comercio y comprar plantas.

Deberían haber visto las caras de todos cuando regresé a River Bend y bajé del carruaje enfrente del pórtico. Lily salió corriendo de la cocina, chillando.

—¡Niña Morri, niña Morri!

Cayó de rodillas murmurando plegarias, dando las gracias al Señor por devolverme a la vida. Luego me envolvió en su gran abrazo de siempre, besando alternativamente a mí y su cruz. Cuando me soltó, Weaver se me quedó mirando como si fuera un fantasma. Le cogí la mano, y él soltó una de sus grandes carcajadas, poniéndome a horcajadas sobre sus hombros como si fuera una niña pequeña. Cuando por fin me bajó y dejó de reír, me preguntó cómo era el cielo y si era bonito.

—¿El cielo? —pregunté—. El cielo no tiene nada que ver con la parte central de Carolina del Sur, que yo sepa. Si es así, la próxima vez prefiero ir al infierno.

Más tarde, cuando estuvimos solos en el pórtico, Weaver me dijo algo que me pareció muy inteligente:

—Supongo que cuando los blancos dicen que has muerto, estás muerto, aunque estés vivo.

Creo que la verdad puede introducirse en uno lentamente, igual que la tragedia. Porque una vez en casa tardé otros cuatro meses en darme cuenta de que marcharme de River Bend no era todo lo que quería. No, señora. No cuando el Amo Edward podía decidir que alguno de nosotros había muerto, en el momento en que él quisiera.

Tuve ideas mucho más ambiciosas cuando celebramos el sesenta y cinco cumpleaños de Lily. Aquella tarde, Edward el Gallito dio un bocado en la rodaja de pastel que le habíamos guardado y se rompió un diente con un fragmento de cerámica. Por los gritos y golpes que daba por toda la casa supimos que iba a cumplir sus amenazas y encontrar otra cocinera.

—¡Siempre he dicho que iba a envenenarme, esa negra con cara

de ciruela! —no paraba de gritar.

Podría haber hecho azotar a Lily, pero ella huyó corriendo y se escondió en *Christmas Creek* hasta que él se calmó.

Cuando al día siguiente le pregunté a Lily por su torpeza, señaló sus ojos.

—¿Están cada vez peor? —pregunté.

—Niña Morri —dijo, masticando con las encías—, apenas veo más que formas con el izquierdo. Pero el derecho aún está bastante bien, creo. Ahora me harás una prueba.

Me alejé cinco pasos de ella y le pregunté cuántos dedos le mostraba. No le mostraba ninguno. Ella entrecerró los ojos un momento y dijo:

—Tres.

—Parece que el ojo derecho bueno es el único que ve, está claro —respondí alegre.

Así que no me sorprendió que un día llegara una cocinera nueva. Tenía unos veinticinco años, diría yo, delgada como una brizna de hierba, con una gran sonrisa que te producía cosquillas. Enseguida me cayó bien. Es cierto que hablaba demasiado, pero era muy observadora. Llegó a la conclusión de que lo único que Lily necesitaba era un par de gafas adecuadas y podría seguir cocinando otros diez años más. Marybelle tenía buen corazón, y soportó todas nuestras mezquindades aquellas primeras semanas sin proferir una sola queja. La tratábamos mal porque había venido para sustituir a Lily, como comprenderán.

Cuando uno piensa que ya había tenido dos hijos y que los dos habían sido llevados a la fuerza Dios sabe dónde, se comprende lo fuerte que era aquella muchacha para seguir levantándose de la cama cada día. Nunca le preguntamos dónde estaba su marido. Algo en su cara nos decía que no lo hiciéramos.

Cuando pregunté al Amo Edward si podía llevar a Lily a Charleston a comprar las gafas que necesitaba para impedir que nos matara con trozos de cerámica, me miró como si estuviera mal de la cabeza.

—¿Comprar gafas a Lily? Morri, no voy a gastar un penique más en esa vieja puerca ahora que está Marybelle, con todo el dinero que he gastado sin ninguna garantía.

«¿Ninguna garantía de qué?», quería preguntar, pero estaba

enfadado y me quedé callada.

Crow y yo reconstruimos la respuesta a esa pregunta por todo lo que él había oído a escondidas en la sala de estar. Y de lo que nos enteramos fue de que había una complicación con la compra de Marybelle. Ya entonces podíamos haber sospechado que algo iba a ocurrir, pero supongo que como ella aún era tan nueva para nosotros todavía no teníamos en cuenta su bienestar.

El Amo Edward había pagado quinientos cincuenta dólares por ella a un plantador llamado Philip Fiore, pero míster Fiore había sellado la venta sin lo que Edward llamaba «ninguna garantía en cuanto al buen estado de la muchacha». Esto era debido a que él también la había comprado sin esa garantía. No es que pensara que era mercancía estropeada. No, señor. Él juraba que gozaba de buena salud salvo por el reumatismo que tenía en el hombro izquierdo.

Pero menos de seis semanas después de que Marybelle empezara a trabajar en la cocina, hacia la época en que dejamos de mostrarnos frías con ella por venir a sustituir a Lily, empezó a quejarse de dolores de vientre. Yo la traté con infusiones que la ayudaron un poco, pero no eran suficientes. Lily creía que tal vez estuviera embarazada, pero ella negaba haber yacido con un hombre en los seis meses anteriores.

Miré a Weaver cuando ella nos dijo eso, porque él era muy cariñoso con ella. Él se apresuró a hacer gestos de negación con la cabeza para indicar que no había estado con ella de ese modo, aunque vi que tenía intención de hacerlo. Era un bribón nato.

Marybelle se trasladó conmigo, a mi pequeña habitación lateral junto a la cocina, para poder cuidarla. Sufría casi todo el tiempo algo horrible y apenas dormía. No sé cómo, pero siguió cocinando para el Amo Edward, *mistress* Kitty y los niños. Era muchísimo más fuerte de lo que parecía, se lo aseguro.

Edward el Gallito por fin creyó que sería mejor hacer algo drástico si quería salvarla. Llevó a Marybelle al doctor Lydell de Charleston. La llevó a otro médico y luego a otro. Para cuando todos esos hombres blancos hubieron terminado de pincharla y palparla, habían transcurrido dos días desdichados y ella suplicaba ir a casa a tomar alguna de mis infusiones. Finalmente, tras mucho tira y afloja, aquellos médicos dijeron a Edward que tenía dos tumores cirrosos del tamaño de una naranja en los ovarios.

Nadie de por aquí sabía qué era un tumor cirroso, pero si eran grandes como naranjas sabíamos que Marybelle no iba a estar con nosotros mucho tiempo.

El doctor Lydell dijo al Amo Edward que los tumores de Marybelle debían de haber empezado a crecer en ella hacía un año al menos, a juzgar por su volumen. Lo cual significaba que cuando la compró a Philip Fiore ya hacía un tiempo que los tenía.

—¡Ese hijo de perra de Fiore! —explotó el Amo Edward—. Me devolverá mi dinero o le mataré.

No, no estaba dispuesto a pagar quinientos cincuenta dólares por una cocinera negra con naranjas podridas dentro.

Pero cuando pidió que le devolviera su dinero, míster Fiore insistió en llevar a la pobre Marybelle a ver a otros dos médicos elegidos por él. Vinieron a River Bend tras examinarla de arriba abajo para decirle a Edward lo que habían descubierto. Como míster Fiore era quien les pagaba, nadie se sorprendió mucho al enterarse más tarde por Crow de que habían jurado que los tumores eran recientes. Aunque no fuera así, ellos afirmaban que nadie podía estar seguro de cuánto tiempo habían estado en Marybelle sin hacer lo que ellos llamaron una «disección patológica». Y así el Amo Edward no pudo reclamar su dinero. A menos que…

—A menos que —pasó a sugerir Edward el Gallito—, que ustedes hagan la disección. Entonces verán que tengo razón.

Escuchamos a Crow contarnos la acalorada discusión que mantuvieron entonces y la decisión que tomaron. Iban a zanjar el asunto abriendo el vientre de Marybelle y mirando dentro. Después la coserían y la mandarían a casa.

Tal vez no éramos lo bastante malos para comprender. Porque resultó que no podían dejar las naranjas dentro de Marybelle. No, señora, tenían que sacárselas para inspeccionarlas.

En lugar de tener que operar mientras Marybelle chillaba y armaba un escándalo, decidieron que sería mucho mejor «liberar a la pobre muchacha negra de su desdicha».

Hasta que la hubieron asesinado no nos enteramos de lo que habían hecho con Marybelle. Probablemente fue arsénico, ya que ésta es la palabra que Crow oyó emplear al doctor Lydell, aunque Crow lo llamó «sénico», sin saber lo que era.

La diseccionaron cuando aún estaba caliente, según el doctor

Lydell. Un cirujano de cada bando de la discusión trabajó en el vientre de la muchacha con un cuchillo. Marybelle tenía que estar caliente, compréndanlo, para poder sacar los tumores en buen estado. Cualquiera que sepa algo de medicina lo sabe, dijeron al Amo Edward.

Al final, ambos bandos estuvieron de acuerdo en que los tumores extirpados a Marybelle estaban muy bien formados y habían creado demasiadas pequeñas protuberancias en su vientre para haber estado allí sólo un par de meses. Así que al final míster Fiore tuvo que devolver al Amo Edward sus quinientos cincuenta dólares, aunque le permitieron deducir el dólar y medio que costó llevarse el cuerpo desgarrado. Había que deshacerse de él en un lugar especial, porque estaba lleno de arsénico.

El Amo Edward se mostraba muy satisfecho consigo mismo y todo aquel día paseó por River Bend con una amplia sonrisa, desplegando en abanico los billetes y golpeándose con ellos la otra mano.

Una semana después le pregunté de nuevo si podía llevar a Lily a la ciudad a comprar unas gafas nuevas, y esta vez accedió. Pero no iba sólo para eso. Esta vez no. Porque tras descubrir que Marybelle había sido abierta en canal estando aún caliente, tuve lo que papá llamaba un sueño-Mantis. Aquella misma noche. En él, vi lo que había que hacer y por qué todo el mundo tenía que venir conmigo.

41

IGUAL QUE MAMÁ Y PAPÁ

Aún no sabía cómo iba a hacer lo que iba a hacer, y a quién podría pedir ayuda. Quizá todavía no había hecho nada, pero la noche siguiente, en el porche, Weaver se sentó conmigo.

—Lo que hicieron con Marybelle estuvo muy mal, niña Morri.

—Sin duda, Weaver.

Después nos quedamos en silencio, ponderando los dos la justicia, supongo. Siempre me he sentido cómoda con Weaver, como si fuera un tío. Me dio unas palmadas en el muslo y dijo:

—¿Sabes, muchacha?, si tuviera una pistola en la mano ahora mismo, la usaría. Juro por el cielo que la usaría bien.

—Entiendo que lo harías, Weaver.

—Primero pondría bajo tierra al Primo Edward. A quince metros. En segundo lugar, iría directo a Charleston y metería balas en todos esos médicos. Les diría: «Esto es un regalo de Marybelle». También podría hacerlo. Tu papá te lo diría si estuviera aquí. Él sabía lo buen tirador que soy. Una bala para cada uno es lo único que necesitaría.

—Te creo, Weaver.

No añadí nada más, porque él parecía estar acalorándose. Debió de pensar que me molestaba su forma de hablar, tan enojada, porque se puso en pie y dijo:

—Lamento decirte esto, niña Morri. Necesitaba hablar con alguien y siempre me ha sido fácil hablar contigo. Olvida lo que te he dicho, chiquilla.

Le tironeé para que volviera a sentarse. Le expliqué que lo que

me preocupaba no era lo que él decía, sino saber que yo quería matarles a todos ellos tanto como él y que tendríamos justificación. También le dije que parecía cansado y que si quería le prepararía un poco de té especial. Entonces empezaron a brotarle las lágrimas, como si las hubiera estado conteniendo durante meses, o más probablemente durante años. Nunca había visto llorar a Weaver. Nadie lo había visto. Sabía que había sido cariñoso con Marybelle, pero no sabía que le tuviera tanto afecto.

—Era una buena y valiente muchacha —le dije—. Y muy fuerte.

Eso sólo sirvió para que se pusiera a temblar. Era un hombre de anchos hombros, pero logré rodearle casi por completo con mis brazos. Aquella gran fuerza suya se había convertido en desesperación.

—Lo siento mucho —susurró, secándose los ojos.

—No importa. Somos familia. Si quieres llorar, llora. Llora sobre mí.

—No, ya basta. —Después de secarse los ojos de nuevo, alzó un puño y dijo—: Voy a hacerlo. Esta vez voy a hacerlo.

—Weaver, la otra noche soñé que iba a producirse una gran inundación. Todo en River Bend iba a quedar cubierto de agua.

—¿Incluso la Casa Grande? —preguntó.

—Incluso eso. Bueno, ¿qué dirías si pudiera conseguir unas armas para nosotros? Y quizá espadas. ¿Te imaginas que pudiéramos llegar hasta Charleston y subir a bordo de un barco? Uno del Norte. O de Inglaterra. ¿Te imaginas que pudiéramos enseñar a algunos de los nuestros a cargar un arma y apuntar con ella?

Weaver me miró, mordiéndose el labio, haciendo esfuerzos por pensar. Luego asintió. Y entonces fue cuando nos pusimos a trazar planes de verdad.

Una cosa supe enseguida: Si íbamos a luchar para llegar hasta Charleston y partir por mar, tenía que ser con la ayuda de un buen amigo llamado Beaufort. Por tres razones: Trabajaba en un almacén

del muelle en la ciudad y conocía tripulantes de barco e incluso capitanes; era un mulato nacido libre y podía ir y venir más fácilmente que cualquier negro; y me quería como un padre. Le conocía prácticamente de toda la vida, porque parte de lo que papá y yo siempre solíamos hacer en nuestros viajes para realizar compras era recoger nuevas plantas y suministros guardados en el almacén que Beaufort vigilaba.

Beaufort una vez me enseñó también algo importante. Un día, cuando me hacía saltar sobre sus rodillas, exhaló un larguísimo suspiro y dijo.

—Morri, es una vergüenza que seas esclava, porque eres una niñita lista y podrías llegar a ser algo.

Yo no tenía más de seis años, pero sus palabras hicieron que mi corazón se saltara un latido. Porque hasta entonces yo no sabía que era esclava. Sabía que mis padres eran esclavos, pero aún no había pensado que yo lo fuera. Yo era Morri y era esclava, igual que mamá y papá.

Supongo que me parecía que podía confiar en él porque, a diferencia de la mayoría del resto de mulatos de Charleston, no se consideraba sólo casi blanco. Siempre decía que unos latigazos que le había dado cuando era niño su propio papá blanco le habían enseñado que ser «casi blanco» era imposible, al igual que los negros de Maryland decían que vivían «casi» en el Norte. Lily oyó eso una vez cuando fue a Baltimore con el Gran Amo Henry, y siempre lo utilizaba para hacernos reír.

Así ocurrió que llevé a Lily a la ciudad para elegir unas gafas, pero sobre todo para poder hablar con Beaufort. El cochero, Wiggie, no tenía que venir, ya que era su día libre, pero accedió a llevarnos. También Weaver, ya que le dije al Amo Edward que necesitaba comprar algunas cosas para las gallinas. Normalmente Edward no nos habría dejado ir a todos, pero estaba muy suave últimamente porque le habían devuelto el dinero pagado por Marybelle y había engañado a papá.

La primera de las cuatro paradas que hicimos en Charleston fue en casa del médico de la vista. Parecía que iba a tardar un poco porque había dos hombres negros sentados ya en la sala de espera de colores, así que di a Wiggie los cinco dólares de plata que el Amo Edward me había confiado y le pedí que se quedara con Lily.

Entonces Weaver y yo fuimos al almacén de Beaufort.

Charleston solía aturdirme, con tanto bullicio dondequiera que miraras. Pero aquel día, mientras caminábamos por aquellas relucientes calles, mis pensamientos eran claros. No me costaba en absoluto imaginar el aspecto que tendrían todas aquellas elegantes mansiones cuando fueran madera quemada, ladrillo desmoronado y cenizas.

Weaver se inclinó y acercó la boca a mi oído.

—Bueno, ¿dónde están los blancos?

—¿A qué blancos te refieres, Weaver?

—A todos ellos —dijo formando las palabras con la boca pero sin pronunciarlas—. Nosotros somos más —dijo alzando los hombros como si fuera algo extraño.

—Weaver, sigue andando —dije, agarrándole del brazo y guiándole—. Y escucha: Ahora, todas las casas que verás en casi un kilómetro a la redonda tienen un puñado de esclavos cocinando y limpiando y haciendo todo lo demás. Algunos tienen veinte, treinta o más. Debe de haber diez o quince mil negros en Charleston. Te lo digo, los blancos están nadando en un gran mar negro.

Se quedó callado un rato, reflexionando sobre eso. Luego dijo:

—Morri, deben de saber que lo que hacen está mal. Incluso los hombres que mataron a Marybelle deben de saberlo.

—Bueno, si piensas así, Weaver, necesitas más gafas de las que Lily jamás necesitará.

Encontramos a Beaufort sentado en la parte delantera de su almacén, detrás de un viejo escritorio de madera. Ya tenía el pelo casi blanco, y llevaba un elegante chaleco blanco perla y corbata escarlata. Me ofreció una gran sonrisa de bienvenida y me estrechó en sus brazos. Le presenté a Weaver y le pregunté si había llegado alguna de mis plantas o semillas, que era la oportunidad de Beaufort para llevarnos a las ventanas traseras.

Bueno, antes de contar lo que dije a Beaufort, tengo que explicar una última cosa. Meses antes le había pedido que averiguara si

había algún capitán de barco británico que pudiera llevar a una muchacha negra escondida en su embarcación. Y que me diera la fecha de su próxima llegada a puerto.

Dos semanas antes, me había dado el nombre de este capitán: Timothy Ott. Solía zarpar de Liverpool y traía tejidos de las fábricas británicas a América para llevarse grandes balas de algodón al regresar. Beaufort había hecho algunas preguntas indirectas y se había enterado de las opiniones del inglés sobre la esclavitud, que eran sumamente importantes. En realidad, consideraba Charleston una abominación, en especial desde que su tripulación negra tenía que permanecer a bordo de sus barcos, porque la ciudad tenía una ley especial que decía que serían arrojados a la cárcel si bajaban a tierra.

El corazón me latía con fuerza y me zumbaban los oídos cuando susurré:

—¿Alguna noticia de Liverpool sobre si los precios del algodón podrían volver a subir?

Beaufort miró a Weaver con escepticismo.

—Es familia —dije.

—No he oído nada todavía, Morri. Te mandaré recado de un modo u otro, no te preocupes. Hoy pareces un poco nerviosa. No estarás enferma, ¿verdad?

—Es porque tengo que pedirte otra cosa, Beaufort. Algo más importante.

—Adelante, Morri. No voy a morderte.

—Es esto —dije con suavidad—. Beaufort, aquí debes de conocer a un buen número de negros libertos que reciben envíos. ¿Crees que alguno de ellos tendría compasión de mí? —Al ver que me miraba con desconcierto, añadí—: Ya sabes, sobre los precios del algodón en Liverpool. Y quizá sobre enviar algunas otras cosas allí… otras plantas.

Esperaba que comprendiera lo que quería decir sin tener que hablar más claramente. Pero preguntó:

—¿Qué quiere decir «otras cosas»?

Echó otra mirada dubitativa a Weaver, de modo que respondió él.

—Estamos hablando de enviar más de una.

Beaufort se puso en pie con verdadero asombro. Le dije:

—Lo único que pido es el nombre de un negro liberto de Charleston que pudiera ayudarnos a enviar algunas plantas al Norte o a Inglaterra. —Tuve la sensación de que las piernas se me doblaban y creí que iba a mearme encima allí mismo. Me agarré a Weaver para guardar el equilibrio—. Beaufort, tú eres el único que puede ayudarme. Sabes que si no fuera así no te lo pediría.

El hombre se mordía el labio y se miraba los pies. Era un conspirador bastante obvio, lo confieso. Mi corazón latía peor que nunca, y así es como supe que todo iba a ir mal incluso antes de que hubiera empezado a ir bien.

—No sé, Morri. Tenemos que pensarlo.

Ni siquiera me miraba a los ojos. Weaver me puso una mano en la espalda.

—Vamos, niña, marchémonos.

En la puerta, Beaufort me dio un rápido beso en la frente.

—Rollins… Henry Stansfield Rollins. Vive en Bull Street —susurró.

—Beaufort —susurré a mi vez—. No conozco muy bien Charleston. ¿Dónde…?

—Morri, míster Rollins podría ayudarte a enviar cosas a Inglaterra. Pero si él no puede, yo no puedo ayudarte con otras plantas —espetó—. Te diré los precios del algodón en Liverpool, claro, pero es lo único que haré.

No quería pararme a hablar con ningún negro en la calle para preguntar cómo ir a Bull Street por si alguien me estaba vigilando. Así que decidí preguntar en el Apothecaries Hall. Uno de sus propietarios, el doctor
LaRosa
, había sido amigo de mi padre. Después de que mi papá descubriera que era judío —esto se remontaba hacia 1814— solía ir allí para aprender todo cuanto pudiera sobre las hierbas locales y dárselas a los que cogían la escarlatina, gusanos y todo aquello que nos deprimía. Solían sentarse juntos en el despacho del doctor

LaRosa
y hablar también sobre historias de la Torah. Y una vez incluso invitaron a mi papá a una cena el viernes por la noche, aunque no pudo ir porque el Gran Amo Henry no le permitía salir después de la puesta de sol, y en especial no con un judío entrometido y sabelotodo.

La mayoría de judíos de Charleston —incluido el doctor
LaRosa
— tenía antepasados de Portugal. Algunos incluso procedían de la ciudad de Oporto, donde papá había vivido. Eso siempre le hacía sentir que no era tan extraño que hubiera ido a parar a Carolina del Sur. La presencia ocasional de mi padre suscitaba que algunos clientes del boticario se quejaran de que permitiera a papá entrar en su despacho. Un hombre incluso le dijo en una ocasión que ningún negro debería poner los pies en el establecimiento de un blanco, «aunque pudiera recitar el Génesis de principio a fin».

Lamentablemente, el doctor
LaRosa
no estaba cuando Weaver y yo fuimos a verle. Pero un joven escribiente nos trató con amabilidad y nos dio instrucciones mientras señalaba puntos de referencia en un mapa de la ciudad que colgaba de la pared. Bull Street no estaba tan cerca, y empezaba a estar preocupada porque hacía demasiado tiempo que nos habíamos separado de Lily y Wiggie.

Te diré lo que vamos a hacer —dijo Weaver, una vez hubimos llegado a la calle, apoyando su gran mano vieja sobre mi hombro—. Tú regresas con Lily mientras yo voy a hablar con míster Rollins. Vas al carruaje y nos encontramos allí; después iremos todos a casa.

Discutí un poco, pero al final hice lo que decía. No debería haberme preocupado tanto por Wiggie y Lily, porque cuando llegué aún esperaban para que le dieran sus gafas.

En aquellos momentos no pensé que Weaver tuviera alguna razón oculta para querer ver a míster Rollins a solas, pero ahora me pregunto si no estaba intentando correr parte del riesgo él solo. Probablemente creía que le debía a papá el cuidar de mí. Nunca lo sabré. A menos que consiga que los muertos hablen, claro.

42

Llegamos a Charleston el martes por la mañana, el 26 de agosto, después de pasar tres días en el mar. Como había oído en Nueva York que era una bella ciudad muy querida por sus residentes, me sorprendió que el barrio que estaba cerca del puerto estuviera lleno de basura y patrullado por manadas de perros mestizos.

Cuando paré a un hombre de clase acomodada cerca del puerto para preguntarle estas cosas, me dijo que su aspecto empobrecido se debía al bajón de los precios pagados por el algodón y el arroz en la Bolsa de Liverpool.

Con la esperanza de que Medianoche hubiera podido encontrar trabajo dispensando medicamentos en Charleston o en algún lugar próximo, o aún ejerciera esta profesión, decidí preguntar primero en las boticas.

Estaba muy nervioso. Creía que podría verle en cualquier momento… conduciendo el carruaje que doblaba la esquina, comprando pantalones en la tienda de ropa por delante de la que pasaba…

Lo que me asombró y complació más mientras me precipitaba hacia King Street y el distrito comercial central fue descubrir que Charleston era una ciudad africana. Los negros realizaban todas las tareas que requerían fuerza física y robustez, desde arrastrar carretas con basura hasta tocar las campanas de la iglesia. Por cada persona de extracción inglesa o continental que vi, calculé que había tres negros. Más de unos cuantos llevaban elegante ropa y joyas, lo que mostraba claramente que habían alcanzado la libertad. La mayoría, sin embargo, vestía sucios uniformes de librea o ropa de tosca lana y algodón llamada tela de negro. Muchos iban

descalzos.

En una ocasión vi a dos ancianos blancos montados a caballo y armados con pistolas y espadas, lo que me sorprendió enormemente, pues no sabía que estaba buscando a Medianoche en una ciudad sitiada.

La primera mañana mostré a casi una docena de empleados mi dibujo del bosquimano, y aunque tres de ellos hicieron con demasiada alegría comentarios desfavorables sobre su aspecto de bribón una vez más, todos me aseguraron que no había ningún negro que repartiera medicinas en su ciudad.

—Sólo un necio del Norte que quisiera reunirse con su Creador aceptaría jamás un polvo o un jarabe preparado por un negro —se rió uno.

Para cuando las campanas de mediodía habían sonado, mi confianza en recibir alguna información útil de alguno de los residentes blancos había desaparecido. Decidí seguir el consejo de Moon Mary una vez más y abordar a comerciantes negros en la calle. Para ello, iba por el lado de los negros de las aceras.

Aunque mi acento escocés resultó ser una dificultad, los primeros negros a los que pedí ayuda podían seguirme si hablaba despacio, pero ninguno pudo ayudarme. Luego abordé a un apuesto caballero con chaleco dorado y pantalones negros, de unos cuarenta años. Tras mostrarle mi dibujo, me informó en el mejor inglés del rey que nunca había visto a Medianoche, pero añadió:

—Encontrará a un boticario negro llamado Mobley en Queen Street, señor. Caeser Mobley, se llama. No es el propietario, pero está empleado allí. —Me dio unas indicaciones y luego me dejó atónito al agregar—: Si puedo serle absolutamente franco, señor, es evidente que es usted extranjero. Sólo deseo darle un pequeño consejo: Es un poco insultante para usted ir por el lado de los negros en la acera, ya que es evidente que es usted de raza blanca.

Míster Mobley estaba tan delgado que parecía hecho de alambre. Rogándole que tuviera paciencia, expliqué mi propósito, añadiendo que había una recompensa de cincuenta dólares por cualquier información que pudiera conducirme hasta Medianoche.

Tristemente, mi entrevista acabó de modo brusco, ya que el hombre estaba seguro de que ni le había visto ni sabía nada de él. En ningún momento se me ocurrió que pudiera estar mintiendo. Tampoco entró en mi mente la idea de que desde su punto de vista, yo —un blanco extranjero que alteraba la voz para pronunciar de forma más parecida a la del Sur y buscando a un hombre negro— debía de suponerle una amenaza. En realidad, nadie que hubiera podido ser leal a Medianoche habría confiado en mí; podría ser un tratante de esclavos o una autoridad legal que fuera a perjudicarle de algún modo.

Eran las cinco de la tarde cuando, sudando como un soldado en una campaña perdida, me encaminé de nuevo a mi hotel. A pesar de mi determinación de mantenerme firme, mi corazón se sumió aún más en el desaliento cuando pasé por delante de un joven negro que cargaba pesadas cajas en la parte trasera de un carro. No podía tener más de veinte años, pero su nariz y uno de sus ojos padecía úlceras supurantes hasta el punto de que las moscas se alimentaban cruelmente de él. Vi piojos no sólo en su pelo sino también en sus cejas. Nuestras miradas se encontraron un momento, y vi en su desesperación que sabía que se estaba muriendo.

Seguí mi camino apresuradamente y encontré un cementerio donde pude descansar un rato. Sentado entre aquellas lápidas no podía comprender que ninguno de nosotros tuviera derecho a vivir mientras se permitiera que ocurrieran abominaciones como las que acababa de presenciar.

Saqué el talismán de Daniel y lo leí en voz alta para mí: «Divino Hijo de la Virgen María, que nació en Belén, nazareno, y que fue crucificado para que nosotros pudiéramos vivir, Te suplico, oh Señor, que mi cuerpo no sea capturado ni caiga muerto en manos del destino…».

Cerré los ojos y recité una de las dos plegarias protectoras que Benjamín me había enseñado, imaginándome reflejado en los ojos plateados de Moisés. Mi buen amigo me había dicho que todos nosotros éramos sus discípulos y, por lo tanto, también teníamos esencia de plata.

Entonces repetí —diez veces, lentamente— la otra plegaria que me había enseñado. Y susurré un verso que recientemente había leído en Ezequiel: «Estoy contra ti, faraón, rey de Egipto… y te enviaré al desierto».

Acabé con dos palabras hebreas: *Hesed*, amor, y *Din*, juicio.

No sabía cuál era el propósito de nada de esto, pero era lo único que en aquellos momentos oscuros tenía como ayuda. Nada de lo que dije o hice me calmó mucho ni me animó. Regueros de sudor frío me caían por la frente, y tenía la sensación de que me estaban vaciando de todo cuanto me hacía ser quien era.

Pero no creía que eso sirviera de mucho para una disminución inmediata de mi angustia. Para ello, una vez pude ponerme en pie, llevé mi maltrecho yo a una taberna, donde tragué varias onzas de un *whisky* razonable y fumé ávidamente una pipa que descolgué de un clavo de la pared. Tras regresar pesadamente a mi hotel, me lavé la cara, me desplomé de bruces en la cama e hice ver que era un muchacho en Oporto, con *Fanny* a mi lado. Respirando juntos, rodeándole el vientre con mi brazo, nos quedamos dormidos.

43

Desperté en plena noche, bañado en sudor, pero no me atreví a abrir la ventana para que entrara la brisa marina por miedo a que le siguieran los mosquitos. Permanecí tumbado desnudo en la cama, imaginando a Medianoche al llegar a Alexandria y luego ser trasladado a Charleston. Esposado y apaleado, gritando mi nombre. No podía estar preparado para este mundo tan diferente, en el que no sabían nada de las Primeras Personas ni de los cazadores que se elevaban al cielo como estrellas. La Hiena se había apoderado de Charleston y la había hecho suya.

En América, debía de haberse aferrado al silencio como un náufrago a su isla. Recordé que, al confiarme sus historias, me había insistido en que algunas de ellas las guardara en secreto. Esto se debía a que creía que su propia salud, así como la de su pueblo, correría grave peligro si semejantes historias caían en manos de personas de mente malvada.

El silencio debió de haberse convertido en su única esperanza y poder. Se había hecho mudo.

A la mañana siguiente, decidí interrogar a todos los boticarios de Charleston y ciudades próximas con la esperanza de que Medianoche en algún momento hubiera recibido permiso de su amo para hacerle una o varias visitas. Aunque ninguna de las primeras personas con las que hablé pudo ayudarme, varios aprendices me

aconsejaron indagar en el Apothecaries Hall, el dispensario más famoso de la ciudad. No podía perderme, dijeron, porque tenía un gran mortero y mano de mortero pintados en su fachada.

Llegué allí casi a mediodía y esperé más de una hora para hablar con el propietario, un anciano de rostro y voz amables llamado Jacob
LaRosa
, que me interrogó largamente. Para mi solemne decepción, me dijo que nunca había visto a aquel hombre. Al oír en su voz algo que tomé por una señal de emociones confusas, le rogué fuera sincero conmigo, ya que se trataba de la misión más importante de mi vida. Me aseguró que nunca había visto al negro cuyo dibujo le había mostrado. No le creí, pero no podía hacer nada.

El tercer día de mi estancia en la ciudad, *miss* Robichaux, propietaria de la casa de huéspedes donde me alojaba, a la hora del desayuno me interrogó sobre mi ascendencia portuguesa.

—¡Vaya, no me sorprendería que tuviera parientes en Charleston, señor! —exclamó.

—¿Cómo dice?

—Algunos judíos de Charleston saben hablar portugués. Me han contado que proceden de ese país.

Me explicó que en Charleston había centenares de judíos y que su iglesia, como así la llamaban, estaba en Hassell Street.

Corrí casi todo el rato hasta llegar allí y resultó que la Beth Elohim Synagogue era una impresionante estructura de estilo georgiano, rodeada por una valla de metal de elevados barrotes con una gran puerta de hierro forjado.

La puerta estaba abierta cuando llegué, y un arrugado anciano que vestía un gran sombrero oscuro y un chal de plegarias respondió a la puerta. Se llamaba Hartwig Rosenberg y era el cantor de la sinagoga, el responsable de salmodiar la liturgia. Receló de mis motivos hasta que mencioné que yo también era judío.

Me entregó un sombrero de ala ancha y me hizo entrar en la

sinagoga propiamente dicha. Los rayos de luz, los haces de polvo como lentejuelas y el resonar de nuestros pasos me proporcionaron los primeros momentos de paz que había experimentado desde que había llegado a Charleston. No me sentía solo en absoluto; allí había personas que me entenderían… y se conmoverían ante la situación de Medianoche.

Míster Rosenberg respondió a mis preguntas explicando que no había nadie llamado Zarco en Charleston, pero que por lo menos había doscientos judíos de ascendencia portuguesa. Cuando me dijo los apellidos más corrientes, me enteré de que incluso había un Pereira, que era el apellido de soltera de la abuela Rosa. Allí la familia lo escribía Perrera.

Qué buena suerte, pensé, como si franqueara la puerta del compañerismo que me mantenía encerrado desde hacía tanto tiempo. Sin embargo, cuando expliqué mi misión al cantor, me desanimó saber que muchos miembros de la congregación tenían esclavos. Los ancianos de la comunidad —como la mayoría seguían las leyes y tradiciones cristianas— no veían nada malo en esa práctica, siempre que se tratara con respeto a los negros. En cuanto a lo que podría constituir respeto, pregunté si podría serlo cortar cuatro dedos a un «bribón» en lugar de cinco. Al oír esto míster Rosenberg me miró con furia y respondió:

—No necesito lecciones de moralidad de gente como usted, señor. Para los judíos de Charleston es una cuestión de supervivencia. Si se mantuvieran apartados correrían un riesgo tremendo.

Su actitud áspera y condescendiente me puso furioso.

—¿O sea que no sólo desean traicionar el espíritu del Éxodo, señor, sino también convertirse en cristianos honorarios? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Muy listo, míster Stewart, salvo que usted no vive aquí y, por lo tanto, no conoce las presiones a que estamos sometidos. Si me lo permite, podría volver a leer la Torah. Si lo hace, verá que la supervivencia de nuestro pueblo es su tema más importante. Mientras yo sirva a nuestra comunidad, no la traicionaremos.

Aunque me habría gustado mucho continuar esta discusión, no dije nada más sobre lo que pensaba, ya que necesitaba su ayuda. Casi podía oír a mamá decir: «John, ganar esta discusión no

significa nada; encontrar a Medianoche lo es todo».

Incluso me disculpé por mi rudeza, aunque admito que lo lamenté en cuanto hube hablado.

El cantor, ahora calmado, me prometió que aquel viernes por la noche preguntaría a la congregación si alguien había visto u oído hablar de mi amigo.

—Tal vez —dijo, sonriendo para romper la tensión que había entre nosotros— incluso es propiedad de alguno de ellos. ¿No sería buena suerte?

—Sí, muy buena suerte, en verdad —respondí, incapaz de disimular mi desagrado.

Pedí a Beth Alohim la dirección de la casa y el lugar de trabajo de míster Perrera. Al parecer era propietario de una tienda de ropa en Meeting Street, a menos de dos bloques de distancia, y vivía en las afueras de la ciudad. También él tenía esclavos.

Al salir de la sinagoga supe que Medianoche ni siquiera habría podido acudir a los judíos en busca de ayuda. Charleston debía de haberle parecido un desierto del espíritu. Si aún estaba vivo, ¿dónde podría haber encontrado un lugar en este mundo para ser él mismo?

Cuando llegué a la tienda de ropa de Isaac Perrera, me acompañaron a un despacho situado en la parte trasera, donde un hombre de tez aceitunada y pelo negro, de unos treinta años, estaba inclinado sobre un libro mayor. Dejó la pluma en el portaplumas, levantó la mirada hacia mí y sonrió.

—¿En qué puedo servirle, señor? —preguntó.

—Iré directo al grano, señor, pues no desearía robarle su valioso tiempo. Soy portugués y medio judío. Estoy solo en Charleston y necesito urgentemente una persona de confianza que pudiera ayudarme en un problema.

En torpe portugués respondió:

—¿Y de dónde es usted?

—Nací en Oporto, aunque mi padre es escocés. Mi abuela se

llama Pereira. Aún vive en Oporto, aunque ahora la mayor parte de mi familia está en Londres.

—Sí, me han dicho que en Portugal hay muchos Pereiras —replicó.

En su fría mirada vi que deseaba descartar cualquier antepasado común que pudiéramos compartir. A su manera me estaba diciendo que no tenía derecho a esperar su ayuda. Para confirmar esta intuición, dije:

—En realidad, señor, hay miles. Y ha sido presuntuoso por mi parte venir a verle basándome en la similitud de nuestros apellidos.

—Pero es comprensible, señor —reconoció.

—Le ruego disculpe mi interrupción. Le dejaré trabajar. —Me paré para darle tiempo a que protestara. Como se limitó a hacer un gesto de asentimiento, añadí—: Gracias por recibirme. Ha sido muy amable.

La humillación me obligó a efectuar una leve y tensa inclinación de cabeza.

Era jueves 28 de agosto, y cada día que pasaba en América dudaba cada vez más de que tuviera alguna predisposición para ser cazador.

44

ESTABAMOS SOLOS

Míster Rollins le dijo a Weaver que conocía a un hombre que podría conseguirnos mosquetes y pistolas. Le llamaré míster Trevor, ya que aún vive en Charleston, según dicen. Transcurrieron otras seis semanas hasta que me dieron permiso para ir a la ciudad a hacer nuestras compras e intentar visitarle. El Amo Edward se negaba a pasar sin Weaver aquel día, pero yo sabía manejar los caballos lo suficiente y fui sola.

La esposa de míster Trevor me recibió en su pequeño hogar y me hizo sentar en un estudio lleno de más libros de los que nunca había visto. Me dijo que su esposo vendría enseguida.

Míster Trevor siempre me asustó, a decir verdad. Era alto y de piel clara, y sus ojos siempre ardían de conocimiento, como si pudiera leer tus pensamientos. Su profesión, que no voy a revelar, requería mucho saber.

Aquel primer día le hablé de los sueños que había tenido de una ciudad donde siempre nevaba. Le conté que a papá le habían cortado los nervios del talón. Le conté que Marybelle había sido diseccionada cuando aún estaba caliente.

—¿Qué te hace pensar que una muchacha frágil e inculta como tú es capaz de hacer que esta rebelión tenga éxito? —me preguntó con escepticismo—. Porque no te confundas, jovencita, estamos hablando de una rebelión de los esclavos, aunque sólo sean unos cuantos individuos.

No sé qué me dio la incontrolable fuerza para decir lo que dije:

—Es usted el que no debe equivocarse, míster Trevor, porque yo

voy a salir de River Bend de un modo u otro. Y me llevaré a mis amigos. Lo juro sobre la tumba de mi madre. Puede ayudarme si quiere o no. ¡Pero yo voy a irme!

No creo que le impresionara. Me miró con aire divertido en los ojos.

—Las pequeñas polillas suelen volar directas a las llamas de las velas —me dijo—. Piensan que vuelan hacia alguna luz eterna, pero arden y se convierten en nada.

Si Weaver no hubiera venido a nuestra siguiente reunión con míster Trevor, estoy segura de que no habríamos recibido ninguna ayuda. Pero conseguir que le dieran permiso para ir a Charleston resultó una ardua batalla y la única forma en que lo conseguí fue convenciendo a *mistress* Anne de que necesitaba un gallinero para su casa de la ciudad.

Tardé tres meses enteros en desgastar su resistencia. Así que hasta junio de 1822 no pude lograr que Weaver fuera a la ciudad para construirle el gallinero y reunirse con míster Trevor en secreto. Esta vez no nos dijo que entráramos en su estudio, así que nos sentamos en el salón, examinando los cuadros enmarcados que colgaban de las paredes, que eran todos de héroes negros. Incluso tenía un hombre negro crucificado en lo alto de una desierta colina. *Miss* Trevor me dijo que era Cristo.

—¿Jesús era negro? —pregunté—. Creía que era judío.

—En espíritu era uno de los nuestros —respondió, lo que al principio me hizo entrar ganas de reírme, pero más tarde sentí como un cosquilleo en los dedos de las manos y los pies al pensar en ello… casi como mi papá lo había dicho.

Al mirar aquel cuadro supe que si la milicia blanca de la Ciudadela alguna vez invadía aquel lugar, lo quemarían todo y todo quedaría reducido a cenizas independientemente del espíritu de nadie. En Charleston nunca habrían dejado que crucificaran un Cristo negro. No, señor.

Míster Trevor debía de haber sido persuadido por algo que

Weaver dijo porque declaró que podía conseguirnos algunas armas y munición que había estado almacenada por Denmark Vesey y sus amigos antes de que les arrestaran y colgaran por intentar provocar una revuelta.

Weaver y yo no estábamos seguros de cómo íbamos a llevarlo todo a escondidas a River Bend. Eso nos preocupaba un poco. Y peor aún, no se nos había ocurrido que teníamos que pagar los mosquetes y las pistolas, pero míster Trevor nos dijo:

—Las armas no son gratis para ningún hombre. —Luego, riendo, me hizo un guiño y añadió—. O muchacha.

Todo aquel verano, mientras la familia del Amo Edward vivía en su casa de la ciudad en Cordesville, aproveché su ausencia para robar toda la plata que mis pequeños dedos podían sisar. También lo hice durante todo el otoño y el invierno. Cada dos meses más o menos, iba a la ciudad con lo que había robado, todas esas chucherías y piezas de plata tintineando en el interior de mis bolsillos y mi bolsa. Durante esos primeros meses de 1823, sólo pensaba en robar, tener armas y aguardar la ocasión propicia para emprender la huida.

Seguro que una onda de agua tarda siglos en llegar a las orillas de la esclavitud en la zona arrocera de Carolina del Sur, y en mayo, después de un año completo de robar con mis propias manos, míster Trevor dijo que con la plata que le habíamos dado sólo pagábamos cinco mosquetes, dos pistolas y tres espadas. Aunque añadiría también un mosquete y una espada más con su propio dinero.

Supuse que eso no sería suficiente para los veinte o más esclavos que esperaba llevarme. Teníamos intención de dar a todos los de River Bend la opción de venir o quedarse la semana antes de irnos nosotros. Weaver enseñaría a algunos hombres a utilizar un mosquete o pistola. Calculamos que nos escaparíamos un domingo por la noche, ya que era la única ocasión en que la esposa de Weaver, Martha, y sus hijos podían obtener un pase para venir a River Bend, y emprenderíamos la marcha en julio, agosto o principios de septiembre; para entonces, en la época en que la gente

está más débil, el campo estaría casi vacío de blancos y de patrullas.

Planeábamos salir de

Petrie's

Landing, un muelle poco utilizado junto al río Cooper por los que vivían en la ciudad de Belmont. Beaufort había sido más valiente de lo que esperaba y había ido a hablar con el capitán Ott. El inglés no sólo había accedido a ayudarme a mí, a Weaver y a cualquier otro que pudiera llegar a su barco, sino que haría que su tripulación llevara tres botes de remos a

Petrie's

Landing un día o dos antes de la noche de nuestra partida. Nosotros tomaríamos los botes e iríamos hasta su barco, que estaba en el puerto. Él capitanearía el *Landmark* y llevaría la bandera del Reino Unido y una banderita azul. Dijo a Beaufort que iluminaría esa bandera de la libertad con una gran linterna toda la noche si era necesario.

El capitán Ott dijo a Beaufort que probablemente regresaría a finales de agosto o principios de septiembre. En cuanto atracara en el puerto, Beaufort alquilaría un carruaje para ir a River Bend. Ataría una cinta roja en una tabla de la verja delantera y también dejaría alguna planta dentro de la cerca. Si alguien lo veía, yo diría que era un regalo para mi jardín de un amigo de Charleston. Pero era nuestra señal para empezar a trasladarnos a

Petrie's

Landing aquel domingo.

A veces tenía tanto miedo de que las cosas no salieran bien que necesitaba ir corriendo hasta el río y sentarme con las piernas en aquella agua helada sólo para evitar que el corazón me explotara.

No le dije nada a Beaufort sobre nuestras armas. Cuanto menos supiera, más a salvo estaría. Weaver y yo le prometimos que si nos hacían prisioneros jamás daríamos su nombre. Pero me preocupaba que si me cortaban algún dedo o me ponían brasas ardientes en los ojos daría el nombre de todos los que había conocido en mi vida y hasta algunos más que no hubiera conocido, incluido el Jesús negro. Rezaba para que se limitaran a colgarme. Sí, señor, esperaba que me enviaran al otro barrio tan rápido como la picadura de un gusano del algodón.

El sábado, 14 de junio, nos enteramos de que tendríamos las armas y espadas por las que habíamos pagado. Míster Trevor las había dejado debajo de una manta en una cueva escondida por arbustos, a un kilómetro y medio al sur de
Petrie's
Landing, un lugar llamado Farmer s Rock. Nos dijo que no volviéramos a visitarle ni intentáramos ponernos en contacto con él. Bajo ninguna circunstancia teníamos que pasear siquiera cerca de su casa. Así que a partir de aquel momento estábamos solos.

Wiggie se puso enfermo casi al mismo tiempo con unos dolores de estómago que le impidieron salir con sus carruajes durante casi dos meses. Si tuviera que decir que yo causé sus problemas con algunas infusiones que preparé con hojas de estramonio, afirmando que eran para su reumatismo, ¿me considerarían mala?

Tal vez estuvo mal, pero tenía que tener permiso para ir yo sola a Charleston cada quince días, porque estaba segura de que Wiggie jamás accedería a llevar armas. Mantenerle pegado al retrete la mayor parte del tiempo fue la única manera que se me ocurrió.

Weaver y yo guardamos las armas en un espacio que había debajo del porche; es decir, todas menos una. Cogí a hurtadillas una pistola cargada y la guardé debajo de mi cama. Desde que el Gran Amo Henry me había metido su serpiente dentro de mí, esperaba que Edward el Gallito intentara lo mismo. Esta vez estaría preparada.

Nuestro supervisor, míster Johnson, era nuestro único problema difícil, pero siempre esperábamos a que estuviera fuera de la Casa Grande con los trabajadores del campo antes de sacar las armas del carruaje. Probablemente Crow o uno de los otros esclavos de la casa adivinó al cabo de un tiempo que algo extraño estaba ocurriendo,

pero ninguno de ellos iba a traicionarnos.

Luego, casi a finales de agosto, ocurrió algo que nos asustó: Un hombre blanco con acento extraño empezó a preguntar a casi todo el mundo de Charleston por mi padre. Me enteré de ello por Caeser Mobley, un boticario negro al que papá solía visitar de vez en cuando. Me dijo lo que había ocurrido en una nota que me envió con un cochero negro. Aunque no sabía escribir muy bien, entendí la idea. El curioso extranjero era alto y apuesto. Caeser suponía que era un tratante de esclavos que intentaba hacer salir a papá de su escondrijo. O quizá algún policía que le estaba buscando para conseguir él solo una buena recompensa del Amo Edward. El hombre había imitado medianamente bien el acento de alguien del Sur, pero debía de ser del Norte. Míster Mobley negó haber conocido nunca a mi papá.

Quienquiera que fuera, seguro que estaba removiendo cosas que no eran asunto suyo, y en el peor momento posible. Así que yo rezaba para no saber nada más de él.

Pero no fue eso lo que ocurrió. No, señor. Porque al día siguiente, hacia mediodía, quién viene a la Casa Grande, conducido por una elegante mujer negra, sino el entrometido extranjero. No podía yo saber entonces que era el mismo hombre que había estado preguntando por papá, claro. Pero más tarde, cuando se marchó la mujer negra, me vio y abrió tanto los ojos como si me reconociera que supe que tenía que ser él.

45

Una hora más o menos después de la puesta de sol, mientras estaba sentado jadeando ante mi escritorio soportando el calor infernal mientras escribía otra carta a mis hijas y a mamá, llamaron a la puerta. Me puse los pantalones a toda prisa, abrí y vi que se trataba de míster Perrera.

—Míster Stewart, *miss* Robichaux me ha permitido subir directamente a su habitación. Le pido disculpas por la sorpresa.

—No, no, pase, señor. Me alegro de verle. —Aparté una silla de mi escritorio y la coloqué frente a la cama—. Siéntese, por favor, míster Perrera. Le ofrecería algo para beber, pero no tengo nada. Con este calor, soy incapaz de beber *whisky* o incluso vino por miedo a desvanecerme y despertar en un lugar aún más caliente gobernado por el diablo.

Los dos éramos conscientes de que estaba tratando de ganármelo con humor, pero no pareció que le molestara mi estrategia y sonrió al sentarse. Cogí mi camisa y dije:

—¿A qué debo el honor de su visita?

—He venido a disculparme, señor. Hoy he sido grosero con usted.

Me dejé caer en la cama frente a él.

—No, en absoluto. Un extraño sudoroso y desaliñado que entra en su despacho y habla una lengua extranjera… debía de ser un espectáculo.

—No, no lo ha sido. Ha sido… ¿cómo lo diría?, me lo callo. Bueno, cuando ha llegado, me ha desconcertado, eso es todo. Y si puedo serle franco, resulta que no siempre tengo demasiado en común con los otros portugueses de aquí, así que tiendo a limitar

mis contactos.

—De verdad, señor, creo que su actitud ha sido muy prudente.

—Bueno, míster Stewart —volvió a sonreír—, ha mencionado un problema para el que necesitaba ayuda. ¿Quiere decirme cuál es?

No puedo decir por qué le conté casi toda la verdad sobre Medianoche, pero me quité esa carga con alarmante facilidad. No había sido consciente de mi necesidad de confesar mi afinidad con él. La pequeña muerte que sentía en mis entrañas se alivió un poco mientras míster Perrera me escuchaba atentamente, y empecé a ver que el único alivio que podía hallar en América era en los brazos de la verdad de lo que sentía por mi buen amigo.

—En realidad, durante estos diecisiete años de separación, le he querido como a un hermano… o incluso un segundo padre —concluí.

—El amor nos llega de forma espontánea —declaró míster Perrera—. ¿Cree en el destino, míster Stewart?

Cuando le dije que no estaba seguro, miró por la ventana.

—Yo sólo confío en aquello que no ha estado teñido por nuestra historia.

Míster Perrera me pareció un hombre bastante críptico y desdichado, una de esas almas que siempre buscan respuestas a grandes preguntas.

Cuando las lágrimas acudieron a sus ojos, se las secó bruscamente y dijo:

—Lamento esta terrible exhibición.

Al contrario, creo que es usted la primera persona blanca con que me he encontrado en Charleston que tiene corazón.

—¿Me dara usted la satisfacción de acompañarme a cenar a mi casa esta noche? —preguntó—. Me gustaría que conociera a Luisa, mi esposa.

—¿Ahora?

—Sí, vivimos a ocho kilómetros de la ciudad. Pero en mi calesa tardamos menos de una hora en llegar. Está ahí delante, esperándonos. —Ahora parecía preocupado—. Podría quedarse a pasar la noche con nosotros —añadió—. Y creo, míster Stewart, si quiere aceptar un consejo, que deberíamos marcharnos ahora mismo. En Charleston uno nunca sabe quién puede estar observando.

Míster Perrera había encontrado una buena yegua castaña que nos llevó velozmente por las carreteras rurales hasta su casa, situada al norte, un edificio encalado con una gran galería delante, a un centenar de metros de un suave afluente del río Cooper. Un grueso roble y dos palmitos ofrecían sombra.

Cuando llegamos Luisa estaba sentada en la escalera. Para entonces estaba anocheciendo con rapidez, pero incluso a la vacilante luz del ocaso vi claramente que se trataba de una mujer negra.

Los dos hijos de Isaac eran Hester, al que llamaban Hettie, y Reed, que respondía al nombre de Noodle. Corrieron a reunirse con su padre, rogándole con voz chillona que les levantara en brazos. Con el niño pegado a su espalda y la niña riendo en sus brazos, besó a Luisa. Ella tenía unos misteriosos ojos castaños hundidos, los pómulos altos que parecían captar los últimos rayos de sol y el cuello esbelto. Parecía irritada por mi presencia.

Nos esperaba una cena caliente, y al disculparme por irrumpir en su casa de forma tan intempestiva, Luisa protestó diciendo que estaba encantada de tener un invitado. Sin embargo, lo dijo para mostrarse cortés, y la naturaleza forzada de nuestra conversación sobre la comida me convenció de marcharme después de cenar. Iría a pie hasta la ciudad más próxima y buscaría una habitación.

Después de que los niños se acostaran, dije:

—Quizá sería mejor que me marchara. Ustedes dos están muy cansados y en la ciudad más próxima sin duda habrá alguna posada.

—No, no, John —dijo Isaac—. Confíe en mí. Cuente su historia.

Inseguro de mí mismo, empecé hablando con frialdad. Sin embargo, cuando mencioné que Medianoche había vencido la grosería de mi madre en nuestra primera cena juntos diciendo que

«África es la memoria», mi voz no pudo por menos de expresar mi admiración por él. Luisa dio un brinco perceptible, como si le hubieran dado un golpe en la espalda.

—¿Los ves? —dijo Isaac a su esposa con aire de triunfo.

Mirándome con severidad ella dijo:

—Prosiga, míster Stewart, cuénteme más.

Me escuchó hablar de mis primeros años de vida como si tuviera que demostrarle algo. Esto me supo mal pero no dije nada. Después, explicó:

—En Carolina del Sur hay muchos blancos que sienten afecto por sus criados negros. En particular sus *mamis* negras. Pero usted es sólo el tercer blanco que he conocido que habla con amor y respeto… y afinidad también.

—Sabía que lo verías así —dijo Isaac con una sonrisa, poniéndose en pie para darle un beso en la coronilla.

—¿Y los otros dos? —pregunté.

—Son Isaac y un ministro de Charlotte que conocí en una ocasión. Su pasión por una doncella negra era tal que cambió todas sus ideas sobre la esclavitud. Se vio obligado a abandonar su ministerio para casarse con ella.

Había dejado para el final la historia de cómo Medianoche me había salvado de la Hiena. Volver a contarla ante ellos lo cambiaría todo.

Estaba contando que el bosquimano me había introducido humo de pipa en mis oídos cuando Luisa exclamó:

—¡Pero si yo conozco a ese hombre! Le vi hacer eso precisamente. Era muy conocido en el País Bajo. Cuando le conocí no se llamaba Medianoche, sino Samuel.

Di un brinco.

—¿Conoce a Samuel? ¿Está vivo?

Luisa me miró con aire de esperanza.

—Si es el mismo hombre, antes vivía en River Bend, una plantación cercana. Era famoso como conjurador y sanador.

—River Bend está río Cooper arriba —indicó Isaac—. A unos quince kilómetros, diría yo.

—Era una maravilla —dijo Luisa con los ojos brillantes—. Todo negro de por aquí le conocía. Incluso le visité en una ocasión con una amiga que se había puesto enferma. No sé si aún vive. Lo

último que supe de él es que había desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Completamente. Diría que eso fue hace unos tres años. Dicen que tal vez escapó. Pero su hija aún vive en River Bend, creo. No recuerdo su nombre. Ella, o alguna otra persona de allí, podrá decirle si se sabe algo de él. —Se interrumpió un momento para pensar—. Era tal como usted lo ha descrito, aunque mayor, por supuesto. Y cojeaba; en ocasiones utilizaba bastón.

—¿Y hablaba… no era mudo?

—No, no, hablaba bastante bien, que yo recuerde.

El corazón me latía tan fuerte que no oía lo que mis anfitriones estaban diciendo. Mi cabeza parecía estar encerrada en cristal. Cuando volví en mí, estaba sentado en una silla ante un fuego bajo que crepitaba en la chimenea. Había estado a punto de desmayarme, me dijo Isaac. Me puso un vaso en la mano.

—Beba esto, John.

Obedecí. Era *brandy*, y quemaba. Él y Luisa se quedaron detrás de mí, susurrando. Me puse en pie y pregunté:

—¿Cómo puedo llegar a River Bend?

Isaac se volvió a Luisa.

—Si yo fuera a pie a Charleston, ¿llevarías a John en la calesa?

—Pero yo no le obligaría a ir a pie a Charleston —le interrumpí.

—No me importa, a veces lo hago. Es bueno para mis piernas. Le acompañaría yo mismo, pero debo ir a mi tienda cada día.

Luisa me cogió la mano, le dio un apretón y me sonrió con cordialidad.

—Será un honor para mí, míster Stewart, llevarle a ver el lugar donde Medianoche vivió.

Aquella noche no podía dormir. Recordaba demasiadas cosas de mucho tiempo atrás. En realidad, aquella noche, «a diferencia de cualquier otra noche», como solíamos decir en la Pascua judía, no podía imaginar cómo había llegado al presente. Tenía la impresión de haber llegado en un solo instante.

Fui al salón y encontré a Luisa sentada a la mesa del comedor, tomando una taza de té.

—¿Tampoco podía dormir? —pregunté.

Ella se sobresaltó y se llevó una mano al corazón. Me disculpé por asustarla.

Ella se rió.

—Sus historias —dijo, meneando la cabeza con perplejidad—. He estado pensando en ellas y en sus correspondencias y semejanzas con mi vida.

Me sirvió una taza de té. Dije.

—Mencionó usted que Samuel era muy conocido en el País Bajo. ¿Cómo es que nadie le conocía en Charleston? Pregunté en docenas de tiendas e iglesias. Incluso pregunté a un boticario negro.

—Sin duda alguna los negros a los que preguntó le estaban protegiendo. Usted es blanco, y preguntaba por un negro desaparecido, que podría estar escondido. Hay fugitivos que se esconden durante años en desvanes, en sótanos… Nosotros mismos hemos tenido dos aquí. O sea que cualquiera que fuese leal a Samuel le habría mentido. Los otros puede que verdaderamente no supieran nada de él.

—Entonces es posible que su hija también me mienta… en particular si Medianoche le habló mal de mi familia.

—Después de todo lo que ha contado, supongo que estaría eternamente agradecido de verle. Tiene intención de comprarlo, supongo.

—Sí, pero no se lo he contado todo. Ocurrió algo terrible entre Samuel y mi padre.

—John, debe contarle las historias que nos ha contado a nosotros… eso la hará cambiar de opinión. Oirá a su padre en su voz. Y debe hablarle cuando esté sola. Si está con otros, aunque sean esclavos, puede que se sienta cohibida en sus reacciones.

—Tal vez tarde algún tiempo en encontrarla a solas… y convencerla. Tendré que inventar alguna razón para quedarme una o dos semanas en River Bend.

Luisa y yo barajamos sugerencias, pero ninguna nos parecía adecuada. Al cabo de un rato, le pregunté:

—¿Cómo conoció a Isaac?

—Oh, tengo la sensación de conocerle de toda la vida. Érase una

vez… estaban Isaac y Luisa… sus padres me compraron cuando yo tenía quince años, como lavandera y costurera.

—Pero ¿no opinaban igual que Isaac? Quiero decir, ¿no eran…?

—Su cambio de opinión respecto a la esclavitud vino más tarde. Lo extraño es que, igual que usted y Medianoche, Isaac me enseñó a leer. ¿No es asombroso?

—Sí, es una extraña coincidencia, como mínimo.

En aquel momento creía mi respuesta. Pero ahora veo lo evidente: que el acto de enseñar a una amiga a leer está íntimamente ligado al amor. En realidad, no se me ocurre nada más natural.

—Le ruego excuse una pregunta estúpida, pero ¿es usted una liberta? —pregunté.

Ella me miró con dureza.

—John, no es ninguna pregunta estúpida. Es la única pregunta, en lo que a mi concierne. Su padre me entregó a Isaac como regalo de cumpleaños cuando cumplió veintiuno. Ese mismo día me dio la libertad. —Hizo bocina con las manos en la boca y susurró—. Aunque él detesta que lo diga. Dice que le da la impresión de que hizo algo por mí, cuando solo estaba rectificando una abominación.

—Sin embargo, en la sinagoga, me dijeron que Isaac tenía esclavos.

Luisa frunció el entrecejo.

—Algunos de esos tipos, incluso su tía y su tío, no quieren ver lo que somos el uno para el otro. Prefieren creer que aún soy su esclava que saber que soy la madre de sus hijos y que somos marido y mujer según la ley. —Susurrando de nuevo, añadió—: No sólo no soy blanca, ¡sino que tampoco soy judía!

Luisa me hizo comer un cuenco de sus natillas de calabaza y me contó una cosa curiosa sobre River Bend: Sus dos propietarios anteriores —el Gran y el Pequeño Amo Henry— fueron hallados muertos con un cuchillo clavado en el cuello. Los lugareños creían que los había asesinado un fantasma, quizá el abuelo de la esposa

del Gran Amo Henry, *mistress* Holly. Al parecer se había opuesto con vehemencia al marido que ella había elegido.

—La moraleja de la historia —dijo Luisa frunciendo los labios en un gesto divertido— es que en el País Bajo de Carolina del Sur es mejor que tu abuelo te bendiga antes de casarte.

Mirando sus relucientes ojos imaginé estrellas atisbando entre nubes oscuras. Vi que pasaba gran parte de su tiempo protegiendo a su familia. Sospeché que podía llegar a ser una fiera. Una cosa diré: no habría deseado que se enojara conmigo.

46

Sólo conseguí dormir una o dos horas y desperté de pronto al amanecer. Medianoche había vivido a pocos kilómetros de allí. Pensando en eso, supe que la esperanza me había encontrado. Tocaba una fanfarria en mi interior, haciéndome vibrar de necesidad por llegar a River Bend.

Sentado en el pórtico, observando un pájaro carpintero con pico de color marfil que picoteaba el tronco de un roble, tuve una idea para convencer al propietario de River Bend de que me dejara quedarme en su plantación. Cogí mi cuaderno de dibujo y me puse a trabajar enseguida.

Luisa y yo partimos en cuanto nos hubimos vestido, mientras Isaac y los niños nos despedían con la mano desde el césped. La carretera que iba al Norte estaba llena de baches y de fango. Hablamos de su infancia en una isla junto a la costa de Carolina del Sur. Echaba de menos el océano, sobre todo al salir el sol, y me dijo que su sueño era tener una casita en la playa. Cuando los niños fueran mayores, Isaac y ella viajarían a Europa, tal vez incluso a Portugal.

Cuando llevábamos horas de viaje, con el sol aproximándose a mediodía, un crujiente puente de madera nos permitió pasar por encima de un río pantanoso. Pronto llegamos a una verja de la que colgaba un letrero de madera con letras negras sobre fondo blanco: river bend. Solté el pestillo y la abrí. Nos rodeaban campos de

arroz, que nos llegaban a la altura del hombro y se mecían con la brisa. Cuatro hombres y dos mujeres, todos ellos negros, estaban inclinados en un campo a un centenar de metros. Siguiendo el camino de polvo, a unos ochocientos metros, se elevaba una gran casa de tres pisos sobre un pequeño montículo.

Luisa emitió un fuerte silbido y meneó la cabeza por tener que entrar en una plantación.

—Le pido disculpas por tener que hacer esto —dije—. Si hubiera otra manera…

—Es un placer hacerlo para usted. Y me alegro de no tener que quedarme.

Subimos por el camino lleno de barro. Detrás de la casa se extendía un interminable horizonte de pinos, y en su parte sur había un gran jardín con hortensias, azaleas y otros arbustos con flores.

Nos recibió en el pórtico un anciano negro con el cabello gris muy corto y un ojo ofuscado por las cataratas. Vestía unos antiguos pantalones de terciopelo negros y lo que en otro tiempo debía de haber sido una camisa blanca, pero ahora no era más que un conjunto de harapos cosidos. Caminaba cojeando perceptiblemente. El hombre nos dijo con vacilación que se llamaba Crow. Luisa habló por los dos y le preguntó si por favor podríamos ver al dueño de la plantación. Miré alrededor para ver si vislumbraba a la hija de Medianoche, pero no había otros esclavos a la vista.

Antes de que Crow tuviera oportunidad de anunciar nuestra llegada, un hombre blanco con pantalones de satén azules y zapatos de cuero salió precipitadamente al porche. Nos miró de arriba abajo, con los brazos enjarras, como si hubiéramos allanado su mansión.

Esperaba que Luisa tomara la iniciativa, pero alzó las cejas y susurró:

—Adelante, John.

—Señor, yo… le ruego me disculpe —balbuceé— por la naturaleza inesperada de nuestra visita. Me llamo John Stewart, y soy extranjero en esta encantadora tierra, ya que recientemente he cruzado el mar, procedente de la lejana Gran Bretaña. Mi intención es dibujar y pintar los magníficos pájaros de Carolina del Sur y más adelante publicar las obras en un volumen en Londres. Como

todavía no he tenido el placer de dibujar los pájaros de esta zona concreta de las tierras bajas, yo… era de la… de la…

Debido a la impaciente mirada llena de irritación de nuestro posible anfitrión, me fallaban las palabras.

—Me ha cogido en un mal momento, señor —dijo con enojo—. Pero si me permite unos minutos, le veré en la sala de té. —Se volvió al anciano negro y espetó—: Crow, ocúpate de míster Stewart.

Saqué mi cuaderno de dibujo de la calesa, ya que quería mostrarle mis dibujos. Luisa me dijo que me esperaría en el porche.

—Mi presencia sólo haría las cosas más difíciles —observó.

Antes habíamos acordado que yo diría que era la esclava de un amigo de Charleston y que se llamaba Dorothy. Por si alguien de River Bend sabía algo de ella.

—Si se enteran de mi nombre, podrían cogerme —había dicho.

Cuando Crow entró en la habitación con una tetera y una fuente de galletas de mantequilla, le di las gracias y le pregunté los nombres de las mujeres que aparecían en los diversos retratos que abarrotaban las paredes. Me dijo que la joven dama con la expresión de derrota era *mistress* Holly.

—¿Puedo hacerle una pregunta un poco atrevida? —le pregunté. Al recibir su aprobación, dije—: ¿Este retrato fue pintado antes o después de la inoportuna muerte de su esposo?

Se pellizcó y retorció levemente los labios con las puntas de los dedos, pensativo. El ojo bueno de Crow poseía una clara conciencia.

—Oh, ése fue pintado mucho antes de que muriera, señor. A ver —y se puso a mirar hacia el techo y arrugó la nariz—. Calculo que fue pintado en 1800, es decir, veinte años antes de que falleciera el Gran Amo Henry.

Era el mismo año en que yo había conocido a Daniel y a Violeta.

—¿Y cuál de estos hombres era su malhadado esposo? —pregunté.

Crow señaló un buey con el pelo del color de la arena que

llevaba un mosquete en una mano y una Biblia en la otra. Sus ojos eran apagados y daba la sensación de que nada podría hacerle disfrutar más que dormir.

Edward se reunió conmigo poco después, disculpándose profusamente por haberme hecho esperar. Luego, durante la siguiente media hora, su objetivo fue convencerme de que era un hombre sencillo de necesidades modestas. Dado que la plata que había sólo en su sala de estar debía de requerir dos días de trabajo cada semana de un esclavo para mantenerla debidamente pulida, esta farsa era bastante inútil. Sin embargo, para protegerme, declaré que era manifiestamente un hombre sencillo, pero de gusto elegante.

—Este entorno es encantador —añadí.

Adulado por mis cumplidos, consintió con una sonrisa impaciente en echar un vistazo a mi cuaderno de dibujo. Se entretenía en cada dibujo, descubriendo algún detalle —un pico, una pluma de la cola, el destello de un ojo— ante el que maravillarse. No lo hacía tanto para alabar mi habilidad, aunque lo hizo con bastante frecuencia, sino para llamar la atención sobre sus poderes de observación.

Estaba a punto de pedirle con delicadeza la posibilidad de que me quedara en River Bend, cuando se abrió la puerta del salón y entró una delgada muchacha ataviada con un viejo vestido blanco. Tenía los ojos oscuros y la piel del color del bronce. Vi en ella a Medianoche como aquel maravilloso día en que llegó a nuestra casa de Oporto. ¡Qué ágil y apuesto era! Sentí un abrumador deseo de correr hacia ella. Notaba un hormigueo en la piel producido por la necesidad de preguntarle por su padre, abrirle mi corazón también a ella.

Como sabía que mi padre era responsable de la vida de pobreza y humillación que esa muchacha había heredado, mi vergüenza pareció agarrarme como un lazo; ¿cómo podría siquiera hablarle cuando seguramente había pasado toda su niñez maldiciéndonos a

mí y a mi familia?

Nos trajo galletas en una fuente, aunque aún no habíamos terminado todavía las anteriores ni pedido más. Edward me explicó que siempre estaba ocupada en alguna tontería u otra, como traer dulces cuando no había necesidad. Me hizo un guiño como si hubiéramos establecido una complicidad íntima, y luego dijo a la muchacha:

—Morri, creía que tenías una buena cabeza sobre esos huesudos hombros, pero no eres más que una necia. ¿Crees que puedes hacer lo que quieres? Pues no, no puedes. Algún día lo comprenderás, claro que sí; algún día no muy lejano, me parece. Ahora, saca tu molesto culo negro de aquí antes de que te dé un guantazo.

—Lo siento muchísimo —replicó ella, pero no parecía en absoluto perturbada por estos reproches.

Sin embargo, a mí me habría gustado pegarle un puñetazo a la cara de aquel hombre, que sin duda es por lo que me pareció que Medianoche me decía: «Sólo eres un *gemsbok*, o sea que no te dejes provocar tan fácilmente…».

Morri, que probablemente me tomó por algún amigo de su dueño, me echó una mirada desdeñosa cuando se volvió para marcharse.

Entonces hice acopio de valor y pregunté a Edward si podría quedarme una semana en River Bend para dibujar las aves locales. Entrelacé los dedos en mi regazo mientras hablaba; había observado ya que los sureños blancos, como los ingleses, consideraban vulgares los gestos de la mano.

—Pero, míster Stewart —dijo Edward con expresión desconcertada—, no creo que podamos ofrecerle las condiciones a las que está acostumbrado en Gran Bretaña. Esta casa es modesta, como he dicho, y mi esposa actualmente está fuera. Yo mismo sólo estoy aquí dos o tres días a la semana. Estoy seguro de que River Bend le parecería un lugar muy primitivo.

—Sólo necesitaría una habitación y una sola comida al día, míster Roberson.

—Sí, pero los negros… es probable que en esta época del año causen problemas. Estos veranos tan calurosos y húmedos provocan una especie de frenesí en ellos. Se pasarían la noche bailando si no fuera por el látigo.

—A decir verdad, señor, nunca me fijo siquiera en los africanos. Ninguna bribonería que hagan me molestará —dije, efectuando lo que esperaba fuera una actuación convincente.

—Sí, imagino que los pájaros carpinteros y los reyezuelos le parecen más atractivos —dijo, sonriendo.

—Así es, en verdad —dije a mi vez, riendo.

Edward me regañó entonces por mi insistencia en pagar mi estancia, declarando que jamás lo permitiría. Llamó a Crow, que había estado esperando junto a la puerta del salón, y le ordenó que me ayudara a llevar las bolsas a la antigua habitación de *mistress* Anne. Antes de encaminarme hacia la escalera, salí a reunirme con Luisa. Le dije que todo iba bien y volví con ella a la calesa para coger mis bolsas. Le susurré que había visto a la hija de Medianoche y que se llamaba Morri.

Luisa me cogió la mano con fuerza; luego pensó que era mejor no mostrar sus sentimientos. Miró alrededor para confirmar que nadie nos oiría y dijo:

—Me alegro mucho, John. ¿Ha hablado con ella?

—No he podido. Lo intentaré más tarde.

—La convencerá, estoy segura de ello.

—Si al menos yo estuviera tan seguro como usted…

—La seguridad no cuesta nada —dijo con una sonrisa—, así que yo tengo muchísima.

Le di las gracias a ella y a Isaac por su ayuda.

—No le daré un beso aquí —susurró ella. Nos estrechamos las manos—. Ahora, vaya con cuidado, John. Le dejaré con lo que mi mamá solía decirme cada vez que emprendía algo arriesgado. No sé exactamente lo que significa, pero a mí solía darme ánimos. —Me puso una mano sobre el pecho y presionó—. Cómete la noche, hija. Cómete la noche muy dentro de ti.

Más tarde, saqué mi cuaderno de dibujo; luego recorrí apresurado el perímetro de la sala de té hacia el edificio de la cocina, que estaba unido a la casa grande mediante una pasarela. Oía voces suaves

procedentes de dentro. Llamé, y una anciana negra con gafas, vestida con una amplia túnica blanca, abrió la puerta y me hizo una inclinación de cabeza en gesto de deferencia.

Pronto me dijo que era Lily, la cocinera. Cuando pregunté si había alguien que pudiera lavar y planchar una camisa y unos pantalones para mí, vaciló un rato, como si fuera sorda. Luego, cuando repetí mi pregunta, dijo:

—Se lo daré a Morri, señor.

—¿Y podría hablar con la propia Morri?

—Sí, claro que puede, señor. Espere aquí, por favor.

Morri apareció al cabo de un minuto, con expresión de gran alarma en los ojos; con una mano se cogía el codo del otro brazo, que llevaba colgando al costado. Se quedó a dos pasos de mí, cauta.

—Morri, tengo que pedirte un favor —dije.

—Sí, señor.

—La ropa que he dejado en mi cama está muy, muy sucia. ¿Me harías el favor de hacer que la camisa… que la camisa quede blanca-blanca como el cielo?

—¿Blanca como el cielo? Me temo que no le entiendo, señor.

—Me han dicho que ése era el color del cielo en la época de las Primeras Personas.

Dio un paso atrás.

—Nosotros somos las Primeras Personas —añadí—. Tú y yo… y todos los demás. Aunque es un secreto que pocos conocen.

Antes de poder explicarme más, la chica se marchó a toda prisa, palpando la pared de la cocina como si fuera ciega.

47

¿POR QUE MEDIANOCHE NO PUEDE HABLAR?

Cuando el extraño fue a la puerta de la cocina a preguntar por mí, Lily fue a buscarme saltando como un sapo, porque no comprendía la mitad de lo que él decía. Allí estaba, en la puerta, con su metro ochenta, intentando atraparme dentro de aquellos ojos azul-grises que tenía.

Me preguntó con voz realmente melosa que le lavara unas cosas, como si pudiera negarme sin correr el riesgo a ser azotada. Luego dijo algunas cosas peculiares: que su ropa estaba muy, muy sucia. Y que el cielo era blanco-blanco. Sólo mi papá hablaba así.

Esto, claro está, me confundió mucho. Luego se me ocurrió lo evidente: ¡Aquel bastardo ya había hecho prisionero a mi padre! Esta era su diabólica manera de decírmelo. Probablemente, él y los suyos estaban torturando a papá en algún lugar secreto. Tal vez hacía años que le tenían encerrado.

Lo que estaba haciendo en River Bend no podía saberlo. Aunque siendo blanco probablemente sólo quería complacerme en mi sufrimiento al saber que mi papá estaba preso.

Pero entonces, ¿por qué había estado preguntando en Charleston por mi padre como si no supiera dónde estaba? Y si papá había sido capturado, ¿por qué no le habían devuelto al Amo Edward, su propietario?

Mirar al hombre que estaba de pie fuera de la cocina, junto a la puerta, hizo que me costara respirar. Salí de la habitación a tientas y me fui corriendo. No sabía adónde iba, pero tenía que salir de la Casa Grande antes de morir asfixiada.

Me precipité fuera lo más deprisa que pude y encontré a Weaver arreglando el corral.

—Vaya, ve un poco más despacio, muchacha. ¿Qué te pasa?

—Tenemos que cancelar lo planeado —susurré. Entonces le hablé del extraño que había capturado a mi padre.

—No, niña, es demasiado tarde para detener lo que hemos empezado.

—Me parece que tiene secuestrado a papá.

Entonces me eché a llorar, porque esperaba tanto que mi padre hubiera huido y estuviera en el Norte… Si no había podido escapar, ¿qué posibilidades teníamos nosotros?

—¡Vamos a morir, Weaver! Nos cogerán.

—Cálmate, muchacha. Cálmate. Cuéntame lo que está pasando en esa cabeza tuya.

Dije que no comprendía por qué el visitante estaba preguntando por mi papá si ya debía de haberle hecho prisionero. Weaver pensó en eso mientras masticaba un tallo de arroz, y luego dijo:

—Averiguará quién le ayudó a escapar. Tu papá no lo dice y él quiere saberlo.

Eso tenía sentido.

—Si te habla, dile que nunca conociste a mi padre —le indiqué.

—No puedo decir eso, muchacha. He estado aquí toda mi vida.

—Entonces di que no estabas el día que desapareció. Estabas en Charleston.

—Lo que tú digas, Morri. ¿Dónde crees que tiene a tu papá?

—No lo sé —respondí, pero supe entonces que tenía que averiguarlo.

Me quedé fuera de la casa unas horas, caminando por Porter’s

Woods, esperando con todas mis fuerzas que el extraño no se quedara demasiado tiempo. Si estaba allí cuando Beaufort dejara la señal de que los botes estaban en el embarcadero, esperando para llevarnos a la libertad, tendríamos que hacer una gran matanza en River Bend. Pensar eso me ponía enferma, y no sabía si realmente podría hacerlo, pero imaginé que sólo lo sabría con seguridad cuando llegara el momento de apretar el gatillo.

De regreso a la Casa Grande me paré a ver a Weaver otra vez, y me dijo que había tenido una agradable conversación con el extranjero. Incluso le había llevado a ver las cabañas de los esclavos.

—Bueno, estoy segura de que no le has enseñado mi habitación. Y será mejor que no le hayas dicho nada de papá.

—No he dicho nada. Tienes uno de tus momentos malos, ¿verdad, niña?

—Bueno, tengo derecho a tenerlo.

Regresé a la casa con grandes pasos, decidida a averiguar qué clase de secretos guardaba el visitante. Crow me dijo que estaba fuera, en algún sitio, así que me introduje en su habitación.

Encontré sus bolsas de viaje de cuero sobre la cama. Las abrí y descubrí dos cosas que al verlas el corazón me dio un vuelco: una larga pluma blanca y una flecha hecha en tres secciones, cada una de las cuales encajaba a la perfección en la siguiente.

Me quedé allí sentada, aturdida. Porque la flecha era tal como mi papá había descrito el modo en que su pueblo las hacía en África. La pluma… bueno, podía haber sido arrancada de cualquier gallina vieja, pero era más larga de lo que jamás había visto. Me hizo recordar aquel misterioso pájaro blanco del que papá me hablaba, el que había seguido durante años y finalmente vislumbrado en Portugal.

Aquel hombre resultaba cada vez más extraño, ¿saben? Porque al ojear sus dibujos de pájaros descubrí uno de papá. Tenía talento, había que admitirlo, suponiendo que fuera él quien lo había dibujado. Había sabido transmitir al papel algo del espíritu de mi padre. Pero no era el hombre que yo había conocido. Porque al mirar fijamente su cara a través de las lágrimas me di cuenta de que era mi papá antes de que yo hubiese venido al mundo. Tendría sólo unos treinta años. En aquella época habría podido correr más que

un ciervo.

No sólo eso, sino que había una nota escrita al pie: «¿Por qué Medianoche no puede hablar?».

No lograba imaginar cómo había conseguido aquel tratante de esclavos de mente retorcida un dibujo de mi papá que debía de haber sido hecho veinte o más años atrás, tal vez incluso antes de que llegara a River Bend. Lo más extraño de todo era: ¿Cómo podía saber que papá no se llamaba Samuel cuando vivía al otro lado del océano?

48

UNA CASA LLENA DE RECUERDOS QUE SIMPLEMENTE SE DESBORDÓ

Fui una completa estúpida por no comprender antes que el extranjero que tenía la flecha de mi papá era un niño convertido en hombre y venido de muy lejos. Pero cuando lo hice, salí corriendo de la casa y crucé el campo de maíz y atravesé los jardines de los esclavos y seguí corriendo por el camino hasta el río. Le encontré sentado en una roca y él se volvió a mí como si tuviera miedo de lo que yo pudiera hacer. Quizá pensó que llevaba un cuchillo.

—Usted es John, ¿verdad? ¡Es John el *gemsbok*!

Los ojos le brillaron y se puso en pie.

—Sí, he venido de Portugal. Y, Morri, no sabes cuánto me alegro de haberte encontrado.

Alcé su dibujo de papá.

—También tiene su flecha.

—He venido a buscar a tu padre. Y a llevaros a casa si queréis venir conmigo.

Se acercó a mí, despacio, con lágrimas que le resbalaban por las mejillas, pero parecía preocupado también, como si tuviera miedo de hacerme daño. No le quedaba mucha voz.

—¿Puedo tocarte, Morri? —susurró.

Asentí, pero no estaba segura de si debía confiar en él. Me puso las manos en los hombros, luego las bajó por mis brazos y me acarició. Estaba palpando mi forma, como si se asegurara de que era real. Era verdaderamente gentil; demasiado gentil. Me daba miedo.

Entonces me sonrió, con rapidez, y se secó los ojos. Ahora parecía mayor de lo que al principio me había parecido. Debía de tener casi cincuenta y cinco años. Hice unos rápidos cálculos mentales y me pareció que era más o menos lo que papá me había dicho.

—¿Qué… qué puedo hacer por usted? —le pregunté, con auténtica cautela.

Entonces se llevó mi mano a los labios, me besó la palma y la cerró, como mi papá solía hacer de vez en cuando. Eso me convenció más que nada de que tenía que ser John el *gemsbok*.

—Llévalo siempre contigo —dijo.

—Lo haré —dije, con mis sentimientos entremezclados y opuestos. Seguía pensando que era John y debería confiar en él porque mi padre lo había hecho, pero la verdad era que él era blanco y yo no.

Nos quedamos sentados junto al río hablando durante casi dos horas, y acabé contándole todo lo que sabía de la desaparición de mi padre, que era casi nada, y lo de que el Amo Edward me había enviado a otro sitio. Le confundí con la rapidez con que hablaba, porque el corazón me latía con fuerza debido al nerviosismo, así que tuve que retroceder y contarle cómo había empezado todo: la llegada de mi padre a River Bend y que le cortaron los nervios de los talones, y los asesinatos del Gran y Pequeño Amo Henry después de los terribles ataques. No quería hacerlo, pero todo me salió atropelladamente, como si una casa llena de recuerdos se hubiera desbordado. Incluso hablé de cosas que debería haber mantenido en secreto, como que había visto al Gran Amo Henry bañado en sangre, con mi vaso de limonada vacío en el suelo junto a su mano.

John se excusó con auténtica cortesía y se fue corriendo unos pasos junto al río cuando le conté que habían mutilado a mi padre por intentar escapar antes de que yo naciera. Creí que iba a aliviarse, pero luego oí ruidos de vómito. Me llamó y me preguntó si el agua era buena para beber, y le dije que tenía mal sabor pero

que no le haría daño. Cuando regresó, se disculpó por haberme dejado sola.

A veces, mientras hablaba con él, me preguntaba dónde me encontraba. Porque no parecía que aquello estuviera ocurriendo en River Bend. Quiero decir, un corpulento hombre blanco escuchándome como si lo que yo decía pudiera cambiar el mundo.

Cuando me preguntó quién creía que había cometido los asesinatos, dije que sospechaba que el Pequeño Amo Henry había matado a su padre, pero cuando él fue asesinado del mismo modo… Bueno, de eso hacía mucho tiempo y nadie sabía nada.

Yo quería dejar el tema, así que le pregunté por su viaje de Portugal a Carolina del Sur. Muy pronto se imaginó que lo que más me interesaba era saber cosas de papá anteriores a mi nacimiento, así que empezó a contarme todo lo que pudo, que era todo un mundo más de lo que jamás habría creído que un hombre blanco habría recordado de un africano. Empezó con su primera cena juntos y acabó con el viaje que nuestros papás habían emprendido a Inglaterra.

Entonces le tocó a él ir con cuidado. Me preguntó si papá me había contado lo que su padre le había hecho en Londres. Le dije lo que había oído. Él declaró que no había ocurrido así, que papá tal vez ni siquiera había sabido toda la verdad. Entonces me contó que su padre había hecho que le secuestraran y vendieran como esclavo a míster Miller en Alexandria. Antes de contármelo, dijo:

—Espero que no me odies cuando haya acabado de contarte esta terrible historia.

No estoy segura de lo que sentía después de oírla. No le odiaba, no. Y se lo dije.

—Si mi papá no hubiera venido aquí, yo no hubiera nacido. Y él nunca habría conocido a mi mamá. La quería muchísimo. Ahora no se puede cambiar nada del pasado. Así que no le odio, ni siquiera a su papá. Debería hacerlo, pero no lo hago.

—Morri, ¿cómo crees que hombres buenos pueden hacer cosas malas? —me preguntó—. Porque lo que todavía no te he dicho de mi padre es que era un hombre generoso y bueno. Y no querría que creyeras que no quería a tu padre. Sé que le quería.

Traté de pensar en lo que papá diría, pero no se me ocurrió nada lo bastante bueno. Cuando dije que no lo sabía a ciencia cierta,

John se levantó con determinación.

—Morri, no puedo volver a casa hasta que encuentre a tu padre… o descubra qué le ha ocurrido. Si es esclavo en algún lugar, compraré su libertad. Pero con todo lo que me has contado, aún no sé por dónde empezar a buscarle.

—Creo que debe de estar en el Norte. Tal ver debería volver a Nueva York y empezar a buscar allí.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Yo? El Amo Edward no me dejará irme a Nueva York ahora mismo. Tal vez después de cenar —dije, riendo.

—¿De verdad crees que te dejaría aquí, ahora que te he encontrado? Ofreceré a Edward el precio que sea por ti. Aunque te pido disculpas por hablar de ti en estos términos.

Sus intenciones en verdad me asustaban, porque cualquier día Beaufort iba a dejar una cinta en nuestra verja. No podía decírselo a él, así que dije:

—No puedo ir con usted. Tengo que quedarme aquí… por si mi padre vuelve a por mí.

—Pero si así fuera, ya lo habría hecho. Tú misma has dicho que debe de creer que has muerto.

—Sólo lo decía porque… porque a veces tengo miedo de estar aquí sin mis padres. Pero algún día él vendrá a buscarme. Puede estar seguro de ello.

No estaba diciendo lo que realmente pensaba, que era que aunque papá estuviera vivo, el Amo Edward había sido más listo que él. Mi mentira se mezcló con mi miedo e hizo que la voz me temblara. John me miró como si le hubiera disparado una bala. Entonces recordé la carta que mi papá había dejado para él. Pero si se la daba aún aumentaría más su deseo de que me fuera con él.

—Estás enfadada conmigo —dijo, como si fuera un niño pequeño que ha hecho algo malo.

—No, no lo estoy, pero no puedo ir con usted. —Me puse en pie, pensando en aquellas armas escondidas debajo del porche—. Ahora tengo que regresar a la casa. No querrá ver al Amo Edward furioso conmigo. Esta vez podría hacer algo terrible.

—No, Morri —respondió, hablando como si hubiera años de odio en él—. Creo que me gustaría verle furioso contigo. Tal vez me gustaría verle cortarte los nervios de los talones, porque te diré una

cosa: le pondría un cuchillo al cuello y lo retorcería con tanta fuerza que estaría muerto antes de que pudiera siquiera disculparse contigo.

49

Cuando Morri se enteró de mi identidad, tuvimos una larga conversación junto al río Cooper. Pero nada de cuanto le dije pudo eliminar su reticencia a hablar conmigo. La frustración me hizo llorar. Había creído que una vez ella supiera quién era yo, heredaría todo el antiguo cariño que Medianoche sentía por mí. Había olvidado que en el mundo no existe la magia.

Despreciaba mi torpeza delante de ella y mi incapacidad de convencerla de que escapara conmigo. Luego, verdaderamente lo estropeé todo dejándome llevar por mi temperamento escocés y declarando que, si el Amo Edward intentaba cortarle los nervios de los talones, yo le cortaría a él la garganta.

Después Morri me habló como si yo fuera peligroso, como en realidad podía haber sido. Me rogó que no dijera al Amo Edward que había conocido a su padre. Por supuesto, no tenía intención de hacerlo, y el que me lo hiciera jurar me decepcionó profundamente. También me pidió que no mencionara al Amo Edward mi deseo de comprarla. Simplemente era algo que estaba fuera de lugar, dijo, y sólo le causaría dificultades a ella. Si de verdad me preocupaba su bienestar, debía dejarla.

Aquella noche, en mi habitación, me quedé tumbado imaginando los jardines de los esclavos que había visto aquel día, pensando, asimismo, en que Medianoche había despejado el terreno de detrás

de nuestra casa poco después de llegar a Oporto, permitiendo que las rosas que llevaban allí largo tiempo dormidas florecieran. La próxima primavera sus rododendros serían nubes de rojo y rosa.

En la oscuridad de mi cuarto, su desaparición me hizo dar vueltas y más vueltas en la cama. Un hombre y un acto cobarde podían causar daño a mucha gente, durante veinte años o más. El mal de lo que mi padre había hecho incluso podía seguir durante muchas generaciones, porque allí estaba Morri, obligada a vivir como una prisionera, aislada del resto del mundo. Sus hijos nacerían y morirían allí también, o, peor aún, podían ser vendidos a nuevos propietarios que vivieran a centenares de kilómetros.

Arriesgándome a sufrir una invasión de mosquitos, abrí mi ventana para buscar el Arquero, pero no pude encontrarlo. Deseaba comerme la noche y todas sus estrellas, como había sugerido Luisa, con el fin de obtener el valor de aquellos cazadores.

50

ESTA ES MI VENGANZA

Ahora que había conocido a un blanco que recordaba los rostros de los negros, no estaba tan segura de que fuera algo bueno. Porque ¿qué sabía realmente de él?

Esto era en lo que más pensaba cuando me precipité a la puerta principal de River Bend al día siguiente antes del amanecer. Pero no había ninguna planta ni cinta a la vista.

Cuando los primeros rayos de sol se filtraban entre los pinos, ya estaba golpeando la colada del Amo Edward en las rocas de lavar en *Christmas Creek*. Esperaba que John se marchara. Imaginaba que no le debía nada sólo porque hubiera sido amigo de mi papá. De todos modos, entonces él sólo era un niño. Tal vez aquel hombre no tenía nada que ver con el muchacho que había sido tantos años atrás.

Un poco más tarde, Wiggie vino a decirme que el bebé de Rosa, Cullenn, tosía y me necesitaban. Me preocupaba que fuera el crup, así que fui al jardín de papá y mezclé un poco de manzanilla y *cassena* para que lo inhalara. El aire en su cabaña estaba enrarecido como pan mohoso, así que le llevé yo misma a
Porter's
Woods y allí hice un fuego, porque Rosa era una esclava del campo y no podía dejar de desherbar el arroz.

De modo que allí fue donde vi a John la siguiente vez: sentado en la linde del bosque. Me preguntó si Cullenn era hijo mío, lo que me hizo reír, ya que cualquiera podía ver que no se parecía en nada

a mí.

—Algunos bebés se parecen al padre —dijo, poniendo cara larga y triste—. Como tú, por ejemplo.

Desvié la mirada, porque sus ojos estaban ablandando mi ira y la necesitaba toda si quería tener el valor necesario para coger mi pistola y marcharme de River Bend.

—Morri, he venido para sacarte de aquí —me dijo.

—Le agradezco que haya pensado en mí —dije con frialdad—, pero es inútil hablar de estas cosas. No puedo irme.

Se me acercó un par de pasos.

—¿No entiendes lo que te estoy diciendo? —suplicó—. Ya no tienes que quedarte aquí.

—Es usted el que no entiende. Probablemente el supervisor me castigará si me ve hablando con usted. Me está haciendo la vida difícil. Así que déjeme. —Como no se retiró, grité—: ¡No me pueden ver hablando con usted! ¡Váyase!

Vi que le había herido, pero sabía que era por su bien y no dije nada más. Aun así, me sentía realmente culpable.

No volví a verle el resto de aquel día, sábado. Weaver dijo que le vio un par de veces sentado en una roca junto al río Cooper, con aire preocupado, dibujando en su cuaderno como si su vida dependiera de ello.

John había cenado con la familia en la Casa Grande el sábado por la noche. *Mistress* Anne había venido de Charleston, y el Amo Edward y *mistress* Kitty habían llegado de Cordesville. Todos habían oído que allí se alojaba un artista escocés, así que habían venido para echarle un buen vistazo. Crow me dijo más tarde que *mistress* Anne había coqueteado con John de un modo vergonzoso durante casi toda la cena.

Aquella noche yo me quedé con Rosa en su cabaña, ya que Cullenn seguía tosiendo y necesitaba mi constante atención. Tenía la nariz muy tapada, así que hice uno de los trucos de mi padre y se la cubrí con mi boca para extraerle toda aquella mucosidad.

El domingo era nuestro día libre, y Cullenn estaba mejor, así que le enseñé a Rosa a cuidar de él; luego fui con Weaver a Comingtee para que él pudiera reunirse con su esposa e hijos. Enseguida nos dieron malas noticias. Martha y sus dos hijos se habían pensado mejor lo de nuestra huida. Pero Weaver dijo que era demasiado

tarde para cambiar de opinión, que teníamos que irnos porque había demasiada gente que conocía el plan y ya teníamos las armas. Martha nos dijo que una lavandera llamada Sarah iba a ir también con nosotros. Ella y el hijo de Weaver, Frederick, querían casarse.

Pasé el día observando las barcazas con algodón deslizarse por el río, bordando las mangas de mi vestido de los domingos y cantando algo con el otro hijo de Weaver, Taylor, que tenía una vieja guitarra. Nadie dijo ni una palabra más de escapar. Weaver pescó un poco y atrapó una carpa, que comimos para cenar y estaba buena, aunque todos picoteamos las guarniciones como si fueran a colgarnos por la mañana. Es curioso de qué manera el anochecer te puede hacer pensar en la muerte.

El domingo volvimos tarde a casa, casi a medianoche. Por la mañana, mientras robaba unos últimos minutos al sueño, Wiggie llevó a John a una casa cerca de Stromboli donde vivía aquella elegante mujer negra que había ido con él a River Bend la primera vez. Pensé que había abandonado la idea de ayudarme, y dentro de mí se mezclaban un montón de sentimientos confusos sobre ello. Pero luego Crow me dijo que John había pasado buena parte del domingo haciéndoles preguntas indiscretas a él, a Lily e incluso a míster Johnson. Quería saberlo todo sobre los asesinatos del Gran y el Pequeño Amo Henry. Les hizo describirlo todo con detalle, hasta cómo habían sido sus hechizos. ¡Incluso pidió a Lily su receta de la limonada!

Después de oír eso, me sentí muy aliviada al saber que nos había dejado. Si se hallaba fuera de la plantación no había posibilidad de que ninguno de nosotros tuviera que hacerle daño.

Cullenn ya estaba mucho mejor el lunes. No tenía fiebre ni tosía. Pensé que al menos había ocurrido una cosa buena. Una cosa buena al día es lo que suelo pedir, aunque algún día deseo que ocurran dos.

Jamás olvidaré el martes 2 de septiembre de 1823. Porque aquella mañana encontré una cinta roja atada a la puerta de la cerca y una

maceta de claveles rosa. No puedo decir cómo me los llevé a la Casa Grande, porque no recuerdo absolutamente nada. Fui a ver a Lily. De eso sí me acuerdo. Me hizo sentar y me abanicó, porque estaba ardiendo.

—Niña, me estás asustando mucho.

—Yo estoy muy asustada —le dije.

Teníamos intención de sacar los mosquetes, la pistola, la pólvora y las espadas de donde estaban escondidos el domingo al anochecer. Saldríamos por la puerta delantera y nos encaminaríamos hacia Petrie's Landing, donde los botes nos esperaban. Remaríamos río abajo hasta el puerto de Charleston y el capitán Ott.

Íbamos a atar al Amo Edward y a míster Johnson con cuerdas y les encerraríamos en el primer galpón. También ataríamos a los dos capataces negros, ya que nunca habíamos podido confiar en ellos. Cuando alguien pasara por allí y les sacara del cobertizo, nosotros estaríamos a salvo en el *Landmark*. O muertos.

Tras el crepúsculo, en realidad, mucho después de medianoche, me arrastré debajo del pórtico para coger uno de los mosquetes. Estaba oscuro y tenía miedo de que una serpiente de cascabel me mordiera en la mano. Temblaba como una niña pequeña. Pero lo conseguí. Su cañón encajaba en la palma de mi mano como la muerte misma.

Se lo entregué a Weaver en el galpón. Él despertó a Saúl, Sweet-Pea y Drummond, los esclavos del campo que compartían el mismo espacio que él. Sweet-Pea y Drummond eran gemelos, sólo tenían veinte años, y Saúl era su tío. Weaver les contó lo que planeábamos. Sweet-Pea vendría. Drummond dijo que no, gracias, que todo aquello era un plan estúpido, pero no diría nada al supervisor ni al

Amo Edward. Saúl dijo que no estaba seguro de querer arriesgarse. Weaver se quedó levantado aquella noche a la luz de dos velas y les enseñó a Sweet-Pea y a Saúl a meter la pólvora y disparar. Al amanecer, Saúl estaba seguro de que sabía disparar el arma, así que también decidió venir.

Al mismo tiempo, yo le dije a Lily lo que planeábamos. Ella aferró una cruz de latón que llevaba siempre al cuello como si temiera salir volando y dijo que tenía muchísimo miedo por mí. No parecía comprender que le estaba diciendo que también ella podía venir. Sólo meneaba la cabeza y decía:

—Yo no, niña. Voy a morir en River Bend, ya lo sabes.

No pude hacer nada para que viniera con nosotros.

—Te echaré de menos, niña —dijo, echándose a llorar—, pero rezaré para que lleguéis al Norte. —Me cogió por los hombros—. Será mejor que me envíes una carta cuando llegues allí, porque no quiero estar preocupada por ti. Le pediré al Amo Edward que me la lea. Sentirá alivio cuando sepa que estás a salvo en el Norte.

Hizo un guiño al decir eso y nos echamos a reír a carcajadas. Luego me apretó contra su pecho como si fuera mi mamá.

O sea que ya éramos cuatro de River Bend dispuestos a escapar: Weaver, Sweet-Pea, Saúl y yo. Otros cuatro de Comingtee sumaban ocho.

Backbend y Hopper-Anne, los nietos de Lily, dijeron el miércoles que vendrían, junto con la esposa de Backbend, Lucy. Esta también traería a su bebé, Scooper. La abuela Blue dijo que era demasiado vieja para ir caminando por el campo con perros siguiendo el rastro de su viejo pellejo africano. Pero su hijo Parker y su esposa Christmas-Eve —nombre que significa Nochebuena, pues había nacido el 24 de diciembre— vendrían, junto con su nieto Randolph y sus hijos Lawrence y Mimi. Rosa y su esposo, Langston, dijeron que era demasiado arriesgado. Todavía no se lo dijimos a Wiggie, pues no podíamos estar seguros de que no pasaría esa información al Amo Edward o a los capataces.

Crow… suplicamos al viejo buitre, pero no quiso cambiar su no por un sí. Cuando dijimos que íbamos a encerrar a todos los blancos y a los capataces negros en el primer galpón, sonrió como hacía cuando era joven y dijo:

—Alguien tiene que quedarse para asegurarse de que no se escapan. Ese seré yo.

—Por favor, Crow, te lo ruego. Ven con nosotros. No podemos dejarte.

—¿Recuerdas cuando me azotaron tanto que mis costillas asomaban como dientes? Cuando me lo hicieron, niña —me apretó la mano con fuerza—, me dije a mí mismo: «Crow, tienes que devolvérselo y hacerles sangrar». Esta es mi oportunidad, niña. Déjame aquí y me aseguraré de que no vayan a ninguna parte. Sus ojos sangrarán cuando vean River Bend vacío y que vosotros os habéis marchado hace tiempo. ¡Y quiero verlo con mis propios ojos!

—Pero puedes venir. Ahí fuera está la libertad. Crow, tienes que venir. No puedo dejarte.

—No, niña; mi venganza está aquí.

Así pues, el miércoles a la hora de la cena se decidió que trece de River Bend —incluido un recién nacido— íbamos a cerrar la puerta de nuestra plantación tras de nosotros. Y después estaba la familia de Weaver de Comingtee: Martha, Taylor, Frederick y Sarah.

Señor, esperaba que pudiéramos caber diecisiete personas en aquellos botes que el capitán Ott tenía intención de dejarnos en Petrie's
Landing.

El miércoles a última hora de la noche, Weaver cruzó el puente hasta Comingtee, donde dijo a su familia que el domingo a las seis

de la tarde estuvieran en River Bend. Martha ahora estaba segura de que no tenía valor para escapar, pero Weaver le dijo que en Nueva York le esperaba una cama de plumas. Se trataba de una pequeña broma entre ellos dos, ya que Martha siempre decía que sólo por una vez en su vida quería dormir en un colchón de plumas con una almohada que no estuviera hecha con ropa vieja. Weaver siempre había dicho que lo primero que haría con el dinero que pudiera reunir algún día sería comprarle una cama como es debido.

El jueves por la mañana, todos salvo Weaver estábamos inquietos como peces fuera del agua por lo que iba a suceder. Todos pensábamos lo mismo: que si una sola persona decía algo estúpido a míster Johnson o uno de los capataces, todos estaríamos metidos en un buen lío. La mitad del tiempo estuve tan cerca de desmayarme que continuamente necesitaba mojarme la cabeza con agua.

Luego, hacia mediodía, John entró por la puerta delantera con una bolsa de cuero y su cuaderno de dibujo. Weaver le vio antes que yo, porque estaba ayudando a inundar los campos de arroz a unos doscientos metros de la entrada. Yo no le oí hasta que llegó al porche, porque llamó a Crow. Estaba eliminando una invasión de hormigas de la cocina y corrí a ver quién era. Él me miró como si llevara dentro algún secreto que iba a cambiarlo todo.

51

Un comentario aparentemente inofensivo de *mistress* Anne a la hora de la cena el sábado por la noche, junto con una de mis propias observaciones, me hizo sospechar el origen de los ataques sufridos por el Gran y el Pequeño Amo Henry. Si no hubiera descubierto su causa, creo que Morri tal vez nunca habría llegado a confiar en mí.

Cuando empezamos a comer yo rozaba la desesperación, ya que Morri se había vuelto a negar a pensar siquiera en irse conmigo. Aquella tarde la había visto cuidar de un bebé enfermo y le había hablado con amabilidad, pero ella me respondió gritando que le estaba haciendo la vida aún más difícil de lo que ya era. Simplemente no se me ocurrió nada que decirle.

Mistress Anne al principio habló con malicia sobre su hermano y su padre muertos, llamando al segundo bruto y al primero pelele. Sin embargo, al final suavizó sus palabras y mejoró mi estado de ánimo cuando pidió a Lily que preparara limonada fresca para todos, como en los días de su juventud, cuando Samuel les daba un vaso cada noche a su padre y a su hermano por razones de salud.

—Verá, míster Stewart —empezó a explicar *mistress* Anne—, mi padre y mi hermano eran objeto de los más terribles ataques de fiebre y vértigo. Para ser completamente sincera con usted, a veces temo que mis hijos hayan heredado esta propensión, pero hasta ahora hemos tenido mucha suerte.

A mis posteriores preguntas, respondió que nunca había pedido a Lily la receta de su limonada pero que debía de contener algunas de las hierbas que Samuel cultivaba en su jardín.

—Todos nos beneficiábamos considerablemente de su presencia.

Aunque hace tres años desapareció. Tiemblo por el destino de ese pobre hombrecillo. De verdad. Probablemente ahora los perros ya se lo habrán comido hasta el último hueso.

Cuando Lily entró en la estancia con vasos y una jarra de limonada, Anne pidió que nos diera su receta. Consistía en zumo de limón, agua, miel, hojas de menta trituradas y una mezcla de diversas hierbas en polvo. Cuáles eran exactamente, no lo sabía. Nos dijo que sólo lo sabía Samuel, aunque Morri había logrado una receta casi igual de buena.

Entonces comprendí que las hierbas carecían de importancia. No se me habría ocurrido si, durante mi infancia, Medianoche y yo no hubiéramos leído juntos en docenas de ocasiones el relato de Estrabón de la victoria del rey Mitrídates del Ponto sobre los romanos.

Lo importante era la miel.

Al día siguiente interrogué un poco más a Crow y a Lily. Los dos vacilaban en hablar conmigo, pero acumulando pequeños detalles pude sacar a la superficie el oscuro tesoro que buscaba.

Crow me contó que los ataques del Gran Amo Henry habían comenzado antes de que Medianoche llegara a River Bend, pero también lo remontó a 1809, que, por lo que Morri me había contado, sabía que era mentira. Confirmó que sólo *mistress* Holly y el Amo tenían llaves del dormitorio en el que había sido hallado su cuerpo.

Interrogué a Crow en la puerta de su pequeña habitación, junto al estudio. Para cambiar de tema, me mostró algunas de sus chucherías, incluidos dos moldes que había hecho presionando conchas en arcilla del lecho del rio. Me contó que en otro tiempo había tenido muchas, algunas de las cuales las había cocido en un horno su hermano menor, recientemente fallecido, que había sido herrero en la plantación Limerick. Y no sólo conchas; también había hecho moldes de monedas y de flores de Samuel.

Más tarde Lily me explicó que cuando el Gran Amo Henry se hallaba poseído por uno de sus ataques, era como si estuviera borracho como una cuba. Según me contó, al Pequeño Amo Henry le ocurría lo mismo.

También me aseguró que los conocimientos y cuidados médicos de Samuel siempre habían devuelto la salud al Gran y al Pequeño

Amo Henry. Se sobresaltó cuando le pregunte si la limonada particular que ella preparaba durante los ataques de los amos era diferente en algo a la que preparaba a diario. Negó que hubiera ninguna diferencia.

Yo también ocultaría la verdad en caso de encontrarme en su lugar. Para acallar sus temores, dije que estaba seguro de que ella nunca había hecho nada malo a ninguno de sus amos. Entonces me tocó a mí mentir. En voz confesional, dije que una de mis hijas, que estaba en Inglaterra, sufría ataques similares. Expliqué que sólo esperaba aprender el secreto de su receta para poder aliviar el sufrimiento de la niña.

Pensando en mis hijas y en el lejano Londres no me costó que las lágrimas acudieran a mis ojos. Ablandándose, Lily susurró que cuando el Amo se sentía un poco indispuesto, Medianoche a veces le pedía en secreto que utilizara lo que ella llamó la miel curativa, una variedad fuerte y oscura que Medianoche extraía de los panales de una colmena particular de
Porter's
Woods. Sólo él sabía dónde estaba situada exactamente, aunque le había transmitido el secreto a Morri. Lily me aseguró que Morri sin duda me daría una jarra para mi hija antes de que me marchara de River Bend.

Le di un beso por su bondad, y vi de reojo que se frotaba la mejilla cuando yo salía por la puerta.

Así me enteré de cómo provocaba Medianoche los ataques. En cuanto a su motivación, no parecía que un esclavo necesitara una razón concreta para darle «miel tóxica» a su amo. Sin embargo, Morri me había proporcionado una antes, cuando me dijo que su padre se había ganado el derecho a que ella leyera, así como a tener jardines para él y los otros esclavos gracias a que había curado al Gran Amo Henry del peor de sus ataques y luego le había amenazado con no volver a ayudarle nunca más. El pequeño Amo Henry probablemente le había hecho más concesiones por la misma

razón.

Lily siempre había creído que los ataques empeoraban por sí mismos y que la miel curativa era lo único que se interponía entre su amo y la tumba. No tenía ningún motivo para dudar de Medianoche, cuyo talento como sanador era famoso. Él le decía cuándo debía empezar a usarla y cuándo tenía que parar.

Por supuesto, podría haber sido posible que el primer ataque hubiera sido real y le hubiera dado a Medianoche la idea de su táctica. En cualquier caso, una vez hubo visto lo fácil que era provocar una grave enfermedad y luego realizar una cura ocultando la causa, comprendió la utilidad de esta farsa. Había plantado sus rododendros para tener acceso a la miel que producía los ataques hecha con su polen.

En realidad, era una estrategia brillante. Probablemente la había considerado desafortunada, pero necesaria. Y sancionada por la historia a través de la victoria del rey Mitrídates. También habría sido un recordatorio del poder que esa miel tenía en la cultura bosquimana.

Durante mi primera charla con Morri, ésta me dijo que el Gran Amo Henry se había acostado con algunas jóvenes esclavas durante un mes antes de caer víctima de un terrible ataque. Un repentino brillo en sus ojos —que intentó ocultarme bajando la mirada— me llevó a creer que ella había sido una de sus víctimas. Aunque lo hubiera mantenido en secreto ante todo el mundo, probablemente su padre habría adivinado algún sutil cambio en su actitud.

Esta era motivación suficiente para que Medianoche cometiera un asesinato, tal como yo lo veía, como lo era el cortarle los nervios de los talones. Sin embargo, no creía que hubiera cometido ninguno de los dos asesinatos, pues si hubiera pretendido acabar con la vida del Gran o del Pequeño Amo, sólo habría tenido que aumentar la dosis de miel o añadir un veneno más potente a la limonada de Lily.

Cuando mencioné a Crow y a Lily la posibilidad de que *mistress* Holly hubiera cometido los asesinatos, replicaron que era imposible.

Me aseguraron que frente a su esposo se acobardaba como un perro apaleado. Lily también me dijo que la señora tenía tanto cariño a su inútil hijo que habría dado su vida por él sin vacilar ni un instante.

Parecía posible que hasta tres personas diferentes estuvieran implicadas en los asesinatos: Medianoche para provocar los ataques con la miel tóxica y uno u otros dos para hundir los cuchillos en el Gran y el Pequeño Amo Henry.

Si en el primer caso el perpetrador había sido *mistress* Holly, su esposo no habría gritado al verla en su habitación. Aunque probablemente el asesino le había clavado el cuchillo en el momento álgido de uno de sus ataques, cuando deliraba, y por lo tanto no podía gritar el nombre del asesino, quienquiera que fuese.

A menos que ya estuviera muerto antes de utilizar el cuchillo y lo hubiera utilizado sólo para desviar las sospechas del envenenamiento. Eso me parecía probable, salvo que Crow había dicho que las camisas de las víctimas estaban empapadas de sangre. Si hubieran llevado muertos incluso sólo media hora, no creo que hubiese sido así.

Quizá el segundo asesinato había sido obra de *mistress* Anne, que me parecía una dama de esperanzas frustradas y venganza largamente contenida, acarreando toda la rabia que su madre nunca se había atrevido a vomitar.

Tenía yo pocos motivos para buscar a míster Johnson antes de estos descubrimientos, pero ahora fui en su busca a los campos para ver si tenía alguna idea sobre el asunto.

—No tengo nada que contarle, señor —era la única respuesta que tenía con respecto a los asesinatos. En la firmeza con que apretaba los labios veía que le habría gustado apalearme por hacerle tantas preguntas sobre un asunto tan delicado. Aun se me tenía que ocurrir lo evidente: que él se consideraba parcialmente responsable, ya que su obligación era dirigir el día a día de la plantación.

—¿Cree que alguno de los esclavos habría sido capaz de cometer

los asesinatos? —le pregunté.

—No creo que ninguno de ellos fuera incapaz.

—¿Y *mistress* Holly?

Se erizó.

—¿Qué está sugiriendo, míster Stewart?

—Sólo que ella era muy infeliz.

—No creo que eso sea de su incumbencia. No, no lo creo.

Su actitud pasó a ser de desafío, y se veía claramente que me había creado un enemigo. Me disculpé rápidamente y regresé a la Casa Grande.

Desde mi ventana vi a Morri que aquella noche regresaba tarde a casa, a punto de dar las doce. Cuando susurró buenas noches a Weaver, que estaba en el sendero de grava junto al porche, me di cuenta de lo que anteriormente me negaba a admitir: que hablar con ella resultaría inútil. El día anterior me había dicho mucho de pasada, pero entonces me di cuenta, en el modo en que recorría lentamente la plantación con la mirada, de lo duro que le resultaría abandonar aquel lugar sin su padre. En particular si era el único hogar que jamás había conocido.

Sentado en mi cama, escuchando el sonido chirriante de los grillos y el ulular de una lejana lechuza, la noche entera parecía decirme: «Varias vidas dependen de ti. Tú puedes hacer que las cosas salgan bien si vas despacio…».

Decidí entonces que sería mejor para mí reunirme unos días con Isaac y Luisa. Esto le daría a Morri la oportunidad de considerar su destino sin que mis deseos causaran estragos en sus emociones. Asimismo, persuadiría a Luisa de que volviera conmigo y hablara con Morri. Estaba seguro de que ella tendría muchas más posibilidades de convencerla de que abandonara River Bend que yo, que ningún argumento que a mí se me ocurriera sería tan elocuente como la libertad misma de Luisa.

Permanecer con Luisa e Isaac —tener tiempo para pensar en entornos agradables— sólo hizo que me diera cuenta de que no tenía más alternativa que oponerme a los deseos de Morri y ofrecer a Edward hasta el último penique que poseía por ella, aunque ella no quisiera ser comprada. Si él se negaba a venderla, encontraría la manera de secuestrarla. Sin duda necesitaría ayuda, pero Luisa ya había mencionado que ella e Isaac habían ocultado a fugitivos en otras ocasiones, y estaba seguro de que podía confiar en ellos.

Me quedé tres días y medio con Isaac y Luisa, y la última mañana Isaac propuso una manera de sacar a Morri de la plantación sin levantar sospechas, con el fin de que yo pudiera hablar con ella con calma y vencer su oposición.

—Alquílela —dijo.

—No lo entiendo.

—Los esclavos son alquilados por sus amos para efectuar toda clase de trabajo: como estibadores, costureras, cocineras… Dígale a Edward que quiere alquilar a Morri una semana o dos para que le ayude a viajar por las plantaciones del País Bajo. Ofrézcale cincuenta dólares por ella y otros cincuenta por utilizar uno de sus carruajes. Aceptara. Entonces tendrá mucho tiempo para convencerla y no tendrá que obligarla a hacer nada. Puede traerla a nuestra casa y Luisa le hablará de las diferencias entre la esclavitud y la libertad. Aquí estarán tranquilos, y todos podremos conocernos.

Luisa estaba de acuerdo. Incluso nos atrevimos a considerarlo un plan infalible.

52

DIECISIETE VIDAS EN MIS MANOS

El martes, el Amo Edward me llamó a la sala de té con un desagradable grito poco antes de mediodía. Gritó tanto que creía que rompería algo de cristal al que acababa de limpiarle el polvo. John, que aquella mañana había regresado tarde a River Bend, estaba con él.

—Morri, tengo una propuesta para ti bastante emocionante —dijo el Amo—. A míster Stewart le gustaría alquilarte durante una semana más o menos para que le ayudaras a orientarse por el País Bajo. Significaría viajar un poco. Se te pagarían cinco dólares. Me atrevería a decir que aquí podríamos pasar sin ti sin sufrir demasiado. —Me sonrió con una mueca—. ¿Qué dices a eso?

Estaba tan orgulloso que uno habría creído que había ganado las elecciones al Senado. Parecía demasiado feliz para que aquello fuera bueno para mí, y debería haber sabido que en su interior albergaba algún plan frío como la muerte.

—No tengo ningún deseo de marcharme, Amo Edward. Sin duda prefiero quedarme en River Bend, si a usted no le importa.

—Sé que puedo ordenártelo, pero míster Stewart y yo preferiríamos que accedieras a ir.

—¿Le importaría si dijera unas palabras? —preguntó John.

—No, no —respondió el Amo Edward—, adelante, señor.

—Morri —dijo—, te aseguro que de verdad quiero que me ayudes. Creo que incluso podrías disfrutar de la aventura. Y Edward y yo estamos de acuerdo en que eres la persona más adecuada.

—A míster Stewart le gustaría partir contigo el sábado —añadió

el Amo—. Pero tendrás que ir a Comingtee el domingo porque hemos planeado una cena. Será una gran fiesta. Estoy seguro de que te gustará estar allí.

Era la primera vez que John oía hablar de la fiesta. El Amo Edward le explicó que algunas familias de plantadores se reunían.

—Contamos con que asista usted —dijo.

—Será un honor.

Edward el Gallito se volvió hacia mí y me miró con severidad.

—Bueno, Morri, espero que te marches con míster Stewart el sábado. Luego, ese mismo día por la tarde os reuniréis con nosotros en Comingtee y ayudarás en la cocina. El lunes volverás a marcharte con míster Stewart, esta vez para una semana o más.

—No estoy segura.

—¿De qué no estás segura?

—De que vaya a irme con él.

—No me importa decirte que me has decepcionado profundamente, muchacha. Creía que te complacería tener una oportunidad como ésta. Si es necesario, ordenaré que te azoten. ¿Qué te parecen veinte latigazos? ¿Lo oyes, estúpida negrita?

Me senté en mi habitación haciendo grandes esfuerzos para pensar qué hacer, pero era como estar atascada en una gran chimenea vieja sin luz alguna: sin poder subir ni poder bajar. No se me ocurría cómo lograr que John no me llevara con él sin contarle los planes de nuestra huida. Sólo por una vez deseaba tener el poder de decir «no». Cuando tuviera derecho a decir esa sencilla palabra en el Norte, no sabía si alguna vez volvería a decir «sí» a algo.

John vino a verme una hora más tarde, mientras estaba planchando en la habitación de Lily, justo encima de la cocina. Se disculpó por la grosería del Amo Edward y dijo que había esperado que me

complacería salir de la plantación una semana más o menos.

Conteniendo todos mis años de ira, dije:

—No sé nada de mí ni de River Bend. Usted aquí no es más que un extraño. Y ha venido a confundirlo todo, pensando que lo sabe todo. Pero no es así. No sabe qué lío tan infernal está creando sólo por el hecho de estar aquí. Ahora bien, no voy a cambiar de idea, así que no intente que lo haga. Porque aunque haga que me azoten, no accederé a marcharme con usted. No voy a ir caminando por el campo con usted ni con ningún otro blanco. Y ahora —dije, cogiendo la plancha y deslizándola por un cuello de camisa—, tengo mucho trabajo. Así que déjeme tranquila, y a todos los demás. Sé que sentía mucho afecto por mi papá, y sé que él también le quería, pero mi padre se marchó hace mucho tiempo. Incluso puede que esté muerto. Y yo no soy él, así que déjeme en paz. ¡Déjeme en paz de una vez!

Adopté la actitud más mezquina que pude, porque el hombre había resultado más tenaz de lo que yo había creído. Como sólo faltaban tres días y noches para que llegara el domingo, no me quedaba tiempo para hablar de forma agradable con un blanco, fuera quien fuese. Tenía diecisiete vidas en mis manos.

Como no se movió, le grité como una energúmena.

—¿No entiende lo que le estoy diciendo? No le queremos en River Bend. Yo no quiero ni verle. ¡Váyase y búsquese a otra a quien comprar!

Aquella noche, después de la cena, el Amo Edward hizo que Crow me llevara a su estudio, donde me preguntó qué había decidido.

—No voy a ir a ningún sitio. Tengo que hacer mi trabajo aquí en River Bend y es lo que voy a hacer.

—¿Y si llamara a míster Johnson?

—Adelante, llámele.

Salió de la habitación con grandes pasos como si quisiera atravesar el suelo con sus grandes y feas botas. Corrí a Lily, porque estaba asustada.

Lo que ocurrió a continuación fue que Copper, uno de los capataces negros, irrumpió en la cocina detrás de míster Johnson, con mirada de asesino. Lily estaba de pie delante de mí, a modo de escudo, pero Copper la empujó contra el armario donde guardaba sus sartenes y me agarró de la muñeca. Intenté darle patadas, y también Lily, pero él me cogió la pierna y me levantó por encima de su hombro.

Ahora Lily gritaba, pero míster Johnson le pegó tan fuerte que la hizo caer al suelo con un chillido. Mientras ella yacía allí, él le dio dos patadas en el estómago.

—¡No me provoques, inútil puerca negra! —gritó.

Copper me arrastró hasta el patio, donde él y el otro capataz me ataron al barril de los azotes.

—¿Vas a ir con míster Stewart el sábado? —gruñó el Amo Edward.

—¡No voy a ir a ningún sitio con nadie! —grité.

En aquel momento, antes de que el látigo te parta la esperanza, piensas que tienes fuerzas para soportarlo. Piensas que tu justa ira es fuerte como una roca y te hará invencible. Y piensas que tú no eres tu cuerpo. No, el tú importante está muy hondo en tu interior, adonde nadie puede llegar. Pero olvidas que incluso el mayor muro de determinación se desmorona y se convierte en polvo cuando se lo golpea lo bastante. Cuando esto ocurre, descubres que no estás tan en el fondo de tu cuerpo como creías. No, estás en la superficie, donde tu piel está cayendo a tiras que arden. No eres más que el dolor mismo y lo odias aún más que al hombre blanco que te está azotando.

—Dele veinte para empezar, míster Johnson —ordenó el Amo Edward.

Apreté los dientes. El primer golpe cortó el aire. No dolió tanto… sólo como una picadura de avispa. Creí que podría aguantar los veinte sin mearme encima.

—Dos…

Ese me quemó. Solté un chillido.

—Tres…

Sentía que mi ira iba desapareciendo y en su lugar aparecía la desesperanza ante el siguiente latigazo.

—Cuatro…

Dejé que todo cayera sobre el barril y por mis piernas. No pude evitar que se me derramaran las lágrimas. Y no podía contener suficiente aliento.

—Cinco…

El látigo tocó hueso. Imaginé a Lily aferrando aquella cruz suya. Pensé en Dios. Le rogué que me ayudara. Me puse a recitar un verso de uno de mis salmos favoritos:

«El lazo se ha roto y nos hemos escapado… el lazo se ha roto…».

—Seis…

—Por favor, Amo Edward —gemí—, basta. Por favor, basta ya.

—Siete…

Imaginé que todo mi yo se deshacía, roto en ensangrentados pedazos.

—Por favor, deje a Morri, Amo Edward —gritó Crow—. Azóteme a mí en su lugar.

—Ocho…

Ahora lloraba abiertamente. Entonces grité pidiendo ayuda con todas mis fuerzas. Y solté lo que él quería:

—¡Iré con míster Stewart!

Míster Johnson paró, pero el Amo Edward le ordenó que no me hiciera caso y prosiguiera. No me daba cuenta de que en realidad no me estaba castigando por plantarle cara. No, señor, tenía otra razón mejor para hacer mucho daño y estaba disfrutando con aquello.

—Nueve…

Para entonces tironeaba con fuerza de mis ataduras y lloraba pidiendo ayuda a Dios y a Mantis y a papá. Y no paraba de gritar su nombre, pero no acudía nadie.

—Diez…

Crow volvió a rogar al Amo Edward que le azotara a él en lugar de a mí. Yo sabía que se estaba ofreciendo no sólo por mí, sino por lealtad a mi papá. Pero su voz sonaba lejana. Entonces le oí gruñir. Creo que el Amo Edward debió de darle una patada en el estómago. Ya no podía coger suficiente aire para gritar tan fuerte. Esto estaba muy bien, porque significaba que pronto me desmayaría. Esperaba que Copper no me arrojara agua para despertarme.

—Once…

El once no cayó. Volviendo la cabeza vi a míster Johnson en el

suelo, de bruces. Se estaba poniendo en pie muy despacio, pero se le veía la venganza en los ojos.

—¡Sooo ahí! —gritó el Amo Edward—. ¡Espere un minuto, míster Johnson!

Oí ruidos de refriega y hombres gritando. Cuando volví a mirar al frente, vi una sombra que cruzaba por delante de mí. Pensé que era la de mi papá.

Debí de desmayarme con toda seguridad, porque cuando desperté me hallaba boca abajo en mi cama y Lily me untaba la espalda con grasa.

—Te pondrás bien, niña —decía.

Me volví para mirarla. Tenía el ojo izquierdo hinchado y casi cerrado.

—No puedo ver nada con éste pero me queda el izquierdo. —Me acercó un vaso de agua a los labios.

Crow también estaba allí, de pie, un poco apartado de la cama. Con una voz de rectitud moral que no le había oído en años me explicó que míster Stewart había bajado a toda prisa de su dormitorio cuando me había oído gritar y corrió directo hacia míster Johnson y le dio un puñetazo que le hizo caer al suelo, amenazando con matarle si volvía a tocarme jamás.

—Oooh, niña —exclamó Lily—, ¡ese hombre estaba como loco!

Crow añadió que míster Johnson había querido retar a duelo a míster Stewart allí mismo, pero el Amo Edward le había calmado y enviado a su casita. Cuando se iba, al parecer me dio otro latigazo sólo por rencor.

—¿Y míster Stewart?

Lily respondió que ya había ido a verme, había estado donde ella estaba sentada. Quería estar seguro de que aún vivía. Ya había hablado con el Amo Edward y había vuelto a su dormitorio.

—¿Qué le ha dicho Edward el Gallito?

—Al principio le ha gritado, por pegar a míster Johnson —explicó Crow—. Luego han bebido un poco de *whisky* y todo ha

pasado.

—¿Y nadie ha dicho nada de nosotros?

Lily me besuqueó la mano juguetonamente.

—¡Bueno, cállate y deja de preocuparte, niña!

El viernes por la mañana desperté deseando poder salir de la piel de mi espalda como una serpiente y dejarla para que le gritara a otro. Una cosa era segura: iba a tener que inventar una manera de irme con John al día siguiente y de llevarle a Comingtee el domingo. Si no podía hacerlo, Weaver y los otros tendrían que escapar sin mí. Y estaba segurísima de que no tenía intención de quedarme en Egipto con el faraón. No, señor.

Una hora más tarde, ya tenía fiebre y balbuceaba como si mi lengua estuviera hecha de pegamento. Crow supuso que era debido a los latigazos. Lily se ocupó de mí en su habitación.

El Amo Edward había regresado con su familia a Cordesville. Volvería el sábado por la mañana a las nueve y le había dicho a míster Johnson que si no me había ido con míster Stewart cuando él llegara, tendría que darme otros treinta latigazos. Lily corrió en busca de John, que estaba sentado junto al río, dibujando a los esclavos en los campos de arroz próximos. Le dijo que le debíamos decir cómo estaba yo desde que él había pegado a míster Johnson por mí. Entró en mi habitación con aire sombrío y se sentó junto a mi cama, con los brazos cruzados, sin decir una palabra. Yo estaba demasiado débil para decirle algo mezquino. La verdad es que me gustaba que me mirara con aquellos ojos claros y tristes. Suponía que a todo el mundo le gusta sentir lástima de sí mismo de vez en cuando.

Preguntó a Lily si podía quedarse a solas conmigo unos minutos, de modo que ella volvió a sus tareas de limpieza. Me tomó el pulso y lo encontró muy rápido, luego mojó una toalla con agua y me la puso en la frente. Me dijo que mi papá le había hecho eso mismo a él en una ocasión, casi veinticinco años atrás, justo antes de hacer que la Hiena le dejara en paz. Dijo que jamás se perdonaría que por

su culpa me hubieran azotado.

—Tiene que dejar de decir todo el rato que lo siente —dije, sonriendo.

—En cualquier caso, jamás te obligaría a ir conmigo.

—¿O sea que irá?

—No sé qué hacer. Supongo que me quedaré todo el domingo, para asistir a esa fiesta en Comingtee con Edward. Ruego que para entonces hayas cambiado de opinión. Esto no es vida para ti. Seguro que lo sabes.

—Lo sé, pero aún no puedo irme —dije.

—No creo que jamás lo entienda. Morri, sé que es una decisión muy importante, y estoy dispuesto a esperarte todo el tiempo que sea necesario. Puedo volver a Charleston y esperar allí unos días, y después volver aquí. Puedo seguir viniendo. ¿No lo entiendes? No puedo dejar que te quedes aquí.

Supuse que John se enteraría pronto de nuestro plan de huida. Tanto si nos marchábamos como si no, se vería libre de su necesidad de ayudarme.

—Espéreme una semana —le dije—. Si no le envío ningún mensaje, márchese sin mí. Ya sé que no tiene sentido, pero haga lo que le pido.

—Muy bien, haré lo que dices… de momento. Pero ¿qué harás con Edward? Sin duda se enfadará contigo por no ir conmigo.

—No se preocupe, me las apañaré —dije con convicción, pero la verdad era que no sabía qué hacer para que no fuera muy duro conmigo. No quería pensar en él, así que pregunté:

—¿Y usted? ¿Volverá a Nueva York cuando haya terminado aquí?

—Sí. Es posible que tu padre esté en el Norte, como tú dijiste. Tiene que haber una manera de localizarle. Y, Morri, cuando le haya encontrado, si aún es esclavo en algún sitio, conseguiré su libertad. Entonces, si tú has decidido quedarte aquí, los dos vendremos a buscarte. Te lo prometo. Sólo te pido que si recibes noticias suyas me escribas. Te dejaré mi dirección. Y te quería pedir otra cosa… aunque no tengo derecho a hacerlo.

—¿Qué?

Entonces fue cuando me pidió si podía darme un beso. Nunca había recibido un beso en la mejilla de un hombre blanco. Me

pareció peligroso, pero también delicado… como algo que hacían los niños cuando nadie les miraba.

El sábado por la mañana, las cosas empezaron a ir mal enseguida. Weaver entró a despertarme al amanecer. Dijo que Backbend, Lucy y Hopper-Anne habían cambiado de opinión respecto a ir con nosotros. Dijeron que el hecho de que me azotaran y después tuviera fiebre era señal de que no era el momento oportuno. Sweet-Pea y Saúl también estaban a punto de abandonar. Para evitar que Edward enviara a alguien a la Azucarera, hablaban de dejar escapar algo a míster Johnson antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

Si no me levantaba y hablaba con todos ellos, dijo Weaver, probablemente tendríamos que dejarlo correr todo. Pero cuando me levanté, el mundo empezó a dar vueltas y estuve a punto de desplomarme. Así que le dije a Weaver que me reuniría con él a la hora del descanso de mediodía y hablaría con Backbend, Saúl y Sweet-Pea. Era arriesgado, porque míster Johnson se preguntaría por qué había ido a los campos, pero tenía que hacerlo.

Pedí a Lily que me preparara una manzanilla fuerte, pero no me ayudó mucho a aliviar los dolores que sentía en todo el cuerpo. Hacia las once, el Amo Edward vino a casa y montó en cólera cuando se enteró de que aún estaba allí. Entró en mi habitación y apartó la manta, diciendo que tenía que vestirme y marcharme de River Bend en media hora o haría que me azotaran otra vez. Al salir, escupió en el suelo y me dijo que nunca había conocido a una negra tan terca como yo.

No entendí por qué se portaba peor que de costumbre hasta más adelante. Luego me di cuenta de que le gustaba que le sirvieran la venganza antes del plato principal.

Lily corrió de nuevo a buscar a John. Esperaba que le pidiera al Amo Edward que no se ensañara conmigo. Yo tenía la sensación de que mi vida giraba en torno a ese día. Si me iba con John entonces, me quedaría para siempre en River Bend. Probablemente nadie más

escaparía tampoco, porque si Weaver pensaba en el fracaso, las cosas se vendrían abajo.

Cuando John entró en mi habitación, le pedí de nuevo a Lily que se marchara y que cerrara la puerta. Rogando a Mantis que lo que iba a hacer fuera lo correcto, le conté en susurros lo de nuestra huida. Y dije que tenía que asegurarse de que no me marchara de River Bend aquel día porque tenía que hacer un gran trabajo de persuasión.

Contarle todo esto a un hombre blanco es una de las cosas más duras que jamás he hecho. Suponía que se chivaría al Amo Edward. Incluso le dije que lo comprendía, ya que él era de la misma raza y eso, pero que por el recuerdo de mi padre esperaba que no lo hiciera.

—Morri —dijo con un fuerte suspiro—, si no le he dicho a nadie lo de la miel tóxica que tu padre les daba al Gran y al Pequeño Amo Henry, ¿por qué iba a decir nada de vuestra huida?

El corazón casi se me salió del pecho cuando dijo eso. Se lo hice repetir, ya que no estaba segura de haber oído bien. Me explicó entonces cómo había averiguado las cosas. Me apresuré a decir que papá no había matado a nadie.

—Me habló de esa miel, claro, por si alguna vez necesitaba utilizarla para defenderme. Pero también me prometió que él no lo había hecho.

John dijo que también lo había supuesto. Él apostaba por *mistress* Holly en el caso del primer asesinato y por *mistress* Anne en el segundo.

—Entonces, ¿se asegurará de que me quede en River Bend? —dije.

—Hablaré a Edward e inventaré alguna razón. Bueno, ¿qué armas tenéis?

Le hablé de los mosquetes, pistolas y espadas.

—¿Sabéis utilizarlas?

—Weaver sí. Ha enseñado a algunos de los hombres. También me enseñó a mí.

—¿Y pólvora?

—Tenemos mucha —le aseguré.

—¿Dónde lo guardas todo?

—Debajo del porche. Excepto una pistola que tengo conmigo.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Debajo de la cama.

—¡Es una locura! Si la encuentran te colgarán. Dámela.

Me limité a mirarle. Él me tendió la mano.

—Dámela. Diré que es mía. No te preocupes, la dejaré en mi habitación, debajo de la cama. Puedes recogerla allí antes de escapar.

Aún no estaba segura. Él se retorcía los dedos.

—Está en buenas manos. No te traicionaré. Todo lo que he hecho en mi vida y ha tenido algún valor me ha conducido hasta ti. Lo juro por el recuerdo de tu padre. Ahora, dame la pistola.

Me arrastré bajo la cama y se la entregué. Con ese gesto supe que estaba depositando mi vida en sus manos. Y no me gustaba.

Al verle apretar aquella arma en la mano, supe que también tenía que darle la carta de mi padre. Al fin y al cabo, era suya. Así que cuando se fue de mi habitación, salí de la casa con sigilo y me encaminé a su escondrijo en Porteas Woods. Mientras excavaba con las manos me eché a llorar. Desenterrar cosas se acerca demasiado a recordar, supongo. No se la di enseguida porque sabía que después estaríamos siempre unidos por lo que mi papá le pidiera en ella, fuera lo que fuese. No estaba segura de que fuera algo bueno y hasta aquella tarde, a última hora, no tuve valor para hacerlo. Después de leerla, se quedó sin habla. Permaneció sentado con la cabeza en las manos. Cuando me la entregó, la leí. Debería haber estado satisfecha de que papá confiara tanto en él, pero el modo en que mi padre escribía me dejó helada. Porque entonces supe que no estaba en el Norte. Jamás volvería a verle. Era huérfana. Y no quería ningún otro padre, ni siquiera el que mi papá había elegido para mí.

Nos quedamos sentados uno junto al otro y él pasó su larga pluma blanca por nuestras frentes. Luego me pasó el brazo por los hombros. Percibí en él un tranquilo poder que sólo había percibido en mi padre. Casi oí retumbar su vientre. Pero todo eso aún me hizo

más infeliz, porque no era él.

53

Mi queridísimo John:
Os hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre.
Si estás leyendo esta carta es que al fin has venido a River Bend. Pero ya no puedo saludarte en persona. Eso lo lamento mucho mucho. ¡Qué placer sería pasear juntos por *Christmas Creek*! Ahora tropiezo como un viejo bosquimano, cojeando un poco, o sea que de vez en cuando tendrías que esperarme para que te alcanzara. Pero creo que no te importaría mucho. ¡Incluso te iría bien ir más despacio de lo que sueles ir!
Procura no estar triste por no vernos. Lo que queda de mí aún está en ti. Y lo que se unió hace tanto tiempo en Oporto jamás podrá separarse verdaderamente. Lo sabes, de lo contrario no estarías aquí. Gracias por venir.
La muchacha que te ha entregado esta carta es mi hija, Morri. La llamamos así, pero su verdadero nombre es Memoria. Ella es lo que he hecho de mi pasado. Y también ella lleva lo que queda de mí. Sé que serás bueno con ella como lo fuiste conmigo. Nos parecemos, ¿verdad?
He hecho lo que he podido para llevar el mal que reside en River Bend lo más lejos posible. Como diría Benjamín, he intentado restaurar parte de la plata que queda en esta aldea de oscuridad. Ahora veo la naturaleza de este mal, aunque durante años no lo vi. Es un olvido de todas las historias del mundo. Pero nosotros recordamos las historias de los bosquimanos, tú y yo, y al final triunfaremos.
¿Recuerdas que las hermanas Olivo nos decían que nos rodeáramos de cosas hermosas? Verás que he intentado seguir su consejo con los jardines que he plantado, en particular si tienes la fortuna de pasear por ellos después de una tormenta. La lluvia de aquí me recuerda el lugar donde nací, y eso ha sido algo bueno. Aunque habría deseado caminar muchos kilómetros y cazar.
Aquí tienes que hacerte el *gemsbok*. Lo que verás te hará desear convertirte en un león escocés, pero eso sólo te causaría problemas. En River Bend no entienden

nada-nada

del León, el Avestruz, la Jirafa y la Cebra. No entienden nada de la Torah. Aquí la Hora de la Hiena es eterna. Así que te ruego que no te quedes demasiado tiempo. Los dos sabemos que la Hiena trató de engañarte en el pasado. Lo volverá a intentar. Sujeta con fuerza la pluma blanca que te di cuando te fallen

los ánimos. Te protegerá. No temas; veo a Mantis aún montada entre tus dedos.
En el País Bajo encontrarás muchos pájaros para imitar, muchos de ellos hermosos-hermosos, y también ellos te ayudarán. Te recordarán todo lo que llevas dentro de ti y que no puede resultar dañado por este lugar.
Hace años te dije que Mantis había robado Miel del Avestruz y que yo te robaría un tesoro si alguna vez lo necesitabas. No te mentí. Porque aun cuando no puedo estar contigo, ese tesoro se halla ante ti. Te confío a Morri a tu cuidado. Os necesitaréis el uno al otro para avanzar sin peligro hacia el futuro. Sácala de este lugar y dale un hogar. Críala como si fuera tu hija. No se me ocurre nadie que pueda ser un padre mejor, y sé que ella te querrá. Si aún eres el John que yo conocí (como seguro que debes de ser), sé lo que sentiste por ella en el instante en que la viste.
Te contaré un secreto: Nunca lo supiste, pero eres el mejor cazador que jamás he conocido. El hecho de que hayas venido aquí lo demuestra. Quizá no eres el más valiente o el más fuerte, aunque esas cualidades están más presentes en ti de lo que crees. O ni siquiera el más veloz, aunque corrías como el viento cuando eras un chiquillo y probablemente aún lo haces. No, los mejores cazadores son los más leales y amorosos. Por eso no fracasarás. Lo sé.
Dale mis más cariñosos recuerdos a Benjamín. Dile que he estado trabajando duro y que no hay ningún lugar que necesite más nuestra alquimia judía que América. Si he podido recuperar un poco de lo que se había roto y olvidado, quizá no haya estado tan mal el que me enviaran aquí. Manda un beso de mi parte a las hermanas Olivo y diles que me han ayudado a hacer lo que tenía que hacer. Abraza a tu madre por mí y dile que la recuerdo sólo con cariño. Espero que esté bien. Abraza por mí a tu queridísimo padre también, y dile que le perdono. Espero que él me haya perdonado el daño que le hice.
John, te ruego que me perdones por no estar contigo mientras te hacías adulto. En estos momentos, éste es mi remordimiento más doloroso. Quiero que sepas que estaré eternamente orgulloso de ti.

MEDIANOCHE

Medianoche firmaba con un hocico en la «M», largas orejas en la «D» y una cola enroscada en la «o».

Su fe en mí me conmovió de tal modo que me quedé sin habla, y la impresión que me causaba el hecho de que hubiera sabido que iba a morir me hizo tambalear. Esa posibilidad hizo cenizas todos los demás pensamientos y me dejó frente a un paisaje desolado.

«Cuánto mejor y más habría valido la pena mi vida si él hubiera estado cerca de mí —pensé—. Cuánto mejor todos habríamos podido ser si nada de esto hubiera ocurrido».

¿Existía abominación mayor que esclavizar a un hombre que

podía escribir una carta así a un buen amigo al que hacía casi dos décadas que no veía? Era un crimen contra todo lo que hombres y mujeres deberían ser, y todo lo que imaginamos que podríamos ser algún día.

Después de leer su carta, Morri debió de llegar a la misma conclusión sobre el fallecimiento de su padre. Cuando empezaron a castañetearle los dientes, le rogué que se sentara conmigo. La rodeé fuerte con el brazo por los hombros, igual que Medianoche había hecho conmigo tantas veces.

Sabía que dondequiera que estuviese, confiaba en mí, y saber eso me daba fuerza.

Cuando Morri me dejó, me quedé sentado preguntándome si tendría que matar a alguien para liberarla. Sin embargo, cuando cogí su pistola para notar cómo encajaba la muerte en mi mano, observé que el fogón —que conduce la chispa de la cazoleta al cañón— estaba soldado. Pinché con una aguja de coser, pero fue en vano. Aquella arma era inútil. Peor aún, podía haber hecho daño a quien la disparara. Estaba a punto de ir a la cocina y pedir a Lily una barrena de mano para abrir el agujero cuando me di cuenta de lo que era evidente: el agujero había sido sellado a propósito. Alguien involucrado en la conspiración de Morri, quizá quien le había vendido aquella arma, quería frustrar sus planes de huida.

La habían traicionado.

Llevé mi arma escondida bajo mi cuaderno de dibujo al vestíbulo y después bajé precipitadamente la escalera. El Amo Edward, al oír mis pisadas, me llamó desde su estudio. Le dije que en aquel momento no podía entretenerme con él.

—Quiero dibujar algún árbol más con esta luz maravillosa —expliqué.

Entonces me apresuré a salir y di la vuelta a la casa para ir a la cocina. Morri estaba arriba, planchando. Cuando le presenté la prueba de la traición, me lanzó una mirada de desesperada agonía. Le expliqué que tenía que ver las otras armas. Acordamos que se

introduciría en su escondrijo y haría que al menos algunos de ellos me esperaran en su habitación después de la cena. Era arriesgado, pero había que hacerlo.

Resultaba evidente para los dos que la moral le estaba fallando. Sin embargo, yo me sentía más fuerte de lo que me había sentido en semanas, supongo que debido a que ella confiaba en mí.

Ya había empezado a urdir otro plan, y le dije que no se preocupara demasiado por las armas soldadas, que no necesitaríamos armas de fuego para llegar a
Petrie's
Landing. Le dije que necesitaría más tiempo para pensarlo y se lo contaría todo más tarde.

A la hora de la cena, hice esfuerzos para hablar de cosas intrascendentales con Edward. Después de tomarnos nuestro Oporto, salí fuera, diciéndole a Crow que deseaba tomar un poco el aire. Era una noche cálida y húmeda. Él era de la opinión de que tal vez hubiera tormenta.

Me escabullí a la habitación de Morri y llamé con suavidad a su puerta, llamándola. La encontré con dos mosquetes y una segunda pistola. Estaba llorando; había examinado todas las armas y también estaban inutilizadas.

—No sé cómo Weaver no lo vio —gimió.

—¿Era de noche cuando enseñó a los hombres a cargar y disparar?

—Sí.

—Es fácil no verlo a la luz de una vela. Supongo que él nunca ha disparado un arma.

—No, nunca.

—A mí me habría ocurrido lo mismo. No es culpa suya.

Entonces me hizo la peor revelación posible: el Amo Edward y los propietarios de Comingtee ya conocían el plan de Morri. Ahora parecía claro. Habían organizado una fiesta precisamente por esa razón. Las patrullas se reunirían temprano el domingo por la noche

en Comingtee e irían a River Bend para atrapar a los esclavos. Incluso ahora estábamos actuando en una obra cuyos autores eran ellos. Edward me había invitado a Comingtee para que disfrutara viendo los perros perseguir a los fugitivos.

—Eso explica sin duda las cosas horribles que últimamente ha hecho —dijo Morri cuando le señalé mi razonamiento—. Dios mío, supongo que estamos acabados. Y no podemos hacer nada. —Se dejó caer en la silla—. No sé cómo ha podido ocurrir. Pobre Weaver. Aunque tal vez… tal vez aún haya tiempo para que uno de nosotros escape —dijo con excitación—. ¿Le llevaría con usted a algún sitio, cualquier sitio… con sus amigos cerca de Stromboli?

—No creo que sea necesario.

Hablé con confianza, porque había leído suficientes libros de historia militar para saber que la sorpresa era el arma más poderosa. Lo importante era que Edward no supiera que sabíamos que había descubierto los planes de huida de los esclavos. Él aún esperaba que huyeran al día siguiente.

—Tenemos que irnos ahora —dije a Morri.

—¿Ahora? No podemos hacerlo… es demasiado pronto.

—No, lo que no podemos hacer es esperar a que nos atrapen.

Le indiqué que dijera a Weaver y a los demás que se prepararan. Tal como ella había planeado en un principio, primero haríamos prisioneros a míster Johnson, al Amo Edward y a los dos capataces negros y les encerraríamos en uno de los cobertizos. Yo creía que había pensado en todo lo esencial hasta que ella dijo:

—Martha, la esposa de Weaver, está en Comingtee con sus hijos. Nos esperan mañana para huir. No podemos irnos sin ellos.

Cuando sonó la campana de toque de queda, Weaver ya estaba de nuevo en su cabaña. Morri y yo le encontramos allí y ella le pidió que saliera sigilosamente con ella. Él se tomó con estoicismo la mala noticia y regresó para pedir ayuda a Saúl, Sweet-Pea y Drummond. Lamentablemente, ellos se negaron. No obstante, Weaver, Morri y yo acordamos un plan. Iríamos a la casita de míster

Johnson y le haríamos prisionero. Utilizando sus llaves iríamos a coger cuerda al primer galpón o a la Casa Grande y le ataríamos; luego, apresaríamos a los dos capataces. Por último, ataríamos al Amo Edward y le llevaríamos también al cobertizo. Después Weaver iría corriendo a Comingtee para recoger a su esposa e hijos.

Morri fue a sacar dos espadas de debajo del pórtico. Mientras ella esperaba fuera de la cocina, Weaver y yo fuimos con sigilo hasta la casa del supervisor, que se hallaba entre la Casa Grande y el puente de madera sobre el río Cooper que iba a Comingtee. La puerta estaba cerrada con llave, pero estaba abierta una ventana lateral. Crujió cuando la abrí. Mientras el corazón nos latía con fuerza, Weaver y yo esperamos oír el ruido de Johnson revolviéndose en su camastro. Al no oír nada, entré. Weaver sostenía una vela encendida, pero una lámpara que había dentro sobre una mesa ya arrojaba una luz amarilla en el vacío salón. Una escalera ascendía hasta la puerta abierta del dormitorio. Weaver se reunió conmigo.

Míster Johnson tenía que haber oído el crujir de nuestras pisadas en las desnudas planchas de madera del suelo. Agarré mi espada con las dos manos tan fuerte como pude. Cuando apareciera en la escalera, correría hacia él y le atacaría con la espada en las piernas. Probablemente él me dispararía, pero Weaver podría cogerle antes de que él pudiera cargar una segunda bala.

Asía mi espada con tanta fuerza que me dolían las muñecas. A pesar del calor, sentía frío hasta en los huesos. Seguramente ya había transcurrido un minuto sin que se oyera un solo ruido.

Con la espada levantada subí la escalera y atisbé en el umbral. El camastro estaba vacío. Había demasiada oscuridad para saber con certeza si Johnson estaba de pie en un rincón esperando meterme una bala en la cabeza. Apunté con la espada hacia delante y entré de un salto en la habitación.

Allí no había nadie.

Weaver entonces tuvo la sensatez de acercarse a la ventana. A unos doscientos metros se encontraba el puente que iba a Comingtee. A la luz de la luna vimos que había dos hombres sentados. Uno parecía ser Johnson. Los dos llevaban mosquete.

Era evidente que míster Johnson y su colega montaban guardia entre las dos plantaciones. Por supuesto, quienquiera que hubiese traicionado a Morri había dicho al Amo Edward que la familia de Weaver tenía intención de reunirse con nosotros. La última noche antes de la huida programada, sin duda pretendían impedir toda comunicación entre las dos plantaciones.

Mientras nos precipitábamos escaleras abajo, yo estaba convencido de que nuestras esperanzas residían en que el Amo Edward fuera tan confiado como siempre había parecido. Porque si había más hombres escondidos en la plantación, aguardando para saltar sobre nosotros, entonces todo estaba definitivamente perdido.

Se precisaba un cambio de estrategia. Primero tendríamos que someter a los capataces negros y deshacernos de ellos con rapidez; si gritaban, alertarían a Johnson y a su amigo en el puente. Necesitábamos tener ventaja numérica. Weaver tendría que arriesgarse a despertar a los esclavos del galpón de al lado: Backbend, Parker y Randolph.

Morri corrió a la Casa Grande a buscar a Crow. Volvieron juntos con varios metros de cuerda. Weaver y Crow fueron a la segunda cabaña de esclavos a buscar a los otros hombres. Morri y yo nos quedamos fuera. Como a ella parecía fallarle la determinación, le aseguré que aún nos quedaba el factor sorpresa y que eso nos llevaría a la victoria. Ella dijo que esperaba que morir en la horca fuera rápido.

Los dos capataces negros disfrutaban del privilegio de dormir solos en el centro del galpón. Weaver fue el primero en entrar. Él, Parker y yo fuimos a por Copper, el más fuerte de los dos, mientras Backbend, Randolph y Crow iban a por Nighthawk. Es difícil dominar a un hombre asustado que sabe que es despreciado, y recibí de Copper una buena patada en la mandíbula. Parker tuvo que darle dos puñetazos en el estómago para que dejara de pelear.

Cuando tuvimos sus enormes manos atadas a la espalda, tiraba de sus ataduras con tanta ferocidad que temí por un momento que nos mataría a todos si se soltaba. Le metimos una toalla en la boca y

se la atamos fuerte con cuerda.

Nighthawk se rindió mucho antes y aceptó la mordaza sin pelear. Crow le dijo que no le mataríamos, y él creyó esa promesa.

Morri había estado montando guardia. No creía que el Amo Edward o míster Johnson pudieran haber oído nuestra pelea. Llevamos a los dos capataces de nuevo detrás del primer galpón y los dejamos allí, atados juntos con fuerza por el vientre, con los pies atados por detrás a las manos.

Wiggie, que dormía en el segundo galpón con sus amados carruajes, debió de despertarse con nuestros forcejeos y se arrastró hasta la puerta en camisa de dormir, frotándose la cara con sueño. Cuando le conté nuestros planes, dijo que era una locura y que deberíamos confesar de inmediato al Amo Edward, lo que instó a Weaver a insistir en que le atáramos. Wiggie nos aseguró que no diría nada, pero no podíamos arriesgarnos. Mientras Weaver y Parker hacían su trabajo, las lágrimas resbalaban por las mejillas del cochero. Morri se disculpó por nosotros. Le dejamos con los dos capataces.

Pedí a Weaver que fuera al amarradero de botes y cruzara el río Cooper remando. Desde allí, podía ir a pie a Comingtee sin que los hombres que estaban en el puente le vieran.

Weaver me aseguró que regresaría con su familia en menos de dos horas. Morri, Crow y yo fuimos entonces a la Casa Grande a hacer prisionero a Edward.

Crow nos había informado de que probablemente el amo aún estaba en su dormitorio con Joanne, la joven cocinera que había sustituido a Marybelle.

—Está jugando al escondite con ella —había dicho.

Al entrar le encontramos de pie detrás de la muchacha. Al principio nos miraron horrorizados. Luego Joanne cogió una sábana y tapó su desnudez.

—¿Qué significa esto? —bramó Edward.

—Póngase los pantalones. Vamos a dar un paseo hasta el cobertizo, donde se quedará un tiempo. No le haremos daño.

—¡Pero esto es ridículo! Un hombre blanco como usted ayudando a los negros… Le colgarán. —Al ver que me encogía de hombros dijo—: ¡Stewart, está usted completamente loco!

—Póngase los pantalones. —Darle órdenes me producía vértigo.

—Esto es traición.

—Sí, lo es, pero hará usted lo que le digo de todos modos.

—Está traicionando a su raza.

—¿Mi raza? —Me reí—. Señor, es un poco más complicado. Verá, soy un judío portugués—escocés que fue educado en un hogar ateo creyendo que era cristiano de nacimiento y cuyo más querido amigo era un bosquimano africano.

—Aun así, es usted blanco.

—Señor… póngase los pantalones.

Ordené a Joanne que se vistiera. Petrificada, la muchacha no se movió.

—Joanne —dijo Morri con dulzura—, nos vamos de aquí… nos marchamos de River Bend. Si quieres puedes venir. ¿Me oyes, muchacha?

—Yo… me quedaré con el Amo Edward —balbuceó—. Aquí está mi sitio.

—Entonces, coge tu vestido y ven conmigo. No te haremos daño. Ven. Haz lo que te digo.

Joanne se precipitó fuera con Morri.

—A ti también te colgarán, Crow —dijo Edward—. Supongo que eres consciente de ello.

—Lo imagino, señor.

—También podría cortarte las pelotas. —Alzó el puño—. ¿Te gustaría que te las arrancara? Haré que Lily las prepare como ostras. ¿Qué dices a eso, negro?

Sufriendo las amenazas de Edward todo el rato, Crow ató las manos de su propietario a la espalda.

—¡Me estás haciendo daño, negro! —gritó Edward cuando Crow apretó el nudo.

—Abra la boca, Amo Edward.

Tenía preparado un trapo de pulir para metérselo dentro. Pero Edward apretó las mandíbulas.

En su tocador había una repugnante estatuilla de cerámica de un niño negro sobre el que se meaba un perro, con la frase: «La estación lluviosa en el Sur». No estoy orgulloso de lo que hice a continuación, pero cogí la estatuilla y dije:

—Si no deja que Crow le amordace, utilizaré esto para convencerle. Si no le importa, la romperé de todos modos, pero lo

puedo hacer en el suelo o sobre su cabeza.

Si no hubiera sonreído con desprecio y no me hubiera insultado, no sé si habría llevado a cabo mi terrible amenaza.

—Apártate, Crow. ¡Venga, abra la boca, Edward!

No lo hizo. Entonces, dejé caer la estatuilla con todas mis fuerzas sobre su cabeza. Se hizo añicos que salieron volando en todas direcciones. Era de arcilla más dura de lo que había imaginado, y a Edward se le doblaron las piernas. En la sien la caía un reguero de sangre. Le había hecho una fea herida.

Inmediatamente me avergoncé de mi acción, pero no quería que se notara mi pesadumbre. Le ordené que abriera la boca todo lo posible. Gimiendo, obedeció.

—Piense lo que quiera —dije—, pero no le trataremos mal si me obedece. Sólo le encerraremos en el galpón, no le haremos nada más.

Morri abrió la puerta del primer galpón con la llave de Edward. Una vez tuvimos al Amo, los dos capataces negros, Wiggie y Joanne atados de modo que no pudieran ponerse en pie ni arrastrarse, les encerramos con llave.

Weaver regresó con nosotros, jadeando. Para entonces todos estábamos fuera del galpón, todos los esclavos en la plantación. Los que habían decidido quedarse en River Bend estaban demasiado inquietos para esperar en sus galpones.

—No puedo cruzar —gimió Weaver—. Se han llevado el bote.

Explicó que habían llevado el bote a la otra orilla.

—¿Por qué no cruzas a nado? —pregunté.

Bajó la cabeza y dijo que no sabía nadar.

—¿Alguno de vosotros sabe? —pregunté.

Al ver que nadie hablaba, Weaver dijo:

—Tengo que quedarme.

—No, tú vienes con nosotros —declaró Morri.

—No, de ningún modo. Debéis marcharos sin mí.

—Tú vas a ir, Weaver —dijo Lily—. Todos saben que estás

involucrado. Si te quedas, te colgarán.

—No puedo dejar a Marta y a mis hijos.

Parker sugirió que todos deberíamos atacar a los hombres que estaban en el puente, pero su esposa, Christmas-Eve, dijo que probablemente meterían balas al menos en dos de nosotros y ella no quería arriesgarse a que uno de ellos fuera su esposo.

—Ninguno de nosotros quiere morir —observó Morri—. Pero tenemos que hacer algo… y enseguida.

Me pareció entonces que siempre había sabido que tendría que volver a meterme en el agua algún día. En realidad, me sorprendió que hubiera tardado tanto. Una parte de mí incluso quería hacerlo.

En la orilla del río me quité los zapatos, los calcetines, los pantalones, la camisa y el chaleco. En la oscura superficie del agua se reflejaban franjas de luz de la luna. Imaginé que el agua era profunda, fangosa y fría, y que sus brazos me recibirían con avidez.

Weaver y Morri estaban conmigo. Los otros se habían quedado junto al galpón.

—¿La corriente suele ser rápida? —pregunté, entregándole a Morri mi pluma blanca.

—Puede serlo. Pero esta noche —miró al otro lado del agua—, esta noche no parece ser muy mala. ¿Dice que sabe nadar bien?

—No he nadado en veinticinco años. Ya veremos —dije, sonriendo.

Un torrente de miedo me inundó cuando mis pies rozaron la fría superficie. El río ejercía una fuerte resistencia cuando di las primeras brazadas. Entonces imaginé a Daniel que me llamaba desde la otra orilla: «¡Deja de pensar, maldita sea, y limítate a nadar, pequeñajo!».

Y eso es lo que hice. La ansiedad me mantenía a flote y me hacía mover con rapidez. Al llegar a la otra orilla, me sacudí como *Fanny*. Daniel se rió de mí, pero me alegré de tenerle a mi lado.

Después remé lo mejor que pude para regresar a River Bend, cuarenta pasos río abajo de donde había salido. Weaver y Morri

corrieron por el bosque de hierbas del pantano para reunirse conmigo.

Weaver se agazapó en el bote mientras yo me ponía mi ropa seca. Acordamos reunirnos en el porche al cabo de dos horas, a las doce menos cuarto. Él nos dijo que nos marcháramos sin él si a esa hora no había llegado, pues significaría que no había logrado llegar hasta su familia… o le habían atrapado al tratar de regresar a River Bend.

Al comprobar los carruajes en el segundo galpón, descubrimos que el Amo Edward una vez más se nos había adelantado. Todas las ruedas traseras estaban atadas con dos gruesas cadenas. Ninguna de las llaves del Amo Edward las abría.

Cuando entramos en el primer galpón para quitar la mordaza a Wiggie e interrogarle, nos dijo que sólo míster Johnson tenía la llave. Sabíamos entonces que tendríamos que ir a pie. Morri calculó que había diecinueve kilómetros hasta
Petrie's
Landing. Podíamos llegar allí en tres o cuatro horas si íbamos a buen ritmo.

Quince negros y un blanco caminando por un camino de campos de arroz seguro que levantarían sospechas en cualquier carruaje que pasara. Pero atravesar el bosque o seguir la orilla del río sería imposible, según Morri, ya que la maleza era espesa y los pantanos no se podían cruzar sin caminar por el agua.

Fue a su espacio bajo el pórtico y sacó la última espada. También cogimos picos, palas y mayales del segundo galpón y los repartimos. Como ahora tendríamos que esperar a Weaver, regresamos a la Casa Grande. El miedo a la muerte que vi en el rostro de Lily me hizo pensar en mis hijas. No habría deseado que pensaran que había desaparecido, como a veces había creído yo de mi padre. Me volví a Morri y dije:

—Si las cosas acaban mal… Después de que me hayan colgado, ¿querrías escribir a mis hijas a la dirección que te di de Nueva

York? Me gustaría decirles que no tenía intención de morir. Debes decirles que estás absolutamente segura de ello.

—¿Yo? John, me temo que no piensa bien. ¿No sabe que también me colgarán a mí? Y mucho antes que a un hombre blanco.

Crow me llevó al dormitorio del Amo Edward y luego fue con Morri a calmar a los otros esclavos. Desde la ventana de allí veía con claridad el puente que conducía a Comingtee. Míster Johnson y su colega no se habían movido. Por el modo en que estaban sentados creí que tal vez estuvieran durmiendo. Al observarles comprendí que tendríamos que capturarles también. Porque si descubrían nuestra ausencia antes del amanecer, podrían hacer sonar la alarma y enviar a los perros tras nosotros, y también alertar a las patrullas.

Fui a mi habitación y empaqueté mi pluma, mi flecha y mi cuaderno de dibujo junto con la carta de Medianoche y el rollo ilustrado realizado por Baraquías Zarco. Podían enterrarme con todo ello si me atrapaban.

Weaver regresó cuando faltaban veinte minutos para la medianoche, con Martha, sus dos hijos y la chica Sarah. Todos estaban frenéticos, pero Weaver creía que no le habían visto. En Comingtee todo estaba tranquilo, me aseguró.

Emprendí la marcha con ellos para reunirnos con Morri, Crow y los otros esclavos, dejando a Lily en la Casa Grande. Pero antes de que llegáramos a los galpones, dos hombres blancos, cada uno con un mosquete, surgieron de la nada. Uno de los hombres era míster Johnson. No reconocí al otro, pero más tarde me enteré de que era míster Davies, un supervisor de Comingtee. Debían de haberse ido del puente durante los dos o tres minutos que yo había pasado hablando con Weaver y su familia. Probablemente les oyeron —o vieron— remando hacia River Bend.

—¿Y hacia dónde se encaminan, míster Stewart? —me preguntó Johnson, sonriendo. Era evidente que disfrutaría disparándome.

Me abalancé sobre él. Recuerdo haber oído su disparo y notar un golpe seco en el hombro izquierdo, como si me hubieran golpeado

con una tabla de madera. En mi ira y temor no oí el segundo tiro, disparado por míster Davies.

Cuando ataqué a Johnson hice saltar el mosquete de su mano. También se había quedado sin aliento, y mientras estaba doblado, le asesté dos puñetazos en la mandíbula con todas mis fuerzas. Indefenso, se cubrió la cara con las manos y gimió que no podía respirar. Me aparté de él y recogí su mosquete. Mientras me frotaba los nudillos ensangrentados, me rogó con voz temblorosa que no le matara.

Al mirar a mi lado descubrí que Weaver yacía moribundo en el suelo. La bala de míster Davies le había atravesado una arteria del cuello. La sangre se derramaba sobre él y Martha gemía lastimosamente. Frederick y Taylor habían logrado reducir a míster Davies y ya le habían clavado la bayoneta. También él yacía moribundo.

Con rapidez, pero en silencio trasladamos el cuerpo de míster Davies al segundo galpón; no queríamos que nuestros prisioneros vieran su cuerpo empapado en sangre. Amordazamos a míster Johnson, haciéndole tanto daño en su mandíbula rota que con lágrimas en los ojos nos suplicó que no lo hiciéramos. No me enorgullece decir que en aquel momento no me importaba en absoluto su integridad física. Con sus ojos saltones era evidente que deseaba decirme que era hombre muerto si caía en su poder, aunque sólo fuera un instante.

Para entonces un incesante palpitar en el hombro y en el codo me habían alertado de la gravedad de la herida. Tenía la mano izquierda fría y la camisa empapada de sangre, pero no podía pensar en ello entonces. Teníamos que marcharnos.

Parker, Crow, Frederick y Taylor llevaron el cuerpo de Weaver a la puerta de River Bend. Martha había dicho que prefería que le enterráramos fuera de la plantación. Los hombres hicieron turnos para cavar. Junto al río, la tierra se desmigajaba con facilidad. Le enterramos con su ropa, sin mortaja. Recité una plegaria judía para

los muertos, el *kaddish*.

Con la cuerda que nos quedaba atamos entonces las muñecas de todos los fugitivos. Empezamos con los hombres y acabamos con las mujeres, atándoles fuerte juntos para que cualquiera que nos viera en el camino creyera que eran mis prisioneros.

Yo iba atrás. Si nos encontrábamos alguna patrulla diríamos que los llevaba a Charleston para vender. Me disculpé con Morri por atarla, pero ella replicó:

—Si eso me conduce al Norte, puede ponerme un freno de caballo en la boca y marcarme.

Los sollozos de Martha no levantarían sospechas, me dijo Morri, ya que no era infrecuente ver mujeres llorando en estas marchas forzadas al mercado.

Y de ese modo nos preparamos para marcharnos para siempre de River Bend, dejando allí a Crow, a Lily y a la abuela Blue. Crow meneó la cabeza y dijo:

—Ahora vaya con mucho cuidado, míster John.

—Y usted vaya despacio —le dije.

Cerró con solemnidad la puerta tras de nosotros y se encaminó hacia la Casa Grande rodeando con el brazo los hombros de Lily.

Después de recorrer casi cinco kilómetros, me encontraba demasiado agotado para continuar debido a la pérdida de sangre. Había agotado los ánimos. También debí de delirar; estaba seguro de oír a Esther tocando a Bach con su violín.

Morri se puso a hablar, pero no la entendía. Me di cuenta por sus gestos de que quería que la desatara, lo cual yo apenas podía hacer.

En aquellos momentos deseaba decirle muchas cosas sobre su

padre, pues no quería dejar ninguna pregunta sin respuesta cuando me hubiera ido. Pero no tenía fuerzas. En cambio, le hablé de las monedas de oro que mamá me cosió en el forro del chaleco. Tenía que sobornar a quien fuera necesario para escapar.

Le encargué que por favor se disculpara con mis hijas y mi madre en mi nombre. Le dije que me dejara allí; me senté en el suelo porque no podía seguir. Y que se llevara la pluma de su padre y no la soltara jamás.

Ella me suplicaba que siguiera adelante, pero le dije que no importaba. No estaba triste. Era cierto que me hubiera gustado hacer mucho más, pero moriría de la mejor manera que pudiera: de espaldas y contemplando el Arquero. Lo único que me preocupaba entonces era que ella hallara la libertad.

Después recordé haber estado sentado con Benjamín y otro hombre en su sótano. Este otro hombre llevaba una larga barba. Me leía el libro místico judío, el Zohar. Y decía esto:

«Hay colores elevados, ocultos y relucientes…».

Le pregunté su nombre. Dijo que era Baraquías Zarco y que había viajado a través de tres siglos para encontrarme. Todo iría bien. Me vería a salvo en la Tierra Prometida.

Entonces me tendió la mano y empezó a susurrar plegarias, incluidas las protectoras que Benjamín me había recitado cuando le había visto por última vez en Oporto.

54

TODO HABIA ESTADO ESPERANDO SIEMPRE

Tras una hora y media de viaje, John se puso a hablar solo. Lo hacía en portugués, así que no me enteraba de nada. Luego dio la impresión de que hablaba con su padre, porque dijo varias veces la palabra «papá». No paraba de llevarse a los ojos la pluma que mi papá le había dado, como si fuera lo único que le mantuviera despierto.

Más tarde, cuando tropezó, me di cuenta de que tenía la cara bañada en sudor y los ojos apagados. Incluso a la luz de la luna vi que se estaba yendo con rapidez. Le pregunté si quería que paráramos un rato. Iría en busca de un poco de agua para él. No me oyó. Miraba a lo lejos y fuera lo que fuese lo que veía no estaba cerca de Carolina del Sur.

Después, tras otra sonrisa, cayó al suelo, jadeando como si tuviera los pulmones agujereados. Dijo que no podía seguir, que pesaba más que todo el resto del mundo. Le dije que iba a vivir si seguía adelante. Quizá no lo creía exactamente, pero hay ocasiones en que tienes que dar ánimos a los demás. Él dijo que no temía morir. Deseaba simplemente mirar el cielo y ver a los cazadores de mi papá. Que eso bastaría. Eso y que yo llegara al Norte.

Lo último que hizo antes de perder el conocimiento fue darme las gracias. Tardé un día entero en comprender que él estaba pensando como mi papá, y no sólo me daba las gracias a mí. No, señor; creo que estaba dando las gracias al mundo por todo lo que había vivido.

Algunos esclavos estaban dispuestos a dejarle allí, pero yo dije que no daría un solo paso sin él.

—Puede que sea blanco —les dije—, pero tiene memoria. Y esto es algo precioso que no voy a perder esta noche.

Desaté a todos, ya que la farsa era inútil entonces. Frederick, Taylor, Parker y Lawrence levantaron a John e hicieron turnos para llevarle de dos en dos. No sé cómo lo lograron, pero aquellos buenos hombres negros le llevaron otros once o doce kilómetros.

Ningún destino de negro hizo soplar el viento en la dirección equivocada, hacia las patrullas. No, señor. Ni una sola cara blanca nos miró desde ninguna puerta. Los plantadores estaban roncando en sus lechos de plumas o tierra adentro para evitar la época de las enfermedades. Y como era de esperar el capitán Ott había cumplido su palabra. En

Petrie's

Landing había tres botes de remo asomando entre las hierbas del pantano como si hubieran estado esperándonos eternamente para que nos decidiéramos a marcharnos. Mimi corrió a ellos y estuvo a punto de caerse al agua. Supongo que quería asegurarse de que eran reales. Todos lo queríamos.

Tumbamos a John de espaldas en el bote más grande. Tenía el pulso débil como un susurro. Yo deseaba que papá estuviera allí para ayudarle. O al menos para cogerle la mano mientras moría.

Remamos lo más rápido posible. Nuestro bote y uno de los otros se encallaron dos veces en el fango. Luego el bote que llevaban Backbend, Lucy y Hopper-Anne chocó con algo, se le hizo una grieta y empezó a hundirse. Gritaban de un modo horrible. Remamos hacia ellos y les ayudamos a subir a nuestro bote antes de que se ahogaran, pero estuvieron a punto. Quizás alguien más les

había oído también.

A cincuenta metros del *Landmark*, uno de los marineros británicos nos vislumbró. Entonces bajaron un par de escaleras de cuerda que tuvimos que subir. Se vieron obligados a atar a John con cuerdas por debajo de los hombros para izarle hasta cubierta. El capitán Ott se reunió con nosotros allí y nos estrechó la mano a cada uno como si llegáramos a su casa para la cena de Navidad. Le rogué que hiciera venir al médico del barco para examinar a John. Le entregué las monedas del forro del chaleco de John. Pero él me dio unas palmadas en el hombro y me dijo que las guardara para nuestra nueva vida.

Mientras el médico operaba a John en una pequeña habitación bajo cubierta, nos dirigimos a alta mar. Los gritos de John hicieron que me mareara. Mientras paseaba por fuera de donde le estaban cosiendo tuve que sentarme en el suelo para no caerme. Un marinero negro llamado Richardson, de un lugar llamado Hull, me llevó a cubierta, donde pude respirar mejor.

Supongo que aquellos británicos nunca habían visto a tantos hombres, mujeres y niños negros juntos. Nos miraban fijamente como si hubiéramos naufragado y vivido toda nuestra vida en una isla desierta. Y tal vez no se equivocaban.

Aquella noche permanecí sentada junto al lecho de John. Dormí un poco, pero prefería estar despierta, porque mis sueños parecían quemados en los bordes.

No se despertaba de su sueño pesado y no me atrevía a tocarle, pero me pareció que si le susurraba tal vez le haría regresar a nosotros, volver a la vida. Así que le conté algunas de las historias que papá me había confiado y que tal vez él había oído antes, cuando era niño. Esperaba que Mantis pudiera salvarle, aunque el médico y yo no pudiéramos.

Yo creía que ser libre me llenaría de alegría, pero creo que nunca he estado tan cansada como aquellos días en que nos dirigíamos a Nueva York. Llevaba conmigo el lastre de toda la tierra fangosa de River Bend, que se me pegaba a todo el cuerpo.

A primera hora de la tarde de nuestro primer día completo en el mar John despertó, pero estaba verdaderamente mareado. Le hice beber un vaso de agua y comer un poco de pan, ya que éstas eran las órdenes del médico. Aquella noche el pulso se le aceleró y tenía el rostro tan caliente que creí que se quemaría y se convertiría en cenizas. A veces también tenía escalofríos. Cuando nos quedamos solos, hice lo que mi papá solía hacer conmigo y me coloqué detrás de él en su cama.

El segundo día de estar en alta mar su brazo izquierdo se puso «gangrenoso», dijo el médico. Cuando eché un vistazo a la sierra del doctor Brampton, supe que no tenía estómago para lo que iban a hacerle, pero no había otro modo de salvarle. Los gritos de John habrían podido romper todos los cristales de todas las iglesias de Carolina del Sur y traspasar la frontera con suficiente fuerza para romper también todos los tazones de cristal de Georgia.

Aquel día no me permitieron verle, así que hasta la mañana siguiente no pude entrar en su habitación. Por la forma en que me miraba me di cuenta de que había vuelto a la vida.

—¿Somos libres? —susurró. Hablaba como si no se atreviera a creer que lo habíamos conseguido.

Me hizo llorar, porque le faltaba un brazo y había hablado en plural.

Después de ese día John quiso hablar, como una manera de olvidar lo que le había ocurrido, creo. Así que mientras yacía en la cama hablábamos de todos los temas, incluso de quién podía habernos

traicionado. Le hablé de Beaufort y los dos hombres que nos habían ayudado a conseguir las armas, míster Trevor y míster Rollins. Le costaba creer que un negro o mulato nos traicionara.

—No entiendo de eso —repliqué—. Muchos de nosotros sólo quieren quedar bien ante los blancos.

John dijo que míster Trevor tal vez hubiera necesitado confiar en muchas personas para conseguir nuestras armas. Cualquiera de ellos nos habría podido traicionar y ganarse unas monedas por las molestias.

Una cosa era segura. El Amo Edward debía de saber al menos unos días antes lo que teníamos planeado. Tal vez incluso desde hacía semanas. Por eso disfrutó haciéndome azotar tanto. Se estaba vengando antes de que ocurriera el hecho.

Llegamos al puerto de Nueva York dos días más tarde. John luchaba contra el dolor lo mejor que podía, pero aún no podía caminar solo, así que el capitán Ott hizo que unos marineros le bajaran del barco y le metieran en un carruaje en dirección a la casa de su amiga Violeta. El resto caminamos detrás. No llevábamos bolsas ni teníamos dinero ni mapa. La gente de Nueva York nos miraba con furia, peor aún que los británicos, y también cuchicheaban. Nosotros les mirábamos a ellos, así como los edificios de ladrillos, y los carruajes, y el cielo bajo y gris, y las agujas de las iglesias, y nos mirábamos unos a otros… como si aquello fuera imposible.

Pero era posible, claro. Para entonces, lo asombroso no era que hubiéramos llegado al Norte, sino que Nueva York hubiera estado allí los quince años que yo había vivido en River Bend, esperándome a que llegara. Todo, siempre, había estado esperando.

55

Cuando desperté a la realidad, me entró un pánico tan grande que creía que me tragaría entero y nunca me dejaría. ¿Cómo seguir adelante sin un brazo?

Me mantenía muy quieto, pero sabía que desear ser el hombre que había sido era inútil: no había magia que pudiera hacerme regresar a aquella época.

El dolor de no ser un hombre completo me hizo sentirme tan mareado que tuve que coger el orinal. Por fortuna me encontraba solo, de modo que nadie oyó mis sollozos. Los ahogué con la almohada, balanceándome hacia delante y hacia atrás como un niño.

Morri vino a verme cuando aún me hallaba en ese estado frágil y confuso. Le cogí la mano con fuerza y le pregunté si de verdad éramos libres, ya que era lo único que se me ocurría que podía hacer que mi pérdida mereciera la pena. Dijo que sí, y se llevó mi mano a su mejilla. Me conmovió que por fin confiara en mí, pero sentía tanta envidia porque ella tenía el cuerpo completo que ya no podía mirarla directamente a los ojos.

Cuando se marchó y hube lanzado otro buen grito, decidí tratar de imitar a un hombre con dos brazos útiles. Durante los siguientes días que pasamos en el mar, a pesar de las constantes olas de dolor que rompían en mi hombro, sonreía al conversar con Morri, el capitán Ott y la amistosa tripulación, como si mi muñón no fuera más que una herida superficial. Brindé por el médico y le di las gracias de todo corazón por el rápido trabajo que había hecho por mí. Sabía que era una mentira por la que pagaría tarde o temprano, pero no podía demostrarles mis verdaderos sentimientos por miedo

a volverme loco de pesar.

Fue un tremendo alivio, claro está, que madre no hubiera tenido que ir a visitar mi tumba, que mis hijas aún tuvieran a uno de sus padres. Sin embargo, sabía que tendría que replantearme muchas cosas sobre mi vida. Y cuando expresé mi sentido agradecimiento a Morri y a los demás cuando ella me contó que los esclavos me habían llevado hasta los botes para el viaje río abajo, una parte en sombras de mí mismo lo maldijo todo y a todos.

Cada vez que alguno de los refugiados iba a visitarme a mi camarote, me preguntaba qué significaría para ellos estar lejos de River Bend. La mayoría hablaban con voz alegre, pero era evidente que estaban asustados por la perspectiva de una vida en la que sus decisiones determinarían su destino. Morri dejó caer mis monedas de oro en mi mano, diciendo que no se había visto obligada a sobornar a nadie.

Martha y sus hijos estaban desconsolados por haber perdido a su amado Weaver, y sólo aparecieron en mi camarote dos veces, para expresar su pesar por que me hubieran herido y para unirse a la celebración dada por el capitán Ott la última noche que pasamos en el mar. En nuestra fiesta, la pequeña Mimi preguntó si habían enterrado debidamente mi brazo. No lo sabía, le dije, pero esperaba que dondequiera que estuviera se hallara en paz. Más tarde, el médico me dijo que lo habían tirado por la borda.

Sentado con Morri, a menudo reflexionaba sobre el misterio de la desaparición de Medianoche.

—Empezaremos a buscar a tu papá en cuanto lleguemos a Nueva York —le aseguré.

—Tengo miedo de que esté muerto, John. Hemos de afrontarlo.

—¡No! —grité, dejando que mis emociones escaparan a mi rígido control por un momento—. Si está muerto… si está muerto… ¿para qué he perdido el brazo? ¡No puede ser!

Gritaba tan fuerte que Morri llamó pidiendo ayuda. Vino el médico y me obligó a tomar dos cucharadas de medicina. Caí en un

sueño pesado en el que mis remordimientos parecían filtrarse en todo cuanto me rodeaba. En un sueño, Daniel y yo nos encontrábamos en el mercado de pájaros de Oporto. Me decía que sólo tenía un brazo porque no había sido capaz de salvarle de morir ahogado. Cuando volvíamos a mi casa para cenar con mis padres, nos dábamos cuenta de que nos habíamos equivocado. Nuestra casa parecía más bien una húmeda cueva. No sabíamos dónde estábamos. Entonces Daniel decía que estábamos en el vientre de una bestia gigantesca, medio león y medio pájaro. Oíamos el viento aullando fuera, y sabíamos que estábamos volando, pero no veíamos adonde nos dirigíamos.

A medida que nos acercábamos a Nueva York mi vergüenza me hacía desear encerrarme con llave, pues pronto tendría que ver a Violeta. Ahora lamentaba no haber hecho el amor con ella, como un hombre entero.

Hay mujeres que son todo eficiencia cuando se enfrentan con las dificultades de los demás, y Violeta demostró ser uno de esos individuos particularmente dotados desde el momento en que aparecí en el umbral de su puerta. Después de ahogar un primer grito de horror al enterarse de mi desgracia, con sus grandes ojos verde jade llenos de lágrimas, se convirtió en mi enfermera.

—Ahora estás en casa —dijo, inclinándose para besarme en la frente— y me ocuparé de que te recuperes, aunque sea lo último que haga.

Me resulta difícil hablar de las relaciones iniciales que Violeta estableció con los exesclavos de River Bend, ya que aquellas primeras semanas me vi obligado a permanecer en mi habitación mucho tiempo. Sin embargo, no pude por menos de observar que Morri adoptaba una actitud taciturna y nerviosa cada vez que ella y Violeta se encontraban conmigo al mismo tiempo. En el rostro preocupado de la muchacha notaba que ésta percibía el choque de emociones que sentía nuestra anfitriona.

Cada vez que ella o Violeta me preguntaban por mis

sentimientos, yo mentía, diciendo que la amputación era insignificante en comparación con el sufrimiento de los esclavos. Morri era reacia a dar su opinión, pero por fin dijo:

—No creo que las desdichas puedan compararse, John. Cuando estaba en River Bend no me hacía sentir mejor saber que había familias blancas que también eran pobres y vivían en lugares que odiaban. Llegué a creer que eso ayudaba, claro, todos lo hacemos; pero no me ayudaba en absoluto.

Cuatro largas e íntimas cartas de mamá: En ellas me decía que Fiona y mis hijas aguardaban impacientes mi regreso. Por fortuna en Londres todo iba bien. Ver su letra me hizo temblar de añoranza, y en mis respuestas les aseguré que me encontraba bien. Para evitar posteriores críticas de mi madre, mencioné que había sufrido «un pequeño contratiempo» en Carolina del Sur. No dije nada más, ya que las malas noticias sólo actuarían como llamada, y no podía ver a mi madre en el estado en que me hallaba. En cuanto decidiera mi próximo movimiento, escribí, enviaría instrucciones a Esther y Graça. Les advertí que tal vez pronto les pediría que se reunieran conmigo en Nueva York.

Hubo ocasiones durante los siguientes quince días en que me sentí solo e incómodo físicamente, y estaba a punto de rogarle a Violeta que me abrazara o me dejara verla sin su gorro. Pero ella nunca bajaba al jardín por la noche como en mi anterior visita. Si lo hubiera hecho, tal vez habría bajado la escalera cojeando para ir con ella y acomodarme a sus pies como *Fanny*. Fuera, bajo las estrellas, creo que habría sido capaz de contarle la verdad.

Lo que me hizo emprender un camino más saludable fue una inesperada carta que recibí de Isaac y Luisa. Aparte de darme noticias de su familia y de enviarme dibujos de pájaros carpinteros hechos por Noodle y Hettie, contenía un artículo del *Charleston Courier* que hablaba de nuestra huida a la libertad no como una fuga sino como una «repugnante y grotesca» serie de asesinatos cometidos por el «fantasma» de River Bend, que, después de tantos años, se había descubierto que era míster Johnson, el supervisor. El razonamiento que daban a esta atrevida conclusión era el siguiente:

El cuerpo de Edward Roberson, dueño de River Bend, fue encontrado en uno de los galpones de River Bend con un cuchillo clavado en el cuello. Así era como habían matado al Gran y al Pequeño Amo Henry. Por lo tanto, el responsable debía de ser el mismo villano. Además, míster Davies, un supervisor de la plantación Comingtee, había muerto de una profunda herida de bayoneta en el pecho. El artículo decía que Edward Roberson había solicitado su presencia en River Bend, ya que sospechaba que su propio supervisor conspiraba contra él.

El cuerpo de míster Johnson fue hallado fuera del primer galpón, con una bala en la sien. Esta herida aparentemente se la había infligido él mismo, ya que tenía una pistola en la mano. Tenía la mandíbula rota, como si hubiera peleado con su jefe, míster Roberson. Ambos hombres presentaban arañazos en los codos y rodillas, posiblemente resultado de una pelea a puñetazos. Míster Roberson también tenía una fea herida en la cabeza, probablemente a consecuencia de un golpe dado con una pistola por el supervisor asesino.

El artículo afirmaba que era indudable que míster Johnson se había quitado la vida después de matar a Edward Roberson y al otro supervisor. También habían matado a dos capataces negros, probablemente por haber permanecido fieles al Amo Edward.

«Su afecto por él era como el que se profesa a un padre», había dicho *mistress* Anne al *Courier*.

En cuanto al motivo, se sugirió que se trataba de crímenes de

enloquecida pasión y codicia. Se había rumoreado durante muchos años que míster Johnson estaba enamorado de *mistress* Holly, la esposa del Gran Amo Henry, el antiguo propietario. Al parecer había querido eliminar a Henry y a su hijo con el fin de controlar River Bend y a su dueña. En su mente maníaca y desequilibrada, había imaginado que Edward Roberson era el último obstáculo para sus planes de asumir el control de la plantación.

No se mencionaba a Joanne, Wiggie y a los otros esclavos que habíamos encerrado en el primer galpón. Presumiblemente no les habían matado.

En su carta, Isaac me preguntaba si algo de lo escrito en el artículo era cierto o si era un invento de las autoridades blancas.

La historia me pareció enrevesada y confusa y la leí varias veces, como si estuviera escrita en una lengua extranjera. Morri demostró tener más perspicacia y dijo que las autoridades jamás habrían querido que se supiera que se había producido una fuga de una plantación con éxito. Estas noticias habrían sembrado el miedo en todos los residentes blancos del Sur. Por ello, los plantadores y la policía habían inventado esta historia. Era mejor que se supiera que había sido un simple crimen de pasión y avaricia que una huida de negros hacia el Norte culminada con éxito.

—Pero ¿cómo pueden mantener en secreto nuestra fuga? —le pregunté.

—No pueden. Pero si no admiten que sucedió, los esclavos creerán que sólo es un rumor y los blancos que se trata de una maldita mentira. Supongo que así es como se escribirá toda nuestra historia.

Se me ocurrió entonces que debían de haberse producido muchas rebeliones similares de las que no se había dado noticia, en plantaciones de todo el Sur. Morri dijo a esto:

—No creo que quede constancia de que un grupo de esclavos les ha ganado. Ni una sola página impresa.

En ésta y otras ocasiones Morri demostró tener una mente tan

despierta que a menudo me hacía menear la cabeza con asombro, pues sólo tenía quince años. En las conversaciones que mantuve con ella durante los siguientes días sobre River Bend empecé a considerarla una amiga, y verdaderamente la hija de su padre. Su presencia, más que cualquier otra cosa, me devolvió mi verdadera sonrisa y voz, y me complacía ver que cuando ahora me miraba lo hacía con afecto.

Hablamos bastantes veces sobre lo que quería hacer con su vida. Yo me decantaba por buscarle un profesor particular de historia, filosofía, música y otras materias esenciales, con el objetivo final de prepararla para una educación universitaria. Pero ella creía que estaba adelantando acontecimientos. Decía que deseaba algo sencillo: aprender a ganarse la vida. Siempre le había gustado bordar, y juntos pensamos en la posibilidad de que confeccionara ropa por encargo, como había hecho Francisca.

Vi en sus ojos que eso no la complacía demasiado. Pensando como Medianoche dije:

—Da una vuelta por la ciudad. Mira lo que hay que ver y algo se te ocurrirá. Lo sé.

Luego, mientras me dedicaba su cariñosa atención, me arriesgué una vez más a sufrir un desengaño y le dije que esperaba adoptarla. Como tal vez accedería simplemente para agradecerme la ayuda que le había prestado en su fuga de River Bend, le cogí ambas manos, se las apreté con fuerza y añadí:

—Mi mente se serenaría si supiera que he seguido las instrucciones de tu padre. Como creo que ya sabes, no sólo siento un gran cariño por ti, sino que también te admiro. Pero, Morri, no tienes que decir que sí a menos que verdaderamente sea lo que quieres, aunque tu padre lo deseara. Me apresuraré a añadir que jamás intentaré sustituirle a él en tu corazón; nunca. Piénsatelo y ya me dirás lo que has decidido dentro de… digamos un mes.

Morri accedió, pero en sus ojos vi la desesperación que le había provocado hablando de su padre como si estuviera muerto. Sin embargo, sabía que él mismo no me había dado otra opción.

Por supuesto, quedaba aún la cuestión de quién había cometido los asesinatos de River Bend. Morri y yo por separado llegamos a la misma conclusión: Crow.

Yo había visto con claridad, en el transcurso de los pocos días que pasé en River Bend, que su espíritu en realidad no estaba quebrado sino oculto, la mayoría de las veces en lo más hondo de sí. Después de que los esclavos hubieran escapado de River Bend, Crow debió de vengarse.

Sin embargo, la puerta de los dormitorios del Gran y el Pequeño Amo Henry estaban cerradas con llave tras haberles hundido el cuchillo en el cuello. Sin la llave, ¿cómo había entrado Crow?

Al principio ni Morri ni yo pudimos responder a esta pregunta. Pero luego recordé las huellas de conchas hechas en barro que me había mostrado. Empecé a creer que debía de haber cogido las llaves del dormitorio al Gran Amo Henry o a *mistress* Holly el tiempo suficiente para hacer una reproducción en sus moldes, y luego las había enviado a través de su hermano el herrero a Comingtee. Sin que le presionara para que me diera información, Crow me había dicho que también había hecho reproducciones de dólares de plata. Creo que quería que yo adivinara la verdad, para que los que escapáramos supiéramos que se había vengado.

Después de asesinar al Amo Edward y a los otros, probablemente Crow había puesto una pistola en la mano de míster Johnson con el fin de engañar a las autoridades. También parecía posible que hubiera dejado los cuerpos atados y ensangrentados en el mismo sitio donde les había asesinado. Quienquiera que se hiciera cargo de la investigación habría podido inventar la versión de los acontecimientos que se había publicado en el periódico para impedir que se extendiera el miedo entre los ciudadanos blancos, tal como había dicho Morri. En ese caso, Crow sería colgado y lo más probable era que se hiciera en secreto.

Pero si había plantado todas las pistas y convencido a Lily y a los otros esclavos de que no dijeran nada, la policía habría podido creer que era inocente. Tal vez incluso consolara a *mistress* Kitty en su pesar.

56

Darle vueltas al artículo y los acontecimientos de River Bend con Morri reforzó mi sensación de que tenía algunas opciones en la vida, y de que tenía fuerzas para planear mi futuro.

Las miradas bajas de Violeta en mi presencia me daban a entender, no obstante, que temía mi recuperado vigor. Que también ella hubiera preferido que nuestra relación tomara un curso más amistoso y más honesto —que ella se encontraba a merced de emociones que no entendía bien— no se me ocurrió en ningún momento.

A pesar de que lo había visto en mi anterior visita, no comprendí que Violeta simplemente no decía lo que pensaba. Yo había visto reflejados los días que habíamos pasado juntos cuando éramos niños, lo había visto coherente con su carácter. Probablemente, le habían quitado a palos el deseo de abrirse a los demás, primero en su casa de Oporto y después en Inglaterra.

La necesidad de encontrar trabajo productivo para los refugiados de River Bend pronto eclipsó mis preocupaciones personales. Para ayudarles, reuní valor para salir de mi habitación más de unas horas seguidas a principios de nuestra cuarta semana de libertad. Enseguida me resultó evidente que la mayoría de ellos necesitaban una rutina. Parker en particular se había dado a la bebida y a menudo llegaba a casa maldiciendo. El primer día que bajé la

escalera Morri me llevó aparte y me dijo que una vez, tras una velada en una bulliciosa taberna, había dado un par de bofetadas a Christmas-Eve, poniéndole un ojo morado a su esposa. Me di cuenta de que tenía que actuar con rapidez y que para ayudarles a encontrar trabajo sería necesario mostrar en público mi manga de la chaqueta vacía. Se me hizo evidente que Morri y los demás —de un modo vago pero decidido— habían estado esperando a que yo bajara y les ofreciera mi ayuda desde el principio. Adquirí un considerable respeto por la paciencia y el tacto que habían tenido conmigo.

Pasé los siguientes días acompañando a nuestros invitados de River Bend a recorrer tiendas y almacenes para ver si encontraban trabajo estable. Casi siempre recibíamos la misma falsa sonrisa y rápida negativa. Recuerdo en particular al propietario de una tienda de artículos de confección de Wall Street al que traté de convencer de que ofreciera trabajo a Hopper-Anne, cuyo inglés era extraordinariamente bueno y claro. No sólo se quedó mirando fijamente el brazo que me faltaba, sino que también tuvo la cara dura de decir:

—Mis clientes no esperan que les sirva una negra, por muy clara que sea su piel o lo muy parecido a los blancos que hable.

Para bien o para mal, perder un brazo no había reducido en absoluto mi temperamento escocés, y le fustigué duramente por su hipocresía.

Al cabo de un tiempo, se hizo demasiado evidente que encontrar un trabajo honrado para todos los exesclavos iba a ser imposible. Por fortuna, ellos lo comprendieron antes que yo y tomaron las riendas del asunto.

A través de amistades que Hopper-Anne, Lucy y Christmas-Eve hicieron en la Iglesia Episcopal Protestante de St. Philip, pronto encontraron trabajo para Parker, Randolph y Backbend como estibadores para Harkness & Co., una empresa privada de transporte marítimo situada en South Street. Hopper-Anne pronto fue contratada en una panadería propiedad de unos negros en Chambers Street, y Christmas-Eve y Lucy empezaron como fregonas en la Spear Tavern de Broadway.

Violeta ofreció una ayuda valiosísima al resto. Se sentó a su escritorio de la sala de estar y redactó una conmovedora carta para

solicitar consejo a Francis Lemoyne, el hijo mayor del anciano al que había cuidado. Aunque albergaba cierto resentimiento porque ella había heredado la casa en la que estábamos instalados entonces, se puso en contacto con algunos granjeros cuáqueros a los que conocía y logró obtener ofertas de trabajo para todos los exesclavos de River Bend que desearan vivir en un ambiente rural.

Al final, todos menos Morri y Randolph tuvieron su oportunidad. Randolph decidió seguir siendo estibador en Nueva York con sus hijos, y pronto pudimos encontrarles un piso adecuado en Bowling Green.

—De ningún modo volveré jamás a una vida de trabajo en el campo —me dijo Morri—. John, lo mejor de la vida es decir que no y que no pase nada.

Varios días después, Morri vino a casa cantando y jadeando al mismo tiempo. Estaba tan nerviosa que se puso a saltar por toda la sala de estar. Mientras yo fumaba mi pipa, me contó que en uno de sus paseos por la ciudad se había encontrado con el director de la Escuela de Church Street para Niños Negros, un exfugitivo llamado William Arthur.

—¡Me ha dicho que podría empezar a enseñar a leer y a escribir enseguida! No le importa que no hable tan perfectamente. O que no sea mucho mayor que los niños. ¡No le importa en lo más mínimo!

Después de beber un vasito de vino de oporto para brindar por su éxito, se sentó en el brazo de mi sillón y me dio un fuerte apretón en la mano. Tenía el rostro tenso, como si quisiera contarme un gran secreto.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Me gustaría que me adoptaras, John, pero sólo con la condición de que si mi padre regresa él pueda volver a adoptarme.

Recibí la primera respuesta de mi madre a mis cartas durante la séptima semana que estábamos en Nueva York. «John —escribió, apretando tanto la punta de la pluma debido a la irritación que había atravesado el papel—, si en tu próxima carta (¡que tienes que escribir hoy mismo!) no me cuentas exactamente la naturaleza de tu "contratiempo" en Carolina del Sur, te prometo que me presentaré en la puerta de tu casa sin que me invites y te daré un sermón de una clase que nunca has oído, porque es evidente que deberías haberlo hecho».

Unos días más tarde, mientras aún reflexionaba sobre la manera de escribirle a mi madre para contarle mi herida, Backbend, Lucy, Hopper-Anne, Scooper, Parker, Christmas-Eve, Frederick, Sarah, Taylor y Martha subieron a diversos carruajes frente a la casa de Violeta para viajar casi cien kilómetros hacia el norte hasta dos granjas de cuáqueros situadas cerca de la ciudad de Southeast. Ganarían un buen salario regular y sus hijos podrían asistir a una escuela local. Los cuáqueros —que por entonces parecían representar para mí la posibilidad de que en el mundo existiera bondad— habían accedido generosamente a ayudarles también a construir casitas.

Cuando sus carruajes partieron, oí que Morri tarareaba la canción *Barbara Allen* en voz baja. Me uní a ella en una estrofa. Por fortuna, esto iba a hacerme pensar seriamente de nuevo en cómo encontrar a Medianoche.

57

En todas aquellas semanas de angustia no es que me hubiera olvidado de Medianoche, pero al releer su carta en Nueva York me convencí de que debía de haber tenido una visión de su propio fin: un sueño de Mantis.

Ahora veo que —aún más que la pérdida de mi brazo o la distancia de Violeta— esta aceptación pasiva de su muerte había hecho muy tristes mis semanas de soledad. Había descubierto que mis tiempos de mayor desdicha estaban asociados con un sentimiento de derrota, y casi siempre había encontrado la manera de recuperar la salud iniciando una nueva campaña.

Así que con las monedas de oro de mamá y lo que me quedaba de mis ahorros, decidí publicar una petición a Medianoche —o a cualquiera que conociera su destino— para que me escribiera. Pondría estos anuncios en periódicos de todo Estados Unidos, desde Nueva York hasta los territorios occidentales, cada semana mientras fuera necesario hasta recibir una respuesta. Por supuesto, aunque aún viviera, no podía estar seguro de que tuviera la costumbre de leer noticias de ninguna clase, pero era muy probable que conociera a alguien que lo hiciera.

Morri estaba impaciente por ayudarme a escribir el anuncio, que al final quedó redactado así:

> Se busca a Medianoche, Samuel o Tsamma. Os vimos desde lejos y estamos muertos de hambre.
>
> Se ruega que quien pueda dar información escriba al *Gemsbok* a casa de la senhora Violeta, 73 John Street, Nueva York.
>
> He encontrado una bella pluma que creías haber perdido para siempre y está a salvo conmigo. Ve despacio.

No deseábamos poner nada en el anuncio sobre River Bend ni mencionar el nombre de Morri, por temor a llamar la atención de los traficantes de esclavos, que podrían querer secuestrarla.

La segunda parte de mi plan iba a convertirse en el trabajo más importante que hice en América. Decidí recopilar una lista de esclavos y negros libertos de Carolina del Sur, junto con su residencia. Me parecía esencial, pues cuando por fin llegara la gran destrucción de la esclavitud, al cabo de cinco años o de cincuenta, los que habían vivido como esclavos se enfrentarían a la tarea casi imposible de encontrar a hermanos, hermanas, madres, padres e hijos de los que habían estado separados durante muchos años y no conocían su paradero. Necesitarían desesperadamente una lista así.

Era una empresa enorme, y sabía que precisaría muchos años y un gran esfuerzo para estar sólo cerca de completarla. Aun así, cuanto más pensaba en el plan más entusiasmado estaba.

Sabía que para crear mi lista necesitaría centenares de corresponsales de todo Carolina del Sur, personas dispuestas a contar a los esclavos, negros libertos y mulatos de los alrededores y anotar su nombre completo y ubicación, así como los de sus parientes.

Los cuáqueros me ayudarían, estaba seguro, como en realidad han hecho. Y entre la congregación de judíos de Charleston hasta ahora también he encontrado varias almas laboriosas y generosas.

Mis primeros corresponsales fueron Isaac y Luisa, naturalmente. Les escribí poco después de haber recibido su carta, y les relaté nuestra fuga, y hasta ahora me han proporcionado ciento doce nombres y ubicaciones.

Los informes del censo han indicado que al menos doscientos sesenta mil negros viven como esclavos sólo en Carolina del Sur, y por tanto me queda mucho trabajo para hacer en el futuro. Pero no voy a desanimarme ni a desmoralizarme. La lista crecerá exponencialmente a medida que la gente vaya teniendo conocimiento de ella. Todo lo natural en sí mismo está de mi lado en esta batalla, estoy seguro.

El 14 de noviembre, una semana después de que los exesclavos partieran hacia el interior del estado de Nueva York, firmé los papeles de la adopción de Morri. Como no era ciudadano americano, este trámite se hizo a través de la embajada británica. Ella decidió inscribirse como Memoria Tsamma Stewart, que me pareció un nombre espléndido y único. Para celebrarlo, tomamos un *ferry* hasta Brooklyn, donde comimos en una taberna a orillas del río que admitía negros. Me pasé con el *whisky*, pero Morri me llevó de regreso a nuestro *ferry* sano y salvo.

Hasta entonces me había mantenido alejado de la Escuela de Church Street para evitar ponerla en evidencia, pero decidí realizar una inspección paternal de su lugar de trabajo. Sentada en la parte de atrás de su clase, el orgullo que sentí al verla libre y útil me confirmó que no me había equivocado al ir a verla.

Mientras escuchaba a sus niños leer en voz alta una fíbula de Esopo, percibí la presencia de Medianoche a mi lado. Le veía sonreír como un loco.

Tras visitar la escuela de Morri, dejé de preguntarme si perder mi brazo había sido un justo sacrificio en aras de su libertad. Al ver a los pequeños arremolinados a su alrededor, tirando de su vestido de vivo color rojo que le había comprado, dejé de comparar las desdichas, como ella misma me había aconsejado. Me siento agradecido por ello, pues en un tiempo creí que mi egoísmo sería mi perdición.

Otros acontecimientos también conspiraron para que recuperara mi pleno y honesto vigor, el primero de los cuales fue completamente inesperado.

Aún no había contestado a mi madre para explicarle mi herida. Esta cobardía, junto con mis ganas de ver a mis hijas y mi inseguridad respecto a lo que ahora sería lo mejor para ellas, me sumieron en una repentina espiral de desesperación e insomnio. Había cerrado la puerta con llave y no dejaría que entraran ni Morri ni Violeta. Fumé demasiado y me sentía mareado. Lo que no sabía

era que Violeta tenía otra llave. Entró en mi habitación antes del amanecer el 19 de noviembre, mientras yo fumaba la pipa de papá como un demonio, y anunció:

—No puedo soportar más esta lucha, John. Si me prometes no decir nada después sobre lo que haya tenido lugar entre nosotros o lo que deseas que ocurra en el futuro, me acostaré contigo ahora.

—¿Estás segura? —pregunté, percibiendo que nuestros destinos estaban cambiando radicalmente en aquel momento.

—Sí —respondió ella.

Me acerqué a ella, con esperanza y gratitud en mi corazón. Besarla en los labios —como hacía más de dos décadas que deseaba — me produjo una descarga eléctrica que tuve la sensación de que me arrancaban de mi propio cuerpo.

Estar con ella lo significaba todo para mí, me hallaba en el centro del mundo. Allí, en lo más profundo de nuestra unión, mi brazo perdido ya no era una carga tan pesada como había creído.

Después, apoyó la cabeza en mi hombro y se quedó dormida.

Al final pensé en Francisca. Parecía muy diferente de Violeta; eran mujeres nacidas bajo constelaciones que protegían territorios separados de la noche. Quizás era, más que nada, que eso me hacía creer que a mi esposa no le importaría la felicidad que yo pudiera encontrar ahora en mi nueva vida.

Acaricié el pelo de Violeta mientras dormía, como siempre había deseado hacer. Este sencillo movimiento de mis dedos me calmó, y sentir su suavidad me hizo creer que por fin había llegado a casa. Supe entonces que todo iría bien entre nosotros.

En realidad, durante las semanas siguientes, nuestras relaciones fueron todo lo que había esperado que serían. Dimos largos paseos en la zona agreste del norte de la isla de Manhattan, observando arrendajos azules, martines pescadores y otros pájaros que no conocía tanto. Ella recogió hojas de roble de color fuego, y yo le compré flores. Comimos castañas en los parques y nos perseguimos por la escalera. Para la fiesta americana del Día de Acción de Gracias preparó pavo con arándanos en conserva. Como postre me hizo *rabanadas*, como mi madre le había enseñado. Nunca hablamos de lo que había ocurrido entre nosotros porque ya no era necesario. Por la noche, en el silencio de nuestra cama me parecía que por fin habíamos compensado la muerte de Daniel. Nuestra

unión era un triunfo sobre traiciones, locuras, lápidas y despedidas para siempre. Demostraba que la resurrección era posible. Quizás incluso constituía otro milagro.

No estaba seguro de si Violeta podía tener hijos a su edad, pero cuando nos fundíamos en la noche ansiaba desesperadamente que sí pudiera.

El segundo acontecimiento que espoleó mi renovación personal fue mi decisión de empezar a realizar de nuevo cerámica y paneles de azulejos, y para este fin vacié el pequeño cobertizo que había en la parte posterior del jardín de Violeta. Compré un torno de cerámica de segunda mano y herramientas para hacer azulejos.

Centrar un recipiente con una mano no resultó tan difícil como había imaginado, y al cabo de pocos días pude realizar modestos cuencos, platos y jarras. También finalicé mis dibujos para un panel de azulejos con esclavos del campo que deseaba realizar, aunque descubrí que sin mi brazo aún no tenía el vigor necesario para tan ambicioso proyecto.

Por fin envíe una carta a mi madre e hijas para explicarles que quería quedarme en Nueva York y pedir que Esther y Graça se reunieran conmigo lo antes posible. Me disculpé por perturbar sus vidas una vez más y dije que se lo explicaría todo cuando llegaran. De mi brazo sólo dije que me había herido mientras me encontraba en el Sur, pero que no era nada grave; mis médicos americanos habían declarado que me hallaba en perfecto estado de salud. Sin embargo, aún no había encontrado a Medianoche, pero que volvía a dedicarme plenamente a su búsqueda.

Para entonces comprendí que sentía un afecto por Violeta que iba mucho más allá de declaraciones apasionadas y gestos afectuosos. De un modo vago sabía que estábamos hechos de elementos diferentes, pero así parecía mejor, como si nuestra mezcla resultara más fuerte que la pureza.

Un día, mientras paseábamos, planteé el tema que me había estado consumiendo durante tanto tiempo.

—Violeta, me gustaría tener un hijo… empezar una nueva familia contigo en este joven país.

Se puso pálida. La hice sentarse en el umbral más próximo y me acuclillé a su lado.

—¿Qué ocurre? Pensé que te alegrarías.

—Y me alegro, John. Sólo es que me has tomado de sorpresa. Dame un momento.

—Si te preocupan mis hijas, estoy seguro de que les gustaría tener un hermanito. Aunque no debemos dejarles que elijan el nombre —dije riendo—. Les gustan los peores.

Ella levantó la mano para tocarme la boca, y yo le besé las yemas de los dedos. Dijo:

—Basta, John; hablaremos de ello más tarde. Ahora estoy demasiado atónita para hablar.

Pensé que le daría un día o dos para hacerse a la idea antes de hablar de ello de nuevo. Sin embargo, a la noche siguiente, Morri y yo nos vimos obligados a cenar en casa de William Arthur, su director. Violeta había pedido que la excusáramos, ya que las relaciones entre ella y Morri aún eran un poco tímidas. Volvimos a casa mucho antes de lo que esperábamos, ya que míster Arthur era madrugador y a las diez ya se acostaba.

Al ver que Violeta no se encontraba en la sala de estar, subí las

escaleras de dos en dos y fui a nuestro dormitorio con intención de lanzarme sobre ella, pero no estaba allí. Guiado por la intuición me acerqué a la ventana de la habitación en la que antes dormía. La vi sentada en el jardín, envuelta en una mantilla portuguesa negra. Tenía en las manos el tablero que Daniel había tallado para ella justo antes de morir. Violeta estaba llorando.

Bajé a toda prisa y fui con ella, pero nada de lo que decía o hacía podía detener sus lágrimas.

—Por favor, dime qué te ocurre, ¿se trata de Daniel? Yo también pienso en él a menudo, ¿sabes?

Apartando la mirada de mí, dijo en portugués:

—No te amo, John. No como tú desearías. No como amé a Daniel. —Se llevó una mano temblorosa a la boca—. Jamás podré hacerlo, por eso nunca debemos tener un hijo.

—Entonces ¿por qué… por qué viniste a mí?

—Era la única manera de deshacernos del airado resentimiento que se había creado entre nosotros. Era la única manera de ayudarte. —Mirándome con ojos llenos de tristeza añadió—: Te advertí que no debías enamorarte de mí. Hice todo lo que pude para demostrártelo.

Comprendí entonces que había mantenido tanta distancia entre nosotros porque en verdad deseaba salvarme de ella. De un modo extraño, había sido más generosa durante nuestras semanas de decepción de lo que había sido al compartir su cama conmigo. No habían existido verdaderas complicaciones entre nosotros desde su punto de vista; simplemente, nunca me había amado.

Me puse en pie, percibiendo que mi vida iba girando lentamente hasta detenerse. Pero no estaba enfadado, ni siquiera triste. Sin embargo, advertía claramente una paradoja: me sentía al mismo tiempo hueco y muy pesado. Tenía la sensación de estar formado por todos los pensamientos que había tenido de ella durante los últimos veinte años, todas mis plegarias y todos mis deseos. Estaba muy cansado… sobre todo de mí mismo.

—Es cierto que me lo advertiste —le dije con voz pétrea, pues no deseaba derrumbarme—. Te lo agradezco sinceramente. Y también el que intentaras ayudarme. Ahora entiendo en qué dilema te coloqué.

Apreté mis secos labios a su fría mejilla y subí la escalera

deslizándome como un espectro. Desde mi habitación la observé sentada en el jardín durante más de una hora. Luego entró, dejando el tablero en el banco. Mirándolo fijamente a través de aquel bosque de oscura maleza, imaginando mi rostro tal como Daniel lo había tallado, vi que nunca había querido comprender la auténtica verdad de nuestra relación. Ya cuando era una chiquilla me había dicho que no podía esperar de ella nada más que amistad.

Cuando volvió al jardín lo hizo con un largo cuchillo. El corazón me dio un vuelco y mi vista se oscureció; estaba seguro de que iba a quitarse la vida.

Pero al llegar vi que estaba borrando el retrato que Daniel había tallado de ella, clavándole el cuchillo con una violencia tan profunda que sin querer retrocedí un paso y estuve a punto de caer. Me hubiera gustado detenerle la mano, pero para entonces sabía que no quería ni necesitaba mi protección.

Al día siguiente, me marché sin desayunar y di un solitario paseo a orillas del río Hudson, pensando en el hijo que nunca tendríamos. Me reuní con Morri cuando salió de la escuela y le expliqué con solemnidad lo que había ocurrido entre Violeta y yo. Le dije que tenía intención de pasar una semana fuera de la ciudad para pensar en mi futuro… y en el de mis hijas.

Morri y yo dimos un largo paseo en bote el sábado por la mañana hasta la ciudad colonial de Roslyn, al fondo de una estrecha cala de la orilla norte de Long Island. La primera tarde que pasamos allí dimos un paseo por el bosque, subimos una colina bastante empinada y recorrimos una desolada distancia de árboles sin hojas. Hacía más frío del que había tenido jamás, y me sentía como si estuviera atravesando un viejo paisaje que se había congelado en mi interior. Esperaba ver el cuerpo de Violeta en el suelo, como estaba

después de ser atacada por su tío.

Morri caminaba más deprisa que yo y a menudo tenía que esperar a que la alcanzara. Me complacía el modo en que miraba atrás para verme.

El lunes, poco antes del amanecer, empezó a nevar. Era la primera nieve que Morri veía en su vida. Se precipitó a la calle y pronto cayó de culo, magullada, pero riendo. Me senté a su lado. Echando la cabeza hacia atrás observé caer los copos, notando su frío cosquilleo en las mejillas. Permanecimos así, juntos, largo rato, dejándonos cubrir por la nieve.

Regresamos a casa de Violeta el lunes a media tarde, ya que Morri tenía el día libre en la escuela. Ella nos recibió en la puerta con amables palabras y besos; se ofreció para prepararnos café caliente y *rabanadas*. No podía soportar su generosidad y volví a salir apresurado de la casa. A última hora de la tarde siguiente, tras haber pasado la noche en una decrépita pensión que daba al Hudson, encontré una pequeña casa de tres dormitorios en Greenwich Village que podía empezar a alquilar al cabo de una semana. Era vieja y fea, y el jardín no era más que barro y porquería congelados, pero las paredes eran lo bastante sólidas para mis puñetazos y no era cara.

Cuando informé a Violeta de mis intenciones, me ofreció una sonrisa de aliento y dijo:

—Sólo te pido que conserves tu estudio aquí. Para que podamos seguir siendo amigos. Hazme ese favor, John.

Por primera vez en mi vida le dije que no. Nunca me había costado tanto pronunciar una palabra.

Escribí inmediatamente a madre para contarle lo de mi nuevo hogar, y cambié la dirección en los anuncios que publicaba en los periódicos. La última noche que pasé en casa de Violeta salió con sigilo al jardín antes de que amaneciera. Contemplando las estrellas, perfiladas a la luz de la luna, parecía de nuevo aquella ninfa de la noche que yo había imaginado en otro tiempo. Cuando me vio, di un paso atrás en las sombras como si fuera un delincuente. Ella se puso a lanzar una pelota al aire. Era la de *Fanny*. Mentalmente vi a mi amado perro saltando para cogerla y ladrando. Retrocedí tambaleándome hasta la cama. Un poco más tarde, oí el ruido de piedrecillas arrojadas a mi ventana. Me cubrí la cabeza con la almohada. Cuando finalmente me la aparté, unos minutos más tarde, ella aún me arrojaba piedrecillas. Siguió haciéndolo hasta que salió el sol, pero no me atreví a ir con ella.

Una mañana a mediados de enero llamaron con fuerza a la puerta de nuestro nuevo hogar en Waverly Place. Corrí a abrir y vi a mi madre llevándose las manos a la boca, ya con lágrimas en los ojos. Detrás de ella estaban Esther y Graça. Descargaban de tres grandes carruajes al menos una veintena de repletas bolsas.

Nuestro reencuentro fue un poco histérico, como siempre son esta clase de acontecimientos en mi familia. Más bien parecía una alocada ópera italiana interpretada a un tempo demasiado rápido, con cuatro personajes de temperamento salvajemente distinto en busca de un equilibrio perdido en algún lugar entre las lágrimas y la risa. Besé a mis hijas una y otra vez y las alcé en vilo haciéndolas girar.

Las niñas llevaban los pendientes de filigrana que les había comprado en Alexandria y me dijeron con orgullo que no se los habían quitado en semanas y no tenían intención de hacerlo en

muchas más. Al recorrer nuestra casa les dije que tendrían que compartir habitación, pero dijeron que sería mejor así, ya que siempre dormían mejor cuando estaban juntas. Igual que Morri, mamá tenía su propia habitación y declaró que era absolutamente encantadora, aunque no contenía un solo mueble, ni siquiera una alfombra. Es evidente que la casa era pequeña y modesta, y a pesar de sus sonrisas sospeché que la encontraron deprimente después de un viaje tan largo. Cuando les mostré que me había instalado en lo que había sido la despensa, como preparación para su llegada, noté que el valor se me escapaba de puntillas.

—Sigue respirando —me dijo mamá. Pero no pude reírme. Me dio unos golpecitos en la frente como para meterme dentro un poco de sensatez—. Deja de preocuparte, John —dijo con lo que era clara intención de ser una orden—. Todos nos hemos enfrentado en la vida con cosas mucho peores que polvo y estar un poco apretados, incluso Graça y Esther.

Llevé a mis hijas y a mi madre en paseos separados por Broadway durante los siguientes dos días, ya que con luz y aire podía hablar más libremente de la pérdida de mi brazo y mis experiencias en River Bend. Me disculpé de inmediato con mamá por perder el brazo, ya que había salido de ella completo y parecía una afrenta a su dolor al parirme y a los años de cuidados que me había prodigado. Ella me hizo callar y no paraba de decir:

—Deberías habérmelo dicho mucho antes. No tienes que sufrir siempre solo. Lo has hecho desde que eras pequeño, y creo que ya es hora de que dejes de hacerlo.

Insistí en tranquilizarla diciendo que mis dificultades habían quedado atrás hacía bastante tiempo. Pero ella no podía reconciliar la imagen de su hijo que tenía en la mente con el hombre que se hallaba ante ella. A primera hora de la mañana, mientras aún estaba medio dormido, a veces la pillaba de pie en el umbral de mi puerta, observándome con ojos preocupados.

Mamá siempre ha sido una criatura de estados de ánimo

inesperados, y después de este período inicial de incredulidad y pena volvió a mostrarse alegre conmigo. Aunque esto en sí mismo era un alivio que me daba ánimos, sabía que podía tardar muchos meses en ser capaz de mirarme sin compararme con lo que había sido.

Cada una de mis hijas reaccionó de manera diferente a la pérdida de mi brazo. Graça, siempre pensativa, se entregó a un cauto silencio sobre el tema, hasta que en un momento de revelación me di cuenta de que estaba esperando que le asegurara que era el mismo hombre de siempre. Había olvidado mi propia lección de la infancia: que la separación es más difícil para los jóvenes. Así que durante quince días me desviví por ella desde la mañana hasta la hora de acostarse, cuando le leía durante una hora o más cada noche después de meterla en la cama. Cuando perdió su cauta actitud conmigo, cuando pudo pasar un día explorando la ciudad con mi madre sin recordar siquiera mi existencia, supe que lo superaría.

Esther decidió hacer de enfermera, y durante un tiempo sufrí con buen humor el que me ayudara a bajar la escalera y me ahuecara las almohadas. Luego esto empezó a irritarme, y una vez la hice llorar con mi jactancia. Fue mamá quien me dijo que la niña no era tan diferente de su hermana como yo creía, y que pedía que la tranquilizara del modo que más se ajustaba a su carácter. De manera que me dejé mimar por ella unas semanas más y sólo le pedí a cambio que me dejara escucharla cuando practicaba con el violín. Esto le gustó tanto que incluso se convirtió en mi toque de diana matinal, despertándome cada mañana con una serenata de minuetos y gavotas de Bach. Supe que estaba bien cuando empezó a hablarme en mal tono de vez en cuando sin que le preocupara que volviera a marcharme o que otra extremidad mía pudiera simplemente caérseme.

Las relaciones entre mi familia y Morri fueron tímidas al principio, como cabía esperar. La solución de ella fue la de retirarse a la

protectora soledad de su dormitorio del piso de arriba cuando no estaba dando clases. Una tarde, cuando me atreví a llamar a su puerta y entrar, lloró abrazada a mí. Estaba segura de que todas las demás la odiaban.

—Soy tan diferente de ellas… Tú has sido muy bueno, pero traerme aquí fue un error.

Entonces entró mamá en la habitación, al oír el alboroto, y se arrodilló junto a Morri, que se incorporó alarmada. Mamá la cogió por los hombros:

—Morri, escúchame. Tu papá fue el amigo más sincero que jamás he tenido. Salvó la vida de John, como tal vez sepas, y por lo tanto me salvó la mía. —Secó las lágrimas de la muchacha con su pañuelo—. Entonces le hice una promesa: que siempre le trataría como si fuéramos parientes. O sea que no ha sido el hecho de que John te haya adoptado lo que te ha convertido en miembro de nuestra familia. —Le dio un beso en cada una de sus manos y se las cerró—. Tú, mi niña —sonrió—, ya eras parte de mi familia antes de que nacieras.

Se miraron a los ojos largo rato. Luego mamá le dio una palmada en el muslo de modo juguetón y dijo:

—Ahora, ven conmigo a la cocina. Podemos irnos conociendo mientras preparamos la cena.

Aquella velada salvó el día. Las niñas siguieron el ejemplo de su abuela y, durante la cena, empezaron a pensar en Morri como en una compañera de juegos mayor que ellas. En realidad, aquella noche se disputaron vergonzosamente su atención, Esther con su violín y Graça con sus mapas y almanaques. Su primera decisión importante como trío llegó a la mañana siguiente: En cuanto fueran un poco mayores, viajarían a Escocia, Italia, India y China.

—En el camino de vuelta a casa, visitaremos África, para ver el sitio de donde es tu padre —dijo Graça a Morri con gran seriedad.

Estaban sentadas en nuestro pequeño sofá y me hice sitio con ellas, sentándome a Esther en mi regazo.

—Bueno, si vais por mar no contéis conmigo —dije con un fuerte suspiro.

Mamá se rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Cuando recuperó el aliento, dijo:

—John, nunca entiendes nada, ¿verdad? Las tres no tienen

absolutamente ninguna intención de invitarnos ni a ti ni a mí a ir con ellas.

Una noche, poco después de su llegada, me sentí lo bastante fuerte para explicar a mamá lo que había ocurrido entre Violeta y yo. Después de contárselo ella iba a visitarla una o dos veces a la semana, y en ocasiones se llevaba a Esther y a Graça. Las niñas se encariñaron mucho con ella y a menudo me contaban a qué habían jugado juntas. Mamá me confirmó que era amable y se desvivía por ellas. Recordé cuanto había querido a los niños de Newcastle a los que había criado, y era evidente que volvía a ser feliz con mis dos hijas. Esto sólo me dolía en mis peores momentos.

Cuando mi madre y mis hijas iban a casa de Violeta, tenía la sensación que iban a visitar a un fantasma. A mis ojos no se había vuelto muy diferente de Daniel. En cierto modo resultaba tranquilizador, ya que sospechaba que pronto podría empezar a recordarla sólo con cariño.

Y así fue como mamá, Esther, Graça, Morri y yo empezamos nuestra vida en Nueva York, esperando recibir noticias de Medianoche.

John Stewart,
4 de abril, 1824

58

LES GUSTABA SABER LO QUE VENÍA A CONTINUACIÓN

Contemplar de pie en la calle aquellos carruajes que se llevaban casi la mitad de las personas que había conocido en toda mi vida me hizo sentir rota por dentro. Sólo Randolph y sus hijos, Mimi y Lawrence, se quedaron en la isla de Manhattan. Se convirtieron en mis únicos vínculos con River Bend, lo cual no me gustaba mucho puesto que nunca había sido muy íntima de Randolph.

Me quedé en Nueva York porque supe desde el primer momento que éste era mi lugar.

Aquí, todo el mundo va de un lado a otro comerciando y construyendo. Nueva York es un conjunto de cosas que pasan de unas manos a otras. Es movimiento. Y me gusta formar parte de ello. No es que no echara de menos la lenta rutina de River Bend. Todos la echábamos de menos, me parece. Aunque ninguno jamás diría eso a ninguna persona blanca salvo tal vez a John, porque se lo tomarían a mal y lo utilizarían contra nosotros. Incluso los de aquí, que no estaban muy a favor de la esclavitud, parecían no creer que fuéramos buenos para nada excepto acarrear cajas y limpiar chimeneas. Nunca creí que vería una persona del Norte casi tan desdichada como los esclavos del campo de River Bend, pero al ver los barrenderos negros con sus sucios harapos supe que sí existían.

La secreta verdad era que echábamos de menos seguir a Lily por la cocina y lamer sus cucharas. Yo echaba de menos a Crow diciéndome con aquella voz suya tan burlona qué tontería había oído decir al Amo Edward. Incluso echaba de menos sentarme en el porche cuando todo el mundo dormía y me preguntaba cuándo

demonios iba a ir más allá de aquel oscuro horizonte de pinos.

Supongo que debido a que mentalmente vivía en algún lugar entre River Bend y Nueva York, durante un tiempo dejé de saber quién era. Quería hablar con John sobre ello cuando llegamos aquí, e incluso estuve a punto de hacerlo una o dos veces, pero él estaba hundido en las arenas de su propia desgracia y no iba a añadirle una preocupación más. Violeta, la mujer a la que amaba, al principio me pareció alguien demasiado reservado para el bien de nadie. También percibía en ella demasiada ira, como si pudiera estar ocultando armas en su habitación. Nunca he visto a nadie hacer tanto como ella, y actuar con tanta amabilidad y ayudar de cien maneras diferentes, todo ello sin dejarte ver nunca lo que en verdad sentía. Era un gigantesco punto de interrogación envuelto en un gorro de alto borde. Pero a mí no podía ocultarme que temía que John la quisiera tanto. No sé si tenía algo que ver con el hecho de que él hubiese perdido un brazo.

Durante este período empecé a escribir cosas sobre mi vida en River Bend y cómo llegamos a Nueva York. Más tarde, John leyó parte de ello y me dijo que siguiera haciéndolo, que tenía talento para contar mi historia. Cuando hablábamos así, los dos solos, empecé a ver en él muchas cosas de mi padre, cosas insignificantes que decía y hacía, como el modo en que a veces se sentaba en cuclillas o decía que las cosas eran «muy, muy» esto o lo otro, o el modo en que escribía la «A» con una cola o una «B» con garras. Era como si ambos estuviéramos viviendo lo que mi papá había dejado atrás.

A principios de noviembre, tal vez una semana antes de que la mayoría de los de River Bend se marcharan de Nueva York hacia sus granjas, yo paseaba por Church Street cuando vi un grupo de niños negros saliendo en tropel por la puerta de uno de esos estrechos edificios de ladrillos que hay aquí, todos ellos gritando a pleno pulmón. Mientras les observaba, sonriendo, salió un joven negro fumando en pipa. Me recordó a mi papá, así que supongo que

me quedé mirándole fijamente y él me preguntó:

—¿A qué estás mirando, chiquilla?

No me gustó demasiado eso de «chiquilla», así que le corregí la gramática:

—¿Qué estás mirando?

—¿Qué dices?

Parecía ser otro de esos hinchados negros del Norte que había conocido, que creían que todos los demás éramos gusanos… y que afirmaban no entender nuestro acento del Sur.

Eché a andar.

—¿Sabes leer y escribir, jovencita? —me gritó.

Me volví y le examiné. No tenía mal aspecto si entrecerrabas los ojos.

—Si sé hacerlo, ¿qué le importa?

Se echó a reír y preguntó:

—¿De dónde eres?

—De la luna. —Imitando el modo nasal en que hablan los negros de aquí, dije—: Por eso tengo esta extraña pronunciación, ¿sabe?

—¿Cómo te llamas?

Se lo dije y él me preguntó:

—Bien, Morri, ¿te gustaría aprovechar que sabes leer y escribir y dar clases?

—Nunca he dado clases.

—Bueno —dijo él riendo—, en ese caso no tendrás que desaprender ninguna mala costumbre.

—¿Qué enseñaría?

—A leer y escribir. Esto es una escuela. Deja que me presente: soy el director, William Arthur.

Bajó la escalera para acercarse a mí y me estrechó la mano.

—¿Usted es el director? Vaya… ¡si no puede tener más de treinta años!

—Tengo veintisiete. No sabía que se precisara tener una edad determinada. Si es así, será mejor que me lo digas, ya que es mi tercer año.

—¿Me pagará?

—Un sueldo regular cada mes. ¿Puedes empezar a finales de esta semana?

—¿Por qué no hoy mismo?

Él se rió de nuevo.

—Porque hoy no te necesito. Te necesito dentro de dos días. Lo único que tienes que hacer es estar aquí cada mañana a las nueve en punto y enseñar a los niños a leer y escribir. Cuatro horas al día. Dos clases diferentes de treinta. ¿Crees que una dama procedente de la luna puede hacerlo?

—Bueno, supongo que vamos a averiguarlo, ¿no?

Estaba tan contenta con mi nuevo empleo que cuando llegué a casa le dije a John que debíamos preparar los papeles de la adopción. Era lo que él quería, y lo que había querido mi papá, y yo quería que todo el mundo en Nueva York fuera tan feliz como yo. Entonces John habló de papá como si hubiera muerto, y estropeó las cosas. Se lo perdoné sólo porque vi en sus ojos que en cierto modo éramos iguales, ya que probablemente toda la vida nos preguntaríamos qué le había ocurrido.

Me encariñé enseguida con los niños de mi escuela, y todos se arremolinaban a mi alrededor como si estuviera hecha de cristales de azúcar. Quizá porque les daba para leer cosas que les gustaban. Leer para ellos es diferente que para nosotros. A los adultos nos gustan las sorpresas y cosas nuevas constantemente. A los niños les gusta la repetición. Les gustaba saber lo que venía a continuación.

Cuando le hablé a Randolph de la escuela, matriculó a Mimi y a Lawrence. Verles allí me hacía sonreír como una boba, como si todos nosotros estuviéramos hechos de luz de luna. Pronto ellos y casi todos los niños —incluso los pequeños— estuvieron en camino de saber el abecedario. También teníamos algunos poetas entre nosotros. Había un niño llamado Charles que escribió toda una épica sobre una hormiga, un ratón y una rata que tomaban un barco y llegaban a África. Realmente era un buen trabajo.

John vino a mi clase después de haberme adoptado, y verle allí me animó de verdad. Él había encontrado una buena tarea para hacer: confeccionar una lista de esclavos y negros libertos de Carolina del Sur, con el fin de que todos ellos pudieran encontrarse cuando por fin se acabara la esclavitud. Y escribimos un mensaje a mi padre que John hacía imprimir una vez a la semana en más de un centenar de periódicos.

Me di cuenta de que cada vez me gustaba más. También confiaba en él, lo que era más importante, a mi modo de ver. Comprendí por qué papá estaba tan encariñado con él.

Poco después de empezar a dar clases, William Arthur nos invitó a cenar con él a John y a mí. Eso abrió la puerta entre nosotros como amigos, y de vez en cuando me invitaba a sus habitaciones. John me dio permiso, pero me dijo que fuera con cuidado, ya que yo parecía mayor pero sólo era lo que él denominó «una muchachita muy joven». Pero no ocurrió nada entre nosotros. Creí que nunca ocurriría.

A finales de diciembre, las cosas fueron muy mal entre John y Violeta, porque ella le dijo por fin lo que él podía haber adivinado mucho antes: que nunca le amaría como él quería. Él y yo nos fuimos un fin de semana a una pequeña ciudad de Long Island, para escapar de ella y hablar, y vi que la decepción se estaba llevando toda la fuerza de aquel hombre.

El lunes por la mañana nevó poco antes de regresar a la ciudad. Resbalé en la acera cuando corrí para saludar la nieve. Tumbada en el suelo, contemplando aquellos copos que caían sin parar, abriendo la boca para probar su humedad, supe que nunca volvería a vivir en ningún lugar que no nevara.

En enero, las hijas y la mamá de John vinieron de Londres para quedarse con nosotros. Nunca había visto tanto alboroto. Al principio *miss* Stewart me asustaba un poco, pero me gustaba su férreo afecto por su hijo. Y me gustaba que llevara gafas sólo cuando nadie la miraba. Eso solía hacerme reír cuando estaba sola en mi habitación. Me dijo algunas cosas agradables enseguida y me enseñó a cocinar, aunque algunas de sus recetas de bacalao me resultaban incomestibles. Me recordaba a Lily. Supongo que porque era mucho mayor que yo y tan fiera como se puede ser para defender a las personas a las que amaba. Me parecía que John era

realmente muy afortunado de tenerla por mamá.

Al principio creí que las hijas de John no se parecían mucho. Esther siempre iba de un lado a otro con prisas y ahogando risitas. Nunca se ha visto a un niño mover los dedos más deprisa que cuando ella tocaba el violín. A veces me ponía nerviosa pensar que pudiera tocar muchas notas equivocadas. También hablaba deprisa, por lo que no entendías la mitad de las palabras que decía y tenías que pedirle que volviera a empezar. Esther me hace rememorar los días en que yo tenía su edad. Tenemos secretos y reímos todo el rato. Graça es más lenta. Estudia sus mapas y casi todo como si hubiera algo en ello que va a cambiar el mundo entero. Me encariñé con ella enseguida, porque a las dos nos gustaba el silencio y observar las cosas. Esther me costó más que me gustara, pero como digo, con su entusiasmo acabó por lograr que me encariñara con ella. Me gusta que llamen antes de entrar en mi habitación. Es como si fuéramos una familia, pero aún tengo derecho a estar sola y a no ser siempre tan amistosa. Han hecho planes para irse conmigo hasta África. Les dije que las llevaría, y quizá lo haga, pero la verdad es que me basta con quedarme en un lugar seguro.

A principios de junio de 1824, después de ser cortejada durante meses con auténtica dulzura por William Arthur, una noche me encontré en sus habitaciones de Chambers Street, jugueteando con un cojín de seda sobre mi regazo mientras hablábamos de la escuela. Cuando me apartó el cojín y me besó, estuve a punto de desmayarme.

Había algunas cosas en él de las que no estaba demasiado segura. Y tener el poder de decir «no» me gustaba más que ninguna otra cosa. Intenté ir despacio. Pero a él le gustaba hacer las cosas deprisa. Así que a veces, después de aquella noche de junio, me tumbaba un rato con él en su cama y luego me precipitaba a casa antes de que John y *miss* Stewart empezaran a preocuparse por mí. William y yo sentíamos tanto cariño el uno por el otro como pueden sentirlo dos personas que están un poco inseguras de lo que vivir

juntos significará. Lo único que me faltaba en mi vida eran las personas que o habían muerto o se habían quedado en River Bend. Echaba de menos a Crow y a Lily y a Weaver y a la abuela Blue. Y a mamá. Me preguntaba si mi papá estaba con ella, o si aún vivía en algún lugar de nuestro mundo. Me preguntaba si podían ver las cosas buenas que le estaban ocurriendo a su Memoria. Me lo preguntaba a cada momento y sabía que siempre lo haría.

Memoria Tsamma Stewart,
27 de junio, 1824

POSDATAS

59

Estamos a 27 de octubre de 1825, y hace más de dieciocho meses que escribí sobre mi vida. Durante casi dos años hemos estado poniendo los avisos para Medianoche cada semana en ciento doce periódicos. Todos los platos Jarrones y aguamaniles que he vidriado y vendido han servido para hacerlos imprimir.

Madre contrató a un agente en Portugal para que alquilara nuestra casa de Oporto y vendiera nuestras tierras situadas río arriba, y con lo que obtuvo pudimos comprar una cómoda casa en Greenwich Village con vistas al río Hudson. Nos mudamos allí en agosto de 1824, y como había espacio para el piano de mamá, se lo hizo enviar de Londres aquel mismo mes. A finales de septiembre ya tenía siete alumnos, dos de los cuales tenían talento. En aquella época hablaba en serio de fundar la escuela de música que al principio había imaginado en Londres. Incluso está tratando de convencer a tía Fiona de que venga a Nueva York y la ayude.

A Morri dar clases aún le resulta gratificante, aunque naufragó con el director, que durante un tiempo parecía haberse enamorado realmente de ella. Sin embargo, después de unas semanas de desasosiego lleno de lágrimas, llegó a tierra sana y satisfecha. Es la persona más equilibrada que jamás he conocido, salvo tal vez su padre.

Lawrence y Mimi están en una de las dos clases de Morri. Cuando les vi hace poco, Mimi me dijo que esperaba que no echara mucho de menos mi brazo. Dejé que ella y los otros niños me tocaran el muñón, que les daba un poco de miedo y les maravillaba. ¡Cuánto les gusta tener miedo cuando saben que se hallan a salvo!

Esther estudia violín y teoría musical con un exigente, pero

bondadoso profesor de Colonia. Graça ha demostrado ser muy buena con los idiomas y ya habla francés muy bien, gracias a las clases de un agradable joven de Estrasburgo.

En los últimos meses, Violeta se ha llevado a todos los niños de Church Street, así como a Esther y a Graça, al Castle Garden en las noches sin luna para enseñarles las constelaciones. Tiene entusiasmo y es paciente con ellos, y le hace bien enseñarles, me dice mi madre. Yo poco a poco hago todo lo que puedo para entablar un nuevo tipo de relación con ella. Aunque no nos vemos, nos enviamos saludos y noticias a través de mis hijas. Mamá lo llama una «amistad de papel y tinta», guiada de lejos por lo que nunca puede ser. Dice que a veces es todo lo que uno puede esperar. Yo procuro deshacerme de todas las expectativas.

En la época en que sufríamos juntos, no me daba cuenta de que gran parte de mi urgencia y desesperación estaba provocada por la súbita ausencia que la muerte de Francisca había creado en mi vida. Ahora veo el valiente esfuerzo que hizo Violeta para tratar de salvarme de mi propia necedad.

Ahora tengo treinta y nueve corresponsales y una lista de mil setecientos dieciocho nombres y ubicaciones de negros en Carolina del Sur, Georgia, Misisipí, Alabama y Luisiana. Mi manuscrito con frecuencia suena como el Antiguo Testamento: «Luna Mary, hija de Augustus y Angola Mary, madre de William, Sawmill y Linda, hermana de Tina, Claude, Merchand y Picker Stephen…».

Las frecuentes cartas de Isaac y Luisa nos han dado noticias de River Bend, donde Crow realmente fue colgado poco después de nuestra fuga, al menos si hay que dar crédito a los rumores que oyeron en Charleston. Poco después de nuestra «rápida partida»,

como Luisa tan amablemente se refiere a nuestra huida, *mistress* Anne invirtió en nuevo «ganado» venido directamente de la subasta. Al cabo de pocos meses volvía a tener los campos de arroz produciendo al máximo.

Lily, la abuela Blue y los demás que se habían quedado allí seguían siendo esclavos. Por supuesto, son los primeros de la lista que estoy reuniendo. Morri ha escrito a Lily para decirle que todos estamos bien y que la echamos de menos. Esperamos que haya encontrado a alguien que le lea la carta.

Al comprender que no era probable que regresara a Oporto pronto, empecé a escribir largas cartas a Benjamín, Gilberto, Luna Olivo, mi suegro Egídio e incluso a la abuela Rosa. Luna a menudo me envía dibujos de frutas y flores, y yo le devuelvo el favor con mis dibujos de los habitantes de Nueva York.

Un día de septiembre de 1824, llegó por correo un delgado manuscrito escrito por Benjamín, titulado: «Sobre el significado oculto de la esclavitud», que estaba dedicado a mí. En él presentaba lecturas de versos de la Torah para demostrar que la esclavitud era el último estertor de un mundo moribundo. Los Reinos Inferiores estaban mudando la piel como una serpiente, según teorizaba él, como preparación para ascender y acercarse a los Reinos Superiores. El auténtico y duradero mal de esta práctica, escribía, «es que la esclavitud impide la realización de nuestro espíritu, que nos elevemos en el firmamento que todos llevamos dentro y, por lo tanto, la unión con el Señor. Como tal, es una abominación que hay que abolir si queremos crear un mundo adecuado para el Mesías».

En la carta que lo acompañaba, Benjamín me dijo que, aunque la situación política en Portugal se había calmado, él preveía una guerra civil antes de que pasara mucho tiempo entre los que estaban a favor de una constitución y los que preferían una monarquía absoluta.

En una de mis respuestas, le decía que había visto a Baraquías Zarco mientras se me escapaba la vida en el camino de River Bend a Petrie's
Landing. Me dijo que había pocas cosas fuera del alcance de un poderoso místico judío —incluso viajar a través del tiempo— y que no le sorprendería encontrarse él mismo con Baraquías. Estaba seguro de que mi ilustre antepasado me había ayudado a salvar la

vida recitando plegarias secretas junto a mí.

Me enteré de la muerte de Benjamín hace cuatro meses a través de Luna Olivo y aún no me atrevo a escribir más que unas pocas palabras sobre su importancia para mí. Fue como si no sólo se hubiera asentado un eclipse en lo que habíamos vivido juntos sino en las esperanzas que teníamos de un mundo mejor. A veces me pregunto si queda alguien para asumir su alquimia y plegarias místicas, alguien que en algún sótano secreto, en algún lugar, se esfuerce por hallar el significado en cada momento.

El viejo boticario, demasiado débil para escribirme una última carta, pidió a Luna que me dijera que estaba orgulloso de haberme contado entre sus amigos y que —después de llevar a Morri a Nueva York— en una de sus visiones me había visto sentado a la derecha de Dios. Tenía que recordar siempre que todos y cada uno de nosotros éramos plata a los ojos de Moisés.

Mamá y yo rezamos una plegaria *kaddish* para él, claro está. Y la noche en que recibimos la noticia de su fallecimiento puse mi pedernal en las siete velas de su *menorah* y las dejé encendidas en la ventana de mi dormitorio toda la noche. Parecía esencial conmemorar su partida de nuestro mundo con luz.

Así llegamos a octubre de 1825.

Tres días antes, el catorce, a las cinco de la tarde, llamaron a la puerta de nuestra casa. Esther, que se encontraba practicando con su violín en la sala de estar, acudió a abrir y gritó:

—¡Papá, será mejor que entres!

Me encontraba en el jardín, plantando unos bulbos de otoño, tarea nada fácil con un solo brazo. Con los dedos sucios de tierra, maldiciendo la interrupción, entré con grandes pasos a la sala de estar.

El hombre se estaba quitando los zapatos en el umbral de la puerta. Supuse que era él por aquel pequeño gesto y por su silueta. Nadie más podía tener aquella forma.

Dio un paso para entrar en la casa. Sus ojos contenían las lluvias

del desierto.

Durante un instante me quedé sin habla. Mi cuerpo parecía estar fundiéndose con todo lo que me rodeaba.

—Os hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre —susurré.

Él repitió mis palabras. Luego, con voz delicada y cantarina se puso a cantar *The Foggy, Foggy Dew*, cambiando la letra para nuestro reencuentro:

«Y cada, cada vez que miro a sus ojos, me recuerda los viejos tiempos…».

Con un susurro quebrado me uní a él:

—«Me recuerda el verano. Y también el invierno. Y las muchas, muchas veces que le tuve en mis brazos…».

Me adelanté y caí a sus pies, abrazándole su hermoso vientre, respirando su aroma, que ahora sabía que había soñado con él durante los veinte años de separación. Sollozaba y me estremecía. Pero no deseaba recuperar mi compostura; mi espíritu simplemente estaba demasiado lleno para contenerlo, y no era necesario contenerlo más. En sus brazos podía ser lo que más deseaba.

Él me pasó las manos por la cabeza; luego se inclinó y me besó en la frente. Me erguí y le cogí la mano con fuerza, como para asegurarme de que era real.

—Sí, estoy aquí —dijo.

Esther se acercó y se arrodilló a mi lado.

—Es Medianoche —le dije en un susurro.

—Lo sé.

Entonces me puse en pie y le hice la pregunta que tanto miedo me había dado expresar durante toda mi edad adulta.

—¿Puedes perdonarme?

Él sonrió.

—No hay nada que perdonar, mi pequeño *gemsbok*. Me alegro mucho, mucho de verte. Gracias por venir a buscarme. —Levantó el brazo y me acarició la mejilla—. Eres igual que cuando eras un chiquillo. Sólo un poco más alto —dijo riendo.

—Perdí el brazo cuando huía con los esclavos de River Bend.

Me dio unas palmadas en el muñón.

—Eso es una mala noticia. Lo siento. Danzaremos por tu pérdida. Pero en verdad vivirás igual sin él. Espero que ya lo hayas

descubierto, puesto que siempre aprendías rápido.

Asentí. Me apoyé en su hombro y me puse a llorar otra vez. Debía de ser todo un espectáculo.

Como yo no había podido pensar como era debido, Esther dijo a Medianoche:

—Morri está viva y está en su escuela. Te ha estado esperando.

Y así fue como Medianoche y su hija se reunieron en nuestra casa aquella misma tarde. Después de haber llorado juntos, le di su viejo sonajero y el abrazo que Benjamín le había enviado. Eso le llenó de alegría, pero le apenó la noticia de la muerte del boticario. Hablamos de Benjamín y de las hermanas Olivo durante un rato, y le conté cómo murió Graça. Morri ya le había contado el triste destino de Weaver. De padre, lo único que le dije de momento era que había muerto hacía mucho tiempo, que le habían matado durante la ocupación francesa de Oporto. Medianoche lloró en silencio al oír la noticia y se estremeció mientras yo le abrazaba, tranquilizándome el hecho de que ni le odiara ni le recordara con ira. Luego fumó su pipa junto a la chimenea y nos habló de su desaparición y de cómo nos había encontrado. Me había preocupado la reacción que tendría al ver a mi madre por primera vez, claro. Y las cosas en verdad fueron difíciles entre ellos al principio. Imaginaba que tendrían muchas cosas de que hablar y necesitarían muchas semanas para adaptarse a una nueva forma de amistad. Pero ahora había tiempo.

Supongo que nunca estaré absolutamente seguro de lo que deseo para ellos. Y a veces, cuando les veo juntos, aún pienso en mi amado padre y en todo lo que habría podido ser.

Aquella primera tarde no podía soportar alejarme de Medianoche mientras nos hablaba de su desaparición de River Bend. Me senté a

su lado y le pasé un brazo por los hombros. Él tenía su mano sobre mi pierna, lo cual era muy reconfortante. Morri estaba sentada a sus pies. Mi familia me rodeaba.

Para nuestro asombro, el bosquimano nos contó que los indios eran los responsables de su desaparición. En 1814, cinco hombres creek habían entrado a caballo en River Bend y a cambio de una fortuna en pieles, el Gran Amo Henry había permitido que Medianoche intentara curar a su sanador moribundo. Tuvo éxito en su empresa y esto, naturalmente, le hizo célebre entre los clanes creek del Sur. Luego, en diciembre de 1820, la esposa embarazada de un jefe que estaba en las montañas de Georgia cayó gravemente enferma. El jefe de este clan era hijo del poderoso jefe cuyo sanador Medianoche había curado seis años antes. Envió un grupo a River Bend de inmediato, para intercambiar más pellejos por permiso para llevarse temporalmente al bosquimano a Georgia. Sin embargo, los tiempos habían cambiado. Los indios estaban perdiendo poder y territorio de día en día. Los colonizadores y plantadores ya no consideraban un mal necesario tratar con ellos de una manera civilizada. El Amo Edward ordenó al emisario creek que se marchara de su plantación y le dijo que bajo ninguna circunstancia consideraría el hecho de perder a Medianoche ni siquiera por un día.

A partir de entonces los indios no pidieron más favores. Cuatro guerreros a caballo se llevaron a Medianoche el 21 de enero en Porter's Woods, mientras estaba cazando abejas que volaban hacia la colmena. Los hombres taparon sus huellas con cuidado y se lo llevaron a Georgia. No encontraron oposición alguna en todo el camino, en particular ya que iban fuertemente armados y cabalgaban por senderos secundarios poco frecuentados por blancos.

Medianoche permaneció junto a la mujer enferma más de dos meses, desde el quinto al séptimo mes de embarazo, tratándola con esencias e infusiones. Aunque no pudo salvarla, consiguió que el niño naciera. Por esto, el jefe accedió a concederle paso libre fuera del territorio de esclavos.

Sin embrago, primero Medianoche insistió en rescatar a su hija. Ataviado como los indios, un grupo de doce guerreros le acompañó

de nuevo a River Bend. Un explorador de sangre negra y creek, que hablaba inglés, se introdujo en la plantación una noche y preguntó por Morri. Éste era el hombre que le habían descrito a ella como mulato.

Como había pretendido el Amo Edward, el explorador se enteró de que Morri había muerto recientemente de enfermedad. El propio Medianoche insistió en ver su tumba. Engañado por la marca de madera que habían puesto para que se creyera que estaba en verdad muerta, posiblemente a manos del Amo Edward como venganza, hizo que los indios le llevaran fuera de los límites de la esclavitud, a las lejanas tierras salvajes que se extendían al oeste del territorio de Arkansas. Ya no deseaba vivir en Estados Unidos.

Medianoche pasó cuatro años siguiendo las lluvias y los rayos en las montañas y desiertos del sudoeste americano, viviendo como habían vivido los bosquimanos durante milenios.

—Iba despacio —nos dijo. Sonrió mirando a su hija y le acarició el pelo—. Y lloraba por mi Morri en silencio, sin hablar durante muchos meses. Pero fui lejos. Luego Mantis se unió a mí y juntos montamos por entre las pezuñas de un antílope, y estuvo muy, muy bien.

En la primavera de 1825, añorando de nuevo la compañía, se encaminó hacia un destartalado asentamiento de comerciantes, tramperos y buscadores de oro a unos sesenta kilómetros de Independence, Misuri, junto al Ferrocarril de Santa Fe. Un cazador y comerciante en pieles, judío de Cincinnati, llamado Mordechai Levi, se quedó asombrado y muy complacido por las historias de la Torah que conocía y le invitó a acompañarle en sus excursiones. Medianoche vivió con Levi en una cabaña de madera durante cuatro meses cuando el viejo aventurero se fijó en un curioso anuncio aparecido en un ejemplar del *Cincinnati Gazette* que le había enviado su hermana mayor. Había oído al bosquimano saludar muchas veces con la frase «Os hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre», y supo de inmediato que un anuncio que incluyera estas palabras sólo podía tener por destinatario a Medianoche. Le mostró el periódico.

—Eres listo —me dijo el bosquimano entonces, dándome unas palmadas en la rodilla y sonriendo—. Comprendí enseguida-enseguida lo que significaba la hermosa pluma. Aquel mismo día

eché a andar.

—¿Has venido andando hasta aquí? —preguntó mamá.

—Así es —dijo él, sonriendo.

—Debe de haber más de mil quinientos kilómetros. ¿Cuántos meses has tardado?

—Tres. Caminaba despacio porque la tierra es muy, muy hermosa y sabía que Morri estaba a salvo con John. Como siempre, Mantis no cesaba de repetirme: «Ve despacio». —Se rió—. Y lo hice. No iba a arriesgar otros veinte años de problemas para llegar aquí.

Ni Medianoche ni yo pudimos dormir aquella noche, así que nos quedamos sentados mucho rato cuando los otros se hubieron acostado. Cuando le pregunté por sus experiencias como esclavo, meditó mucho rato sus palabras.

—Es como una piedra al día, John —dijo por fin.

—No lo entiendo.

—No creo que pueda explicar todo lo que significó para mí, pero de momento sólo te diré esto. El amo te entrega una piedra cada día, y tú se la coges y te la metes en el bolsillo. Lo haces con mucho, mucho cuidado, porque no quieres que se enfade. —Medianoche hizo ver que le daban una piedra y luego que me la ponía en la palma de la mano—. Pero, John, muy pronto te quedas sin bolsillos. Y no te permiten dejarlas, y entonces ¿qué haces?

—No lo sé.

—Empiezas a tragarte las piedras. Pronto tu estómago está lleno y empiezas a encontrarte mal, de manera que te tumbas. —Se frotó el vientre—. Sólo un día de descanso, piensas, y todo irá mejor. Pero el amo no para de darte piedras. Porque ha invertido su dinero en ti y ha decidido que no quiere esperar ni un día para que recuperes las fuerzas. Dices que no, porque crees que puedes. Entonces él te azota, lo que te confunde-confunde, puesto que no sabes cómo vivir en un lugar donde no puedes decidir nada. Ni siquiera Mantis puede decirte cómo hacerlo. Al cabo de unos meses tu espíritu está tan cargado de piedras que ya ni siquiera puedes

ponerte en pie. Entonces, como eres bueno, dejas descansar a tu espíritu. Y dejas que lo cubran las piedras, hasta que ya no puedes respirar ni moverte.

—De manera que te entierras vivo —dije.

—Eso es, John, pero sólo de piedra en piedra.

Cuando aquella noche, más tarde, le comenté a Medianoche que el hecho de que mi padre le hubiera traicionado parecía hacerle diferente de los otros esclavos y su reclusión aún más cruel, replicó:

—No, John, no era así. Yo era exactamente igual que ellos. Todos los esclavos han sido traicionados. Por su jefe en África, que les vendió por unos metros de algodón o un mosquete. Por los hombres blancos que les secuestraron y les hicieron cruzar el mar en el vientre de su barco. Por los propietarios de plantaciones que les compraron y les hicieron trabajar en los campos. —Extendió las manos y luego las juntó como para reunir el mundo entero—. Incluso por la época en que vivimos, que permite que ocurran estas cosas.

—¿Por eso no odias a mi padre? ¿Por eso puedes perdonarle?

—En parte, aunque «perdonan» no es la palabra correcta.

—¿Cuál es, pues?

Emitió unos chasquidos en su lengua, lo que me hizo fruncir el entrecejo.

—John, siempre has querido respuestas claras, y a veces no las hay. —Sonrió, dándome unas palmadas en la pierna—. Tu padre no sólo me traicionó a mí, sino a todo el mundo; a todos los hombres y mujeres y criaturas del bosque; incluso a sí mismo. Y por encima de todo a Mantis. Pero sólo fue posible debido a poderes que estaban fuera de su alcance. Tardé años en verlo con claridad y ver también la traición que le hice a él bajo esta luz. Creo que deseas oír que le despreciaba. No te decepcionaré; lo hice, y durante muchos años. Pero también le recordaba con cariño. Eso hacía aún más difícil de soportar lo que ocurrió entre nosotros. —Aspiró profundamente de su pipa—. Todos hemos pagado por nuestros errores, durante

muchos años, y ahora sólo deseo que tu querido padre aún viviera. ¡Qué buen hombre era y qué maravilloso habría sido verle!

Me dejó sin habla, y cuando me sonrió para tranquilizarme, supe que me estaba diciendo que jamás tendríamos que volver a hablar de estas cosas. Supe que siempre tendría una gran deuda con él sólo por eso.

Sin embargo, su perspicacia pronto hizo girar mis pensamientos hacia cómo el mundo había traicionado también a Violeta. Entrecerrando los ojos empezó a sondearme para saber la causa de mi repentina distancia, y le conté que todo había ido mal entre nosotros. Procuré no parecer destrozado, pero él lo notó y me contó una historia que nunca había oído.

—Una vez —dijo—, hubo un pastor en el norte de Portugal que llevó su rebaño a los pastos más verdes que pudo encontrar. Por la noche durmió en una diminuta cabaña de piedras que había cerca. Pero por la mañana, descubrió que habían trasquilado una oveja. Eso no le gustó. Y se quedó muy, muy desconcertado. La noche siguiente ocurrió lo mismo.

Entonces me levanté de la silla y me senté en cuclillas para escuchar más cómodamente su historia. Medianoche hizo lo mismo. Estábamos de frente, a pocos pasos de distancia. Tuve la sensación de estar en su desierta patria y de que nunca más nos separaríamos.

—El pastor estaba furioso. Como era listo, la tercera noche permaneció despierto y vio que las Mujeres del Cielo descendían de las estrellas por una cuerda que habían tejido en el aire. Las vio coger una de sus ovejas y trasquilarla. Entonces salió de un salto de su escondrijo y corrió tras ellas hasta que capturó a la doncella más adorable. La tomó por esposa. Y a partir de aquel momento no tuvo más problemas con las Mujeres del Cielo.

—Debió de tener alguno o no me lo estarías contando —dije riéndome.

—Gracias John, por señalarlo —respondió él, con los ojos radiantes de felicidad.

»Bueno, sólo hubo un problema —prosiguió—. Su esposa poseía una hermosa cesta tejida, y él no podía ver el contenido debido a la tapa. Antes de que ella accediera a casarse con él, le hizo prometer que nunca levantaría la tapa para mirar dentro, al menos hasta que le hubiera dado permiso para hacerlo. —Medianoche agitó un puño

ante mí—. Ella le advirtió que si desobedecía sus deseos les aguardaría un terrible destino a los dos. Sin embargo, a medida que transcurría el verano, la necesidad de saber qué había dentro le mantenía intranquilo. Un día, cuando su esposa no estaba en casa…

—Levantó la tapa —dije.

El bosquimano frunció los labios en gesto cómico, arrugó la nariz y miró alrededor como si temiera que le estuvieran observando. Luego, tras atisbar en el interior de su cesta imaginaria, hizo una inhalación más larga de lo que parecía posible en su pipa, como para inhalar las palabras de la historia. Unas espirales de humo le salieron de la nariz y las orejas.

—Cuando su esposa regresó —dijo Medianoche—, supo lo que su esposo había hecho. Se echó a llorar, acusándole de haber mirado dentro de la cesta.

»El pastor le dijo: "Qué tonta eres de derramar lágrimas por una cosa tan insignificante como ésta. No había nada en la cesta. Estaba absolutamente vacía".

»"¿Cómo que estaba vacía?", le preguntó su esposa.

»"Quiero decir que estaba vacía-vacía. No había nada dentro."

Medianoche dio una palmada, y yo di un brinco.

—Y ésta, John —dijo—, fue la última palabra que el pastor pudo dirigirle a su esposa, pues ella alzó los brazos hacia el sol que se ponía, rojo y dorado, cogió el extremo de la cuerda celestial y volvió a trepar hasta el cielo.

—¿Y…? —pregunté.

—Y nada. —Sonrió.

—¿Ya está?

—Sí, así acaba.

Mientras hacía esfuerzos para interpretar el significado de la historia, él dio unos golpecitos en el suelo con el pie.

—John, ¿sabes por qué se marchó?

—¿Para castigarle por su curiosidad?

—No, no, no —replicó, retorciendo los labios—. Es la historia judía de Adán y Eva. Es una historia bosquimana.

Al ver que hacía gestos de negación con la cabeza, dijo:

—No porque hubiera roto su promesa. Ni por su curiosidad. La Mujer del Cielo conocía nuestra naturaleza y esperaba que el hombre mirara, por supuesto. Igual que el Dios de la Torah siempre

espera que Adán y Eva cojan la manzana que deja para ellos. No, la Mujer del Cielo abandonó al pastor porque él había descubierto que la cesta estaba vacía y se había reído.

—Pero realmente estaba vacía.

—En realidad, no; la cesta estaba llena de las cosas bellas-bellas del cielo, que ella había colocado allí para los dos. Simplemente, el pastor no las vio.

Medianoche trazó un círculo en el aire con la mano.

—John, Mantis una vez se perdió —prosiguió—. Y caminó hasta el desierto africano para tratar de encontrar su hogar. Finalmente, exhausta tras muchos años, se rindió. Entonces reconoció su árbol y su hoja.

—Medianoche —le interrumpí—, he perdido la práctica, así que haz el favor de decirme lo que me quieres decir o me pondré a gritar y despertaré a toda la casa.

Me señaló con dos dedos.

—La tapa de la cesta son tus ojos. Cuando miro dentro, veo cosas bellas-bellas; todo lo que has puesto ahí en tu vida. Incluso la Violeta que conociste de niña está ahí. Está ahí para cuando la quieras. Pero el secreto es que ella no puede salir a este mundo. Su destino es permanecer sólo dentro de ti. En realidad, cada vez que intentas hacerla salir, muere.

Al día siguiente, conté esta historia a mamá. Creo que eso la impulsó a hablarme de Medianoche por primera vez. Pero antes interpretó el segundo movimiento de la «Sonata apasionada» de Beethoven con incomparable fragilidad y concentración, como si estuviera creando una nueva y delicada forma de vida con las notas; un ser etéreo hecho de música.

Me senté a su lado para pasarle las páginas. Cuando hubo terminado, me sentía tan abrumado que le dije que era un genio. Ella se echó a reír.

—John, eres un encanto, pero me has confundido con el señor Beethoven.

—No, mamá, te equivocas. Su genio me ha llegado a través de ti, o sea que no hay ninguna diferencia.

Se le humedecieron los ojos y dijo:

—Sin duda, es lo más bonito que jamás me ha dicho nadie. ¿Sabes?, a veces creo que si nos limitáramos a escuchar a Beethoven y a Mozart un poco más, las cosas irían mucho mejor. Pero en realidad no oímos lo que quieren decirnos. No realmente. —Me apartó el pelo de la frente—. Creo que no supe lo que decían al menos hasta que tuve tu edad.

—¿Y qué es lo que dicen, mamá?

—Es un secreto —susurró, sonriendo como una niña.

—No se lo contaré a nadie, te lo prometo.

—Bueno, John, sólo te lo diré a ti, ya que los demás creerían que estoy loca. Todos los grandes compositores nos dicen con sus acordes y melodías, e incluso con los silencios entre las notas, que la vida es larga, pero no tan larga como creemos al principio. También será mucho más dura de lo que habíamos imaginado, así que debemos crear tanta belleza como podamos mientras estemos aquí y ayudar a todas las personas a las que amamos a hacer lo mismo. Debemos escucharnos unos a otros como escucharíamos su música; eso es muy, muy importante. Y debemos tener el valor de luchar contra cualquier cosa que ponga en peligro nuestra propia belleza o la perjudique de alguna forma. Todos los compositores verdaderamente grandes nos están preparando para vivir del mejor modo posible, y alentándonos a seguir adelante con nuestra vida lo mejor que podamos, aunque hayamos cometido los errores más imperdonables… como yo y Medianoche y tu padre.

Me sequé las lágrimas y expliqué:

—Sólo es que al estar Medianoche aquí… y lo que acabas de decir…

—Sí, lo hemos pasado mal, todos nosotros. Pero también tuvimos mucha suerte. ¿Sabes?, pienso cada vez más que a pesar de todas las muertes que hemos conocido, hemos tenido la oportunidad de conocer a la gente más maravillosa, y de estar juntos, por supuesto. Y ahora que Medianoche ha vuelto, es como si finalmente pudiéramos cerrar nuestra oxidada puerta tras de nosotros y seguir adelante juntos hacia el futuro, sea lo que sea lo que nos depare. Eso ha sido obra tuya, John. Gracias. Estoy

enormemente orgullosa de lo que has realizado.

—¿Piensas alguna vez en lo que ocurrió entre tú y Medianoche?

—Oh, sí, claro. Fui tan tonta de hacer lo que hice. No me entendía a mí misma, y mucho menos entendía a tu padre o a él. Y sé que tu padre tampoco le entendía; ahora lo veo. Al menos, no hasta que fue demasiado tarde. John, ¿te gustaría saber lo que más me inquieta de mi vida?

—Por supuesto.

—Aprendemos muchas cosas cuando envejecemos. Y sin embargo, todo lo que sabemos… todo desaparece cuando morimos. Me parece un desperdicio terrible.

—A menos que lo transmitas.

—Sí, a menos que lo hagamos, pero no es tan fácil. Tal vez ni siquiera es posible. Probablemente las lecciones más importantes hayamos de aprenderlas por nosotros mismos.

—Pero si lo que dices de los más grandes compositores es cierto, entonces tus clases de música pueden cambiarlo todo en la vida de tus alumnos.

—Me gusta pensar eso, John. Al menos, por eso sigo dándolas.

—¿Has hablado ya con Medianoche de lo que ocurrió entre tú y padre y… y de lo que papá le hizo?

—Sí, ya hemos tenido algunas oportunidades de hablar en serio. Medianoche también se ha hecho mayor, y creo que los dos vemos los errores que cometimos. Pero no podemos volver al pasado para cambiar la forma en que ocurrieron las cosas, así que debemos seguir adelante. Eso es lo que me dijo, y creo que tiene razón. —Mamá me pidió que le diera una partitura de Mozart—. Y en cuanto a mí, John, también seguiré tocando y escuchando, y enseñando lo mejor que pueda.

60

DAR ALGO DE NOSOTROS AL MUNDO

Sólo hace tres días que ha llegado, y me resulta casi imposible creer que está aquí. Está tumbado en un colchón de paja en mi pequeña habitación. Duerme tranquilamente. E igual que ayer, esta mañana despertará queriendo ver hasta el último centímetro de Nueva York. A veces cuando duerme me siento a su lado, con las manos sobre su pecho. Anoche me quedé mirándole fijamente en la perlada oscuridad de la luz de la luna que mucho tiempo atrás dijo a nuestro pueblo que éramos seres eternos. Mientras le observaba creí que era cierto.

No puedo seguirle el paso cuando camina por la ciudad a toda prisa. No sé cómo puede ir tan deprisa con los nervios de los talones cortados. Se vuelve hacia mí y se ríe mientras andamos Yo me quejo y le hago señas con la mano.

Nunca adivinamos lo extraña que es la vida hasta que sufrimos auténtica tristeza y confusión. Yo era huérfana, y luego me adoptó

John y ahora ha vuelto mi papá. Esto casi me hace creer que todo es posible. Papá dice que esta es la creencia más poderosa de todas.

Digo el «casi» porque las cosas se pusieron verdaderamente feas con William Arthur cuando dejé de tener el período hace unas diez semanas. Me gritó algo horrible y me miró fijamente diciéndome qué tenía que hacer con el bebé que crecía en mi vientre. Me acusó de haberle «robado su semilla».

Le dejé. Porque sé lo que es robar, y yo nunca le robé nada.

Estos días en la escuela se comporta conmigo con simple educación. Ahora es lo único que quiero de él. Tengo a los niños de mi clase para educar, y tengo a John y a su familia, y tengo a papá, y eso me basta.

Supongo que no estoy dispuesta a doblegarme sólo para estar con un hombre. Ni siquiera con un buen hombre. De todos modos, necesito muchas horas para mí. Puede que lo que ocurrió entre nosotros ni siquiera fuera culpa suya. Ni mía. Pero no escapé de River Bend y vi morir a Weaver para empezar a recibir órdenes otra vez.

Cuando dejé de ver a William, empezó a gustarme estar sola; me gustaba más que nunca. Supongo que soy una jovencita bastante peculiar.

La geografía también es importante. Tengo que acordarme de decírselo a los niños. Si estuviéramos viviendo a cuatrocientos kilómetros al sur de aquí, todos seríamos esclavos. Supongo que nuestro objetivo debería ser trazar mapas y fronteras menos importantes: para todos en todas partes.

Hay muchas cosas que no entiendo. Pero sólo tengo diecisiete años. Papá dice que muchas cosas aún deberían ser un misterio para mí porque son un misterio para todos. John me dijo que entre los

judíos existe la tradición de no enseñar algunos secretos peligrosos hasta que las personas tienen más de cuarenta años.

Lo que más quiero entender es cómo todo esto me estaba esperando en Nueva York y yo no lo sabía. No podemos predecir el futuro, es cierto, pero ni siquiera tenía la más mínima idea de la vida que un día llevaría.

Debido a eso creo que todos tenemos miles de posibilidades en nuestro interior, cada una como una oruga dentro de un gigantesco capullo. Muchas personas no quieren admitirlo, pero la vida que sale de nosotros está modelada por algo más que por las circunstancias. No es que no tuviera las mismas orejas, manchas y colores si aún viviera en River Bend. Creo que probablemente sería igual de bonita que ahora. Pero estaría muchísimo más limitada. Para empezar, no estaría dando clases, no estaría haciendo nada por el mundo, cosa que ahora me parece lo más importante.

Creo que esto es lo más triste de la esclavitud: No nos permiten dar nada de nosotros al mundo. Lo leí en el libro que John me dio sobre el significado oculto de la esclavitud. Lo escribió el mago judío de Portugal, Benjamín, y creo que tiene razón.

Estoy agradecida por tener ahora esa oportunidad. Estoy agradecida a mamá, a papá y a otras muchas personas. A Lily también. Y a Crow, claro: mi valiente y apuesto Crow. Y a Weaver, que murió para que yo estuviera aquí. Y a John.

Y de una forma muy extraña, incluso estoy agradecida al Amo Edward, a *mistress* Holly e incluso al Gran Amo Henry… a todos los blancos de River Bend, porque contribuyeron a hacerme quien soy.

Iré despacio, como dice siempre papá. Cogeré hasta lo último que pueda y se lo daré todo a mis niños… al pequeñito que está creciendo en mi vientre también.

Memoria Tsamma Stewart
Nueva York, 17 de octubre, 1825

61

Medianoche… por la noche permanezco despierto, tumbado en la cama, solo, y sé que he hecho una cosa muy, muy buena en mi vida. Tal vez sea suficiente para un hombre.

No, no soy ningún cazador del modo en que generalmente se utiliza la palabra. Pero nos encontramos el uno al otro. Violeta les dijo a mis hijas que me dijeran que lo hicimos a la luz del Arquero, y creo que tiene razón.

Aún hay muchas cosas que no entiendo de ella. Espero que nuestra vida separados pueda salir tan bien como los dos desearíamos. Cuando le escribí una nota para comunicarle que Medianoche nos había encontrado, le conté un poco de lo que había dicho sobre la esclavitud. Ella me respondió: «Reparar un solo acto de crueldad puede requerir toda una vida y a veces ni siquiera toda una vida es suficiente. Es como si tuviéramos una sola oportunidad de ser buenos y si nos desviamos, aunque sólo sea unos centímetros, estamos perdidos. Hemos aprendido eso a las malas, tú y yo». A modo de posdata añadía: «¿Crees que a algunas personas incluso llega a gustarles el sabor de las piedras?».

No sólo Medianoche, sino Baraquías Zarco me encontró también, viajando a través de tres siglos para ayudarme cuando me sumí en la oscuridad. Puede que sólo fuera una visión como consecuencia de mi delirio, pero también es cierto que… como mi antepasado, vive dentro de mí. En este sentido muy real, en verdad ha viajado al futuro, y yo soy su vehículo.

Ahora, al pensar en él, me pregunto qué me gustaría dejar atrás para mis descendientes cuando muera, igual que él dejó su página iluminada para mí. Quizá debería elegir el dibujo de Medianoche

que hice en Alexandria con el fin de encontrarle. Creo que cualquiera que lo mirara reconocería que había hecho todo lo posible para captar la belleza de una persona con mis modestas habilidades.

Las hermanas Olivo dirían que he logrado habitar mi dibujo. Quizá en realidad ahora soy lo bastante bueno para realizar el panel de azulejos de los esclavos de campo. Ya veremos.

Cuando tenía siete años, aprendí de *Las fábulas de la zorra* que «El que persigue el mal lo persigue hasta su propia muerte».

Pero ¿y el bien? ¿Podría de algún modo restaurar la vida?

No lo sé, por supuesto, pero he empezado a sospechar que la bondad es el único milagro que está al alcance de las manos humanas: «El que persigue el bien puede reunir lo que ha sido separado».

Lo supe en el instante en que vi a Medianoche de pie en el umbral de mi puerta.

¿Y qué hay de aquella generosa zorra que escribió sus fábulas para que un travieso chiquillo de siete años, de Oporto, pudiera un día encontrarlas? Podría ser que para mí hubiera significado: «El que ha sido atrapado y cazado, cuando es liberado puede realizar mucho más…».

No deseo dejar a mis hijas, a Morri, a Medianoche y a madre, pero si supiera que estoy a punto de partir de esta vida, sentiría que he realizado algo. Es decir, creo, lo que todos necesitamos saber.

Creemos que somos criaturas del tiempo, del espacio y de un lugar específico, cuando no somos nada de eso. En las últimas noches he permanecido sentado en la oscuridad, de cara a Jerusalén, y lo he visto claramente. Me he sentido liberándome de este cuerpo, despojándome de él como un miembro fantasma. Los límites se abren y estoy fuera de mí mismo, dejándome arrastrar como la música. No sé dónde estoy. No estoy en ningún sitio. Y sé que no soy diferente de Medianoche.

En realidad, soy cada tono y cada acorde. Todos lo somos, o no podríamos oírlos en nuestros oídos cuando no suena música alguna. Todo lo que está fuera tiene un semejante dentro. Hasta el último átomo.

La esperanza ha sacado partido de mí. No es que esté acabado. No, creo que tengo otro viaje que realizar. Aunque no conozco aún

su naturaleza, noto que tiran de mí fuerzas mayores que yo mismo. Del mundo, si quieren. O de mis hijas, que llevan a su madre y a mí dentro de ellas y que sin duda desean que me quede con ellas un poco más.

No creo que haya una vida eterna después, ni que nos elevaremos en el Monte de los Olivos cuando llegue el Mesías. El secreto es éste:

El Mesías está aquí, ahora, y nosotros ya vivimos en el Monte de los Olivos.

Ésta es la lección más importante que he aprendido en mi viaje, mientras iba tras los pasos de Medianoche.

Y por eso la vida está escrita en presente, con tinta que el pasado nos ha legado. También la muerte. El Génesis y el Éxodo tienen lugar dentro de todos nosotros en este mismo momento. Incluso la Pasión de Cristo. Y es bueno que así sea, pues no querríamos esperar, ¿verdad?

¡Come la noche!

Fue el ángel Rafael el que dijo a Tobías: «Escribe todas estas cosas que te han sucedido».

Y dar las gracias, igual que Tobías, es lo que he hecho.

Padre, puede que ahora vuelvas con nosotros. Viajaremos juntos y tú puedes cogerme de la mano. Pediremos perdón a Medianoche. Sé que eres un buen hombre, igual que sé que cometiste un acto monstruoso. Tengo las cartas que escribiste para intentar remediar las cosas, y sé que lamentaste lo que habías hecho. No sé cuál puede ser la lección de tu vida y de tu muerte, salvo que todos podemos hacer algo terrible cuando el Tiempo de la Hiena está en nosotros.

Quizás un daño como el que tú hiciste no puede ser perdonado, ni siquiera por la persona a la que has perjudicado, ya que es una abominación contra la vida misma. Pero si tenemos mucha suerte, podemos borrarlo del presente e inscribirlo para siempre en el pasado. Medianoche me asegura que lo hemos hecho. Te recuerda con mucho cariño.

Si llevas muerto todos estos años, papá, como en verdad debe de ser, te digo esto igualmente, ya que siempre has vivido en mí:

Os hemos visto de lejos y estamos muertos de hambre.

Estás redimido y puedes irte en paz.

John Zarco Stewart
Nueva York, 17 de octubre, 1825

RICHARD ZIMLER (Roslyn Heights, Nueva York, USA, 1956) es un autor estadounidense de libros de éxito de ficción.

Sus libros, por los que ha recibido los premios National Endowment of the Arts Fellowship in Fiction, en 1994, y Herodotus Award, en 1998, se han publicado en varios países y han sido traducidos a más de 20 idiomas.

Zimler es licenciado en Religión Comparada por la Universidad de Duke y es máster en Periodismo por la Universidad de Stanford. Reside en Oporto, Portugal, donde, durante 16 años, fue profesor de Periodismo en la Universidad de esa ciudad y en la Facultad de Periodismo.

Obtuvo la ciudadanía portuguesa en 2002. Richard Zimler recibió el premio literario Alberto Benveniste 2009 en Francia por su novela *Guardian of the Dawn* (*El guardián de la aurora*). Este premio se otorga a aquellas novelas que tratan acerca de la cultura o la historia judía sefardí. La entrega se hizo en una ceremonia en la Sorbonne, en enero de 2009.

Cinco de sus novelas —*Hunting Midnight* (*Medianoche*), *The Search for Sana, The Seventh Gate*, *Los Anagramas de Varsovia* y

The Night Watchman— han sido nominadas para el International IMPAC Dublín Literary Award, el premio más cuantioso del mundo de habla inglesa.

Zimler es también editor de una antología de cuentos, cuyos honorarios ha donado a Save the Children, la mayor organización mundial en defensa de los derechos de los niños. Esta antología se titula *The Hours*
Children's
. Los autores incluidos en la selección son: Margaret Atwood, Nadine Gordimer, André Brink, Markus Zusak, David Almond, Katherine Vaz, Alberto Manguel, Eva Hoffman, Junot Díaz, Uri Orlev y Ali Smith.

En 2009, Zimler escribió el guion y actuó en *The Slow Mirror*, cortometraje basado en uno de sus relatos. Dirigido por el cineasta sueco-portugués Solveig Norlund, el reparto incluye las actrices portuguesas Gracinda Nave y Marta Peneda. En mayo de 2010, el film ganó el premio *Best Drama* en el *New York Downtown Short Film Festival*.

Su última novela, *The Warsaw Anagrams* (*Los anagramas de Varsovia*), fue seleccionada Libro del Año en 2009 por *Ler*, la revista literaria más importante de Portugal, y por los profesores y alumnos de instituto del país (premio Mariquis de Ouro 2010). Fue también elegida uno de los 20 Mejores Libros de la Década
2000-2009
por *Público*, principal diario del país. En agosto de 2011, el diario *San Francisco Chronicle* reseñó este libro y lo describió así: «Fascinante, desgarradora, inspiradora e inteligente a partes iguales, esta novela de misterio, ambientada en el gueto judío de más triste fama de la segunda guerra mundial, merece un lugar entre las obras más importantes de la literatura sobre el Holocausto».

En agosto de 2011, Zimler publicó su primer libro de poesía: *Love's Voice: 72 Kabbalistic Haiku*. Los versos de la obra expresan ideas místicas judías e imágenes en la forma del haiku japonés.